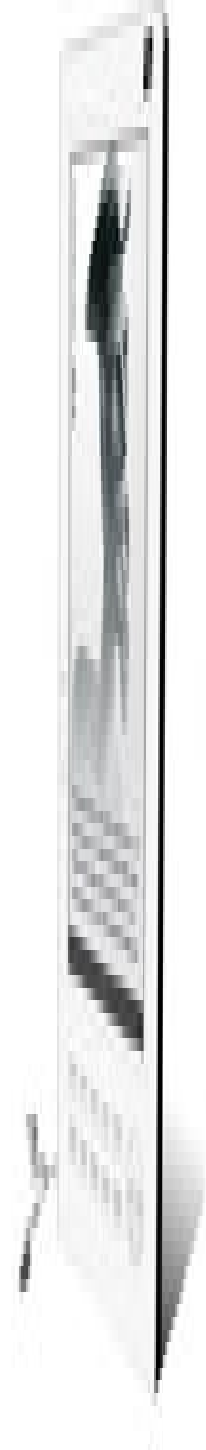




PAPYRE.CO.CC

Libros FB2 para Papyre



Seis meses que cambiaron el mundo

Para Eluned y Robert MacMillan

AGRADECIMIENTOS

El presente libro lleva mi nombre en la portada, pero no existiría sin las numerosas personas que me alentaron a tratar un tema de semejante envergadura, me animaron a seguir en los momentos de desaliento y tuvieron paciencia y me escucharon cuando lo único que yo quería era hablar de la Sociedad de Naciones. Debo señalar a algunas en particular para expresarles especialmente mi agradecimiento. Sandra Hargreaves, Avi Shlaim, Peter Snow y Lord Weidenfeld me ayudaron a convertir una idea en un proyecto serio. Considero que fue una gran suerte para mí que acabara editando el libro John Murray. Grant McIntyre y Matthew Taylor llevaron a cabo una valiosa y meticulosa edición. Contraje una inconmensurable deuda intelectual con mi colega y amigo Bob Bothwell, que en el transcurso de los años me ayudó a aclarar mis ideas no sólo sobre la Conferencia de Paz, sino también sobre escribir historia. Orde Morton; Thomas Barcsay; David, Catharina Thomas, Alex, Megan y Ann MacMillan; Peter Snow; Daniel Snow y Barbara Eastman leyeron parte del libro y me dieron consejos imprescindibles. Mis padres, Eluned y Robert, leyeron toda la obra, a menudo varias veces, sin quejarse. Tuve dos notables colaboradores en su preparación: Rebecca Snow, que obtuvo las ilustraciones, y John Ondrovčík, que comprobó el texto y recopiló la bibliografía. Bob Manson, Al Wargo y Errol Aspevig me ayudaron en distintas etapas de la preparación.

Por permitirme citar material de sus colecciones o de su propiedad intelectual estoy agradecida a las siguientes personas y entidades: los Archivos Nacionales de Escocia por los Lothian Papers (GD40/17); Nigel Nicolson por Harold Nicolson, *Peacemaking, 1919*, Methuen, Londres, 1964; el Director del Archivo de la Cámara de los Lores, en representación del Beaverbrook Foundation Trust, por los Lloyd George Papers; Princeton University Press por Arthur S. Link, *The Deliberations of the Council of Four*, 2 volúmenes, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1992; y el patronato del Museo Británico por los Balfour Papers. Se ha hecho todo lo posible por localizar a los propietarios de los derechos, por lo que la autora agradecería que se le indicaran las posibles omisiones.

También estoy agradecida a mi patrón, la Universidad de Ryerson, por concederme tiempo y al St. Antony's College de Oxford por un periodo maravilloso como profesora adjunta. Los Snow y los MacMillan de Londres y los Daniel-Shlaim de Oxford me ofrecieron hospitalidad y aliento sin límites. Si el libro no refleja todo esto, la culpa es mía.

NOTA SOBRE LOS TOPONIMOS

Muchos de los lugares que se mencionan en el libro tienen varios nombres; por ejemplo, L'viv (en la actual Ucrania) se llama también Leopold, Lemberg, Lwow, Lvov... Generalmente les he dado los nombres que se usan en la actualidad, pero donde existe un nombre conocido en nuestra lengua, por ejemplo Múnich, lo he utilizado. En el caso de determinadas polémicas en la Conferencia de Paz, he utilizado la forma que se usaba en 1919: Danzig (Gdansk), Fiume (Rijeka), Memel (Klaipeda), Shantung (Shandong), Teschen (Cieszyn o Tesín), Tsingtao (Qingdao).





Introducción

En 1919 París era la capital del mundo. La Conferencia de Paz era el asunto más importante de momento y sus participantes, las personas más poderosas del planeta. Se reunían día tras día. Discutían, debatían, se peleaban y volvían a reconciliarse. Hacían pactos. Redactaban tratados. Creaban nuevos países y nuevas organizaciones. Cenaban juntos y juntos iban al teatro. Durante seis meses, entre enero y junio, París fue a la vez el gobierno del mundo, su tribunal de apelación y su parlamento, el lugar donde se centraban sus temores y sus esperanzas. Oficialmente la Conferencia de Paz duró todavía más, hasta 1920, pero aquellos primeros seis meses son los que cuentan, pues en ellos se tomaron las decisiones clave y se encadenaron crucialmente los acontecimientos. El mundo nunca ha visto nada parecido ni volverá a verlo.

La conferencia se celebraba porque la orgullosa, confiada y rica Europa acababa de despedazarse a sí misma. Una guerra que había empezado en 1914 a causa de una disputa por el poder y la influencia en los Balcanes había arrastrado a todas las grandes potencias, desde la Rusia zarista en el este hasta Gran Bretaña en el oeste, y a la mayoría de las potencias menores. Sólo España, Suiza, los Países Bajos y las naciones escandinavas habían logrado mantenerse al margen del conflicto. Se había luchado en Asia, en África, en las islas del Pacífico y en Oriente Próximo, pero sobre todo en el suelo europeo, a lo largo de la resquebrajada red de trincheras que se extendía desde Bélgica en el norte hasta los Alpes en el sur, a lo largo de las fronteras de Rusia con Alemania y su aliada Austria-Hungría, y por los mismos Balcanes. Habían llegado soldados de todo el mundo —australianos, canadienses, neozelandeses, hindúes, terranovenses— para luchar por el Imperio británico; vietnamitas, marroquíes, argelinos, senegaleses para combatir por Francia, y finalmente los estadounidenses, enfurecidos a más no poder por los ataques alemanes contra sus barcos.

Lejos de los grandes campos de batalla, Europa presentaba más o menos el aspecto de siempre. Las grandes ciudades seguían en su sitio, las líneas ferroviarias aún existían, los puertos todavía funcionaban. No fue como en la segunda guerra mundial, en la que hasta los edificios resultaron pulverizados. Las pérdidas fueron humanas. Millones de combatientes —pues aún no había llegado el momento de las grandes matanzas de civiles— murieron en aquellos cuatro años: 1.800.000 alemanes, 1.700.000 rusos, 1.384.000 franceses, 1.290.000 austrohúngaros, 743.000 británicos (y otros 192.000 del imperio) y así hasta el minúsculo Montenegro, con 3000 hombres. Hubo niños que se quedaron sin padre, mujeres que perdieron a su marido y muchachas que vieron cómo se esfumaba la oportunidad de casarse. Y Europa perdió a los que hubieran podido ser sus científicos, sus poetas, sus líderes y los hijos que tal vez hubieran tenido esos hombres. Pero la lista de bajas mortales no incluye a los que perdieron una pierna, un brazo o un ojo, ni a los hombres cuyos pulmones sufrieron los efectos de los gases asfixiantes o cuyos nervios nunca se recuperaron.

Durante cuatro años las naciones más avanzadas del mundo habían empujado a sus hombres, su riqueza, los frutos de su industria, su ciencia y su tecnología a una guerra que puede que empezara por casualidad, pero que fue imposible detener, porque los dos bandos estaban demasiado igualados. Los Aliados no se impusieron hasta el verano de 1918, cuando los aliados de Alemania empezaron a flaquear al tiempo que de Norteamérica llegaban tropas de refresco. La guerra terminó el 11 de

noviembre de 1918. En todas partes la gente esperaba con desánimo que lo que sucediera a continuación no fuese tan malo como lo que acababa de terminar.

Cuatro años de guerra debilitaron para siempre la suprema confianza que Europa tenía en sí misma y que la había llevado a dominar el mundo. Después de lo ocurrido en el frente occidental, los europeos ya no podían decir al resto del mundo que tenían una misión civilizadora que cumplir. La guerra derribó gobiernos, humilló a los poderosos y trastornó sociedades enteras. En Rusia las revoluciones de 1917 acabaron con el zarismo, sin que nadie supiera aún qué ocuparía su lugar. Al terminar la contienda, Austria-Hungría desapareció y dejó un gran vacío en el centro de Europa. El Imperio otomano, con sus vastas posesiones en Oriente Próximo y su pedacito de Europa, estaba casi acabado. La Alemania imperial era ahora una república. Naciones antiguas —Polonia, Lituania, Estonia, Letonia— salieron de la historia para volver a la vida, mientras nuevas naciones —Yugoslavia y Checoslovaquia— se esforzaban por nacer.

La Conferencia de Paz de París suele recordarse por haber dado paso al tratado con Alemania firmado en Versalles en junio de 1919, pero siempre fue mucho más que eso. Los otros enemigos —Bulgaria, Austria y Hungría, que ahora eran países independientes el uno del otro, y el Imperio otomano— debían tener sus tratados. Había que trazar nuevas fronteras en el centro de Europa y en Oriente Próximo. Lo más importante de todo era la necesidad de restablecer el orden internacional, quizá sobre una base diferente. ¿Era el momento propicio para una Organización Internacional del Trabajo, una Sociedad de Naciones, acuerdos sobre cables telegráficos internacionales o una aviación internacional? Después de una catástrofe tan grande las expectativas eran enormes.

Incluso antes de que en 1918 enmudecieran los cañones, habían empezado a alzarse voces de queja, de exigencia, de enojo. «China pertenece a los chinos». «Kurdistán debe ser libre». «Polonia ha de volver a vivir». Hablaban en muchas lenguas. Formulaban muchas exigencias. Estados Unidos debía ser el policía mundial, o los estadounidenses tenían que volver a casa. Los rusos necesitan ayuda; no, hay que dejarles que se las arreglen solos. Los eslovacos se quejaban de los checos, los croatas de los serbios, los árabes de los judíos, los chinos de los japoneses. Las voces expresaban preocupación, dudas sobre si el nuevo orden mundial sería mejor que el antiguo. En el oeste se murmuraban cosas sobre ideas peligrosas procedentes del este; en el este se reflexionaba sobre la amenaza del materialismo occidental. Los europeos se preguntaban si alguna vez se recuperarían. Los africanos temían que el mundo se hubiera olvidado de ellos. Los asiáticos veían que el futuro era suyo; el único problema era el presente.

Nosotros ya sabemos lo que significa vivir cuando se ha terminado una gran guerra. Las voces de 1919 eran como las del presente. Cuando la guerra fría acabó en 1989 y el marxismo soviético fue a parar al cubo de la basura de la historia, fuerzas más antiguas, la religión o el nacionalismo, salieron del congelador. Bosnia y Ruanda nos han recordado lo potentes que pueden ser esas fuerzas. En 1919 había la misma sensación de que estaba naciendo un nuevo orden mientras las fronteras cambiaban súbitamente y el aire se llenaba de nuevas ideas económicas y políticas. Esto resultaba apasionante, pero también aterrador, en un mundo que parecía peligrosamente frágil. Algunos arguyen que hoy día la amenaza es el islam resurgente. En 1919 era el bolchevismo ruso. La diferencia radica en que nosotros no hemos celebrado una conferencia de paz. No hay tiempo para ello. Los estadistas y sus asesores se reúnen en breves encuentros de dos, tal vez tres días, y luego se van a toda prisa. ¿Quién sabe cuál es la mejor manera de resolver los problemas del mundo?

Hay muchas correspondencias entre nuestro mundo y el de 1919. Veamos dos episodios muy diferentes del verano de 1993. En los Balcanes, serbios y croatas desmembraron el Estado yugoslavo. En Londres los habitantes de una minúscula isla del Pacífico, Nauru, patrocinaron con su

inmensa riqueza una obra musical sobre la vida de Leonardo da Vinci que fue un fracaso. Tanto Yugoslavia como Nauru debían su existencia como Estados independientes a la Conferencia de Paz de París. Las disposiciones que salieron de la conferencia se han ido deshaciendo desde entonces, y muchos de los dilemas de entonces todavía existen: las relaciones entre Japón y China, Europa y Norteamérica, Rusia y sus vecinos, Iraq y los países occidentales.

Para combatir esos dilemas e intentar resolverlos, acudieron a París estadistas, diplomáticos, banqueros, militares, profesores, economistas y abogados de todas partes: el presidente estadounidense Woodrow Wilson y su secretario de Estado, Robert Lansing; Georges Clemenceau y Vittorio Orlando, presidentes de los gobiernos francés e italiano, respectivamente; Lawrence de Arabia, envuelto en misterio y vestiduras árabes; Eleutherios Venizelos, el gran patriota griego que acarreó el desastre para su país; Ignacy Paderewski, el pianista convertido en político, y muchos que aún tenían que destacar, entre ellos dos futuros secretarios de Estado estadounidenses, un futuro presidente del Gobierno japonés y el primer presidente de Israel. Algunos habían nacido para el poder, como la reina María de Rumanía; otros, por ejemplo David Lloyd George, primer ministro británico, lo habían obtenido gracias a sus propios esfuerzos.

La concentración de poder atrajo a los periodistas del mundo, a los hombres de negocios, así como a los y las portavoces de una miríada de causas. «Uno no hace más que encontrarse con gente que se va a París», escribió el embajador francés en Londres. «París va a convertirse en un lugar de diversión para centenares de ingleses, estadounidenses, italianos y caballeros extranjeros de dudosa moralidad que caen sobre nosotros con el pretexto de participar en las negociaciones de paz.»¹ El voto para la mujer, los derechos para los negros, una ley del trabajo, la libertad para Irlanda, el desarme, las peticiones y los peticionarios llegaban en gran número a diario procedentes de todo el mundo. Aquel invierno y aquella primavera París bulló en planes: para una patria judía, una Polonia restaurada, una Ucrania independiente, un Kurdistán, una Armenia. Llovían las peticiones: de la Conferencia de Sociedades Sufragistas, del Comité Cárpato-Ruso en París, de los serbios de Banato, de la Conferencia Política Rusa, que era antibolchevique. Los peticionarios procedían de países que existían y de países que no eran más que sueños. Algunos, como los sionistas, hablaban en nombre de millones de personas; otros —como era el caso de los representantes de las islas Aland, en el Báltico— en nombre de unos miles. Unos cuantos llegaron demasiado tarde; los coreanos de Siberia emprendieron el viaje a pie en febrero de 1919 y cuando la parte principal de la Conferencia de Paz concluyó, en junio, no habían llegado más allá del puerto ártico de Arjángel ²

Desde el principio la Conferencia de Paz fue víctima de la confusión en lo tocante a su organización, propósitos y procedimientos. Dado el gran número de asuntos tratados, probablemente era inevitable. Los Cuatro Grandes, es decir, las potencias principales —Gran Bretaña, Francia Italia y Estados Unidos— planeaban una conferencia preliminar, para acordar las condiciones que se ofrecerían, y así celebrar después una conferencia de paz en toda regla para negociar con el enemigo. Los interrogantes surgieron inmediatamente. ¿Cuándo podrían expresar sus puntos de vista las otras potencias aliadas? Japón, por ejemplo, ya era una potencia importante en el Lejano Oriente. ¿Y las potencias menores, como —por ejemplo— Serbia y Bélgica? Ambas habían perdido muchos más hombres que Japón.

Los Cuatro Grandes cedieron y las sesiones plenarias de la conferencia pasaron a ser eventos rituales. El trabajo de verdad, sin embargo, lo hicieron los Cuatro Grandes y Japón en reuniones extraoficiales, y cuando también éstas se volvieron demasiado engorrosas, lo hicieron los líderes de los Cuatro Grandes. A medida que fueron pasando los meses, lo que había sido una conferencia preliminar se convirtió imperceptiblemente en la conferencia principal. En una ruptura con el

precedente diplomático que enfureció a los alemanes, sus representantes fueron llamados finalmente a Francia para recibir el tratado en su forma definitiva.

Los negociadores habían albergado la esperanza de ser más rápidos y estar mejor organizados. Habían estudiado con atención el único ejemplo de que disponían: el Congreso de Viena, que puso fin a las guerras napoleónicas. El Ministerio de Exteriores británico encargó a un distinguido historiador que escribiera un libro sobre el citado congreso con el fin de utilizarlo como guía en París. (Más tarde el historiador reconoció que su obra casi no había surtido efecto.³) Los problemas con que se enfrentaron los negociadores de la paz de Viena, aun siendo importantes, eran sencillos en comparación con los de París. El ministro de Exteriores británico, Lord Castlereagh, fue a Viena con sólo catorce ayudantes; en 1919 integraban la delegación británica casi cuatrocientas personas. Y en 1815 los asuntos se resolvieron con discreción y sin prisas. Castlereagh y sus colegas hubieran visto con horror el intenso escrutinio público de que fue objeto la Conferencia de Paz de 1919. El número de participantes era también mucho mayor: más de treinta países mandaron delegados a París, entre ellos Italia, Bélgica, Rumanía y Serbia, ninguno de los cuales existía en 1815. Las naciones latinoamericanas todavía formaban parte de los imperios español y portugués. Tailandia, China y Japón eran países remotos, misteriosos. Ahora, en 1919, sus diplomáticos se presentaron en París luciendo pantalones a rayas y levitas. Aparte de una declaración que condenaba la trata de esclavos, el Congreso de Viena no prestó ninguna atención al mundo ajeno a Europa. Los temas que se trataron en la Conferencia de Paz de París iban del ártico a las antípodas, de pequeñas islas del Pacífico a continentes enteros.

Asimismo, el Congreso de Viena tuvo lugar cuando habían amainado las grandes convulsiones que la Revolución francesa provocó en 1789. En 1815 sus efectos ya habían sido absorbidos, pero en 1919 la Revolución rusa contaba sólo dos años de edad y era difícil ver claramente qué repercusiones tendría en el resto del mundo. Los líderes occidentales veían el bolchevismo rezumando de Rusia, amenazando la religión, la tradición, todos los lazos que unían a sus sociedades. En Alemania y Austria los soviets de obreros y soldados ya estaban tomando el poder en las ciudades grandes y medianas. Sus propios soldados y marineros se amotinaban. Hubo huelgas generales en París, Lyon, Bruselas, Glasgow, San Francisco, incluso en la aletargada Winnipeg y las praderas canadienses. ¿Eran brotes aislados o llamas de un vasto fuego subterráneo?

Los participantes en la conferencia de 1919 creían estar trabajando contra reloj. Tenían que trazar líneas nuevas en los mapas de Europa, justamente igual que hicieran sus predecesores en Viena, pero también tenían que pensar en Asia, África y Oriente Próximo. «Autodeterminación» era la palabra de moda, pero no ayudaba a elegir entre nacionalismos rivales. Los negociadores tenían que actuar como policías y tenían que dar de comer a los hambrientos. Si podían, tenían que crear un orden internacional que hiciese que otra gran guerra fuera imposible. Wilson prometió nuevas maneras de proteger a los débiles y resolver las disputas. La contienda había sido una locura y un despilfarro de proporciones monumentales, pero quizá de ella saliera algo bueno. Y, por supuesto, la conferencia debía redactar los tratados. Estaba claro que había que ocuparse de Alemania, castigarla por haber empezado la guerra (¿o era sólo por haberla perdido, como sospechaban muchos?), hacer que en el futuro mantuviese una conducta más pacífica, ajustar sus fronteras para compensar a Francia en el oeste y a las nuevas naciones en el este. Bulgaria debía tener su tratado. El Imperio otomano, también. Austria-Hungría planteaba un problema especial, porque ya no existía. Lo único que quedaba era una minúscula Austria y una inestable Hungría, pues la mayor parte del territorio de ambas pertenecía ahora a las nuevas naciones. Las expectativas de la Conferencia de Paz eran enormes y, por consiguiente, el riesgo de sufrir una decepción, grande.

Los negociadores también representaban a sus propios países y, como la mayoría de ellos eran democracias, debían tener en cuenta a su propia opinión pública. Estaban obligados a pensar en el futuro, en las próximas elecciones, y a sopesar los costes de complacer o incomodar a sectores importantes de esa opinión. Así pues, no gozaban de libertad total para actuar. Y resultaba tentador pensar que todas las fronteras antiguas estaban en el aire. Era el momento de sacar las exigencias antiguas y las nuevas. Los británicos y los franceses acordaron discretamente dividir Oriente Próximo. Los italianos bloquearon las exigencias de la nueva Yugoslavia, porque no querían un vecino fuerte. Clemenceau se quejó a un colega: «Es mucho más fácil hacer la guerra que la paz».⁴

En los meses que pasaron en París los negociadores lograrían hacer muchas cosas: un tratado de paz con Alemania y las bases para la paz con Austria, Hungría y Bulgaria. Trazaron fronteras nuevas en el centro de Europa y en Oriente Próximo. Es verdad que gran parte de lo que hicieron no duró. La gente decía en aquel momento —y ha venido diciendo desde entonces— que la conferencia se prolongó demasiado y las cosas no le salieron bien. Ha pasado a ser un tópico decir que los acuerdos de paz de 1919 fueron un fracaso, que llevaron directamente a la segunda guerra mundial. Eso representa exagerar su importancia.

Había dos realidades en el mundo de 1919 y no siempre concordaban. Una estaba en París y la otra estaba sobre el terreno, allí donde la gente tomaba sus propias decisiones y libraba sus propias batallas. Ciertamente es que los negociadores tenían ejércitos y marinas de guerra, pero trasladar sus fuerzas era una tarea lenta y laboriosa allí donde había pocos ferrocarriles, carreteras y puertos, como en Asia Menor o el Cáucaso. El nuevo vehículo, el avión, aún no era lo bastante grande ni resistente para llenar ese vacío. En el centro de Europa, donde ya se habían tendido los raíles, el derrumbamiento del orden significó que, aunque se dispusiera de locomotoras y vagones, no hubiera combustible. «Realmente no sirve de nada censurar a este o aquel pequeño Estado», dijo Henry Wilson, uno de los generales británicos más inteligentes, a Lloyd George. «La raíz del mal está en que *el decreto de París no rige*».⁵

El poder supone voluntad, como hoy está descubriendo Estados Unidos y el mundo: la voluntad de gastar, ya sea dinero o vidas. En 1919 esa voluntad había quedado inoperante entre los europeos; la Gran Guerra significó que los líderes de Francia, Gran Bretaña o Italia ya no pudieran ordenar a sus respectivos pueblos que pagaran un alto precio por el poder. Sus fuerzas armadas se estaban reduciendo día tras día y los líderes no podían confiar en los soldados y los marineros que quedaban. Los contribuyentes querían que se pusiera fin a las costosas aventuras en el extranjero. Sólo Estados Unidos tenía la capacidad de actuar, pero no se veía a sí mismo desempeñando ese papel y su poder aún no era lo bastante grande. Es tentador decir que Estados Unidos desperdició una oportunidad de imponer su voluntad a Europa antes de que las ideologías rivales del fascismo y el comunismo pudieran arraigar. Eso es interpretar el pasado de acuerdo con lo que ahora sabemos sobre el poder estadounidense después de otra gran guerra. En 1945 Estados Unidos era una superpotencia y las naciones europeas se encontraban muy debilitadas. En 1919, sin embargo, Estados Unidos aún no era claramente más fuerte que las otras potencias. Los europeos podían hacer caso omiso —y así lo hacían— de sus deseos.

Los ejércitos, las marinas de guerra, los ferrocarriles, los sistemas económicos, la ideología, la historia... todo esto es importante para comprender la Conferencia de Paz de París. Pero también lo son los individuos, porque, al final, quienes redactan informes, toman decisiones y ordenan a los ejércitos que se pongan en movimiento son personas. Los negociadores de la paz llevaron a París sus propios intereses nacionales, pero también sus predilecciones y sus aversiones. En ningún otro lugar estas cosas fueron más importantes que entre los hombres poderosos que se sentaron juntos en París,

especialmente Clemenceau, Lloyd George y Wilson.

1 Woodrow Wilson llega a Europa

El 4 de diciembre de 1918, el *George Washington* zarpó de Nueva York con la delegación estadounidense en la Conferencia de Paz a bordo. Los cañones dispararon salvas, las multitudes congregadas en los muelles prorrumpieron en vítores, los remolcadores hicieron sonar sus sirenas, y aviones y dirigibles del ejército volaron en círculo. Robert Lansing, el secretario de Estado estadounidense, soltó varias palomas con mensajes dirigidos a sus parientes en los que expresaba sus profundas esperanzas de paz duradera.⁶ El barco, que había sido un transatlántico alemán, pasó por delante de la estatua de la Libertad y entró en el Atlántico, donde una escolta de destructores y acorazados esperaba para acompañar al *George Washington* y su cargamento de grandes expectativas hasta Europa.⁷

A bordo se encontraban los mejores expertos disponibles, salidos de las universidades y del gobierno, con cajones llenos de material de consulta y estudios especiales, los embajadores francés e italiano en Estados Unidos y Woodrow Wilson. Ningún presidente estadounidense había ido a Europa durante su mandato. Los adversarios de Wilson le acusaban de infringir la constitución; hasta sus partidarios pensaban que tal vez era una imprudencia. ¿Perdería el presidente su gran autoridad moral participando en el ajeteo de las negociaciones? La opinión del propio Wilson era clara. Firmar la paz era tan importante como lo había sido ganar la guerra. Se lo debía a los pueblos de Europa, que pedían a gritos un mundo mejor; se lo debía a los miembros de las fuerzas armadas estadounidenses. «Ahora es mi obligación», dijo a un Congreso meditabundo justo antes de emprender el viaje, «interpretar hasta el fin mi papel, para hacer realidad aquello por lo que dieron la vida». Un diplomático británico fue más cínico: dijo que Wilson se sentía atraído por París como «una debutante se siente extasiada ante la perspectiva de su primer baile».⁸

Wilson escribió a su gran amigo Edward House, que ya se encontraba en Europa, que contaba con permanecer en el viejo continente sólo el tiempo necesario para trazar las líneas generales de los acuerdos de paz. No era probable que se quedara hasta que tuviera lugar la Conferencia de Paz oficial con el enemigo.⁹ Se equivocó. La conferencia preliminar se convirtió, sin quererlo nadie, en la definitiva y Wilson se quedó durante la mayor parte de los seis meses comprendidos entre enero y junio de 1919. La cuestión de si debía o no haber ido a París, que preocupó a tantos de sus contemporáneos, parece ahora poco importante. Desde Franklin Roosevelt en Yalta, hasta Jimmy Carter en Camp David o Bill Clinton en Wye River, los presidentes estadounidenses se han sentado a trazar fronteras y negociar acuerdos de paz. Wilson había establecido las condiciones para los armisticios que pusieron fin a la Gran Guerra. ¿Por qué no debía participar también en la forja de la paz?

Aunque al ser elegido presidente en 1912 Wilson no mostraba gran interés por la política exterior, las circunstancias y sus propios principios políticos progresistas le habían hecho cambiar de postura. Al igual que muchos de sus compatriotas, había acabado viendo la Gran Guerra como una lucha entre las fuerzas de la democracia, por más que estuvieran representadas imperfectamente por Gran Bretaña y Francia, y las de la reacción y el militarismo, representadas demasiado bien por Alemania

y Austria-Hungría. Con el saqueo de Bélgica, la guerra submarina sin limitaciones y su osadía al tratar de inducir a México a hacer la guerra contra Estados Unidos, Alemania había empujado a Wilson y a la opinión pública estadounidense hacia los Aliados. Al producirse en Rusia una revolución democrática en febrero de 1917, desapareció una de las últimas reservas: que entre los Aliados hubiera una autocracia. Aunque en su campaña de 1916 había prometido que el país seguiría siendo neutral, Wilson metió a Estados Unidos en la guerra en abril de 1917. Estaba convencido de hacer lo correcto. Lo cual tenía su importancia para el hijo de un pastor presbiteriano que compartía la profunda convicción religiosa de su padre, aunque no su vocación.

Wilson nació en Virginia en 1856, justo antes de la guerra civil estadounidense. Aunque durante toda su vida siguió siendo un hombre del sur en muchos aspectos —la insistencia en el honor y sus actitudes paternalistas ante las mujeres y los negros—, también aceptó el resultado de la guerra. Abraham Lincoln era uno de sus grandes héroes, junto con Edmund Burke y William Gladstone.¹⁰ El joven Wilson era a la vez muy idealista e intensamente ambicioso. Después de cuatro años muy felices en Princeton y una temporada poco grata ejerciendo la abogacía, encontró su primera vocación como maestro y escritor. En 1890 volvía a estar en Princeton, como miembro destacado del cuerpo docente. En 1902 se convirtió en rector de la universidad, con el apoyo prácticamente unánime del patronato, el profesorado y los estudiantes.

Durante los ocho años siguientes Wilson transformó Princeton, que dejó de ser una letárgica escuela universitaria para caballeros y se convirtió en una gran universidad. Cambió el plan de estudios, recaudó importantes cantidades de dinero e introdujo en el profesorado a los jóvenes más brillantes y mejores de todo el país. En 1910 ya era una figura nacional y el Partido Demócrata de Nueva Jersey, controlado por dirigentes conservadores, le invitó a presentarse a las elecciones a gobernador. Wilson accedió, pero insistió en concurrir con un programa progresista que incluía el control de las grandes empresas y la extensión de la democracia. Obtuvo una victoria arrolladora y en 1911 ya empezaron a formarse clubes cuyo lema era «Wilson para la presidencia». Wilson hablaba por los desposeídos, los privados del derecho a voto y todos aquellos que no se habían beneficiado del rápido crecimiento económico de finales del siglo XIX. En 1912, en una larga y reñida convención, fue nombrado candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos. En noviembre, con los republicanos divididos por la decisión de Teddy Roosevelt de concurrir a las elecciones como progresista, Wilson fue elegido presidente. En 1916 fue reelegido con una proporción todavía mayor del voto popular.

Su carrera fue una serie de triunfos, pero hubo momentos aciagos, tanto en lo personal como en lo político, depresiones y enfermedades repentinas y desconcertantes. Asimismo, dejó tras de sí una estela de enemigos, muchos de los cuales antes eran sus amigos. «Un ingrato y un embustero», dijo un dirigente demócrata de Nueva Jersey en un brindis.¹¹ Wilson nunca perdonaba a quienes no estaban de acuerdo con él. «Odiar se le da muy bien», comentó su encargado de prensa y devoto admirador Ray Stannard Baker.¹² También era tozudo. Tal como dijo House en tono de admiración:

«Siempre que se plantea un asunto se muestra absolutamente imparcial y recibe con agrado todas las sugerencias o consejos que lleven a una decisión correcta. Pero se muestra receptivo sólo durante el periodo en que está sopesando el asunto y preparándose para tomar su decisión. Una vez la ha tomado, la decisión es definitiva y no quiere oír más consejos ni sugerencias. A partir de entonces no hay forma de hacerle cambiar de opinión».¹³

Lo que algunos consideraban admirable era egoísmo peligroso a ojos de otros. El embajador francés en Washington vio a «un hombre que, de haber vivido hace un par de siglos, habría sido el

mayor tirano del mundo, porque no parece tener la más leve idea de que alguna vez pueda estar equivocado».¹⁴

Esta faceta del carácter de Wilson se manifestó en el momento de escoger a los demás comisionados o plenipotenciarios, como se llamaba a los delegados principales, que debían acompañarle en la Conferencia de Paz. El mismo era uno. House, «mi alter ego», como le gustaba decir a Wilson, era otro. Escogió a regañadientes a Lansing, su secretario de Estado, como tercer plenipotenciario, principalmente porque hubiera sido embarazoso dejarle en casa. Mientras que en otro tiempo Wilson había admirado el inmenso cúmulo de conocimientos de Lansing, su meticulosa mente de hombre de leyes y su aparente disposición a permanecer en segundo plano, en 1919 la simpatía de antes ya había dado paso a la irritación y el desdén. Resultó que Lansing tenía opiniones, a menudo muy firmes, que se contradecían con las del presidente. «No tiene imaginación», se quejó Wilson a House —que tomó nota con entusiasmo—, «ni capacidad constructiva, y muy poca verdadera capacidad, del tipo que sea.»¹⁵ El cuarto plenipotenciario, el general Tasker Bliss, ya se encontraba en Francia en calidad de representante estadounidense en el Consejo Supremo de la Guerra. Personaje reflexivo e inteligente, a quien encantaba pasar el tiempo en la cama con una petaca de licor leyendo a Tucídides en griego, era también un hombre que, según creían muchos de los miembros subalternos de la delegación estadounidense, hacía ya mucho tiempo que había dado lo mejor de sí. Quizás eso no importaba, ya que Wilson sólo hablaría con él en cinco ocasiones durante la Conferencia de Paz.¹⁶ El último elegido por el presidente, Henry White, era un diplomático retirado, encantador y afable, cuya carrera había alcanzado su apogeo mucho antes de la contienda. A la señora Wilson le resultaría útil en París para resolver cuestiones de protocolo.¹⁷

La selección que hizo Wilson provocó un escándalo en Estados Unidos en aquel momento y ha suscitado polémicas desde entonces. «Un hatajo de tacaños», dijo el ex presidente republicano William Taft; «Lo diría bajo juramento si sirviese de algo.»¹⁸ Wilson había desairado deliberadamente a los republicanos, la mayoría de los cuales había apoyado la guerra con entusiasmo a la vez que muchos de ellos compartían ahora su visión de una Sociedad de Naciones. El humorista Will Rogers simuló que Wilson decía a los republicanos: «¿Saben lo que les digo? Vamos a medias. Yo iré y ustedes pueden quedarse en casa». Incluso sus partidarios más acérrimos le habían instado a nombrar a hombres como Taft o al senador republicano de más edad en el importante Comité de Relaciones Exteriores, Henry Cabot Lodge. Wilson se negó, aduciendo diversas excusas poco convincentes.¹⁹ La verdadera razón era que no le gustaban los republicanos y no se fiaba de ellos. Pagó cara su decisión, porque debilitó su posición en París y perjudicó su sueño de un nuevo orden mundial con Estados Unidos en el centro.

Wilson continuaba siendo desconcertante, a diferencia de Lloyd George y Clemenceau, sus colegas íntimos en París. ¿Qué cabe pensar de un líder que hacía uso del lenguaje más noble de la Biblia y, pese a ello, era tan despiadado con quienes le contrariaban? Que amaba la democracia, aunque despreciaba a la mayor parte de los políticos de la oposición; que quería servir a la humanidad, pero tenía tan pocas relaciones personales... ¿Era, como pensaba Teddy Roosevelt, «el oportunista más insincero e insensible que hemos tenido en la presidencia»?²⁰ ¿O se trataba, como creía Baker, de uno de aquellos raros idealistas, como Calvino o Cromwell, «que de vez en cuando han aparecido en la tierra y durante un momento, en un arrebatado de extraño poder, han elevado temporalmente a la humanidad errada a un nivel de satisfacción superior al que le correspondía»?²¹

Wilson quería poder y quería hacer grandes obras. Lo que unía las dos facetas de su carácter era su capacidad, tal vez engañosa, de formular sus decisiones de manera que fueran no sólo necesarias,

sino correctas desde el punto de vista moral. Del mismo modo que la neutralidad de Estados Unidos en los primeros años de la guerra había sido correcta para los estadounidenses, y de hecho para la humanidad, la entrada final del país en el conflicto se convirtió en una cruzada contra la codicia y la insensatez humanas, contra Alemania y a favor de la justicia, la paz y la civilización. Con todo, esa convicción, sin la cual Wilson no hubiera podido intentar hacer lo que hizo en París, empujó al presidente a no tolerar las diferencias y a cerrar los ojos ante los intereses legítimos de los demás. Los que se oponían a él no sólo estaban equivocados, sino que eran perversos.

Como los alemanes. La decisión de entrar en guerra había sido muy dolorosa para Wilson. Había trabajado por una paz negociada entre los Aliados y las potencias centrales. Incluso cuando rechazaron su oferta de mediación, cuando los submarinos alemanes habían hundido barcos estadounidenses, cuando adversarios como Roosevelt habían atacado su cobardía y cuando su propio gabinete se había mostrado unánimemente partidario de entrar en guerra, Wilson se había limitado a esperar. Al final se decidió, porque, a su modo de ver, Alemania no le dejaba otra opción. «Es aterrador», dijo al comparecer ante el Congreso en abril de 1917 para pedir una declaración de guerra, «conducir a este gran pueblo pacífico a la guerra, a la más terrible y desastrosa de todas las guerras, porque parece que la civilización misma está pendiente de un hilo.»²² En opinión del presidente, Alemania —o al menos sus líderes— llevaba una pesada carga de culpa. Se podía redimir a los alemanes, pero también había que castigarles.

En las fotografías tomadas en 1919, Wilson parece un enterrador cadavérico, pero en persona era un hombre guapo, de rasgos finos y bien proporcionados y cuerpo enjuto y erguido. Había en su porte algo que recordaba a un pastor protestante o a un profesor universitario. Tenía mucha fe en la razón y los hechos, pero le pareció auspicioso desembarcar en Europa el viernes 13 de diciembre. El 13 era su número de la suerte.²³ Hombre profundamente emocional, desconfiaba de la emoción en los demás. Era buena cuando hacía que las personas desearan lo mejor; peligrosa cuando, como el nacionalismo, las embriagaba. Lloyd George, que nunca acabó de tomarle la medida, enumeró las cualidades de Wilson a un amigo —«bondadoso, sincero, sin dobleces»— y a continuación añadió: «carente de tacto, obstinado y vanidoso».²⁴

En público Wilson era rígido y ceremonioso, pero con sus íntimos era encantador e incluso amigo de las bromas. Se sentía especialmente a gusto con las mujeres. Solía mostrar un gran dominio de sí mismo, pero durante la Conferencia de Paz perdió los estribos con frecuencia. (Es posible que sufriera un derrame cerebral en París). Le encantaban los juegos de palabras y las quintillas jocosas, y le gustaba ilustrar sus razonamientos con anécdotas desenfadadas. Disfrutaba imitando acentos: escocés o irlandés, como sus antepasados, o de los negros del sur, como la gente que trabajaba para él en Washington. Era frugal en sus hábitos y a lo sumo bebía un vasito de whisky al caer la noche. Le encantaban los artilugios y le gustaban las películas, que a la sazón eran un invento reciente. Durante el viaje a Europa acostumbraba a asistir a las sesiones de cine que tenían lugar después de la cena. Una noche la película principal llenó a todos de consternación, porque era un melodrama titulado *The Second Wife* (La segunda esposa).²⁵

Las relaciones de Wilson con las mujeres siempre habían dado pie a algunas habladurías. Durante su primer matrimonio tuvo amistad estrecha, posiblemente incluso romántica, con varias mujeres. Su primera esposa, a la que había amado de manera profunda aunque no con pasión, había muerto en 1914; a finales de 1915 volvía a estar casado, con una viuda rica de Washington que era unos diecisiete años más joven que él. Que eso fuera motivo de chismorreos le desconcertaba y enfurecía. Nunca perdonó a un diplomático británico por un chiste que circuló por Washington: «¿Qué hizo la

nueva señora Wilson cuando el presidente se le declaró?». «Se cayó de la cama debido a la sorpresa». La familia y los amigos de Wilson eran más caritativos. «¿Verdad que es maravilloso ver a papá tan feliz?», exclamó una de sus hijas. House, que más adelante se convertiría en enemigo implacable de la señora Wilson, escribió en su diario que era un alivio que el presidente tuviera a alguien que compartiese sus preocupaciones: «Su soledad es patética».²⁶

Edith Bolling, la nueva señora Wilson, acompañó al presidente a Europa, privilegio que no se concedió a esposas menos importantes. Era afectuosa, alegre y reía mucho. Le encantaban el golf, ir de compras, las orquídeas y las fiestas. Todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía unos ojos maravillosos, pero algunos la encontraban regordeta y decían que su boca era demasiado grande. En París opinaban que llevaba vestidos excesivamente ceñidos y escotados, y las faldas demasiado cortas.²⁷ A Wilson le parecía hermosa. Al igual que él, era oriunda del sur. La señora Wilson dijo a una compatriota que no quería acostumbrar mal a su doncella llevándosela a Londres, porque los ingleses trataban demasiado bien a los negros.²⁸ Aunque era propensa a flirtear, como correspondía a una dama del sur, era una astuta mujer de negocios. Después de la muerte de su primer marido, había llevado la joyería de la familia. Al casarse con Wilson, éste dejó bien claro que esperaba de ella que compartiera su trabajo. Edith aceptó el ofrecimiento con entusiasmo. No tenía nada de intelectual, pero era lista y decidida.²⁹ También era ferozmente leal a su nuevo esposo. Wilson la adoraba.

A bordo del *George Washington* los Wilson hacían vida aparte, comían casi siempre en su camarote y paseaban por cubierta cogidos del brazo. Los expertos estadounidenses estaban ocupados con sus mapas y sus papeles y se preguntaban unos a otros, con cierta inquietud, cuál sería la política de su país. Wilson había hablado mucho de principios generales, pero había mencionado pocos detalles. Un joven llamado William Bullitt se atrevió a abordar al presidente y decirle que su silencio los tenía confundidos a todos. Wilson se mostró sorprendido, pero accedió amablemente a reunirse con una docena de los principales expertos. «Por primera, por primerísima vez», dijo después uno de ellos, «el presidente ha hecho saber a todos cuáles son sus ideas y cuál es su política». Habría pocas ocasiones parecidas.³⁰ Los expertos salieron de la reunión animados e impresionados. Wilson se mostró accesible y amistoso. Habló de la pesada tarea que les aguardaba y les dijo que contaba con que le proporcionasen la mejor información. Añadió que podían acudir a él en cualquier momento. «Ustedes me dicen lo que está bien y yo lucharé por ello». Se disculpó por hablar de sus propias ideas: «no eran muy buenas, pero las consideraba mejores que todas las cosas que había oído».³¹

Wilson señaló que, en lo que se refería a negociar la paz, su país desempeñaría el papel que en justicia le correspondía: el de árbitro. Debían estar a la altura de las grandes tradiciones estadounidenses de justicia y generosidad. Al fin y al cabo, serían «las únicas personas imparciales que participarían en la Conferencia de Paz». Advirtió que había algo más: «Los hombres con los que íbamos a negociar no representaban a su propio pueblo». Esta era una de las hondas convicciones de Wilson, lo cual es curioso si se tiene en cuenta que en aquellos momentos el Congreso de su propio país estaba dominado por sus contrincantes políticos. Durante toda la Conferencia de Paz se aferró a la creencia de que hablaba en nombre de las masas y de que, si lograba llegar a ellas —ya fueran francesas, italianas o incluso rusas—, aceptarían sus puntos de vista.³²

Tocó otro de sus temas favoritos: aseguró a sus oyentes que Estados Unidos no había entrado en guerra por razones egoístas. En esto, como en tantas otras cosas, se diferenciaba de otras naciones, porque no quería territorios, tributos ni siquiera venganza. (Como señal de que la participación estadounidense en la contienda era diferente de la de los europeos, Wilson siempre había insistido en

que Estados Unidos era un asociado y no un aliado). Estados Unidos actuaba generalmente sin egoísmo: al ocupar Cuba, por ejemplo. «Habíamos entrado en guerra con España», recalcó, «no por la anexión, sino para ofrecer a la desamparada colonia la oportunidad de ser libre.»³³

Wilson tendía a echar mano de ejemplos latinoamericanos, porque la mayoría de sus experiencias formativas en el campo de las relaciones exteriores habían estado relacionadas con América Latina. Había reformado, al menos a su propio gusto, la Doctrina Monroe, aquel desafío famoso lanzado a los europeos en 1823 para que se abstuvieran de todo intento de colonizar el Nuevo Mundo otra vez. La doctrina se había convertido en un precepto fundamental de la política exterior de Estados Unidos, una capa —al decir de muchos— debajo de la que se ocultaba la dominación estadounidense de sus vecinos. Wilson la veía más bien como el marco dentro del cual todas las naciones de América colaboraban pacíficamente y un modelo para las naciones europeas en guerra. Lansing tenía sus dudas al respecto, como era habitual con las ideas de Wilson: «la doctrina es exclusivamente una política nacional de Estados Unidos y tiene que ver con su seguridad nacional y sus intereses vitales».³⁴

Wilson prestaba poca atención a lo que veía como objeciones quisquillosas de Lansing.³⁵ Tenía muy claro que sus intenciones eran buenas. Cuando tropas estadounidenses desembarcaban en Haití, Nicaragua o la República Dominicana, era para defender el orden y la democracia: «Voy a enseñar a las repúblicas sudamericanas», había dicho en su primer mandato presidencial, «a elegir a hombres buenos».³⁶ Raramente mencionaba que también estaba protegiendo el canal de Panamá y las inversiones estadounidenses. Durante su presidencia, Estados Unidos intervino repetidamente en México para tratar de imponer allí el tipo de gobierno que quería Washington. «El propósito de Estados Unidos», dijo Wilson, «es única y exclusivamente garantizar la paz y el orden en América central asegurándose de que los procesos de autogobierno allí no sean interrumpidos o dejados de lado.»³⁷ Se llevó una sorpresa cuando los mexicanos no vieron de igual manera el desembarco de tropas estadounidenses y las amenazas de la misma procedencia.

La aventura mexicana también demostró la propensión de Wilson, tal vez inconsciente, a hacer caso omiso de la verdad. La primera vez que envió tropas a México dijo al Congreso que era en respuesta a provocaciones e insultos repetidos a Estados Unidos y sus ciudadanos por parte del general Huerta, el hombre que empezó la revolución mexicana. En realidad Huerta había puesto mucho cuidado en evitar lo que Wilson le imputaba.³⁸ En la Conferencia de Paz de París, el presidente afirmaría no haber visto jamás los acuerdos secretos que los Aliados habían tomado durante la guerra y que, por ejemplo, prometían territorio enemigo a Italia. El ministro de Exteriores británico, Arthur Balfour, se los había enseñado en 1917.³⁹ Lansing, refiriéndose a su presidente, dijo en tono agrio: «Incluso se pasaban por alto hechos comprobados si no encajaban en su intuición, esa facultad semidivina de elegir lo que está bien».⁴⁰

Como puso de manifiesto el embrollo mexicano, Wilson no temía utilizar el considerable poder de su país, ya fuera económico o militar. Al terminar la Gran Guerra, Estados Unidos era una nación mucho más poderosa que en 1914. Entonces contaba con un ejército minúsculo y una marina de guerra mediana; ahora tenía más de un millón de soldados sólo en Europa y su marina de guerra rivalizaba con la británica. De hecho, los estadounidenses tendían a dar por sentado que habían ganado la guerra para sus aliados europeos.⁴¹ La economía de Estados Unidos había avanzado mucho a medida que los campesinos y las fábricas del país producían grandes cantidades de trigo, carne de cerdo, hierro y acero para los Aliados. Mientras la parte estadounidense de la producción y el comercio mundiales crecía inexorablemente, la de las potencias europeas se estancaba o decaía. Lo

más importante de todo para sus relaciones futuras era que Estados Unidos había pasado a ser el banquero de los europeos. Los aliados europeos debían en total más de siete mil millones de dólares al Gobierno de Washington y alrededor de la mitad de esa suma a los bancos estadounidenses. Wilson daba por seguro, y luego se vio que pecaba de exceso de confianza, que Estados Unidos se saldría con la suya por el sencillo procedimiento de ejercer presiones económicas.⁴² Como dijo David Hunter Miller, su asesor jurídico:

«Europa está arruinada económicamente y sus gobiernos lo están moralmente. La mera insinuación de una retirada estadounidense, debida a la oposición a sus deseos de justicia, de equidad y de paz, provocaría la caída de todos los gobiernos de Europa sin excepción, y una revolución en todos los países europeos con una sola posible excepción.»⁴³ En la reunión celebrada en el *George Washington*, Wilson también habló brevemente de las dificultades con que tropezarían en el caso de las naciones surgidas de las ruinas de Europa central: polacos, checos, yugoslavos y muchos más. Podían tener la forma de gobierno que quisieran, pero debían incluir en sus nuevos estados sólo a quienes quisieran formar parte de ellos. «Criterio no [es] quiénes son líderes intelectuales, sociales o económicos, sino quiénes forman masa del pueblo», anotó uno de sus oyentes. «Deben tener libertad... ésa es la clase de gobierno que quieren.»⁴⁵

De todas las ideas que Wilson trajo a Europa, este concepto de la autodeterminación era, y ha seguido siendo, uno de los más controvertidos y opacos. Durante la Conferencia de Paz, el jefe de la misión estadounidense en Viena pidió varias veces a París y Washington una explicación de los términos. No recibió ninguna respuesta.⁴⁶ Nunca ha sido fácil determinar el sentido de las afirmaciones de Wilson. «Desarrollo autónomo», «el derecho de quienes se someten a la autoridad a tener voz en sus propios gobiernos», «los derechos y las libertades de las naciones pequeñas», un mundo seguro «para todas las naciones amantes de la paz que, como la nuestra, deseen vivir su propia vida, decidir sobre sus propias instituciones»: ⁴⁷ las frases habían salido de la Casa Blanca e inspirado a los pueblos de todo el mundo. Pero ¿qué significaban? ¿Se refería Wilson, como a veces parecía, tan sólo a una extensión del autogobierno democrático? ¿Quería decir realmente que cualquier pueblo que se considerara nación debía tener su propio Estado?⁴⁸ En una declaración que redactó, pero nunca llegó a utilizar, para persuadir al pueblo estadounidense de apoyar los acuerdos de paz, afirmó: «decimos ahora que todas estas personas tienen derecho a vivir su propia vida bajo los gobiernos que ellas mismas elijan formar. Ese es el principio estadounidense».⁴⁹ Sin embargo, no sentía ninguna simpatía por los nacionalistas irlandeses y su lucha por liberarse de la dominación británica. Durante la Conferencia de Paz insistió en que la cuestión irlandesa era un asunto interno de los ingleses. Cuando una delegación de nacionalistas irlandeses le pidió apoyo, le entraron ganas, según dijo a su asesor jurídico, de mandarlos al cuerno. Opinaba que los irlandeses vivían en un país democrático y podían resolver las cosas por medios democráticos.⁵⁰

Cuanto más se examina el concepto de autodeterminación de Wilson, más dificultades aparecen. Lansing se preguntó: «Cuando el presidente habla de "autodeterminación", ¿en qué piensa? ¿Se refiere a una raza, un territorio o una comunidad?». Lansing opinaba que era una calamidad que la palabra se le hubiera ocurrido un día a Wilson. «Infundirá esperanzas que nunca podrán cumplirse. Me temo que costará miles de vidas. Forzosamente acabará quedando desacreditada y dirán que fue el sueño de un idealista que no se percató del peligro, hasta que ya era demasiado tarde para detener a los que intentaban convertir el principio en una realidad».⁵¹ Tal como se preguntó Lansing, ¿qué constituía una nación? ¿Era una ciudadanía compartida, como Estados Unidos, o una etnicidad compartida, como Irlanda? Si no se autogobernaba, ¿debía hacerlo? Y en tal caso, ¿qué grado de

autogobierno era suficiente? ¿Podía una nación, fuera cual fuese su definición, existir felizmente dentro de un Estado plurinacional mayor? A veces parecía que el presidente pensaba que sí. Después de todo, provenía de un país que albergaba a muchas nacionalidades diferentes y que había hecho una guerra terrible, que Wilson recordaba muy bien, para preservar su unidad.

Al principio no quería desmembrar los grandes imperios plurinacionales como Austria-Hungría o Rusia. En febrero de 1918 había dicho al Congreso que las aspiraciones nacionales «bien definidas» debían satisfacerse, pero sin «introducir nuevos elementos de discordia y antagonismo, o perpetuar los que ya existían, que con el tiempo probablemente alterarían la paz de Europa y, por consiguiente, del mundo».⁵²

Eso dio pie a otra serie de interrogantes. ¿Qué era un nacionalismo «bien definido»? ¿El polaco? Obviamente. Pero ¿y el ucraniano? ¿O el eslovaco? ¿Y las subdivisiones, los católicos ucranianos, por ejemplo, o los polacos protestantes? Las posibilidades para dividir a los pueblos eran infinitas, especialmente en Europa central, donde la historia había dejado una rica mezcla de religiones, lenguas y culturas. Alrededor de la mitad de sus habitantes podía contarse como miembros de una minoría nacional u otra.⁵³ ¿Cómo iban a asignarse los pueblos a tal o cual país, cuando las líneas divisorias entre una nación y otra eran tan poco claras? Una solución consistía en dejar que los expertos se encargasen de ello. Que estudiaran la historia, recopilaran estadísticas y consultaran con los habitantes de la región. Otra solución, en apariencia más democrática, que ha estado flotando en las relaciones internacionales desde la Revolución francesa, era dar a los habitantes la oportunidad de elegir por medio de un plebiscito, con el voto secreto, administrado por algún organismo internacional. Parece ser que el propio Wilson no daba por sentado que la autodeterminación entrañase plebiscitos, pero en 1918 mucha gente ya creía que así era. ¿Quién debía votar? ¿Sólo los hombres o también las mujeres? ¿Sólo los residentes o cualquier persona que hubiera nacido en la zona en litigio? (Los franceses rechazaron con firmeza la idea de un plebiscito sobre los territorios que habían perdido, Alsacia y Lorena, alegando que el voto sería injusto, porque Alemania había expulsado a los habitantes francófonos y había introducido alemanes). ¿Y si los habitantes del lugar no sabían a qué nación pertenecían? En 1920, al preguntar un investigador independiente a un campesino de Bielorrusia —en las fronteras donde se mezclaban rusos, polacos, lituanos, bielorrusos y ucranianos— qué era, la única respuesta que obtuvo fue: «Soy un católico de estos pagos».⁵⁴ Expertos estadounidenses en Carintia, en los Alpes austríacos, preguntaron qué había que hacer al encontrar personas «que no quieren formar parte de la nación de sus hermanos de sangre o muestren una indiferencia absoluta ante todas las cuestiones nacionales».⁵⁵

A finales de 1919 Wilson, escarmentado, dijo al Congreso: «Cuando pronuncié aquellas palabras [“que todas las naciones tenían derecho a la autodeterminación] fue sin saber que existían las nacionalidades, las cuales acuden a nosotros día tras día».⁵⁶ Wilson no fue responsable de la propagación de movimientos nacionales que buscaban sus estados propios —esa búsqueda había empezado en las postrimerías del siglo XVIII—, pero, como dijo Sidney Sonnino, el ministro de Exteriores italiano, «no cabe duda de que la guerra había surtido el efecto de exacerbar el sentimiento de nacionalidad... Tal vez Estados Unidos lo fomentó al plantear los principios de manera tan clara».⁵⁷

Wilson pasó la mayor parte del tiempo en la conferencia con sus expertos dedicado a lo que más importancia tenía para él: la necesidad de encontrar una nueva manera de dirigir las relaciones internacionales. No fue una sorpresa para sus oyentes. En sus famosos Catorce Puntos de enero de 1918 y en discursos posteriores había esbozado sus ideas. El equilibrio de poder, según dijo al

Congreso estadounidense en su discurso de los «Cuatro Principios» en febrero de 1918, estaba desacreditado para siempre como medio de preservar la paz. No habría más diplomacia secreta del tipo de la que había llevado a Europa a hacer pactos calculadores, promesas imprudentes y alianzas comprometedoras, así como otras cosas que conducían a la guerra. Los acuerdos de paz no debían dejar el camino abierto a guerras futuras. No debía haber castigo ni reclamaciones injustas, ni los vencidos debían pagar multas enormes — indemnizaciones— a los vencedores. Ese había sido el error de Prusia después de derrotar a Francia en 1870. Los franceses nunca habían perdonado a Alemania por el dinero que habían pagado y la pérdida de sus territorios de Alsacia y Lorena. Era necesario poner más trabas a la guerra. Tenía que haber controles de armamento, incluso un desarme general. Los barcos debían navegar libremente por los mares del mundo. (Los ingleses sabían muy bien que eso significaba el fin de su arma tradicional —que consistía en estrangular la economía del enemigo bloqueando sus puertos y confiscando sus barcos— que había provocado la caída de Napoleón y, según pensaban ellos, acelerado la victoria aliada sobre Alemania). Había que bajar las barreras comerciales para que las naciones del mundo fueran más interdependientes.

En el centro de la visión de Wilson había una Sociedad de Naciones que aportaría la seguridad colectiva que, en una sociedad civil bien dirigida, proporcionaba el gobierno, sus leyes, sus tribunales y su policía. «El viejo sistema de poderes, de equilibrio de poder, había fallado con demasiada frecuencia», anotó un experto mientras hablaba el presidente. La Sociedad debía tener un consejo que pudiera «entrometerse» en caso de surgir disputas. «Si no conseguía nada la nación culpable sería proscrita. “Y ahora los proscritos no gozan de popularidad”.»⁵⁸

La visión de Wilson era liberal y cristiana. Ponía en entredicho la opinión de que la mejor forma de preservar la paz era fomentar el equilibrio entre las naciones, por medio de alianzas si hacía falta, y de que la fuerza, y no la seguridad colectiva, era el medio de impedir el ataque. Wilson también ofrecía una réplica a la opción que proponían los bolcheviques rusos: que la revolución traería un mundo único donde no habría conflictos. El presidente creía en las naciones independientes y en la democracia, como mejor forma de gobierno y también como fuerza beneficiosa en el mundo. Cuando los gobiernos fueran elegidos por el pueblo, no lucharían —de hecho no podrían luchar— unos contra otros.⁵⁹ «Estos principios son estadounidenses», dijo al Senado en 1917. «No podríamos defender otros. Y son también los principios y las ideas políticas de los hombres y las mujeres de miras amplias de todas partes, de todas las naciones modernas, de todas las comunidades progresistas. Son los principios de la humanidad y deben prevalecer.»⁶⁰ Wilson creía hablar en nombre de la humanidad. Los estadounidenses tendían a considerar que sus valores eran universales y que su sociedad y su gobierno eran modelos para el resto del mundo. Después de todo, Estados Unidos era un país que habían fundado personas que querían dejar un viejo mundo atrás y el objetivo de su revolución había sido, en parte, crear un mundo nuevo. La democracia de Estados Unidos, su constitución, incluso la forma en que ese país hacía las cosas, eran ejemplos que otros debían seguir por su propio bien. Como dijo uno de los más jóvenes estadounidenses que se trasladaron a París: «Antes de que hayamos terminado con estos tipos de aquí, les enseñaremos a hacer las cosas y a hacerlas rápidamente».⁶¹

La actitud de los estadounidenses ante los europeos era compleja: una mezcla de admiración por sus logros en el pasado, el convencimiento de que los Aliados se hubieran visto perdidos sin Estados Unidos y la sospecha de que, si no tenían cuidado, los arteros europeos volverían a atraparles en sus redes. Mientras hacían sus preparativos para la Conferencia de Paz, los delegados estadounidenses sospechaban que los franceses y los ingleses ya estaban preparando sus trampas. Quizás el

ofrecimiento de una colonia africana o un protectorado sobre Armenia o Palestina tentaría a Estados Unidos, y entonces, de pronto, sería demasiado tarde. Los estadounidenses se encontrarían envileciéndose bajo la mirada gozosa de los europeos.⁶²

El excepcionalismo estadounidense siempre ha tenido dos vertientes: un ansia arreglar el mundo; la otra está dispuesta a girar la espalda con desprecio, si no se hace caso de su mensaje. Wilson dijo a sus compañeros de viaje que los acuerdos de paz debían basarse en los nuevos principios: «Si no sale bien, el mundo pondrá el grito en el cielo». Añadió medio en broma que él iría a alguna parte «a esconder la cabeza, quizás a Guam».⁶³ La fe en su propio excepcionalismo a veces ha llevado a los estadounidenses a cierta cerrilidad, a la tendencia a predicar a las demás naciones en lugar de escucharlas, así como a dar por sentado que los motivos estadounidenses son puros mientras que los ajenos no lo son. Y Wilson era muy estadounidense. Acudió a la Conferencia de Paz, según dijo Lloyd George, como un misionero dispuesto a rescatar a los paganos europeos, con sus «sermoncillos» llenos de comentarios más bien obvios.⁶⁴

Resultaba fácil burlarse de Wilson y muchos lo hicieron. También es fácil olvidar lo importantes que eran sus principios en 1919 y cuántas personas, y no sólo en Estados Unidos, querían creer en su gran sueño de un mundo mejor. Al fin y al cabo, tenían un terrible punto de referencia en las ruinas que dejara la Gran Guerra. Wilson mantenía viva la esperanza de que la sociedad humana, a pesar de la evidencia, estuviera mejorando; de que algún día las naciones vivirían en armonía. En 1919, antes de que cundiera la desilusión, el mundo estaba muy dispuesto a escucharle. Lo que Wilson tenía que decir tocó una fibra sensible, no sólo en los liberales o los pacifistas, sino también en las elites políticas y diplomáticas de Europa, las cuales, según se diría falsamente más adelante, no quisieron saber nada del asunto. Sir Maurice Hankey, secretario del Gabinete de Guerra británico y, luego, de la propia Conferencia de Paz, siempre llevaba un ejemplar de los Catorce Puntos en la cartera que reservaba al material de consulta crucial. Decía que eran el «trasfondo moral».⁶⁵ En toda Europa había plazas, calles, estaciones de ferrocarril y parques que ostentaban el nombre de Wilson. En las paredes había carteles que clamaban «Queremos una paz de Wilson». En Italia los soldados se arrodillaban ante su fotografía; en Francia el periódico izquierdista *L'Humanité* sacó un número especial en el que las lumbreras de la izquierda francesa rivalizaban alabando el nombre de Wilson. Los líderes de la revuelta árabe en el desierto, los nacionalistas polacos en Varsovia, los rebeldes de las islas griegas, los estudiantes de Pekín, los coreanos que trataban de sacudirse la dominación japonesa: todos ellos se inspiraban en los Catorce Puntos.⁶⁶ El mismo Wilson lo encontraba estimulante, pero aterrador. «Me pregunto», dijo a George Creel, su brillante jefe de propaganda, que se hallaba a bordo del *George Washington*, «si, sin darse cuenta, ha tejido usted una red para mí de la cual es imposible escapar». Agregó que el mundo entero tenía los ojos puestos en Estados Unidos, pero ambos sabían que unos problemas tan grandes no podían resolverse enseguida. «Lo que me parece ver, y espero de todo corazón que esté equivocado, es una tragedia de decepción.»⁶⁷

El *George Washington* arribó al puerto francés de Brest el 13 de diciembre de 1918. Había pasado sólo un mes desde el fin de la guerra. Con Wilson de pie en el puente, el barco entró poco a poco por una avenida de acorazados de las marinas de guerra británica, francesa y estadounidense. El sol lucía por primera vez desde hacía días. Las calles estaban adornadas con coronas de laurel y banderas. Los carteles pegados en las paredes rendían homenaje al presidente; los procedentes de la derecha por salvarles de Alemania y los de signo izquierdista por el nuevo mundo que prometía. Gran número de personas, muchas de ellas luciendo la indumentaria tradicional bretona, abarrotaban las calles, las azoteas, los árboles; hasta las farolas estaban ocupadas. *Llenaban el aire el sonido de*

las cornamusas bretonas y repetidos gritos de «Vive l'Amérique, vive Wilson». El ministro de Exteriores francés, Stéphane Pichón, dio la bienvenida a Wilson diciendo: «le estamos tan agradecidos por venir a darnos la paz que necesitamos». Wilson respondió sin comprometerse a nada y el grupo de estadounidenses subió al tren nocturno con destino a París. A las tres de la madrugada, el médico de Wilson miró casualmente por la ventanilla de su compartimento. «Vi no sólo hombres y mujeres, sino también niños de corta edad que esperaban con la cabeza descubierta y prorrumpían en vítores al pasar el tren especial.»⁶⁸

La acogida que Wilson encontró en París fue un triunfo todavía mayor, con multitudes aún más numerosas, «la más notable demostración», dijo un estadounidense que residía en la ciudad, «de entusiasmo y afecto por parte de los parisinos de la que haya oído hablar, y no digamos ver». El tren que llevaba al presidente entró en la estación de Luxemburgo, que aparecía engalanada con banderolas y banderas y grandes masas de flores. Clemenceau, el presidente del Gobierno francés, estaba allí con sus ministros y su antiguo adversario, el presidente de la república, Raymond Poincaré. Mientras los cañones retumbaban en todo París anunciando la llegada de Wilson, las multitudes empezaron a apretujarse contra los soldados que cubrían la carrera. El presidente y su esposa cruzaron la Plaza de la Concordia en un carruaje descubierto y subieron por los Campos Elíseos hasta llegar a su residencia en medio de los gritos de entusiasmo de la multitud. Aquella noche, durante una tranquila cena en familia, Wilson afirmó que estaba muy complacido con el recibimiento que le habían tributado. Dijo a los demás comensales que había «observado atentamente la actitud del gentío y estaba convencido de que era de lo más amistosa».

2 Primeras impresiones

La tarde de su llegada a París, Wilson mantuvo una reunión con el asesor en el que más confiaba. El coronel Edward House no parecía lo que era, un texano rico. Bajito, pálido, modesto y frágil, a menudo se sentaba con una manta sobre las rodillas, porque no soportaba el frío. Justo al empezar la Conferencia de Paz enfermó de gripe y estuvo a punto de morir. Hablaba en voz baja y dulce y movía sus manos pequeñas y delicadas, según dijo un observador, como si en ellas sostuviera algún objeto. Se mostraba invariablemente sereno, razonable y alegre.⁶⁹ Al verle, la gente solía pensar en uno de los grandes cardenales franceses del pasado, tal vez Mazarino.

En realidad no era coronel; se trataba sólo de un título honorario. Nunca había combatido en una guerra, pero sabía mucho de conflictos. En su juventud, Texas era un mundo en el que los hombres sacaban el revólver a la primera sospecha de que alguien les insultaba. A los tres años de edad ya montaba a caballo y sabía manejar armas de fuego. Uno de sus hermanos perdió la mitad de la cara jugando con ellas; otro murió al precipitarse de un trapecio. Luego, el propio House sufrió un accidente al caer de una soga y recibir un golpe en la cabeza. Nunca se recuperó del todo. Como ya no podía dominar a los demás físicamente, aprendió a hacerlo psicológicamente. «Me gustaba azuzar a los chicos para que se peleasen», dijo a un biógrafo, «para ver qué hacían, y luego tratar de hacerles entrar en razón.»⁷⁰

Se convirtió en un maestro del arte de entender a los hombres. Al conocerle, casi todo el mundo le encontraba inmediatamente comprensivo y amistoso. «Un hombre cariñoso», comentó el hijo de uno de sus enemigos, «incluso cuando te estaba degollando.»⁷¹ House amaba el poder y la política, de manera especial cuando podía actuar entre bastidores. En París, Baker le llamó, lleno de admiración sólo a medias, «el agujerito por el que tienen que pasar muchos grandes acontecimientos».⁷² D:\Quality\Trabajos ebook\1919\l Raramente concedía entrevistas y casi nunca aceptaba nombramientos oficiales. Debido a ello, por supuesto, era objeto de intensas especulaciones. Solía decir que lo único que quería era ser útil. En su diario, sin embargo, House tomaba nota con esmero de los poderosos y pesados que hacían cola para verle. También anotaba fielmente todos los cumplidos, por exagerados que fueran.⁷³ D:\Quality\Trabajos ebook\1919\l

Era demócrata, como la mayoría de los sureños de su raza, pero pertenecía al ala liberal y progresista del partido. Cuando Wilson entró en política, House, que ya era una figura en la política texana, reconoció en él a alguien con quien podía trabajar. Los dos hombres se entrevistaron por primera vez en 1911, cuando Wilson se estaba preparando para las elecciones presidenciales. «Casi desde el principio nuestra asociación fue íntima», recordó House años después, cuando la amistad entre los dos se había roto irrevocablemente, «casi desde el principio nuestras mentes vibraron al unísono.»⁷⁴ Dio a Wilson el afecto y la lealtad sin límites que requería y Wilson le dio poder. Al morir su primera esposa, Wilson pasó a depender todavía más de House. «Usted es la única persona del mundo con la cual puedo hablar de todo», escribió en 1915. «A algunos puedo hablarles de una cosa y a otros, de otra, pero usted es el único a quien puedo revelar todo lo que pienso.»⁷⁵ Cuando la segunda señora Wilson entró en escena, observó a House atentamente, con ojos aguzados por los

celos.

Al estallar la guerra, Wilson mandó a House a las capitales de Europa en un intento infructuoso de detener la lucha y, al terminar la contienda, se apresuró a enviarle a París para que negociase las condiciones del armisticio. «No le he dado instrucciones», dijo Wilson a House, «porque pienso que usted sabrá lo que hay que hacer.»⁷⁶ House reconoció de todo corazón que la nueva diplomacia de Wilson era la mejor esperanza para el mundo. La idea de fundar la Sociedad de Naciones le pareció maravillosa. También pensó que le resultaría más fácil que a Wilson alcanzar sus objetivos comunes. Mientras que el presidente era demasiado idealista, demasiado dogmático, él, House, era un amañador que sabía mucho latín: aquí un gesto de asentimiento, allí uno de indiferencia, un leve cambio de énfasis, una promesa primero a éste y luego a aquél, un dejar de lado las diferencias y lograr que las cosas marchasen bien. En realidad, no quería que Wilson asistiera a la Conferencia de Paz. En su diario, durante los meses siguientes, el leal lugarteniente anotaría de forma metódica los errores de Wilson: sus arranques de mal genio, sus inconsecuencias, su torpeza en las negociaciones y su mentalidad «estrecha».⁷⁷

House caía muy bien a Clemenceau, en parte porque lo encontraba gracioso, pero también porque parecía comprender perfectamente las preocupaciones de Francia.⁷⁸ «Me llevo bien con usted», le dijo Clemenceau, «porque es un hombre práctico. A usted le comprendo, pero hablar con Wilson viene a ser como ¡hablar con Jesucristo!»⁷⁹ Lloyd George se mostró más frío: House «veía más claramente que la mayoría de los hombres —o incluso de las mujeres— el fondo de las aguas poco profundas que se encuentran aquí y allá en los mayores océanos y en los hombres». Un hombre encantador, en opinión de Lloyd George, pero más bien limitado: «esencialmente un vendedor y no un productor». House hubiera sido un buen embajador, pero nunca un ministro de Exteriores. «Quizás hable mucho en su favor», fue la amable conclusión de Lloyd George, «el hecho de que no fuera, ni con mucho, tan astuto como él creía ser.»⁸⁰ House no soportaba a Lloyd George, «un cizañero que cambia de opinión como una veleta. No conoce en profundidad ninguna de las cuestiones de que se ocupa».⁸¹ Pero Lloyd George sabía qué debía hacerse para no perder de vista los fines. No puede decirse lo mismo de House, que pensaba que todos los desacuerdos tenían solución. «Es un conciliador maravilloso», opinaba Baker, «pero con los defectos correspondientes a su virtud, porque concilia... los desacuerdos de poca importancia con la carne sólida de los principios.»⁸² Era lo que había hecho House durante las negociaciones del armisticio.

La Gran Guerra había empezado con una serie de errores y terminó en medio de la confusión. La victoria llegó cuando los Aliados (e incluyamos en el término a su asociado Estados Unidos) no la esperaban. Austria-Hungría estaba desmoronándose visiblemente en el verano de 1918, pero Alemania aún parecía fuerte. Los planes de los líderes aliados preveían, como mínimo, otro año de guerra. A finales de octubre, sin embargo, los aliados de Alemania ya habían empezado a derrumbarse y pedían armisticios; el ejército alemán se hallaba en retirada hacia sus propias fronteras y Alemania misma se veía sacudida por estallidos revolucionarios. El armisticio con Alemania, el más importante y a la larga el más controvertido, fue el resultado de una negociación a tres bandas entre el nuevo Gobierno alemán en Berlín, el Consejo Supremo de la Guerra aliado en París y Wilson en Washington. House, como representante personal del presidente, fue el vínculo clave entre las partes. Los alemanes, que calcularon acertadamente que la mejor probabilidad de obtener condiciones de paz moderadas era encomendarse a la clemencia de Wilson, pidieron un armisticio basado en los Catorce Puntos. Wilson, que ansiaba empujar a sus aliados europeos, que eran un tanto reacios, a aceptar sus principios, accedió a ello en una serie de notas públicas.

La respuesta de Wilson irritó a los Aliados europeos. Además, nunca habían estado dispuestos a aceptar los Catorce Puntos sin modificaciones. Los franceses querían asegurarse de recibir compensaciones por los enormes daños que la invasión alemana había causado a su país. Los ingleses no podían estar de acuerdo con el punto relativo a la libertad de los mares, ya que les impediría usar el bloqueo naval como arma contra sus enemigos. En una ronda final de conversaciones celebradas en París, House aceptó las reservas de los Aliados y, por consiguiente, se modificaron los Catorce Puntos para tener en cuenta lo que más adelante se daría en llamar las reparaciones que debería pagar Alemania, así como las negociaciones sobre la libertad de los mares en la propia Conferencia de Paz. Además, las condiciones militares del armisticio, que pedían no sólo la evacuación de las tropas alemanas de territorio francés y belga, sino también su retirada del mismo borde occidental de Alemania, contribuyeron en gran medida a desarmarla, cosa que los franceses deseaban fervientemente.⁸³

La forma en que se llegó al armisticio dio origen a gran número de recriminaciones posteriores. Los alemanes pudieron decir que sólo lo habían aceptado basándose en los Catorce Puntos originales y que las subsiguientes condiciones de paz eran, por tanto, ilegítimas. Y Wilson y sus seguidores pudieron acusar a los taimados europeos de diluir las puras intenciones de la nueva diplomacia.

Cuando House y Wilson sostuvieron su primera conversación el 14 de diciembre de 1918 por la tarde, ya desconfiaban de las intenciones de los Aliados europeos. Aunque la Conferencia de Paz tardaría aún varias semanas en empezar oficialmente, las maniobras ya habían comenzado. Clemenceau ya había sugerido a los británicos que presentaran un acuerdo general sobre las condiciones de paz, y los europeos, entre ellos los italianos, se habían reunido en Londres a principios de mes.⁸⁴ Clemenceau fue prudente y se curó en salud. Visitó a House, que estaba enfermo, para asegurarle que la reunión de Londres no tenía absolutamente ninguna importancia. Él mismo asistiría a ella sólo porque podía ser una ayuda para Lloyd George en las elecciones generales que se avecinaban.⁸⁵ Resultó que, debido a los desacuerdos sobre las exigencias territoriales de Italia en el Adriático y las peleas entre Gran Bretaña y Francia sobre la liquidación del Imperio otomano, la reunión no produjo una política europea común. Las tres potencias europeas también ansiaban no dar a Wilson la impresión de que trataban de resolver las cosas antes de su llegada.

House, que compartía la opinión de Wilson de que Estados Unidos iba a ser el árbitro de la paz, creía, sin tener muchos motivos para ello, que probablemente Clemenceau se mostraría más razonable que Lloyd George. Así pues, Wilson se entrevistó primero con el político francés. El astuto y anciano estadista escuchó en silencio al presidente, interrumpiéndole sólo para decir que le parecía bien que se creara la Sociedad de Naciones. Wilson se llevó una impresión favorable y House, que esperaba que Francia y Estados Unidos formaran un frente común contra Gran Bretaña quedó encantado.⁸⁶ El matrimonio Wilson pasó el día de Navidad con el general Pershing en el cuartel general estadounidense en las afueras de París y luego emprendió viaje a Londres.

También en Gran Bretaña recibieron a Wilson multitudes que le adoraban, pero las conversaciones privadas del presidente con líderes británicos no empezaron bien. Wilson tendía a mostrarse rígido, ofendido porque Lloyd George y los principales ministros británicos no se habían apresurado a trasladarse a Francia para darle la bienvenida y molesto porque las elecciones generales británicas obligarían a retrasar la inauguración de la Conferencia de Paz. Al igual que la de muchos estadounidenses, la actitud de Wilson ante Gran Bretaña era ambigua, consciente de la deuda de Estados Unidos con sus grandes tradiciones liberales a la vez que recelosa y envidiosa de su poder. «Si Inglaterra insistiera en mantener el dominio naval después del conflicto», dijo Wilson a André

Tardieu, íntimo colaborador de Clemenceau, «¡Estados Unidos podría enseñarle, y le enseñaría, a construir una marina de guerra!»⁸⁷ En una recepción de gala celebrada en el palacio de Buckingham, Wilson habló sin rodeos a un alto cargo británico, que enseguida hizo llegar los comentarios del presidente a sus superiores: «No deben hablar de los que venimos aquí como si fuéramos primos suyos, y todavía menos hermanos; no somos ni una cosa ni la otra». Agregó que era engañoso hablar de un mundo anglosajón cuando tantos estadounidenses procedían de otras culturas y que, además, era una tontería conceder demasiada importancia al hecho de que ambas naciones hablaran inglés. «No; hay sólo dos cosas que pueden establecer y mantener relaciones más estrechas entre su país y el mío: son la comunidad de ideales y la de intereses.»⁸⁸ Los británicos se llevaron otra sorpresa cuando Wilson no respondió a un brindis del rey por las fuerzas estadounidenses con un cumplido similar dedicado a las suyas. «No había una sensación de amistad», comentó Lloyd George, «ni de satisfacción por reunirse con hombres que habían estado asociados en una empresa común y se habían librado por tan poco de un peligro común.»⁸⁹

Lloyd George, que reconocía la enorme importancia de una buena relación con Estados Unidos, se propuso cautivar a Wilson. La primera conversación privada entre los dos inició el deshielo.⁹⁰ Lloyd George informó con alivio a sus colegas de que Wilson parecía dispuesto a hacer concesiones en los asuntos que los ingleses consideraban importantes, como la libertad de los mares y el destino de las colonias alemanas. Wilson había dado la impresión de que lo que más le preocupaba era la Sociedad de Naciones, de la que quería hablar en cuanto se iniciara la Conferencia de Paz. Lloyd George se había mostrado de acuerdo. Dijo que eso facilitaría mucho la tarea de tratar las otras cuestiones. Los dos líderes también hablaron de cómo debían proceder en la conferencia. Era de suponer que seguirían la costumbre y se sentarían con Alemania y las otras naciones derrotadas para redactar los tratados.⁹¹

La costumbre, con todo, ofreció poca orientación para el nuevo orden que quería Wilson. Los derechos de conquista y victoria estaban entretejidos profundamente en la historia de Europa y al terminar guerras anteriores —las napoleónicas, por ejemplo— los vencedores se habían apoderado de lo que les apetecía, ya fuera territorios o tesoros artísticos. Asimismo, se había esperado de los vencidos que pagaran una indemnización por los costes de la guerra y, a veces, también reparaciones por los daños. Pero ¿no habían dado todos ellos la espalda a estas cosas en el conflicto reciente? Ambos bandos habían hablado de una paz justa sin anexiones. Ambos habían invocado los derechos de los pueblos a elegir sus propios gobernantes, los Aliados en voz más alta y de forma más persuasiva que las potencias centrales. E incluso antes de que Estados Unidos entrara en guerra, los Aliados ya habían empleado palabras como democracia y justicia al exponer sus objetivos bélicos. Wilson había hecho suyo el programa aliado y lo había convertido en una serie de promesas en firme que hablaban de un mundo mejor. Es verdad que había tenido en cuenta cierta recompensa para los vencedores: Francia recuperaría los territorios perdidos, Alsacia y Lorena, o Alemania compensaría los daños que había ocasionado a Bélgica. Pero los franceses querían más: territorio alemán, posiblemente; garantías contra un ataque, sin duda alguna. Los ingleses querían ciertas colonias alemanas. Los italianos exigían parte de los Balcanes y los japoneses, parte de China.

¿Podía justificarse todo esto desde el punto de vista de la nueva diplomacia? Y además, estaban todas las naciones del centro de Europa, algunas ya formadas, pero otras todavía en estado embrionario, que exigían ser escuchadas. Y los pueblos coloniales, las defensoras de los derechos de la mujer, los representantes del trabajo, los negros estadounidenses, los líderes religiosos, los humanitaristas. En comparación, el Congreso de Viena había sido sencillo.

En sus primeras conversaciones con Wilson, tanto Clemenceau como Lloyd George señalaron la necesidad de que los Aliados celebraran una conferencia preliminar para decidir su propia postura ante la paz. Wilson se mostró reacio. Si resolvían todas las condiciones de la paz por adelantado, la conferencia general sería puro teatro. En cambio, el presidente afirmó que estaba dispuesto a sostener conversaciones extraoficiales en busca de una postura común de los Aliados.

«En realidad venía a ser lo mismo», dijo Lloyd George a sus colegas, «pero el presidente insistió mucho en su punto de vista.»⁹² Se acordó reunirse en París, celebrar las conversaciones preliminares —unas cuantas semanas a lo sumo— y luego sentarse a negociar con el enemigo. Probablemente, al llegar ese momento Wilson regresaría a Estados Unidos, o al menos eso pensaba Lloyd George.⁹³

Después de estos primeros encuentros con los hombres que serían sus colegas más allegados en París, Wilson viajó a Italia, donde también le recibieron clamorosamente. Pero los vítores, las recepciones solemnes y las audiencias privadas no podían ocultar que el tiempo iba pasando. El presidente empezó a preguntarse si todo ello no sería deliberado. Pensó que el pueblo quería la paz, pero sus gobernantes daban largas al asunto por quién sabe qué motivos siniestros. El gobierno francés intentó organizarle una visita a los campos de batalla. Wilson se negó, enojado. «Trataban de obligarle a ir a ver las regiones devastadas», dijo a su pequeño círculo de íntimos, «para que se enfureciera y favoreciese los designios de los gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia». No estaba dispuesto a dejarse manipular de semejante manera; la paz debía negociarse serenamente, sin emoción. «Aunque las bombas hubieran convertido toda Francia en un cráter, este factor no cambiaría el acuerdo final.»⁹⁴ La negativa de Wilson sentó muy mal a los franceses y la visita fugaz a los campos de batalla, que Wilson finalmente hizo en marzo, no logró que se les pasara el enfado.

Wilson estaba a punto de sacar la conclusión de que sus puntos de vista y los de los franceses no eran tan parecidos como House le alentara a creer. El Gobierno francés había redactado una lista muy detallada de los asuntos importantes que debían decidirse y en ella la Sociedad de Naciones ocupaba uno de los últimos lugares.⁹⁵ Paul Cambon, el embajador francés en Londres, que era un hombre de inmensa experiencia, dijo a un diplomático británico: «la misión de la Conferencia de Paz era poner fin a la guerra con Alemania». La Sociedad de Naciones era algo que podía aplazarse fácilmente.⁹⁶ Muchos dirigentes franceses pensaban en una Sociedad que sería una continuación de la alianza de la guerra y cuyo papel principal consistiría en hacer cumplir el tratado de paz. Según un memorándum interno, no importaba que gran parte del público francés pensara de forma más idealista: «eso puede ayudarnos».⁹⁷ Clemenceau se mostraba escéptico en público. Al día siguiente de que Wilson pronunciara en Londres un discurso en el que reiteraba su fe en que una Sociedad de Naciones sería la mejor forma de proporcionar seguridad a sus miembros, Clemenceau tomó la palabra en la Cámara de Diputados. En medio de grandes aclamaciones, afirmó: «Hay un antiguo sistema de alianzas llamado el Equilibrio de Poder, este sistema de alianzas, al que yo no renuncio, será el pensamiento que me guiará en la Conferencia de Paz». Con mala intención, había hecho referencia al noble *candeur* [candor] de Wilson, palabra que podía significar o bien candor o ingenuidad patética. (Las actas oficiales la transformaron en *grandeur* [grandeza].) La delegación estadounidense vio el discurso de Clemenceau como un desafío.⁹⁸

En ese discurso y en la reacción que provocó en los estadounidenses se sembraron las semillas de lo que se convirtió en un truculento y duradero cuadro vivo, especialmente en Estados Unidos. En un lado aparecía Galahad, puro de pensamiento y obra, iluminando el camino que llevaba a un futuro dorado; en el otro, el contrahecho gnomo francés, con el corazón negro de rabia y resentimiento, pensando sólo en la venganza. En un lado, la paz; en el otro, la guerra. Es un buen cuento, pero

injusto con sus dos protagonistas. Ambos eran liberales que veían con escepticismo conservador los cambios rápidos. Lo que les dividía era el carácter y su experiencia propia. Wilson creía que la naturaleza humana era fundamentalmente buena. Clemenceau tenía sus dudas. El y Europa habían pasado por demasiadas cosas. «Por favor, no me interprete mal», dijo en una ocasión a Wilson, «también nosotros vinimos al mundo con los nobles instintos y las elevadas aspiraciones que usted expresa tan a menudo y con tanta elocuencia. Nos hemos convertido en lo que somos, porque nos ha moldeado la mano brutal del mundo en el que tenemos que vivir y hemos sobrevivido sólo porque somos gente dura». Wilson había vivido en un mundo donde la democracia estaba a salvo. «He vivido en un mundo donde pegarle un tiro a un demócrata era de recibo.»⁹⁹ Mientras que Wilson creía que el uso de la fuerza acababa siendo un fracaso, Clemenceau había visto lo contrario con demasiada frecuencia. «He sacado la conclusión de que la *forcé* [fuerza] es aceptable», dijo a la amante de Lloyd George, Francés Stevenson, durante un almuerzo. «¿Por qué está aquí este pollo? Porque no fue lo bastante fuerte como para oponer resistencia a los que querían matarlo. ¡Y me alegro de ello!»¹⁰⁰ Clemenceau no se oponía a la creación de la Sociedad de Naciones; sencillamente no confiaba mucho en ella. Le hubiera gustado ver más cooperación internacional, pero la historia reciente había demostrado con creces la importancia de tener la pólvora seca y las armas preparadas por si acaso.¹⁰¹ Esta actitud era fiel reflejo de la opinión pública francesa, que en su mayor parte seguía desconfiando de Alemania.¹⁰²

En la segunda semana de enero de 1919 Wilson volvía a estar en París esperando a que empezase la conferencia preliminar. Vivía lujosamente en una casa particular que el Gobierno francés había puesto a su disposición. (Uno de los chistecillos de Wilson decía que los estadounidenses la estaban pagando indirectamente con sus empréstitos a Francia). El hotel Murat pertenecía a los descendientes del gran militar epónimo, que se había casado con una de las hermanas de Napoleón, y sus propietarios lo habían alquilado al Gobierno. Más adelante, al agriarse las relaciones entre Francia y Estados Unidos, la princesa Murat pidió que le devolvieran la casa. El grupo presidencial, del que formaban parte el médico personal de Wilson, el almirante Cary T. Grayson, y la secretaria social de la señora Wilson, se instaló con cierto desasosiego en los aposentos fríos y relucientes, llenos de tesoros del pasado que se reflejaban incesantemente en enormes espejos. Un periodista británico que vino a entrevistar al presidente encontró a éste vestido con un traje de franela gris y sentado ante un suntuoso escritorio de estilo imperio con una gran águila de bronce por encima de la cabeza.¹⁰³

El resto de la delegación estadounidense se alojaba a cierta distancia, pero también con considerable lujo, en el hotel Crillon. «Me asignaron una habitación enorme», escribió un profesor estadounidense a su esposa, «techo alto, artesonado blanco chimenea, cuarto de baño enorme, cama muy cómoda, todo ello de rico palo de rosa añejo.»¹⁰⁴ A los estadounidenses les encantó la comida, les impresionó la meticulosidad del servicio y les divirtieron los lentos ascensores hidráulicos, que a veces quedaban colgados entre dos pisos hasta que una cantidad suficiente de agua pasaba de un depósito a otro.¹⁰⁵ Debido a que el hotel en sí era pequeño, sus oficinas estaban dispersas por los alrededores, algunas en lo que antes eran comedores privados en Maxim's, en los que todavía se notaba el olor rancio del vino y las viandas. Durante los meses que pasaron allí los estadounidenses añadieron sus propios toques al Crillon: una barbería, una red de líneas telefónicas privadas y un copioso desayuno estadounidense en lugar del francés.¹⁰⁶ Y por supuesto, los vigilantes en la puerta y los centinelas que caminaban de una parte a otra de la azotea. «Todo el lugar es como un acorazado estadounidense», dijo Harold Nicolson, el joven diplomático británico que hizo una de las descripciones más vividas de la Conferencia de Paz, «y huele de forma rara.»¹⁰⁷ También llamaba la

atención de los visitantes británicos la seriedad con que los estadounidenses trataban las categorías; a diferencia de los ingleses, los hombres importantes nunca se sentaban a comer con sus subalternos.[108](#)

Lansing y los plenipotenciarios White y Bliss tenían aposentos en el segundo piso, pero el verdadero centro de poder estaba en el piso de arriba y en el que House tenía su espaciosa suite, que estaba muy vigilada; más, según observó con satisfacción, que la de cualquier otro miembro de la delegación. Allí se sentaba, como le encantaba hacer, a urdir sus planes y atraer a los poderosos. Primeros ministros, generales, embajadores, periodistas: casi todos acudían a verle. La relación más importante fue siempre con su presidente. Los dos hombres hablaban todos los días, ya fuera personalmente o utilizando la línea privada directa que habían instalado los ingenieros del ejército. A veces Wilson bajaba paseando hasta el Crillon; nunca se detenía en el segundo piso, sino que siempre subía directamente al tercero.[109](#)

3 París

París aparecía triste y hermosa cuando los participantes en la Conferencia de Paz empezaron a llegar de todo el mundo en enero de 1919. Los habitantes de la ciudad estaban apagados y melancólicos, pero las mujeres seguían mostrando su extraordinaria elegancia. «Una y otra vez», escribió un delegado canadiense a su esposa, «es posible encontrarse con una figura que pudiera haber salido de *La Vie Parisienne* o de *Vogue* en sus momentos más felices.»¹¹⁰ La gente adinerada aún podía encontrar vestidos y joyas maravillosos. Los restaurantes, cuando conseguían víveres, todavía eran fenomenales. En los clubes nocturnos las parejas bailaban los nuevos fox-trot y tangos. El clima era sorprendentemente templado. En los parques la hierba conservaba su verdor y aún podían verse unas cuantas flores abiertas. Había llovido mucho y el Sena estaba crecido. Numerosas personas se congregaban en los *quais* [muelles] para observar la subida de las aguas, mientras los músicos callejeros interpretaban canciones que hablaban de la gran victoria de Francia sobre Alemania y del nuevo mundo que estaba a punto de nacer.¹¹¹

Por doquier se veían señales de la gran guerra que acababa de terminar: los refugiados de las regiones devastadas del norte, los cañones tomados a los alemanes y expuestos en la Plaza de la Concordia y los Campos Elíseos, los montones de cascotes y las ventanas cerradas con tablas allí donde habían caído las bombas alemanas. Un enorme cráter señalaba el lugar donde antes estaba la rosaleda de las Tullerías. En los grandes bulevares, las hileras de castaños mostraban los huecos que habían dejado los árboles cortados para hacer leña. En los ventanales de la catedral de Notre-Dame faltaban las vidrieras de colores, porque las habían sacado para evitar que sufrieran daños; en su lugar, vidrios de color amarillo claro llenaban el interior de luz mortecina. Había gran escasez de carbón, leche y pan.

La sociedad francesa también mostraba cicatrices. Mientras las banderas de la victoria ondeaban en las farolas y las ventanas, hombres mutilados y soldados desmovilizados y vestidos con uniformes raídos pedían calderilla en las esquinas y prácticamente una de cada dos mujeres iba de luto. La prensa izquierdista pedía la revolución; la de derechas exigía represión. Huelgas y protestas se sucedían unas a otras. Durante el invierno y la primavera las calles se llenaron de manifestaciones de hombres y mujeres vestidos de azul, como era costumbre entre los obreros franceses, y contramanifestaciones de las clases medias.

Ni los ingleses ni los estadounidenses habían querido que la Conferencia de Paz se celebrara en París. House escribió en su diario: «Ya será difícil firmar una paz justa en el mejor de los casos y resultará casi imposible en el ambiente de una capital beligerante. Podría salir bien, pero también podría ser una tragedia.»¹¹² Los franceses eran demasiado excitables, habían sufrido demasiado y estaban demasiado resentidos con los alemanes para proporcionar el ambiente sereno que hacía falta. Wilson había mostrado preferencia por Ginebra, hasta que informes alarmistas procedentes de Suiza le persuadieron de que el país se encontraba al borde de la revolución y estaba lleno de espías alemanes.¹¹³ Clemenceau no se dio por vencido y siguió insistiendo en París.¹¹⁴ «Nunca», diría más adelante Lloyd George, en un momento en que se sentía especialmente enojado, «quise celebrar la

conferencia en esta maldita capital. Tanto House como yo pensábamos que sería mejor celebrarla en un lugar neutral, pero el viejo lloró y protestó tanto que acabamos cediendo.»¹¹⁵

Puede que se trate sólo de una leyenda, pero dicen que, ya a punto de morir, Clemenceau pidió que le enterrasen de pie y de cara a Alemania. No cabe ninguna duda de que había estado en guardia contra la gran vecina de Francia durante la mayor parte de su vida. Tenía sólo veintiocho años al estallar la guerra franco-prusiana y había pertenecido al grupo de republicanos jóvenes que continuaron luchando en París después de la derrota de los ejércitos franceses. Vio cómo la ciudad pasaba hambre, cómo el Gobierno francés capitulaba y cómo se proclamaba el nuevo Imperio alemán en la Galería de los Espejos de Versalles. Poco después de ser elegido diputado, votó contra las condiciones de paz con Alemania. Como periodista, escritor, político y finalmente presidente del Gobierno lanzó la misma advertencia: Alemania era una amenaza para Francia. «Mi odio perpetuo», dijo a un periodista estadounidense poco antes de morir, «ha ido dirigido contra Alemania por lo que le ha hecho a Francia.»¹¹⁶ No buscó activamente la guerra después de 1871; la aceptó sin más como algo inevitable. El problema, según dijo, no era Francia: «Alemania cree que el resultado lógico de su victoria significa dominación, mientras que nosotros no creemos que la consecuencia lógica de nuestra derrota sea la servidumbre.»¹¹⁷

Clemenceau siempre había reconocido que, para tener una probabilidad, Francia necesitaba aliados. Antes de 1914 la nueva Alemania había sido un adversario formidable, con una industria, unas exportaciones y una riqueza que crecían sin parar. Los equivalentes franceses eran estáticos y la tasa de natalidad descendía. Hoy día, cuando las grandes masas de soldados tienen menos importancia en la guerra, es difícil recordar lo importante que era poder desplegar grandes ejércitos en el campo de batalla. Tal como Clemenceau dijo al Senado francés durante el subsiguiente debate para la ratificación, el tratado con Alemania «no especifica que los franceses estén obligados a tener muchos hijos, pero es lo primero que debiera haberse incluido.»¹¹⁸ Esas desventajas eran la razón por la que Francia había recurrido a sus enemigos hereditarios, la Rusia zarista en el este y Gran Bretaña en la otra orilla del Canal. Los recursos humanos de Rusia y la industria y el poderío marítimo de Gran Bretaña mejorarían la capacidad de hacer frente a Alemania. Muchas cosas habían cambiado ya en 1918, pero el desequilibrio subyacente no era una de ellas. Seguía habiendo más alemanes que franceses. ¿Cuánto tiempo tardaría en recuperarse la economía alemana, cuya infraestructura seguía intacta en gran parte? Y ahora Francia no podía contar con Rusia.

Durante la Conferencia de Paz, los aliados de Francia se exasperaron ante lo que veían como la intransigencia, la codicia y el afán de venganza de los franceses. No habían sufrido lo que Francia había sufrido. Los monumentos a los caídos en todas las ciudades, villas y pueblos, con sus largas listas de nombres de la primera guerra mundial y el puñado de nombres de la segunda, cuentan la historia de las pérdidas de Francia. Una cuarta parte de los varones franceses de entre dieciocho y treinta años de edad murió en la guerra, un total de más de 1,3 millones de una población que antes de la contienda se cifraba en 40 millones. Francia perdió una proporción de sus habitantes mayor que la de cualquier otro país beligerante. El número de soldados heridos ascendía al doble de la cifra que acabamos de mencionar. En el norte grandes extensiones de terreno aparecían llenas de cráteres abiertos por las bombas, trincheras entrecruzadas, hileras e hileras de cruces. Alrededor de la fortaleza de Verdún, escenario de la peor batalla que libraron los franceses, no crecía nada vivo, no cantaba ningún pájaro. Las minas de carbón de las que dependía la industria francesa para obtener energía estaban inundadas; las fábricas que se hubieran abastecido de aquel carbón habían sido arrasadas o se las habían llevado los alemanes. Más de 15.000 kilómetros cuadrados de tierra

francesa, que antes de la guerra producían el 20 por ciento de las cosechas, el 90 por ciento del mineral de hierro y el 65 por ciento del acero, habían resultado destruidos por completo. Tal vez Wilson hubiera comprendido mejor las exigencias de Clemenceau de haber ido antes a comprobar los daños personalmente.¹¹⁹

En la Conferencia de Paz, Clemenceau tendría en sus manos todos los hilos importantes. Integraba la delegación francesa lo mejor que Francia podía ofrecer, pero no celebró ninguna reunión durante los cuatro primeros meses.¹²⁰ Clemenceau raramente consultaba con los profesionales del Ministerio de Exteriores del Quai d'Orsay, cosa que los molestaba sobremanera.¹²¹ Tampoco prestaba gran atención a los expertos de las universidades a los que había pedido que redactaran informes sobre las reivindicaciones económicas y territoriales de Francia y que formasen parte de las comisiones y los comités que proliferaron en la conferencia. «Ninguna organización de sus ideas, ningún método de trabajo», se quejó el inteligente y anciano Paul Cambon desde Londres, «acumulación en él mismo de todas las obligaciones y responsabilidades, por lo que nada funciona. Y este hombre de setenta y ocho años, enfermo, porque es diabético, recibe a cincuenta personas al día y se esfuerza en miles de detalles que debiera delegar en sus ministros. En ningún momento de la guerra me sentí tan intranquilo como lo estoy por la paz.»¹²²

Stéphen Pichón, el ministro de Exteriores de Clemenceau, era un hombre afable, perezoso e indeciso que recibía sus instrucciones todas las mañanas y ni en sueños hubiera pensado en desobedecer.¹²³ Clemenceau le tenía bastante afecto, de un modo un tanto superficial. «¿Quién es Pichón?», preguntó un día. «Su ministro de Exteriores», le respondieron. «Ah, sí», dijo el anciano Tigre. «Se me había olvidado.»¹²⁴ En otra ocasión, Pichón y un grupo de expertos estaban esperando pacientemente, en un segundo plano, a que empezara una reunión, cuando Clemenceau se burló de Balfour por el número de asesores que le acompañaban. Al contestar Balfour «Hacen lo mismo que los suyos, que son más», Clemenceau, furioso al verse pillado en falta, se volvió. «Márchense todos», dijo a Pichón. «¡No necesitamos a ninguno de ustedes!»¹²⁵

Si Clemenceau hablaba alguna vez de los asuntos importantes con alguien, era al caer la noche y en su casa, con un grupo reducido que incluía a su fiel ayudante el general Henri Mordacq, al brillante crítico André Tardieu y al industrial Louis Loucheur. Hacía que la policía los vigilase para tenerlos alerta. Todas las mañanas les entregaba una carpeta que contenía detalles de lo que habían hecho la víspera.¹²⁶ En la medida de lo posible evitaba tratar con Raymond Poincaré, al que aborrecía.

Durante toda su larga vida Clemenceau había hecho su santa voluntad. Sus enemigos afirmaban que sus ojos almendrados y su crueldad eran la herencia de los hunos que habían logrado llegar hasta la Vendée.¹²⁷ Nació en 1841, en el seno de una familia de la pequeña nobleza, en una bella parte de Francia con una historia violenta. Generalmente, los habitantes de la región se equivocaban al elegir bando; en las guerras de religión, que ganaron los católicos, fueron protestantes; durante la Revolución francesa fueron católicos y realistas. La familia Clemenceau era una minoría dentro de una minoría: republicana, radical y resueltamente anticlerical. El propio Clemenceau opinaba que los esnobs era unos imbéciles, pero siempre volvía a la lóbrega casa solariega de la familia, con sus suelos de piedra, su foso y su austero mobiliario.

Al igual que su padre, Clemenceau cursó la carrera de medicina, pero, también como su padre, nunca la ejerció. Sus estudios, en todo caso, siempre ocuparon un segundo lugar después de la escritura, las actividades políticas y las aventuras amorosas. Al igual que otros jóvenes con talento, se sintió atraído por París y el mundo de los intelectuales, periodistas y artistas radicales. A finales de la década de 1860, pasó mucho tiempo en Estados Unidos, país que los republicanos admiraban

mucho por ser tierra de libertad. En sus viajes aprendió a hablar el inglés con soltura, salpicado de modismos neoyorquinos caídos en desuso, con un acento en el que se mezclaban el deje yanqui con las sonoras erres francesas. También se agenció una esposa, Mary Plummer, una muchacha de Nueva Inglaterra, preciosa, tonta y muy convencional, a la que había conocido cuando él daba clases de francés en una escuela de señoritas.¹²⁸ Volvió con ella a Francia, donde la dejaba durante largos periodos en casa de sus padres y sus tías solteras en la Vendée. El matrimonio no duró, pero Mary Plummer se quedó a vivir en París, donde complementaba su modesta pensión acompañando a turistas estadounidenses a los museos. Raras veces vio a Clemenceau después de la separación, pero guardaba fielmente las noticias y los artículos de prensa que hablaban de él. Por desgracia, no podía leer los recortes, porque nunca aprendió francés. Al morir Mary en 1917, Clemenceau expresó un leve remordimiento: «Qué tragedia que se casara conmigo».¹²⁹

La familia Clemenceau se encargó de los tres hijos del matrimonio. Clemenceau nunca volvió a casarse. Prefería viajar por la vida solo. Hubo mujeres, desde luego, amigas y amantes. «Nunca en la vida», dijo, y era cierto, «he tenido necesidad de suplicar a las mujeres.»¹³⁰ En 1919 se quejó sardónicamente de que, justo cuando era demasiado viejo para aprovecharse de ello, las mujeres se echaban a sus pies.

La política y, sobre todo, Francia, eran su gran pasión. La caída del imperio de Napoleón III en 1870 y la proclamación de la tercera república permitieron que Clemenceau y otros políticos radicales participaran en la vida pública. Clemenceau se hizo un nombre como orador incisivo e ingenioso, y como adversario tenaz. Con su viejo amigo Emile Zola, por ejemplo, contribuyó a que se reabriera el caso de Alfred Dreyfus. No inspiraba confianza, sin embargo, ni siquiera en la izquierda; en su vida había demasiados financieros sospechosos, demasiadas mujeres de dudosa reputación, demasiados acreedores que reclamaban su dinero.¹³¹ En sus implacables ataques a la autoridad estaba dispuesto a hacer lo que fuese para ganar. «Procede de una familia de lobos» dijo un hombre que le conocía bien.¹³² Sus duelos crearon la impresión de que era un personaje cuyo lugar estaba en las páginas de Dumas. Clemenceau no se hacía ningún favor a sí mismo con su desprecio por los convencionalismos y su profundo cinismo. Lloyd George dijo una vez de él: «amaba a Francia, pero odiaba a todos los franceses».¹³³ No llegó a ser ministro del Gobierno hasta 1906, cuando ya era sesentón.

Sus íntimos veían otra faceta. Clemenceau era leal a sus amigos y ellos le pagaban con la misma moneda. Era amable y generoso tanto con su tiempo como con el dinero. Le encantaba su jardín, aunque, según un visitante, «era una mezcla caótica de semillas arrojadas sin ningún cuidado en todas las direcciones».¹³⁴ Durante años Clemenceau tuvo una casa de campo cerca de Giverny y de Claude Monet, gran amigo suyo. En París solía pasar por el estudio de éste para ver los grandes cuadros de *Los nenúfares*: «Me dejan sin aliento siempre que entro en esa habitación». (No soportaba la pintura de Renoir: «Es suficiente para dejarte asqueado del amor para siempre. Las nalgas que les pone a esas mozas no debieran estar permitidas».¹³⁵)

Clemenceau era también extraordinariamente valeroso y tozudo. Cuando los alemanes avanzaban hacia París en 1914, el Parlamento francés debatió la conveniencia de abandonar la capital. Clemenceau se mostró de acuerdo: «Sí, estamos demasiado lejos del frente».¹³⁶ En los sombríos días de 1917, cuando los ejércitos franceses habían sido destrozados en el frente occidental y se hablaba de un derrumbamiento del país, Clemenceau, el Padre de la Victoria, finalmente pudo demostrar lo que valía. Como presidente del Gobierno mantuvo Francia unida hasta la victoria final. Cuando los alemanes lanzaron su última gran embestida contra París en la primavera de 1918, Clemenceau dejó

bien claro que no habría rendición. Si los alemanes tomaban la ciudad, él pensaba quedarse hasta el último momento y luego huir en avión.¹³⁷ Al enterarse de que los alemanes estaban de acuerdo con la firma de un armisticio, por una vez en la vida se quedó sin habla. Escondió la cabeza entre las manos y rompió a llorar.¹³⁸ A última hora de la tarde del 11 de noviembre, paseó por París con su hermana favorita, Sophie. «La guerra está ganada», dijo, al ver que las multitudes empezaban a desmontar los cañones tomados a los alemanes. «Dádselos a los niños para que jueguen.»¹³⁹ Más tarde, hablando con Mordacq, se refirió al trabajo que se avecinaba: «Sí, hemos ganado la guerra y no sin dificultad; pero ahora vamos a tener que ganar la paz y quizás eso sea todavía más difícil».¹⁴⁰

Francia, de todas las grandes potencias, era la que más cosas se jugaba en el tratado de paz con Alemania. Gran Bretaña ya tenía la mayor parte de lo que quería, con la flota y las principales colonias alemanas en su poder, y Estados Unidos se encontraba separado de Alemania por el océano Atlántico. Francia no sólo era el país que más había sufrido, sino también el que más tenía que temer. Pasase lo que pasase, Alemania continuaría estando junto a su frontera oriental. En el mundo seguiría habiendo más alemanes que franceses. Una señal de mal agüero era el hecho de que hasta los cortaplumas de recuerdo con las palabras *Foch* y *La Victoire* que se vendían en Francia en 1919 habían salido de fábricas alemanas. Francia quería venganza y compensación, pero, sobre todo, quería seguridad. Nadie era más consciente de esto que el presidente de su Gobierno.

Clemenceau estaba convencido de que la única seguridad para Francia consistía en mantener viva la alianza de la guerra. Tal como dijo a la Cámara de Diputados en diciembre de 1918, «para preservar este entendimiento, haré cualquier sacrificio».¹⁴¹ Durante la Conferencia de Paz se mantuvo firme en ello, incluso en los momentos de peor desacuerdo. Dijo a sus asesores más allegados que el público francés debía recordar que «sin Estados Unidos e Inglaterra, Francia quizá ya no existía realmente».¹⁴² Según comentó a Lloyd George, cuando se hallaban enzarzados en una de sus numerosas peleas, «mi política en la conferencia, como espero que reconozca usted, es de estrecho acuerdo con Gran Bretaña y Estados Unidos».¹⁴³

Una cosa era la política de Clemenceau y otra era persuadir a los demás cargos del Gobierno francés para que la siguieran. «Los encuentro llenos de intrigas y argucias de todo tipo», se quejó el británico Hankey, el secretario de la conferencia, «sin ninguna idea de cómo se juega.»¹⁴⁴ Debido a los recuerdos de la pasada grandeza, al convencimiento de la superioridad de la civilización francesa, al resentimiento ante la prosperidad anglosajona, al alivio causado por la victoria y a los temores que inspiraba Alemania, no era fácil tratar con los franceses. «Uno no podía evitar la sensación», escribió un experto británico al visitar a las fuerzas de ocupación francesas en Renania, «de que en un momento se borró todo lo que había sucedido en los últimos cincuenta años; los soldados franceses volvían a encontrarse en el lugar donde estaban bajo la monarquía y la revolución; llenos de confianza en sí mismos, afables, animados, sintiéndose completamente a gusto al cumplir la tarea histórica de llevar una civilización superior a los alemanes.»¹⁴⁵ Los estadounidenses, al igual que los británicos, encontraban a los franceses intensamente irritados a veces. «El defecto fundamental de Francia», escribió un experto estadounidense en su diario, «es que, en lo que a ella se refiere, la victoria fue totalmente ficticia y trata de actuar como si fuera real y de hacerse creer a sí misma que lo fue.»¹⁴⁶ Los oficiales estadounidenses chocaban una y otra vez con sus colegas franceses y los soldados rasos se peleaban en las calles y los cafés.¹⁴⁷

Fue una lástima, tal vez, que el propio Clemenceau no entablara buenas relaciones personales con el líder de ninguno de los dos países. Mientras que Wilson y Lloyd George se visitaron a menudo, sin previo aviso, y se reunieron para comer o cenar durante la Conferencia de Paz, Clemenceau prefería

comer solo o con su pequeño círculo de asesores. «Eso tiene sus inconvenientes» dijo Lloyd George. «Si asistes a reuniones sociales, puedes plantear un asunto. Si ves que la cosa progresa de forma satisfactoria, puedes seguir adelante; si no, puedes dejarlo correr.»¹⁴⁸ En el mejor de los casos, Clemenceau nunca había sido aficionado a la vida social. En París, en 1919, reservó sus menudas energías para las negociaciones.

Clemenceau era el más viejo de los tres y, aunque era fuerte para su edad, el esfuerzo se notaba. El eccema que tenía en las manos era tan agudo que llevaba guantes para ocultarlo. También le costaba dormir.¹⁴⁹ Se despertaba muy temprano, con frecuencia a las tres, y leía hasta las siete; entonces se preparaba un sencillo desayuno a base de gachas. Luego volvía a trabajar hasta que llegaban su masajista y su entrenador para los ejercicios físicos (que solían incluir la esgrima, su favorito). Pasaba la mañana en reuniones, pero casi siempre volvía a casa para tomar su almuerzo habitual, que consistía en huevos duros y un vaso de agua; volvía a trabajar toda la tarde y, después de una cena igualmente sencilla —sopa de leche—, se acostaba antes de las nueve. Sus sirvientes procedían de la Vendée y llevaban años con él.¹⁵⁰

Muy de vez en cuando tomaba el té en el piso que Lloyd George ocupaba en la Rue Nitot, donde el cocinero le preparaba *langues de chat* [lenguas de gato], sus bizcochos favoritos.¹⁵¹

Clemenceau no simpatizaba mucho con Wilson ni con Lloyd George. «Me encuentro», dijo, y su comentario corrió por toda la ciudad, «entre Jesucristo por un lado y Napoleón Bonaparte, por el otro.»¹⁵² Encontraba a Wilson desconcertante: «No creo que sea un mal hombre, ¡pero todavía no estoy seguro de hasta qué punto es bueno!»¹⁵³ También le parecía mojigato y arrogante:

«¡Qué ignorancia de Europa, y qué difícil era todo entendimiento con él! Creía que todo podía hacerse por medio de fórmulas y catorce puntos. El propio Dios se dio por satisfecho con diez mandamientos. Wilson nos endilgó modestamente catorce puntos. ¡los catorce mandamientos de la teoría más vacua!»¹⁵⁴

Lloyd George, en opinión de Clemenceau, era más divertido, pero también más taimado y menos digno de confianza. En las largas y reñidas negociaciones sobre el control de Oriente Próximo entre Gran Bretaña y Francia, Clemenceau montó en cólera varias veces a causa de lo que vio con razón como intentos de Lloyd George de hacer caso omiso de lo que habían acordado. Los dos hombres tenían ciertos rasgos en común —ambos habían empezado como políticos radicales; ambos eran de una eficiencia que no se detenía ante nada—, pero había diferencias igualmente importantes. Clemenceau era un intelectual y Lloyd George no lo era. Clemenceau era racional; Lloyd George era intuitivo. Clemenceau tenía los gustos y los valores de un caballero del siglo XVIII; Lloyd George era resueltamente de clase media.

Clemenceau también tenía problemas con sus propios colegas, entre ellos el presidente de Francia. «Hay sólo dos cosas totalmente inútiles en el mundo. Una es el apéndice ¡y la otra es Poincaré!»¹⁵⁵ Hombre bajito y atildado, el presidente era quisquilloso, legalista, pedante, muy cauto y muy católico. «Una bestezuela vivaz, árida, antipática y nada valiente» dijo Clemenceau a un amigo estadounidense. «Su prudencia lo ha preservado hasta hoy día, un animal un tanto desagradable, como puedes ver, del cual, por suerte, sólo se conoce un espécimen.»¹⁵⁶ Clemenceau llevaba años atacando a Poincaré.¹⁵⁷ Hizo correr rumores escandalosos sobre su esposa. «¿Desea usted acostarse con Madame Poincaré?», gritaba. «De acuerdo, amigo mío, está arreglado.»¹⁵⁸ Durante la contienda los periódicos de Clemenceau criticaron al presidente, de forma hartamente injusta, por su manera de llevar la guerra. Como dijo con razón Poincaré: «sabe muy bien que lo que dice no es verdad, que la

Constitución no me deja ningún derecho».¹⁵⁹

Poincaré devolvía el odio. «Un loco» escribió en su diario. «Un hombre viejo, imbécil, vanidoso.»¹⁶⁰ Pero en los asuntos cruciales, curiosamente, él y Clemenceau estaban de acuerdo. Ambos detestaban y temían a Alemania. Poincaré también había luchado contra los derrotistas durante el periodo más negro de la guerra y, de hecho, había colocado a Clemenceau en el puesto de presidente del Gobierno, porque reconocía su voluntad de derrotar a Alemania. Durante un breve periodo había habido una especie de tregua. «Veamos, Raymond, viejo amigo», preguntó Clemenceau antes de la primera reunión del gabinete en noviembre de 1917, «¿vamos a enamorarnos?». Seis meses después Poincaré se quejaba amargamente de que Clemenceau no consultaba con él.¹⁶¹ Después de la victoria los dos hombres se abrazaron públicamente en Metz, capital de la recuperada Lorena, pero sus relaciones continuaron siendo difíciles. Poincaré se quejaba mucho de la forma en que Clemenceau llevaba los asuntos. El armisticio había sido prematuro: las tropas francesas debieran haber penetrado más en Alemania. Francia estaba actuando torpemente en los territorios recuperados, Alsacia y Lorena. Poincaré era hijo de esta última y aún tenía en ella numerosos conocidos que le advirtieron de que muchos de sus habitantes eran pro alemanes y que las autoridades francesas los trataban con poco tacto. Clemenceau estaba descuidando los problemas económicos de Francia. También estaba echando a perder la política exterior, porque cedía demasiado ante británicos y estadounidenses. Poincaré montó en cólera al acceder Clemenceau a que el inglés fuera una de las lenguas oficiales, junto al francés, en la Conferencia de Paz.¹⁶² La adulación popular que recibía Clemenceau le ponía furioso. «Todos los franceses creen en él como en un nuevo dios» escribió. «Y a mí, a mí se me insulta en la prensa popular. Apenas se habla de mí como no sea para insultarme.»¹⁶³

Poincaré y el poderoso *lobby* colonial quedaron consternados ante el poco interés que mostraba Clemenceau por adquirir las colonias de Alemania y por Oriente Próximo.¹⁶⁴ Los escasos y breves comentarios sobre los objetivos de la guerra que hizo antes de que empezara la conferencia fueron deliberadamente vagos, los suficientes para tranquilizar al público francés sin comprometerse a presentar una serie rígida de exigencias. Las declaraciones oficiales durante el conflicto se habían referido meramente a la liberación de Bélgica y los territorios franceses ocupados, la libertad para los pueblos oprimidos e, inevitablemente, Alsacia y Lorena. Clemenceau afirmó en la Cámara de Diputados que su misión era hacer la guerra; en cuanto a la paz, según dijo a un periodista, «¿Es necesario anunciar de antemano todo lo que uno quiere hacer? ¡No!»¹⁶⁵ El 29 de diciembre de 1918 Clemenceau se vio sometido a presiones por sus críticos en la cámara, que querían que precisara más. Se negó a ello, «La cuestión de la paz es enorme». Las negociaciones iban a ser difíciles. «Voy a tener que presentar reivindicaciones, pero no voy a decir ahora cuáles son». Era muy posible que tuviese que sacrificar algunas de ellas por el bien de Francia. Pidió un voto de confianza. Lo obtuvo con 398 a favor y 93 en contra.¹⁶⁶ Su principal reto eran ahora sus aliados.

4 Lloyd George y la delegación del Imperio británico

El 11 de enero, David Lloyd George, el primer ministro británico, subió con su habitual energía a un destructor de la Marina Real para efectuar la travesía del Canal. Con su llegada a París, los tres principales negociadores de la paz, de quienes tanto dependía, se encontraron finalmente en un solo lugar. Lloyd George aún no conocía bien a Wilson, pero había tratado esporádicamente a Clemenceau desde 1908. Su primer encuentro, cuando Clemenceau ya era un político de renombre y Lloyd George era meramente un joven prometedor, no fue feliz. Clemenceau encontró a Lloyd George escandalosamente ignorante, tanto en lo que se refería a Europa como a Estados Unidos.¹⁶⁷ La impresión de Lloyd George fue que Clemenceau era «un viejo salvaje desagradable y bastante irascible». El político británico observó, según dijo, que en la enorme cabeza de Clemenceau «no había una coronilla de benevolencia, reverencia ni amabilidad». ¹⁶⁸ Cuando Lloyd George tuvo que tratar con él durante la guerra, dejó bien claro que no toleraría más intimidación. Afirmaba que con el tiempo llegó a apreciar a Clemenceau inmensamente por su ingenio, la fortaleza de su carácter y su devoción apasionada por Francia. Clemenceau, por su parte, le tomó simpatía a Lloyd George aunque a regañadientes y quejándose siempre de su deficiente educación. No era, según dijo el viejo francés, «un gentleman británico». ¹⁶⁹

Cada uno de los «tres grandes» aportó algo de su propio país a las negociaciones de la Conferencia de Paz: Wilson, la benevolencia de Estados Unidos, la seguridad confiada de que la manera estadounidense de hacer las cosas era la mejor y la inquietante sospecha de que tal vez los europeos no supieran verlo; Clemenceau, el profundo patriotismo de Francia, el alivio que proporcionaba la victoria y su temor perpetuo a un renacer de Alemania; y Lloyd George, la vasta red de colonias y la poderosa marina de guerra de Gran Bretaña. Cada uno de ellos representaba grandes intereses, pero era también un individuo. Sus defectos y sus virtudes, sus fatigas y sus enfermedades, sus gustos y sus aversiones también influirían en los acuerdos de paz. De enero a finales de junio, exceptuando el intervalo entre mediados de febrero y mediados de marzo, en que Wilson volvió a Estados Unidos y Lloyd George a Gran Bretaña, los tres se reunieron diariamente, a menudo mañana y tarde. Al principio les acompañaban sus ministros de Exteriores y sus asesores, pero a partir de marzo se reunieron en privado, con sólo uno o dos secretarios o algún que otro experto. La intensidad de estos encuentros cara a cara les obligó a conocerse, simpatizar e irritarse mutuamente.

Lloyd George era el más joven de los tres, un hombre alegre, de cara sonrosada, ojos azules que llamaban la atención y melena blanca. («¡Hola!», se le dirigió en cierta ocasión una niña de corta edad, «¿Eres Charlie Chaplin?»)¹⁷⁰) Contaba sólo dos años al terminar la guerra civil estadounidense, que Wilson recordaba claramente. Cuando un Clemenceau de veinte años de edad presenciaba el nacimiento de la nueva Alemania a raíz de la derrota de Francia a manos de Prusia, Lloyd George aún iba a la escuela primaria. No sólo era más joven, también estaba en mejor forma y era más flexible. Wilson se preocupaba muchísimo tratando de vivir de acuerdo con sus propios principios y Clemenceau pasaba las noches en vela pensando una y otra vez en las necesidades de Francia. Lloyd

George se crecía ante los retos y las crisis. Como dijo con admiración, muy a su pesar, Lord Robert Cecil, conservador austero a quien Lloyd George nunca acabó de caerle bien:

«Pasara lo que pasara en la conferencia, por muy ocupado y preocupado que estuviese a causa de las más graves responsabilidades de su cargo, era seguro que el señor Lloyd George se encontraba en plena forma, entremezclando numerosas chanzas con comentarios astutos, pero nunca malintencionados, sobre las personas con las que trabajaba».¹⁷¹

Lloyd George había conocido la tragedia al morírsele una hija muy querida, así como momentos de considerable tensión, cuando escándalos personales y controversias políticas amenazaron con arruinar su carrera. Había trabajado bajo presiones enormes durante los últimos cuatro años, primero como ministro de Municiones y luego como ministro de la Guerra. A finales de 1916 había asumido el cargo de primer ministro, al frente de un Gobierno de coalición, cuando parecía que los Aliados estaban acabados. Al igual que Clemenceau en Francia, había logrado que el país permaneciera unido y lo había conducido a la victoria. Ahora, en 1919, acababa de apuntarse un triunfo electoral, pero su mayoría en la coalición no era realmente suya: Lloyd George era liberal, mientras que entre sus partidarios y los miembros clave del gabinete predominaban los conservadores. Aunque se llevaba muy bien con el líder conservador, Bonar Law, tenía que cubrirse las espaldas. Su rival desplazado, el ex primer ministro liberal Herbert Asquith, rumiaba en su tienda, dispuesto a echársele encima al menor descuido. Muchos conservadores recordaban su pasado radical de azote de los privilegios y las jerarquías y, como en el caso de Disraeli, su propio líder, se preguntaban si Lloyd George no sería demasiado listo, demasiado rápido, demasiado extranjero. Lloyd George también tenía enemigos formidables en la prensa. El magnate Lord Northcliffe, que había escogido su título, porque tenía la misma inicial que Napoleón, estaba pasando rápidamente de la megalomanía a la paranoia, quizás una de las primeras señales de la sífilis terciaria que acabaría con él. Estaba convencido de haber hecho a Lloyd George primer ministro al respaldarle con sus periódicos, entre los que se encontraban *The Times* y el *Daily Mail*; pero ahora se había enfadado al negarse el hombre que él consideraba creación suya a darle un puesto en el gabinete de guerra o en la delegación británica en París.

Lloyd George también tenía que ocuparse de un país que estaba mal preparado para la paz y al que el fin de la contienda había traído expectativas enormes e irracionales: negociar la paz sería fácil; los salarios y las prestaciones subirían al tiempo que bajarán los impuestos; habría armonía social o, según el punto de vista, agitación social. El estado de ánimo del público era imprevisible: a ratos vengativo, a ratos escapista. El libro más popular de 1919 fue *The Young Visitors* [Los jóvenes visitantes], una novela cómica escrita por un niño. Durante su estancia en París, Lloyd George tuvo que dedicar parte de su tiempo a la agitación laboral, las revueltas parlamentarias y la llaga purulenta de Irlanda. A pesar de ello, entró en las negociaciones de paz como si tuviera pocas cosas más en que pensar.

Si alguien se parecía a Napoleón, no era el pobre e iluso Northcliffe, sino el hombre al que éste odiaba. Napoleón había dicho una vez de sí mismo: «temas y asuntos diferentes están ordenados en mi cabeza como en un armario. Cuando deseo interrumpir los pensamientos sobre un asunto, cierro ese cajón y abro otro. ¿Deseo dormir? Sencillamente cierro todos los cajones y ahí estoy. dormido». Lloyd George tenía estas facultades de concentración y recuperación, esa energía y esa inclinación para el ataque. «El inglés», dijo a un amigo galés, «nunca respeta a un individuo hasta que éste le derrota; entonces se vuelve especialmente afable con él.»¹⁷²

Al igual que Napoleón, Lloyd George poseía una capacidad sobrenatural para adivinar lo que pensaban los demás. Dijo a Francés Stevenson que le encantaba alojarse en hoteles: «Siempre me

interesan las personas, me pregunto quiénes son, en qué piensan, cómo es su vida, si la están disfrutando o están aburridas de ella».¹⁷³ Aunque era un conversador maravilloso, también sabía escuchar. De los poderosos a los humildes, de los adultos a los niños, hacía que todos los que hablaban con él experimentaran la sensación de tener algo importante que decir. «Uno de los rasgos más admirables del carácter del señor Lloyd George», a juicio de Churchill, «era que en el apogeo de su poder, su responsabilidad y su buena fortuna no había en él ningún asomo de pomposidad ni aires de superioridad. Era siempre natural y sencillo. Era siempre exactamente igual para quienes le conocían bien: dispuesto a razonar cualquier afirmación, a escuchar hechos desagradables, incluso cuando se presentaban de forma polémica.»¹⁷⁴ Su famoso encanto tenía sus raíces en una mezcla de curiosidad y atención.

Lloyd George era también un gran orador. Mientras que Clemenceau se expresaba con una claridad y un sarcasmo abrumadores y Wilson predicaba, los discursos de Lloyd George, que se preparaban meticulosamente y sonaban a espontáneos, eran a la vez conmovedores e ingeniosos, inspiradores e íntimos. Al igual que un gran actor, manipulaba hábilmente a su público. «Hago una pausa», dijo una vez a alguien que le preguntó sobre su técnica, «extendiendo la mano hacia la gente y la atraigo hacia mí. Entonces son como niños. Como niños pequeños.»¹⁷⁵

John Maynard Keynes, que tanto contribuyó a crear mitos relacionados con la Conferencia de Paz tejió uno especial para Lloyd George. «¿Cómo puedo transmitir al lector», preguntó el gran economista, «una impresión cabal de esta extraordinaria figura de nuestro tiempo, esta sirena, este bardo con pies de chivo, este visitante semihumano que ha llegado a nuestra era procedente de la magia atormentada y los bosques encantados de la antigüedad celta?»¹⁷⁶ Habló la voz tanto de la Cambridge intelectualmente superior como del estólido John Bull,¹⁷⁷ pero dijo bobadas románticas. El Gales auténtico donde creció Lloyd George era un país pequeño, modesto y sobrio, con pizarrerías y astilleros, pescadores y agricultores, cuyos habitantes cantaban mejor que los ingleses.

A Lloyd George le gustaba hablar de sus orígenes en una humilde casita, pero en realidad procedía de la clase artesana educada. Su padre, que murió siendo él muy joven, era maestro de escuela; el tío que se encargó de su educación era maestro zapatero y predicador seglar, una figura destacada en su pequeño pueblo. Gales fue siempre importante para Lloyd George, como punto de referencia, aunque sólo fuese para medir hasta dónde había llegado, y también por razones sentimentales (si bien no tardaba en aburrirse, si tenía que pasar demasiado tiempo allí). Desde muy joven se había visto a sí mismo en un escenario mayor. ¿Y qué escenario mayor que la capital del imperio más grande del mundo? En una carta que escribió a la muchacha de su pueblo que se convirtió en su esposa dijo: «mi idea suprema es triunfar».¹⁷⁸

Fue una suerte para él tener un tío como el zapatero, del que recibió cariño y apoyo sin límites. Cuando Lloyd George, de niño, descubrió que había dejado de creer en Dios, el zapatero y predicador seglar le perdonó.¹⁷⁹ Cuando decidió hacerse abogado, su tío se puso a estudiar francés, asegurándose de llevarle la delantera, para que pudiese cumplir el requisito de conocer una lengua extranjera. Y cuando decidió dedicarse a la política, lo cual suponía un riesgo enorme para alguien que no tenía dinero ni estaba bien relacionado, su tío volvió a apoyarle. El anciano vivió justo lo suficiente para ver a su sobrino convertido en primer ministro.

Lloyd George estaba hecho para la política. Le gustaba todo lo relacionado con ella, del arduo trabajo en las salas de reuniones de los comités a las grandes campañas. Si bien disfrutaba del toma y daca de los debates, era esencialmente un hombre de natural bondadoso. A diferencia de Wilson y Clemenceau, no odiaba a sus adversarios. Tampoco era un intelectual metido en política. Aunque leía

mucho, prefería recurrir a los consejos de los expertos. Nadie le superaba en reflejos. Transmitía invariablemente el dominio del tema del que trataba. Una vez, durante la Conferencia de Paz, Keynes y un colega suyo se dieron cuenta de que el informe sobre el Adriático que le habían dado no era correcto. Se apresuraron a redactar un cambio de postura en una hoja suelta y a llevársela a la reunión, donde se encontraron con que Lloyd George ya había empezado a hablar del asunto. Al pasarle Keynes la hoja, Lloyd George le echó un vistazo y, sin hacer ninguna pausa, fue modificando gradualmente sus argumentos hasta que terminó expresando la postura contraria de aquella con la que había empezado.¹⁸⁰

En sus primeros tiempos se distinguió como político radical. Sin embargo, mientras que Wilson atacaba a los grandes bancos y Clemenceau, a la Iglesia, los blancos favoritos de Lloyd George eran los terratenientes y la aristocracia. Los hombres de negocios le caían bastante bien, en especial los que habían prosperado gracias a sus propios esfuerzos. (Con frecuencia también le gustaban sus esposas). Como canciller del Exchequer [ministro de Hacienda], logró que se aprobaran presupuestos radicales e introdujo un impuesto sobre la renta para los ricos junto con subsidios para los pobres, pero no era socialista. Al igual que Wilson y Clemenceau, no le gustaba el colectivismo, pero siempre estaba dispuesto a trabajar con socialistas moderados, tanto como con conservadores.¹⁸¹

También llegó a ser un administrador soberbio, aunque poco convencional. Hizo caso omiso de los procedimientos tradicionales y confió la dirección de departamentos del Gobierno a hombres con talento y habilidad ajenos a la administración civil. Se cercioraba del éxito de sus propuestas de ley pidiendo a todas las partes interesadas que las comentaran. Resolvía las disputas laborales invitando a ambos bandos a sentarse con él, lo cual es un procedimiento normal hoy día, pero rarísimo en aquel tiempo. «Trata a los hombres reunidos en torno a una mesa como quien toca un instrumento de música», dijo alguien que fue testigo de cómo resolvió una disputa con los ferroviarios, «y se muestra suplicante, persuasivo, severo, juguetón y amenazador en rápida sucesión.»¹⁸²

Optimista por naturaleza, estaba siempre seguro de que todo tenía solución, incluso los problemas más difíciles. «Para Lloyd George», dijo un amigo de sus hijos, «cada mañana no era un nuevo día, sino una nueva vida y una nueva oportunidad.»¹⁸³ A veces las oportunidades conllevaban riesgos y tomó parte en algunas transacciones poco claras —una mina en Argentina o la compra de acciones abusando de información privilegiada—, pero parece que su motivación fue más el deseo de independencia económica que la codicia. También era imprudente en su vida privada. Mientras que las aventuras con mujeres mejoraban la reputación de Clemenceau, Lloyd George estuvo al borde del desastre en más de una ocasión, cuando algún marido furioso amenazó con nombrarle en una demanda de divorcio. Su esposa, mujer de voluntad firme, permaneció a su lado, pero la pareja se distanció. La esposa prefería quedarse en el norte de Gales con su amado jardín y Lloyd George se acostumbró a un matrimonio a medias. En 1919 ya se había conformado, en la medida en que su naturaleza se lo permitía, con una sola amante, una mujer más joven que él que había entrado al servicio de la familia como preceptora de la más pequeña de sus hijas. Francés Stevenson era una mujer culta, eficiente e inteligente que le daba amor y compañía intelectual y llevaba bien su oficina.

A menudo la gente pensaba que Lloyd George no era más que un oportunista. Una vez Clemenceau dijo despectivamente que era un simple abogado británico: «Todos los argumentos le parecen bien cuando desea ganar un pleito y, si es necesario, hoy utiliza argumentos que ayer rechazó o refutó.»¹⁸⁴ Wilson, que tenía ojos de lince para captar los defectos ajenos, opinaba que Lloyd George carecía de principios. «Hubiera preferido tratar con un individuo menos escurridizo que L. G., porque siempre

anda contemporizando y haciendo concesiones.»¹⁸⁵ Lloyd George era en realidad hombre de principios, pero también era intensamente pragmático.¹⁸⁶ No malgastaba sus energías en cruzadas quijotescas. Se opuso a la guerra de los Bóer, cuando Gran Bretaña se enfrentó a las pequeñas repúblicas sudafricanas, porque le pareció que era un error y un despilfarro. Su tenaz oposición pública requería valor y estuvo a punto de costarle la vida, cuando la chusma asaltó enfurecida el estrado, mientras pronunciaba un discurso en Birmingham. Pero valió la pena desde el punto de vista político. Mientras el Gobierno británico avanzaba torpemente hacia una paz que acabó consiguiendo con dificultad, Lloyd George se perfiló como líder nacional.

Al estallar la Gran Guerra, fue inevitable que desempeñara un papel importante relacionado con la contienda. Tal como escribió Churchill, cuya amistad íntima con él era cada vez mayor: «L. G. tiene más perspicacia y valor verdaderos que cualquier otro. Realmente no se detiene ante nada, ninguna medida es demasiado trascendental; ningún recurso, demasiado novedoso».¹⁸⁷ Lloyd George dijo a una delegación laborista en 1916 que odiaba la guerra, pero «una vez te has metido en ella, tienes que continuar con denuedo; de lo contrario perecerán las causas que dependen de un final victorioso».¹⁸⁸ El sabio y anciano conservador Arthur Balfour había visto ir y venir a diversos líderes. «Es impulsivo», dijo de Lloyd George, «nunca había pensado en las cuestiones militares antes de la guerra; tal vez no mide como es debido las honduras de su propia ignorancia y tiene ciertas peculiaridades que, sin duda, hacen que de vez en cuando resulte difícil trabajar con él». Pero no había nadie más, en opinión de Balfour, que pudiera dirigir Gran Bretaña con acierto.¹⁸⁹

Aunque Lloyd George había llegado muy lejos desde su pequeño pueblo natal, nunca formó parte de las clases altas inglesas. Durante su permanencia en el cargo de primer ministro, las personas que visitaban el número 10 de Downing Street tenían la sensación de encontrarse en una casa trasplantada desde una próspera población de la costa del norte de Gales.¹⁹⁰ Ni a él ni a su esposa les gustaba visitar las mansiones señoriales en el campo y a Lloyd George le disgustaba mucho ser huésped del rey y la reina. Cuando Jorge V quiso honrarle invitándole a llevar la espada de ceremonia en la apertura del Parlamento, Lloyd George dijo en privado: «No quiero hacer de lacayo» y se excusó de ello.¹⁹¹ La mayoría de los amigos de Lloyd George eran, al igual que él, hombres que habían triunfado por esfuerzo propio. Balfour, que pertenecía a la vieja y conocida familia de los Cecil, era una rara excepción.¹⁹² Y Balfour, con su afable disposición a pasar a un segundo plano, venía muy bien a Lloyd George como ministro de Exteriores.

Lloyd George estaba decidido a dirigir la paz a su manera. Prescindía del Ministerio de Asuntos Exteriores siempre que le era posible y utilizaba a sus propios colaboradores, que eran hombres jóvenes e inteligentes. A los burócratas, les molestaba especialmente su secretario privado, el magnánimo, religioso y arrogante Philip Kerr. Como Lloyd George detestaba leer memorandos, Kerr que se ocupaba de gran parte de su correspondencia, hacía de portero del gran hombre.¹⁹³ Hasta Balfour se sintió empujado a quejarse delicadamente cuando preguntó a Kerr si el primer ministro había leído determinado documento y el secretario contestó que no, pero que él sí lo había leído. «No es exactamente lo mismo, ¿verdad, Philip?, todavía.»¹⁹⁴ Los diplomáticos profesionales refunfuñaban entre ellos, y Lord Curzon, al que habían dejado de guardia en Londres mientras Lloyd George y Balfour estaban en París, se sintió dolido. Lloyd George no le hizo el menor caso.

¿Era eso malo para Gran Bretaña? Estaba claro que Lloyd George no comprendía los asuntos exteriores tan bien como su predecesor, Lord Salisbury, o su sucesor, Churchill. En sus conocimientos había grandes lagunas. «¿Quiénes son los eslovacos?», preguntó en 1916. «No consigo situarlos.»¹⁹⁵ Sus conocimientos de geografía también eran elementales. En 1918 dijo a un

subordinado que era muy interesante descubrir que Nueva Zelanda se encontraba al este de Australia. En 1919, cuando las fuerzas turcas se retiraban hacia el este desde el Mediterráneo, Lloyd George habló dramáticamente de su huida hacia La Meca. «Ankara», dijo en tono severo Curzon. Lloyd George respondió, sin darle importancia: «Lord Curzon tiene la bondad de amonestarme por una trivialidad».¹⁹⁶ A pesar de ello, con frecuencia sacaba conclusiones sensatas (aunque su desdén por los profesionales y sus propios entusiasmos también le hicieran cometer errores, como apoyar la restauración de una Gran Grecia). Alemania, según dijo a un amigo en plena contienda, debe ser vencida, pero no destruida.¹⁹⁷ Destruirla no haría ningún bien ni a Europa ni al Imperio británico y dejaría el campo despejado para una Rusia fuerte. Entendía dónde estaban los intereses de Gran Bretaña: su comercio y su imperio, con el dominio de los mares para protegerlos y un equilibrio de poder en Europa que impidiese la amenaza de dichos intereses por cualquier potencia.

Se daba cuenta de que Gran Bretaña no podía seguir tratando de alcanzar esos objetivos sola. Su poderío militar, aunque grande, disminuía rápidamente a medida que el país volvía a una situación de paz. Durante 1919 los efectivos del ejército se reducirían en dos tercios en un momento en que Gran Bretaña asumía más y más responsabilidades —de los estados del Báltico a Rusia y Afganistán— y tenía que hacer frente a un aumento de la agitación en su imperio: la India, Egipto y, a la vuelta de la esquina, Irlanda. «No hay tropas disponibles» fue la desesperanzada respuesta del Estado Mayor a repetidas peticiones.¹⁹⁸ La carga del poder también resultaba muy pesada en términos económicos. El centro financiero del mundo ya no era Gran Bretaña, sino Estados Unidos. Y Gran Bretaña tenía contraídas deudas enormes con los estadounidenses, como bien sabía Lloyd George. Con su optimismo habitual, pensaba que podría forjar una buena relación con Estados Unidos que contribuiría a compensar la debilidad británica. Quizá los estadounidenses asumirían la responsabilidad de zonas de tanta importancia estratégica como el Bósforo.

Por otro lado, Lloyd George acudió a la Conferencia de Paz con bazas relativamente buenas, sin duda mejores que las francesas o las italianas. Gran Bretaña ya había obtenido gran parte de lo que quería. La flota alemana, que había desafiado al poderío británico en todo el mundo, se encontraba ahora en poder de éste: los buques de superficie en Scapa Flow y la mayoría de los submarinos en Harwich. Sus puntos de aprovisionamiento de carbón, sus puertos y sus estaciones de telégrafos habían pasado a manos de Japón o del Imperio británico.

«Si hubierais dicho al pueblo británico hace doce meses», afirmó Lloyd George en París, «que habría obtenido lo que tiene ahora, se hubiera reído de vosotros. Los alemanes han entregado su marina de guerra y su marina mercante, y han renunciado a sus colonias. Uno de nuestros principales competidores comerciales ha quedado gravemente incapacitado y nuestros aliados están a punto de convertirse en sus mayores acreedores. Ha sido un éxito nada despreciable».

Había más: «Hemos acabado con la amenaza que se cernía sobre nuestras posesiones en la India».¹⁹⁹ Rusia, cuyos intentos de avanzar hacia el sur tanto habían preocupado a generaciones de estadistas británicos durante todo el siglo XIX, estaba acabada como potencia, al menos a corto plazo; y en todas sus fronteras meridionales, en Persia y el Cáucaso, había fuerzas e influencia británicas.

Las comunicaciones con la India eran más seguras que nunca. Gran parte de la política británica de antes de la guerra había tenido por objetivo proteger las rutas que atravesaban el Mediterráneo, el canal de Suez y el mar Rojo, ya fuera asumiendo el control directo, como en el caso de Egipto, o apuntalando el tambaleante y viejo Imperio otomano. Ese imperio estaba acabado, pero, gracias a un acuerdo secreto con Francia, Gran Bretaña estaba preparada para hacerse con los fragmentos que

más le apetecían. Había rutas nuevas, al menos en los sueños del Ministerio de Asuntos Exteriores y de los militares, para atravesar el mar Negro y llegar al Cáucaso y luego dirigirse al sur, o por el aire pasando por Grecia y Mesopotamia, pero también esas rutas podían protegerse si Gran Bretaña actuaba con presteza suficiente para apoderarse del territorio que necesitaba.

Con frecuencia se ha dado por hecho que, como se había opuesto a la guerra de los Bóer, Lloyd George no era imperialista. Al contrario, siempre se había enorgullecido mucho del imperio, pero nunca había pensado que la forma en que era dirigido fuese la debida. Era una locura tratar de llevarlo todo desde Londres, una locura que además resultaba cara. Lo que haría que el imperio conservase su fuerza era conceder a sus partes tanta autodeterminación como fuera posible y seguir una política imperial únicamente en las cuestiones importantes, como la defensa y las relaciones exteriores comunes. Con la autodeterminación —y pensaba en Escocia, su propio Gales natal y la siempre conflictiva Irlanda— partes del imperio cargarían gustosamente con los costes de cuidar de sí mismas. («¡Autodeterminación para el infierno!» exclamó alguien, interrumpiendo uno de sus discursos. «Muy bien» respondió Lloyd George. «Dejemos que cada cual hable en nombre de su propio país»). Los dominios —Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Terranova y Sudáfrica— ya se autogobernaban en parte. Hasta la India avanzaba poco a poco hacia el autogobierno, pero, dada su mezcla de razas, que incluía sólo un puñado de europeos, y su gran número de religiones y lenguas, Lloyd George dudaba de que alguna vez pudiera arreglárselas sola. Nunca la visitó y sabía muy poco sobre ella, pero, con una ligereza muy propia de la época, consideraba que los hindúes, junto con otros pueblos de piel morena, eran inferiores.²⁰⁰

En 1916, poco después de convertirse en primer ministro, Lloyd George dijo a la Cámara de los Comunes que había llegado el momento de consultar oficialmente con los dominios y la India sobre la mejor manera de ganar la guerra. Pensaba, por tanto, crear un Gabinete Imperial de la Guerra.²⁰¹ Fue un gesto maravilloso. También era necesario. Los dominios y la India mantenían el esfuerzo bélico británico con sus materias primas, municiones, empréstitos y, sobre todo, recursos humanos: alrededor de un millón doscientos cincuenta mil soldados hindúes y otro millón de los dominios. En 1918, Australia —como Billy Hughes, su primer ministro, no se cansaba nunca de recordar a todo el mundo— ya había perdido más soldados que Estados Unidos.

En 1916, los dominios, que en otro tiempo andaban de puntillas, con reverencia, alrededor de la madre patria, ya empezaban a ser adultos. Los dominios y sus generales habían visto demasiados ejemplos de lo que Sir Robert Borden, el primer ministro canadiense, llamó la «incompetencia y la crasa estupidez del Estado Mayor “del whisky con soda”»,²⁰² es decir, el cuartel general del Estado Mayor británico. Los dominios sabían lo importante que era su aportación, la sangre que habían derramado. A cambio de ello, ahora esperaban que se les consultara, tanto sobre la guerra como sobre la paz que vendría después.²⁰³ Encontraron oídos receptivos en Gran Bretaña, donde lo que antes de la contienda era desdén condescendiente, frente a la tosquedad de los habitantes de las colonias, había dado paso al entusiasmo ante su vigor. Billy Hughes dio origen a una especie de moda o manía cuando visitó Londres en 1916; las mujeres marchaban con pancartas que decían «Queremos que vuelva Hughes» y una caricatura popular mostraba al aborigen australiano: «No hay guerra completa, si falta uno».²⁰⁴ Y luego estaba Jan Smuts, el ministro de Exteriores sudafricano que además era militar, estadista y, a ojos de algunos, vidente, y que pasó gran parte de las postrimerías del conflicto en Londres. Smuts había luchado contra los británicos quince años antes; ahora era uno de sus consejeros de mayor confianza y formaba parte del pequeño comité del gabinete británico que Lloyd George creó para que dirigiese la guerra. Smuts era muy admirado; «Es difícil exagerar los

elogios», dijo Lloyd George, «que merece su aportación práctica a nuestras deliberaciones durante estos años atribulados».²⁰⁵

Cuando el fin de la guerra ya estaba cerca, Hughes —de Australia— y Borden —de Canadá— se enfurecieron al descubrir que el Gabinete de Guerra británico había autorizado a Lloyd George y a Balfour a ir al Consejo Supremo de la Guerra en París para decidir las condiciones del armisticio con los Aliados, sin tomarse la molestia de informar a los dominios. Hughes también se opuso enérgicamente a que se aceptaran los Catorce Puntos de Wilson como base para las negociaciones de paz, «doloroso y grave abuso de confianza».²⁰⁶ Los líderes de los dominios se enfadaron muchísimo al descubrir que los británicos habían dado por hecho que les seguirían en la Conferencia de Paz, como parte de su delegación. Lloyd George intentó aplacar sus iras sugiriendo que el primer ministro de un dominio podía ser uno de los cinco plenipotenciarios británicos. Pero ¿cuál de ellos? Como dijo Hankey: «los dominios están tan celosos unos de otros como los gatos».²⁰⁷ El verdadero problema relacionado con la representación, tal como escribió Borden a su esposa, era que la posición de los dominios nunca se había aclarado de forma apropiada. Canadá era «una nación que no es una nación. Ya va siendo hora de cambiarla». Y señaló, con cierta lástima, «Los ministros británicos hacen todo lo posible, pero todo lo posible no es suficiente».²⁰⁸ A Hankey le dijo que, si Canadá no tenía representación plena en la conferencia, no le quedaría más remedio que «hacer el equipaje, volver a Canadá, convocar al Parlamento y presentarle toda la cuestión»²⁰⁹.

Lloyd George cedió: no sólo se escogería uno de los cinco principales delegados británicos entre los representantes del imperio, sino que, además, diría a sus aliados que los dominios y la India debían estar representados aparte en la Conferencia de Paz. Fue uno de los primeros asuntos que planteó al llegar a París el 12 de enero de 1919. Los estadounidenses y los franceses reaccionaron con frialdad, porque lo único que veían eran marionetas de los británicos y votos extras para éstos. Cuando Lloyd George consiguió que le ofreciesen a regañadientes que cada uno de los dominios y la India tuvieran un delegado, igual que Siam y Portugal, el único resultado fueron nuevas exclamaciones de indignación de sus colegas del imperio. Dijeron que después de todos sus sacrificios, era intolerable que se les tratara como potencias poco importantes. De mala gana, Lloyd George persuadió a Clemenceau y a Wilson para que permitiesen que Canadá, Australia, Sudáfrica y la India tuvieran dos plenipotenciarios cada uno y Nueva Zelanda, uno.²¹⁰

Los británicos quedaron desconcertados ante la insólita seguridad en sí mismos que mostraban los países de su imperio. «Resultaba muy inoportuna» dijo un diplomático. «¿Qué iba a hacer el Ministerio de Asuntos Exteriores?»²¹¹ Lloyd George, que al principio había estado a favor del autogobierno, descubrió que la realidad podía ser incómoda cuando, por ejemplo, Hughes dijo francamente en el Consejo Supremo que Australia quizá no seguiría a Gran Bretaña la próxima vez que ésta declarase la guerra. (El comentario se suprimió luego de las actas, pero Sudáfrica volvió a plantear la cuestión.²¹²) Los aliados de Gran Bretaña observaron todo esto con cierta satisfacción.²¹³ Los franceses se alegraron al darse cuenta de que podrían utilizar los dominios contra los británicos cuando llegara el momento de redactar las condiciones de paz que se ofrecieran a Alemania.²¹⁴ House aún veía las cosas a más largo plazo: la representación aparte para los dominios y la India, en la Conferencia de Paz y en nuevos organismos internacionales como la Sociedad de Naciones y la Organización Internacional del Trabajo, no podía hacer más que acelerar «la desintegración final del Imperio británico». Gran Bretaña acabaría como estaba al principio, únicamente con sus propias islas.²¹⁵

Fue una delegación del Imperio británico (y el nombre en sí era un triunfo para los quisquillosos

dominios) la que Lloyd George llevó a París. Con más de cuatrocientos funcionarios, asesores especiales, escribientes y mecanógrafas, ocupó cinco hoteles cerca del Arco de Triunfo. El mayor, y a la vez el centro social, era el hotel Majestic, que antes de la guerra era el favorito de las mujeres brasileñas ricas que viajaban a París a comprarse ropa. Para protegerse de los espías (franceses más que alemanes), las autoridades británicas sustituyeron a todo el personal del Majestic, incluso los chefs, por empleados de hoteles del centro de Inglaterra. La comida pasó a ser la de un respetable hotel de los ferrocarriles: gachas y huevos con tocino por las mañanas, grandes cantidades de carne y verduras para el almuerzo y la cena, y café malo durante todo el día. Nicolson y sus colegas refunfuñaron que el sacrificio era inútil, porque todas sus oficinas, llenas de documentos confidenciales, estaban en el hotel Astoria, donde el personal seguía siendo francés.²¹⁶

La seguridad tenía obsesionados a los británicos. De su correspondencia con Londres se encargaba un servicio especial ajeno a los correos franceses. Inspectores de Scotland Yard vigilaban la puerta principal del Majestic y los miembros de la delegación tenían que llevar pases con sus fotografías. Se les instaba a romper los papeles en pedacitos antes de echarlos a la papelera; era bien sabido que, en el Congreso de Viena, el príncipe de Tayllerand, el ministro de Asuntos Exteriores francés, había negociado con tanto éxito, porque sus agentes recogían asiduamente las notas que tiraban las otras delegaciones. Se autorizó a las esposas a almorzar y cenar en el Majestic, pero no a hospedarse en él, lo cual era otro legado del Congreso de Viena, donde, según la memoria oficial, habían sido responsables de la filtración de secretos.²¹⁷

Lloyd George optó por alojarse en un piso lujoso de la Rué Nitot, callejón que en otro tiempo era lugar predilecto de los traperos. Decorado con maravillosos cuadros ingleses del siglo XVIII — Gainsboroughs, Hoppners y Lawrences—, lo había puesto a su disposición una acaudalada señora inglesa.²¹⁸ Tenía con él a Philip Kerr y Francés Stevenson, así como a su hija menor y favorita entre todos sus hijos, Megan, de 16 años. Francés hacía de carabina de Megan, o quizás era al revés. Balfour vivía en el piso de arriba y a última hora de la tarde le llegaban los sonos de los himnos galeses y los espirituales negros favoritos de Lloyd George.

Cada una de las personas que se hospedaban en el Majestic recibía un libro con el reglamento de la casa. Las comidas se servían a las horas señaladas. Las copas debían pagarse, a menos que, y esto daba pie a comentarios mordaces, uno procediera de alguno de los dominios o de la India, ya que en ese caso pagaba la cuenta el Gobierno británico. Había cupones a disposición de los huéspedes, pero también podía pagarse en efectivo. Estaba prohibido pedir que cargaran cosas en cuenta. Los miembros de la delegación no debían cocinar en sus habitaciones ni estropear los muebles. No podían tener perros en ellas. Un médico (un distinguido tocólogo, según Nicolson) y tres enfermeras se hallaban de guardia en la enfermería. En el sótano había una sala de billar y un *jardín d'hiver* [jardín de invierno] para el esparcimiento de los huéspedes. Éstos disponían también de un par de automóviles que podían reservarse por adelantado. En este caso había una advertencia: ya se habían roto los cristales de las ventanillas al «cerrar las portezuelas de forma violenta». Y una segunda advertencia decía: «Todos los miembros de la Delegación deben tener presente que personas no autorizadas escucharán las conversaciones telefónicas».²¹⁹

«Esto se parece mucho a cuando llegas a la escuela por primera vez», opinó uno de los miembros de la delegación. «Esperar en el vestíbulo, observados como “chicos nuevos” por los que llegaron antes, recoger el equipaje, tomar nota de las horas de las comidas, etcétera, mañana, muy divertido.»²²⁰ Si los británicos eran los directores y las amas de llaves, los canadienses eran los encargados de la disciplina, un poquito serios tal vez, pero dignos de confianza; los sudafricanos, los

alumnos novatos, buenos jugadores y admirados por su instinto deportivo; los australianos, los descarados, siempre dispuestos a saltarse los límites; los neozelandeses y los terranovenses, los alumnos de los primeros cursos; y luego, por supuesto, los hindúes, que eran buenos chicos a pesar del color de su piel, pero cuyos padres amenazaban con sacarlos y mandarlos a una escuela progresista.

Al frente de los canadienses, muy conscientes de que procedían del más antiguo de los dominios, estaba Borden, recto y guapo. Los canadienses adoptaron un elevado tono moral (no por primera vez en las relaciones internacionales) y dijeron repetidamente que no querían nada para sí mismos. Pero con alimentos que vender y una Europa hambrienta a mano, su ministro de Comercio se las arregló para firmar acuerdos con Francia, Bélgica, Grecia y Rumania. También ellos se vieron atrapados por la sensación general de que las fronteras se habían vuelto súbitamente muy permeables. Hablaban alegremente con los estadounidenses de intercambiar la franja de territorio de Alaska que bordea Canadá por algunas de las Indias Occidentales o posiblemente por Honduras británica.²²¹ Borden también habló con Lloyd George sobre la posibilidad de que Canadá se hiciera cargo de la administración de las Indias Occidentales.²²²

La mayor preocupación de Canadá, con todo, era mantener las buenas relaciones con Estados Unidos y fomentar la unidad entre los estadounidenses y los británicos. En parte era por interés: una pesadilla constante de Ottawa era la posibilidad de que Canadá tuviera que luchar contra Estados Unidos al lado de Gran Bretaña y Japón. En parte, respondía al convencimiento sincero de que las grandes potencias anglosajonas eran una alianza natural y beneficiosa. Borden sugirió a Lloyd George que, si la Sociedad de Naciones fracasaba, deberían trabajar en pos de una unión entre «las dos grandes comunidades de habla inglesa que comparten ascendencia, lengua y literatura, a las que inspiran ideales democráticos parecidos, que gozan de instituciones políticas similares y cuya fuerza unida es suficiente para asegurar la paz del mundo».²²³

Sudáfrica tenía dos figuras sobresalientes: su primer ministro, el general Louis Botha, que estaba gordo y enfermo, y Smuts. Eran partidarios entusiasmados de la Sociedad de Naciones y moderados en lo que se refería a las condiciones de paz para Alemania, pero había un asunto, uno solo, en el que no estaban dispuestos a transigir: las colonias africanas de Alemania. Smuts, que participó en la redacción de las exigencias territoriales de Gran Bretaña, argüía que los británicos debían quedarse con África Oriental (lo que más adelante sería Tanganica y luego parte de Tanzania) para que pudieran tener la cadena continua de colonias que se extendía desde el sur hasta el norte de África, que los alemanes habían bloqueado de forma tan inoportuna. También habló como imperialista sudafricano. Su país debía quedarse con el África del Sudoeste alemana (la actual Namibia). Sugirió que quizá se pudiera persuadir a Portugal para cambiar la parte meridional de su colonia de Mozambique, en el lado oriental del continente africano, por una parte del África Oriental alemana. Sudáfrica tendría entonces una buena forma, compacta, con una pulcra frontera trazada de un lado a otro de la punta del continente.²²⁴

Australia no era moderada en nada. Encabezaba su delegación el primer ministro, un dispéptico esquelético que se alimentaba de té y tostadas. Luchador en los muelles de Sydney, donde se convirtió en organizador sindical, y veterano del turbulento mundo de la política australiana, Hughes defendió prácticamente solo la postura de Australia en París. Era irascible, idiosincrásico y sordo, tanto literalmente como en sentido figurado, a los argumentos que no quería oír. Entre su propia gente, solía escuchar sólo a Keith Murdoch, un joven reportero al que consideraba como una especie de hijo. Murdoch, que había escrito un reportaje en el que criticaba la forma en que los británicos

habían dirigido los desembarcos de Gallípoli, donde las tropas australianas habían sufrido numerosas bajas mortales, compartía el escepticismo que el liderazgo británico infundía a Hughes.²²⁵ (El hijo de Murdoch, Rupert, continuó la tradición familiar y miraba a los británicos con ojos críticos). En lo relativo a ciertos asuntos, es probable que Hughes hablara en nombre de la opinión pública australiana: Australia debía anexionarse las islas del Pacífico que había tomado a los alemanes y en el pacto de constitución de la Sociedad de Naciones no debía haber nada contra la política basada en una «Australia blanca», que permitía la entrada de inmigrantes de raza blanca y excluía al resto.

Lloyd George, siempre susceptible a la baza galesa, que Hughes jugaba con asiduidad, generalmente encontraba gracioso al primer ministro australiano. Lo mismo cabe decir de Clemenceau. Los franceses también pensaban, con razón, que Hughes, que quería que se adoptase una actitud firme ante Alemania, era un buen amigo de Francia. La mayoría, incluidos los subordinados, encontraba a Hughes imposible. Wilson le consideraba «una alimaña pestilente».²²⁶ Hughes, por su parte, detestaba a Wilson: desdeñaba la Sociedad de Naciones y se mofaba de los principios del presidente.²²⁷ Nueva Zelanda compartía las reservas de Australia acerca de la Sociedad de Naciones, aunque de forma más discreta, y también quería anexionarse algunas islas del Pacífico. Un canadiense dijo que su primer ministro, William Massey, era «tan lerdo y típicamente inglés como cabe esperar de su aspecto y que se desvió del tema de los debates en más de una ocasión»²²⁸.

Y estaba la India. (Los documentos oficiales hablaban siempre de «los dominios y la India»). La habían incluido en el Gabinete Imperial de Guerra, junto con los dominios que se autogobernaban, gracias a su participación en la contienda. Pero su delegación no parecía la de una nación independiente. Al frente de ella se encontraba el secretario de Estado para la India, Edwin Montagu a los dos miembros hindúes, Lord Sinha y el maharajá de Bikaner, los habían elegido por su lealtad. A pesar de la insistencia de varios grupos hindúes, el Gobierno de la India no había nombrado a ninguno de los nuevos líderes nacionalistas. Y en la India mismo el debate en torno a cómo llevar al país, con tiento, hacia la participación en su gobierno y en el imperio, se estaba convirtiendo de forma rápida en una cuestión puramente académica, después de que Gandhi transformara el Congreso Nacional Indio en un movimiento político de masas que exigía el autogobierno con creciente intensidad.

La presencia en París de tantos estadistas de los dominios tendría sus ventajas y sus inconvenientes para los británicos. Mientras que Borden representaba fielmente los argumentos de éstos en el comité que debía encargarse de las fronteras de Grecia y Albania, y el australiano Sir Joseph Cook hacía lo mismo en relación con Checoslovaquia, la cosa cambiaba cuando los dominios tenían algo en juego. Lloyd George ya se había enfrentado a sus aliados, en nombre de los dominios, en el caso de la representación y tendría que enfrentarse a ellos otra vez. Era una complicación innecesaria en el momento en que la Conferencia de Paz empezaba sus laboriosas negociaciones.

5 Somos la Liga del Pueblo

El 12 de enero, al día siguiente de su llegada a París, Lloyd George se reunió con Clemenceau, Wilson y el presidente del Gobierno italiano, Orlando, en el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, en el Quai d'Orsay. Fue la primera de las más de cien reuniones que celebrarían los principales negociadores de la paz. Los tres estadistas se presentaron acompañados de sus respectivos ministros de Exteriores y un grupo de asesores. Al día siguiente, accediendo a los deseos de los británicos, dos representantes japoneses se unieron al grupo, que se convirtió en el Consejo de los Diez, aunque la mayoría de la gente siguió llamándolo el Consejo Supremo. Los países aliados menos importantes y los neutrales no fueron invitados, lo cual era una indicación de que se les mantendría al margen. A finales de marzo, en los momentos más cruciales y difíciles de la Conferencia de Paz, el Consejo Supremo se desharía de los ministros de Exteriores y de los japoneses y pasaría a ser el Consejo de los Cuatro: Lloyd George, Clemenceau, Wilson y Orlando.

Los espaciosos salones del Quai d'Orsay han resistido sorprendentemente bien el paso del tiempo y una posterior ocupación alemana. Se les dio su forma actual a mediados del siglo XIX, cuando Napoleón III gobernaba una Francia que todavía soñaba con ser una gran potencia mundial. Las visitas importantes aún cruzan la entrada principal, que da al Sena, pasan por delante de la gran escalinata bifurcada que sube hasta los aposentos privados y entran en la serie de salas de recepción y despachos con sus suelos de parquet, alfombras de Aubusson e inmensas chimeneas. Enormes ventanas se extienden hacia los techos altos y decorados y las recargadas lámparas de varios brazos. Las macizas mesas y sillas se apoyan en gruesas patas doradas. Los colores predominantes son el oro, el rojo y el ébano.

El Consejo Supremo se reunía en el sanctasanctórum, el despacho del ministro de Exteriores de Francia, Stéphen Pichón. Hoy día es blanco y dorado; en 1919 era más oscuro. Los mismos paneles de madera tallada adornan las paredes y arriba todavía cuelgan los descoloridos tapices del siglo XVII. Las puertas dobles aún se abren a una rotonda y sigue habiendo una rosalda más allá. Clemenceau, en su calidad de anfitrión, presidía las reuniones desde un sillón situado enfrente del hogar con su enorme fuego de leña. Sus colegas, cada uno con una mesita para los documentos, se situaban de cara a él desde el lado correspondiente al jardín, los británicos sentados junto a los estadounidenses, luego los japoneses, y los italianos en un rincón. Por ser el único jefe de Estado, Wilson tenía una silla un poco más alta que las otras, los jefes de Gobierno y los ministros de Exteriores ocupaban sillas cómodas, de respaldo alto, y detrás de ellos, arracimados, se encontraban los asesores y secretarios de menor importancia, sentados en pequeñas sillas doradas.

El Consejo Supremo creó rápidamente su propia forma de proceder. Celebraba una reunión diaria, en ocasiones dos, y de vez en cuando tres. Hasta cierto punto se ceñía a un orden del día, pero también se ocupaba de los asuntos que iban surgiendo. Escuchaba a los peticionarios, procesión que no terminó hasta el fin de la conferencia misma. Al caer la tarde se corrían las cortinas de seda verde y se encendían las luces eléctricas. La habitación solía estar muy caldeada, pero los franceses reaccionaban con horror siempre que alguien sugería que se abriera una ventana. Clemenceau se repantigaba en su asiento, mirando con frecuencia hacia el techo, con expresión de aburrimiento;

Wilson se movía nerviosamente y de vez en cuando se levantaba para estirar las piernas; Lansing, su ministro de Exteriores, que tenía poco que hacer, dibujaba caricaturas; Lloyd George charlaba en voz baja, pero audible, haciendo chistes y comentarios. El intérprete oficial, Paul Mantoux, traducía del francés al inglés y viceversa, y se metía de lleno en cada discurso hasta el punto de parecer que él mismo mendigaba territorio. Como Clemenceau hablaba bien el inglés y Sonnino, el ministro de Exteriores italiano, lo hablaba razonablemente bien, las conversaciones entre los Cuatro Grandes eran a menudo en dicha lengua. Los ayudantes iban de puntillas de un lado a otro con mapas y documentos. Todas las tardes se abría la puerta y entraban criados con té y bollitos. Wilson se sorprendía y a veces se escandalizaba al verles interrumpir las conversaciones sobre el futuro del mundo por una causa tan trivial, pero, como dijo a su médico, se hacía cargo de que se trataba de una costumbre extranjera y lo mejor que podía hacer era aceptarla.²²⁹

Desde su primera reunión, los hombres del Consejo Supremo sabían que su poder menguaba día a día a medida que sus fuerzas armadas se desmovilizaban. El comandante de las fuerzas estadounidenses en Europa, el general Pershing, dijo a House aquella primavera: «Este mes se enviarán trescientos doce mil. La cifra máxima del mes pasado fue de trescientos mil. A este paso, todos nuestros soldados habrán vuelto a Estados Unidos antes del quince de agosto».²³⁰ Los negociadores tenían que imponer condiciones de paz al enemigo mientras todavía pudieran. También debían volver a casa para ocuparse de asuntos que se habían aplazado durante la contienda y hacer frente a sus enemigos políticos. Asimismo se hallaban embarcados, o al menos así creían, en una carrera contra otra clase de enemigo. El hambre, las enfermedades —el tifus, el cólera y la espantosa gripe—, las insurrecciones revolucionarias en una ciudad tras otra, y las pequeñas guerras, alrededor de una docena de ellas sólo en 1919: todo ello amenazaba con destruir lo que quedaba de la sociedad europea.

Ya habían pasado dos meses desde el final de la guerra y la gente se preguntaba por qué se había hecho tan poco. En parte era debido a que los Aliados no estaban realmente preparados para el cese repentino de las hostilidades. Ni podían estarlo. Habían dedicado todas sus energías a ganar la guerra. «¿Qué íbamos a hacer con la paz», escribió Winston Churchill, «cuando no sabíamos si seríamos destruidos? ¿Quién podía pensar en la reconstrucción, mientras el mundo era destrozado a martillazos, o en la desmovilización, cuando el único objetivo era lanzar a todos los hombres y todas las bombas a la batalla?»²³¹ Es verdad que los Ministerios de Asuntos Exteriores, de Colonias y de la Guerra habían desempolvado viejos objetivos y formulado nuevas exigencias mientras continuaba la lucha. Se habían hecho intentos de pensar seriamente en la paz: la Investigación Especial Británica, instituida en 1917, el Comité d'Études francés y la más exhaustiva de todas, la Investigación Estadounidense, creada en septiembre de 1917 bajo la supervisión de House. Se había solicitado la opinión de expertos independientes, desde historiadores hasta misioneros, lo cual había causado consternación entre los diplomáticos de carrera, y se habían producido estudios y mapas detallados. Los estadounidenses habían redactado 60 informes sólo sobre el Lejano Oriente y el Pacífico, los cuales contenían mucha información útil además de ejemplos de gran perspicacia como que, en la India, «una gran mayoría de las personas solteras la forman niños muy pequeños».²³² Los líderes aliados no habían prestado mucha atención a ninguno de sus propios estudios.

En la primera semana de la Conferencia de Paz el Consejo Supremo pasó mucho tiempo hablando de los procedimientos. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico hizo un bello diagrama de muchos colores que consistía en un hexágono dentro del cual la conferencia, sus comités y subcomités encajaban unos con otros en perfecta simetría, mientras en el exterior los comités de los

Aliados flotaban como planetas menores.²³³ Lloyd George soltó una carcajada cuando se lo enseñaron.²³⁴ Los franceses hicieron circular un programa detallado con listas de directrices y problemas que debían abordarse, clasificados por orden de importancia. Dado que el acuerdo con Alemania ocupaba el primer lugar y apenas se mencionaba la Sociedad de Naciones, Wilson, con el apoyo de Lloyd George, lo rechazó. (Tardieu, su autor, lo vio como un ejemplo de «la repugnancia instintiva de los anglosajones ante las construcciones sistematizadas de la mente latina».²³⁵)

El Consejo Supremo consiguió elegir un secretario, un joven diplomático francés que, según se rumoreaba, era hijo ilegítimo de Clemenceau. (Hankey, el subsecretario, que era hombre de extraordinaria eficiencia, pronto se hizo cargo de la mayor parte del trabajo). Después de mucho discutir, el comité decidió que el francés y el inglés fuesen las lenguas oficiales de los documentos. Los franceses querían que lo fuera sólo su propia lengua, con el pretexto de que era más precisa y a la vez capaz de mayores matices que el inglés, aunque el verdadero motivo era que no querían reconocer que Francia estaba descendiendo en la clasificación de potencias mundiales. Decían que el francés había sido la lengua de la comunicación internacional y la diplomacia durante siglos. Los ingleses y los estadounidenses señalaron que el inglés lo estaba suplantando de forma creciente.²³⁶ Lloyd George afirmó que siempre lamentaría no saber mejor el francés (apenas sabía una palabra), pero que le parecía absurdo que el inglés, la lengua que hablaban más de 170 millones de personas, no tuviera la misma categoría que el francés. Los italianos dijeron que, en tal caso, ¿por qué no también el italiano? «Si no», dijo su ministro de Exteriores, Sonnino, «parecería que se tratara a Italia como inferior al excluirla». Lloyd George respondió que, en tal caso, ¿por qué no el japonés también? Los delegados japoneses, que tendían a tener dificultades para seguir los debates, ya fueran en francés o en inglés, guardaron silencio.²³⁷ Clemenceau se echó atrás, con gran consternación de muchos de sus propios funcionarios.

El Consejo Supremo también tuvo que resolver la cuestión de cómo debía tomar sus decisiones la Conferencia de Paz. En diciembre, el Ministerio de Asuntos Exteriores francés había mandado invitaciones a todos los países, de Liberia a Siam, que podían afirmar, por más que ello resultara inverosímil, que estaban en el bando aliado. En enero ya eran 29 los países representados en París, todos ellos esperando tomar parte en la conferencia. ¿Se sentarían todos juntos y el voto del Imperio británico tendría el mismo valor que el de Panamá? Ninguna de las grandes potencias quería que fuese así, pero mientras Clemenceau estaba dispuesto a poner a los delegados de las potencias menores a trabajar en cuestiones relativamente inocuas —como, por ejemplo, las vías fluviales internacionales—, Wilson prefería que hubiese la menor estructura posible. «No deberíamos celebrar ninguna conferencia oficial», dijo, «sino sólo conversaciones». Esto sacó de quicio a Clemenceau: si los Aliados esperaban a ponerse de acuerdo en todos los asuntos principales, pasarían meses antes de que se celebrara la conferencia propiamente dicha y la opinión pública se sentiría muy decepcionada. De todos modos, añadió, tenían que dar algo que hacer a todas las demás potencias que se estaban reuniendo en París. Lloyd George, como haría en muchas ocasiones, propuso una solución intermedia. Se acordó que hubiera una sesión plenaria al finalizar la semana; mientras tanto, el Consejo Supremo se ocuparía de otros asuntos.²³⁸

Los miembros del Consejo Supremo, incluso Wilson, no tenían intención alguna de renunciar al control del programa de la conferencia, que prometía ser muy apretado.²³⁹ La lista francesa rechazada incluía: la Sociedad de Naciones, asuntos polacos, asuntos rusos, las nacionalidades bálticas, los estados nacidos de la antigua monarquía austrohúngara, los Balcanes, el Lejano Oriente y el Pacífico, asuntos judíos, la navegación fluvial internacional, los ferrocarriles internacionales,

leyes que garantizaran la autodeterminación de los pueblos, protección para las minorías étnicas y religiosas, legislación internacional sobre patentes y marcas registradas, penas para los crímenes de guerra, reparaciones por los daños causados por la guerra, cuestiones económicas y financieras.²⁴⁰ La lista era profética.

Durante los cinco meses siguientes, hasta que la parte principal de la Conferencia de Paz terminó, el 28 de junio, con la firma en Versalles del tratado con Alemania, París fue la sede de un Gobierno virtual del mundo. «Somos la Liga del Pueblo», dijo Clemenceau la víspera de aquella trascendental ceremonia. Wilson replicó: «Somos el Estado».²⁴¹ Incluso en aquellas primeras reuniones los miembros del Consejo Supremo empezaban a actuar como un gabinete, dentro de un sistema de gobierno representativo. De hecho, era una analogía que ellos mismos emplearon.²⁴² Tenían que trabajar juntos, pero en ningún momento podían olvidar que representaban a los electores de sus países respectivos.

También tenían que preocuparse por la prensa. Habían llegado a París centenares de periodistas. El Gobierno francés creó un lujoso club de prensa, en la casa de un millonario. Los periodistas, principalmente hombres, aunque había entre ellos un puñado de mujeres, como la gran periodista sensacionalista estadounidense Ida Tarbell, fueron desagradecidos. Se burlaron de la vulgaridad de la decoración, y los estadounidenses dieron al club de prensa el sobrenombre de «La Casa de las Mil Tetas».²⁴³ Y, lo que es más importante, la prensa se quejaba del secreto que envolvía las sesiones. En sus Catorce Puntos, Wilson hablaba de «pactos al descubierto, a los que se llegase abiertamente»; al igual que muchos de sus lemas, su significado no estaba claro, quizá ni siquiera para él mismo, pero prendió en el público.

Sin duda, Wilson quería decir que no debía haber más tratados secretos, como los que él y otros muchos consideraban una de las causas de la Gran Guerra, pero ¿quiso decir que todas las negociaciones estarían abiertas al examen público? Era lo que esperaban muchos de los periodistas y sus lectores. Los representantes de la prensa exigieron el derecho a asistir a las reuniones del Consejo Supremo o, al menos, que se les facilitaran resúmenes diarios de lo que se tratara en ellas.²⁴⁴ Clemenceau dijo al general Mordacq, su ayudante, que siempre había luchado por la libertad de prensa, pero que había un límite. Sería un «verdadero suicidio» permitir que la prensa informase de los debates diarios del Consejo Supremo.²⁴⁵ Si así ocurriera, según comentó Lloyd George, la Conferencia de Paz se eternizaría. Propuso que se entregara una declaración a la prensa que dijese que el proceso de alcanzar acuerdos entre las potencias iba a ser largo y delicado, y que no tenían deseo alguno de provocar polémicas innecesarias haciendo públicas sus discrepancias. Wilson se mostró de acuerdo.²⁴⁶ Los periodistas estadounidenses se quejaron amargamente a Baker, el asesor de prensa de Wilson. Según un periodista, Baker se puso pálido de angustia. Dijeron a Baker que Wilson era un hipócrita y, encima, un hipócrita ingenuo. Lloyd George y Clemenceau, protegidos de la atención del público, liarían al presidente. Los periodistas amenazaron con marcharse de París, pero pocos cumplieron su amenaza.²⁴⁷

Las potencias menores también tenían muchas quejas y exigencias que expresar. Portugal, que había aportado 60.000 soldados al frente occidental, opinaba que era un escándalo tener un solo delegado oficial mientras Brasil, que había enviado una unidad médica y algunos aviadores, tenía tres.²⁴⁸ Gran Bretaña apoyó a Portugal, su viejo aliado, y Estados Unidos, a Brasil. El reconocimiento en París, e centro del poder mundial, era importante para los estados constituidos y crucial para los que los negociadores denominaron «estados en proceso de formación». Después del derrumbamiento de Rusia y la desintegración de Austria-Hungría y el Imperio otomano, había muchos. El simple hecho

de comparecer ante el Consejo Supremo y presentar unos argumentos venía a ser una validación, algo beneficioso para la reputación en casa.²⁴⁹

Puede que París fuera la sede de un Gobierno mundial, pero su poder nunca fue tan grande como la mayoría de la gente ha supuesto, tanto entonces como después. Los acontecimientos desbordaron a las grandes potencias. Cuando el Consejo Supremo se reunió por primera vez el 12 de enero, Polonia había sido creada de nuevo, Finlandia y los estados del Báltico habían avanzado mucho por el camino de la independencia y se habían juntado las piezas que formaban Checoslovaquia. En los Balcanes, Serbia se había unido a Croacia y a Eslovenia, los territorios eslavos del sur de Austria-Hungría. El nuevo ente aún no tenía nombre, pero algunas personas hablaban de un Estado yugoslavo. «La tarea de los artífices del Tratado de París», comentó Lloyd George, «no era decidir lo que era justicia debía darse a las nacionalidades liberadas, sino lo que honradamente debía liberarse de sus garras, cuando sobrepasaran los límites de la autodeterminación.»²⁵⁰

Pero ¿cuáles eran esos límites? No había ninguna respuesta clara o, mejor dicho, cada nacionalidad contendiente tenía una respuesta distinta. «¿Ve usted esos agujeritos?», preguntó a un visitante estadounidense un habitante de Lvov, en las fronteras en litigio entre Rusia y Polonia. «Nosotros los llamamos “Los Puntos de Wilson”.

Están hechos con ametralladoras; los huecos grandes, con granadas de mano. Ahora estamos embarcados en la autodeterminación y Dios sabe cuál y cuándo será el fin.»²⁵¹ En sus primeras reuniones, el Consejo Supremo tuvo que ocuparse de las luchas entre Polonia y sus vecinos. Cuando la Conferencia de Paz terminó oficialmente un año después, las hostilidades continuaban, allí y en otras partes. Tasker Bliss, el asesor militar estadounidense, escribió en tono pesimista a su esposa desde París y predijo otros treinta años de guerra en Europa. «Las “naciones sumergidas” están aflorando a la superficie y en cuanto aparecen, se lanzan a la garganta de alguien. Son como los mosquitos. sanguinarios desde que²⁵²nacen.»

Es tentador, pero engañoso, comparar la situación que existía en 1919 con la de 1945. En 1919 no había ninguna superpotencia, ninguna Unión Soviética con sus millones de soldados ocupando el centro de Europa y ningún Estados Unidos con su inmensa economía y su monopolio de la bomba atómica. En 1919 los estados enemigos no estaban derrotados del todo. Los negociadores de la paz hablaban largo y tendido de hacer y deshacer naciones en 1919, pero la arcilla no era tan maleable y la fuerza para moldearla no era tan grande. Desde luego, el poder de los negociadores de la paz era considerable. Seguían teniendo ejércitos y marinas de guerra. Podían optar por usar los alimentos como un arma contra una Europa hambrienta. Podían ejercer su influencia por medio de amenazas y promesas: de conceder o negar el reconocimiento, por ejemplo. Podían sacar los mapas y mover fronteras en un sentido u otro, y la mayoría de las veces sus decisiones serían aceptadas, pero no siempre, como demostraría de forma espectacular el caso de Turquía. La capacidad del Gobierno de París para controlar los acontecimientos se veía limitada por factores como la distancia, los medios de transporte utilizables y las fuerzas disponibles, y por la poca disposición de las grandes potencias a gastar sus recursos.

En 1919 los límites no estaban claros todavía, ni para los mismos negociadores ni para el mundo. Eran tantas las personas que creían que, si lograban llamar la atención del Consejo Supremo, se desharían viejos entuertos y su futuro quedaría asegurado. Un joven pinche del Ritz envió una petición de independencia de Francia para su pequeño país. Ho Chi Minh y Vietnam eran demasiado oscuros siquiera para recibir respuesta. Un coreano licenciado por la Universidad de Princeton trató de ir a París, pero le denegaron el pasaporte. Después de la segunda guerra mundial, Syngman Rhee

se convirtió en presidente de la recién independizada Corea del Sur.²⁵³

Las sociedades sufragistas se reunieron en París, presididas por la formidable activista inglesa Millicent Fawcett, y aprobaron resoluciones que pedían representación en la Conferencia de Paz y el voto para la mujer. Wilson, que sentía cierta simpatía por su causa, recibió a una delegación y habló de forma vaga, pero alentadora, de una comisión especial de la conferencia en la que habría mujeres y que estudiaría asuntos de interés femenino.²⁵⁴ En febrero, poco antes de partir para una breve estancia en Estados Unidos, preguntó con titubeos a los demás negociadores si darían su apoyo en ese sentido. Balfour contestó que era firme partidario del sufragio femenino, pero señaló que, a su modo de ver, no debían ocuparse del asunto. Clemenceau asintió. El italiano dijo que era un asunto puramente interno. Cuando Clemenceau susurró de forma muy audible «¿Qué dice el hombrecillo?», el delegado japonés expresó agradecimiento por el gran papel que las mujeres habían desempeñado en la civilización, pero comentó que el movimiento sufragista en Japón apenas era digno de mencionarse. Se dejó correr el asunto y nunca volvió a hablarse de él.²⁵⁵

Los participantes en la conferencia también descubrieron que habían asumido la administración de gran parte de Europa y de Oriente Próximo. Las viejas estructuras de gobierno se habían desmoronado y las fuerzas de ocupación y los representantes aliados se veían empujados a ocupar su lugar. Las posibilidades de elegir eran escasas; si ellos no llenaban el vacío, nadie lo llenaría, o, peor, lo harían los revolucionarios. Los hombres que se hallaban sobre el terreno hacían lo que podían. En Belgrado, un almirante británico reunió como pudo una flotilla de barcas y la envió arriba y abajo por el Danubio cargada de alimentos y materias primas. El resultado fue una modesta reanimación del comercio y la industria, con frecuencia a pesar de los obstáculos que ponían los gobiernos de los países ribereños, pero fue una medida provisional. Como dijo en París el almirante, la solución a largo plazo era el control internacional del Danubio y las otras grandes vías fluviales de Europa.²⁵⁶ Hubo otros planes y otros hombres cargados de entusiasmo, pero ¿había la voluntad política necesaria?

Las responsabilidades económicas bastaban para arredrar a cualquiera. La guerra había trastornado la economía mundial y volver a ponerla en marcha no era fácil. Las naciones europeas habían tomado en préstamo inmensas sumas de dinero, en el caso de los Aliados, cada vez más de Estados Unidos. Ahora les resultaba casi imposible obtener créditos para financiar su reconstrucción y reactivar el comercio. La guerra había dejado fábricas inutilizadas, campos sin labrar, puentes y líneas de ferrocarril destruidos; escasez de fertilizantes, semillas, materias primas, barcos, locomotoras. Europa aún dependía en gran medida del carbón, como combustible, pero las minas de Francia, Bélgica, Polonia e incluso Alemania estaban inundadas. La aparición de naciones nuevas en Europa central causó daños adicionales a lo que quedaba de las antiguas redes de comercio y transporte. En Viena, las luces eléctricas parpadeaban y los tranvías se paraban, porque una nueva frontera bloqueaba el carbón que en otro tiempo llegaba del norte.

Desde todas las partes de Europa los funcionarios y los organismos de ayuda privados mandaban informes alarmantes: millones de hombres parados, amas de casa desesperadas que alimentaban a sus familias con patatas y sopa de col, niños escuálidos. En aquel frío invierno, el primero desde el fin de la guerra, Herbert Hoover, el administrador de los servicios de ayuda estadounidenses, advirtió a los Aliados que unos doscientos millones de personas de los países enemigos y casi otras tantas entre las naciones vencedoras y las neutrales se veían amenazadas por la hambruna. Sólo Alemania necesitaba 200.000 toneladas de trigo al mes y 70.000 toneladas de carne. En todos los territorios de la antigua Austria-Hungría los hospitales se habían quedado sin vendajes y medicinas.

En el nuevo Estado checoslovaco un millón de niños pasaban sin leche. En Viena moría la mayor parte de los recién nacidos. La gente comía carbonilla, virutas, arena. Los trabajadores de los organismos de ayuda inventaban nombres para cosas que nunca habían visto antes, como la enfermedad *Mangel Wurzel* —remolacha forrajera en alemán—, que aquejaba a las personas que se alimentaban exclusivamente de ella.²⁵⁷

Los argumentos humanitarios a favor de hacer algo eran irrefutables. Y también lo eran los argumentos políticos. «Mientras el hambre continuara royendo», advirtió Wilson a sus colegas, «los cimientos del Gobierno continuarían desmoronándose.»²⁵⁸ Tenían los recursos necesarios. Los canadienses, los australianos, los neozelandeses y los propios estadounidenses tenían excedentes de alimentos y materias primas que ansiaban vender. Podían encontrarse los barcos que hacían falta para transportarlos. Pero ¿de dónde saldría el dinero? Alemania tenía reservas de oro, pero los franceses querían que se utilizaran para pagar las reparaciones y no para financiar las importaciones. Los Aliados europeos no podían financiar esa ayuda en la escala necesaria y las naciones derrotadas, exceptuando Alemania, estaban en bancarrota. Quedaba Estados Unidos, pero el Congreso y el público estadounidense vacilaban entre las ganas de ayudar y la sensación de que Estados Unidos ya había hecho bastante ganando la guerra. Después de la segunda guerra mundial su talante sería muy parecido, pero con una diferencia fundamental: en lugar de la amenaza difusa de una revolución, habría un único y claro enemigo, encarnado en la Unión Soviética. El equivalente del Plan Marshall que tanto contribuyó posteriormente a la reactivación de Europa en aquellas circunstancias, no era posible en 1919.

Estados Unidos, además, no tenía el poder preponderante que tendría después de la segunda guerra mundial. Sus aliados europeos no estaban agotados y desesperados, dispuestos a aceptar ayuda estadounidense, aunque el precio fuera aceptar también sus sugerencias. En 1919 aún se veían a sí mismos como actores independientes en los asuntos mundiales, y en realidad lo eran. Antes de que terminase la contienda, Gran Bretaña, Francia e Italia trazaron un plan para que los Aliados hicieran un fondo común de créditos, alimentos, materias primas y barcos para poner en práctica un programa de ayuda y reconstrucción, bajo una junta interaliada. Los estadounidenses se resistieron a ello. Sospechaban, con razón, que sus aliados querían controlar la distribución de recursos, aunque el grueso de los mismos procediera de Estados Unidos, como instrumento para ejercer presión sobre los estados enemigos y hacerles aceptar las condiciones de paz.²⁵⁹ Cuando Wilson insistió en que Hoover se encargara de la administración de ayuda de los Aliados, los europeos pusieron objeciones. Lloyd George se quejó de que Hoover se convertiría en el «dictador alimentario de Europa» y los hombres de negocios estadounidenses aprovecharían la oportunidad para intervenir. Los europeos cedieron a regañadientes e hicieron todo cuanto pudieron para dificultar la tarea de Hoover.²⁶⁰

Para Wilson, al igual que para muchos estadounidenses, Hoover era un héroe, un huérfano pobre que había trabajado para pagarse los estudios en la Universidad de Stanford y había llegado a ser uno de los principales ingenieros del mundo. Durante la contienda, había organizado un gran programa de ayuda para Bélgica, que estaba ocupada por los alemanes, y cuando Estados Unidos entró en guerra en 1917 se encargó del ahorro de alimentos para el esfuerzo bélico. «Puedo *hooverizar* la cena», decían las tarjetas del día de San Valentín, «pero nunca aprenderé a *hooverizar* cuando se trata de amarte a ti.»²⁶¹ Hoover era eficiente, muy trabajador y carecía de sentido del humor. Lloyd George le encontraba falta de tacto y brusco.²⁶² Los europeos se molestaban por los recordatorios de Hoover acerca de que el grueso de la ayuda que recibían procedía de Estados

Unidos, así como por su forma de promover los intereses económicos de su país: deshaciéndose, por ejemplo, del acopio de carne estadounidense de cerdo, lo cual perjudicaba gravemente a los productores europeos.²⁶³

Aunque los Aliados tenían varios organismos económicos, que eran supervisados de forma poco rigurosa por el Consejo Económico Supremo, la sección de alimentos y ayuda de Hoover era, con mucho, la más eficaz. Con 100 millones de dólares de Estados Unidos y unos 62 millones de dólares de Gran Bretaña, abrió oficinas en 32 países, organizó comedores de beneficencia que alimentaron a millones de niños y llevó toneladas de alimentos, prendas de vestir, y medicinas y otros artículos sanitarios a las zonas más afectadas. En la primavera de 1919 la organización de Hoover ya dirigía ferrocarriles y supervisaba minas. Tenía su propia red de telégrafos. Hacía la guerra contra los piojos, con miles de maquinillas para cortar el pelo, toneladas de jabón, baños e instalaciones especiales de los que se encargaban soldados estadounidenses. Los viajeros que no tenían un certificado de «despioje» eran desinfectados por la fuerza.²⁶⁴ En el verano de 1919 Hoover enfureció a los europeos una vez más. Arguyó que Estados Unidos ya había hecho bastante; ahora les tocaba a los europeos. Con mucho trabajo, austeridad y ahorro saldrían de apuros. Sus puntos de vista fueron bien acogidos en Washington, donde el aislacionismo iba en aumento, y la ayuda y los empréstitos estadounidenses disminuyeron acusadamente.

En realidad, Europa no volvió a los niveles de producción de antes de la guerra hasta 1925; en algunas zonas la recuperación fue mucho más lenta. Numerosos gobiernos recurrieron a medidas como el endeudamiento, el déficit presupuestario y los controles comerciales para mantener sus países a flote. La economía de Europa en su conjunto continuó siendo frágil, lo cual hizo que durante los años veinte aumentaran las tensiones políticas en el interior y en el extranjero, al tomar los gobiernos medidas proteccionistas.²⁶⁵ Tal vez con dinero estadounidense y cooperación europea se habría podido construir una Europa más fuerte, más capaz de resistir los retos de los años treinta.

El 18 de enero de 1919 se inauguró oficialmente la Conferencia de Paz. Clemenceau se aseguró de que la apertura tuviera lugar en el aniversario de la coronación de Guillermo I, como Káiser de la nueva Alemania en 1871.²⁶⁶ Ante los delegados reunidos en la suntuosa Salle de l'Horloge [Sala del Reloj] en el Quai d'Orsay, el presidente Poincaré habló de la maldad de sus enemigos, de los grandes sacrificios de los Aliados y de las esperanzas de una paz duradera. «Tenéis en vuestras manos», les dijo, «el futuro del mundo.»²⁶⁷ Al salir, Balfour se volvió hacia Clemenceau y se disculpó por su sombrero de copa. «Me dijeron», explicó, «que era obligatorio llevarlo». «A mí también», contestó Clemenceau, que se cubría con un bombín.²⁶⁸

Los observadores repararon en algunas ausencias: el primer ministro griego, Venizelos, enfadado porque Serbia tenía más delegados que Grecia; Borden, el primer ministro canadiense, ofendido porque se había dado precedencia al primer ministro de la pequeña Terranova; y los japoneses, que aún no habían llegado. Pero la ausencia más notable de todas era la de los rusos.

Rusia, una de las potencias aliadas en 1914, probablemente había salvado a Francia de la derrota al atacar a Alemania en el frente oriental. Durante tres años los rusos habían luchado contra las potencias centrales, infligiéndoles numerosas bajas, pero sufriendolas todavía más. Finalmente, en 1917, se había derrumbado debido a la presión y, en ocho meses, había pasado de la autocracia a la democracia liberal y de ésta a una dictadura revolucionaria bajo la minúscula facción extremista de los socialistas rusos, los bolcheviques, de los cuales la mayoría de la gente, incluidos los propios rusos, nunca había oído hablar. La caída de Rusia provocó la separación de partes de un gran imperio, los estados del Báltico, Ucrania, Armenia, Georgia, Azerbaiyán y Daguestán. Los Aliados habían enviado tropas en un vano intento de reforzar a Rusia, que se estaba desintegrando, contra los alemanes; pero a comienzos de 1918 los bolcheviques firmaron la paz con Alemania. Las tropas aliadas permanecieron en suelo ruso, pero ¿con qué propósito? ¿Derribar a los bolcheviques y su régimen soviético? ¿Apoyar a sus heterogéneos enemigos: realistas, liberales, anarquistas, socialistas desilusionados, nacionalistas de diversos tipos?

En París no resultaba fácil ver claramente lo que estaba pasando en el Este ni quién estaba en qué bando. Llegaban a Occidente noticias sobre un orden social vuelto al revés, guerras civiles, levantamientos nacionalistas, un ciclo de atrocidades, represalias y nuevas atrocidades: el último zar y su familia, asesinados y sus cadáveres arrojados a un pozo; el cadáver mutilado de un agregado naval británico yaciendo, insepulto, en una calle de San Petersburgo. Los soldados rusos habían matado a tiros a sus oficiales y los marineros se habían apropiado de los buques. En la inmensa campaña rusa, los campesinos, empujados por la vieja hambre de tierra, estaban matando a sus señores. En las ciudades, grupos de adolescentes recorrían las calles pavoneándose y empuñando armas de fuego y los pobres salían de sus míseros barrios y ocupaban las grandes mansiones. Pero resultaba difícil saber qué rumores eran ciertos (la mayoría), porque Rusia se había convertido en un país desconocido. Como dijo Lloyd George: «En realidad, nunca nos encontramos ante hechos comprobados o, quizás, siquiera comprobables. Rusia era una jungla en la cual nadie podía distinguir

lo que tenía a pocos metros de distancia».²⁶⁹ Sus precarios conocimientos de geografía no le ayudaban; creía que Jarkov (una ciudad de Ucrania) era el nombre de un general ruso.

Las potencias habían retirado a sus diplomáticos durante el verano de 1918 y casi todos los corresponsales de la prensa extranjera ya se habían ido al empezar el año siguiente. Las rutas terrestres estaban cortadas a causa de los combates. Los telegramas tardaban días o semanas en llegar a su destino, suponiendo que llegaran. En el momento de inaugurarse la Conferencia de Paz, el único conducto seguro para enviar mensajes era a través de Estocolmo, donde los bolcheviques tenían un representante. Durante la conferencia, los negociadores sabían tanto sobre Rusia como sobre la cara oculta de la luna.²⁷⁰

Quizá desde el punto de vista jurídico no había ninguna necesidad de invitar a representantes rusos. Ésa era la opinión de Clemenceau: Rusia había traicionado la causa aliada, dejando a Francia a merced de los alemanes.²⁷¹ El líder de los bolcheviques, Lenin, hombre a la vez realista y fanático, había regalado territorios y recursos a los alemanes en Brest-Litovsk (la actual Brest, en Polonia) a cambio de la paz, con el fin de poder conservar la chispa vital de la que saldría el milenio marxista. Alemania obtuvo acceso a los materiales que necesitaba tan desesperadamente y la oportunidad de trasladar centenares de miles de soldados al frente occidental. La actuación de Lenin, desde luego al modo de ver de Clemenceau, liberó a los Aliados de todas las promesas que habían hecho a Rusia, entre ellas la de darle acceso al importantísimo estrecho que comunicaba el mar Negro con el Mediterráneo.

Por otra parte, estrictamente hablando, Rusia todavía era un país aliado y seguía en guerra con Alemania. Al fin y al cabo, los alemanes se habían visto obligados a renunciar al Tratado de Brest—Litovsk, al firmar su propio armisticio en noviembre de 1918. En todo caso, la ausencia de Rusia era inoportuna. «En los debates», escribió en su diario un joven asesor británico, «todo lleva inevitablemente a Rusia. Entonces se entabla una discusión prolija; se acuerda que el asunto en litigio no podrá determinarse, mientras no se haya decidido la política general para con Rusia; una vez acordado esto, en lugar de establecerla, pasan a ocuparse de otro tema.»²⁷² En la Conferencia de Paz se habló de Finlandia, de los nacientes estados bálticos —Estonia, Letonia y Lituania—, Polonia, Rumanía, Turquía y Persia, pero finalmente no fue posible trazar sus fronteras definitivas hasta que la forma y el estatuto futuros de Rusia estuvieron claros.

El problema de Rusia surgió repetidamente durante la Conferencia de Paz. Baker, que más adelante sería apologista de Wilson, afirmó que Rusia y el miedo al bolchevismo influyeron en la paz. «¡Rusia desempeñó en París un papel más decisivo que Prusia!», exclamó.²⁷³ Esto, al igual que muchas de las cosas que dijo, era una tontería. Los negociadores no dedicaron una cantidad desmesurada de tiempo a pensar en Rusia y su revolución; les preocupaba mucho más firmar con una Alemania todavía intacta un tratado que devolviera la paz a Europa. Rusia les preocupaba tanto como la agitación social más cercana a casa, pero no veían necesariamente las dos cosas como caras de la misma moneda. Acabar con los bolcheviques en Rusia no eliminaría por arte de magia las causas de la agitación en otras partes. Los obreros y soldados alemanes se hicieron con el poder, porque el régimen del Káiser estaba desacreditado y en bancarrota. Austria-Hungría se derrumbó, porque ya no podía mantenerse a flote ni reprimir a sus nacionalidades. Soldados británicos se amotinaron en Folkestone, porque no querían ir al extranjero; los canadienses hicieron lo mismo en el norte de Gales, porque querían volver a casa. A veces la Revolución rusa proporcionaba aliento, y un vocabulario. «El bolchevismo prospera», escribió Borden en su diario, pero se refería a la agitación obrera, no a la revolución.²⁷⁴ «Bolchevismo» (o su compañera, «comunismo») era un comodín útil en

1919. Como dijo Bliss, el asesor militar de Wilson, «Si en lugar de bolchevique utilizáramos la palabra “revolucionario”, tal vez resultaría más claro».²⁷⁵

Por supuesto, la difusión de ideas revolucionarias inquietaba a los negociadores, pero estas ideas no eran necesariamente rusas. Los supervivientes de la Gran Guerra estaban cansados y preocupados. Estructuras que parecían sólidas e imperios con sus administraciones civiles y sus ejércitos se habían evaporado y en muchas partes de Europa no estaba claro qué ocuparía su lugar. Antes de la contienda Europa era un lugar de anhelos insatisfechos, de socialistas que esperaban un mundo mejor, de obreros que esperaban mejores condiciones, de nacionalistas que esperaban tener su propia patria y estos anhelos volvieron a surgir con mayor fuerza, porque en el fluido mundo de 1919 era posible soñar con grandes cambios, o tener pesadillas sobre el desmoronamiento del orden. El presidente de Portugal fue asesinado. En 1919, después de concluir la conferencia, un loco intentaría matar a Clemenceau en París. En Baviera y Hungría gobiernos comunistas tomaron el poder, durante unos cuantos días en Múnich, pero mucho más tiempo en Budapest. En Berlín en enero y en Viena en junio los comunistas trataron de hacer lo mismo, pero fracasaron. No se podía echar la culpa de todo ello a los bolcheviques rusos.

Muchos, y no sólo las izquierdas, se negaron a dejarse arrastrar por el pánico.²⁷⁶ Un día, durante un almuerzo en el hotel Majestic, un delegado canadiense, Oliver Mowat Biggar, charló alegremente con un grupo del que formaba parte Philip Kerr, el ayudante personal de Lloyd George. «Todos opinábamos que el dinero tenía demasiada influencia en el mundo, el dinero egoísta, se entiende. La conclusión lógica es el comunismo, y sin duda llegaremos todos allí dentro de un cuarto de siglo más o menos». Mientras tanto, tal como Biggar escribió a su esposa, que se hallaba en Canadá, se le estaba pasando de maravilla: los sábados por la noche bailes en el Majestic, *Fausto* y *Madame Butterfly* en la Ópera, las salas de fiestas, donde —según dijo a su esposa— le impresionó la belleza de las prostitutas. Comentó que no cabía duda de que los franceses tenían valores distintos de los canadienses. En una ópera bufa, la actriz principal «no llevaba nada de caderas para arriba, excepto unas cuantas cadenas y en la otra, nada arriba ni abajo, salvo cintas y los zapatos. Como bailarina era malísima». Cuando su esposa sugirió que partiría inmediatamente de Canadá para reunirse con él, Biggar expresó serias reservas. Desde luego, tenía ganas de verla, pero en ese momento los pisos en París resultaban terriblemente caros y los cuartos de baño eran un desastre. Y un político importante le había dicho que la revolución estaba a punto de extenderse por toda Alemania y posiblemente penetraría en Francia. Habría una escasez grave de alimentos y combustible. Se quedarían sin luz y de los grifos no saldría ni una gota de agua. «Con todo, a ti te corresponde decidir si quieres pasar incomodidades o, muy remotamente, peligros.»²⁷⁷ La señora Biggar se quedó en Canadá.

El bolchevismo servía para algunas cosas. Cuando Rumanía reivindicó la Besarabia rusa o los polacos penetraron en Ucrania, fue para frenar el bolchevismo. Los delegados italianos advirtieron que en su país estallaría una revolución, si no obtenía la mayor parte de la costa dálmata. Los negociadores lo utilizaron para amenazarse mutuamente. Lloyd George y Wilson dijeron que Alemania se volvería bolchevique, si le imponían condiciones de paz demasiado duras.

Las reacciones occidentales al nuevo régimen de Rusia mostraron profundas divisiones. Huelga decir que la falta de información no impidió que la gente expresara opiniones muy sentidas. En todo caso, hacía que opinar resultara más fácil. Tanto las izquierdas como las derechas proyectaban sus propios temores y esperanzas en el agujero negro del Este. El periodista radical estadounidense Lincoln Steffens, que, cosa insólita, visitó Rusia en 1919, escribió a su vuelta su famosa afirmación de que «He visto el futuro y funciona». Nada de lo que vio en Rusia le hizo cambiar de parecer.²⁷⁸

Las derechas daban crédito a todas las historias de horror. El Gobierno británico publicó informes, supuestamente de testigos presenciales. Los bolcheviques habían nacionalizado a las mujeres y formado con ellas «comisariados de amor libre». Las iglesias habían sido convertidas en burdeles. Se habían importado cuadrillas especiales de verdugos chinos para que ejercieran sus antiguas habilidades orientales con las víctimas de los bolcheviques.²⁷⁹

Churchill, ministro de la Guerra británico durante la Conferencia de Paz, fue uno de los pocos en percatarse de que el bolchevismo de Lenin era algo nuevo en el escenario político, de que debajo de la retórica marxista había un partido sumamente disciplinado y centralizado que se apoderaba de tantos resortes del poder como podía. Motivado por el lejano objetivo de un mundo perfecto, no le importaban los métodos que hubiera que utilizar para llegar a él. «La esencia del bolchevismo, a diferencia de muchas otras formas de pensamiento político visionario, es que sólo puede propagarse y mantenerse por medio de la violencia». Lenin y sus colegas estaban dispuestos a destruir lo que se interpusiera en el camino de aquella visión, ya fuesen las instituciones de la sociedad rusa o los rusos mismos. «De todas las tiranías de la historia», dijo Churchill a un público londinense, «la tiranía bolchevique es la peor, la más destructiva, la más degradante».

Lloyd George dedicó palabras poco amables a los motivos de Churchill: «Su sangre ducal se rebeló contra la eliminación sistemática de los grandes duques en Rusia». Otros, y entre ellos había muchos de sus colegas y el público británico, descartaron las palabras de Churchill, al que tenían por variable y poco digno de confianza. La sombra de la desastrosa campaña de Gallípoli seguía cerniéndose sobre él y su lenguaje florido sonaba a histeria. «La civilización», dijo en un discurso electoral en noviembre de 1918, «se está extinguiendo totalmente en regiones gigantescas, mientras los bolcheviques brincan y retozan como grupos de feroces babuinos en medio de las ruinas de las ciudades y los cadáveres de sus víctimas». Después de uno de sus arrebatos, en una reunión del gabinete, Balfour le dijo fríamente: «Admiro su forma exagerada de decir la verdad».²⁸⁰

Si bien en 1919 la mayoría de los liberales de Occidente se inclinaba a dar a los bolcheviques el beneficio de la duda, el hecho de que arrebataran el poder de una asamblea elegida democráticamente, sus asesinatos —el más notorio de los cuales fue el del zar y su familia— y el repudio de las deudas exteriores de Rusia escandalizaron a la opinión pública. (Los franceses se sintieron especialmente irritados por el asunto de la deuda, porque muchos ciudadanos de clase media habían comprado bonos del Gobierno ruso.²⁸¹) Pero los buenos liberales se recordaban a sí mismos que tanto Estados Unidos como Francia eran fruto de la revolución. Wilson pensó al principio que el objetivo del bolchevismo era reducir el poder de las grandes empresas y del Gobierno con el fin de dar mayor libertad al individuo.²⁸² Su médico personal, Grayson, comentó que a Wilson le parecía bien gran parte del programa bolchevique: «Declaró que, por supuesto, su campaña de asesinatos, confiscaciones y total desprecio de la ley merece la mayor condena. Sin embargo, algunas de sus doctrinas son en su totalidad fruto de las presiones capitalistas, que han hecho caso omiso de los derechos de los trabajadores en todas partes, y advirtió a todos sus colegas que, si los bolcheviques entraban en razón y se mostraban de acuerdo con una política basada en la ley y el orden, pronto se extenderían por toda Europa y derrocarían a los gobiernos en el poder».²⁸³ Lloyd George manifestó que los pensadores progresistas, como él mismo y Wilson, opinaban que el antiguo orden —«inepto, derrochador y tiránico»— había recibido lo que se merecía: «era culpable de exacciones y opresiones que eran responsables de la ferocidad que mostraban los revolucionarios».²⁸⁴ Además, en Lloyd George aún había algo del atrevido y joven abogado del norte de Gales que se había enfrentado a los poderosos intereses locales. «Lo malo del primer ministro»,

se quejó Curzon a Balfour, «es que él mismo es un poquito bolchevique. Uno tiene la sensación de que ve a Trotski como la única figura simpática de la escena internacional.»²⁸⁵

Mucha gente creía que con el tiempo los bolcheviques rusos sentarían la cabeza y se aburguesarían.²⁸⁶ En Occidente las cosas terminarían de otra manera. Si las ideas bolcheviques impregnaban las sociedades occidentales, sería porque la gente estaba harta. Tanto Wilson como Lloyd George argüían que, si se eliminaban las causas del bolchevismo, éste se quedaría sin oxígeno. Agricultores sin tierra, trabajadores sin empleo, hombres y mujeres corrientes sin esperanza, todos eran pasto de visionarios que prometían el oro y el moro. Según Wilson, había un abismo peligroso, hasta en su propio país, entre el capital y el trabajo. «Las semillas necesitan tierra, y las semillas bolcheviques se encontraron con que la tierra ya estaba preparada para ellas.»²⁸⁷ Durante el viaje a París, el presidente aseguró a los expertos estadounidenses que podrían derrotar al bolchevismo edificando un nuevo orden.²⁸⁸ Lloyd George también se inclinaba a ser optimista. «¿No le parece que el bolchevismo se extinguirá espontáneamente?» preguntó a un periodista británico. «Europa es muy fuerte. Puede resistirlo.»²⁸⁹

Lloyd George hubiera preferido que Rusia participase en la Conferencia de Paz. Durante la entrevista que celebraron en Londres en diciembre de 1918, dijo a Clemenceau que no podían proceder como si Rusia no existiera. Afirmó que simpatizaba mucho con el pueblo ruso. «Sus tropas habían combatido sin armas ni municiones; habían sido traicionadas de forma escandalosa por su Gobierno, y no era extraño que el pueblo ruso, empujado por el resentimiento, se hubiera rebelado contra la Alianza». Rusia era un país inmenso que se extendía desde Europa hasta Asia, con casi 200 millones de habitantes. Si a las naciones que reivindicaban territorio ruso se les permitía asistir a la conferencia de París, sin duda los rusos tenían derecho a que se les escuchara. Podía significar invitar a los bolcheviques.²⁹⁰ Lloyd George dijo al Consejo Supremo que no le gustaban los bolcheviques, pero ¿podían negarse a reconocerlos? «Decir que nosotros mismos debíamos escoger a los representantes de un gran pueblo era contrario a todos los principios por los que habíamos luchado». El Gobierno británico había cometido el mismo error después de la Revolución francesa al apoyar a los aristócratas refugiados en Gran Bretaña. «Esto», dijo Lloyd George en tono dramático «lo llevó a una guerra que duró unos veinticinco años.»²⁹¹

Sus argumentos no convencieron a Clemenceau, que odiaba a los bolcheviques, en parte porque los veía como instrumentos de los alemanes y en parte porque aborrecía sus métodos. Para Clemenceau la revolución era sublime cuando se trataba de la de 1789, despreciable cuando caía en manos de los jacobinos, con sus Robespierre y sus Lenin, que utilizaban la guillotina y la soga para crear la perfección. Había vivido la violencia de la chusma y la represión sangrienta de la Comuna radical de París al terminar la guerra franco-prusiana. A partir de aquel momento había roto con la extrema izquierda.²⁹² En 1919, al igual que los demás líderes aliados, tenía que prestar oídos a su propia opinión pública. Si los bolcheviques mandaban representantes a París, según dijo a Balfour en una entrevista privada, los radicales extremistas se sentirían alentados y las clases medias serían presa del pánico. Habría disturbios en las calles y su Gobierno tendría que emplear la fuerza para sofocarlos. No sería un buen ambiente para la Conferencia de Paz. Clemenceau advirtió que, si sus aliados insistían en seguir adelante con la invitación, se vería obligado a dimitir.²⁹³

¿Hablaban los bolcheviques por todo el pueblo ruso? Dominaban sólo el núcleo ruso, junto con las grandes ciudades de San Petersburgo (que pronto se convertiría en Leningrado) y Moscú. Se enfrentaban a gobiernos rivales: en el sur, el de los rusos blancos, como se les llamaba comúnmente, bajo el general Antón Denikin, uno de los mejores entre los generales zaristas, y otro en Siberia bajo

el almirante Aleksandr Kolchak. En el mismo París, los exiliados rusos, de conservadores a radicales, habían formado la Conferencia Política Rusa para que hablase por todos los rusos no bolcheviques. Sergei Sazonov, ex ministro de Asuntos Exteriores bajo el zar, se encontró trabajando con el famoso terrorista Boris Savinkov. Acicalado, vestido a la moda, con una gardenia en el ojal, Savinkov era muy admirado en París. Lloyd George, al que siempre gustó la eficiencia, dijo: «Sus asesinatos siempre habían sido organizados hábilmente y su éxito había sido total».²⁹⁴ Por desgracia, la Conferencia Política Rusa sólo recibía apoyo a regañadientes de los gobiernos rivales de Denikir y Kolchak (que también pasaban mucho tiempo tratando de aventajarse mutuamente) y ni pizca de los bolcheviques.

El 16 de enero Lloyd George planteó la cuestión de Rusia ante el Consejo Supremo. A su modo de ver, tenían tres opciones: en primer lugar, destruir el bolchevismo ruso; la segunda era aislar al mundo de él; y la última, invitar a los rusos, incluidos los bolcheviques, a reunirse con los negociadores de la paz. Ya habían tomado medidas relacionadas con las dos primeras opciones: los Aliados tenían tropas en suelo ruso y bloqueaban el país. Ninguna de las dos parecía estar dando buenos resultados. En vista de ello, Lloyd George prefería la última opción. De hecho, podían hacer un favor a los rusos persuadiendo a las diferentes facciones para que hablasen unas con otras e intentasen acordar una tregua.²⁹⁵ Decía en privado que era lo que hacían los romanos, cuando mandaban llamar a los bárbaros y les decían que se comportaran.²⁹⁶

Lloyd George tenía razón en cuanto a las opciones posibles, pero a los negociadores no les resultaba fácil decidirse. Pusieron objeciones a cada una de ellas. Una intervención para derribar a los bolcheviques era arriesgada y cara, aislar a Rusia perjudicaría al pueblo ruso, y traer representantes bolcheviques a París o a cualquier otra parte de Occidente era arriesgarse a darles la oportunidad de difundir su mensaje, amén de enfurecer a los conservadores. Wilson apoyó a Lloyd George, pero los ministros de Exteriores francés e italiano, Pichón y Sonnino, pusieron reparos. Pichón sugirió que al menos escucharan a los embajadores francés y danés, que acababan de regresar de Rusia. Los dos comparecieron debidamente y contaron historias alarmantes sobre el «terror rojo», que Lloyd George descartó con displicencia por considerarlas exageradas.²⁹⁷ El Consejo Supremo no pudo tomar ninguna decisión.

Durante toda la Conferencia de Paz, la política de los Aliados en relación con Rusia fue inconsecuente e incoherente, sin la firmeza suficiente para derribar a los bolcheviques, pero lo bastante hostil como para convencerles de que las potencias occidentales eran sus enemigos implacables, lo cual tendría consecuencias funestas en el futuro. Churchill, que suplicó repetidamente a su propio Gobierno que adoptase una política clara, criticó la indecisión aliada en sus memorias: «¿Estaban en guerra con la Rusia soviética? Por supuesto que no, pero disparaban contra los rusos soviéticos en cuanto los veían; se les encontraba invasores en suelo ruso. Armaron a los enemigos del Gobierno soviético. Bloquearon sus puertos y hundieron sus acorazados. Deseaban sinceramente su caída y la tramaban. Pero, guerra, ¡qué escándalo! Injerencia, ¡qué vergüenza!».²⁹⁸

Churchill, ni que decir tiene, era partidario de una intervención. También lo era el mariscal Foch, el anciano militar francés y comandante en jefe aliado, así como los diputados conservadores del Parlamento de Londres y los amargados inversores franceses. Contra ellos se alineaba un grupo igualmente ruidoso: los sindicatos, por solidaridad con el movimiento obrero; humanitaristas de diverso pelaje, y los pragmáticos que, con el popular *Daily Express* de Londres, decían sencillamente: «Lo sentimos por los rusos, pero deben dirimir esto entre ellos».²⁹⁹

Esa tendía a ser la opinión de Wilson. «Soy partidario de dejarles que encuentren su propia

salvación», dijo a un diplomático británico en Washington poco antes del final de la guerra, «aunque se revuelquen en la anarquía durante un tiempo. Yo lo veo así: un montón de individuos imposibles luchando entre ellos. No puedes tratar con ellos, de modo que los encierras a todos en una habitación y cierras la puerta con llave, y les dices que, cuando entre ellos mismos hayan resuelto las cuestiones, abrirás la puerta y tratarás con ellos.»³⁰⁰ Wilson daba por sentado que la forma de la habitación seguiría siendo más o menos la misma. No preveía, como sí hacían a veces los británicos, la desmembración del Imperio ruso. A su modo de ver, la autodeterminación significaba que los pueblos rusos gobernarían su propio e inmenso país. La única excepción que hacía, basándose en el mismo principio, era el territorio polaco de Rusia, que pensaba que debía formar parte de una Polonia restaurada. Curiosamente, no veía el nacionalismo ucraniano de la misma manera (posiblemente porque el senador Lodge, su gran adversario republicano, estaba a favor de la independencia de Ucrania) y se oponía firmemente al reconocimiento de los estados del Báltico por parte de los Aliados.³⁰¹ Por lo demás, su política en relación con Rusia era en gran parte negativa: no a la intervención y no al reconocimiento. El sexto de sus Catorce Puntos pedía la evacuación de los ejércitos extranjeros de territorio ruso —pensaba en particular en los japoneses— para que el pueblo ruso pudiera crear las instituciones que más le conviniesen. Cuando los rusos hubieran aclarado quién les gobernaba (Wilson tenía la esperanza de que no fuesen los bolcheviques), Estados Unidos procedería al reconocimiento. A Wilson le gustaba señalar que eso era lo que había hecho Estados Unidos en la guerra civil mexicana.³⁰²

El problema era que los Aliados ya habían intervenido. En la primavera de 1918, tropas británicas habían desembarcado en los puertos de Arjángel y Murmansk, en el norte, y los japoneses habían tomado Vladivostok, a orillas del Pacífico, y penetrado hacia el oeste, en Siberia, para impedir que los alemanes se apoderasen de materias primas como cereales y petróleo, así como de puertos y ferrocarriles rusos. Con el fin de vigilar a los japoneses —y quizás a los británicos— y proteger a una legión checa, reclutada en los campos rusos de prisioneros de guerra, que se hallaba atrapada en Siberia, los estadounidenses habían desembarcado a regañadientes tropas propias. («He estado sudando sangre», se quejó Wilson a House aquel verano, «a causa de la cuestión de lo que es correcto y factible hacer en Rusia. Se deshace como el azogue cuando la toco.»³⁰³) Los británicos convencieron luego a los canadienses para que proporcionaran un contingente que hiciera de contrapeso a los estadounidenses y los japoneses. En el sur, otro contingente británico, bajo el mando de un condiscípulo de Rudyard Kipling, penetró en la cordillera del Cáucaso y sus yacimientos petrolíferos. Los franceses, que andaban aún más cortos de efectivos humanos que los británicos, se limitaron a enviar misiones militares o contingentes simbólicos. Cuando, al terminar la guerra, Gran Bretaña decidió no sólo mantener sus tropas en Rusia, sino ofrecer apoyo a los rusos blancos que luchaban contra los bolcheviques, ya estaba muy claro que una intervención dirigida inicialmente contra los alemanes se había convertido en algo muy diferente.³⁰⁴

Después de la derrota, Alemania, siguiendo instrucciones de los Aliados, empezó a retirar sus tropas de Ucrania y de los estados del Báltico. Los Aliados se esforzaron por llenar el vacío. A finales de 1918, había ya más de 180.000 soldados extranjeros en suelo ruso y varios ejércitos de rusos blancos que recibían dinero y armas de los Aliados.³⁰⁵ La gente empezaba a hablar de una cruzada contra el bolchevismo. Lo que hacía titubear a los líderes aliados eran los indicios de que existía una fuerte oposición a nuevas aventuras militares. El público y las fuerzas armadas de los países aliados estaban cansados de tanta guerra. «¡No toquéis Rusia!», el lema de la izquierda, iba adquiriendo popularidad. Lloyd George dijo a su gabinete que, si no se andaban con cuidado,

contribuirían a la propagación del bolchevismo por el simple hecho de tratar de acabar con él. Las autoridades militares británicas informaron de que la perspectiva de ser destinados a Rusia gustaba muy poco a los soldados.³⁰⁶ Los canadienses, que habían proporcionado tropas para la expedición a Siberia y para Murmansk, querían retirarse antes del verano; Borden dijo a sus colegas de la delegación del Imperio británico que el asunto causaba «gran preocupación» en Canadá.³⁰⁷

Los franceses, que eran partidarios decididos de la intervención, en realidad podían hacer muy poco. No tenían los efectivos humanos ni los recursos necesarios. Antes del final de la contienda sólo había llegado a Rusia un puñado de soldados franceses. En virtud de un acuerdo con Gran Bretaña, Francia era en teoría responsable del sur de Ucrania y Crimea, y Gran Bretaña, del Cáucaso y el Asia central. (Qué significaba eso, aparte de apoyar a las fuerzas antibolcheviques locales, nunca estuvo claro). El general francés en el Próximo Oriente, Louis Franchet d'Esperey, se quejó amargamente: «No tengo fuerzas suficientes para afianzar mi posición en este país, tanto más cuanto que a nuestros hombres no les haría ninguna gracia experimentar un invierno ruso, cuando todos sus camaradas están descansando».³⁰⁸ Por desgracia, sus advertencias fueron desoídas. El Gobierno francés envió un contingente mixto integrado por soldados franceses, griegos y polacos al puerto de Odesa, en el mar Negro. La expedición no tardó en encontrarse luchando contra una serie heterogénea de enemigos que iban de bolcheviques a nacionalistas ucranianos y anarquistas. La moral cayó en picado durante el largo invierno de 1918-1919 y los bolcheviques obtuvieron buenos resultados, cuando enviaron hombres que hablaban francés a hacer proselitismo entre los soldados. Tal como informó un oficial francés, «ningún soldado francés que salvara el pellejo en Verdún o en los campos del Marne estaría dispuesto a perderlo en los campos de Rusia». En abril de 1919, las autoridades francesas abandonaron de repente lo que se estaba convirtiendo en un desastre y se apresuraron a retirarse, dejando Odesa y sus habitantes a los bolcheviques. Los muelles se llenaron de civiles que suplicaban en vano a los franceses que se los llevaran consigo. Una expedición francesa menor abandonó el puerto de Sebastopol, en Crimea, de manera un poco más ordenada llevándose consigo a 40.000 rusos, entre ellos la madre del zar asesinado. Dos semanas después la flota francesa en el mar Negro se amotinó.³⁰⁹

Aunque Francia siguió clamando contra los bolcheviques y sus métodos, no volvió a tomar parte en la intervención aliada. Foch presentó una serie de planes, cada vez más inverosímiles, para penetrar en Rusia con ejércitos integrados por soldados de varias nacionalidades, que podían ser polacos, finlandeses, checoslovacos, rumanos, griegos o incluso prisioneros de guerra rusos que seguían en Alemania. Ninguno de ellos se materializó, en parte porque *los extras* se negaron a interpretar los papeles que les habían asignado, pero también debido a la fuerte oposición de británicos y estadounidenses.³¹⁰

Los franceses adoptaron entonces como política la segunda de las opciones que sugiriese Lloyd George: aislar al bolchevismo dentro de Rusia. En la Conferencia de Paz y en los años siguientes Francia hizo todo lo posible por crear alrededor de Rusia estados —como, por ejemplo, Polonia— que formasen, como se decía en la Edad Media, un «cordón sanitario» en torno a los apestados. Esta política ofrecía también la ventaja, que para los franceses era aún más importante, de crear contrapesos a Alemania, así como una barrera en el caso improbable de que Alemania y Rusia trataran de aliarse.³¹¹ Entre los presentes en París en 1919, Foch y Churchill fueron de los pocos que se tomaron en serio esa posibilidad. De hecho, Churchill lanzó una advertencia sobre una futura combinación de una Rusia bolchevique con una Alemania y un Japón nacionalistas. «El resultado final podría ser una confederación predadora que se extendiera del Rin a Yokohama y amenazara los

intereses vitales del Imperio británico en la India y otras partes; que amenazara, de hecho, el futuro del mundo.»³¹²

A finales de 1919 un fatigado Clemenceau, refiriéndose a los bolcheviques, dijo a Lloyd George: «Debiéramos seguir vigilándolos, rodeándolos, por así decirlo, con una alambrada y sin gastar nada de dinero».³¹³ El dinero era siempre un problema en 1919. Lloyd George trató de enfriar el entusiasmo de Churchill por la intervención, informándole de una conversación que había sostenido con el canciller del Exchequer, Austen Chamberlain: «No podemos permitirnos esa carga. Chamberlain dice que apenas nos llega el dinero estando en paz, ni siquiera con el actual nivel agobiante de impuestos».³¹⁴ Los británicos gastaron unos cien millones de libras; los franceses, menos de la mitad de esa suma.³¹⁵ Los contribuyentes británicos no estaban dispuestos a seguir gastando grandes cantidades de dinero en Rusia, especialmente cuando sus aliados no hacían lo mismo. «¿Cuánto dará Francia?», preguntó Lloyd George, cuando en febrero de 1919 se habló de ampliar la intervención militar. «Estoy seguro de que no puede permitirse pagar; estoy seguro de que nosotros no podemos. ¿Cargará Estados Unidos con los gastos? Hágales concretar el coste de cualquier plan antes de aprobarlo.»³¹⁶

Estaba claro que gran parte de la ayuda a los rusos blancos se malgastaba a causa de la ineficiencia y la corrupción. Funcionarios subalternos que trabajaban en la retaguardia se quedaban con los uniformes destinados a la tropa; sus esposas e hijas llevaban faldas de enfermera británica. Mientras el frío paralizaba los camiones y los tanques de Denikin, el anticongelante se vendía en los bares. Aunque más adelante los bolcheviques pudieron pintar un cuadro propagandístico del capitalismo mundial, desplegando todo su poderío contra su revolución, en realidad la ayuda de los Aliados hizo muy poco por evitar la derrota de los blancos.³¹⁷

La intervención aliada en Rusia se vio siempre perjudicada por las diferencias en los objetivos y las suspicacias mutuas. Los estadounidenses eran oficialmente contrarios a ella, pero mantuvieron sus tropas en Siberia, después de terminar la guerra, para bloquear los designios japoneses. Mientras que antes de 1914 los franceses habían confiado en una Rusia fuerte que tuviera a Alemania a raya, los británicos se preocupaban más a menudo por la amenaza rusa hacia el sur y la India. En 1919 Francia hubiera preferido una Rusia blanca restaurada, pero Gran Bretaña hubiese podido aceptar una Rusia roja débil.

Curzon, que odiaba todo lo que representaban los bolcheviques, se alegró mucho de que los rusos perdieran el control del Cáucaso; dijo a Churchill que los británicos debían procurar que Denikin, el líder ruso blanco del sur, no volviera a meter las manos en la región.³¹⁸ Los británicos, debido a un reflejo hondamente arraigado, tendían a desconfiar de las intenciones de los franceses. Lloyd George se quejó de que el Gobierno francés se dejaba influir de manera poco razonable por sus clases medias, que habían perdido sus ahorros en Rusia. «Nada les gustaría más», dijo Lloyd George, «que nosotros les sacáramos las castañas del fuego.»³¹⁹

Mientras los Aliados jugueteaban de forma intermitente con la intervención en Rusia, también estudiaban la tercera opción que ofreciese Lloyd George, la de negociar con los bolcheviques. El 21 de enero de 1919, Lloyd George y Wilson sugirieron una solución intermedia al Consejo Supremo. Dado que los franceses no querían que los bolcheviques asistieran a la conferencia de París, ¿por qué no se celebraba una reunión con ellos, junto con otros representantes rusos, en algún lugar más cercano a Rusia? Wilson añadió que, mientras los negociadores se negaran a hablar con los bolcheviques, el pueblo ruso creería la propaganda en la que éstos presentaban a los Aliados como enemigos suyos. Clemenceau, apoyado por Sonnino, objetó que el hecho mismo de hablar con ellos

daría crédito a los bolcheviques. Por otro lado, no estaba dispuesto a romper con sus aliados a causa de eso y, por tanto, aunque de mala gana, aceptaría la sugerencia. Sonnino se mantuvo en sus trece. Instó a reunir a todos los rusos blancos y darles suficientes soldados o, al menos, armas para destruir a los bolcheviques. Lloyd George hizo una pregunta práctica. ¿Cuántos soldados podía proporcionar cada uno de ellos? Hubo un silencio embarazoso. La respuesta fue que ninguno.³²⁰ Se acordó seguir adelante con las negociaciones. Wilson mandó a buscar una máquina de escribir inmediatamente. «Nos imaginamos una hermosa estenógrafa estadounidense», recordó un periodista británico, pero apareció un mensajero con la vieja y abollada máquina de Wilson, el presidente se instaló en un rincón y él mismo escribió una invitación.³²¹ Al salir de la habitación, Clemenceau gruñó a un periodista francés que estaba esperando: «¡Vencido!»³²²

La nota de Wilson, que hablaba del deseo sincero y desinteresado de los Aliados de ayudar al pueblo ruso, se envió a su debido tiempo a los representantes de las principales facciones rusas, invitándoles a asistir a una reunión en el archipiélago de los Príncipes —Prinkipo— en el mar de Mármara, entre el mar Negro y el Mediterráneo. El archipiélago era el lugar favorito para las excursiones de los habitantes de Constantinopla. Justo antes de la guerra también lo habían utilizado las autoridades turcas para deshacerse de los miles de perros callejeros de la ciudad; durante semanas el eco de sus ladridos y aullidos desesperados se oía desde la otra orilla.

Se mandó una invitación a los bolcheviques por medio de la radio de onda corta y París se quedó esperando respuesta. Era difícil prever cuál sería. Los bolcheviques ya habían establecido lo que se convertiría en una pauta habitual de mala educación y cortesía, de hostilidad total y cooperación a regañadientes. Lenin creía que la Revolución rusa pegaría fuego a Europa; luego, al mundo. Barrería las fronteras, las banderas, los nacionalismos, meros instrumentos que un capitalismo condenado a desaparecer utilizaba para separar a los trabajadores del mundo. Su primer comisario de Asuntos Exteriores, el gran revolucionario y teórico Lev Trotski, consideraba que su nuevo cometido era sencillo: «Dirigiré unas cuantas proclamas revolucionarias a los pueblos del mundo y luego cerraré la tienda».³²³ (De forma inconscientemente paralela al llamamiento de Wilson a favor de la diplomacia abierta, se divirtió mucho rebuscando entre los viejos archivos zaristas y haciendo públicos, con gran turbación de los Aliados, acuerdos secretos firmados durante la guerra para repartirse, por ejemplo, Oriente Próximo). Para Lenin y Trotski la única cuestión pendiente era la táctica. Si la revolución mundial iba a producirse inmediatamente, no había ninguna necesidad de tratar con el enemigo. Sin embargo, si se demoraba, tal vez fuese necesario provocar enfrentamientos entre las potencias capitalistas. En 1917, los bolcheviques daban por sentado que ocurriría lo primero; en 1919, aunque Lenin convocó un congreso con el objeto de fundar una sede revolucionaria mundial, la Internacional Comunista, empezaban a tener dudas.

Su política exterior, que reflejaba esta ambivalencia, contribuyó en gran medida a agudizar las suspicacias de los Aliados. En octubre de 1918, Georgii Chicherin, intelectual desmelenado y obsesivo que acababa de sustituir a Trotski en el puesto de comisario de Asuntos Exteriores, envió una nota sarcástica a Wilson en la que se mofaba de sus queridos principios. Los Catorce Puntos pedían que se dejara a Rusia en paz para que resolviera su propio destino; era curioso, pues, que Wilson hubiese mandado tropas a Siberia. Los estadounidenses hablaban de autodeterminación; qué extraño que Wilson no hubiera mencionado a Irlanda ni a las Filipinas. Prometía una Sociedad de Naciones que pondría fin a todas las guerras; ¿se trataba de un chiste? Todo el mundo sabía que las naciones capitalistas eran responsables de provocar guerras. En aquel mismo momento, Estados Unidos y sus compinches Gran Bretaña y Francia tramaban derramar más sangre rusa y arrancar más

dinero de Rusia. La única sociedad o liga verdadera era la de las masas.³²⁴

Con todo, los bolcheviques también se mostraban conciliadores. Maksim Litvinov, adjunto de Chicherin, era afable y simpático. Había vivido varios años en Londres, donde se había ganado la vida trabajando de oficinista y se había casado con una novelista, Ivy Low, que tenía cierta relación con el grupo de Bloomsbury. En la Nochebuena de 1918 envió un telegrama a Wilson desde Estocolmo. Hablaba en él de paz en la tierra, de justicia y de humanidad. Litvinov decía también que el pueblo ruso compartía los nobles principios de Wilson. Había sido el primero en pedir a gritos la autodeterminación y la diplomacia abierta. Lo único que quería ahora era paz para construir una sociedad mejor. Tenía grandes deseos de negociar, pero la intervención y el bloqueo de los Aliados estaban causando sufrimientos terribles. Los bolcheviques se veían obligados a recurrir al terror para mantener el país a flote. ¿No querría Wilson ayudarles? El presidente quedó muy impresionado, y lo mismo le ocurrió a Lloyd George al ver el telegrama.³²⁵ Un diplomático estadounidense, William Buckler, fue enviado a hablar con Litvinov. El informe de Buckler, que Wilson presentó al Consejo Supremo el 21 de enero, era alentador. El Gobierno soviético, como se llamaba ahora, estaba dispuesto a hacer mucho por la paz, tanto si significaba pagar al menos parte de la deuda exterior repudiada, como otorgar nuevas concesiones a empresas extranjeras. Dejaría de hacer llamamientos a favor de la revolución mundial; se había visto obligado a utilizar semejante propaganda sólo para defenderse primero de Alemania y, más recientemente, de los Aliados.³²⁶

Así pues, Wilson y Lloyd George tenían ciertos motivos para pensar que los bolcheviques acogerían favorablemente la invitación a Prinkipo. Los dos estadistas eligieron a sus delegados: un periodista liberal y un clérigo expulsado representarían a Estados Unidos, y Borden, a Gran Bretaña. Borden se mostró encantado y dijo que era «un gran honor para Canadá». (No sabía que Lloyd George no había encontrado a nadie más que estuviera dispuesto a ir.³²⁷) Quedaron todos a la espera de la respuesta del Gobierno soviético. Llegó el 4 de febrero. No fue la última vez que los bolcheviques juzgaron mal a Occidente. De forma astuta, pero transparente, evitaron aceptar un alto el fuego, una de las condiciones que había puesto el Consejo Supremo. No se tomaron la molestia de comentar el llamamiento a los elevados principios que contenía la invitación. Pensando, sin duda, que los capitalistas sólo comprendían una cosa, ofrecieron importantes concesiones materiales como, por ejemplo, materias primas o territorio. Después de todo, había dado buenos resultados en el caso de los alemanes en Brest-Litovsk. Wilson quedó desconcertado: «La respuesta no sólo estaba fuera de lugar, sino que podía considerarse insultante». Lloyd George opinó lo mismo. «No buscamos su dinero, ni sus concesiones ni su territorio.»³²⁸

Al mismo tiempo los demás invitados, con el apoyo callado de los franceses y de amigos como Churchill, se cerraban en banda. La noticia de la propuesta de celebrar una reunión en Prinkipo había causado honda conmoción entre los rusos blancos. La comunidad de exiliados en París organizó una gran manifestación; en la lejana Arjángel se apresuraron a descolgar los retratos de Wilson. Sazonov, el ex ministro de Exteriores, preguntó a un diplomático británico cómo podían esperar los Aliados que se entrevistara con la gente que había asesinado a su familia.³²⁹

Si los británicos y los estadounidenses hubiesen ejercido presión sobre ellos, probablemente los rusos blancos habrían cedido, pero ni Wilson ni Lloyd George estaban dispuestos a ejercerla. Prinkipo se estaba convirtiendo en un problema político para ambos. La prensa y algunos de sus propios colegas arreciaban en sus críticas. Lloyd George, cuyo Gobierno de coalición dependía del apoyo de los conservadores, ya había sido advertido por el líder de éstos, Bonar Law, y su segundo de que el asunto podía causar la desintegración del Gobierno.³³⁰ El 8 de febrero Clemenceau, de un

talante comunicativo poco frecuente en él, dijo a Poincaré que el encuentro de Prinkipo peligraba. Wilson no daba señales de querer responder a la aceptación parcial de los bolcheviques.³³¹ Sólo para asegurarse, Clemenceau suplicó a Balfour que aplazara el debate hasta que el presidente partiese para su breve visita a Estados Unidos.³³² Cuando los rusos blancos enviaron su negativa el 16 de febrero, Wilson ya había zarpado, Lloyd George había vuelto a Londres para ocuparse de la amenaza de una huelga general y la reunión de Prinkipo ya había muerto.

Debido a ello, la cuestión de Rusia quedó tan pendiente como siempre. En Londres, Churchill exigía que Lloyd George tomara una decisión clara: o intervenir con numerosas fuerzas o bien retirarse de Rusia de una vez por todas. Lloyd George no pensaba hacer ninguna de las dos cosas, ya que la intervención a gran escala le crearía problemas con la izquierda y la retirada, con la derecha. Por tanto, como hizo en otras ocasiones durante la Conferencia de Paz, especialmente en el caso de las reparaciones que debía pagar Alemania, actuó de forma indirecta y puso a prueba primero una opción y luego la otra, sin exponerse él mismo.

Dijo a Churchill que cualquier decisión relativa a Rusia debía tomarse en París, con la participación de Wilson. Churchill cruzó rápidamente el Canal la mañana del 14 de febrero, el día en que el presidente tenía que zarpar con destino a Estados Unidos. (En sus memorias Lloyd George expresó pío horror ante el hecho de que Churchill se hubiera escabullido «hábilmente» a París por iniciativa propia.³³³) Después de un agotador viaje en coche hasta París —y un choque que destrozó el parabrisas de su automóvil—, Churchill entró corriendo en el Consejo Supremo justo en el momento en que Wilson se ponía en pie. El presidente le escuchó cortésmente y Churchill señaló que la incertidumbre sobre las intenciones de los Aliados era mala para las tropas destacadas en Rusia y para los rusos blancos. Su opinión personal era que una retirada sería un desastre. «Semejante medida equivaldría a quitar el eje de toda la máquina. No habría más resistencia armada a los bolcheviques en Rusia y un panorama interminable de violencia y sufrimiento sería lo único que quedaría para toda Rusia». Wilson, como Lloyd George debía de saber, no se dejó convencer. Reconoció que las tropas aliadas no estaban haciendo ningún bien en Rusia, pero la situación era confusa.³³⁴

Churchill se quedó en París un par de días más, tratando de inducir al Consejo Supremo a seguir al menos una política clara, pero debido a la ausencia de Wilson y Lloyd George resultaba difícil.³³⁵ Lloyd George, que recibía informes diarios del fiel Kerr, dirigía las cosas a distancia. «Winston está en París» dijo alegremente a un amigo. «Quiere llevar a cabo una guerra contra los bolcheviques. ¡Eso sí que provocaría una revolución! Nuestro pueblo no lo permitiría.»³³⁶ Los mensajes que enviaba a Churchill eran contradictorios y a veces le daba a entender que tal vez Gran Bretaña proporcionaría armas y voluntarios a los rusos blancos, pero luego, en el siguiente telegrama, le advertía de que no planease ninguna acción militar contra los bolcheviques.

Según Lloyd George, el Ministerio de la Guerra opinaba que la presencia de soldados aliados en Rusia era un error. Lloyd George pensaba lo mismo: «No sólo no tenemos por qué meternos en sus asuntos internos, sino que sería contraproducente: reforzaría y consolidaría la opinión bolchevique».³³⁷ Lloyd George se aseguró de que Kerr hiciese llegar copias de su mensaje a otros miembros de la delegación del Imperio británico así como a House.³³⁸ Wilson, que se encontraba en mitad del Atlántico, envió su advertencia: «Muy sorprendido por sugerencia Churchill sobre Rusia», telegrafió, «sería fatal meternos más en el caos ruso.»³³⁹ Su preocupación resultó innecesaria. El 19 de febrero, el día elegido para reanudar el debate sobre Rusia en el Consejo Supremo, Clemenceau resultó herido de bala en un intento de asesinato y toda decisión se aplazó indefinidamente. Las

tropas aliadas permanecieron en suelo ruso, pero no hubo ninguna gran cruzada.

Quizás, como a Wilson le gustaba sugerir, los negociadores necesitaban más información. Varios estadounidenses jóvenes, entre ellos el periodista radical Steffens, que anhelaba ver con sus propios ojos qué tal le iba a la revolución, y William Bullitt, experto en Rusia que formaba parte de la delegación estadounidense y del que se sabía que era contrario a la intervención, ya habían empezado a sugerir que se mandara una misión investigadora. Lloyd George reconoció que podía ser una buena idea, entre otras cosas como medio de aplazar una decisión difícil.³⁴⁰

El 17 de febrero, House dijo a Bullitt que debía ponerse al frente de una pequeña misión secreta que hablaría con los líderes bolcheviques sobre qué clase de condiciones aceptarían para firmar la paz con los Aliados. Bullitt se alegró mucho. Su trabajo en París había sido rutinario; ahora, tal como él veía las cosas, iba a pasar al centro del escenario. Fruto del mundo privilegiado y cerrado de las clases altas de Filadelfia, Bullitt tenía una enorme confianza en sí mismo y en su propio criterio. Era una especie de prodigio, o al menos eso pensaba su madre, y había aprobado fácilmente los exámenes en la Universidad de Yale. Sus contemporáneos le consideraban brillante, aunque algunos también se habían fijado en que había algo frío y calculador en su forma de utilizar a las personas y luego desentenderse de ellas.³⁴¹ Admiraba muchísimo a Wilson y sus principios, pero se preguntaba si el presidente sería capaz de defenderlos.³⁴²

House y Kerr prepararon conjuntamente una lista de los temas que debía tratar la misión. House aseguró a los demás delegados estadounidenses que Bullitt «iba sólo a recabar información». Pero no lo dejó suficientemente claro al hablar con el propio Bullitt, que sostuvo, incluso cuando su expedición fracasó, que tenía instrucciones tanto de House, que hablaba en nombre de Wilson, como de Lloyd George de negociar condiciones de paz con los bolcheviques. Steffens, que fue con la misión, coincidió con él: «Las instrucciones de Bullitt eran negociar un acuerdo preliminar con los rusos con el fin de que Estados Unidos y Gran Bretaña pudieran persuadir a Francia de que mandase una invitación conjunta a parlamentar, con una seguridad razonable de obtener resultados».³⁴³ No era la primera vez que Steffens se equivocaba. Ni House ni Lloyd George habían perdido la esperanza de llegar a algún acuerdo, pero no estaban dispuestos a indisponerse con los franceses ni con la opinión pública de sus respectivos países en el caso de que los bolcheviques se mostraran recalcitrantes. Una misión reducida y encabezada por un insignificante joven de 28 años podía volver con buenas noticias. Si no era así, se podía prescindir de ella.³⁴⁴

Bullitt y Steffens pasaron una semana maravillosa en Moscú: alojamiento en un palacio confiscado, montones de caviar, noches de ópera en el antiguo palco del zar y, durante el día, conversaciones con Lenin y Chicherin en persona. Steffens creía que los bolcheviques estaban eliminando las causas de la pobreza, la corrupción, la tiranía y la guerra. «No trataban de instaurar la democracia política, la libertad jurídica ni la paz negociada, todavía no. De momento intentaban poner los cimientos para estas cosas positivas». Bullitt opinaba también que en Rusia se había empezado una gran labor. Lenin causó honda impresión a ambos. Era «franco y directo», dijo Bullitt, «pero también cordial, con mucho humor y serenidad». Steffens hizo preguntas sobre el terror desencadenado contra los que se oponían a los bolcheviques y se sintió conmovido cuando Lenin expresó su pesar; Steffens pensó que era «liberal por instinto».³⁴⁵

Al terminar la semana, Bullitt creía que habían llegado a un acuerdo. Habría un alto el fuego y luego concesiones por ambas partes. Los Aliados retirarían sus tropas y los bolcheviques no insistirían en acabar con los diversos gobiernos blancos que había en Rusia. (Dado que las condiciones pedían el fin de la ayuda aliada a los blancos, los bolcheviques podían permitirse ser

generosos). Es dudoso que los bolcheviques negociaran de buena fe; Lenin había demostrado con los alemanes en Brest-Litovsk que estaba dispuesto a hacer concesiones sólo para ganar tiempo. Bullitt y Steffens eran «tontos útiles» y su misión resultaba provechosa al menos para fines propagandísticos.

Bullitt y Steffens volvieron a París llevando con orgullo su acuerdo el primero, y su visión halagüeña del futuro, el segundo. House, como de costumbre, se mostró alentador, pero otros miembros de la delegación estadounidense tenían sus dudas. Wilson, que ya había regresado de Estados Unidos, estaba sencillamente demasiado preocupado por las difíciles negociaciones del tratado con Alemania como para prestar mucha atención. No quiso encontrar tiempo para ver a Bullitt. Lloyd George, que le invitó a desayunar el 28 de marzo, empezaba a estar muy asustado. La toma del poder por Béla Kun en Hungría, el fin de semana anterior, había reavivado los temores de que el bolchevismo se propagara hacia el oeste. La noticia de la misión de Bullitt se había filtrado y corrían rumores de que Gran Bretaña y Estados Unidos se disponían a reconocer al Gobierno soviético. Los diputados conservadores de Lloyd George no le quitaban ojo y lo mismo hacían los periódicos de Northcliffe. El *Daily Mail* de aquella mañana llevaba un vitriólico editorial de Henry Wickham Steed, el nuevo director de su periódico hermano *The Times*, que odiaba a Lloyd George tanto como Northcliffe. Se estaba resucitando la «intriga» de Prinkipo, gracias a las maquinaciones de financieros judíos internacionales y posiblemente de intereses alemanes. Lloyd George tendió el periódico a Bullitt por encima de la mesa del desayuno. «Mientras la prensa británica haga estas cosas, ¿cómo se puede esperar de mí que sea sensato con Rusia?». [346](#)

Durante las semanas siguientes aumentó la presión sobre Lloyd George. El 10 de abril, más de doscientos diputados conservadores firmaron un telegrama en el que le instaban a no reconocer al Gobierno soviético. Lloyd George, que también era objeto de ataques por las condiciones de paz con Alemania, sabía cuándo le convenía cortar por lo sano. Al comparecer ante la Cámara de los Comunes el 16 de abril, afirmó categóricamente que en París nunca se había hablado de reconocimiento y que éste estaba descartado. Cuando le preguntaron en concreto sobre la misión de Bullitt, contestó en tono displicente: «Se dio a entender que había vuelto cierto joven estadounidense». Añadió que no podía decir si el joven traía algún informe útil. [347](#)

Bullitt quedó destrozado. En París nadie quería oír hablar de su misión, ni siquiera el presidente, al que tanto admiraba. Su desilusión con Wilson fue completa, cuando en mayo se hicieron públicas las condiciones del tratado con Alemania. Envió una carta, con enojo y dolor, presentando su dimisión y se fue a la Riviera «a echarme en la arena y contemplar cómo el mundo se va al infierno». Aquel otoño regresó a Estados Unidos y ayudó a decidir la suerte de Wilson y del Tratado de Versalles, declarando ante el Senado que a él y a muchos otros miembros de la delegación estadounidense no les parecían bien muchas de sus cláusulas. También se las arregló para que el informe sobre su misión a Rusia constara en acta. En 1934 volvió a Moscú en calidad de primer embajador estadounidense en la Unión Soviética. Esta vez su estancia en Moscú le convirtió en un ferviente anticomunista. [348](#)

Los franceses continuaron hablando, entre dientes, de intervención, pero no estaban dispuestos a ir más allá de un «cordón sanitario». Lloyd George y Wilson rehuyeron los contactos con el Gobierno soviético, aunque continuaron albergando la esperanza de que los bolcheviques se transformaran milagrosamente en buenos demócratas. Los dos incluso jugaron brevemente con la idea de utilizar envíos de alimentos para calmar a los bolcheviques. Hoover, el jefe de la administración de ayuda aliada, había recomendado un plan parecido. Las opiniones que Hoover tenía de los bolcheviques se acercaban a las de Wilson: eran una respuesta comprensible a condiciones atroces. Pero eran peligrosos y su propaganda resultaba atractiva incluso en sociedades fuertes como Estados

Unidos. Los Aliados deberían hacer saber a los bolcheviques, indirectamente, que si cesaban en sus intentos de propagar su revolución, Rusia recibiría considerable ayuda. Con tiempo y alimentos, el pueblo ruso se alejaría de las ideas radicales. Para evitar cualquier insinuación de reconocimiento aliado y adelantarse a las objeciones de los franceses, Hoover sugirió que una figura destacada de un país neutral se encargase de dirigir toda la operación.³⁴⁹

De hecho, ya había pensado en alguien, «un tipo magnífico y fuerte, un hombre de gran entereza y valor»: Fridtjof Nansen, el famoso explorador noruego del ártico, que casualmente se encontraba en París con el vago propósito de hacer algo por la Sociedad de Naciones. A mediados de abril, el Consejo de los Cuatro, como ahora se llamaba el Consejo Supremo, aprobó el plan de Hoover.³⁵⁰ Un grupo de países neutrales, entre ellos Noruega, la patria de Nansen, recogería alimentos y medicinas y los haría llegar a Rusia, si los bolcheviques acordaban un alto el fuego con sus enemigos. Nansen trató de enviar un telegrama a Lenin para darle la buena noticia, pero ni los franceses —que veían en el plan un ardid de los británicos, de los estadounidenses, quizás incluso de intereses alemanes para obtener concesiones en Rusia—, ni los británicos, que recelaban de todo lo que pareciese el reconocimiento de los bolcheviques, estaban dispuestos a darle curso. El telegrama se envió finalmente desde Berlín.

Redactaron la respuesta soviética Chicherin y Litvinov, y llegó por radio y telegrama el 15 de mayo. «Sed extremadamente corteses con Nansen, *extremadamente insolentes* con Wilson, Lloyd George y Clemenceau», les había ordenado Lenin. En cuanto al plan en sí, «utilizadlo con *finés propagandísticos*, porque está claro que *no puede servir para otra cosa*». Los dos colegas de Lenin siguieron el consejo y mezclaron los ataques hirientes a los Aliados con una negativa rotunda a considerar un alto el fuego, a menos que se celebrara una conferencia de paz como era debido. En París, los negociadores movieron la cabeza con gesto de pesadumbre y no volvieron a hablar de ayuda humanitaria. Este episodio demostró una vez más el fracaso de la política aliada en relación con Rusia.³⁵¹

Hubo un último rayo de esperanza en 1919: que los propios rusos resolvieran su dilema. Justo antes de que el deshielo primaveral convirtiese las carreteras de Rusia en barrizales, los rusos blancos lograron coordinar un ataque contra los bolcheviques. Desde su base en el este de Siberia, Kolchak atacó en un amplio frente. Parte de sus fuerzas avanzó hacia el norte en dirección a Arjángel y logró establecer contacto con una avanzadilla de un contingente ruso blanco y británico que se encontraba asediado. Otras fuerzas avanzaron hacia el oeste en dirección a los montes Urales. Un tercer contingente se dirigió al sur para unirse a Denikin y sus ejércitos. A mediados de abril, Kolchak y sus aliados ya habían obligado a los bolcheviques a abandonar 300.000 kilómetros cuadrados de territorio. Pero este fue el punto culminante de su buena suerte.

Los bolcheviques contaban con dos ventajas cruciales: su unidad y su ubicación. Controlaban el centro de Rusia, mientras que sus heterogéneos adversarios se hallaban dispersos ampliamente por la periferia. Todos los comandantes rusos blancos, que recelaban unos de otros, además de estar separados por kilómetros de territorio a menudo hostil, muchas veces no tenían la menor idea de lo que hacían los demás. Los bolcheviques disponían del triple de efectivos humanos y de la mayoría de las fábricas de armas que había en Rusia.³⁵²

El 23 de mayo de 1919, los Aliados decidieron reconocer parcialmente al Gobierno de Kolchak. «El momento elegido», escribió más adelante Churchill, «exactamente vino a ser aquél en que era casi seguro que esa declaración llegaba demasiado tarde.»³⁵³ Un despacho que pedía garantías de que se introducirían instituciones democráticas emprendió su tortuoso camino hacia Siberia y, a su

debido tiempo, llegó una respuesta —en parte indescifrable— que parecía dar las garantías necesarias.³⁵⁴ Lo que también llegó de Rusia poco después fue una serie de noticias de derrotas. A finales de junio, los ejércitos rojos ya habían conseguido llegar hasta el centro de Kolchak y los blancos se replegaban centenares de kilómetros.

Para entonces, sin embargo, la Conferencia de Paz ya se acercaba a su fin y los alemanes se disponían a firmar el Tratado de Versalles. No había tiempo para hacer nada más en relación con Rusia. Se redactó, para el tratado, una breve cláusula que decía sencillamente que todos los tratados que en el futuro firmaran los Aliados y Rusia, o partes de ésta, debían ser reconocidos. Otra cláusula dejaba abierta la posibilidad de que Rusia pidiera reparaciones. Por lo demás, la política para con Rusia continuó siendo tan confusa como había sido desde el principio. El bloqueo contra los bolcheviques siguió en vigor, pero la ayuda a los blancos disminuyó gradualmente. Gran Bretaña y Francia abandonaron a Kolchak por considerarlo una causa perdida. (El almirante se puso bajo la protección de la Legión Checa, que seguía en el este de Siberia; los checos lo entregaron a los bolcheviques y fue fusilado en febrero de 1920.) En octubre de 1919, Denikin se hallaba en plena retirada en el sur. En enero de 1921, azuzados con insistencia por los británicos, los aliados europeos acordaron poner fin a la intervención militar y levantar el bloqueo. En marzo de 1921, Gran Bretaña firmó un acuerdo comercial con el Gobierno soviético que fue bien acogido incluso por los hombres de negocios conservadores, que temían perder una oportunidad en Rusia. En 1924, Gran Bretaña y la Unión Soviética establecieron relaciones diplomáticas plenas. Francia siguió de mala gana el ejemplo británico.

Vistas las cosas de manera retrospectiva, Churchill y Foch tenían razón en lo tocante a los bolcheviques, y Lloyd George y Wilson estaban equivocados. El partido gobernante en Rusia no se convirtió en algo parecido a los socialdemócratas suecos. Lenin había instaurado un sistema de poder terrible, y sin límites, que dio a Stalin carta blanca para sus fantasías paranoicas. Tanto los rusos como otros pueblos pagaron un precio espantoso por la victoria bolchevique en la guerra civil, mientras en París los negociadores de la paz topaban con los límites de su propio poder.

7 La Sociedad de Naciones

El 25 de enero, la Conferencia de Paz aprobó oficialmente la creación de una comisión de la Sociedad de Naciones. Dos miembros jóvenes de la delegación estadounidense pensaron que serviría para hacer una película maravillosa e inspiradora. En ella aparecería la antigua diplomacia haciendo su malvada labor. Mapas animados ilustrarían la manera en que las semillas de la guerra se habían sembrado en tiempos pasados: las alianzas secretas, las guerras injustas, las conferencias donde las viejas y egoístas potencias europeas trazaban líneas arbitrarias en los mapas. La Conferencia de Paz de París y la Sociedad de Naciones ofrecerían un contraste brillante y acusado. Los dos jóvenes estaban seguros de que, además, ganarían montones de dinero con la película.³⁵⁵

Resulta difícil imaginar hoy que semejante proyecto pudiera tomarse en serio. Sólo unos cuantos historiadores excéntricos tienen aún interés en estudiar la Sociedad de Naciones. Casi nadie visita sus archivos, con su riqueza de materiales. El nombre mismo evoca imágenes de serios burócratas, partidarios liberales de ideas confusas, resoluciones inútiles, misiones de investigación que no conducían a nada y, sobre todo, fracasos: Manchuria en 1931, Etiopía en 1935 y, lo más catastrófico de todo, el estallido de la segunda guerra mundial sólo veinte años después de que terminase la primera. Los líderes dinámicos del periodo de entreguerras — Mussolini, Hitler, los militaristas japoneses— se mofaron de la Sociedad de Naciones y acabaron dándole la espalda. Sus principales partidarios — Gran Bretaña, Francia y las democracias menores — fueron tibios y flácidos. La Unión Soviética ingresó sólo porque a Stalin no se le ocurrió, en aquel momento, una opción mejor. Estados Unidos nunca llegó a ingresar. Tan grande era el olor de fracaso que, cuando las potencias pensaron en una asociación permanente de naciones durante la segunda guerra mundial, decidieron crear una totalmente nueva: las Naciones Unidas. La Sociedad de Naciones fue declarada oficialmente muerta en 1946. No contaba para nada desde 1939.

En su última asamblea, Lord Robert Cecil, que había estado presente en su creación, preguntó: «¿es verdad que todos nuestros esfuerzos durante estos veinte años se han desperdiciado?». Respondió con valentía a su propia pregunta: «Por primera vez se construyó una organización, en esencia universal, no para proteger el interés nacional de este o aquel país, sino para abolir la guerra». Su conclusión fue que la Sociedad de Naciones había sido «un gran experimento». Había dado forma concreta a los sueños y las esperanzas de todos los que habían trabajado por la paz en el transcurso de los siglos. Había dejado su legado en la aceptación general de la idea de que las naciones del mundo podían y debían trabajar juntas por su seguridad colectiva. «La Sociedad de Naciones ha muerto. ¡Vivan las Naciones Unidas!»³⁵⁶

Cecil tenía razón. La Sociedad de Naciones representó en verdad algo muy importante: tanto el reconocimiento de los cambios que ya habían tenido lugar en las relaciones internacionales como una apuesta por el futuro. Del mismo modo que las máquinas de vapor habían cambiado la manera en que las personas se movían por la superficie de la tierra, del mismo modo que el nacionalismo y la democracia les habían dado una relación diferente entre ellas y con sus gobiernos, también la forma en que los estados se comportaban unos con otros había experimentado una transformación en el siglo que precedió a la Conferencia de Paz. Por supuesto, el poder todavía contaba y, por supuesto, los

gobiernos miraban por sus países, pero el significado de esto había cambiado. Si el siglo XVII había hecho y deshecho alianzas y empezado y terminado guerras, por motivos dinásticos, incluso por cuestiones de honor, si era perfectamente aceptable apoderarse de territorios sin tener en cuenta para nada a sus habitantes, el siglo XIX había adoptado un punto de vista distinto. Cada vez era más frecuente ver la guerra como una aberración que, encima, resultaba cara. En el siglo XVIII la ganancia de alguien era siempre la pérdida de otro y el libro mayor quedaba equilibrado. Ahora un conflicto bélico resultaba costoso para todos los participantes, como había demostrado la Gran Guerra. Los intereses nacionales se veían más favorecidos por la paz, que permitía que el comercio y la industria floreciesen. La nación misma era algo diferente y ya no la encarnaba el monarca o una elite reducida, sino que la constituía de forma creciente el pueblo mismo.

En la diplomacia, las formas continuaban siendo las mismas: los embajadores presentaban sus credenciales; se firmaban y sellaban tratados. Las reglas, con todo, habían cambiado. En el juego de las naciones ya no estaba de moda, o ni siquiera era aceptable, por ejemplo, que una nación se apoderara de un territorio lleno de personas de otra nacionalidad. (Las colonias no contaban, porque se daba por sentado que sus habitantes estaban en una etapa de desarrollo político inferior a la europea). Al crear Alemania, Bismarck actuó en nombre de la unidad alemana, no de la conquista para la Prusia de su amo. Cuando su creación arrebató Alsacia y Lorena a Francia en 1871, el Gobierno alemán hizo todo lo posible para persuadirse a sí mismo y al mundo de que no era por el botín de guerra, como en otro tiempo, sino porque sus habitantes eran en realidad verdaderos alemanes.

Otro factor también entró entonces en la ecuación: la opinión pública. La propagación de la democracia, el auge del nacionalismo, la red de líneas ferroviarias y telegráficas, los periodistas afanosos y las rotativas de las que salían los periódicos de gran circulación, todo esto había despertado a una criatura que no era del agrado del Gobierno, aunque no se atreviera a hacer caso omiso de ella. En París se dio por hecho que las negociaciones se llevarían a cabo bajo la atenta mirada del público.

Los idealistas vieron en esto un hecho positivo. El pueblo aportaría un sentido común muy necesario a las relaciones internacionales. El pueblo no quería guerras ni costosas carreras armamentísticas. (Esta fe no se debilitó ante el entusiasmo que, al parecer, habían sentido por la guerra muchos europeos en las décadas anteriores a 1914 y que ese año se transformó en pasión declarada). Y había muchos idealistas en Europa; de hecho, en todo el mundo. La prosperidad y el progreso del siglo XIX fomentaron la creencia de que el mundo se estaba volviendo más civilizado. Una clase media cada vez más numerosa proporcionó un público natural para un movimiento pacifista que predicaba las virtudes del arbitraje obligatorio en las disputas, los tribunales internacionales, el desarme, quizás incluso las promesas de abstenerse de la violencia, como medios de impedir las guerras. Los enemigos de la guerra tomaron por modelo sus propias sociedades, en especial las de Europa occidental, donde los gobiernos eran ahora más sensibles a la voluntad de sus ciudadanos; donde fuerzas policiales públicas habían sustituido a las guardias privadas y el imperio de la ley gozaba de aceptación general. Sin duda, era posible imaginar que una sociedad de naciones similar proporcionaría seguridad colectiva a sus miembros.³⁵⁷

En París, Wilson insistió en presidir la comisión de la Sociedad de Naciones, porque para él éste era el eje de los acuerdos de paz. Si era posible darle vida, todo lo demás se resolvería tarde o temprano. Si las condiciones de paz eran imperfectas, más adelante habría tiempo suficiente para que la Sociedad de Naciones las corrigiese. Había que trazar muchas fronteras nuevas; si no eran acertadas del todo, la Sociedad de Naciones se encargaría de resolver los problemas. Alemania

sería despojada de sus colonias; la Sociedad de Naciones se aseguraría de que fuesen administradas como era debido. El Imperio otomano había desaparecido; la Sociedad de Naciones haría de liquidadora y fideicomisaria para los pueblos que todavía no estaban preparados para gobernarse a sí mismos. Y para las generaciones futuras, la Sociedad de Naciones supervisaría la prosperidad y la paz generales, alentando a los débiles, reprendiendo a los malvados y, cuando fuera necesario, castigando a los recalcitrantes. Era una promesa que la humanidad se hacía a sí misma, un pacto.

El retrato que a veces se pinta de un Wilson que cruza el Atlántico portando la Sociedad de Naciones, la dádiva del nuevo mundo al viejo, es cautivador, pero por desgracia falso. Muchos europeos anhelaban desde hacía mucho tiempo una forma mejor de llevar las relaciones internacionales. La guerra que acababan de sufrir sólo adquiriría sentido si de ella nacía un mundo mejor y ponía fin a las contiendas. Era lo que sus gobiernos les habían prometido en los días negros y lo que les había ayudado a seguir adelante. En 1919, al contemplar los europeos aquellos años catastróficos, con su derramamiento de sangre casi inimaginable, al darse cuenta de que la sociedad europea había sufrido heridas terribles, quizá mortales, la Sociedad de Naciones pareció a muchos, y no sólo a los liberales y los izquierdistas, su última oportunidad. Harold Nicolson hablaba en nombre de muchos miembros de su generación cuando dijo:

*«Viajábamos a París, no sólo para liquidar la guerra, sino para fundar un nuevo orden en Europa. No estábamos preparando la Paz a secas, sino la Paz Eterna. Nos rodeaba el halo de alguna misión divina. Debíamos estar alerta y ser severos, justos, ascéticos. Porque nos concentrábamos en hacer cosas grandes, permanentes y nobles».*³⁵⁸

Lloyd George, al igual que Wilson, insistía en que la Sociedad de Naciones debía ser la primera tarea de la Conferencia de Paz, y no sólo empujado por un deseo cínico de tener a los estadounidenses contentos. Era, al fin y al cabo, un liberal, el líder de un partido que tradicionalmente se había opuesto a la guerra. También era un político consumado que conocía al público británico. «[Los británicos] contemplan con horror absoluto», dijo a sus colegas la Nochebuena de 1918, «la continuación de un estado de cosas que pudiera degenerar otra vez en una tragedia parecida». Sería un desastre político regresar de la Conferencia de Paz sin una Sociedad de Naciones,³⁵⁹ pero ésta nunca le interesó mucho, quizá porque dudaba de que alguna vez pudiese ser verdaderamente eficaz. Raras veces se refirió a ella en sus discursos y nunca visitó su sede mientras fue primer ministro.³⁶⁰

En Francia, donde los recuerdos de anteriores agresiones alemanas y la aprensión con que se miraba al futuro estaban dolorosamente vivos, existía un hondo pesimismo sobre la cooperación internacional para poner fin a las guerras. Por otra parte, había buena disposición, especialmente entre los liberales y los izquierdistas, para dar una oportunidad a la Sociedad de Naciones.³⁶¹ Clemenceau hubiera preferido ocuparse primero de la paz con Alemania, pero estaba decidido a evitar que se dijera que Francia había bloqueado la Sociedad de Naciones.³⁶² Él mismo siguió mostrándose ambivalente, pero no hostil, como se ha dicho a veces. Un comentario suyo se hizo famoso: «Me gusta la Sociedad de Naciones, pero no creo en ella».³⁶³

La opinión pública en general dio apoyo a la Sociedad de Naciones, pero ninguna orientación clara sobre la forma que debía tener. ¿Debía ser policía o clérigo? ¿Emplear la fuerza o la persuasión

moral? Los franceses, por razones obvias, se inclinaban por que estuviera facultada para detener a los agresores mediante la fuerza. Los hombres de leyes, especialmente en el mundo de habla inglesa, tenían fe en el derecho y en los tribunales internacionales. Los pacifistas opinaban que todavía había otro remedio para la violencia internacional: el desarme general y la promesa de todos los miembros de la Sociedad de Naciones de abstenerse de la guerra. Y ¿cómo iba a ser la Sociedad de Naciones? ¿Una especie de Superestado? ¿Un club de jefes de Estado? ¿Una conferencia que se convocaría siempre que surgiese una emergencia? Fuese cual fuese su forma, habría que observar determinados requisitos para ingresar en ella; reglas, procedimientos, y disponer de algún tipo de secretariado.

El hombre que había puesto la Sociedad de Naciones en el centro del programa de paz de los Aliados guardó un enigmático silencio sobre estos detalles durante la guerra. Wilson hablaba sólo de generalidades, aunque éstas eran inspiradoras. Su Sociedad de Naciones sería poderosa, porque representaría a la opinión organizada de la humanidad. Sus miembros garantizarían, según dijo en sus Catorce Puntos, la independencia y el respeto recíproco de las fronteras. Podría utilizar la fuerza para protegerlas, pero probablemente no sería necesario. La guerra había demostrado que las personas corrientes anhelaban una organización de ese tipo; era el motivo por el que habían luchado.

«Los consejos de los hombres corrientes», dijo a un público numeroso en el Metropolitan Opera House de Nueva York, «han pasado a ser, en todas partes, más sencillos y sinceros, y más unitarios que los consejos de los grandes hombres de Estado, que siguen teniendo la impresión de estar embarcados en un juego de poder en el que arriesgan mucho.»³⁶⁴

Wilson consideraba un error ocuparse de detalles concretos antes de que terminara la guerra. Eso sólo serviría para causar disensiones entre los Aliados y podía dar a los países enemigos la impresión de que la Sociedad de Naciones iba dirigida contra ellos.³⁶⁵ A él le parecía una idea tan sumamente racional, la necesidad de crearla era aceptada por tantos, que crecería sola en un organismo sano. Incluso en París, mientras se redactaba el pacto de la Sociedad de Naciones, opus resistencia a lo que veía como detalles excesivos. «Señores», dijo a sus colegas de la comisión de la Sociedad de Naciones, «no me cabe ninguna duda de que hombres tan inteligentes como ustedes o como yo integrarán la próxima generación, y creo que podemos confiar en que la Sociedad de Naciones sabrá llevar sus propios asuntos.»³⁶⁶

La actitud despreocupada de Wilson alarmó incluso a sus partidarios. Tal vez fue una suerte que circularan varios planes detallados. La prolongación de la guerra había hecho inevitable que se hablara mucho de las formas de evitar los conflictos. En Estados Unidos, la Liga para el Respeto de la Paz unió a demócratas y republicanos. En Gran Bretaña, una Asociación de la Sociedad de Naciones atrajo a respetables liberales de clase media. A su izquierda, los fabianos patrocinaron un estudio a gran escala, a cargo de Leonard Woolf. A comienzos de 1918, los gobiernos francés y británico decidieron que más les valía participar en el asunto, visto que, gracias a Wilson, la creación de una Sociedad de Naciones era ahora un objetivo explícito de los Aliados. En Francia una comisión encabezada por el destacado estadista liberal Léon Bourgeois trazó un plan minucioso para crear una organización internacional con su propio ejército. En Gran Bretaña, un comité especial, bajo un distinguido hombre de leyes, Sir Walter Phillimore, redactó una detallada serie de recomendaciones que incluía muchas de las ideas de antes de la guerra sobre, por ejemplo, el arbitraje obligatorio en las disputas. Su tono era prudente y rechazaba tanto las ideas utópicas sobre una federación mundial como la sugerencia pragmática de que la nueva organización fuera meramente una continuación de la alianza existente durante la contienda.³⁶⁷ Cuando el Gobierno británico le envió un ejemplar del informe de Phillimore, Wilson se limitó a decir que lo encontraba

decepcionante, que estaba trabajando en su propio plan y que lo daría a conocer a su debido tiempo. Permitted que los británicos supieran que sus principios fundamentales eran dos: «Tiene que haber una Sociedad de Naciones y ha de ser fuerte; una realidad y no una Sociedad de papel».³⁶⁸ La guerra terminó sin que de Washington salieran indicaciones más concretas.

Fue en ese momento cuando una de las lumbreras del Imperio británico decidió probar suerte y redactar un plan. Alto, delgado, con ojos azules de mirada dura, el general Smuts —ministro de Asuntos Exteriores sudafricano— a primera vista no impresionaba especialmente. (En Londres, el secretario de Borden le tomó por un electricista que venía a reparar una avería y le dijo secamente que esperase fuera.³⁶⁹) Sin embargo, Smuts tenía exactamente el tipo de cualidades personales que atraían a Wilson, porque eran muy parecidas a las suyas: la afición a abordar las grandes cuestiones, hondas convicciones religiosas y éticas, y el deseo de mejorar el mundo. Ambos habían crecido en el seno de familias estables y felices en comunidades pequeñas: Wilson, por supuesto, en el sur de Estados Unidos, y Smuts, en la ordenada comunidad de agricultores bóer de El Cabo. Ambos guardaban buenos recuerdos de sirvientes negros felices (aunque dudaban de que los negros llegaran a ser alguna vez iguales a los blancos) y recuerdos tristes de guerra, la de Secesión en el caso de Wilson y la de los Bóer —contra los británicos— en el de Smuts. Eran sobrios y comedidos por fuera, apasionados y sensibles por dentro. En ambos, un inmenso sentido de superioridad moral corría parejo a una enorme ambición; veían enseguida las incongruencias ajenas, al tiempo que eran ciegos ante las propias.³⁷⁰

Smuts cursó con brillantez estudios en la Universidad de Stellenbosch y luego, al igual que muchos jóvenes prometedores de las colonias, se trasladó a Inglaterra. En Cambridge trabajó asiduamente, obtuvo varios premios y sacó matrícula de honor en Derecho. En Londres, donde se preparó para ejercer de abogado, nunca, que se sepa, puso los pies en un teatro, una sala de conciertos o a una galería de arte. En su escaso tiempo libre leía poesía: Shelley, Shakespeare y, sobre todo, Walt Whitman, cuyo profundo amor a la naturaleza compartía. Si Wilson podía inspirar a su público con su sobria prosa, si Lloyd George era capaz de elevar a sus oyentes con sus excelentes discursos, Smuts, por encima de todos los demás participantes en la conferencia, podía cantarles.³⁷¹ Smuts había aconsejado sobre todas las grandes cuestiones de la guerra; era natural que también quisiese dar consejos sobre la paz.

Smuts había recibido con entusiasmo la salida de Wilson al escenario del mundo. «Es su idealismo moral y su visión de un mundo mejor lo que nos ha sostenido durante la negra noche de esta guerra», dijo a un grupo de periodistas estadounidenses. El mundo estaba destrozado, pero ahora se le presentaba una oportunidad gigantesca.

«A nosotros nos corresponde trabajar para rehacer este mundo con fines mejores, planear su organización internacional siguiendo criterios de libertad y justicia universales, y restablecer entre las clases y las naciones la buena voluntad que es el único fundamento seguro de un sistema internacional duradero».

Las palabras y las exhortaciones brotaban a raudales. «¡No desestimemos nuestra oportunidad!», gritó a un mundo cansado. «La era de los milagros nunca ha pasado». Quizás había llegado el momento en que podrían poner fin a la guerra para siempre.³⁷²

Lo que Smuts decía en voz menos alta era que la Sociedad de Naciones también podía ser útil al Imperio británico. En diciembre de 1918, preparó uno de sus deslumbrantes análisis del mundo para sus colegas británicos. Con la desaparición de Austria-Hungría, con Rusia sumida en el caos y con Alemania derrotada, en el mundo quedaban sólo tres grandes potencias: el Imperio británico, Estados

Unidos y Francia. Los franceses no eran de fiar. Rivalizaban con los británicos en África y Oriente Próximo. (Los franceses le devolvieron la antipatía que Smuts les tenía, en especial cuando olvidó sin querer sus documentos confidenciales después de una reunión celebrada en París.³⁷³) Smuts arguyó que tenía mucho sentido que los británicos buscaran la amistad y la cooperación de Estados Unidos. «La lengua, los intereses y los ideales iguales» habían marcado su camino común. La mejor manera de lograr que los estadounidenses se dieran cuenta de ello era apoyar la Sociedad de Naciones. Wilson, como sabía todo el mundo, consideraba la Sociedad de Naciones como su tarea más importante; si recibía apoyo de los británicos, probablemente daría carpetazo a asuntos embarazosos como, por ejemplo, la libertad de los mares.³⁷⁴

Smuts empezó a dar forma coherente a lo que, según dijo, eran las «ideas más bien nebulosas» de Wilson. Trabajando con gran rapidez, escribió lo que modestamente llamó *Una sugerencia práctica*. Una asamblea general de todas las naciones miembro, un consejo ejecutivo más reducido, un secretariado permanente, medidas para resolver disputas internacionales, mandatos para los pueblos que todavía no estuvieran preparados para autogobernarse, muchas de las cosas que después formarían parte del pacto de la Sociedad de Naciones estaban en el borrador que redactó Smuts. Pero había también muchas otras cosas: los horrores de la reciente guerra, una Europa reducida a sus átomos, las personas corrientes aferrándose a la esperanza de un mundo mejor, y la gran oportunidad que se ofrecía a los participantes en la Conferencia de Paz. «Los cimientos mismos se han visto sacudidos y debilitados, y las cosas vuelven a ser fluidas. Se han levantado las tiendas, y la gran caravana de la humanidad se ha puesto en camino una vez más.»³⁷⁵ Smuts escribió con orgullo a un amigo: «mi documento ha causado una impresión enorme en las altas esferas. Veo en las actas del gabinete que el primer ministro dijo que era “uno de los documentos de Estado más solventes que había leído en su vida”». Se publicó inmediatamente en forma de folleto.³⁷⁶

Un experto en leyes estadounidense comentó que estaba «maravillosamente escrito», pero resultaba un poco vago. Smuts había evitado, por ejemplo, hablar de mandatos para las antiguas colonias alemanas en África.³⁷⁷ (Lo hizo a propósito, porque estaba decidido a que su país se quedara con el África del Sudoeste alemana). El folleto gustó a Wilson, que recibió un ejemplar de Lloyd George entre otras razones porque Smuts insistía en que la creación de la Sociedad de Naciones tenía que ser la primera tarea de la Conferencia de Paz. De vuelta a París, a comienzos de 1919, después de su gira por Europa, Wilson empezó a hacer lo que durante tanto tiempo había aplazado: poner sus ideas por escrito. El resultado, que mostró a los británicos el 19 de enero, contenía muchas de las ideas de Smuts. Este dijo a un amigo que no le importaba: «Pienso que produce una satisfacción especial saber que tu voluntad está encontrando de forma callada la corriente de la Gran Voluntad, de tal manera que al final Dios hará lo que ineficazmente te propusiste hacer».³⁷⁸ Wilson declaró que Smuts era «una buena persona».³⁷⁹

Wilson también llegaría a tener buena opinión de Cecil, el otro experto británico en la Sociedad de Naciones. Delgado, severo, reservado, a menudo Cecil recordaba a un monje. Raramente sonreía y cuando lo hacía, según Clemenceau, era como «un dragón chino».³⁸⁰ Era anglicano devoto por convicción, hombre de leyes por formación, político de profesión, y aristócrata inglés de nacimiento. Su familia, los Cecil, había servido al país desde el siglo XVI. Balfour era primo suyo y su padre era el gran Lord Salisbury, primer ministro conservador durante buena parte de las décadas de 1880 y 1890. El joven Robert conoció a Disraeli y Gladstone, estuvo en el castillo de Windsor y fue llevado a visitar al príncipe heredero de Prusia. Su educación, a la vez privilegiada y austera, creó en él un arraigado sentido del bien y del mal, así como del deber público.³⁸¹ Al estallar la guerra, tenía

cincuenta años, demasiados para combatir, así que se ofreció voluntariamente a trabajar para la Cruz Roja en Francia. En 1916 era el encargado de dirigir el bloqueo contra Alemania.

Para entonces ya estaba firmemente convencido de que el mundo debía crear una organización que impidiese la guerra, por lo que recibió con entusiasmo las declaraciones de Wilson. Su primer encuentro con el presidente tuvo lugar en diciembre de 1918 y, por desgracia, resultó decepcionante. Los dos hombres sólo pudieron intercambiar unos cuantos comentarios en una recepción a la que asistió mucha gente.³⁸² Cuando por fin sostuvieron una conversación como era debido, en París, el 19 de enero, Cecil se encontró con que muchas de las ideas sobre la Sociedad de Naciones las había tomado Wilson de los británicos. En cuanto a éste, Cecil escribió en su diario que era «un poco bravucón y hay que tratarle con firmeza, aunque con la mayor cortesía y respeto, cosas que no son fáciles de combinar».³⁸³ Wilson encargó a David Hunter Miller que se reuniera con Cecil para preparar un borrador común, señal de la creciente cooperación entre estadounidenses y británicos.

El 25 de enero, cuando la Conferencia de Paz creó la comisión de la Sociedad de Naciones, los sentimientos nobles resonaron en la sala. El ambiente se estropeó un poco cuando los representantes de las naciones pequeñas, que ya estaban descontentos con su papel en París, se quejaron de que en la comisión sólo había representantes de los Cinco Grandes, dos por cada uno de ellos: el Imperio británico, Francia, Italia, Japón y Estados Unidos. El primer ministro belga dijo que las naciones pequeñas también habían sufrido. Clemenceau, que presidía la reunión, no estaba dispuesto a hacerles caso. Los Cinco Grandes habían pagado los lugares que ocupaban en la Conferencia de Paz con sus millones de muertos y heridos. Las potencias menores podían considerarse afortunadas por el simple hecho de que se las hubiera invitado. A modo de concesión, se les permitiría nombrar a cinco representantes (más adelante serían nueve) en la comisión de la Sociedad de Naciones. Los revoltosos se calmaron, pero el resentimiento continuó vivo.³⁸⁴ Cuando los británicos y los estadounidenses dieron a conocer su plan para crear una Sociedad de Naciones, con un consejo ejecutivo integrado por los Cinco Grandes, las pequeñas potencias armaron tal escándalo que finalmente se les concedió el derecho de votar a cuatro miembros más.

Cecil pensó que Wilson se había vuelto loco, tras oírle decir que el pacto de la Sociedad de Naciones quedaría redactado en dos semanas; pero lo cierto es que el trabajo se hizo con una rapidez extraordinaria, en parte gracias a que los británicos y los estadounidenses previamente ya se habían puesto de acuerdo en muchas cosas.³⁸⁵ La primera sesión se celebró el 3 de febrero, y el 14 del mismo mes ya se había ultimado un borrador exhaustivo. Los diecinueve miembros de la comisión se reunían casi todos los días, en las habitaciones de House en el Crillon, donde se sentaban alrededor de una mesa grande cubierta con un paño de color rojo. Detrás de ellos se situaban sus intérpretes, que les hablaban en voz baja al oído. Los ingleses y los estadounidenses se sentaban juntos y se consultaban mutuamente a cada momento. Los franceses estaban separados de ellos por los italianos. Los portugueses y los belgas eran incansables; los japoneses raramente abrían la boca.³⁸⁶ Wilson, que presidía las reuniones, actuaba con dinamismo, procuraba impedir los discursos y análisis detallados y empujaba a la Sociedad de Naciones en la dirección que él quería. «Voy a sacar la conclusión», escribió Cecil, «de que personalmente no me cae simpático. No sé muy bien qué es lo que me repele de él: cierta dureza, unida a la vanidad y el deseo de causar gran sensación.»³⁸⁷ House, el otro representante estadounidense, se encontraba siempre junto al presidente, aunque casi nunca hablaba. Entre bastidores, andaba muy ocupado, como de costumbre. «Trato de adivinar qué problemas surgirán y de resolverlos antes de que lleguen demasiado lejos.»³⁸⁸

Ni Lloyd George ni Clemenceau quisieron formar parte de la comisión. Baker lo vio como otra

prueba, como si hicieran falta más, de que los europeos no se tomaban a la Sociedad de Naciones en serio. Dijo en tono sombrío que eran felices viendo a Wilson ocupado, mientras ellos se repartían el botín de guerra como de costumbre.³⁸⁹ Wilson, con todo, siguió asistiendo al Consejo Supremo y participando en todas sus decisiones importantes. Lloyd George escogió a hombres de su confianza, como había hecho durante toda su carrera —en este caso Smuts y Cecil—, les dio plena autoridad y en general les dejó actuar con libertad.³⁹⁰ Clemenceau nombró a dos expertos destacados, a los que, de forma igualmente típica, trataba mal: el profesor Larnaude, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y Léon Bourgeois.

Hombre de gran cultura, Bourgeois era experto en derecho, estudioso del sánscrito, entendido en música y pasable escultor y caricaturista. Después de entrar en política como liberal, había ascendido rápidamente a la cima: ministro del Interior, de Educación, de Justicia, de Asuntos Exteriores, presidente del Gobierno. Su interés por el orden internacional databa de mucho antes de la guerra; había representado a Francia en la Conferencia de Paz de La Haya, que trató inútilmente de poner límites a la guerra. Cuando Wilson expuso en líneas generales sus esperanzas relativas a la Sociedad de Naciones, Bourgeois lloró de alegría. Pero en 1919 estaba viejo y cansado. La vista empezaba a fallarle y sufría terriblemente a causa del frío.³⁹¹

Además, chocaba con grandes obstáculos para hacer su labor. Muchos funcionarios franceses persistían en ver a la Sociedad de Naciones como una continuación de la alianza contra Alemania que existiera durante la guerra.³⁹² Clemenceau no ocultaba su opinión de que Bourgeois era un imbécil. Al preguntar House cómo Bourgeois había llegado a ser jefe de Gobierno, Clemenceau replicó: «cuando yo deshacía gabinetes, se agotó el material y echaron mano de Bourgeois».³⁹³ Los británicos y los estadounidenses le consideraban una especie de personaje de broma, con sus prolivos discursos en meloso francés que a veces les hacían dormir.³⁹⁴ Wilson le tomó mucha antipatía, en parte porque le habían dicho que Bourgeois tenía instrucciones de Clemenceau de demorar la marcha de la conferencia tanto como fuera posible.³⁹⁵ Probablemente era verdad. Bourgeois hacía muy pocas cosas sin consultar con Clemenceau, que albergaba esperanzas de arrancar de Wilson concesiones sobre las condiciones de paz con Alemania. «Déjense vencer» dijo a Bourgeois y Larnaude. «No importa. Sus reveses me ayudarán a exigir garantías extras sobre el Rin». Bourgeois se sintió amargado, pero se resignó. «Dicho de otro modo», dijo a Poincaré, «me pide sencillamente que me haga matar en las trincheras, mientras él lucha en otra parte.»³⁹⁶

En las reuniones de la comisión de la Sociedad de Naciones, los representantes franceses discutieron con los británicos y los estadounidenses con el fin de que se diera poder a la Sociedad de Naciones. Al fin y al cabo, Wilson en cierta ocasión había expresado el mismo deseo.³⁹⁷ Bourgeois arguyó que la Sociedad debía funcionar como el sistema de justicia de cualquier Estado democrático moderno y estar facultada para intervenir donde se alterara la paz, así como para emplear la fuerza para restaurar el orden. Es decir, si surgían disputas entre miembros de la Sociedad de Naciones, se someterían inmediatamente a un arbitraje obligatorio. Si un Estado se negaba a acatar la decisión de la Sociedad de Naciones, el siguiente paso consistiría en imponer sanciones, económicas e incluso militares.³⁹⁸ Abogó por el desarme riguroso, bajo un organismo de la Sociedad de Naciones dotado de amplios poderes de inspección y una fuerza internacional reclutada entre los estados miembros.³⁹⁹ Los británicos y los estadounidenses sospechaban que las propuestas francesas no eran más que otra estratagema para crear una coalición armada permanente contra Alemania. En todo caso, quedaban totalmente descartadas desde el punto de vista político. El Congreso de Estados Unidos, que ya tenía suficientes problemas al compartir la política exterior con el presidente, sin duda no iba a permitir

que otras naciones decidieran cuándo y dónde lucharían los estadounidenses. En Gran Bretaña, los conservadores que formaban parte del Gobierno de Lloyd George, el ejército y la marina y gran parte del Ministerio de Asuntos Exteriores preferían depositar su fe en las antiguas y seguras formas de defender el país. Churchill dijo que la Sociedad de Naciones «no podía sustituir a la marina británica». Según Henry Wilson, jefe del Estado Mayor imperial, todo eran «tonterías» y «estupideces inútiles». Gran Bretaña podía verse arrastrada a conflictos —en el continente o más lejos— en los que no tuviera ningún interés.⁴⁰⁰

Las reservas británicas encontraron eco en varios de los delegados de los dominios en París, y esto era algo que Lloyd George y sus colegas no podían pasar fácilmente por alto. Malicioso como un diablillo, Billy Hughes se mostró vehemente, como era de prever. Le gustaban los franceses y odiaba a los estadounidenses, entre otras razones porque Wilson le había desairado durante una visita a Washington. Dijo que la Sociedad de Naciones era un juguete de Wilson: «no se sentiría feliz hasta conseguirlo». En nombre de Australia y en el suyo propio, afirmó que no quería ver cómo el Imperio británico se arrastraba detrás del carro triunfal de Wilson.⁴⁰¹ Borden añadió sus críticas, más sobrias y diplomáticas. Le gustaba la idea de crear una Sociedad de Naciones, pero la hubiera preferido sin demasiados europeos. Su verdadero sueño fue siempre una asociación entre Estados Unidos y el Imperio británico.⁴⁰² Los canadienses, que acababan de obtener de Gran Bretaña cierto grado de control de su propia política exterior, no pensaban recular para entregarlo a otro organismo superior.⁴⁰³

Los intentos franceses de lograr que se diera poder a la Sociedad de Naciones irritaron a sus aliados y amenazaron con entorpecer la Conferencia de Paz. Mientras la comisión se apresuraba a terminar su primer borrador, antes de que Wilson regresara a Estados Unidos para su breve visita, hubo suficientes filtraciones de sus reuniones secretas como para sembrar la alarma. «Negros nubarrones se ciernen sobre la conferencia», escribió el corresponsal estadounidense de la Associated Press, «y predomina un ambiente general de desconfianza y amargura, mientras la suerte del pacto de la Sociedad de Naciones continúa siendo muy dudosa». No contribuyó a mejorar la situación el hecho de que la prensa francesa empezara a atacar a Wilson, ni que Clemenceau concediese una entrevista en la que advirtió que Francia no debía ser sacrificada en nombre de ideales nobles, pero confusos. Circulaban rumores de que Wilson tomaría represalias y trasladaría la Conferencia de Paz a otra parte, o tal vez renunciaría al intento de crear una Sociedad de Naciones.⁴⁰⁴ El 11 de febrero, tres días antes de que Wilson zarpara con destino a su país, la comisión estuvo reunida durante la mayor parte del día. Los franceses propusieron enmiendas que preveían la creación de un ejército para la Sociedad de Naciones. «Inconstitucional además de imposible» dijo Wilson.⁴⁰⁵ Se levantó la sesión sin que se hubiera decidido nada. Al día siguiente, Cecil señaló fríamente a los franceses el aprieto en que se encontraban:

*«[...] a su modo de ver, estaban diciendo a Estados Unidos —y en menor medida a Gran Bretaña— que, porque no se les ofrecía más, no querían aceptar la dádiva que tenían a mano, y les advirtió con mucha franqueza de que el otro ofrecimiento que hemos hecho, si la Sociedad de Naciones no salía bien, era una alianza entre Gran Bretaña y Estados Unidos».*⁴⁰⁶

Bourgeois se echó atrás, pero haría un último e infructuoso intento, sugiriendo al cabo de un mes

que la Sociedad de Naciones debiera tener su propio Estado Mayor. Afirmó en tono apacible que éste podría dar información al consejo de la Sociedad y preparar planes para que las guerras no la sorprendiesen desprevenida.⁴⁰⁷ Wilson se puso furioso. «Los delegados franceses parecen absolutamente imposibles» dijo a Grayson, su médico. «Hablan y hablan y hablan y desean constantemente reiterar cosas que ya se han discutido largamente y se han despachado por completo.»⁴⁰⁸ Bourgeois devolvió la antipatía. Dijo a Poincaré que Wilson era a la vez autoritario y muy poco de fiar: «Lo llevó todo pensando en la exaltación personal como objetivo».⁴⁰⁹

El 13 de febrero, el primer borrador quedó listo. Wilson se mostró encantado, tanto con la auspiciosa fecha como con el hecho de que los artículos sumaran 26, dos veces 13.⁴¹⁰ Las líneas principales de la Sociedad de Naciones estaban trazadas: una asamblea general para todos los miembros, un secretariado y un consejo ejecutivo, donde los Cinco Grandes tendrían una mayoría muy escasa (al no ingresar Estados Unidos en la Sociedad, está cláusula quedó viciada). La sociedad no tendría ejército y tampoco habría arbitrajes obligatorios ni desarme. En cambio, todos sus miembros se comprometieron a respetar la independencia de los países y, recíprocamente, las fronteras territoriales. Como las grandes potencias veían con preocupación la posibilidad de que las pequeñas se uniesen y las vencieran en las votaciones, había también una cláusula que disponía que la mayoría de las decisiones de la Sociedad de Naciones tenían que ser unánimes.⁴¹¹ Más adelante se echó a esta cláusula la culpa de la ineficacia de la organización.

Alemania no fue autorizada a ingresar enseguida. Los franceses se mostraron inflexibles al respecto y sus aliados cedieron. De hecho, Wilson era partidario de tratar a Alemania como a un presidiario que necesita ser rehabilitado: «El mundo tenía el derecho moral de desarmar a Alemania y obligarla a reflexionar durante una generación».⁴¹² Y fue así como Alemania se encontró en una curiosa posición, ya que en el Tratado de Versalles accedió a que se creara un club en el que no podría ingresar. Andando el tiempo, tanto los británicos como los estadounidenses lo considerarían bastante injusto.⁴¹³

El pacto también reflejaba otras causas muy caras a los internacionalistas y los humanitaristas. Contenía la promesa de que la Sociedad de Naciones se encargaría de crear un tribunal de justicia internacional permanente, disposiciones contra el tráfico de armas, la esclavitud, y de apoyo a la extensión de la Cruz Roja internacional. También creó la Organización Internacional del Trabajo, que velaría por las condiciones laborales en el mundo.

Era algo que los reformadores de clase media, los partidos de izquierdas y los sindicatos deseaban desde hacía mucho tiempo. (La «jornada de ocho horas» era su gran consigna aglutinadora). Sin embargo, lo máximo que habían conseguido antes de la guerra era que se pusieran límites al trabajo nocturno de las mujeres y se prohibiera utilizar fósforo en la fabricación de cerillas. La revolución bolchevique contribuyó a que se produjese un cambio milagroso en la actitud de las clases gobernantes occidentales. Los trabajadores daban muestras de agitación, incluso en las democracias victoriosas. ¿Quién sabía hasta dónde estaban dispuestos a llegar por el camino de la revolución? Los representantes de los obreros europeos amenazaban con celebrar una conferencia en París al mismo tiempo que la Conferencia de Paz, con la asistencia de delegados de las naciones derrotadas, además de las vencedoras. Si bien los Aliados lograron que la conferencia se celebrase en Berna, la capital de Suiza, en vez de en París, tanto Lloyd George como Clemenceau pensaron que una cláusula sobre el trabajo en el pacto de la Sociedad de Naciones sería muy útil para calmar a los obreros de sus países respectivos. En todo caso, al igual que a Wilson, sus propias inclinaciones políticas les hacían ver con simpatía el movimiento obrero, al menos cuando evitaba la revolución.⁴¹⁴

El día que se nombró la comisión de la Sociedad de Naciones, se creó otra sobre el trabajo internacional. Bajo la presidencia del fiero y pequeño jefe de la Federación Estadounidense del Trabajo, Samuel Gompers, y luego del líder obrero británico George Barnes, llevó a cabo su labor calladamente. Barnes se quejó a Lloyd George de que los participantes en la Conferencia de Paz mostraban sólo un «interés lánguido» por el trabajo de su comisión.⁴¹⁵ De hecho, es probable que esto fuera bueno; la Organización Internacional del Trabajo nació con un mínimo de alharaca y celebró su primera conferencia antes de que finalizara el año 1919. A diferencia de la Sociedad de Naciones, a la que estaba vinculada, hubo en ella representantes alemanes desde el primer momento. Y, a diferencia de la Sociedad de Naciones, ha llegado hasta nuestros días.

El 14 de febrero, Wilson presentó el borrador del pacto de la Sociedad de Naciones en una sesión plenaria de la Conferencia de Paz. Los miembros de la comisión habían elaborado un documento que era a la vez práctico e inspirador y del que todos ellos se enorgullecían. «Muchas cosas terribles han salido de esta guerra», dijo para concluir, «pero también muchas cosas hermosas.»⁴¹⁶ Aquella noche abandonó París, para regresar a Estados Unidos, convencido de haber cumplido el propósito principal por el que había asistido a la conferencia.⁴¹⁷

Sin embargo, el pacto no estaba terminado del todo. Los franceses todavía albergaban la esperanza de introducir en él algo relativo a la fuerza militar, los japoneses habían advertido que pensaban introducir una disposición controvertida sobre la igualdad racial, y los mandatos sobre las antiguas colonias alemanas y el Imperio otomano aún no se habían conferido. Estaba también el delicado asunto de la Doctrina Monroe, en la que se basaba la política de Estados Unidos en relación con el resto de América. ¿Tendría la Sociedad de Naciones la facultad, como se temían muchos de los adversarios conservadores de Wilson, de anular esa doctrina? En tal caso, se opondrían, lo cual muy posiblemente llevaría a su rechazo por parte del Congreso. Aunque Wilson detestaba hacer concesiones, especialmente a hombres a los que aborrecía, accedió, al volver a París, a negociar una reserva especial que decía que ninguna disposición del pacto de la Sociedad de Naciones invalidaba la Doctrina Monroe.⁴¹⁸

Se encontró envuelto, esta vez con los británicos, en el tipo de juego diplomático que siempre había contemplado con desdén. Aunque Cecil y Smuts comprendieron la posición difícil en que se hallaba Wilson y se mostraron dispuestos a apoyarle, Lloyd George se olió una oportunidad. Llevaba tiempo tratando inútilmente de llegar a un acuerdo con Estados Unidos para impedir una carrera naval; ahora insinuó que tal vez se opondría a cualquier reserva sobre la Doctrina Monroe.⁴¹⁹ Había también una dificultad con los japoneses, pues se temía la posibilidad de que pidieran el reconocimiento de una doctrina equivalente que advirtiera a otras naciones de que no se metiesen en los asuntos del Lejano Oriente. Eso a su vez disgustaría a los chinos, que ya veían con extrema inquietud las intenciones japonesas.⁴²⁰

El 10 de abril, con la cuestión naval resuelta y los británicos de nuevo en posición reglamentaria, Wilson introdujo una enmienda redactada con mucho cuidado que decía que el pacto de la Sociedad de Naciones no afectaría en absoluto la validez de acuerdos internacionales como la Doctrina Monroe, concebida para preservar la paz. Los franceses, agraviados por el fracaso del intento de crear una Sociedad de Naciones dotada de poder, atacaron con lógica impecable. En el pacto ya había una disposición que decía que todos los miembros se asegurarían de que sus acuerdos internacionales fueran conformes con la Sociedad de Naciones y sus principios. ¿No lo era la Doctrina Monroe? Wilson contestó que por supuesto que sí; que, de hecho, era el modelo de la Sociedad de Naciones. Bourgeois y Larnaude respondieron que, en tal caso, ¿qué necesidad había

siquiera de mencionarla? Cecil trató de sacar a Wilson del apuro: la referencia a la Doctrina Monroe era en realidad una especie de ilustración. Wilson permaneció sentado en silencio, el labio inferior trémulo. Alrededor de la medianoche prorrumpió en una vehemente defensa de Estados Unidos, el guardián de la libertad contra el absolutismo en su propio hemisferio y aquí, mucho más recientemente, en la Gran Guerra. «¿Se le va a negar la pequeña dádiva de unas cuantas palabras que no hacen más que manifestar el hecho de que su política, durante el último siglo, ha estado dedicada a principios de libertad e independencia que van a consagrarse en este documento como una carta perpetua para todo el mundo?». Los estadounidenses que le oyeron quedaron profundamente conmovidos; los franceses, no.⁴²¹

El 28 de abril, mientras una inesperada nevada cubría París, una sesión plenaria de la conferencia aprobó el pacto. Un delegado de Panamá pronunció un larguísimo y docto discurso, que empezó con Aristóteles y terminó con Woodrow Wilson, sobre la paz. El delegado de Honduras habló en español sobre la cláusula relativa a la Doctrina Monroe, pero, como pocas personas le entendieron, sus objeciones no se tuvieron en cuenta.⁴²² Clemenceau, en su calidad de presidente, dirigió la sesión con su habitual celeridad y limitó los debates de las enmiendas hostiles, incluso cuando procedían de sus propios delegados, con un fuerte golpe de mazo y un seco «*Adopté*» [aprobado] ⁴²³

Wilson tenía motivos de sobra para sentirse complacido. Había llevado el pacto en la dirección que él quería; había bloqueado exigencias como, por ejemplo, la de los franceses relativa a una fuerza militar; y había insertado una reserva sobre la Doctrina Monroe que garantizaría la aprobación del pacto en Estados Unidos. Estaba convencido de que la Sociedad de Naciones crecería y cambiaría con el paso de los años. Andando el tiempo abarcaría a las naciones enemigas y las ayudaría a seguir en los caminos de la paz y la democracia. En aquello en que los acuerdos de paz necesiten corregirse, como dijo a su esposa, «los errores pueden presentarse de uno en uno a la Sociedad de Naciones para resolverlos, y la Sociedad hará de cámara de compensación permanente a la que podrán acudir todas las naciones, las pequeñas además de las grandes».⁴²⁴ Al concentrarse en la Sociedad de Naciones, Wilson dejó pasar muchas otras cosas en la Conferencia de Paz. No se opuso a decisiones que, a su entender, eran erróneas: la concesión del Tirol de habla alemana a Italia o el hecho de que millones de alemanes pasaran a ser gobernados por checos o polacos. Estos acuerdos fueron sorprendentemente duraderos, al menos hasta que empezó la siguiente guerra. En todo caso, hubiera resultado difícil que la Sociedad de Naciones actuase, porque sus reglas insistían en que prácticamente todas las decisiones tenían que ser unánimes. Otro error de Wilson fue dar por sentado que contaba con el apoyo necesario para que el Congreso aprobara el pacto de la Sociedad de Naciones.

8 Mandatos

Antes incluso de que la comisión de la Sociedad de Naciones se pusiera a trabajar, la cuestión de los mandatos ya se había planteado en el Consejo Supremo, donde Wilson dejó claro que contaba con que la Sociedad de Naciones se hiciera responsable de las antiguas colonias alemanas. Ninguna de las potencias victoriosas pensaba que Alemania debía recuperar sus posesiones coloniales, que incluían varios archipiélagos del Pacífico y algunas partes de África. El comportamiento de Alemania durante la guerra en Europa había demostrado a los Aliados que era totalmente indigna de gobernar a otros pueblos. Por otra parte, la actitud de Wilson fue una sorpresa muy desagradable para determinados círculos.

Los estadounidenses vieron con consternación que sus aliados aún tendían a pensar en el botín de guerra. Los franceses querían Togo y Camerún y el fin de los derechos alemanes en Marruecos (que dejaría a Francia como única «protectora» de dicho país). Los italianos tenían puestos los ojos, entre otras cosas, en partes de Somalia. En el Imperio británico, los sudafricanos querían el África del Sudoeste alemana; Australia, Nueva Guinea y algunas islas cercanas; y Nueva Zelanda, la Samoa alemana. Los británicos esperaban anexionarse el África Oriental alemana para enlazar sus colonias del norte con las del sur. Además, habían hecho un pacto secreto con los franceses para repartirse el Imperio otomano. Los japoneses también tenían sus pactos secretos: con los chinos para hacerse con los antiguos derechos y concesiones alemanes, y con los británicos para quedarse con las islas alemanas situadas al norte del ecuador.

En el nuevo orden mundial de Wilson tenía que haber alguna fórmula que no fuese la anexión o la colonización para las partes del mundo que aún no estaban preparadas para autogobernarse. Los mandatos eran una posible solución, una forma de fideicomiso directamente bajo la Sociedad de Naciones o potencias que los recibieran de ésta. La duración del mandato dependería de los progresos que hiciesen los tutelados. Wilson pecó de una vaguedad desesperante. Estaba claro que África necesitaría que la controlaran extranjeros, pero ¿y los territorios que se estaban desprendiendo de los imperios derrotados: Oriente Próximo árabe que antes pertenecía a los otomanos, o Armenia, Georgia y las otras repúblicas caucásicas que habían formado parte del Imperio ruso? En medio de la confusión que imperaba en la Europa central también había pueblos que no parecían en condiciones de cuidar de sí mismos. Lo único que dijo Wilson al respecto fue que no le parecía bien recurrir a los mandatos en el caso de pueblos europeos.⁴²⁵

La idea en sí, la de que los fuertes protegieran a los débiles, no era nueva. Los imperialistas, a menudo con toda sinceridad, habían dado mucha importancia a su misión antes de la Gran Guerra. El principal experto estadounidense en África dijo en tono severo que Alemania era excepcional porque nunca había comprendido bien su obligación: «El nativo era visto de forma casi universal como un medio para llegar a un fin y nunca como un fin en sí mismo, y su bienestar y el de la colonia estaban totalmente subordinados a los intereses del alemán que estuviera en ella y de la lejana Alemania».⁴²⁶

Los británicos, que eran conscientes de que no tenía sentido enemistarse con los estadounidenses hablando de añadir territorio alemán, o de otra potencia, a su Imperio, apoyaron la idea de los mandatos.⁴²⁷ Smuts recurrió a su habitual elocuencia. En el memorando sobre la Sociedad de

Naciones que tanto impresionó a Wilson escribió que se estaban liquidando grandes imperios y que la Sociedad de Naciones debía tomar cartas en el asunto.

«Los pueblos que se han quedado solos a causa de la descomposición de Rusia, Austria y Turquía no están, en su mayor parte, preparados políticamente; muchos de ellos son o bien incapaces o deficientes en lo que se refiere a la facultad de autogobernarse; la mayoría se encuentra sumida en la miseria y requerirá muchos cuidados para alcanzar la independencia económica y política».

Mientras que los europeos, los finlandeses, por ejemplo, o los polacos, podían valerse por sí mismos casi enseguida, haría falta más tiempo en Oriente Próximo. Las antiguas colonias alemanas en el Pacífico y África probablemente nunca podrían cuidar de sí mismas. Sus habitantes eran bárbaros «a los que sería imposible aplicar ideas de autogobierno político en el sentido europeo». Lo mejor sería que el Imperio británico se hiciera cargo de ellos directamente. Smuts dijo a sus colegas británicos que si los estadounidenses ponían objeciones, Gran Bretaña podía ceder graciosamente y pedir a cambio el control bajo la supervisión general y mínima de la Sociedad de Naciones. A su vez esto obligaría a otros países, en particular a Francia, la bestia negra de Smuts, a aceptar condiciones parecidas para sus colonias.⁴²⁸ Cecil, que podía compararse con Smuts en lo tocante a elevados sentimientos, veía una ventaja práctica: los comerciantes e inversores británicos tal vez podrían penetrar por fin en las colonias francesas y portuguesas en África.⁴²⁹

La misma palabra «mandato» tenía un sonido benévolo y agradable. También causó mucha confusión al utilizarse por primera vez en la Conferencia de Paz. ¿Era meramente un intento de salvar las apariencias, como pensaban los cínicos, y en realidad significaba la tradicional apropiación de territorio, o era algo nuevo en las relaciones internacionales? ¿Dejaría la Sociedad de Naciones en paz a los países mandatarios para que administrasen los territorios que les asignaran o habría constantes injerencias? Cuando a un desconcertado delegado chino le dijeron que a los antiguos territorios alemanes en su país se les asignaría un nuevo gobernante, se le oyó preguntar: «¿Quién es Mandatario?».⁴³⁰

Los franceses reaccionaron a la idea con hostilidad y aprensión. Clemenceau, hablando con Poincaré, exclamó: «Que la Sociedad de Naciones garantice la paz, ¡sea! Pero la Sociedad de Naciones propietaria de colonias, ¡no!».⁴³¹ Las colonias eran una señal de poder; también tenían lo que Francia necesitaba, desesperadamente: recursos humanos. Siempre habría más alemanes que franceses, pero con colonias en Asia y África los franceses tenían cierta esperanza de restaurar el equilibrio con lo que les gustaba llamar «nuestros lejanos hermanos».⁴³² Si Francia recibía mandatos bajo la Sociedad de Naciones, ¿habría fastidiosas restricciones que impedirían reclutar a soldados nativos para servir en ultramar? Por desgracia, parece que tanto los estadounidenses como los británicos pensaban lo mismo. De acuerdo con las condiciones que propusieron para los mandatos, las potencias responsables llevarían a cabo una labor humanitaria y, por ejemplo, combatirían la trata de esclavos, pero las condiciones también prohibían dar instrucción militar a los habitantes excepto para que ejercieran funciones de policía y para la «defensa del territorio».

Cuando la cuestión de los mandatos se planteó en el Consejo Supremo, Clemenceau y Pichón lanzaron un ataque. ¿Por qué debía Francia gastar tiempo y dinero en velar por los mandatos, si no podía pedir voluntarios para defenderlos cuando llegase el momento? Estados Unidos y Gran Bretaña podían observar las cosas con imparcialidad, ya que la geografía las protegía de Alemania, pero Francia no habría sobrevivido al ataque alemán sin sus soldados coloniales. Lloyd George intentó encontrar una solución intermedia. La cláusula que tanto disgustaba a los franceses iba dirigida en realidad contra lo que solían hacer los alemanes: reclutar grandes ejércitos nativos para

atacar a otras colonias. Los franceses serían totalmente libres de defenderse y de defender los territorios puestos bajo su tutela. Clemenceau se calmó: «Si esta cláusula significaba que tenía derecho a reclutar tropas en caso de guerra general, se daba por satisfecho». Lloyd George asintió alegremente: «Mientras el señor Clemenceau no instruyera a grandes ejércitos de negros con fines agresivos, proteger de eso era la única finalidad de la cláusula». Wilson dijo que estaba de acuerdo con la interpretación de Lloyd George. Lo malo era que nadie acababa de tener claro el significado de la cláusula. ¿Podrían los franceses utilizar soldados de sus mandatos en una guerra europea o no? Varios meses después, en mayo, los franceses trataron calladamente de introducir su propia clarificación y añadieron una frase sobre la defensa «de la madre patria» a la cláusula del mandato en la versión definitiva del pacto de la Sociedad de Naciones, cuando la estaban preparando para imprimirla. El secretario de la Conferencia de Paz, el británico Hankey, que descubrió el cambio a altas horas de la noche, no creyó a los franceses cuando le dijeron que las otras potencias lo habían aprobado. Salió corriendo y encontró a Wilson ya acostado y a George Lloyd desnudándose. «Tal como sospechaba, era una “triquiñuela”.» Wilson, muy agitado, obligó a Clemenceau a suprimir la frase.⁴³³

Los británicos observaron las maniobras de los franceses con desaprobación y aires de superioridad moral, pero tenían sus propias dificultades con los estadounidenses. O, mejor dicho, se vieron obligados a enfrentarse a ellos por África del Sur, Australia y Nueva Zelanda, las cuales, debido a sus propias ambiciones territoriales, no querían saber nada de mandatos. Lloyd George se encontró exponiendo razones a sabiendas de que Estados Unidos se opondría a ellas. El 24 de enero, en el Consejo Supremo, arguyó, sin mucho entusiasmo, que la anexión tenía sentido desde el punto de vista administrativo. Dejó que los líderes de los dominios aportaran los otros argumentos.

Smuts y Botha reivindicaron el África del Sudoeste alemana en nombre de África del Sur. Ambos hombres habían combatido en la breve y victoriosa campaña de 1915, planificada por Botha. Pidieron una enorme extensión de territorio, del tamaño de Inglaterra y Francia juntas, pero considerada en general de escaso valor. (Aún no se habían descubierto sus ricos yacimientos de minerales). La costa atlántica estaba desierta, la mayor parte del interior era monte bajo, idóneo principalmente para pastoreo. Unos cuantos miles de alemanes, muchos de los cuales, según se rumoreaba, habían huido de algún escándalo en Alemania, se habían construido castillos de imitación, acogedores pueblecitos alemanes y una pequeña y pulcra capital en Windhoek. El primer comisario imperial alemán, Ernst Göring (padre de Hermann), había marcado la pauta de la autoridad alemana sobre la población africana, que era mucho más numerosa, con una administración autoritaria y brutal.⁴³⁴

Smuts y Botha dieron gran importancia a la crueldad con que los alemanes trataban a los nativos. En cambio, los sudafricanos blancos, al decir de Smuts, comprendían a los nativos; de hecho, se habían esforzado al máximo por dotarles de una forma de autogobierno. «Habían instaurado una civilización blanca en un continente salvaje y se habían convertido en un gran agente cultural en toda África del Sur». Ahora se ofrecía a los pueblos del África del Sudoeste la oportunidad de participar de estos beneficios. El territorio ya estaba unido a África del Sur por la geografía; por otros tantos motivos, tenía mucho sentido hacer sencillamente un solo país a partir de dos. Wilson escuchó comprensivamente. Ambos hombres le caían bien, en particular Smuts, y aunque no estaba dispuesto a volverse atrás, dejó claro que pensaba que un mandato sudafricano daría tan buenos resultados que algún día los habitantes del África del Sudoeste elegirían libremente unirse a África del Sur.⁴³⁵

Clemenceau, que presidía la conferencia, invitó entonces a los «caníbales». —como él y Hughes

les llamaban en broma— a que presentaran los argumentos de Australia y Nueva Zelanda.⁴³⁶ Agitando en el aire un mapa totalmente falseado que mostraba las islas que él quería —Nueva Guinea y otras cercanas como el archipiélago de Bismarck, que prácticamente toca Australia—, Hughes exigió la anexión pura y simple. Citó la defensa (las islas eran «tan necesarias para Australia como el agua para una ciudad») y la aportación australiana a la guerra, las 90.000 bajas, los 60.000 muertos y la deuda de 300 millones de libras esterlinas. «Australia no deseaba que la dejaran tambaleándose bajo esta carga y no sentirse segura.»⁴³⁷ Aunque no podía decirlo con franqueza, el futuro enemigo en el que pensaba Hughes era Japón. Los australianos también habían considerado usar el argumento de que los indígenas les recibían con los brazos abiertos, pero al hacer el Gobierno australiano algunas indagaciones en Nueva Guinea, comprobó que los habitantes preferían, con mucho, a los funcionarios alemanes, que les habían permitido que fueran felices cazando cabezas.⁴³⁸ Respondiendo a una pregunta ansiosa del presidente, Hughes afirmó que los misioneros gozarían de acceso ilimitado: «Hay muchos días en que los pobres diablos no tienen ni la mitad de los misioneros que necesitan para comer».⁴³⁹

Massey, blandiendo su propio mapa, pronunció un discurso largo y divagante sobre la reclamación de Samoa por parte de Nueva Zelanda. Tropas neozelandesas habían ocupado «con gran riesgo» las islas al empezar la guerra. (En realidad el mayor riesgo nació del aburrimiento, ya que los ocupantes permanecieron varios años sin hacer otra cosa que beber enormes cantidades de cerveza.⁴⁴⁰) Los samoanos no eran salvajes, sino gente muy sensata y querían que Nueva Zelanda los gobernara. (Mientras tanto, los samoanos presentaban al administrador neozelandés de sus islas una petición que exigía que los gobernasen los estadounidenses, Londres, cualquier potencia excepto Nueva Zelanda.⁴⁴¹)

Wilson, que en especial no soportaba a Hughes, escuchó con obvia falta de simpatía. Los franceses contemplaban la escena con cara de encontrarla divertida. No les gustaban los mandatos y no les importaba ver confusión en el Imperio británico.⁴⁴² «El pobrecillo Hughes se está hinchando de pseudoimportancia», escribió un miembro de la delegación australiana. «Por supuesto, lo están usando como instrumento los franceses, que quieren Camerún, Togo y Siria.»⁴⁴³

Al cabo de unos días, el ministro de Colonias francés, Henri Simón, parecía la moderación personificada al dirigir la palabra al Consejo Supremo. Francia sólo quería dos pedacitos de territorio en África, a saber: Togo, que se extendía tierra adentro junto a Dahomey, la colonia francesa en África occidental, y Camerún, también en África occidental, que Alemania se las había compuesto para arrancar de Francia en 1911. (Además, Francia quería un protectorado exclusivo sobre Marruecos, pero no había necesidad de mencionar eso). Simón dijo que prefería la anexión, puesto que era más eficaz y mejor para los nativos. Lo único que deseaba Francia era poder continuar su labor y difundir la civilización en el África tropical.⁴⁴⁴ Clemenceau, a quien no le importaban un ápice las posesiones coloniales, debilitó estos argumentos al decir que estaba muy dispuesto a conformarse con menos.⁴⁴⁵

Wilson se cerró en banda. «Si el proceso de anexión continuaba», dijo al Consejo Supremo, «la Sociedad de Naciones se vería desacreditada desde el principio». El mundo esperaba más de ellos. No debían volver a los juegos de antaño y repartirse pueblos indefensos. Si no se andaban con cuidado, la opinión pública se volvería contra ellos. Verían más cataclismos en una Europa ya agitada por la revolución.⁴⁴⁶ Dijo en privado que no toleraría «el reparto del botín»⁴⁴⁷ Si hacía falta, y ésta era su amenaza favorita, sometería todo el asunto a la consideración del público.⁴⁴⁸ Por otra

parte, ansiaba dejar los mandatos y pasar al punto siguiente. Lo importante era el destino de Europa: de Alemania, Austria-Hungría, Rusia.⁴⁴⁹

Entre bastidores varios de los principales participantes en la conferencia trabajaban para poner fin al enfrentamiento.⁴⁵⁰ Los canadienses, que siempre tenían las consecuencias de las tensiones entre Gran Bretaña y Estados Unidos, instaron a Hughes y Massey a ser razonables. House, que se había recuperado de su enfermedad, dijo a los británicos que debían volverse atrás. Smuts y Cecil elaboraron una propuesta que House consideró la base de un acuerdo.⁴⁵¹ Ahora había tres tipos de mandatos: «A» para las naciones, como las de Oriente Próximo, que estaban casi preparadas para llevar sus propios asuntos; «B» donde la potencia mandataria se encargaría de ellos; y «C» para territorios que eran contiguos o cercanos al mandatario, que administraría bajo mandato como parte del suyo propio, sometido sólo a ciertas restricciones, por ejemplo, sobre la venta de alcohol y armas de fuego. Los mandatos de tipo «C», dicho de otro modo, abarcaban oportunamente África del Sudoeste y las islas que querían Australia y Nueva Zelanda. Hughes dijo que era un contrato de arrendamiento de 999 años en lugar de la plena propiedad.⁴⁵² Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder con elegancia.

El 29 de enero una reunión de la delegación del Imperio británico produjo, según dijo Borden, una «escena bastante acalorada».⁴⁵³ Lloyd George explicó en líneas generales los tres tipos de mandato; pensaba que los estadounidenses los aceptarían. Hughes, luchando «como una comadreja»,⁴⁵⁴ puso objeciones de poca monta a todos los puntos hasta que Lloyd George perdió los estribos y le dijo que llevaba tres días debatiendo sus argumentos con los estadounidenses, pero no pensaba pelearse con ellos a causa de las islas Salomón.⁴⁵⁵

Por desgracia, al día siguiente el *Daily Mail*, que sacó una edición en París durante la Conferencia de Paz, publicó un artículo claramente inspirado por Hughes. En él acusaba a Gran Bretaña de agachar la cabeza ante Estados Unidos y añadía que se estaban sacrificando los intereses del Imperio británico para satisfacer los ideales de Wilson, que carecían de sentido práctico.⁴⁵⁶ Aquella mañana hubo en el Consejo Supremo una «trapatista de primera magnitud».⁴⁵⁷ Lloyd George se enfadó con Hughes, y Wilson, siempre sensible a las críticas, montó en cólera. En un discurso divagante y confuso criticó la solución intermedia que se había propuesto y sugirió que lo mejor era aplazar el asunto de los mandatos hasta que se hubiera resuelto el de la Sociedad de Naciones. Estuvo perceptiblemente grosero con el primer ministro australiano. «El señor Hughes», dijo Lloyd George que empezaba a perder la esperanza de que se llegase a un acuerdo, «era el último hombre al que yo hubiese tratado de aquella manera». Wilson preguntó con brusquedad a Hughes: «¿Debo entender que si todo el mundo civilizado pide a Australia que acepte un mandato sobre estas islas, Australia está dispuesta a seguir desafiando la petición de todo el mundo civilizado?». Hughes, que estaba manoseando su voluminoso audífono, contestó que no había oído la pregunta. Wilson la repitió. «Así es, presidente Wilson». Massey soltó un gruñido de asentimiento.⁴⁵⁸ En realidad, Hughes no era tan inflexible como parecía. La reacción al artículo le afectó mucho y durante varios días trataría de evitar a Lloyd George.⁴⁵⁹

En este momento Botha, que gozaba de mucho respeto, se puso en pie trabajosamente. Dijo que el artículo del *Daily Mail* le parecía vergonzoso. Como caballeros, debían guardarse sus discrepancias. Hablando en nombre propio, afirmó que apoyaba de todo corazón los grandes ideales que expresaba el presidente Wilson. Sin duda, todos hacían lo mismo. «Albergaba la esperanza de que, impulsados por el espíritu de cooperación y cediendo en las cosas menos importantes, tratarían de afrontar las dificultades y hacer que el ideal superior fuera posible en mayor medida». Sus palabras conmovieron

hondamente a Wilson, que se avergonzó de su arranque. Massey se mostró conciliador, mientras que Hughes no dijo nada. La propuesta, con sus tres clases de mandato, fue aprobada. El delicado asunto de quién se quedaba con qué se aplazó hasta otra ocasión.⁴⁶⁰

Fue el momento más difícil de una semana agotadora. El Consejo Supremo también estaba ocupado con la cuestión de si debía negociar con los bolcheviques o no, con la de Polonia y sus necesidades, con la de las fronteras de Checoslovaquia y con las condiciones de paz para Alemania. Había recibido noticias de los chinos, que querían que les devolviesen las concesiones alemanas en su país, y de los japoneses, que esperaban conservar las suyas; de los belgas, que también querían territorio en África; y de los rumanos y los yugoslavos, que estaban discutiendo por unos territorios. A última hora de la tarde de aquel viernes Clemenceau se quejó a su ayudante Mordacq y le dijo que ya no podía más. En su cabeza se agolpaban todas las cuestiones que habían estado tratando; lo que necesitaba era descansar. Los dos hombres se fueron juntos a la Opéra Comique.⁴⁶¹

En todos los debates se había hablado mucho de lo contentas que estaban las colonias por haberse librado del dominio alemán. Sin embargo, aunque el quinto de los Catorce Puntos de Wilson hablaba de tener en cuenta los intereses de las poblaciones indígenas, en realidad nadie se tomó la molestia de consultar a los africanos ni a los isleños del Pacífico. Es cierto que ningún samoano o melanesio había viajado a París, pero estaban presentes algunos africanos. De hecho, un diputado francés negro de Senegal, Blaise Diagne, y el gran líder negro estadounidense W. E. B. Du Bois estaban organizando un Congreso Panafricano. Se celebró en febrero con el consentimiento que los negociadores de la paz dieron de mala gana. No asistió a él ninguna de las principales figuras de la Conferencia de Paz. Un miembro de la delegación belga habló con entusiasmo de las reformas que se estaban llevando a cabo en el Congo, y un ex ministro de Asuntos Exteriores de Portugal alabó la forma en que su país administraba sus colonias. El puñado de delegados del África francesa demostró el éxito de la *mission civilisatrice* [misión civilizadora] y elogió los logros de la tercera república. El Congreso Panafricano aprobó resoluciones que pedían que la Conferencia de Paz diera a la Sociedad de Naciones el control directo de las antiguas colonias alemanas. House recibió a Du Bois con su acostumbrada cortesía, pero no dijo nada sobre las resoluciones.⁴⁶²

A medida que fueron pasando los meses, las potencias hicieron pactos secretos entre bastidores. Algunos eran sólo la confirmación de acuerdos a los que habían llegado durante la guerra. Japón, por ejemplo, obtuvo sus islas al norte del ecuador. En el sur, Nueva Zelanda y Australia también recibieron las islas que querían. Aliados cuando se trataba de desafiar a Wilson, durante los meses siguientes discutieron vivamente a causa de Nauru, que no se había asignado a nadie. La isla tenía una extensión de sólo 20 kilómetros cuadrados, pero como estaba formada principalmente por excrementos de pájaros, era una valiosísima fuente de fosfatos, que se utilizaban para fabricar fertilizante. Tanto Hughes como Massey arguyeron que sin Nauru la agricultura de sus respectivos países se iría a pique.⁴⁶³ Los británicos resolvieron el dilema tomando ellos mismos el mandato sobre Nauru y pagando una suma exigua en concepto de derechos a los pocos miles de isleños. Cuando Nauru alcanzó la independencia en 1968 y se hizo cargo del negocio de los fosfatos, sus habitantes se encontraron con que tenían una de las rentas per cápita más altas del mundo y una patria que iba desapareciendo bajo sus pies. Un fondo fiduciario de alrededor de mil millones de dólares se ha empleado en la adquisición de propiedades en el extranjero y en llenar los bolsillos de respetabilísimos consejeros australianos. Los fosfatos están a punto de agotarse, pero hoy día Nauru ha encontrado una nueva fuente de ingresos en el blanqueo de dinero por cuenta de la mafia rusa.⁴⁶⁴

Gran Bretaña y Francia ya habían hecho una división preliminar de las colonias alemanas en África

durante la guerra. En la Conferencia de Paz Lord Milner, el ministro de Colonias británico, se entrevistó con su colega francés, Henri Simón, para concretar los detalles de una serie de mandatos sobre unos trece millones de personas. A su debido tiempo Francia recibió Togo y la mayor parte de Camerún; Gran Bretaña, una pequeña franja de Camerún junto a su colonia de Nigeria y casi toda el África Oriental alemana. Los portugueses se quejaron: tenían la esperanza de añadir una parte del África Oriental alemana a su colonia de Mozambique. A Portugal, según dijo uno de sus delegados a Clemenceau, se le debía algo por «sus inolvidables servicios a la Humanidad y la Civilización sobre todo en África, que ha regado con su sangre desde el siglo XIV».⁴⁶⁵ Los portugueses también sospechaban, y no se equivocaban, que sus aliados planeaban la forma de traspasar un trozo de Angola a Bélgica con el fin de dar al Congo belga una costa atlántica como era debido. Al final Portugal conservó sus colonias intactas y ganó un minúsculo pedazo de tierra para Mozambique.⁴⁶⁶

Hacer caso omiso de los belgas resultó menos fácil. El 2 de mayo se quejaron al Consejo de los Cuatro de que se les estaba excluyendo de la concesión de mandatos y exigieron una parte del África Oriental alemana. «Una exigencia de lo más insolente», dijo Lloyd George. «En un momento en que el Imperio británico tenía millones de soldados luchando por Bélgica, se habían mandado unos cuantos soldados negros al África Oriental alemana.»⁴⁶⁷ El comentario de Lloyd George era injusto. Tropas del Congo bajo el mando de oficiales belgas habían contribuido en gran medida a obligar a los alemanes a replegarse al África oriental. Al finalizar la contienda, fuerzas belgas ocupaban alrededor de una tercera parte del país. El Gobierno belga no tenía ningún interés en conservar ese territorio; pensaba utilizar el África oriental para negociar y obtener a cambio de ella territorio portugués en la costa atlántica. Los británicos, que no pudieron persuadir a los portugueses a acceder a ello, se encontraron en una situación embarazosa. Bélgica no renunciaría a sus ganancias sin recibir algo a cambio. Por desgracia, en el territorio ocupado se hallaba la que parecía la mejor ruta posible para el ferrocarril de norte a sur que comunicaría El Cabo con El Cairo y cuya construcción era un viejo sueño de los imperialistas británicos.⁴⁶⁸ Tenía sentido, aunque no fuera justo, quitar importancia al papel que desempeñara Bélgica en la campaña y los británicos se aplicaron a ello con entusiasmo.⁴⁶⁹

El 7 de mayo, poco después de que se informara a los alemanes de las condiciones de paz, Clemenceau, Lloyd George, Wilson y el italiano Orlando se reunieron en Versalles para ponerse de acuerdo sobre la distribución definitiva de mandatos. Al producirse una filtración y enterarse la prensa de que no habría nada para Bélgica, los belgas, que ya se sentían estafados en lo que iban a recibir de Alemania, montaron en cólera.⁴⁷⁰ Al final Gran Bretaña decidió que podía prescindir de un poco de territorio (también había otras rutas para el ferrocarril) y del África oriental se separaron dos provincias situadas junto a las fronteras del Congo. Bélgica recibió los mandatos sobre Ruanda y Burundi.

Cuando finalmente nació la Sociedad de Naciones en 1920, no hizo más que confirmar lo que estaba decidido desde hacía mucho tiempo. En el periodo de entreguerras los mandatos en África y el Pacífico se parecieron mucho a la anexión directa, como predijese Hughes. Las potencias mandatarias presentaban informes anuales a la Sociedad, pero, por lo demás, hacían lo que querían. Al terminar la segunda guerra mundial las Naciones Unidas se hicieron cargo de los mandatos y, al deshacerse los grandes imperios coloniales, concedieron la independencia a los territorios que habían heredado, con una sola excepción. Los sudafricanos se negaron a renunciar al África del Sudoeste y hasta 1990 no dieron la bienvenida a su nuevo vecino, el Estado independiente de Namibia. En 1994 expiró el último mandato cuando las islas Palaos, que habían quedado bajo la

tutela de Japón en 1919 y luego bajo la de Estados Unidos después de 1945, obtuvieron la independencia. Los contratos de arrendamiento por 999 años habían vencido prematuramente.

Tercera parte De nuevo los Balcanes

9 Yugoslavia

Mientras las grandes potencias habían estado ocupadas creando la Sociedad de Naciones, las potencias menores se habían dedicado a pulir sus exigencias. A última hora de la tarde del 17 de febrero de 1919 se recibió una llamada telefónica en el Hotel de Beau-Site, cerca de la Étoile ¿Tendría la delegación de serbios, croatas y eslovenos la amabilidad de asistir al Consejo Supremo a primera hora de la tarde siguiente? Esta atención repentina y típicamente caprichosa por parte de las potencias fue un alivio. La delegación se encontraba en París desde principios de enero, pero sus líderes sólo habían comparecido una vez ante el consejo, el 31 del mismo mes, para oponerse a la reivindicación por parte de los rumanos de la totalidad del rico Banato, que se hallaba entre Rumanía y lo que luego sería Yugoslavia.

El Hotel de Beau-Site no había sido un lugar feliz durante aquellas largas semanas. La delegación casi cien personas, estaba integrada por todas las variedades de eslavos del sur, serbios, croatas, eslovenos, bosnios y montenegrinos, profesores de universidad, militares, ex diputados del Parlamento de Viena, diplomáticos de Belgrado, abogados de Dalmacia, radicales, monárquicos, ortodoxos, católicos y musulmanes. Muchos de sus miembros no conocían a los demás; de hecho, como súbditos de Serbia o de Austria-Hungría habían combatido en bandos opuestos durante la guerra. La delegación reflejaba fielmente las grandes líneas divisorias que atravesaban los Balcanes: la de norte a sur entre el catolicismo del oeste y la ortodoxia del este, y el otro eje entre el cristianismo del norte y el islamismo del sur. Los delegados de la parte adriática, principalmente eslovenos y croatas, se preocupaban apasionadamente por la posible amenaza a su seguridad que representaba Italia y por el control de puertos y ferrocarriles que en otro tiempo habían pertenecido a Austria-Hungría, pero veían con indiferencia los cambios en las fronteras del este. Los serbios de Serbia, en cambio, estaban dispuestos a cambiar Dalmacia o Istria por más territorio en el norte y el este.

Ni siquiera estaba claro cómo debía llamarse a la delegación o al país nuevo de donde procedía. Constituido por Serbia y las partes meridionales de la desaparecida Austria-Hungría, acabó tomando el nombre de Yugoslavia, el Estado de los eslavos del sur. La Conferencia de Paz, contrariamente a lo que muchas personas han creído desde entonces, no creó Yugoslavia, sino que el país ya existía cuando se reunió la conferencia. Setenta años más tarde las potencias fueron igualmente incapaces de impedir su desintegración. Pero los participantes en la Conferencia de París tenían la capacidad de negarle territorio al nuevo Estado, quizás incluso de destruirlo. Recelaban, con razón, de las naciones ambiciosas en los Balcanes. Wilson pensaba que sería un error dar al Estado de los eslavos del sur una marina de guerra. «Será una nación turbulenta, porque es un pueblo turbulento y no debería tener una marina con la que hacer locuras.»⁴⁷¹

En febrero de 1919 los países participantes en la conferencia aún no habían decidido si debían hacer de hadas buenas o de hadas malas. Excepto uno de ellos. El Gobierno italiano hubiera preferido estrangular al Estado recién nacido en la cuna. Los nacionalistas italianos asignaron rápidamente a Yugoslavia el papel de enemigo principal que antes interpretaba la desaparecida Austria-Hungría. «Vemos con dolor y perplejidad», se quejó el jefe del Gobierno italiano, Orlando,

«que Yugoslavia habrá ocupado el lugar de Austria y todo será tan insatisfactorio como antes.»⁴⁷² De mala gana al principio, Gran Bretaña y Francia siguieron el ejemplo de Italia y se negaron a reconocer al nuevo Estado. Los estadounidenses, que no eran unos enamorados de Italia y de sus ambiciones en los Balcanes, reconocieron a Yugoslavia en febrero; Gran Bretaña y Francia lo hicieron en junio, en parte como reacción a la intransigencia de Italia, que en aquel momento amenazaba con provocar el fracaso de la Conferencia de Paz.⁴⁷³

Nikola Pasic, que durante muchos años fue jefe del Gobierno serbio, encabezaba la delegación. Contaba entre setenta y ochenta años de edad, sus ojos eran azules y claros, llevaba una barba blanca y larga hasta la cintura y parecía un monje anciano y benévolo. Amaba las plantas y las flores. Su vida privada era ejemplar; era profundamente religioso y, aunque se había casado con una mujer rica, vivía con sencillez.⁴⁷⁴ Le encantaba pasar las veladas sentado y cantando antiguas canciones populares serbias con su esposa y sus hijas.⁴⁷⁵ Cuando hablaba en público, cosa que no era frecuente, lo hacía con lentitud y deliberación. (Se decía que cometía muchos errores al hablar en serbio). Su francés y su alemán eran rudimentarios y no sabía ni una palabra de inglés. Quizá debido a esto, tenía fama de ser muy sabio. Lloyd George le consideraba «uno de los estadistas más astutos y más tenaces del sudeste de Europa».⁴⁷⁶ Al igual que otro líder serbio de la década de 1990, Pasic era un viejo taimado y peligroso que amaba dos cosas: el poder y a Serbia. Pocos de sus colegas se fiaban de él; sin embargo, se le adoraba en el campo, donde vivía la mayoría de los serbios.⁴⁷⁷

En su primer encuentro Lloyd George preguntó si los serbios y los croatas hablaban la misma lengua.⁴⁷⁸ Los Balcanes confundían a muchos de los presentes en París. Sólo un puñado de especialistas, o chiflados, habían estudiado la región. La mayoría de la gente, con todo, sabía que los Balcanes eran peligrosos para Europa; habían causado problemas durante décadas, a medida que el Imperio otomano iba desintegrándose y Austria— Hungría y Rusia rivalizaban por hacerse con el control; y habían provocado la Gran Guerra cuando nacionalistas serbios asesinaron al heredero del trono austríaco en Sarajevo.

Pasic había nacido cuando Serbia ya era libre y tenía su propio príncipe, pero se había hecho hombre en un mundo marcado por largos años de dominación otomana. Del sur de Rumanía a Grecia los otomanos habían legado su cocina, sus costumbres, su burocracia, su corrupción y, en cierta medida, su islamismo. «Balcánica» o «balcánico» había pasado a designar una región geográfica, pero también un estado anímico, y una historia caracterizada por frecuentes guerras, invasiones y conquistas. Su pasado había enseñado a los pueblos de los Balcanes que, como decía el proverbio, «la mano que no puede cortarse debe besarse».⁴⁷⁹ El culto al guerrero coexistía con la admiración por otro tipo de hombre, como Pasic, que nunca se fiaba de nadie, nunca revelaba sus verdaderas intenciones y nunca aceptaba consejos.⁴⁸⁰

Además de los serbios, croatas, eslovenos, albaneses, búlgaros y macedonios, entre los pueblos balcánicos también se encontraban los griegos (que preferían considerarse una raza mediterránea) y, según la definición que uno eligiera, los rumanos (que preferían hablar de su ascendencia romana), así como numerosas minorías que las corrientes del pasado habían dejado en la región. Los comerciantes judíos de Sarajevo, las colonias italianas de la costa dálmata, los patriarcas albaneses, los descendientes de colonos alemanes y los turcos del sur, todos ellos también formaban parte de la realidad balcánica.

En el corazón de la región estaba Serbia. Durante la infancia de Pasic era un lugar sencillo. Los ferrocarriles y el telégrafo aún no comunicaban el pequeño principado, que es lo que era entonces, con el resto del mundo. Aparte de Belgrado, la capital, que tenía sólo 20.000 habitantes, sus ciudades

eran simplemente pueblos grandes. Sus habitantes vivían de la agricultura y el comercio, como siempre había sido. Pasic formaba parte del puñado de personas de su generación que viajaron al extranjero, en su caso a Zúrich, para recibir enseñanza superior.⁴⁸¹ Su pequeño país, sin embargo, tenía grandes sueños que Pasic compartiría: sueños de una gran Serbia que se extendería hacia el este y el oeste en dirección al mar Negro y el Adriático y tendría un pie a cada lado de las grandes rutas terrestres que bajaban de la Europa central hasta el Egeo. Al propagarse el nacionalismo en el siglo XIX, los historiadores serbios rebuscaron en el pasado con la intención de reforzar sus reivindicaciones y unir a todos los serbios. «Teníamos los niños», dijo un maestro de escuela a un viajero en Macedonia cuando ésta aún se hallaba bajo el dominio otomano. «Les hicimos comprender que eran serbios. Les enseñamos su historia.»⁴⁸² En todos los Balcanes, maestros, artistas e historiadores trabajaban resucitando recuerdos, puliendo mitos nacionales, difundiendo un nuevo tipo de conciencia.

El problema estaba en que los serbios no fueron los únicos en despertar. Había muchos recuerdos potentes en los Balcanes. Tal como comentó Churchill, los Balcanes producen más historia de la que pueden consumir.⁴⁸³ Mientras que los músicos serbios ciegos cantaban el gran reino de Esteban Dusan en el siglo XIV, que se extendía del Danubio al Egeo, los búlgaros recordaban el siglo X cuando el imperio del rey Simeón dominaba gran parte del mismo territorio. Y los griegos tenían los recuerdos más grandiosos de todos, los que se remontaban a la época clásica, cuando la influencia de Grecia llegaba hasta Asia Menor y el mar Negro en el este e Italia y el Mediterráneo en el oeste. Incluso la posesión durante breve tiempo de un pedazo de tierra siglos atrás podía utilizarse para justificar una reivindicación. Ahora. «Nosotros podríamos reivindicar con justicia Calais», señaló el viajero. «¿Por qué no lo hacen?», replicó el maestro nacionalista. «Tienen una marina de guerra.»⁴⁸⁴

Pasic fue uno de los fundadores del Partido Radical Nacional Serbio, que preconizaba la liberación y la unión de todos los serbios, incluso los de Austria-Hungría. Al igual que tantos nacionalistas serbios, le importaban poco los croatas o los eslovenos; eran católicos y tenían los ojos puestos en Occidente, mientras que los serbios eran ortodoxos.⁴⁸⁵ Si los croatas y los eslovenos se unían a Serbia, sería de acuerdo con las condiciones que impusieran los serbios y bajo líderes también serbios.

De una en una, en guerras pequeñas, sencillas y claras al verlas con la perspectiva de 1919, las naciones balcánicas se habían liberado del abrazo letárgico de los turcos. En 1914 lo único que quedaba de la parte europea del imperio que en otro tiempo amenazara a Viena era un enclave en Tracia y la gran capital de Constantinopla (la actual Estambul). Los nuevos países adquirieron los elementos propios de un Estado: periódicos, ferrocarriles, universidades, academias de artes y ciencias, himnos nacionales, sellos de correos, ejércitos y reyes, la mayoría de los cuales procedía de Alemania.

Pasic logró sobrevivir en el turbulento mundo de la política serbia, lo cual ya era todo un triunfo. Penas de muerte, destierro, conspiraciones, intentos de asesinato, accidentes de automóvil, de todo ello salió vivo. Y devolvió los favores a sus enemigos. La escritora inglesa Rebecca West descartó los rumores, probablemente fundados, de que Pasic estaba al corriente del complot para asesinar al archiduque en Sarajevo: «Políticos de origen campesino, empapados por completo de la tradición balcánica, como el primer ministro serbio, el señor Pashitch, no podían sentir la misma vergüenza, al ser sospechosos de complicidad en el asesinato de un enemigo nacional, que hubieran sentido sus contemporáneos británicos, el señor Balfour o el señor Asquith, pongamos por caso».⁴⁸⁶

En 1919, cuando llegó el momento de nombrar un líder para la delegación que iría a París, el

príncipe Alejandro, que hacía de regente de su viejo y senil padre, insistió en que se nombrara a Pasic, quizá para tenerle lejos de Belgrado.⁴⁸⁷ Pasic se enfadó mucho al enterarse de que tendría que compartir el poder con un croata, Ante Trumbic, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Serbios y croatas tendían a irritarse mutuamente. En cierta ocasión un funcionario serbio se quejó a un visitante británico diciendo que «para los serbios todo es sencillo; para los croatas todo es complicado».⁴⁸⁸ Y Trumbic era muy croata. Hablaba con soltura el italiano, sentía un profundo amor por la cultura italiana y procedía de la cosmopolita costa dálmata. Mientras Pasic soñaba con destruir Austria-Hungría, Trumbic había ocupado escaños en sus parlamentos. En ellos había aprendido a amar los precedentes y las argucias y las razones por las cuales las cosas no podían hacerse.⁴⁸⁹ Aunque pasó gran parte de su vida trabajando para crear un Estado yugoslavo que incluyera a Serbia, tenía a los serbios por unos bárbaros, hondamente marcados por sus largos años bajo la dominación otomana. «Espero que no vaya usted a comparar», dijo a un escritor francés, «a los croatas, los eslovenos, los dálmatas, a quienes siglos de comunión artística, moral e intelectual con Austria, Italia y Hungría han hecho occidentales puros, con estos serbios semicivilizados, los híbridos balcánicos de eslavos y turcos.»⁴⁹⁰

En 1914 Trumbic ya se estaba convenciendo de que el porvenir de su pueblo se hallaba fuera de Austria-Hungría. En 1915, en compañía de un periodista y un escultor joven, creó el Comité Nacional Yugoslavo en Londres para que trabajase por una federación de eslavos del sur, que esta vez incluiría a Serbia. Parecía uno más de los extraños comités autoproclamados y defensores de causas perdidas que podían encontrarse en las capitales de Europa. Ninguna de las potencias pensaba en la desintegración de Austria-Hungría (y no pensarían en ella hasta 1918). Los serbios no sentían ningún interés por una federación, sólo por una gran Serbia. Si los Aliados pensaban alguna vez en las tierras eslavas del sur integradas en Austria— Hungría, era para usarlas en las negociaciones. En 1915, en el secreto Tratado de Londres, Gran Bretaña, Francia y Rusia prometieron a Italia un buen pedazo de Eslovenia y la parte septentrional de la costa dálmata. Se insinuó que Serbia obtendría el resto de Dalmacia y Bosnia— Herzegovina, tal vez incluso parte de Croacia.⁴⁹¹

Trumbic y sus partidarios, entre ellos las prósperas comunidades croatas y eslovenas de América del Norte, se quejaron amargamente. Pasic y los serbios se negaron a comprometerse con una alianza de iguales. El propio Trumbic se sintió tan desanimado que habló de dejarlo todo e irse a Buenos Aires a hacer de taxista.⁴⁹² En Londres, sin embargo, su causa había atraído a un grupo reducido, pero poderoso de simpatizantes, entre ellos Robert Seton-Watson, rico estudioso y lingüista, y Wickham Steed, que había sido corresponsal de *The Times* en Viena antes de la guerra. Ambos miraban a Austria-Hungría con irritación; era una anomalía corrupta e incompetente y decidieron poner fin a su sufrimiento. Wickham Steed sentía un entusiasmo especial por la causa yugoslava, según el embajador británico en Roma, porque durante años había vivido, «creo que filialmente más que conyugalmente», con una eslava del sur muy inteligente.⁴⁹³

Croacia y Eslovenia, y también Bosnia, siguieron formando parte de Austria-Hungría durante la guerra y muchos de sus soldados lucharon lealmente por el viejo imperio hasta el último momento. Había croatas, eslovenos y bosnios, incluso serbios, en los ejércitos austríacos que bombardearon la capital de Serbia, Belgrado, y la redujeron a ruinas, que derrotaron al ejército serbio y obligaron al Gobierno serbio a exiliarse, que ocuparon Serbia y violaron y trataron brutalmente a la población civil. Fuera cual fuese su complicidad en el asesinato de Sarajevo, los serbios pagaron un precio muy alto. De una población de 4,5 millones de habitantes, más de 120.000 murieron en la guerra. Al terminar la contienda, por más que Trumbic y su comité de Londres hablaran de la unidad de los

eslavos del sur, no era fácil que enemigos tan recientes se viesan mutuamente como hermanos y hermanas. Por otra parte, no estaba claro qué otra opción tenían.

A medida que Austria-Hungría iba dando traspiés de un desastre militar al siguiente, sus eslavos del sur se volvieron hacia la independencia, muchos de ellos a su pesar. Los serbios, escarmentados temporalmente por las derrotas y por la caída de Rusia, su gran protectora, se mostraron más receptivos a la idea de crear un Estado yugoslavo. En su exilio de Corfú, Pasic se entrevistó con Trumbic y, en julio de 1918, los dos hombres acordaron que Serbia, Croacia y Eslovenia se unirían para formar Yugoslavia, cuyo gobernante sería el rey de Serbia. Los dos bandos cometieron el error de aplazar para otro momento hablar de una constitución y nunca quedó claro si el nuevo país sería una federación (como querían los croatas y los eslovenos) o un Estado unitario (como, por supuesto, deseaba Pasic). Pocas ilusiones podía hacerse Trumbic sobre cómo veían los serbios el proceso de unir a los diferentes pueblos. Un funcionario del Gobierno serbio le dijo alegremente que meter en vereda a los musulmanes de Bosnia no ofrecería ninguna dificultad. El ejército serbio les daría veinticuatro horas, no, quizás incluso cuarenta y ocho, para que abrazasen la fe ortodoxa. «A los que se nieguen los mataremos, como en nuestra época hemos hecho en Serbia». Trumbic dio un respingo: «No lo dirá en serio». «Totalmente en serio.»⁴⁹⁴

En los meses que siguieron a la Declaración de Corfú, Pasic se escabulló de cualquier unión real. Actuó entre bastidores para asegurarse de que los Aliados no reconocieran a Trumbic y al Comité Yugoslavo como portavoces de los eslavos del sur de Austria-Hungría.⁴⁹⁵ En octubre, poco antes de que terminara la guerra, sostuvo una entrevista en Londres con Wickham Steed, que seguía pensando que podría poner orden en los restos de Austria— Hungría y formar con ellos composiciones racionales. Pasic no se dejó manejar. Dijo a Wickham Steed que Serbia había liberado a los eslavos del sur de Austria-Hungría, que el objetivo de la Declaración de Corfú había sido puramente propagandístico y que Serbia iba a controlar cualquier nuevo Estado que se formara. Los croatas y eslovenos que no estuviesen conformes eran muy libres de irse a otra parte. «Sólo él tenía derecho a determinar la política que había que seguir; y quienes estuvieran a su servicio tenían que obedecer las órdenes». Wickham Steed se enfadó, acusó a Pasic de actuar como un sultán, y los dos hombres jamás volvieron a hablarse.⁴⁹⁶

Aparte de los que, como Wickham Steed, se autoproclamaban expertos, pocos hombres en el bando aliado se habían detenido a pensar en el futuro de Europa central y menos aún en el de los Balcanes. La súbita desintegración del Imperio de los Habsburgo en las últimas semanas de la contienda planteó serios interrogantes. ¿Seguiría habiendo algún tipo de Estado residual, con Austria y Hungría presididas tal vez por otra rama de los Habsburgo? Quizá Croacia podría convertirse en un reino nuevo bajo un príncipe inglés. En un plano más práctico, ¿quién iba a ser el propietario de los ferrocarriles y los puertos? ¿Y la flota austrohúngara? El joven emperador Carlos, en uno de sus últimos actos, la entregó a sus súbditos yugoslavos del sur, que se iban rápidamente. Tal vez porque los Balcanes ya habían causado tantos problemas, las potencias acordaron tácitamente que no se tocarían las fronteras que con tantas dificultades se habían fijado antes de 1914.

Mucho antes de que se inaugurase la Conferencia de Paz, los eslavos del sur habían decidido pasar a la acción. En Zagreb, la capital de Croacia, un Consejo Nacional de Croatas, Serbios y Esloveno se declaró independiente de Austria-Hungría el 29 de octubre de 1918. El siguiente paso no estaba claro. Muchos seguían esperando tener su propio Estado eslavo del sur. Numerosos serbios, en cambio, eran partidarios de unirse sencillamente a Serbia. Trumbic y sus seguidores preferían una federación, pero un número considerable de croatas quería una Croacia independiente. En aquel momento todas las opciones parecían abiertas.

En realidad, Serbia y las circunstancias las estaban cerrando. Aunque las presiones de los Aliados le obligaron a formar un Gobierno de coalición con Trumbic y representantes del Consejo Nacional en Zagreb la segunda semana de noviembre, Pasic se aseguró de que naciese muerto. «El viejo» informó Seton-Watson, «cambia de parecer en cuestión de horas y ni durante cinco minutos puede uno fiarse de su palabra de honor o lo que sea». Mientras tanto, sobre el terreno, el ejército serbio, como fuerza integrante del bando aliado, iba abriéndose en abanico y penetrando en territorio austríaco, primero hacia el norte y el sur y luego, en noviembre, hacia Croacia y Eslovenia. Las autoridades francesas, que en teoría eran responsables del sector, lo observaban con benevolencia. Francia no ponía ningún reparo a una Yugoslavia fuerte, ya que podía servir para frenar a Italia. Cuando los Voluntarios Yugoslavos, unos ochenta mil soldados de Austria-Hungría que ahora combatían en el bando aliado, intentaron obtener de los Aliados el reconocimiento como fuerza de ocupación, Pasic, con gran consternación de Trumbic y otros croatas, se aseguró de que no se lo concedieran.⁴⁹⁷ Alentadas por los serbios, varias asambleas autoproclamadas en el Banato y en Bosnia—Herzegovina se apresuraron a votar a favor de la unión con Serbia.⁴⁹⁸ En Montenegro, que se hallaba ocupado por tropas serbias, una asamblea nacional, integrada al parecer sólo por quienes tuvieran las opiniones apropiadas, votó con igual apresuramiento a favor de deponer al rey y unirse a Serbia.

En Zagreb el pánico se apoderó del Consejo Nacional. No tenía fuerzas militares propias y la ley y el orden se estaban desmoronando al atacar los campesinos a los terratenientes mientras pandillas de saqueadores entraban en las tiendas y las empresas. En la costa del Adriático, tropas italianas se estaban apoderando de los principales puertos. En las calles de Zagreb empezaron a aparecer manifestantes que exigían la unión inmediata con Serbia. El 25 de noviembre el Consejo Nacional decidió a toda prisa pedir a Serbia que concediera la unión. Detalles de la mayor importancia como, por ejemplo, la Constitución se resolverían más adelante. Un líder nacionalista croata advirtió en vano que no era aconsejable acudir corriendo a Belgrado como «gansos borrachos en la niebla».⁴⁹⁹ Muchos pensaban que, sin duda, las potencias les protegerían. Un militar estadounidense informó desde Eslovenia a principios de 1919: «El Gobierno y el pueblo hacen hincapié en su confianza casi patética en Estados Unidos como su paladín en París. Hablan constantemente del presidente Wilson y sus doctrinas y creen que sus reivindicaciones nacionales y su seguridad nacional, al igual que las de otros estados pequeños, sólo pueden conseguirse si estas doctrinas se aceptan y ponen en práctica como base del acuerdo de paz».⁵⁰⁰

El 1 de diciembre de 1918 el príncipe Alejandro de Serbia proclamó el Reino de los Serbios Croatas y Eslovenos. El nombre mismo fue un problema; los no serbios generalmente preferían el de Yugoslavia porque entrañaba una verdadera unión de iguales. Los serbios querían un nombre que consagrara la importancia central de Serbia. Fue un matrimonio precario, entre pueblos que habían estado divididos por años de historia, religión, influencias culturales y, más recientemente, la guerra. ¿Las afirmaciones de etnia común y lenguas parecidas eran suficientes para que resultase duradero? Los extranjeros lo dudaban; tal como un observador militar estadounidense escribió en la primavera de 1919:

«[...] aunque todos los funcionarios del Gobierno se esfuerzan (“demasiado bien”) en el protesto de que los serbios y los croatas son un solo pueblo, decir eso es absurdo. El “clima” social es totalmente distinto. Los serbios son soldados—campesinos; los croatas tienden a ser intelectuales pasivos. El Fiscal Público, de quien cabría esperar

cierta solidez mental, me dijo con franqueza que los croatas habían dejado de luchar contra sus opresores magiares hace mucho tiempo y se habían dedicado a las artes».

*Observó que el ejército serbio era cada vez más impopular en todos los territorios croatas.*⁵⁰¹

No mejoraron la situación el convencimiento de muchos serbios de que lo único que habían hecho era incrementar su territorio, más que fundar un nuevo país, ni su sospecha de que los croatas, eslovenos y musulmanes de Bosnia no habían intentado con demasiado empeño liberarse de la dominación austríaca y húngara. Si bien los serbios constituían menos de la mitad de la población, dirigían el nuevo país. El ejército serbio se convirtió en su ejército; las unidades croatas del antiguo ejército austrohúngaro fueron licenciadas. En la burocracia y el Gobierno los serbios ocupaban casi todos los puestos importantes. Belgrado continuó siendo la capital y los reyes de Serbia pasaron a ser los del nuevo Estado. Alejandro prestó juramento de lealtad a la constitución el 28 de junio de 1921, aniversario de la batalla de Kosovo, el día más importante de la historia de Serbia.⁵⁰² Fue un principio del que Yugoslavia nunca se recuperó.

En su primera reunión en París el Consejo Supremo tuvo que ocuparse de las consecuencias de la súbita aparición de Yugoslavia. ¿Montenegro debía ser tratado como un país aparte o no? El voto apresurado a favor de unirse a Serbia y deponer a la familia real había provocado una lucha armada entre los Verdes, que se negaban a reconocer la unión y en su mayoría eran monárquicos, y los Blancos, que sí la reconocían. (Los colores, y las divisiones, reaparecieron tras el derrumbamiento de la Yugoslavia de Tito en 1991). Sonnino, hablando por los italianos, puso objeciones al reconocimiento por separado alegando que los serbios y los montenegrinos eran prácticamente el mismo pueblo. Era obvio que Italia no quería que Serbia tuviese más voz de la que ya tenía.⁵⁰³ En cambio, los italianos se sintieron muy satisfechos al ver que Serbia se tragaba a Montenegro y esperaban que el bocado resultara especialmente indigerible.⁵⁰⁴ Lloyd George y Wilson estaban a favor de escuchar a ambas partes. Wilson sentía especial preocupación por el derecho de Montenegro a la autodeterminación: «La actuación de Serbia había contribuido en cierta medida a predisponerle contra ella. Imponer por la fuerza los procesos de autogobierno era absolutamente contrario a todos los principios». La dificultad, como reconocieron todos los estadistas, era encontrar a alguien, en las circunstancias del momento, que pudiera hablar por los montenegrinos. ¿Debían los Aliados reconocer al rey? Balfour dijo mordazmente: «Nosotros le pagamos». (Gran Bretaña y Francia habían subvencionado a Nicolás durante la guerra y aún no estaban decididas del todo a retirarle el reconocimiento). Wilson objetó que el rey sólo podía hablar en nombre propio y no por Montenegro.⁵⁰⁵

Problemas mucho mayores aguardaban a los participantes en la conferencia, pero había algo fascinante en Montenegro. El país, un punto en el mapa entre Croacia y Albania tan pequeño que pocas personas lograban encontrarlo, era absurdo y heroico, remoto y hermoso. Empujó al resto de Europa a preguntarse si los Balcanes tenían realmente algún sentido. ¿Eran sus estados países de verdad o el lugar que les correspondía eran las novelas de aventuras de John Buchan y Anthony Hope? Según la leyenda montenegrina, cuando Dios estaba creando el mundo tenía las montañas de Montenegro en un saco que se rompió; cayeron de forma muy desordenada sobre lo que se convertiría en la patria de los montenegrinos. Estos jugueteaban con sus montañas. Eran tal vez los habitantes más altos de Europa, guapos, orgullosos, valientes e indolentes, dados a beber café sin parar y a contar una y otra vez las antiguas victorias y deudas de sangre, con historias de venganza,

castigo, muerte antes que deshonor, las cabezas de los enemigos en estacas (costumbre que continuó hasta entrado el siglo XX). La intrépida viajera Edith Durham les tomó manía cuando miró por casualidad dentro del saco de un guerrero noble y descubrió su botín, que consistía en 60 narices humanas; a partir de aquel momento sus lealtades, que eran considerables, se inclinaron por los albaneses.⁵⁰⁶

Sus leyendas también afirmaban que los montenegrinos descendían de los serbios que habían huido de los invasores turcos en el siglo XIV y es verdad que eran ortodoxos igual que los serbios y hablaban una variante de su lengua. Desde sus montañas habían combatido a los turcos hasta detenerlos y por ello habían continuado siendo una isla cristiana autónoma en el mar musulmán turco. Sus gobernantes, hasta mediados del siglo XIX, habían sido obispos guerreros. Fundó la dinastía moderna el último obispo de la línea en 1851, momento en que se cansó de ser célibe y se casó. Su sobrino Nicolás II había estado en el trono desde la década de 1860.

Se daba la circunstancia de que Nicolás se hallaba en París, donde vivía de una pensión cada vez más reducida que le pasaban los británicos y donde sus hijas trabajaban de modistas.⁵⁰⁷ La opinión estaba dividida y unos le consideraban un payaso astuto (el parecer de Rebecca West),⁵⁰⁸ mientras que para otros era un gran rey guerrero (la opinión de Edith Durham, que antes de la guerra había pasado una velada feliz con él brindando con marsala).⁵⁰⁹ Había un tufillo medieval en el rey Nicolás: su insistencia en ponerse al frente de sus tropas en el campo de batalla, la costumbre de administrar justicia sentado bajo un árbol añejo, incluso las magníficas medallas que tan copiosamente se concedía a sí mismo y concedía a sus amigos.⁵¹⁰ Su capital, Cetinje, no era más que un pueblo grande; el Banco de Montenegro, una cabaña; y el Grand Hotel, una casa de huéspedes. La Biljarda, su palacio viejo, recibió ese nombre en honor de la muy preciada mesa de billar inglesa que con gran esfuerzo se había subido montaña arriba, y parecía una posada rural inglesa. Su palacio nuevo se parecía más a una pensión alemana, con los reales niños vestidos a la usanza popular estudiando sus lecciones con su preceptor suizo, mientras el rey permanecía sentado en los escalones de la entrada esperando visitas. Franz Lehar utilizó Montenegro como modelo para *La Viuda Alegre*.

En realidad, Nicolás no era una figura tan pintoresca como parecía. Se había educado en Francia entre otros sitios, y había maniobrado tan hábilmente en la maraña de la política de los Balcanes antes de la guerra que logró cuadruplicar la extensión de su minúsculo Estado. Asimismo, había casado bien a sus hijas, dos con sendos duques reales de Rusia, una con el rey de Italia y otra con el rey de Serbia. Su sueño era que Montenegro absorbiese a Serbia; no estaba escrito que tuviera que suceder al revés. En 1919 todavía albergaba la esperanza de recuperar el trono que perdiera durante la contienda.

Montenegro se había visto arrastrado a la guerra al ser invadido por Austria en 1916. Nicolás huyó a Italia con una alacridad que causó gran sorpresa en el bando aliado.⁵¹¹ Las sospechas de que había hecho un pacto secreto con los austríacos le siguieron a París. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico, por ejemplo, le consideraba un aliado traicionero que probablemente era culpable de lo que se le acusaba.⁵¹² Resultó claro en los debates en torno a la representación de Montenegro que nadie en París tenía la menor idea de cuál era la situación en el país, por lo que se decidió dejar pendiente el asunto de la representación montenegrina. Y pendiente seguía al concluir la Conferencia de Paz.

Nicolás hizo lo poco que podía hacer. Trató de conceder a House una de sus órdenes más magníficas; escribió a Wilson; envió memorandos optimistas que reivindicaban parte de Bosnia para Montenegro. No obtuvo ninguna respuesta; había, después de todo, problemas más apremiantes que la

suerte de un país de 200.000 habitantes. Su restauración encontró escaso apoyo en París.⁵¹³ Se celebraron nuevos referendos bajo supervisión serbia, que parecieron indicar que los montenegrinos querían formar parte de Yugoslavia. A finales de 1920 Francia dejó de apoyar a Nicolás y en la primavera de 1921 Gran Bretaña hizo lo propio. Nicolás murió, todavía en el exilio, aquella misma primavera.

Su nieto, arquitecto en Francia, ha dicho que no tiene ningún interés en reivindicar el trono. Montenegro continúa siendo una parte precaria de Yugoslavia, como lo ha sido desde 1918.

Cuando la delegación yugoslava tuvo finalmente su oportunidad de hablar ante el Consejo Supremo en febrero de 1919, presentó una serie de exigencias que se había formado tan apresuradamente como la nación misma, y con no menos disputas.⁵¹⁴ En un intento de contentar a todos, seis de las siete fronteras del país se sometieron a debate. Sólo se dejó en paz la frontera con Grecia, en el antiguo territorio otomano de Macedonia. En el oeste los eslovenos insistieron en Klagenfurt, en la cara norte de la estribación sur de los Alpes, como seguridad contra lo que quedaba de Austria. Por lo demás, se darían por satisfechos con casi las mismas fronteras que habían existido en el oeste entre Austria-Hungría e Italia. Pasic, como de costumbre, fue a lo suyo. Su interés principal, y el de los demás serbios, era avanzar hacia el este y penetrar en Bulgaria y el norte del Danubio, apoderándose de una franja de territorio húngaro. Entre otras cosas, esto protegería su capital, Belgrado, que había estado en una posición singularmente expuesta, separada de una hostil Austria-Hungría por un río.⁵¹⁵ A pesar de este inconveniente, los serbios la habían escogido porque se encontraba en la intersección del Danubio, que descendía del norte, y del río Sava, que fluía desde el oeste, en uno de los puntos estratégicos más importantes del sur de Europa. Desde el norte y el oeste los comerciantes, los peregrinos o los ejércitos tenían que pasar por Belgrado, si querían seguir hasta Grecia y el gran puerto de Salónica, o hacia el este y atravesar Bulgaria para llegar a Constantinopla. La ciudad había sido sitiada, defendida, tomada, saqueada y disputada por los romanos, los hunos, los cruzados, los turcos, los austríacos y, huelga decirlo, los propios serbios.

En el Consejo Supremo, la tarde del 18 de febrero, el serbio Milenko Vesnic empezó pidiendo disculpas por no tener todavía un memorándum completo que presentar a las potencias. Dijo en voz baja que había «ciertas dificultades». Vesnic, con mucho el mejor orador de la delegación, era cortés, afable y muy viajado. Su esposa, rica y atractiva, trabó amistad con la nueva señora Wilson. Vesnic colgó un mapa y expuso la base de las reivindicaciones yugoslavas: recompensa a la virtud (Serbia era una aliada leal y los eslavos del sur que vivían en Austria— Hungría habían hecho todo lo posible por entorpecer al enemigo durante la guerra), autodeterminación, seguridad. Acto seguido tomaron la palabra colegas eslovenos y croatas para explicar de forma convincente las reivindicaciones que suscitaban polémicas: las que afectaban a la ciudad de Trieste, que era en gran parte italiana, a las provincias húngaras de Backa y Baranya, situadas al norte de las fronteras tradicionales de Croacia, a las partes del Banato donde se hablaba rumano o a las regiones de habla alemana alrededor de Klagenfurt. Negaron que estuvieran pidiendo regiones que no eran eslavas: los censos antiguos no eran dignos de confianza y, en todo caso, los austríacos y los húngaros habían suprimido deliberadamente las escuelas y la cultura eslavas. ¡Pero si en el antiguo Imperio habían detenido a un hombre por pedir un billete de ferrocarril en esloveno!⁵¹⁶ Hasta los simpatizantes de Yugoslavia se inquietaron. «¿Han perdido por completo el sentido de la proporción y la sensatez?», preguntó un amigo de Seton— Watson⁵¹⁷

Yugoslavia ya estaba en posesión de gran parte de lo que quería en Austria-Hungría cuando empezó la Conferencia de Paz —Bosnia— Herzegovina, el núcleo esloveno de la antigua provincia

austriaca de Carniola, buena parte de Dalmacia y, por supuesto, el antiguo reino de Croacia—, pero quería aún más. La delegación pidió dos pedacitos en el oeste llamados Medimurje y Prekmurje, donde Croacia lindaba con Austria y Hungría, y más al este, la parte de la fértil llanura meridional de Hungría correspondiente a Baranya y Backa. Hungría tenía pocos amigos en París. No sólo era un enemigo derrotado, sino que parecía a punto de sumirse en una revolución. La cuestión principal que había que determinar era lo que resultaba razonable que obtuviese Yugoslavia. Medimurje y Prekmurje eran en gran parte croatas y eslovenas (aunque los húngaros trataron de negarlo) y, después de algunos debates, fueron entregadas. La suerte de Baranya y Backa, sin embargo, se vio mezclada con la disputa entre Rumanía y Yugoslavia por el vecino Banato en el este y se tardó mucho más en resolver el problema.

Porque las exigencias yugoslavas no eran las únicas. Para todas las naciones de los Balcanes la desaparición de Austria-Hungría era una oportunidad tan estimulante como las derrotas que el Imperio otomano había sufrido antes de la guerra. Cada una de ellas quería tanto como pudiese obtener, autodeterminación para sí mismas, pero no para las naciones vecinas. Ya durante el confuso periodo de octubre de en que Austria-Hungría pidió la paz y luego desapareció de la historia, los gobiernos balcánicos habían empezado a demarcar posesiones e introducir sus ejércitos en ellas. Surgieron organismos nuevos como setas después de una tormenta: consejos obreros, consejos de soldados, consejos de croatas, macedonios, griegos. No estaba claro quién se encontraba detrás de ellos, pero parecía que no tuviesen fin ni hubiera límite a sus exigencias.

Grecia deseaba el resto de la Turquía europea, y Bulgaria también. Tanto Grecia como Yugoslavia pensaban dividir Albania. Rumania y Bulgaria no lograban ponerse de acuerdo sobre la propiedad de la región de Dobrudja, que se extendía a lo largo de la costa occidental del mar Negro. Serbia, Grecia y Bulgaria querían más territorio de Macedonia. Se decían palabras bonitas sobre salvar la civilización y combatir por el derecho y el honor, pero debajo de ellas estaban las frías consideraciones de la *Realpolitik*. En el clima embriagador de 1918, cuando había líneas que bailaban en tantos mapas, cuando casi todo parecía negociable, era de locos no apoderarse de todo lo posible. Los estadistas de los Balcanes afirmaban admirar a Wilson; hablaban de autodeterminación, de justicia y de cooperación internacional y hacían peticiones que, según decían, representaban la voz del pueblo, y todo ello para reforzar la apropiación de territorios como en otros tiempos. Mostraban mapas trazados exquisitamente. «Haría falta una monografía extensísima», escribió un experto estadounidense, «para dar cabida a todos los tipos de falsificaciones de mapas a que dio lugar la Conferencia de Paz. Fue en los Balcanes donde el uso de este proceso alcanzó su apogeo más brillante.»⁵¹⁸

Los participantes en la conferencia disponían de pocas cosas que pudieran guiarles al llegar el momento de decidir sobre todas las reivindicaciones. Wilson había mencionado los Balcanes en los Catorce Puntos, de forma indirecta al hablar de la «oportunidad más libre de desarrollo autónomo» de los pueblos de Austria— Hungría y más directamente cuando dijo que había que ayudar a Rumania, Serbia y Montenegro a ponerse en pie de nuevo. También prometió que Serbia tendría acceso al mar, sin especificar cómo, y que todos los estados balcánicos, bajo la mirada benévola de las potencias, debían hacerse amigos «siguiendo pautas de lealtad y nacionalidad establecidas por la historia». El significado de esto último no estaba claro, pero inducía a pensar en la falta de atención tanto a la historia reciente como a la mezcla de nacionalidades que existía en los Balcanes.

Había también la sensación de que debía recompensarse a los aliados leales. Serbia debía recibir algo a cambio de su sufrimiento, tal vez puertos en el Adriático o, como mínimo, acceso al Egeo. Grecia y Rumania debían recoger el fruto de algunas de las promesas que tan libremente se habían

hecho durante el conflicto. Bulgaria y la Turquía otomana, con todo, debían pagar por haber luchado en el bando enemigo. Lo que podían pagar era otra cuestión. Estaba claro que el destino del Imperio otomano era el montón de los desechos y no le quedaba mucho en los Balcanes, y Bulgaria no sólo estaba arruinada, sino que ya había perdido mucho territorio en la guerra de 1913.

Los británicos se mostraron en general indiferentes a lo que sucediera en los Balcanes, así como en la mayor parte de Europa central, siempre y cuando sus intereses, ya fueran comerciales o navales, estuviesen protegidos. Preferían los estados fuertes y estables porque serían una barrera ante un posible resurgir de Alemania o Rusia. Si bien la «valiente y pequeña Serbia» tenía sus admiradores devotos, como también los tenían Montenegro y Albania, el Gobierno británico no estaba dispuesto a gastar esfuerzos ni dinero en ellas.⁵¹⁹ Francia, en cambio, se guiaba, como siempre, por la necesidad de protegerse de Alemania. Idealmente, la extensión de Serbia y Rumania y, en el norte, de Checoslovaquia y Polonia proporcionarían el contrapeso deseado y Alemania nunca se atrevería a volver a atacar a Francia. Y si una Serbia fuerte impedía que Italia se apartase del buen camino, tanto mejor. Si los franceses tenían algún apego sentimental en los Balcanes, era a Rumania, cuyos habitantes podían considerarse latinos como ellos.

Los italianos sabían lo que querían. Las circunstancias geográficas les obligaban a pensar seriamente en los Balcanes. Aunque en general se alegraron de la desaparición de Austria-Hungría, su enemiga hereditaria, y al menos los liberales simpatizaban con las naciones pequeñas que luchaban por obtener la libertad, los nacionalistas italianos no querían que ninguna otra potencia llegase a dominar los Balcanes, ya se tratara de una Rusia bolchevique o de un nuevo Estado de eslavos del sur. Iban a ser los nacionalistas quienes llevarían la política italiana en una dirección cada vez más belicosa y expansionista. El temor a un Estado fuerte de eslavos del sur hizo que Italia también estuviera dispuesta a respaldar las exigencias de sus vecinas, de Rumania a Austria y Bulgaria. En París, Sonnino insistió en que las reivindicaciones opuestas de Italia y Yugoslavia sólo debía debatirlas el Consejo Supremo. Temía, con razón, que un comité de expertos se preocupara por la imparcialidad a la hora de trazar fronteras y no tuviese en cuenta las promesas que Italia había recibido durante la guerra. Esa historia forma parte de la disputa más general entre Italia y sus aliados que estuvo a punto de provocar el naufragio total de la Conferencia de Paz.

Los estadounidenses, en los Balcanes como en otras partes, opinaban que el papel que les correspondía era el de intermediarios honrados y que debían hacer caso omiso de la diplomacia antigua y aplicar la pauta de la autodeterminación.⁵²⁰ Por desgracia, no era fácil averiguar la verdad sobre la población de los Balcanes. Definirse por la nacionalidad era algo tan nuevo que muchos habitantes de los Balcanes todavía basaban su identidad en la región donde habían nacido, en el clan al que pertenecían o, como hicieran bajo los turcos, en la religión que profesaban. Y, al igual que los charcos que quedan en una playa después de una gran tormenta, los Balcanes contenían muchas entidades. Clasificarlas por categorías nacionales era tarea difícil. ¿Los serbios y los croatas eran iguales porque hablaban prácticamente la misma lengua, o diferentes porque los primeros eran principalmente ortodoxos y usaban el alfabeto cirílico y los segundos eran católicos y usaban el latino? ¿Qué lugar correspondía a los macedonios, con los griegos por su historia o con los eslavos por su lengua?

Peor aún, no existían fronteras claras, ya fuesen lingüísticas, étnicas o religiosas. ¿Cómo podían trazarse divisorias bien definidas donde existía una mezcla tan grande de pueblos? ¿Cómo podían juntarse pueblos que se temían mutuamente? En los mapas demográficos de los Balcanes las pautas eran bastante bonitas, una dispersión puntillista de colores con, aquí y allá, una mancha más viva. Sobre el terreno, lo eran menos, un potaje de suspicacias y odios que en 1919 borboteaba con

creciente intensidad.

Las fronteras que se trazaron en este mundo dejaron un legado de minorías infelices y vecinos resentidos. Y en su corazón se hallaba la nueva Yugoslavia. Se había formado a sí misma, pero la Conferencia de Paz la reconoció y distintos comités expandieron sus fronteras. El resultado fue un país tres veces mayor que la antigua Serbia, pero con todavía más enemigos. El nuevo Estado tomó Montenegro, Eslovenia y Bosnia de Austria, Croacia y parte del Banato de Hungría, y pedazos de Albania y Bulgaria. Lo que estaba en juego, como ocurrió tan a menudo en la Conferencia de Paz, no era meramente la tierra y el destino de todos los que vivían en ella, sino la futura red de alianzas de la que dependería la paz de Europa. Italia y Rumania, que en teoría estaban en el mismo bando, tenían la sensación de que las habían estafado.

Austria, Hungría y Bulgaria, las vencidas, lloraron sus pérdidas, tanto de territorio como de gente propia. Grecia, en el sur, era su única amiga. Dentro de Yugoslavia, pueblos que tenían poco en común excepto la lengua nunca se pusieron de acuerdo sobre una interpretación también común de lo que el país significaba. Yugoslavia pagó muy caras sus ganancias durante la segunda guerra mundial, cuando sus vecinas, con mucha ayuda de Alemania, le arrebataron los territorios que había obtenido en la Conferencia de Paz y sus pueblos se volvieron unos contra otros. Aunque el líder comunista Tito logró juntar las piezas de nuevo, setenta años después de que la Conferencia de Paz de París reconociese su existencia por primera vez, Yugoslavia empezó a descomponerse en sus partes integrantes. Sus vecinas observaron el proceso con inquietud, como venían haciendo desde 1919.

10 Rumania

Unos cuantos días antes de que la Conferencia de Paz se inaugurara oficialmente, llegó a Rumania un rumor según el cual Bélgica y Serbia serían las únicas potencias pequeñas a las que se invitaría a participar. Ion Bratianu, el primer ministro rumano, presa de una «emoción violenta», llamó a los embajadores de las potencias aliadas y se quejó: «Se trata a Rumania como a una pobre desdichada que da pena y no como a una aliada que tiene derecho a que se le haga justicia». Les ordenó que dijeran a sus gobiernos que Rumania siempre había sido una aliada leal (afirmación dudosa); criticó indirectamente a Serbia por haber entrado en guerra sólo porque la habían atacado; masculló algo en tono amenazador sobre gente que había perdido el contacto con sus propios países (sus enemigos políticos, algunos de los cuales se encontraban en París); advirtió que si los Aliados no se andaban con cuidado, perderían toda su influencia en Rumania; y amenazó con retirarse (sin decir claramente de qué). Los embajadores aliados hicieron llegar esta curiosa afirmación a sus gobiernos, añadiendo una advertencia de cosecha propia: no convenía enemistarse con Rumania porque era útil como Estado tapón contra Rusia y el bolchevismo ruso.⁵²¹ Dado que las grandes potencias estaban completamente decididas a que Rumania tuviera representación, tanto la comedia como la advertencia eran innecesarias.

Los rumanos tenían muy buena opinión de su propia importancia; también esperaban mucho de la Conferencia de Paz. A primera hora del 8 de enero Harold Nicolson, de la delegación británica, sostuvo una breve entrevista con dos delegados rumanos: «Dicen que les da “demasiada vergüenza hablar de cuestiones internas”. En cuanto a las cuestiones externas, sin embargo, no muestran la menor vergüenza y exigen la mayor parte de Hungría».⁵²² Rumania también quería una tajada de Rusia, Besarabia, que ya tenía ocupada, y Bucovina —de Austria— en el norte. Sus exigencias eran exorbitantes, pero Rumania estaba especialmente bien situada para verlas convertidas en realidad. No había ninguna fuerza rusa capaz de parar a los rumanos y Hungría y Austria fueron humilladas. Rumania procedió a ocupar la Transilvania húngara y Bucovina en espera de la decisión definitiva de la Conferencia de París. La decisión tuvo que esperar hasta que se redactaron los tratados con Austria y Hungría.

En los Balcanes, Rumania acometió una tarea más difícil al reivindicar el Banato, que pertenecía a Hungría y también era reclamado por Yugoslavia. Esta apartada y bucólica región, que descendía hacia el oeste desde las estribaciones de los Alpes de Transilvania hasta el extremo meridional de la llanura húngara, causó muchas polémicas en 1919. Era una presa apetitosa: sus cerca de 29.000 kilómetros cuadrados, con sus industriosos agricultores, su fértil tierra negra, sus abundantes ríos y arroyos, producían grandes cantidades de maíz y trigo; rebaños de vacas de pelo largo pacían en sus pastos y gordos pollos y cerdos escarbaban en los corrales. El Banato casi no tenía industria digna de mencionarse, ninguna población de más de 100.000 habitantes y pocos grandes monumentos. Era una región más pintoresca que magnífica.

El 31 de enero de 1919, representantes de Rumania y Yugoslavia comparecieron ante el Consejo Supremo. Los chinos, los checos y los polacos habían comparecido días antes para presentar sus respectivos argumentos, precedente que inquietaba a Lloyd George, y no sólo a él. El día antes

preguntó si tenía que haber un programa más riguroso. «Pensaba que el debate sobre Checoslovaquia y Polonia el otro día fue un tremendo error. No quiso utilizar la expresión “una pérdida de tiempo” porque resultaba muy provocativa ¡y ya veía la expresión iracunda en los ojos del presidente! Al mismo tiempo, opinaba que no era la mejor forma de tratar el asunto». Si empezaban a ocuparse de cuestiones territoriales, debían seguir adelante y tomar algunas decisiones concretas. Después de un debate que no dio ningún resultado definitivo, el consejo aceptó la sugerencia de Balfour de escuchar a los rumanos y los serbios para que se sintieran más contentos.⁵²³ Al igual que muchas de las soluciones que propuso Balfour, ésta era más elegante que práctica.

Al oscurecer aquella fría tarde, Bratianu presentó los argumentos de Rumania. Rico, poderoso, refinado hasta rozar el absurdo, Bratianu tenía un profundo sentido de su propia importancia. Se había educado en aquellos semilleros de intelectuales que eran las Hautes Écoles de París, y nunca permitía que nadie lo olvidase. Le encantaba que le descubrieran echado en un sofá sosteniendo lánguidamente un libro de poesía francesa.⁵²⁴ Nicolson, que coincidió con él en un almuerzo en los comienzos de la conferencia, no quedó impresionado: «Bratianu es una mujer barbuda, un farsante con carácter, un intelectual de Rumania, un hombre sumamente desagradable. Guapo y eufórico, echa a un lado su hermosa cabeza para verse de perfil en el espejo. Hace complicados juegos de palabras que se imagina que son parisinos». ⁵²⁵ Gustaba bastante a las mujeres. «Ojos de gacela y mandíbula de tigre», dijo una. La reina María de Rumania, que de seducciones lo sabía todo, recordaba recatadamente una velada en que la luna llena había puesto a Bratianu «sentimental». ⁵²⁶ También dijo a Wilson, de forma menos caritativa, que Bratianu era «pesado, pegajoso y aburrido». ⁵²⁷

Abrió su cartera «con histriónica indiferencia», dijo Nicolson y reivindicó la totalidad del Banato. «Evidentemente está convencido de que es el más grande de los estadistas presentes. Una sonrisa irónica y afectada aparece de vez en cuando. Coloca su hermosa cabeza de perfil. Causa una impresión espantosa.»⁵²⁸ Sus argumentos iban de los rigurosamente legalistas —a Rumania se le había prometido el Banato en las cláusulas secretas del Tratado de Bucarest de 1916 con el que los Aliados la habían incitado a entrar en guerra— a los wilsonianos: los rumanos deberían estar en una sola nación. Durante su perorata echó mano de la etnología, la historia, la geografía y los sacrificios que Rumania había hecho durante la contienda. También dio a entender que los serbios se habían inclinado por Austria-Hungría en el pasado. (Los serbios acusarían a los rumanos de lo mismo).

Vesnic y Trumbic replicaron. Señalaron que Serbia sólo pedía la parte occidental del Banato. Si bien no podían invocar tratados secretos, sí podían emplear el mismo tipo de argumentos que los rumanos. «Desde la Edad Media», dijo Vesnic, «la parte del Banato que reivindica Serbia había estado siempre estrechamente relacionada con el pueblo serbio». Históricamente, prosiguió, «lo que Tile de France era a Francia, y la Toscana era a Italia, el Banato era a Serbia». Había dado a luz el renacimiento serbio y, más adelante, el nacionalismo serbio. Y cuando la familia real serbia se había exiliado, como es natural había buscado refugio allí. (A esto replicó Bratianu, de forma bastante razonable, que los caprichos de la política serbia habían empujado de vez en cuando a sus gobernantes a Rumania, pero eso no era motivo para que Serbia la reivindicase también.⁵²⁹)

En el debate, Wilson observó, con cierta sorpresa, que los delegados de las naciones balcánicas no «presentaban sus argumentos de la misma manera, y siempre había algo que no estaba claro». Estados Unidos estaba siempre dispuesto, según dijo, a aprobar un acuerdo basado en hechos.⁵³⁰ Balfour, que se había quedado medio dormido, intervino para hacer una pregunta aparentemente sencilla: ¿había cifras sobre la mezcla étnica en el Banato? Los yugoslavos contestaron que sí; en la parte occidental, que era la que ellos reivindicaban, predominaban los serbios y, además, también

eran serbios los monasterios y los conventos que había en todo el Banato. Había, por supuesto, gran número de alemanes y húngaros, pero preferirían ser parte de Serbia a serlo de Rumania. Bratianu dijo que no, que los rumanos eran mayoría si se tomaba el Banato como una unidad (por razones políticas e históricas lo único que se podía hacer); los monasterios no venían al caso porque todo el mundo sabía que los serbios, como eslavos que eran, tendían a ser religiosos; y, en cuanto a los alemanes y los húngaros, a los serbios les costaría manejar a minorías tan numerosas.⁵³¹

El 1 de febrero Bratianu presentó la lista completa de exigencias de Rumania: el Banato Transilvania, Besarabia en la frontera rusa, y Bucovina en el norte, y afirmó que todos aquellos territorios formaban histórica y étnicamente parte de Rumania. Los Aliados estuvieron conformes en los casos de Besarabia y Bucovina, ya que poco entusiasmo despertaba en ellos la idea de entregar la primera a una Rusia bolchevique y la segunda a una Hungría que en aquellos momentos también lo parecía. Transilvania era un territorio mucho más extenso y una cuestión más complicada. Los Aliados dieron por sentado que tratarían el asunto cuando llegara el momento de ocuparse del tratado con Hungría.

Bratianu advirtió que las grandes potencias debían resolver las reivindicaciones de Rumania antes de que la situación se les fuera de las manos y tuvieran lugar «graves acontecimientos». «Rumania necesitaba el apoyo moral de los Aliados, si se quería que continuara siendo lo que había sido hasta entonces, un aglutinante de Europa contra el bolchevismo.»⁵³² Este argumento, por supuesto, tuvo mucho éxito en París, pero en el caso de Rumania, hallándose como se hallaba entre la nueva Rusia bolchevique y la Hungría revolucionaria, era un argumento poderoso. El factor geográfico ayudó a Rumania de otra forma; estaba demasiado lejos para que los Aliados impusieran su voluntad. Rumania también había sido aliada en la guerra, aunque notoriamente poco fiable, y las promesas, que ahora resultaban tan embarazosas como las que recibiera Italia, las habían hecho Gran Bretaña y Francia.

La Rumania que París conocía era la culta y mundana de la princesa Marta Bibesco, cuyo salón era famoso en la capital de Francia antes de la guerra, o de su joven y bella prima, que emparentó con una antigua familia de la aristocracia francesa y que con el nombre de Anna de Noailles se convirtió en una de las poetisas más famosas de su generación. Las clases altas rumanas amaban a Francia: compraban educación en París para sus hijos y ropa y muebles para ellas. Y los franceses les correspondían a su modo, a la ligera; Rumania, según se decía, también era un país latino, los rumanos descendían de los legionarios romanos y todavía hablaban una lengua latina. En el siglo XIX Francia había apoyado la causa de la independencia rumana frente a los otomanos; en 1919 el Gobierno francés preveía una Rumania fuerte como contrapeso de Alemania y como parte crucial del «cordón sanitario» contra el bolchevismo ruso. Los rumanos mismos daban mucha importancia a sus conexiones occidentales: eran los herederos del Imperio romano, parte de la civilización occidental. De forma oportuna para las negociaciones de paz, podían argüir que debían devolverles toda la antigua provincia romana de la Dacia, incluida parte de Transilvania, que pertenecía a Hungría.

Había otra Rumania, con todo, una Rumania cuya historia era más complicada: la que a lo largo de los siglos habían invadido y colonizado pueblos procedentes del este, la que se habían repartido los reinos que habían aparecido y desaparecido en el centro de Europa y que, como Moldavia y Valaquia, había estado bajo el dominio del Imperio otomano desde principios del siglo XVI. Los mismos aristócratas rumanos que hablaban un francés tan exquisito e iban a París a comprarse ropa tenían retratos de sus abuelos ataviados con caftanes y turbantes.

Su sociedad estaba hondamente marcada por los años pasados bajo el corrupto Gobierno otomano. Los rumanos tenían un dicho: «El pez empieza a pudrirse por la cabeza». En Rumania casi todo

estaba en venta: cargos, licencias, pasaportes. De hecho, un periodista extranjero que en cierta ocasión trató de cambiar dinero legalmente, en vez de recurrir al mercado negro, dio con sus huesos en la cárcel porque la policía pensó que debía de estar envuelto en alguna estafa especialmente ingeniosa. Todo contrato del Gobierno producía la correspondiente parte de chanchullos. Aunque Rumania era un país rico, con abundante tierra de labranza, y en 1918 ya tenía una floreciente industria del petróleo, carecía de carreteras, puentes y ferrocarriles, porque el dinero que el Gobierno destinaba a todo esto iba a parar a los bolsillos de familias como la del propio Bratianu.⁵³³ Asimismo, los rumanos tendían a ver intrigas en todas partes. En París insinuaron sobriamente que el Consejo Supremo había caído bajo el dominio del bolchevismo o, de no ser así, lo habían sobornado siniestras fuerzas capitalistas.⁵³⁴

A los europeos occidentales que visitaban Rumania les llamaba la atención su sabor exótico, incluso oriental, que iba de las cúpulas en forma de bulbo de los templos de la Iglesia ortodoxa, a la que pertenecía la mayoría de los habitantes, a los taxistas que vestían caftanes de terciopelo azul y eran miembros de una secta en la cual se castraba a los hombres después de engendrar dos hijos. Antes de la guerra, Bucarest, la capital, era una ciudad encantadora, pero atrasada. La mayoría de sus edificios eran bajos y laberínticos, las calles, que en su mayor parte estaban sin asfaltar, aparecían llenas de vendedores ambulantes que vendían pájaros vivos, fruta, pastas o alfombras. Muchachas gitanas de ojos negros pregonaban sus flores; en los clubes nocturnos sus hombres tocaban música gitana o la popular «*Tu sais que tu es jolie*» [Sabes que eres bonita]. Las familias acomodadas vivían con su propio ganado en recintos vigilados por albaneses.⁵³⁵

Rumania, a pesar de su pretensión de ser muy antigua, era un país relativamente nuevo. Moldavia y Valaquia habían obtenido una independencia limitada de los otomanos a mediados del siglo XIX y la independencia total antes de 1880. Juntas formaban una ele invertida, con la provincia de Valaquia, más rica y desarrollada, extendiéndose de este a oeste a lo largo del lado meridional de los Alpes de Transilvania y Moldavia al este de los Cárpatos. En 1866 contaban con su propio príncipe alemán, el futuro rey Carlos, que había burlado los intentos austríacos de detenerle disfrazándose de viajante y tomando un vapor del Danubio. Su esposa era una mística célebre y escribía poesía y novelas románticas con el seudónimo de Carmen Sylva. A menudo había algo en Rumania que la hacía inverosímil.

Los rumanos mismos eran los napolitanos de Europa central. Ambos sexos eran muy aficionados a los perfumes penetrantes. Entre las clases altas, las mujeres iban muy maquilladas y los hombres, más discretamente, pero aun así las autoridades militares tuvieron que restringir el uso de cosméticos a los oficiales superiores a cierta graduación.⁵³⁶ Incluso después de que Rumania entrara en guerra, los observadores extranjeros se escandalizaban al ver oficiales que se paseaban «con las caras pintadas, abordando a prostitutas o unos a otros». Ruidosos, efusivos, melodramáticos, aficionados a pelearse, los rumanos de toda condición se entregaban a sus pasatiempos con entusiasmo apasionado. «Junto con la política local, el amor y hacer el amor son la gran ocupación y preocupación de todas las clases de la sociedad», dijo una gran dama rumana, que agregó: «la moral nunca ha sido uno de los fuertes de mis compatriotas, pero pueden alardear de encanto y belleza, ingenio, gracia e inteligencia».⁵³⁷ Incluso la Iglesia ortodoxa rumana adoptaba una actitud poco severa ante el adulterio, y permitía que una persona se divorciara hasta tres veces simplemente por consentimiento mutuo.

Antes de que Bratianu llegara a París, el portavoz de Rumania había sido el distinguido y encantador Take Ionescu. Alegre, atildado y bien alimentado, había estudiado Derecho en la Sorbona

y hablaba un francés excelente. Su esposa, Bessie, inglesa e igualmente alegre, era hija de un hospedero de Brighton. Ionescu había estado a favor de los Aliados desde el comienzo de la guerra y había contribuido en gran medida a que Rumania entrase en ella en el bando aliado. En cuanto a las reivindicaciones rumanas, era más moderado que su primer ministro. «Su actitud», informó un delegado estadounidense, «es muy amistosa en lo que se refiere a los serbios: los búlgaros, según dice, se han portado muy mal; de los 28.000 prisioneros rumanos que hicieron los búlgaros sólo 10.000 sobrevivieron al cautiverio».

En lo tocante al Banato, Ionescu era partidario de hacer un pacto: «tienen que ser amigos de Serbia y no quieren acaparar todo el Banato, sino que les dará la parte del sudoeste». ⁵³⁸ Y, de hecho, se cerró un pacto en octubre de 1918. Ionescu se había reunido con los yugoslavos y se había llegado a un acuerdo, en realidad parecido al que se firmaría meses más tarde, por el cual Rumania obtuvo la mayor parte y el resto fue para Serbia. La prensa rumana había atacado el pacto por considerarlo una traición contra la nación rumana y finalmente Bratianu lo echó por tierra, en parte al menos porque odiaba a Ionescu como rival político. ⁵³⁹ Cuando se escogió a la delegación que debía asistir a la Conferencia de Paz, Bratianu se aseguró de que Ionescu no formara parte de ella.

La reivindicación rumana del Banato puso de relieve, como era inevitable, factores étnicos; también hizo mucho hincapié en la actuación de Rumania en la contienda. Tal vez no fue la decisión más acertada. Rumania, muy sensatamente, se había mantenido al margen en los comienzos del conflicto. Bratianu, que a la sazón era primer ministro, dijo a sus colegas que debían esperar a la oferta más favorable. ⁵⁴⁰ De forma menos sensata, el Gobierno de Bratianu había hecho que este resultara demasiado obvio y se había comportado, según un diplomático francés, «igual que un vendedor en un bazar oriental». Cuando pareció que los Aliados llevaban las de ganar, en el verano de 1916, Rumania decidió finalmente entrar en guerra a cambio de la promesa de que recibiría todo el Banato, Transilvania y la mayor parte de Bucovina. Los rusos y los franceses acordaron ser privado que reconsiderarían todo el asunto cuando terminase el conflicto. ⁵⁴¹

Rumania eligió mal el momento; cuando sus tropas estuvieron en condiciones de entrar en acción, las potencias centrales ya se habían recuperado. A finales de 1916 más de la mitad del país estaba ocupado por los alemanes y los austríacos; durante aquel invierno 300.000 rumanos de una población total de seis millones murieron a causa de las enfermedades y la inanición. ⁵⁴² Sus aliados, quizás injustamente, echaron la culpa del desastre a la propia Rumania. ⁵⁴³ En mayo de 1918 Rumania firmó un nuevo Tratado de Bucarest con las potencias centrales y salió de la guerra; fue un gesto comprensible, pero tuvo consecuencias para las reivindicaciones territoriales de los rumanos. Dado que en el anterior Tratado de Bucarest, el de 1916, Rumania había prometido que no firmaría la paz por separado, los Aliados dejaron de considerarse obligados por sus promesas. Clemenceau nunca perdonó a Bratianu por lo que, a su modo de ver, era una traición. ⁵⁴⁴ Bratianu resolvió el contratiempo, al menos a satisfacción suya, dimitiendo y descargando la responsabilidad en sus sucesores (que él había elegido). Consiguió retrasar la ratificación del nuevo tratado en el Parlamento y el 10 de noviembre de 1918 volvió a declarar la guerra a Alemania. Anunció alegremente que esto significaba que el pacto con los Aliados seguía vigente. Rumania había firmado la paz sólo con el fin de conservar sus fuerzas para la guerra: «en ningún momento estuvieron los rumanos realmente en paz con el enemigo, ni jurídica, ni práctica, ni moralmente». ⁵⁴⁵ Por si acaso, con todo, acordó en secreto con los italianos, que también ansiaban limitar las ganancias de Serbia, que los dos países defenderían conjuntamente la necesidad de cumplir los tratados firmados durante la guerra. ⁵⁴⁶

El Consejo Supremo encontró las exigencias rumanas excesivas y las peleas con Yugoslavia a causa del Banato, fastidiosas. (Bratianu se quejó de que algunos de los miembros del consejo se habían dormido mientras él presentaba sus argumentos.⁵⁴⁷) Fue con obvio alivio que los negociadores siguieron la recomendación de Lloyd George de remitir las reivindicaciones de Rumania, incluida la tocante al Banato, a un subcomité de expertos para que buscara una solución justa. Añadió con optimismo que, cuando el comité hubiera estudiado la cuestión y arrancado la verdad, el consejo sólo tendría que volver a ocuparse de unos cuantos asuntos. Wilson estuvo de acuerdo, con la condición de que los expertos no examinaran la vertiente política del problema. (Lo que era «político» no se definió nunca). Clemenceau, tal vez como resultado de la intervención de Wilson, permaneció prácticamente mudo y Orlando rogó inútilmente que se resolviera la cuestión de las fronteras en el acto.⁵⁴⁸ Y así fue como el futuro del Banato y otros territorios codiciados del sur de Europa central se remitió a una comisión territorial especial, la primera de muchas, que no tendría más éxito en el intento de conciliar las distintas posiciones. Andando el tiempo, la Comisión de Asuntos Rumanos y Yugoslavos se ocupó de todas las fronteras de Yugoslavia, excepto las que tenía con Italia, porque los italianos insistieron en que éstas se reservaran para el Consejo Supremo.

Aunque los expertos de las comisiones territoriales (con el tiempo habría seis de ellas en total) no podían saberlo, casi todas sus recomendaciones se incluirían sin ningún cambio en los diversos tratados de paz, porque los grandes hombres sencillamente no tuvieron tiempo para estudiarlas de forma detallada.⁵⁴⁹ La comisión sobre Rumania iría ampliando su esfera de acción hasta que sus expertos determinaron las formas futuras de Yugoslavia, Rumania, Grecia y Bulgaria, así como el futuro equilibrio de poder en los Balcanes, entre Hungría y sus vecinos y entre la Rusia soviética y el sur de Europa central.

«¡Qué falible se siente uno aquí!», escribió Nicolson, uno de los expertos británicos, «Un mapa, un lápiz, papel de calco. Pese a todo, me acobardo al pensar en las personas que nuestras líneas errantes encierran o excluyen, la felicidad de varios miles de personas.»⁵⁵⁰

El Consejo Supremo no explicó en qué consistía un acuerdo justo. ¿Significaba proporcionar fronteras defendibles? ¿Redes de ferrocarriles? ¿Rutas comerciales? Al final los expertos sólo se pusieron de acuerdo en que intentarían trazar las fronteras guiándose por las nacionalidades.⁵⁵¹ El Banato, el territorio que dio origen al proceso, también presentaba sus dificultades. Vivía en él una rica mezcla de serbios, húngaros, alemanes, rusos, eslovacos, gitanos, judíos, incluso algunos franceses e italianos dispersos.⁵⁵² Y existía siempre el problema de cómo contar cabezas en una región donde el concepto de nacionalidad era tan escurridizo como las anguilas del Danubio. Bajo los dorados y tapices de la Sala de Banquetes del Quai d'Orsay, la comisión sobre Rumania sacó los mapas, leyó los documentos que le presentaron, oyó a los testigos y trató de imponer un orden racional a un mundo irracional.

También tuvieron en cuenta, al menos los europeos, sus propios intereses nacionales. En el asunto del Banato, los franceses, que buscaban aliados en Europa central, querían que tanto Rumania como Yugoslavia fueran fuertes y amigas. Los italianos, en cambio, se detuvieron en minucias y pusieron objeciones de poca monta en cuestiones de procedimiento, todo ello con el propósito de bloquear las exigencias de los yugoslavos, y luego horrorizaron a los estadounidenses insinuando que tal vez admitirían algunas de ellas a cambio de la aceptación de sus propias reivindicaciones en el Adriático. Incluso donde hubieran podido hacer un gesto magnánimo, y mejor todavía sin ningún coste, y aceptar la reivindicación yugoslava de la región austríaca de Klagenfurt, no quisieron hacerlo. «Mala diplomacia», en opinión de Charles Seymour, joven historiador de la Universidad de

Yale. Un colega francés fue más categórico: «No le importó la falsedad de los italianos, pero sí puso reparos a su torpeza». ⁵⁵³ Los estadounidenses intentaron valerosamente definir el elusivo acuerdo justo, y los británicos trataron de conciliar a los estadounidenses con los franceses. «Para empezar, hubo muchos intentos de persuadir arteramente», informó Seymour, «y muchas maniobras sucias para obtener posiciones ventajosas, por así decirlo. Los británicos estuvieron firmemente de nuestro lado para acabar con esto y ponernos a trabajar en serio.» ⁵⁵⁴

Los yugoslavos repitieron los argumentos que ya habían expresado y presentaron peticiones harto dudosas de varios grupos que, al parecer, anhelaban formar parte de Yugoslavia. ⁵⁵⁵ Bratianu causó mala impresión al negarse a transigir, sacar el genio y enfurruñarse si las preguntas que le hacían eran excesivamente detalladas. Adujo el curioso argumento de que conceder la totalidad del Banato a Rumania mejoraría, de hecho, las relaciones con Yugoslavia, como «la extracción de una muela». También profirió amenazas: si no le daban el Banato, dimitiría y dejaría que los bolcheviques se apoderasen de Rumania. ⁵⁵⁶ Intentó asimismo pasar por encima de los expertos y apelar directamente a Wilson, que le dijo que fuera a ver a House, que a su vez tuvo que soportar una arenga de borracho sobre cómo Rumania se había visto traicionada por sus aliados. Bratianu también acusó a Hoover de retener los empréstitos y los envíos de alimentos hasta que los intereses estadounidenses, judíos por cierto, recibieran concesiones para la explotación del petróleo de Rumania. Las noticias que llegaban de Europa central no le favorecían. Rumania estaba avanzando más allá de las líneas establecidas por el armisticio y penetrando en Hungría y Bulgaria; sus tropas se estaban concentrando en el borde septentrional del Banato; estaba lanzando acusaciones descabelladas en el sentido de que los serbios asesinaban a civiles rumanos. En comparación con los rumanos, los yugoslavos parecían razonables. ⁵⁵⁷

A comienzos de marzo la delegación rumana se vio reforzada con la llegada de la reina María, acompañada por tres hijas rollizas, en el tren real. Colette la describió para *Le Matin*: «La mañana era gris, pero la reina María llevaba luz en su interior. El brillo de sus cabellos dorados, la claridad de su cutis sonrosado y blanco, el fulgor de sus ojos imperiosos, pero dulces, una aparición así te deja sin habla». La reina habló encantadoramente de su vivo deseo de ayudar a su país; llamó la atención sobre la labor que había hecho durante la guerra. «Sencillamente iba, ¡Dios mío!, sencillamente iba a donde me llamasen, y me necesitaban en todas partes». Dijo modestamente que era «una especie de bandera enarbolada por mi país». ⁵⁵⁸

En verdad lo era. Fue una suerte que el heredero del trono rumano se hubiera casado con la única nieta de la reina Victoria que no tuvo ninguna dificultad en sacudirse de encima su educación inglesa y adoptar las costumbres de su nuevo país. El rey era terriblemente aburrido, tímido y bobo; su esposa era encantadora, vivaz y adúltera. Esto gustó mucho a sus nuevos súbditos. ⁵⁵⁹ Entre sus amantes se contaron Joe Boyle, el gallardo minero millonario de Klondike, Canadá, y el cuñado de Bratianu, que, según decían, fue el padre de todos los hijos de la reina excepto el que resultó un desastre y se convirtió en el rey Carlos. ⁵⁶⁰ La reina también era muy derrochadora. El motivo de su viaje a París fue tanto ir de compras como conseguir algo para su país. «¡Rumania!», exclamó, «debe tener Transilvania, también Besarabia. ¿Y si por falta de un vestido se perdiera una concesión?» ⁵⁶¹ Hablaba constantemente de «mis» ministros, «mi» país y «mi» ejército. De su esposo, el rey, prescindía por completo; afirmaba que una carta llena de consejos que el rey envió a París era «casi imposible de leer, pero como empezaba diciendo que tenía plena confianza en ella, nunca trató de leer el resto». ⁵⁶²

Desde su suite en el hotel Ritz trató de conquistar a los poderosos. Suplicó a Foch, con cierta

fortuna, que enviara armas a Rumania, con el pretexto de que se usarían en la lucha contra el bolchevismo. Halagó a House, que dijo de ella que era «una de las personalidades más encantadoras de todas las mujeres de la realeza que he conocido en Occidente». ⁵⁶³ El embajador británico en París cenó con ella: «Es realmente una mujer divertidísima y si no fuese tan sencilla pensarías que era muy presuntuosa». ⁵⁶⁴ La reina preguntó a Balfour con gracia si con Wilson debía hablar de sus recientes compras o de la Sociedad de Naciones. «Empezad por la Sociedad de Naciones», aconsejó Balfour «y terminad por la camisa de color de rosa. Si estuvierais hablando con el señor Lloyd George, ¿podríais empezar por la camisa de color de rosa!». Lloyd George la encontró «muy traviesa, pero una mujer muy inteligente». ⁵⁶⁵ Clemenceau también la encontró divertida. Pero le dijo con franqueza que estaba disgustado con Rumania porque había firmado la paz por separado con el enemigo y le habló de la antipatía que le inspiraba Bratianu. Al acusar a Rumania de querer la parte del león en el Banato, María respondió de forma maliciosa: «justamente por eso he venido a ver a su primo hermano, el Tigre». Clemenceau respondió enseguida: «Jamás un Tigre ha tenido un hijo con una leona». ⁵⁶⁶

Su gran fracaso fue Wilson. En su primera entrevista escandalizó al presidente hablando del amor; Grayson, el médico de Wilson, dijo: «Nunca había oído a una dama hablando de estas cosas. Sinceramente no sabía a dónde mirar de tan violento como me sentía». ⁵⁶⁷ Luego María se invitó a almorzar, «con uno o dos de mis caballeros». Llegó media hora tarde con un séquito de diez personas. «A cada momento, mientras esperábamos», comentó otro invitado, «pude ver por la expresión del presidente que se estaba cortando otra tajada de Rumania.» ⁵⁶⁸ La reina opinó que el almuerzo fue muy bien; de hecho, pensaba que su estancia en París había ayudado mucho a su pueblo. «Había suplicado, explicado, había roto incontables lanzas en su defensa. Había dado a mi país un rostro vivo.» ⁵⁶⁹

Hubiera hecho mejor dedicando más tiempo a los subordinados de los grandes hombres. El 18 de marzo la comisión sobre Rumania dividió la presa del Banato y el tercio occidental fue para Yugoslavia y la mayor parte del resto para Rumania. También dio a Yugoslavia alrededor de una cuarta parte de Baranya y bastante más de la mitad de Backa, en el extremo occidental del Banato. Los expertos estadounidenses, preocupados como siempre por la imparcialidad ética, insistieron en que una región predominantemente húngara cerca de la ciudad de Szeged continuara perteneciendo a Hungría. El 21 de junio, a pesar de las protestas apasionadas de los rumanos, el Consejo Supremo aceptó las recomendaciones de la comisión. Los yugoslavos causaron brevemente problemas negándose a evacuar una isla del Danubio que se había concedido a Rumania y en el otoño de 1919 hubo tensión entre Rumania y Yugoslavia en el Banato. Hasta 1923 no acordaron las dos naciones — de mala gana— respetar la decisión del consejo.

La nueva línea que se trazó en el mapa no podía resolver el problema de la población; casi sesenta mil serbios quedaron en Rumania a la vez que 74.000 rumanos y casi cuatrocientos mil húngaros siguieron en Yugoslavia. En el nuevo mundo de estados étnicos que había triunfado en el centro de Europa la situación de estas minorías era incómoda; con demasiada frecuencia se veían tratadas como intrusas, aunque llevaran siglos allí. Tanto Rumania como Yugoslavia siguieron políticas de asimilación. Yugoslavia acabó agrupando en Vbivodina lo que había obtenido de Hungría; Belgrado gobernaba con mano dura, igual que hoy. Se decretó que el serbio fuera la lengua del mundo de los negocios; los rótulos de los comercios tenían que redactarse empleando el alfabeto cirílico, aunque también podía utilizarse el latino siempre y cuando estuviera debajo; en los conciertos debía interpretarse determinado número de piezas serbias; los periódicos y los libros de texto de las

escuelas estaban sometidos a una censura rigurosa. En los años treinta del pasado siglo, un observador extranjero se fijó en que incluso los serbios de Vbivodina cantaban una cancioncilla triste:

Di cuatro caballos

Para traer a los serbios aquí...

Darían ocho

Para que se fuesen. [570](#)

Durante la segunda guerra mundial la Alemania de Hitler y Hungría se repartieron la región, que luego pasó a ser campo de batalla entre los ocupantes y la resistencia. Szeged, la ciudad que los estadounidenses habían insistido en que fuese para Hungría, se convirtió en el emplazamiento del campo de exterminio de los judíos de Vbivodina y, de hecho, de toda aquella parte de Europa. Hoy día quedan pocos judíos o gitanos en Vbivodina, pero la población continúa siendo una mezcla. Sólo la mitad es serbia y casi una cuarta parte es húngara. Belgrado ha vuelto a echar mano de las consabidas técnicas de intimidación y represión para tenerla controlada. Es difícil ver un futuro pacífico.

Rumania fue vencida en su reivindicación del Banato, pero a la larga las cosas le fueron extraordinariamente bien. De todos los vencedores que participaron en la Conferencia de Paz fue, con mucho, quien más ganancias obtuvo, ya que su población y su extensión se multiplicaron por dos. Además, se da la circunstancia poco frecuente de que ha logrado conservar la mayor parte de lo que ganó, si bien es cierto que Besarabia volvió a quedar en poder de la Unión Soviética después de la segunda guerra mundial. Los soviéticos también tomaron alrededor de la mitad de Bucovina en el norte y los búlgaros recuperaron parte de la disputada Dobrudja en el sur. Pero Rumania todavía tiene su mayor ganancia, Transilvania.

11 Bulgaria

Mientras se debatía la cuestión del Banato, la posibilidad de convertirlo en parte de una complicada serie de pactos territoriales fue propuesta nada menos que por los estadounidenses. Si se daba a Rumania una parte mayor del Banato, tal vez estaría dispuesta a devolver una porción del territorio que en 1913 había arrebatado a Bulgaria, su vecina en el sudoeste; quizás entonces Bulgaria se avendría a ceder algunos territorios a Yugoslavia, que en tal caso estaría más conforme con perder una parte del Banato.⁵⁷¹ La propuesta no dio resultado alguno, lo cual no era de extrañar. Rumania y Yugoslavia no estaban de humor para hacer concesiones.

Bulgaria, la única nación balcánica que había combatido al lado de los alemanes y los austríacos, no estaba representada en la Conferencia de Paz, desde luego. A pesar de ello, estuvo sorprendentemente cerca de ganar territorio en lugar de perderlo. Tenía algunos amigos, en particular en Estados Unidos, y ni siquiera sus enemigos eran acérrimos. Además, el principio de la autodeterminación la favorecía. Los búlgaros eran mayoría en por lo menos dos regiones situadas fuera del país, en la costa occidental del mar Negro, en el sur de Dobruja, y en el oeste de Tracia, en el extremo superior del Egeo. También es posible, como argüían los búlgaros, que fuesen mayoría en algunas partes de Macedonia que pertenecían a Yugoslavia, pero, como era tan frecuente en los Balcanes, comprobarlo resultaba extraordinariamente difícil.

En qué consistía ser búlgaro no estaba claro.

No se trataba de la religión porque, si bien la mayoría de las personas que hablaban búlgaro eran ortodoxas, algunas eran musulmanas. Posiblemente la raza era un componente, pero ¿eran eslavos o nómadas procedentes de Asia como, por ejemplo, los mongoles, o una mezcla? ¿Y en qué se diferenciaban de los serbios y los macedonios? Después de todo, hablaban lenguas muy parecidas. El nacionalismo búlgaro era un fenómeno tan nuevo como los otros nacionalismos de los Balcanes, tal vez más porque los búlgaros habían vivido bajo la dominación otomana desde el siglo XIV, más tiempo que cualquier otra nación balcánica. En la década de 1870 los búlgaros finalmente se habían rebelado. Gladstone había pronunciado algunos de sus más grandes discursos a raíz de las matanzas de miles de búlgaros que perpetraron los otomanos. En 1919, sin embargo, a ojos de Europa occidental los búlgaros no aparecían como víctimas, sino más bien como criminales de los que no era posible fiarse.⁵⁷² En cuanto a sus fronteras, de las que se ocupó la Comisión sobre Asuntos Rumanos y Yugoslavos, los expertos británicos y franceses estaban de acuerdo en que debía reducirse la extensión de Bulgaria.

Desde su nacimiento como nación moderna, Bulgaria venía fluctuando como una ameba balcánica. En 1878 una Bulgaria enorme y autónoma había surgido del Imperio otomano y se había extendido hacia el oeste hasta alcanzar las fronteras de Albania y hacia abajo hasta el extremo superior del Egeo. Era demasiado, tanto para sus vecinas como para las grandes potencias. Serbia se apoderó de gran parte de Macedonia; y Grecia, de Tracia occidental. Después de una efímera expansión en 1912, Bulgaria perdió el sur de Dobruja, que pasó a poder de Rumania. Recuperar lo perdido se convirtió en parte del sueño nacional búlgaro, junto con aquella edad de oro en el siglo X en que Bulgaria llegaba al Adriático en el oeste y al mar Negro en el este.

Si los rumanos eran los napolitanos de los Balcanes, los búlgaros, que en 1919 sumaban unos cinco millones, eran los escoceses de las tierras bajas. Aduetos, muy trabajadores, ahorradores y taciturnos, tenían fama de testarudos. Como decía un proverbio local, «el búlgaro perseguirá la liebre en un carro tirado por bueyes, y la alcanzará».⁵⁷³ En la Gran Guerra la liebre que Bulgaria quería por encima de todo lo demás era Macedonia, meta que compartía su rey, un ambicioso y astuto príncipe alemán que en Europa era conocido por el nombre de Fernando «el Zorro». La posesión de Macedonia permitía controlar no sólo la costa del Egeo, sino también los valles y los ferrocarriles que comunicaban Europa central con el sur y Oriente Próximo. Después de sopesarlo algo, Fernando y su Gobierno decidieron que las potencias centrales ofrecían mejor trato, así que en el otoño de 1915 Bulgaria atacó a Serbia. Los Aliados, a su vez, declararon la guerra a Bulgaria. Los búlgaros gozaron de un breve periodo victorioso durante el cual se apoderaron del sur de Dobrudja y de gran parte de Macedonia, pero en 1918 sus ejércitos, escasos de armas y alimentos, no pudieron seguir luchando. Bulgaria fue la primera de las potencias centrales en rendirse.

Con la derrota de Bulgaria, Fernando abdicó y volvió a sus grandes posesiones de Austria—Hungria, donde se dedicaba a observar a los pájaros, la única gran pasión de su vida aparte de su madre. Le sucedió su hijo Boris, que era un joven delgado e infeliz.⁵⁷⁴ El principal placer que Boris tenía en la vida era conducir trenes; los maquinistas del Orient Express recibieron la advertencia de no permitir que Boris se acercara a su cabina.⁵⁷⁵ Sus nuevos súbditos le tenían por tonto o algo peor. La mayoría de los observadores no pensaba que durase mucho tiempo en el trono, opinión que él mismo compartía.⁵⁷⁶ Los Aliados veían las cosas con inquietud desde lejos. ¿Se volvería Bulgaria comunista? ¿Y si se negaba a firmar un tratado de paz? Tal como el representante militar británico señaló en el verano de 1919, «los Aliados no tenían tropas y, si se provocaba un levantamiento nacional, sería imposible sofocarlo».⁵⁷⁷

Era mucho lo que dependía de la extravagante figura de Aleksandar Stambolijski, que, en opinión de un observador británico, era «como un bandolero atravesando un zarzal».⁵⁷⁸ El principal republicano de Bulgaria y lo contrario de Boris en todos los sentidos: poderoso, tosco, lleno de confianza en sí mismo y enérgico. Hacía una hora de gimnasia diaria en su pequeña alquería.⁵⁷⁹ A diferencia de Boris, ni remotamente se sentía intimidado por Fernando.⁵⁸⁰ Cuando Bulgaria se inclinaba hacia Alemania y Austria-Hungria, no sólo atacó al rey en una audiencia privada, sino que publicó los detalles en su periódico, por lo cual fue condenado a prisión.

Stambolijski se enorgullecía de sus orígenes campesinos. Aunque había ido a la universidad en Alemania, su lenguaje estaba lleno de metáforas sobre toros que se apareaban y gallinas que cacareaban. No era comunista, como sospechaban muchos, sino más bien un socialista campesino que recelaba tanto del comunismo como del capitalismo, combinación que resultaba atractiva en un país donde abundaban los pequeños agricultores. Expresaba las suspicacias que en ellos despertaban la gente de la ciudad y las clases altas. «¿Quién os envió a las trincheras?», preguntaba. «Ellos. ¿Quiérsos hizo perder Macedonia, Tracia y Dobrudja?»⁵⁸¹

En septiembre de 1918, al derrumbarse los ejércitos búlgaros, una de las últimas cosas que hizo Fernando fue llamar a su viejo enemigo.

Stambolijski calmó a las tropas amotinadas. En el otoño ya era presidente del Gobierno. Curiosamente, no tomó ninguna medida para abolir la monarquía, quizá porque le había tomado afecto al «reyezuelo». Boris.⁵⁸² Además, en 1919 Bulgaria no podía permitirse más sacudidas. Hacía frente a enemigos casi en todas partes. Los turcos y los búlgaros se odiaban desde hacía años. Rumania tenía tropas en la frontera del norte y se estaba preparando para avanzar hacia el sur. Grecia

se hallaba concentrando tropas en la frontera del sur y se quejaba de los crímenes de los búlgaros, entre ellos el robo de vacas.⁵⁸³ Sólo Yugoslavia ofrecía alguna esperanza de amistad. El viejo sueño de que Serbia y Bulgaria formasen un gran Estado eslavo del sur no había muerto del todo en ninguno de los dos países.⁵⁸⁴ (De hecho el mariscal Tito lo resucitó después de la segunda guerra mundial). Sin embargo, el momento no era propicio para hablar de la unidad de los eslavos, dada la forma en que los búlgaros se habían comportado durante la guerra, primero atacando a Serbia en un movimiento de pinza con Austria-Hungría y Alemania y luego asolando las tierras serbias. En un momento de 1919 los serbios y los griegos hablaron de una guerra contra Bulgaria, idea que Clemenceau vetó con firmeza.⁵⁸⁵

Un hecho sorprendente es que los búlgaros esperasen con mucho optimismo la inauguración de la Conferencia de Paz. Al representante estadounidense en Sofía el punto de vista de los búlgaros le pareció «extraño»: se consideraban una de las naciones aliadas.

«Se hacen cargo de que cometieron un “crimen”, como lo llamó el presidente del Gobierno, pero una vez admitido este hecho, parecen pensar que no hay más que hablar del asunto y, al parecer, no alcanzan a comprender por qué motivo hay rencor o resentimiento contra Bulgaria entre los Aliados, o por qué hay algo que impide que Bulgaria vuelva a su posición de antes de la guerra, la de “Niña Mimada de los Balcanes”.»⁵⁸⁶

El presidente del Gobierno búlgaro reconoció ingenuamente que su país había cometido un error enorme al unirse a Alemania y Austria: «Bulgaria nunca hubiese entrado en guerra si se hubiera dado cuenta de que ello representaría chocar con Inglaterra y las grandes potencias». El pueblo búlgaro siempre se había opuesto a la alianza que durante la guerra le había impuesto «una pequeña banda de políticos sin escrúpulos, a sueldo de Alemania». Los victoriosos Aliados, de hecho, tenían contraída con Bulgaria una deuda de gratitud por haber pedido un armisticio y empezado así el proceso que puso fin a la contienda.⁵⁸⁷

El Gobierno búlgaro tenía fe especialmente en una potencia: «Ahora, en el momento más sombrío de su historia, miraba a Estados Unidos como el único país que podía salvarla prácticamente del aniquilamiento». Se decía que Wilson era muy admirado por los búlgaros; en particular, dado que muchos de ellos vivían fuera de su país, a los búlgaros les gustaba el principio de autodeterminación que preconizaba Wilson. Fue una muestra de astucia por parte de Bulgaria. No estaba oficialmente en guerra con Estados Unidos y los estadounidenses en general simpatizaban con ella, alentados por la labor entusiasta de la Junta Protestante. (Un cínico sugirió que la junta era uniformemente pro búlgara porque Bulgaria era el único país balcánico donde había gozado de cierto éxito).⁵⁸⁸ Los expertos estadounidenses estaban a favor de dar a Bulgaria acceso al Egeo, e sur de Dobrudja y tal vez parte de Macedonia.⁵⁸⁹ Bulgaria misma se hubiera conformado con todavía más. El gobierno búlgaro envió un memorándum a París con sus exigencias, entre las que se encontraba la totalidad de Tracia; «irreal e indigna del asunto» fue el parecer de la delegación británica.⁵⁹⁰

Las fronteras meridionales de Bulgaria no podían decidirse hasta que se firmara la paz con el Imperio otomano, lo cual estaba claro que tardaría algún tiempo en suceder. En lo que se refería a Macedonia, los aliados acabaron decidiendo que ya tenían suficientes cosas que hacer sin preocuparse por aquel infeliz y muy disputado territorio. Los británicos y los franceses estaban de acuerdo en que era peligroso ponerse a toquetear fronteras fijadas en los Balcanes antes de 1914. Así pues, se dejó en paz Macedonia, pese a que debido a ello un número considerable de búlgaros quedó bajo dominación yugoslava.

Tal vez se hubiera persuadido a los británicos y los franceses a saltarse su propia regla (como

hicieron más tarde al quitarle Tracia occidental y dársela a Grecia) de haber opinado que Bulgaria lo merecía. Pero no era así. Con todo, cuando Yugoslavia, reivindicó territorio en la frontera occidental de Bulgaria para proteger líneas de ferrocarril de crucial importancia y la propia Belgrado de futuros ataques, los británicos y los franceses se mostraron dispuestos a escuchar. Los italianos, que eran hostiles a Yugoslavia, pusieron objeciones. Asimismo, parece ser que soldados italianos que formaban parte de las fuerzas de ocupación aliadas dejaron escapar prisioneros búlgaros, no se dieron ninguna prisa en desarmar al ejército búlgaro e incluso le proporcionaron armas. Al final, desoyendo las objeciones italianas, se entregaron Yugoslavia cuatro territorios habitados principalmente por búlgaros. No era tanto como quería Yugoslavia, pero demasiado en opinión de Bulgaria, que se quejó amargamente de que había perdido todos los puntos estratégicos en las montañas que separaban los dos países.⁵⁹¹

El Sur de Dobrudja causó más amargura en Bulgaria. Los estadounidenses insistieron en que la Conferencia de Paz se ocuparía de la propiedad de la región. Por razones étnicas, la reivindicación de Bulgaria era mucho mejor que la de Rumanía. La población era mixta: en gran parte tártaros, turcos, musulmanes de habla búlgara y búlgaros cristianos, que probablemente constituían una leve mayoría. Había menos de 10.000 rumanos en una población de casi trescientas mil personas.⁵⁹² A pesar de ello, Rumanía logró quedarse con ella en la Conferencia de Paz, en parte porque la cuestión tenía poca importancia en el contexto mucho más amplio de la disputa entre Bratianu y los Aliados, a causa de la exigencia por parte de Rumanía de porciones de Hungría y Rusia. Y, como ocurría con tanta frecuencia, las realidades se habían creado sobre el terreno: cuando se inauguró la Conferencia las autoridades militares francesas de las fuerzas de ocupación habían permitido que tropas y funcionarios civiles rumanos se hicieran con el control militar de la región.⁵⁹³

Por desgracia par Bulgaria, Estados Unidos, la única potencia que apoyaba su reivindicación, se estaba desentendiendo de Europa y sus asuntos cuando se planteó la cuestión. Los delegados estadounidenses que permanecieron en París expusieron obstinadamente sus argumentos durante todo el verano de 1919, pero ya no ejercían mucha influencia sobre las potencias europeas, que sostenían, como dijo Balfour con su indiferencia acostumbrada, que si bien Rumanía debía renunciar a un territorio «que claramente no era rumano», no era el momento para hacer semejante petición. «Cabría suponer que se mantuvo la antigua frontera en Dobrudja, aunque tal vez esto no fue equitativo ni conducente a la paz en los Balcanes.»⁵⁹⁴

La delegación búlgara, que incluía a Stambolijski, fue llamada a París en julio de 1919, aunque el tratado no estaba listo. Durante dos aburridos meses y medio, la delegación permaneció sentada en su hotel, un antiguo castillo en Neuilly, en las afueras de París, vigilada por la policía. Se le prohibió ir a París, su correspondencia era censurada y no le permitían recibir visitas. En una carta a Clemenceau se quejó de que la prensa francesa estaba atacando a los búlgaros y tachándolos de «bárbaros que no son dignos de la confianza y la amistad de las naciones civilizadas.»⁵⁹⁵

Cuando el borrador del tratado se presentó finalmente en septiembre, la delegación tuvo muchos más motivos de queja. Bulgaria perdió alrededor del 10 por ciento de su territorio, incluido el sur de Dobrudja, así como lo que tenía del oeste de Tracia, junto con su acceso al Egeo. (Los Aliados se hicieron cargo provisionalmente de Tracia, pero Grecia, que había acudido a París con una larga lista de reivindicaciones, tenía muchas esperanzas de que pasara a su poder). Bulgaria debía pagar reparaciones por valor de 90 millones de libras. (Dado que la suma de los pagos anuales y las deudas externas de Bulgaria era superior a su presupuesto anual, Bulgaria acabó incumpliendo el desembolso de ambas cosas). Finalmente, las fuerzas armadas fueron reducidas de forma

considerable; el ejército sería sólo un cuerpo de policía integrado por 20.000 hombres. Cuando se hicieron públicos los detalles del tratado, hubo un día de luto nacional en Bulgaria.

La delegación búlgara suplicó que se hicieran modificaciones y arguyó que, desde el derrocamiento de Fernando, Bulgaria había pasado a ser un país nuevo, democrático, igual que Francia después de su revolución. Los Aliados prestaron poca atención e hicieron una concesión casi única, a saber: permitir que Bulgaria conservara una flotilla dotada de armamento ligero en el Danubio. En Bulgaria se habló de resistencia, pero Stambolijski, que era realista, dijo que firmaría «incluso un paz mala». ⁵⁹⁶ El 27 de noviembre de 1919 tuvo lugar una sencilla ceremonia en el antiguo ayuntamiento de Neuilly. Guardias con la bayoneta calada se hallaban apostados en la escalinata y una multitud de curiosos esperaba la aparición de los búlgaros. Stambolijski, pálido y aprensivo, entró solo. Pareció, según dijo un estadounidense comprensivo, «como si el meritorio hubiera sido llamado a capítulo por el consejo de administración». Entre los observadores se hallaba el jefe del Gobierno griego, Venizelos, «esforzándose por no aparecer demasiado contento». Clemenceau presidió el acto desde una mesa con superficie de paño verde y la firma se efectuó rápidamente. ⁵⁹⁷ En Atenas se decretó una jornada de fiesta nacional y se cantó un tedeum. En Sofía el ambiente era de resignación apesadumbrada.

En noviembre, mientras los Aliados seguían debatiendo si entregarían Tracia occidental a Grecia o no, Stambolijski hizo un llamamiento desesperado a Venizelos pidiendo que sus dos países cooperasen: «De todos los estadistas de los Balcanes, vuestra excelencia es el más capaz de apreciar la gran eficacia de un entendimiento entre los pueblos balcánicos». ⁵⁹⁸ Venizelos, empeñado en su sueño de una gran Grecia y con el apoyo de Gran Bretaña asegurado, no le hizo caso. Al año siguiente Grecia recibió Tracia occidental. Las fronteras meridionales de Bulgaria no se fijaron de forma definitiva hasta que se firmó un tratado duradero con Turquía en 1923, momento en que Venizelos y su sueño ya habían chocado con la realidad.

Resultó que Stambolijski tenía algo de estadista. Bulgaria aceptó sus nuevas fronteras y renunció a su expansionismo de antaño, incluso en la Macedonia yugoslava. Stambolijski fue más lejos y mejoró las relaciones con Yugoslavia e incluso firmó un acuerdo de cooperación contra los terroristas; a su debido tiempo tomó medidas enérgicas contra los terroristas macedonios que estaban convirtiendo Sofía en su feudo. Empezó a formar una Internacional Verde de partidos campesinos para contrarrestar la Internacional Comunista que fundaron los rusos soviéticos. Bulgaria se convirtió en miembro entusiasta de la Sociedad de Naciones. Con todo, las políticas exterior e interior de Stambolijski también le crearon muchos enemigos: nacionalistas búlgaros, militares, terroristas macedonios, las clases medias que padecían los efectos de la inflación y los impuestos elevados, posiblemente el propio rey. En junio de 1923 hubo un golpe de Estado y Stambolijski fue muerto por conspiradores macedonios que lo primero que hicieron fue cortar la mano que había firmado el acuerdo antiterrorista con Yugoslavia. «Pobre gran hombre», musitó el rey al enterarse de lo ocurrido. ⁵⁹⁹

La actitud moderada que adoptó Stambolijski ante los asuntos exteriores no duró mucho después de su muerte. Demasiados búlgaros miraban con nostalgia la gran Bulgaria de décadas anteriores; eran contrarios al Tratado de Neuilly y estaban furiosos a causa del trato que sus compatriotas recibían de Rumania, Grecia y Yugoslavia. Los terroristas macedonios seguían operando con virtual impunidad desde suelo búlgaro, lo cual empeoraba las relaciones tanto con Grecia como con Yugoslavia. A comienzos de la década de 1930, se hicieron intentos de llegar a un acuerdo general en los Balcanes que respetara las fronteras existentes, pero fracasaron debido a la negativa de Bulgaria. El resultado

fue un acuerdo entre Yugoslavia, Grecia, Turquía y Rumania que dejó aislada a Bulgaria. Mientras Europa iba acercándose a una nueva guerra, Bulgaria se inclinó hacia el bando alemán. En 1940, presionada por Alemania, Rumania devolvió el sur de Dobrudja. En la primavera de 1941 tropas búlgaras que luchaban al lado de los alemanes y los italianos ocuparon Macedonia y Tracia occidental.⁶⁰⁰ Bulgaria no gozó de los territorios recuperados por mucho tiempo; en virtud de los acuerdos firmados en París en 1947, conservó sólo el sur de Dobrudja. Para entonces su nuevo régimen comunista se hallaba instalado firmemente en el poder. Hacía ya años que Boris había muerto, muchos creían que envenenado por los nazis. Fernando el Zorro, en cambio, murió apaciblemente en Alemania en 1948, a la edad de ochenta y siete años.

12 Pausa en pleno invierno

A finales de enero de 1919 ya empezaban a dibujarse los contornos principales de los acuerdos de paz, algunos más claramente que otros. La cuestión rusa, la Sociedad de Naciones y las nuevas fronteras en Europa central eran asuntos de los que se había hablado, aunque sin resolverse por completo. Los comités especiales también habían hecho progresos en algunos de los detalles de mayor importancia del tratado con Alemania: los daños causados por la guerra y la capacidad de Alemania para pagar reparaciones; las fronteras, las colonias y las fuerzas armadas alemanas; el castigo de los criminales de guerra alemanes; incluso el futuro de los cables submarinos alemanes. Sin embargo, de la gran cuestión — cómo sancionar a Alemania y cómo tenerla controlada en lo sucesivo— apenas se habían ocupado Clemenceau, Lloyd George y Wilson, los únicos que realmente podían resolverla.

Algo que también estaba emergiendo era lo que un diplomático suizo llamó «la gran sorpresa de la conferencia»: una estrecha asociación entre los británicos y los estadounidenses.⁶⁰¹ Es cierto que habían surgido dificultades con los mandatos, pero en el Consejo Supremo, en los comités y las comisiones y en los pasillos los británicos y los estadounidenses se encontraron con que estaban de acuerdo en la mayoría de las cuestiones. Wilson, a quien Lloyd George nunca acabó de gustarle del todo, había sucumbido un poco ante su encanto, y los dos hombres charlaban alegremente al entrar y salir de las reuniones e incluso salían a almorzar o cenar de vez en cuando. Wilson también se había dado cuenta de que era mejor tratar con un liberal fuerte, como primer ministro, que con un conservador.⁶⁰²

El 29 de enero Wilson dijo a House que pensaba que sería buena idea que los expertos estadounidenses colaborasen estrechamente con los británicos. House, fueran cuales fuesen sus propias reservas, transmitió obedientemente la sugerencia tanto a unos como a otros. Lloyd George, que concedía mucho valor a las buenas relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos, la recibió con entusiasmo. Lo mismo cabe decir de los canadienses, que siempre temían que surgiesen tensiones entre las dos grandes potencias en su mundo. En general, los expertos de ambas partes, que ya habían empezado a establecer contactos, también se sintieron complacidos. «Nuestras relaciones con los británicos, que entre los aquí presentes son los únicos que no practican el chovinismo (hecho que Wilson tardó cerca de una semana en descubrir)», dijo Seymour, el experto estadounidense, «son tan estrechas que estamos intercambiando puntos de vista con absoluta franqueza sobre el ordenamiento territorial de Europa». Los miembros de las dos delegaciones adquirieron la costumbre de consultarse mutuamente a menudo, intercambiando memorandos confidenciales y hablando por las líneas telefónicas de seguridad que ingenieros del ejército estadounidense habían instalado entre el Crillon y el Majestic. «Nuestra unanimidad», escribió Nicolson más adelante, «era verdaderamente notable. Allí —en lo que en otro tiempo eran los *cabinets particuliers* [servicios] de Maxim's— se elaboró el conjunto de argumentos anglo-americanos que abarcaban todas las fronteras de Yugo-Eslavia, Checo-Eslovaquia, Rumania, Austria y Hungría. Sólo en lo tocante a Grecia, Albania, Bulgaria y Turquía en Europa se manifestó cierta divergencia. E incluso en este caso la divergencia fue sólo en los detalles y no de principios.»⁶⁰³

Al mismo tiempo que florecían las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos, empeoraban las de los dos países con Francia. Los británicos veían a los franceses como competidores por la obtención de territorio otomano y ruso en Oriente Próximo y Asia central. También sospechaban que, después de que Wilson se ausentara brevemente para regresar a Estados Unidos, los franceses tratarían de dar a las condiciones de paz con Alemania la forma que más les conviniera a ellos. «Los encuentro llenos de intrigas y toda clase de argucias, sin la menor intención de jugar limpio», escribió Hankey⁶⁰⁴ Cuando Francia sufrió una crisis financiera, con presiones a la baja sobre el franco, en febrero, los británicos reaccionaron con frialdad. Dijeron a los franceses que no podían concederles un empréstito para ayudarles a salir del apuro. No les facilitaron algunos fondos hasta que House⁶⁰⁵ intercedió con Lloyd George. Los franceses aceptaron el empréstito, pero no olvidaron el retraso en su concesión. Los británicos y los estadounidenses torcieron el gesto ante lo que consideraban la incompetencia y la irresponsabilidad de los franceses.⁶⁰⁶

Las relaciones entre los franceses y los estadounidenses eran especialmente malas. Los diplomáticos franceses culpaban a Wilson de poner trabas al verdadero objetivo de la conferencia—castigar a Alemania— con su Sociedad de Naciones. El ministro de Hacienda francés, Louis-Lucien Klotz, dijo a sus colegas que los estadounidenses intentaban vender sus excedentes de alimentos a Alemania a cambio de pagos en metálico, lo cual, huelga decirlo, haría que a los franceses les resultara más difícil cobrar las reparaciones que les debía Alemania. Los estadounidenses, por su parte, se quejaban de que los franceses les clavaban por su alojamiento en París y por los gastos de su ejército. En los cines el público francés, que antes prorrumpía en vítores cada vez que Wilson aparecía en la pantalla, ahora guardaba silencio. Policías franceses y soldados estadounidenses andaban a la greña por las calles. Se oyó decir a algunos estadounidenses que deberían haber luchado en el otro bando. Los parisinos se burlaban de la señora Wilson y los periódicos franceses, que en general habían sido favorables al presidente estadounidense, empezaron a criticarle.⁶⁰⁷

Los ataques encolerizaron a Wilson, que estaba convencido, con cierta razón, de que el Gobierno francés los orquestaba. Con la voz trémula de indignación, mostró a un visitante un documento confidencial que pedía a los periódicos franceses que exageraran el caos reinante en Rusia, recalcaran la gran posibilidad de una nueva ofensiva desde Alemania y recordasen a Wilson que tenía que hacer frente a una fuerte oposición republicana en su propio país. Wilson expresaba con creciente frecuencia su amargura en privado: los franceses eran «estúpidos», «mezquinos», «locos», «informales», «tramposos», «la gente más dura con la que jamás haya intentado tratar».⁶⁰⁸ Seguía pensando que los franceses corrientes eran buenas personas, según dijo a su médico, pero sus políticos los estaban llevando por el mal camino. «Era debido exclusivamente al hecho de que los políticos franceses habían permitido tantas discriminaciones visibles contra los estadounidenses que el pueblo sencillo de Estados Unidos había pasado de ser pro francés a ser pro británico. Y el presidente también dijo que los británicos parecían jugar noble y lealmente.»⁶⁰⁹

Al igual que las relaciones franco— estadounidenses, el tiempo se enfrió. Nevó en París y los soldados estadounidenses libraban batallas con bolas de nieve en los Campos Elíseos. Se patinaba en el Bois de Boulogne y se subía y bajaba por los toboganes en Versalles. A causa de la escasez de carbón, hasta en los grandes hoteles hacía un frío tremendo. La gente pillaba resfriados y enfermaba a causa de una peligrosa epidemia de gripe que había empezado en el verano de 1918. Los médicos militares que se hallaban en el Crillon recetaban preparados contra la tos y daban consejos. Fumar, según uno de ellos, era una excelente medida preventiva.⁶¹⁰

Siguieron llegando delegados hasta que al final fueron más de mil.⁶¹¹ Los británicos daban a cada uno de los suyos 1500 tarjetas de visita para que las repartiesen entre sus colegas extranjeros, porque así se había hecho en el Congreso de Viena. Después de muchas quejas por la pérdida de tiempo, Clemenceau ordenó que no se diesen más tarjetas.⁶¹² Entre los delegados había muchos diplomáticos y estadistas, pero, por primera vez en una importante conferencia internacional, también había muchos que no eran ninguna de las dos cosas. Los británicos trajeron prácticamente toda la Oficina de Inteligencia del Ministerio de Información, incluidos hombres como los jóvenes Arnold Toynbee y Lewis Namier, que más adelante se contarían entre los historiadores más eminentes de su generación. Los estadounidenses tenían profesores de la Investigación de House y banqueros de Wall Street como, por ejemplo, Thomas Lamont y Bernard Baruch. Los diplomáticos de carrera refunfuñaron. «Una improvisación», dijo Jules Cambon, secretario general en el Quai d'Orsay, pero estas opiniones no preocupaban a Lloyd George ni a Wilson, y, para el caso, tampoco a Clemenceau. «Los diplomáticos», en opinión de Lloyd George, «se inventaron sencillamente para perder el tiempo.»⁶¹³

París también se estaba llenando de peticionarios, periodistas y simples curiosos. Elinor Glyn, la autora de novelas románticas, agasajaba a hombres prominentes en el Ritz y escribía artículos en los que preguntaba «¿Están cambiando las mujeres?» y «¿Ha muerto la caballerosidad?». Franklin Roosevelt, a la sazón subsecretario de Marina, persuadió a sus superiores de que tenía que supervisar la venta de propiedades navales en Europa y llegó a París llevando a remolque a su resentida e infeliz esposa, Eleanor. Por aquellas fechas, el matrimonio ya se estaba desmoronando y Eleanor se encontró ahora con que Franklin prestaba demasiada atención a las parisinas.⁶¹⁴ William Orpen y Augustus John empezaron a pintar retratos oficiales de los participantes en la Conferencia aunque el segundo gastaba gran parte de sus energías en fiestas bulliciosas.⁶¹⁵ Ministros del gabinete británico cruzaban de uno en uno el Canal para pasar uno o dos días en París. Bonar Law, el primer ministro en funciones, derrochaba valor yendo y viniendo en avión, vestido con un traje forrado de pieles especial para viajar por vía aérea. La hija mayor de Lloyd George, Olwen, una mujer casada joven y alegre, hizo una breve visita. Clemenceau se ofreció a llevarla en su coche una tarde y mientras charlaban le preguntó si le gustaba el arte. Olwen contestó con entusiasmo que sí, y entonces Clemenceau se sacó del bolsillo una colección de postales obscenas.

Elsa Maxwell, que aún no era la decana de la *café society*⁶¹⁶ internacional, consiguió un pasaje desde Nueva York como acompañante de una elegante divorciada que andaba a la caza de un nuevo marido. Las dos mujeres daban fiestas maravillosas en una casa alquilada. El general Pershing proporcionaba la bebida; Maxwell interpretaba al piano las últimas canciones de Colé Porter; y la divorciada encontró al marido que buscaba, un guapo capitán estadounidense que se llamaba Douglas MacArthur.⁶¹⁷ Fuera de la casa, a primera hora de una mañana, dos jóvenes oficiales se batieron en duelo con sables por otra belleza estadounidense.⁶¹⁸

Las mujeres atractivas se lo pasaron de maravilla en París aquel año. Pocos delegados habían traído a su esposa; de hecho, a la mayoría de los subalternos se les había prohibido expresamente. «Al parecer, los diversos departamentos han traído a todas las damas de sociedad más hermosas y bien vestidas», escribió Hankey a su esposa. «No sé cómo hacen su trabajo, ¡pero por la noche bailan y beben y juegan al bridge!»⁶¹⁹ Los puritanos sospechaban que hacían cosas peores que jugar a las cartas. Una periodista estadounidense viajaba «con total franqueza y tremendo entusiasmo» con un general italiano. En los hoteles donde se alojaban las delegaciones las mujeres entraban libremente en las habitaciones de los hombres. Fue necesario mandar *a casa* a un par de enfermeras

de la Cruz Roja canadiense que fingían de formas sistemática equivocarse de habitación y luego se negaban a salir. La guerra parecía haber aflojado las inhibiciones de antaño. «El vicio se ha desbocado en París», dijo severamente Elinor Glyn. «Las lesbianas cenan juntas sin disimulo alguno a veces en grupos de seis, en Larue's... Los hombres hacen lo mismo. Nada es sagrado, nada se oculta, ni tan sólo el vicio y la avaricia.»⁶²⁰

París ofrecía muchas distracciones: las carreras en Saint-Cloud, restaurantes excelentes, si uno podía permitirse pagar sus precios y lograba entrar en ellos, y la Opera, donde se representaban las viejas obras favoritas: *Los cuentos de Hoffmann*, *Madame Butterfly*, *La Bohème*. Poco a poco los teatros volvieron a abrir sus puertas y a ofrecer de todo, desde los grandes clásicos hasta farsas. Sarah Bernhardt actuó en una gala en beneficio de una asociación de caridad francesa y el hermano de Isadora Duncan ejecutó danzas interpretativas. Ruth Draper llegó de Londres para recitar sus monólogos y los delegados canadienses se escandalizaron un poco al ver la obra musical *Phi Phi*.

«Coincidimos, sin embargo», escribió uno de ellos a su esposa, «en pensar que hay muchas razones para tener los ojos abiertos. Me gustaría saber si, por poseer más conocimientos, los franceses se libran de una clase de enfermedades que, no cabe duda de ello, son frecuentes entre nosotros.»⁶²¹ Hasta Wilson, que solía acostarse antes de las diez de la noche, fue a ver una revista; encontró algunos de los chistes demasiado groseros, pero disfrutó de «las partes decentes».⁶²² Elsa Maxwell se llevó a Balfour, que nunca había estado en uno, a un club nocturno. «Permítame darle las gracias», dijo el anciano estadista con su habitual cortesía, «por la velada más deliciosa y degradante que he pasado en mi vida.»⁶²³

Otros delegados encontraron pasatiempos más inocentes: paseos a primera hora de la mañana por el Bois de Boulogne, partidas de bridge por la tarde. Balfour aprovechaba todas las ocasiones para jugar al tenis. Lansing pasaba las veladas tranquilamente leyendo filosofía. Los principales delegados italianos, Sonnino y Orlando, apenas salían de su hotel.⁶²⁴ Lloyd George salía de vez en cuando para cenar en algún restaurante o ir al teatro, aunque Francés Stevenson se encontró con que, por desgracia, la llegada del político británico causaba conmoción. Una noche también se quejó cuando Lloyd George flirteó con una joven de la delegación británica. «Sin embargo, lo hizo sin disimulo y pienso que le hizo un bien, así que no me importó.»⁶²⁵

La vida social parisina empezó a recobrar la animación. Cuando el príncipe Murat y Elsa Maxwell asistieron juntos a un baile de disfraces —Murat disfrazado de Clemenceau y Maxwell, que era más bien rolliza, de Lloyd George—, una multitud detuvo su coche en los Campos Elíseos en medio de grandes aclamaciones. La gente se encontraba en el bar del Ritz para tomar los nuevos cócteles. En su famosa villa de Versalles, la decoradora Elsie de Wolfe (futura Lady Mendel) invitaba a los delegados más prominentes a tomar el té. La señora Wilson intentaba arrastrar a su marido a algunas de las fiestas y recepciones, lo cual consternaba a los admiradores del presidente.⁶²⁶

En el hotel Majestic, Ian Malcolm, el secretario privado de Balfour, ofrecía lecturas de sus poemas cómicos, «The Breaking Out of Peace». [El estallido de la paz] y «The Bailad of Prinkipo». [L balada de Prinkipo]⁶²⁷ Había funciones de teatro de aficionados en el sótano. Después de que Orper hiciera carteles para una de ellas en los que aparecían dos niños desnudos, en la siguiente revista salió un coro que cantaba «We are two little Orpens/Of raiment bereft».⁶²⁸ Un oficial británico que había viajado centenares de kilómetros para informar de la situación en Europa central se fue asqueado. «Nadie a su nivel», dijo a un colega estadounidense, «se tomó la molestia de escuchar su informe sobre las terribles condiciones que imperaban en Polonia, porque estaban totalmente ocupados discutiendo sobre si el salón de baile debía utilizarse para funciones teatrales, en vez de

bailes, los martes y los jueves o sólo los martes.»⁶²⁹ La hija menor de Lloyd George, Megan, de 16 años, se lo pasó como nunca. Los chistosos decían que el hotel debería cambiar su nombre por el de Megantic. Finalmente Lloyd George se puso serio y Megan fue enviada a una escuela para señoritas.⁶³⁰

Los bailes del Majestic se hicieron famosos. Las enfermeras y las mecanógrafas jóvenes —«como ninfas», dijo un anciano diplomático— conocían los últimos bailes, desde el vals de los titubeos (*hesitation waltz*) hasta el fox-trot. Los espectadores quedaban fascinados. «¿Por qué», preguntó Foch, que se dejó caer por allí un día, «tienen los ingleses la cara tan triste y el trasero tan alegre?»⁶³¹ Los bailes de la noche del sábado en particular eran tan populares que las autoridades empezaron a preocuparse por la impresión que causaban y pensaron en la conveniencia de prohibirlos.⁶³²

Con todo, en la Conferencia de Paz de París hubo muchos menos bailes suntuosos y diversiones extravagantes que en el Congreso de Viena. Las formas de vida social más populares eran los almuerzos y las cenas, donde los delegados hacían mucho trabajo útil. Lloyd George, que era más enérgico que casi todos los demás, también organizaba desayunos de trabajo. Las naciones peticionarias ofrecían comidas espléndidas durante las cuales presentaban sus exigencias. «Estoy volviendo mi labor como trabajador social», escribió Seymour a su esposa. «Cena con Bratianu mañana, almuerzo con liberales italianos el sábado, cena con los serbios por la noche, y cena con los checoslovacos —Kramarz [Karel Kramar] y Benes— el lunes.»⁶³³ Los polacos ofrecieron a los estadounidenses un almuerzo que duró hasta las cinco de la tarde; uno tras otro, historiadores, economistas y geógrafos polacos expusieron las justas reivindicaciones de Polonia.⁶³⁴ Los chinos invitaron a la prensa extranjera a una cena especial. Los platos fueron sucediéndose, sin tregua, hora tras hora, mientras los invitados esperaban oír los argumentos de sus anfitriones. En impecable inglés los chinos charlaban de temas diversos, de todo menos de la Conferencia de Paz. A las 3:30 de la madrugada los corresponsales estadounidenses se retiraron, dejando a uno de ellos para que informase. Cuando finalmente éste se fue también empezaba a amanecer y los chinos aún no habían explicado el motivo de la cena.⁶³⁵

Algunos de los delegados extranjeros visitaron los campos de batalla. En sus cartas a casa intentaron describir lo que habían visto: los árboles astillados, los campos llenos de crucecitas de madera con palmas, la metralla que cubría la carretera, los cráteres abiertos por las bombas de artillería, las alambradas herrumbrosas, los tanques y los cañones enterrados en el barro, los pedacitos de uniformes, los huesos insepultos. «A lo largo de kilómetros y kilómetros», escribió Gordon Auchincloss, yerno de House, «el suelo no es más que una masa de cráteres llenos de agua, y hay docenas de tanques, todos hechos pedazos, dispersos por los campos. Nunca he visto una desolación tan horrible y una destrucción tan intensa». Se aventuraban a entrar en las trincheras y recogían cascos alemanes y casquillos a modo de recuerdo. Un grupo encontró unas espoletas intactas, «juguetes preciosos para los niños». Quedaban maravillados al ver los montones de cascotes que en otro tiempo eran ciudades y pueblos. Igual que las ruinas de Pompeya, según dijo James Shotwell, profesor estadounidense, después de visitar la antigua ciudad catedralicia de Reims; aunque le alivió encontrar entre las ruinas un restaurante donde servían salchichas y *choucroute* [col fermentada].⁶³⁶

A mediados de febrero el ritmo de trabajo disminuyó al regresar Wilson a Estados Unidos, oficialmente para asistir a las últimas sesiones del Congreso —en realidad para afrontar la creciente oposición a la Sociedad de Naciones— y volver Lloyd George a Londres para ocuparse de

problemas internos. Balfour sustituyó a Lloyd George en el Consejo Supremo y Wilson pasó por alta una vez más a su propio secretario de Estado y eligió a House para que ocupase su lugar. El desaire afectó profundamente a Lansing, que se sentía deprimido y no se encontraba bien (estaba probando un nuevo tratamiento para su diabetes). En modo alguno era la primera vez que sucedía algo así. Al hacer Lansing, que era un abogado experto en Derecho internacional, algunas sugerencias sobre la Sociedad de Naciones en una reunión de la delegación estadounidense, Wilson le dijo en tono cortante que no pensaba encomendar la redacción del tratado de paz a los abogados. Lansing, que era el único abogado presente, se lo tomó como un insulto dirigido tanto a él mismo como a su profesión. Una y otra vez Wilson encargaba los trabajos importantes a House; Lansing tenía que contentarse con informar a la prensa, tarea que detestaba. Al parecer, Wilson sentía un placer malicioso provocando conflictos entre House y Lansing y se alegraba mucho cuando se enteraba de algo que desacreditaba a Lansing. «Parece que todo lo que hace el señor L. le irrita», escribió la secretaria de la señora Wilson en su diario después de recibir la visita de una compungida señora Lansing, «que cenar fuera de casa tantas veces, que acepten invitaciones de gente que le cae mal (al P.).»

Sencillamente no tolera ninguna forma de vida que no sea la que lleva él.»⁶³⁷ El comportamiento de Wilson era cruel y a la larga le costaría caro porque Lansing se vengaría al llegar el momento de la aprobación de los acuerdos de paz en Estados Unidos.

Tanto House como Balfour ansiaban acelerar el trabajo de la conferencia mientras sus superiores se encontraran ausentes. Decidieron concentrarse en preparar por lo menos las condiciones generales para Alemania (daban por sentado que los detalles podrían negociarse directamente en lo que todavía se esperaba que fuese una conferencia en toda regla). Las comisiones y comités especiales que se ocupaban de cuestiones territoriales y de asuntos como, por ejemplo, las reparaciones (al final serían casi sesenta) recibieron la orden de tener listos sus informes el 6 de marzo. Ese plazo dejaría una semana para poner orden antes de que regresara Wilson, y antes de que terminara el mes se podría llamar a la delegación alemana. El plan resultó demasiado optimista.⁶³⁸

Los delegados se quejaron, pero siguieron adelante. Cuando Nicolson conoció a Marcel Proust —«blanco, sin afeitar, sucio, de cara enjuta»— en una cena en el Ritz, encontró al gran escritor fascinado por los detalles del trabajo. «Hábleme de los comités», ordenó Proust. Nicolson empezó diciendo que generalmente se reunían a las diez de la mañana. Proust suplicó que le diera más detalles. «Subes a un coche desde la delegación. Te apeas en el Quai d'Orsay. Subes las escaleras. Entrás en la habitación. ¿Y luego? Concrete usted, amigo mío, concrete usted.»⁶³⁹

Cuando Wilson regresó brevemente a Estados Unidos, el pacto de la Sociedad de Naciones ya estaba redactado en su mayor parte, se habían hecho algunos progresos en el caso de las condiciones para Alemania y se había creado la mayoría de las comisiones territoriales. Sin embargo, casi no se había decidido nada sobre el Imperio otomano y apenas se habían considerado los tratados con Austria, Hungría y Bulgaria. Cada vez se hablaba menos de una conferencia de paz preliminar y más de la cantidad de trabajo que quedaba por hacer antes de poder llamar a París a los estados enemigos. Aunque aún no se había reconocido, lo que estaba sucediendo en París era ya la Conferencia de Paz propiamente dicha. En los hoteles y las salas donde se celebraban las reuniones se hacían especulaciones pesimistas sobre si podría firmarse la paz antes de que el mundo se incendiara.

El 19 de febrero dio la impresión de que los incendios estallaban en París. Cuando Clemenceau salía de su casa de la Rué Franklin para trasladarse en coche al Crillon, donde debía reunirse con House y Balfour, un hombre vestido con ropa de trabajo que llevaba un rato acechando detrás de uno de los urinarios públicos de hierro dio un salto al frente y disparó varias veces contra el automóvil.

Más adelante Clemenceau dijo a Lloyd George que el momento pareció durar una eternidad. Una bala le alcanzó entre las costillas y no acertó por poco en los órganos vitales. (Extraerla era demasiado peligroso y Clemenceau la llevó dentro hasta el día de su muerte, diez años más tarde). El atacante, Eugene Cottin, un anarquista medio loco, fue apresado por la multitud, que como de costumbre esperaba en la calle para ver las idas y venidas de Clemenceau, y estuvo a punto de ser linchado. Clemenceau fue llevado de nuevo a su casa. Su fiel ayudante Mordacq, que llegó a toda prisa, le encontró pálido, pero consciente. «Me han disparado por la espalda», le dijo Clemenceau. «Ni siquiera se han atrevido a atacarme cara a cara.»⁶⁴⁰

«¡Vaya por Dios!», dijo Balfour cuando la noticia llegó al Crillon, «me pregunto qué presagia esto». Mucha gente en París se temió lo peor, especialmente cuando un par de días después llegó la noticia del asesinato del primer ministro socialista de Baviera. Lloyd George mandó un telegrama a Kerr desde Londres.

«Si el atentado es bolchevique demuestra lo locos que están estos anarquistas, ya que nada les perjudicaría más que un atentado que lograra acabar con la vida de Clemenceau; incluso uno fallido exasperará la opinión pública en Francia y hará que sea totalmente imposible todo trato con ellos.»⁶⁴¹

Clemenceau se tomó el suceso con su brío habitual. Las visitas le encontraban sentado en una butaca y quejándose de la puntería de Cottin —«un francés que dispara siete tiros a quemarropa y sólo uno da en el blanco»— y discutiendo con sus médicos: «médicos, los conozco mejor que nadie porque yo también lo soy». A la hermana enfermera que dijo que se había salvado de milagro le contestó: «si el cielo se proponía obrar un milagro, ¡hubiera sido mejor que impidiese que el agresor llegara a disparar!». No permitió que Cottin fuese condenado a muerte: «No puedo ver a un viejo republicano como yo y además contrario a la pena de muerte haciendo ejecutar a un hombre por el crimen de lesa majestad». Cottin fue condenado a diez años de cárcel, pero fue puesto en libertad cuando había cumplido la mitad de la condena.

Llegaron numerosos mensajes de simpatía, de Lloyd George y del rey Jorge desde Londres, de Wilson, que navegaba por el Atlántico, de Sarah Bernhardt —«en estos momentos Clemenceau es Francia»— de los miles de franceses que consideraban a Clemenceau el padre de su victoria. El Papa envió su bendición (el viejo radical anticlerical respondió enviando la suya) y soldados rasos dejaron sus condecoraciones en el umbral del político. Poincaré, que al principio había quedado tan horrorizado como el que más, montó en cólera. «Singular locura colectiva, extraña leyenda que oculta la realidad y, sin duda, falseará la historia». Al día siguiente del atentado Clemenceau paseaba por sus jardines; una semana después volvió al trabajo. Estaba muy impresionado, de todos modos. A Wilson y a otros les pareció que no volvió a tener la misma capacidad de concentración.⁶⁴²

En Londres, mientras tanto, Lloyd George tenía más éxito al enfrentarse a sus enemigos. Se apeó del tren el 10 de febrero y fue directamente a entrevistarse con Bonar Law y su principal asesor sobre cuestiones laborales. «Tuve ocasión de verle una semana después», informó el secretario del gabinete a Hankey, «y aparecía extraordinariamente alegre y vigoroso, contento de lo que hacéis en París y lleno de planes para tratar con los mineros y los ferroviarios si se declaran en huelga durante las próximas una o dos semanas.»⁶⁴³ Lloyd George evitó que las amenazas de huelga se hicieran realidad, dispuso que se formaran comisiones de investigación y reunió a patronal y trabajadores como había hecho en tantas ocasiones. Durante aquellas mismas semanas también creó un nuevo Ministerio de Transportes y presentó una serie de proyectos de ley relativos a cuestiones sociales.⁶⁴⁴

El viaje de Wilson a Estados Unidos fue mucho menos afortunado. Desembarcó en Boston e

inmediatamente pronunció un discurso vehemente y partidista. Él y Estados Unidos, según dijo, estaban haciendo una gran labor en París; los que lo ponían en duda eran egoístas y cortos de miras. Los oyentes encontraron en sus asientos copias del borrador del pacto de la Sociedad de Naciones. Los senadores de Washington aún no lo habían visto. Fue una falta de tacto y no fue el único error político de Wilson. Boston era la ciudad natal de su gran rival, el senador republicano por Massachusetts Henry Cabot Lodge.

Lodge de quien se decía que su mente era como su tierra natal, «yerma por naturaleza, pero muy cultivada», pertenecía a la aristocracia de Nueva Inglaterra. Era corto de estatura, irascible y un grandísimo esnob. Compartía el convencimiento de Wilson de que Estados Unidos tenía la misión de mejorar el mundo e incluso estaba dispuesto a considerar la creación de algún organismo internacional que velase por la paz. Pero no estaba de acuerdo con los métodos de Wilson y su creencia de que su Sociedad de Naciones podría resolver todos los problemas del mundo. Y aborrecía al hombre no sólo, como se dice a veces, porque no estaban de acuerdo, sino porque tenía a Wilson por innoble y cobarde. Al igual que al presidente, le costaba separar las diferencias políticas de las personales.⁶⁴⁵

Los dos hombres eran antagonistas desde hacía años: al empezar la guerra, Lodge había sido partidario de intervenir enseguida al lado de los Aliados y Wilson había optado por la neutralidad; al terminar, Lodge hubiera seguido avanzando hasta Berlín mientras que Wilson había decidido firmar un armisticio; y ahora discrepaban sobre la paz. Wilson depositaba su confianza en la Sociedad de Naciones y la seguridad colectiva para poner fin a la guerra. Lodge, que era pesimista y tenía poca fe en que la naturaleza humana fuera perfectible, prefería confiar en el poder. Quería rodear Alemania de estados fuertes, una Polonia renovada, una Checoslovaquia sólida y una Francia reforzada con Alsacia y Lorena y tal vez incluso Renania. Si Estados Unidos ingresaba en alguna asociación, tenía que ser con otras democracias, una asociación donde existiera una comunidad de intereses, y no una Sociedad de Naciones que amenazaba con arrastrar al país a compromisos vagos e incondicionales.⁶⁴⁶

Lodge representaba al centro moderado del partido Republicano. En un ala del partido se encontraban los que, principalmente en el Medio Oeste, retrocedían ante todo contacto con la perversa Europa, y en el otro extremo estaban los internacionalistas, a menudo de la costa oriental, que apoyaban la Sociedad de Naciones con entusiasmo. Wilson hubiera podido tender la mano a muchos republicanos, pero en vez de ello los alejó al negarse a llevar a republicanos destacados a París, al insistir en que, en las elecciones al Congreso en noviembre de 1918, un voto para los demócratas era un voto a favor de la paz, mientras que un voto para los republicanos era algo totalmente distinto, y ahora los alejó con su actuación al volver a Estados Unidos.

Por desgracia, al mismo tiempo hizo poco por conciliar a los escépticos de su propio partido. Se negó en redondo a hablar con un senador del Sur que, según dijo, cuando ejerció de abogado no fue más que un «perseguidor de ambulancias».⁶⁴⁷ Incluso sus chistecillos tenían ahora un tono agrio. El comentario que hizo al ver a un nieto suyo recién nacido circuló por todo el país: «Veo que tiene la boca abierta y los ojos cerrados. Seguro que será senador cuando sea mayor». House persuadió a Wilson a que invitara a cenar en la Casa Blanca a miembros de los importantísimos comités de relaciones exteriores del Senado y el Congreso; la cena fue mal. Lodge, que se sentó al lado de la señora Wilson, tuvo que escuchar cómo hablaba alegremente de la maravillosa acogida que su esposo había encontrado en Boston. Algunos invitados se quejaron de que, después de la cena, no les ofrecieran cigarrillos ni bebida suficientes. Más grave fue que salieran de la Casa Blanca pensando que Wilson los había intimidado, según dijo uno de ellos, «como si una frígida maestra de la escuela

dominical les hubiera reñido por descuidar sus lecciones». La próxima vez que vio a House el presidente estaba enfadado. «*Su cena*», le dijo, «no fue un éxito.»⁶⁴⁸

Como haría con tanta frecuencia, Wilson se tranquilizó diciéndose a sí mismo que el pueblo estaba con él aunque sus representantes no lo estuviesen. Y probablemente era verdad. Cuando una destacada revista estadounidense preguntó a sus lectores si estaban a favor de la Sociedad de Naciones, más de dos tercios respondieron que sí. Desgraciadamente, los tratados no se sometían a la votación del público, sino a la del Senado, donde la necesaria mayoría de dos tercios, no se obtenía con tanta facilidad. El 4 de marzo, mientras Wilson se preparaba para volver a Europa, Lodge hizo circular una carta que rechazaba el pacto tal como se había redactado y pedía a la Conferencia de Paz que aplazara los debates sobre la Sociedad de Naciones hasta que se hubiese ultimado el tratado con Alemania. Treinta y nueve senadores republicanos firmaron la carta, más de un tercio del total de noventa y seis. La reacción inicial de Wilson fue preguntarse si había alguna forma de prescindir por completo del Senado.⁶⁴⁹

Cuando su tren llegó a París el 14 de marzo, sólo un reducido grupo de dignatarios franceses le esperaba en la estación. Mientras se dirigía en coche a su nuevo alojamiento, en la Place des États Unis, justo enfrente del piso de Lloyd George, no había multitudes en éxtasis como en diciembre del año anterior. La casa, que pertenecía a un acaudalado banquero, no era tan suntuosa ni tan grande como el hotel Murat. Las margaritas crecían entre la hierba y los problemas hacían lo mismo en la Conferencia de Paz.

13 Castigo y prevención

El regreso de Wilson dio comienzo a un periodo de intenso trabajo relacionado con el tratado con Alemania que no terminó hasta principios de mayo, momento en que finalmente se acordaron las condiciones. El retraso —la guerra, después de todo, había terminado cuatro meses antes— planteó la delicada cuestión de lo que realmente significaba la derrota de Alemania. ¿Cuánto poder seguía teniendo Alemania? ¿Hasta qué punto eran fuertes los Aliados? En noviembre de 1918 los vencedores poseían una ventaja enorme. Si hubieran estado dispuestos a firmar la paz entonces, si se hubieran dado cuenta de la magnitud de su victoria, habrían podido imponer las condiciones que quisieran.

El ejército alemán, a pesar de lo que afirmarían más adelante los generales Ludendorff y Hindenburg —y el cabo Hitler—, había sido derrotado decisivamente en el campo de batalla antes de que el Gobierno alemán pidiera un armisticio, y de que el antiguo régimen fuera derrocado dentro de Alemania. En el verano de 1918, mientras llegaban de Estados Unidos tropas de refresco y toneladas de material, los Aliados atacaron. El 8 de agosto de 1918, el «Día Negro» para el ejército alemán, rompieron las líneas enemigas. Durante cuatro años los cambios en las líneas del frente occidental se habían medido por metros; ahora los alemanes retrocedían un kilómetro tras otro, dejando atrás cañones, tanques y soldados. Dieciséis divisiones alemanas fueron aniquiladas en los primeros días del ataque aliado. El 14 de agosto, Ludendorff dijo al Káiser que Alemania debía pensar en negociar con los Aliados; el 29 de septiembre ya exigía la paz a cualquier precio. Los Aliados avanzaban lenta, pero inexorablemente, hacia las fronteras alemanas y poco podía hacer el Estado Mayor alemán para detenerlos. Alemania se hallaba a punto de agotar sus efectivos humanos y sus pertrechos, y el público estaba perdiendo las ganas de seguir luchando. Las amas de casa marchaban por las calles de Berlín con sus cacerolas y sartenes vacías para indicar que ya no podían alimentar a sus familias; en los astilleros y las fábricas los obreros dejaron de trabajar; y en el Reichstag los diputados que antes votaban sumisamente a favor de la guerra ahora exigían la paz. De uno en uno desertaron los aliados de Alemania: Bulgaria a finales de septiembre, la Turquía otomana un mes más tarde, y luego Austria-Hungría. En noviembre ya estallaban insurrecciones en Alemania. Cuando se firmó el armisticio en un vagón de ferrocarril francés el 11 de noviembre, Alemania se tambaleaba debido a los efectos de sus pérdidas en la guerra, sumadas a la agitación política. Las condiciones del armisticio no dejaron ninguna duda sobre el alcance de la victoria aliada. Hindenburg se sumió en una depresión; Ludendorff, presa de pánico, se disfrazó con unas barbas postizas y gafas oscuras y huyó a Suecia.

Alemania renunció a todo el territorio que había conquistado desde 1914, así como a Alsacia y Lorena. Tropas aliadas ocuparon la totalidad de Renania además de tres cabezas de puente en la orilla oriental del Rin. Los alemanes también entregaron la mayor parte de su maquinaria de guerra, sus submarinos, su artillería pesada, sus morteros, sus aviones y 25.000 ametralladoras. (Esto arrancó un grito de angustia de los negociadores alemanes: «¡Estamos perdidos! ¿Cómo nos defenderemos del bolchevismo?»⁶⁵⁰) La gran flota de altura, que tanto había contribuido a enemistar a Gran Bretaña con Alemania, se hizo a la mar por última vez. En un neblinoso día de noviembre, 69

buques, desde acorazados hasta destructores, pasaron entre las líneas de buques aliados camino de Scapa Flow, en las Orcadas. Fue una rendición y como tal la trataron los Aliados.

El embajador francés vio a Lloyd George al día siguiente de la firma del armisticio: «El primer ministro dijo que nunca hubiera esperado una solución tan rápida ni imaginado un derrumbamiento tan completo del poderío alemán»⁶⁵¹ Entre los líderes aliados sólo el general Pershing, el comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses, opinaba que los Aliados debían continuar avanzando, más allá del Rin si era necesario. Los franceses no querían sufrir más bajas mortales. Su general en jefe, el mariscal Foch, que era también el comandante supremo de los ejércitos aliados, advirtió del riesgo de encontrar fuerte resistencia y sufrir muchas pérdidas.⁶⁵² Los británicos querían firmar la paz antes de que los estadounidenses se hicieran demasiado fuertes. Y Smuts habló por muchos europeos cuando advirtió en tono pesimista que «el siniestro espectro de la anarquía bolchevique acecha en el frente».⁶⁵³

El error que cometieron los Aliados, y que no se vio con claridad hasta mucho después, fue que, como resultado de las condiciones del armisticio, la gran mayoría de los alemanes nunca experimentó directamente la derrota de su país. Excepto en Renania, los alemanes no vieron tropas de ocupación. Los Aliados no entraron triunfalmente en Berlín, como hicieron los alemanes en París en 1871. En 1918 los soldados alemanes volvieron a sus casas en buen orden, vitoreados por las multitudes a su paso; en Berlín, Friedrich Ebert, el nuevo presidente, les saludó diciéndoles «¡ningún enemigo os ha vencido!»⁶⁵⁴ La nueva república democrática alemana era débil, pero aguantó, gracias en parte al apoyo que le prestó a regañadientes lo que quedaba del ejército alemán. La ventaja aliada sobre Alemania empezó a esfumarse.

Y las fuerzas aliadas iban disminuyendo. En noviembre de 1918 había 198 divisiones aliadas; en junio de 1919 sólo quedaban 39. ¿Y se podía confiar en ellas? El entusiasmo por reanudar la lucha era escaso. La desmovilización de los Aliados se había visto acelerada por las protestas, y por algún que otro motín declarado. En los frentes civiles había anhelos de paz, y de impuestos más bajos. Los franceses, y era comprensible, insistían de forma especial en la necesidad de firmar la paz mientras los Aliados todavía pudieran dictar las condiciones.⁶⁵⁵ Los alemanes, según advirtió Clemenceau, no eran de fiar. Ya empezaban a mostrarse «insolentes» otra vez; en Weimar la asamblea constituyente concluyó sus deliberaciones cantando *Deutschland über alies*. Los Aliados serían unos locos si les decían: «adelante. Haced lo que queráis. Tal vez algún día amenazaremos con romper las relaciones; pero de momento no actuaremos con firmeza».⁶⁵⁶ ¿Qué pasaría en abril, cuando las tropas estadounidenses hubieran regresado a su país? «Francia y Gran Bretaña se quedarían solas ante los alemanes».⁶⁵⁷

Si bien este pesimismo era prematuro, es verdad que en la primavera de 1919 a los comandantes aliados les parecía cada vez más dudoso que la reanudación de la guerra contra Alemania les diera la victoria.⁶⁵⁸ El ejército alemán había sido derrotado en el campo de batalla, pero su estructura de mando seguía intacta y conservaba centenares de miles de hombres bien preparados. Los alemanes eran 75 millones y los franceses sólo 40 millones, como Foch repetía una y otra vez. Y los observadores aliados veían que la población era contraria a firmar una paz dura.⁶⁵⁹ ¿Quién sabía la resistencia que opondrían los alemanes si los ejércitos aliados penetraban más y más en el país? Los expertos militares advirtieron que encontrarían una población hosca, tal vez huelgas, incluso tiros. Era muy improbable que los Aliados consiguieran llegar a Berlín.⁶⁶⁰

El bloqueo, la gran arma de los Aliados, también empezaba a parecer bastante ineficaz. Aunque seguía en vigor en 1919, y aunque los buques aliados continuaban patrullando por los mares en busca

de contrabando con destino a Alemania, todo se hacía con creciente desgana. En Gran Bretaña, cuya marina de guerra era la principal encargada de hacer cumplir la prohibición de comerciar con Alemania, el público empezaba a hacer preguntas embarazosas sobre los sufrimientos de los civiles alemanes. El general que mandaba las tropas británicas en Alemania dijo a Francés Stevenson «que no podía responder de sus soldados si se permitía que niños alemanes vagaran por las calles medio muertos de hambre».⁶⁶¹ Los almirantes veían con preocupación el talante que reinaba entre sus hombres. «Si las condiciones definitivas pudieran fijarse ahora», dijo el primer Lord del Almirantazgo al Consejo Supremo, «la marina dejaría de verse atada a su actual cometido como instrumento del bloqueo. El espíritu de agitación no dejaba de afectar a las fuerzas navales. La resolución de las condiciones de paz naval la próxima vez que se reanudara la negociación del armisticio ejercería un efecto muy tranquilizador en el conjunto de la marinería».⁶⁶²

De hecho, las condiciones del armisticio permitían el envío de alimentos, si bien los asesores militares aliados advirtieron que Alemania crearía reservas que tal vez harían que estuviera menos dispuesta a firmar un tratado de paz.⁶⁶³ También los franceses habían mostrado poco entusiasmo. «Se propuso», dijo Clemenceau con sarcasmo, «comprar la buena voluntad de los alemanes ofreciéndoles alimentos y materias primas. Existía aún un estado de guerra y toda apariencia de ceder se interpretaría como una prueba de debilidad.»⁶⁶⁴ Wilson y Lloyd George se sentían más inclinados a preocuparse por la posibilidad de que una Alemania desesperada se deslizara todavía más hacia la anarquía y el bolchevismo, «una charca», dijo Lloyd George, «que generaba infección en toda Europa».⁶⁶⁵

Con todo, a pesar de las presiones de Wilson y Lloyd George, los envíos de alimentos a Alemania se movían despacio, cosa que muchos alemanes nunca perdonarían a los Aliados. Parte del problema, sin embargo, residía en la escasez de barcos. Los Aliados insistían en que los alemanes proporcionaran los barcos, lo cual no era tan poco razonable como parecía porque gran parte de su marina mercante estaba a salvo en puertos alemanes. El Gobierno alemán, empujado por navieros poderosos, daba largas al asunto, temiendo que si permitía que los barcos zarparan, nunca los recuperaría. Alemania también trató de obtener garantías de los Aliados sobre las cantidades de alimentos que se suministrarían y, con la falta de realismo que caracterizaría la actitud de Alemania ante los Aliados en este periodo, sugirió que podría pagar sus compras de alimentos con un empréstito de Estados Unidos. Al indicársele claramente que no había ninguna esperanza de que el Congreso aprobara tal empréstito, el Gobierno alemán acordó utilizar sus reservas de oro. Pero esto alarmó a los franceses, que querían que los alemanes utilizaran su oro para pagar las reparaciones.⁶⁶⁶ Sólo después de un debate acalorado, durante el cual Lloyd George agitó en el aire un telegrama que dijo que acababa de recibir del ejército británico en Alemania, para advertirle que el país estaba al borde de la hambruna, se volvieron atrás los franceses, aunque a regañadientes. A finales de marzo de 1919 ya habían empezado a llegar los primeros envíos de alimentos.⁶⁶⁷

El retraso en la redacción de las condiciones de paz también perjudicó a los Aliados en otro sentido. Las coaliciones que se forman durante una guerra suelen deshacerse cuando llega la paz y la emoción de la victoria da paso a las realidades, más permanentes, de los intereses y las rivalidades nacionales. En la primavera de 1919 era de dominio público que había opiniones diferentes sobre lo que convenía hacer con Alemania. (Los alemanes, por supuesto, estudiaban muy atentamente la prensa aliada). No fue, como se ha dicho a menudo, una cuestión de franceses vengativos contra estadounidenses dispuestos a perdonar, y con los británicos en algún lugar intermedio. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Alsacia y Lorena, los dos territorios de Francia que habían pasado a

poder de los alemanes en 1871, debían volver a ser franceses.

Y en virtud de un acuerdo tácito nadie planteó el delicado asunto de la autodeterminación; no había ni que pensar en consultar a sus habitantes, ya que tal vez algunos de ellos preferían seguir siendo alemanes. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el daño que se había causado a Bélgica y al norte de Francia debía repararse. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Alemania y los alemanes tenían merecido un castigo. Hasta Wilson, que durante la guerra había insistido en que sólo estaba en contra de las clases gobernantes alemanas, ahora parecía culpar a todos los alemanes. «Se les rechazaría y evitaría como si fueran leprosos durante generaciones», dijo a sus íntimos en París, «y de momento la mayoría de ellos no tenía idea de lo que sentían las otras naciones ni se daba cuenta de hasta qué punto se les haría el vacío.»⁶⁶⁸ Todo el mundo estaba de acuerdo en que debía impedirse que Alemania arrastrase a Europa a la guerra otra vez.

Casi todos los que estaban presentes en París en 1919 también daban por sentado que Alemania había empezado la guerra. (Sólo más tarde empezaron a surgir dudas). Alemania había roto su promesa al invadir Bélgica, que era neutral. El mal comportamiento de las tropas alemanas había horrorizado a la opinión pública de los Aliados, incluidos los estadounidenses. (No todas las historias sobre atrocidades eran propaganda de guerra). Alemania también se había hecho mucho daño a sí misma a ojos de los Aliados con dos tratados que impuso en 1918 y que hoy se olvidan a menudo. El Tratado de Bucarest convirtió a Rumania en una dependencia alemana. En la pequeña población polaca de Brest-Litovsk el nuevo Gobierno bolchevique de Rusia había firmado un tratado que daba a Alemania el control, directo o indirecto, de un extenso territorio ruso que iba del Báltico hasta la cordillera del Cáucaso. Dos décadas más tarde, Hitler pondría sus miras en el mismo objetivo. Rusia perdió 55 millones de personas, casi un tercio de su tierra agrícola y la mayor parte de su industria pesada, su hierro y su carbón. Los bolcheviques también tuvieron que pagar más de un millón de rublos de oro. Wilson dijo en abril de 1918 que los alemanes podían hablar de paz, pero sus actos mostraban sus verdaderas intenciones. «En ninguna parte instauran la justicia, pero en todas partes imponen su poder y lo explotan todo para su uso y engrandecimiento propios.»⁶⁶⁹ Lloyd George y Wilson, ambos de familia religiosa, ambos buenos liberales, creían firmemente que había que castigar a los malvados. También creían en la redención; un día Alemania sería redimida.⁶⁷⁰

Castigo, pago, prevención: sobre estos objetivos generales había acuerdo. El problema era todo lo demás. ¿El Káiser y sus principales asesores debían ser juzgados como criminales de guerra? ¿Qué conceptos debía contener la factura que se presentara a Alemania? ¿Daños de guerra (fuesen lo que fueran)? ¿Pérdidas civiles? ¿Pensiones para las viudas y los huérfanos de los soldados aliados? Y, en relación con eso, también faltaba ver cuánto podía pagar Alemania. ¿Qué clase de fuerzas armadas debía tener? ¿Cuánto territorio debía perder? ¿Estaban los Aliados tratando con la antigua Alemania o con una Alemania nueva que había surgido desde el final de la guerra? ¿Era justo castigar a una democracia en apuros por los pecados de sus predecesores?

Castigo, pago, prevención: las tres cosas estaban relacionadas entre sí. Una Alemania más pequeña y más pobre sería una amenaza menor para sus vecinos. Pero si Alemania iba a perder mucho territorio, ¿era también justo esperar que pagara sumas ingentes? Dar con el justo medio entre las distintas condiciones no era fácil, especialmente porque Wilson, Clemenceau y Lloyd George no estaban de acuerdo entre ellos, ni, a menudo, con sus propios colegas.

Lo que complicaba todavía más estas cuestiones era la falta de unos principios claros que sirviesen de guía. En otros tiempos estas cosas eran más sencillas. El botín de guerra, ya se tratara de obras de arte, cañones o caballos, era para el vencedor, a la vez que la nación vencida también pagaba una indemnización que cubría los costes de la guerra y, además, normalmente perdía territorio. En el

Congreso de Viena, Francia había perdido la mayoría de las conquistas de Napoleón y había tenido que pagar 700 millones de francos así como los costes de su ocupación. Después de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que muchos de los presentes en París aún recordaban muy bien, Francia había pagado 5000 millones de francos de oro y había perdido Alsacia y Lorena. Pero 1919 tenía que señalar el comienzo de un nuevo tipo de diplomacia. «Ni anexiones ni paz punitiva», había sido el lema de los liberales y de la izquierda; y los estadistas de Washington a Moscú lo habían hecho suyo. Las fronteras tenía que fijarlas la autodeterminación y no la política de poder.

La opinión pública, ese elemento nuevo e importuno, no era ninguna ayuda. Estaba muy extendida la sensación de que alguien tenía que pagar por una guerra tan terrible, pero los anhelos de paz no eran menos intensos. En los países aliados, el público expresaba opiniones muy sentidas y contradictorias. En diciembre de 1918 el público británico quería colgar al Káiser; cuatro meses después, no estaba tan seguro de ello. Los franceses querían humillar a Alemania, pero ¿querían entregarla al bolchevismo? Los estadounidenses albergaban la esperanza de destruir el militarismo alemán, pero también de rehabilitar a la nación alemana. Los estadistas andaban a tientas en París, procurando prestar atención a sus votantes, a la vez que continuaban siendo fieles a sus principios, y encontrar una solución que todos pudieran aceptar. Dada la monumental tarea a la que se enfrentaban, quizá no deba extrañarnos que en los primeros días dedicasen mucho tiempo a un asunto relativamente sencillo, pero cargado de simbolismo: el destino del Káiser.

En 1919, Guillermo, el tercer y último Káiser del imperio que edificase Bismarck, era un hombre inquieto de sesenta años y pico que vivía en un cómodo castillo cerca de Utrecht. Al terminar la guerra, mientras sus ejércitos se desvanecían, había hecho unas cuantas y postreras afirmaciones jactanciosas sobre morir rodeado de sus tropas y luego se había escabullido a su exilio en los Países Bajos. Hasta sus generales más leales se habían alegrado de perderle de vista. Sus entusiasmos repentinos y sus rabietas igualmente súbitas siempre habían sido difíciles de soportar. Guillermo nunca había dejado de ser un crío; el niño inquieto al que nadie quería se había transformado en el hombre aficionado a disfrazarse y a las bromas pesadas y crueles. Su comportamiento imprevisible y sus afirmaciones descabelladas habían contribuido en gran medida a desestabilizar Europa antes de la Gran Guerra. Puede que estuviera clínicamente loco; antes de 1914 en Alemania se hablaba de vez en cuando de declarar una regencia.⁶⁷¹ La reina Victoria tenía otros nietos difíciles; tal vez ninguno hizo tanto daño como Guillermo. Bajo el «régimen de opereta» que, como dijo un detractor, gobernaba Alemania, el Káiser gozaba de un grado peligroso de poder, especialmente sobre las fuerzas armadas y los asuntos exteriores. Con una personalidad diferente, quizá las cosas hubieran evolucionado de otra forma; pero el hecho es que la nación más poderosa del continente europeo avanzó tambaleándose e intimidando a las demás hacia la explosión de 1914.

El Káiser siempre dejó claro que Alemania, el ejército y la marina de guerra eran suyos. «Ha arruinado totalmente a su país y a sí mismo», escribió su primo Jorge V de Inglaterra en noviembre de 1918. «Le considero el mayor criminal de la historia por haber precipitado al mundo a esta guerra horrorosa que ha durado más de cuatro años y tres meses con todos sus sufrimientos.»⁶⁷² El rey habló por muchas personas de los países aliados. El mundo destrozado buscaba a alguien a quien echar la culpa, ¿y quién mejor que el Káiser, junto con su hijo, el débil y mujeriego príncipe heredero, y sus líderes militares?

Los políticos se apresuraron a responder al público de sus países. En Gran Bretaña la coalición había empezado la campaña electoral de la posguerra de forma magnánima. «No debemos permitir», dijo Lloyd George, «ningún sentimiento de venganza, ningún espíritu de codicia, ningún deseo mezquino de pasar por alto los principios fundamentales de la justicia». Pronto se hizo evidente que

el electorado prefería que se hablara de colgar al Káiser.⁶⁷³ Parece ser que el propio Lloyd George deploraba el lenguaje con que se expresaba este deseo, pero compartía los sentimientos.⁶⁷⁴ Se divertía, molestaba a colegas como Churchill y ponía furioso al rey urdiendo complicados planes para juzgar públicamente al Káiser en Londres, o quizás en el castillo de Dover, y luego, después del inevitable veredicto de culpabilidad, despacharlo a las islas Malvinas.⁶⁷⁵ Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores comentó en su diario que «los periódicos escriben las mayores estupideces sobre colgar al Káiser. Están tan locos por él como en otro tiempo por Jumbo el Elefante. Deberíamos tener cosas mejores en que pensar».⁶⁷⁶

Los italianos mostraban poco entusiasmo. Sonnino, que, por ser el hombre que había firmado y luego abandonado el tratado de Italia con las potencias centrales, tenía motivos sobrados para reflexionar sobre las vicisitudes de la guerra, puso objeciones varias veces. No convenía sentar precedentes. Clemenceau perdía la paciencia ante esta clase de argumentos. «¿Qué es un precedente? Se lo voy a decir. Viene un hombre; actúa, para bien o para mal. A partir del bien que hace, creamos un precedente. A partir del mal que hace, los criminales, ya sean individuos o jefes de Estado, crean el precedente para sus crímenes». No había precedentes para los crímenes alemanes: «para la destrucción sistemática de la riqueza con el fin de acabar con la competencia, para la tortura de prisioneros, para la piratería submarina, para el trato abominable dispensado a las mujeres en los países ocupados».⁶⁷⁷

En las reuniones que los europeos celebraron en Londres antes de la llegada de Wilson, se dedicó mucho tiempo a hablar de castigar al Káiser y sus subordinados, pero lo único que se acordó fue esperar hasta saber qué pensaba Wilson. El presidente no estaba seguro. Detestaba el militarismo alemán, del cual era el Káiser símbolo tan poderoso, pero se preguntaba si Guillermo se habría visto coaccionado por su propio Estado Mayor.⁶⁷⁸ Los expertos estadounidenses, encabezados por Lansing, dudaban de la legalidad de procesar a los alemanes. Los estadounidenses, como ellos mismos reconocían, podían permitirse la imparcialidad; Estados Unidos había sufrido relativamente poco en la guerra.⁶⁷⁹ Wilson acabó accediendo, con poco entusiasmo, a que se creara una comisión que investigase quién había sido responsable de la guerra y decidiese el castigo apropiado para el culpable. Los miembros estadounidenses de la comisión, entre los que estaba Lansing, se negaron a que se juzgara a los alemanes por crímenes contra la humanidad.

Wilson advirtió a su colegas del Consejo de los Cuatro que sería mucho mejor dejar al Káiser en paz con su desgracia: «Carlos I era un personaje despreciable y el mayor embustero de la historia; fue loado por los poetas y transformado en un mártir por su ejecución».⁶⁸⁰ Con espíritu de concordia (y quizá para obtener la enmienda sobre la Doctrina Monroe que quería introducir en el pacto de la Sociedad de Naciones), Wilson acabó dando su conformidad a una cláusula que acusaba a Guillermo de «una gravísima transgresión de la moral internacional y la santidad de los tratados» e invitó al Gobierno de los Países Bajos a entregarlo. Los criminales alemanes de menor importancia serían juzgados por tribunales militares especiales después de que el Gobierno alemán los hubiera entregado. «Primero hay que atrapar al conejo», opinó uno de los expertos estadounidenses.⁶⁸¹

En la primavera de 1919, el público ya empezaba a perder los deseos de persecución.⁶⁸² Cuando los holandeses se negaron a entregar el Káiser, los Aliados, que no querían que se les viera intimidando a un pequeño país neutral, aceptaron su decisión. El 25 de junio, poco antes de que los alemanes firmaran el tratado, el Consejo de los Cuatro habló del asunto por última vez. El talante de los reunidos era alegre más que vengativo. Lloyd George dijo que había que llevar al Káiser a Inglaterra. «Tengan cuidado y no dejen que se hunda», dijo Clemenceau. «Sí, juicio en Inglaterra,

ejecución en Francia». Lloyd George se preguntó adonde lo mandarían después. ¿A Canadá? ¿A alguna isla? «¡No lo manden a las Bermudas, por favor!», exclamó Wilson. «¡Allí quiero ir yo!»⁶⁸³ El Gobierno alemán había intentado, hasta el último momento, que se eliminaran las cláusulas pertinentes. No tenía necesidad de preocuparse.

El Káiser vivió hasta 1940, escribiendo sus memorias, leyendo a P. G. Wodehouse, bebiendo té inglés, paseando sus perros y despotricando contra la conspiración judía internacional que, según había descubierto, había humillado a Alemania y a él mismo. Se emocionó con «la sucesión de milagros» cuando Hitler empezó la guerra en 1939 y murió poco antes de que los alemanes invadieran la Unión Soviética.⁶⁸⁴ Los Aliados acabaron desechando la idea de procesar ellos mismos a otros alemanes. Enviaron una lista de nombres —que incluía los de Hindenburg y Ludendorff— al Gobierno alemán, que creó un tribunal especial. De los centenares de hombres que nombraba la lista, sólo se procesó a doce. La mayoría fue puesta en libertad en el acto. Un par de oficiales de submarinos que habían hundido botes salvavidas llenos de heridos fueron condenados a cuatro años cada uno; se fugaron al cabo de unas semanas y nunca los encontraron.⁶⁸⁵

14 Contener a Alemania

Las cláusulas militares del tratado, que el Consejo de los Cuatro había empezado a examinar antes incluso de la pausa del invierno, advertían que castigar a Alemania era un problema infinitamente más difícil que decidir la suerte del Káiser. La mayoría de la gente estaba de acuerdo en que el militarismo y unas fuerzas armadas enormes, especialmente las alemanas, eran malos para el mundo; de hecho, ya empezaban a aparecer libros que argüían que la carrera de armamento había causado la Gran Guerra. Uno de los Catorce Puntos de Wilson hablaba de reducir el armamento «al punto más bajo que fuera compatible con la defensa nacional» y uno de los atractivos de la Sociedad de Naciones era que proporcionaría tal grado de seguridad que los países reducirían voluntariamente sus fuerzas armadas. Lloyd George, que sabía que el servicio militar obligatorio era muy impopular en Gran Bretaña, recibió la idea con entusiasmo. Obviamente, desarmar a la nación más poderosa del continente era un importante primer paso hacia el desarme más general que llevaría a cabo la Sociedad de Naciones. Aunque importaba mucho menos, los Aliados pensaban imponer rigurosas condiciones militares a las otras naciones derrotadas. También tratarían inútilmente de persuadir a sus amigos de Europa, como Checoslovaquia, Polonia y Grecia, a aceptar la reducción de sus fuerzas armadas.⁶⁸⁶

El desarme era bueno en sí mismo, pero resultaba difícil llegar a un acuerdo sobre los efectivos del ejército que debía quedarle a Alemania. Era necesario que el nuevo Gobierno alemán pudiese sofocar las rebeliones en el país.⁶⁸⁷ ¿Debía ser también lo bastante fuerte como para rechazar la amenaza bolchevique procedente del este? Los Aliados no podían hacerlo por él, ya que estaban reduciendo su intervención en Rusia. Los estados de la Europa central tampoco podían. No sólo se hallaban luchando por sobrevivir, sino que, además, como dijo severamente Hankey, uno de los asesores más íntimos de Lloyd George, «no ha habido la menor señal entre ellos de un intento serio de esfuerzo conjunto por oponer resistencia a los bolcheviques. Al contrario, muestran todas las peores cualidades que nos hemos acostumbrado a ver en los estados balcánicos». Los alemanes, a pesar de sus defectos, eran al menos «un pueblo compacto, patriótico, digno de confianza y muy organizado».⁶⁸⁸ Desde el punto de vista francés, sin embargo, las fuerzas alemanas eran siempre un peligro. Foch en particular arguyó desde el principio que los Aliados debían confiscar el material militar de los alemanes, ocupar Renania y sus cabezas de puente, destruir las fortificaciones alemanas en las fronteras con Francia y limitar el ejército alemán a 100.000 hombres. Señaló que estas exigencias eran meramente militares, lo cual resultaba poco convincente.

A Foch, uno de los pocos generales franceses que salieron de la guerra con su reputación mejorada, le gustaba decir que era un simple soldado. Era bajo de estatura, rubio, sencillo y de aspecto bastante descuidado. «A unos cuatro o cinco metros de distancia», en opinión de un experto estadounidense, «era imposible ver que se trataba del generalísimo».⁶⁸⁹ Nacido en el seno de una familia modesta en los Pirineos, Foch era católico devoto e irreprochable padre de familia aficionado a la jardinería, la caza y el teatro (siempre y cuando no fuese demasiado moderno) y odiaba a los políticos y a los alemanes. El general inglés Henry Wilson, gran amigo suyo, veneraba su valor y su negativa a darse

por vencido, incluso en los peores momentos de la guerra. Según él, Foch «poseía un instinto sobrenatural que le indicaba lo que convenía hacer. No siempre puede explicarte por qué».⁶⁹⁰ En cambio, a ojos del comandante en jefe estadounidense, el general Pershing, que chocó con Foch en los últimos tiempos de la guerra, era sólo «un hombre pequeño, de miras estrechas, pagado de sí mismo».⁶⁹¹ El presidente Wilson llegaría a ver en él la encarnación del espíritu vengativo y la ceguera de los franceses. También lo encontraba aburrido.⁶⁹²

Clemenceau, que le conocía desde hacía años, se mostró siempre ambivalente. «Era un gran general», dijo al Consejo Supremo en 1919, pero «no un Papa militar.»⁶⁹³ Durante la guerra había dudado entre el general Pétain y Foch para el cargo de comandante en jefe de los ejércitos aliados. «Me encontraba entre dos hombres y uno de ellos me decía que estábamos acabados, mientras que el otro iba y venía como un loco y quería luchar. Me dije a mí mismo “¡Probemos a Foch!”»⁶⁹⁴ Y Clemenceau pensaba que había acertado. «Siempre le veo», dijo en marzo de 1918, «más lleno de confianza, más fervoroso que nunca, demostrando que es en verdad un gran líder y con una sola idea: luchar y seguir luchando hasta que el enemigo se dé por vencido.»⁶⁹⁵ Por otra parte, también dijo: «durante la guerra era necesario que viese a Foch prácticamente todos los días con el fin de impedir que hiciera alguna tontería».⁶⁹⁶

Clemenceau nunca fue capaz de confiar del todo en ningún militar, especialmente en uno que fuera religioso. No nombró a Foch delegado francés en la Conferencia de Paz y dejó claro que el mariscal asistiría a las sesiones sólo cuando se le invitara. Foch nunca le perdonó: «Es realmente extraordinario que M. Clemenceau no pensara en mí desde el principio como persona idónea para vencer la resistencia del presidente Wilson y Lloyd George».⁶⁹⁷ Cuando, a pesar de ello, Foch y sus partidarios trataron de influir en las negociaciones de paz, la impaciencia de Clemenceau fue en aumento.⁶⁹⁸ Hubo escenas muy desagradables. Durante una de ellas, en el Consejo Supremo, Foch salió y se sentó en la antesala. Al intentar sus colegas persuadirle a volver a entrar, sus gritos de «¡Nunca, nunca, nunca!» pudieron oírse desde dentro.⁶⁹⁹ De vez en cuando Clemenceau pensaba en destituirle, pero nunca tuvo ánimos suficientes para hacerlo. «Dejad al pueblo sus ídolos», dijo, «debe tenerlos.»⁷⁰⁰

Foch había insistido en incluir estipulaciones rigurosas en el acuerdo inicial de armisticio del 11 de noviembre de 1918. Durante la Conferencia de Paz advirtió que los alemanes no estaban cumpliendo las cláusulas del armisticio; no se estaban desmovilizando con suficiente rapidez ni entregando sus armas. Dijo que los Aliados debían mantener grandes ejércitos permanentes, sobre todo en Renania, o no podrían hacer que se cumplieran las condiciones de paz.⁷⁰¹ Los británicos y los estadounidenses se mostraron escépticos. Wilson opinó que los franceses eran unos «histéricos» y cuando Pershing le dijo que Foch exageraba la fuerza de los alemanes se apresuró a transmitir la opinión a Lloyd George.⁷⁰²

Cuando llegó el momento de renovar el armisticio, como se hacía cada mes, Foch trató de incluir nuevas disposiciones.⁷⁰³ «No era deportivo», dijo Wilson. «Se estaban añadiendo continuamente exigencias secundarias pequeñas e irritantes a las condiciones del armisticio, al mismo tiempo que se recibían informes de que no se estaban cumpliendo las condiciones aceptadas anteriormente.»⁷⁰⁴ ¿Cómo podían persuadir a los alemanes a aceptarlas? La respuesta de Foch fue contundente: «por medio de la guerra». Clemenceau, un poco a regañadientes, le respaldó.⁷⁰⁵ «Conocía bien a los alemanes. Se vuelven feroces cuando alguien se retira ante ellos.»⁷⁰⁶ El 12 de febrero, después de mucho debatir el asunto, el Consejo Supremo llegó a un acuerdo: el armisticio se renovaría

indefinidamente, sin añadirle ningún cambio importante, y se puso a Foch al frente de un comité que redactaría condiciones militares detalladas para el tratado de paz.⁷⁰⁷ Seguía habiendo confusión sobre si estaban preparando un tratado preliminar o el definitivo, y nadie estaba seguro de si estas condiciones iban a presentarse primero, en el plan parcial, o se incorporarían a algún documento de mayor envergadura.⁷⁰⁸

El comité de Foch presentó el resultado de su trabajo el 3 de marzo: recomendó que se permitiera a Alemania tener un ejército pequeño, con el material básico y sin aditamentos como un Estado Mayor o tanques. Foch pidió al Consejo Supremo una decisión inmediata. Quería poder empezar a negociar con los representantes alemanes en el plazo de tres semanas. Dado el ritmo de desmovilización de los ejércitos aliados, Foch y sus colegas aliados no podían garantizar que tuviesen ventaja sobre los alemanes durante mucho tiempo. La respuesta de los británicos y los estadounidenses fue desfavorable. «Esto», dijo Balfour, «equivalía a poner una pistola en el pecho del Consejo.»⁷⁰⁹ Y tampoco quería tomar una decisión en ausencia de Lloyd George, porque algunas de las propuestas de Foch eran polémicas.⁷¹⁰

Mientras que Foch, por ejemplo, quería un ejército alemán de 140.000 reclutas que sirvieran durante sólo un año, el representante británico en su comité, Henry Wilson, prefería 200.000 voluntarios que sirvieran varios años. Los británicos trataron de persuadir a los franceses de que instruir a miles de hombres cada año produciría una reserva enorme de soldados experimentados. Lloyd George dijo que detestaba la idea de dejar a Francia ante tal amenaza. Foch replicó que lo que le preocupaba no era la cantidad, sino la calidad. Los soldados con muchos años de servicio podían convertirse fácilmente en el núcleo de una fuerza mucho mayor. Los alemanes, «rebaños de ovejas», acabarían teniendo numerosos oficiales que los conducirían.⁷¹¹

Lloyd George se llevó a Clemenceau a un lado y le persuadió a desechar la idea de un ejército alemán formado por reclutas. Foch no se enteró de esto hasta la siguiente reunión del Consejo Supremo; discutió furiosamente con Clemenceau, que se negó a cambiar de opinión.⁷¹² Lo único que consiguió fue que se rebajara el tope: el ejército alemán tendría 100.000 hombres. «Así pues», escribió Henry Wilson, «aceptaron mi principio, pero no mis cifras y en el caso de Foch aceptaron sus cifras, pero no su principio. Asombroso estado de cosas.»⁷¹³ Las cláusulas militares se dejaron en suspenso hasta el regreso de Woodrow Wilson.

Foch, al igual que gran número de sus compatriotas, quería mucho más que una Alemania desarmada. Quería una Alemania mucho más pequeña. Todos los negociadores de la paz estaban de acuerdo en que Alemania debía menguar. El problema radicaba en dónde y en qué medida. Polonia pedía la Alta Silesia, con sus yacimientos de carbón, y el puerto de Danzig (hoy Gdansk). Lituania, si sobrevivía, deseaba el puerto báltico de Memel (Klaipeda, en la actualidad) y una tajada de territorio que se extendía hacia el interior. Esas fronteras en el este, que formaron parte del ordenamiento mucho más amplio de Europa central, causarían numerosos problemas.

En el noroeste, las fronteras de Alemania se trazaron con relativa facilidad. La neutral Dinamarca reivindicó la parte septentrional de Schleswig-Holstein, un par de ducados cuya suerte había inquietado mucho a Europa a mediados del siglo anterior. Con una población mixta de alemanes y daneses y un estatuto jurídico de gran antigüedad y desconcertante complejidad (Bismarck decía siempre que sólo dos hombres en Europa comprendían el asunto —uno era él y el otro estaba en un manicomio— y un comentario parecido también se ha atribuido a Palmerston), Prusia se había apoderado de ellos al empezar a crear la Alemania moderna. El Gobierno alemán había hecho todo lo posible por germanizar a los habitantes, pero, a pesar de sus esfuerzos, una mayoría abrumadora

de la parte septentrional seguía hablando danés. El Gobierno de Dinamarca suplicó a la Conferencia de Paz que actuara rápidamente. El derrumbamiento del antiguo régimen alemán había producido consejos revolucionarios en Schleswig-Holstein como en otras partes, pero todavía se comportaban como alemanes. A los habitantes de habla danesa se les impedía reunirse, les rompían los cristales de las ventanas y les confiscaban las vacas, lo cual era tal vez lo peor de todo en una región agraria tan próspera.⁷¹⁴ Nadie quería reabrir las viejas cuestiones jurídicas, pero por suerte existía el principio nuevo de la autodeterminación. El Consejo Supremo decidió que la cuestión debía remitirse al comité que ya se había creado para que examinase las reivindicaciones de Bélgica contra Alemania. A su debido tiempo el comité decidió que se celebraran dos plebiscitos, los primeros del puñado que los negociadores dictaminaron. En febrero de 1920 una comisión internacional supervisó la consulta, en la que votaron todos los hombres y mujeres mayores de 20 años. Los resultados reflejaron fielmente las divisiones lingüísticas; la zona del norte votó a favor de la incorporación a Dinamarca; la del sur, decidió seguir formando parte de Alemania. La frontera actual es la que existía entonces.

No fue tan fácil fijar las fronteras de Alemania en el oeste, porque la necesidad de compensación y seguridad de Francia chocó con el principio de autodeterminación y con los viejos temores británicos de que una Francia fuerte dominase el continente.⁷¹⁵ En el extremo septentrional de Alsacia se hallaban los ricos yacimientos de carbón de la región alemana del Sarre. Francia necesitaba carbón y sus minas habían sido destruidas en gran parte por los alemanes. Y, tal como Clemenceau recordó al embajador británico poco después de firmarse el armisticio, al terminar las guerras napoleónicas Gran Bretaña había pensado en dar el Sarre a los franceses; ¿por qué no aprovechar ahora la oportunidad de borrar «el recuerdo amargo de Waterloo que pudieran albergar los franceses»? El Sarre, sin embargo, era sólo un pedazo del territorio mucho más amplio situado en la orilla occidental del Rin que se extendía hacia el norte desde Alsacia y Lorena hasta los Países Bajos. Clemenceau arguyó que la seguridad de Francia saldría beneficiada si Renania dejaba de estar controlada por los alemanes. «El Rin era la frontera natural entre la Galia y Alemania». Quizá los Aliados podrían crear un Estado independiente con su neutralidad garantizada por las potencias, como lo había sido la de Bélgica. «Me doy cuenta», informó el embajador, «de que piensa ejercer mucha presión para lograrlo.»⁷¹⁶ De hecho, Clemenceau estaba dispuesto a transigir en muchas de las exigencias francesas siempre y cuando se alcanzara el objetivo supremo de la seguridad. Incluso estaba dispuesto a considerar una cooperación limitada con Alemania en virtud de la cual los dos países trabajasen juntos para reconstruir las regiones devastadas de Francia y tal vez forjar fructíferos vínculos económicos, pero los resultados concretos fueron escasos.⁷¹⁷

Foch no pensaba de la misma manera y hablaba con la autoridad de un militar que se había pasado la vida afrontando la amenaza procedente de la otra orilla del Rin. Francia necesitaba aquella barrera fluvial, necesitaba el tiempo que ganaría controlando Renania ante un ataque procedente del este, y necesitaba la población extra. «En lo sucesivo», insistió en un memorándum dirigido a la Conferencia de Paz en enero de 1919 «debería privarse a Alemania de toda base de entrada y reunión, esto es, de toda soberanía territorial en la orilla izquierda del río; es decir, de todas las oportunidades de invadir rápidamente, como en 1914, Bélgica, Luxemburgo, de alcanzar la costa del mar del Norte y de amenazar al Reino Unido, de flanquear las defensas naturales de Francia, el Rin y el Mosa, de conquistar las regiones del norte y de entrar en la de París.»⁷¹⁸

Dijo a Cecil que si Alemania atacaba, podía penetrar profundamente en Francia mucho antes de que Estados Unidos y Gran Bretaña respondieran. «Si hubiese otros accidentes naturales que pudieran

convertirse en una línea defensiva igualmente buena, no habría pedido la frontera del Rin, pero no había ninguno en absoluto.»⁷¹⁹ Su preferencia era una Renania independiente que pudiera agruparse con Bélgica, Francia y Luxemburgo en una confederación defensiva. «Pienso que Foch va demasiado lejos», dijo su amigo Henry Wilson, «pero al mismo tiempo veo con claridad que neutrales como los luxemburgueses y los belgas expusieron demasiado el flanco de los pobres franceses y que, por tanto, hay que tomar algunas precauciones, como que no haya tropas *boches* acuarteladas junto al Rin y posiblemente que tampoco haya servicio militar obligatorio *boche* en la zona renana.»⁷²⁰ La segunda opción de Foch era un Estado neutral y desmilitarizado, o tal vez varios, en Renania.⁷²¹ Le parecía que la inclinación natural de sus habitantes era hacia Francia; con el tiempo se darían cuenta de que lo que más les convenía era mirar al oeste en lugar de al este.⁷²²

Tropas francesas formaban la mayor parte de las fuerzas de ocupación que había en Renania, y sus comandantes estaban totalmente de acuerdo con los puntos de vista de Foch (entre ellos se encontraba el mariscal Pétain, que tendría una opinión bastante distinta de Alemania en la segunda guerra mundial). Renania, según dijo el general Mangin, era el símbolo de la «Francia inmortal que ha vuelto a convertirse en una gran nación». Mangin, que había pasado su carrera principalmente en colonias francesas, veía a los renanos como nativos a los que había que ganarse, por medio de fiestas, procesiones con antorchas, fuegos artificiales y mano firme.⁷²³ Los franceses también cortejaron a los renanos empleando concesiones económicas y los eximieron del bloqueo al que seguía sometida Alemania.⁷²⁴

Durante unos cuantos meses estimulantes, en 1919, pareció que poderosas fuerzas separatistas estuvieran despertando entre los renanos, que en su mayor parte eran católicos y, al fin y al cabo, en realidad nunca se habían sentido totalmente a gusto bajo el dominio de Prusia. Pero ¿estaban dispuestos a arrojarse en brazos de Francia? El alcalde de la gran ciudad renana de Colonia, que era un político cauto y taimado, habló por los moderados. Konrad Adenauer jugueteó con el separatismo, pero al llegar la primavera ya lo había abandonado por considerarlo una causa perdida.⁷²⁵ Los separatistas acérrimos continuaron siendo una pequeña minoría.

Clemenceau optó por ignorar lo que sus militares se traían entre manos. Tampoco les prohibió directamente intrigar con los separatistas.⁷²⁶ Personalmente no le importaba lo que se hiciera con Renania siempre y cuando no se convirtiese, una vez más, en una plataforma para atacar a Francia. Quería que la ocupación aliada continuase; a decir verdad, quería que se ampliara hasta la orilla oriental del Rin para proteger las cabezas de puente. Si lograba obtener esta garantía de la seguridad de Francia, estaba dispuesto a retirar otras exigencias francesas, como el pago de reparaciones. Instó a sus aliados a presentar las condiciones de paz en conjunto. Tal como dijo a Balfour en febrero, no quería que se comunicaran las condiciones de desarme a los alemanes, pese a que estaban casi listas, porque sencillamente pensarían que ya no les quedaba nada con qué negociar y, por tanto, pondrían dificultades en todo lo demás.⁷²⁷

Clemenceau tenía que actuar con cuidado en el asunto de Renania porque sus detractores en Francia le estaban observando atentamente.⁷²⁸ Desde el palacio del Elíseo, Poincaré advirtió: «El enemigo se está recuperando y, si no permanecemos unidos y firmes, hay mucho que temer». Francia debía tener el control directo de Renania.⁷²⁹ La opinión de Poincaré pesaba mucho en Francia. Si bien durante la guerra el Gobierno, por razones propagandísticas, había evitado hablar públicamente de anexionarse partes de Alemania, ciudadanos particulares franceses formaron comités y se apresuraron a publicar sus puntos de vista (sin que los censores se esforzaran por impedirselo). El río siempre había sido la frontera entre la civilización occidental y algo más tenebroso, más

primitivo. Francia había civilizado Renania. Carlomagno había tenido en ella su capital, Luis XIV la había conquistado, los ejércitos revolucionarios franceses habían vuelto a conquistarla. (Los periodos, mucho más largos, en que Renania fue gobernada por príncipes de habla germana se pasaron por alto). Los renanos eran en realidad franceses en sus genes y sus corazones. Su amor al buen vino, su *joie de vivre* [alegría de vivir], su catolicismo (como señalaban incluso los escritores anticlericales franceses) así lo probaban. Si se libraban de los prusianos, los renanos recuperarían su auténtica naturaleza, que era francesa. Y tal vez el argumento más convincente de todos era que Renania representaba una compensación justa de las pérdidas de Francia.⁷³⁰

Los estadounidenses no quedaron convencidos. Era la Sociedad de Naciones, y no Renania, la que resolvería los problemas de seguridad de Francia. Tal como expresó House, «si después de fundar la Sociedad de Naciones cometemos la estupidez de permitir que Alemania instruya y arme un gran ejército y vuelva a convertirse en una amenaza para el mundo, tendremos merecida la suerte que semejante locura haga caer sobre nosotros».⁷³¹ Lloyd George estaba indeciso. Quizá Renania podría ser un pequeño Estado neutral.⁷³² Por otra parte, como dijo repetidas veces, no quería crear nuevas Alsacias y Lorenas que alterasen la paz de Europa otra generación.⁷³³

Los franceses propusieron varios planes ingeniosos: una ocupación permanente a cargo de tropas aliadas; una unión aduanera con Francia que dejara a Renania técnicamente en Alemania; Renania parte de Francia en lo militar y de Alemania en lo jurídico. Algunos soñaban con algo más dramático. «Con el fin de asegurar una paz duradera para Europa», dijo el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, «es necesario destruir la obra de Bismarck, que creó una Alemania sin escrúpulos, militarizada, burocrática, metódica, una máquina formidable para la guerra que brotó de aquella Prusia, a la que se ha definido como un ejército que tiene una nación.»⁷³⁴ Volver a ver una Baviera, una Sajonia, sobre todo una Prusia escarmentada, en el centro de Europa disiparía las pesadillas de los franceses.

Clemenceau, sin embargo, estaba convencido de que Alemania sobreviviría y Francia tendría que vérselas con ella. No podía olvidar que la seguridad futura de Francia dependía de sus aliados tanto como de sus propios esfuerzos. También tenía que recordar que Renania era sólo una parte de lo que quería Francia. Si intentaba hacerse con todo, ¿apoyarían sus aliados la factura de reparaciones de Francia? ¿Se mostrarían igualmente comprensivos en lo referente a desarmar a Alemania? El alcance total de sus maniobras y lo que pensaba realmente son cosas que nunca se sabrán y así prefería él que fuese. Al cabo de unos años, cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores francés trató de preparar un resumen de las negociaciones de 1919 sobre Renania, no encontró ni un solo documento en sus archivos.⁷³⁵ Clemenceau destruyó la mayor parte de sus papeles antes de morir.

En los primeros meses de la Conferencia de Paz hizo todo lo posible por formar una reserva de buena voluntad con sus aliados cooperando, por ejemplo, en la creación de la Sociedad de Naciones. No dijo nada sobre Renania en el Consejo Supremo y sondeó en privado a sus aliados sobre las opciones que había aparte de la anexión pura y simple o un Estado renano autónomo.⁷³⁶ Encontró cierta comprensión entre los estadounidenses, en especial House. Pensaba que ganarse a los británicos resultaría más difícil.⁷³⁷ Al parecer, no habló con Wilson antes de que éste volviese a Estados Unidos el 14 de febrero, quizá porque temía, con mucha razón, que se opusiera.⁷³⁸ Tal como dijo Lloyd George, con su habitual desprecio de la geografía, «¡el viejo tigre quiere que el oso gris vuelva a las Montañas Rocosas antes de empezar a despedazar al cerdo alemán!»⁷³⁹

El 25 de febrero André Tardieu, uno de los delegados franceses, presentó finalmente una declaración oficial sobre Renania a la Conferencia de Paz. La actuación de Tardieu fue

deslumbrante, como de costumbre. Tardieu, que procedía de una familia de grabadores de París, era un distinguido intelectual (había sido el primero de su promoción en la selecta École Normale Supérieure), diplomático, político y periodista. En 1917 Clemenceau lo envió a Estados Unidos como representante especial suyo. Era muy inteligente, enérgico y encantador. Lloyd George no lo soportaba y Wilson nunca le perdonó sus estrechas relaciones con los republicanos en Washington.⁷⁴⁰ Clemenceau le tenía afecto y confiaba en él tanto como en cualquier otra persona. También lo tenía firmemente controlado.⁷⁴¹ Cuando Tardieu cometió el error de colocarse delante de él en una reunión del Consejo Supremo, el anciano golpeó con fuerza la mesa. «*S'il vous plait, Monsieur*» [Por favor, señor]. Tardieu se sentó, furioso, pero no se atrevió a contestar.⁷⁴²

Su memorándum de 25 de febrero, que había redactado siguiendo instrucciones de Clemenceau, pedía que las fronteras occidentales de Alemania llegaran sólo hasta el Rin y que fuerzas aliadas ocupasen las cabezas de puente de forma permanente. Insistía en que Francia no tenía el menor interés en anexionarse ninguna parte de Renania, pero no decía cómo ésta debía gobernarse.⁷⁴³ La respuesta de los aliados de Francia fue firme. «Lo consideramos», dijo Lloyd George, «una traición clara y deshonrosa de uno de los principios fundamentales por los que los Aliados habían profesado que luchaban y que proclamaron ante su propio pueblo a la hora del sacrificio». Y, realista como siempre, también señaló que tratar de dividir Alemania probablemente no daría buenos resultados a la larga; «mientras tanto causaría un sinfín de roces y podía provocar otra guerra».⁷⁴⁴ Wilson, que se encontraba en Estados Unidos, se mostró igualmente firme. «No podía ser», dijo a Grayson. «Los deseos del pueblo eran de carácter alemán. Quitarle este territorio a Alemania sencillamente daría una causa para el odio y una decisión de reanudar la guerra en toda Alemania que siempre sería igual a la inquina que los franceses tienen a los alemanes debido a las regiones perdidas.»⁷⁴⁵ El presidente ordenó a House que no se comprometiera a nada en relación con Renania. Se ocuparía personalmente del asunto cuando volviera a París.⁷⁴⁶

En un intento de dar con una solución intermedia Lloyd George, Clemenceau y House formaron un comité secreto unos días antes de la llegada del barco que traía a Wilson. Tardieu, que representaba a Francia, se mostró ahora francamente partidario de un Estado renano independiente. «Francia», dijo, «nunca se daría por satisfecha a menos que estuviera a salvo de una repetición de 1914 y esta seguridad sólo sería posible si se trazaba la frontera a lo largo del Rin. Francia tenía derecho a esperar que, si había otra guerra, no tuviera lugar en suelo francés».

Kerr replicó que Gran Bretaña no podía ver ni separar Renania de Alemania ni tener tropas de manera permanente allí. La opinión pública británica estaba en contra de ello y también lo estaban los gobiernos de los dominios, cuyos deseos no se podían pasar por alto. Por otra parte, no hacía falta decir que fuerzas británicas acudirían a ayudar a Francia si Alemania volvía a atacar. Tardieu señaló que probablemente no llegarían a tiempo. (Los franceses no tomaron en serio el ofrecimiento que hizo Lloyd George de construir un túnel debajo del Canal). El representante estadounidense dijo muy poco. Las conversaciones no aportaron nada útil.⁷⁴⁷

Cuando faltaba poco para que Wilson llegase a París ya se había avanzado mucho en la preparación de las cláusulas militares del tratado con Alemania, pero el problema de las fronteras alemanas, incluidas las de Renania, distaba mucho de haberse resuelto, a la vez que el peliagudo asunto de las reparaciones estaba completamente estancado. El barco de Wilson arribó a Brest la noche del 13 de marzo y House fue a recibir al presidente. Las noticias que le dio eran desalentadoras. Del tratado con Alemania sólo existían las líneas generales.

El coronel pensaba que sencillamente había informado al presidente.⁷⁴⁸ La señora Wilson y sus

partidarios, a quienes nunca había gustado House, declararon que el presidente estaba destrozado. «Parecía haber envejecido diez años», dijo la señora Wilson veinte años más tarde, «y se le notaba en la cara que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por dominarse». Wilson, según su esposa, exclamó «House ha regalado todo lo que yo había conseguido antes de irnos de París». Grayson dice más adelante su propia versión: que el presidente quedó horrorizado al descubrir que House no sólo había accedido a la creación de una república renana independiente, sino que había aceptado el nefando plan de británicos y franceses que consistía en quitar importancia a la Sociedad de Naciones excluyendo el pacto del tratado con Alemania.⁷⁴⁹ House no había hecho ninguna de las dos cosas, pero las suspicacias de Wilson se despertaron y los que le rodeaban se encargaron de que siguieran despiertas.

Nunca sabremos lo que sucedió entre el presidente y el hombre del que en una ocasión había dicho que era un apéndice suyo, pero no cabe duda de que aquella noche apareció una grieta en su amistad. Continuaron viéndose y House siguió actuando en nombre del presidente, pero se rumoreaba que el hombrecillo ya no gozaba de la confianza de su amo. Lloyd George opinaba que el problema principal surgió en abril, cuando él, Clemenceau y House estaban reunidos en la habitación de este último en el Crillon. House trataba de zanjar una disputa, esta vez entre Wilson y los italianos sobre las reivindicaciones de Italia en el Adriático. El presidente entró de forma inesperada y resultó claro que pensó que estaban haciendo algo a sus espaldas. «Tenía como mínimo un atributo divino», dijo Lloyd George, «era un dios celoso y, al no tener en cuenta el respeto que se le debía, House olvidó este aspecto de su ídolo y cometió así el pecado imperdonable.»⁷⁵⁰

Lo que puede que House hiciera en Brest fue transmitir a Wilson una sugerencia de Foch y otros en el sentido de que se presentara a Alemania un tratado preliminar con las condiciones militares y tal vez algunas de índole económica, dejando para más adelante los asuntos difíciles como, por ejemplo, las fronteras y las reparaciones. Es indudable que Wilson oyó hablar de ello casi tan pronto como llegó. Inmediatamente sospechó que se había tramado un complot cuyo propósito era retrasar el pacto de la Sociedad de Naciones. El 15 de marzo habló «muy francamente» con Lloyd George y Clemenceau. «Había tantas cuestiones colaterales que debían remitirse a la Sociedad de Naciones que la creación de ésta tenía que ser el primer objetivo y no se podía llegar a un acuerdo sobre ningún tratado que se ocupara sólo de asuntos militares, navales y económicos.»⁷⁵¹ Wilson se negó a asistir a la reunión que debía celebrarse por la tarde en el Consejo Supremo con el fin de aprobar las condiciones militares; afirmó que necesitaba tiempo para leerlas. «Qué descarado», dijo el general británico Henry Wilson. Dos días después, cuando finalmente se planteó la cuestión, el presidente estadounidense pensó en oponerse a la estipulación relativa a un ejército alemán integrado por voluntarios. La demora irritó a Lloyd George, que respondió amenazando con negarse a aprobar el pacto de la Sociedad de Naciones. Las condiciones se aprobaron.⁷⁵²

Lo que le quedó a Alemania, como reconocieron los propios Aliados, era algo que parecía más un cuerpo de policía que un ejército. Al no materializarse en años posteriores la promesa de reducir todos los ejércitos, aumentaron el malestar que el tratado con Alemania causaba a los británicos y el resentimiento de los alemanes.⁷⁵³ Con un ejército de 100.000 hombres y una marina de 15.000, y sin aviación, carros de combate, vehículos blindados, artillería pesada, dirigibles ni submarinos, Alemania no podría hacer ninguna guerra de agresión. La mayor parte de su armamento y todas sus fortificaciones al oeste del Rin y en la orilla izquierda debían ser destruidas. Sólo unas cuantas fábricas de Alemania tendrían permiso para producir material de guerra y se prohibieron todas las importaciones. Para asegurarse de que Alemania no instruyera hombres de manera subrepticia, los

servicios públicos como la policía no debían sobrepasar los niveles de antes de la guerra y se prohibió a las sociedades privadas —los clubes de turismo, por ejemplo, o las asociaciones de ex combatientes— hacer cosas cuya naturaleza pudiera considerarse militar. En las escuelas secundarias y las universidades alemanas los estudiantes ya no serían cadetes. De hacer cumplir estas prohibiciones se encargarían los propios alemanes, supervisados por una Comisión Interaliada de Control. Visto todo ello retrospectivamente, fue como las sogas con que los liliputienses ataron a Gulliver.

Las dificultades relacionadas con las condiciones militares aún no habían terminado. Wilson tuvo ahora una disputa grave con los británicos a causa de las condiciones navales, una desavenencia que reflejaba tanto antiguas rivalidades como la que ahora iba surgiendo a medida que Estados Unidos se convertía en una potencia naval mundial. Para empezar, el Almirantazgo británico anhelaba destruir el canal de Kiel, que comunicaba el Báltico con el mar del Norte y permitía que Alemania moviera hasta sus buques de mayor calado sin necesidad de pasar por el estrecho de Copenhague. Los almirantes tenían buenos motivos para temer que los intereses navieros y el Gobierno estadounidense pusieran objeciones. Entregar el canal a los daneses era una opción que había que descartar, toda vez que no mostraban ningún entusiasmo por un encargo que, sin duda, les causaría grandes problemas. Lo mejor que se podía hacer era impedir que los alemanes siguieran controlándolo y permitir que lo usaran barcos de todas las naciones. Los estadounidenses pusieron reparos incluso a esta posibilidad. «Una medida punitiva», dijo el almirante William Benson, el representante naval estadounidense y jefe de operaciones navales.⁷⁵⁴ Estados Unidos controlaba firmemente el nuevo canal de Panamá y no quería que se sentara un precedente de gestión internacional de los canales. Benson también puso objeciones de índole general a la imposición de condiciones severas a Alemania, porque, según arguyó, obligarían a Estados Unidos a esforzarse una y otra vez por hacerlas cumplir. La solución intermedia que se incluyó en el tratado sencillamente daba libertad de paso a todos los países que estuvieran en paz con Alemania.⁷⁵⁵

Los estadounidenses expresaron reservas parecidas ante las propuestas británicas de arrasar las fortificaciones costeras de Alemania. «Se estaban limitando los armamentos navales», se quejó Lansing. «Entonces ¿por qué no iba a permitirse a Alemania defender sus propias costas?»⁷⁵⁶ Lloyd George encontró una solución: las fortificaciones defensivas eran aceptables, las ofensivas no lo eran.⁷⁵⁷ Al final, todas las fortificaciones alemanas resultaron ser convenientemente defensivas, excepto las que realmente preocupaban a los británicos. En el mar del Norte había dos minúsculas islas bajas, Helgoland (Heligoland) y Dune, que los británicos habían dado a Alemania a cambio de Zanzíbar en 1890, lo cual había parecido un negocio excelente. Por desgracia, el tiempo había traído los aviones, los submarinos y los cañones de gran alcance, y la carrera naval anglo-alemana. Las dos islitas inútiles se habían convertido en bases formidables. El Almirantazgo tenía una solución sencilla: «La llave de la caseta del perro rabioso tiene que estar en nuestro bolsillo», dijo un almirante, «porque no hay forma de saber cuándo tendrá el mal bicho otro ataque de hidrofobia».⁷⁵⁸ Si los estadounidenses ponían reparos, como era probable, otra posibilidad consistía en hacerlas saltar en pedazos. Desde su retiro en Inglaterra, Sir Edward Grey, que estaba medio ciego, hizo su sugerencia: convertir Helgoland en una reserva ornitológica. «Por alguna razón en este lugar que desde el punto de vista humano carece de atractivo y es yermo se detienen a descansar millones de aves migratorias.»⁷⁵⁹ Clemenceau preguntó que por qué no se lo daban a Hughes de Australia.⁷⁶⁰ La postura final de los británicos, que los franceses apoyaron, fue que sólo debían destruirse las fortificaciones y los puertos.⁷⁶¹ Wilson manifestó que «estaba totalmente de acuerdo con la

destrucción de las fortificaciones en las islas de Helgoland y Dune, pero que pensaba que destruir los rompeolas era un asunto bastante serio desde el punto de vista humanitario, ya que ofrecían refugio a los pescadores cuando había tempestad en el mar del Norte». ⁷⁶² Agregó que no quería dar «una impresión de violencia gratuita». Los pescadores, según los británicos, podían encontrar fácilmente refugio en puertos naturales, ⁷⁶³ y se salieron con la suya en este caso, pero las islas continuaron siendo alemanas. En la década de 1930, con los nazis en el poder, se reconstruyeron las fortificaciones, pero fueron voladas de nuevo después de la segunda guerra mundial.

En lo que se refería a los submarinos alemanes, los británicos y los estadounidenses se encontraron por una vez en el mismo bando: «Estos animales dañinos deberían liquidarse», dijo Lloyd George cuando se planteó el asunto. ⁷⁶⁴ El secretario de Marina estadounidense, Josephus Daniels, habló por muchos al compararlos con el gas asfixiante: «Creo que todos los submarinos deberían ser hundidos y que ninguna nación debería construir más, cuando la Sociedad de Naciones se haga realidad, si llega a hacerse». Los franceses y los italianos pusieron objeciones. «No hay ningún arma traicionera», dijo el ministro de Marina francés, «sólo puede haber traición en la forma en que se utiliza el arma». Y si los submarinos eran destruidos, querían participar en el trabajo y en los beneficios que se obtuvieran de la chatarra. Al final la marina francesa se quedó con diez; los demás fueron desguazados. ⁷⁶⁵

La verdadera tensión entre los británicos y los estadounidenses surgió a causa de los buques de superficie alemanes. Al principio, ambos habían sido de la misma opinión: sus almirantes no los querían; incorporarlos a sus flotas resultaría caro y difícil. Aunque Wilson pensaba que era una necesidad destruir buques que se hallaban en perfecto estado, a Lloyd George le gustaba bastante la idea de hundirlos ceremoniosamente en medio del Atlántico. ⁷⁶⁶ Los franceses y los italianos se opusieron a ello. Un almirante francés dijo que Francia había destinado todos sus recursos a ganar la guerra en tierra. «Nuestra flota sufrió pérdidas que no pudieron subsanarse, mientras que las flotas de nuestros aliados aumentaron en considerable proporción». ⁷⁶⁷ Tal vez tendría más sentido repartirse los buques. Los japoneses sugirieron tímidamente la posibilidad de quedarse con algunos también. Gran Bretaña estuvo a punto de ceder a principios de marzo cuando House dijo a Lloyd George que Estados Unidos no podía aceptar que la marina británica aumentara. El reparto de la flota alemana había hecho sonar la alarma (en realidad nunca había enmudecido) en la mente del excitable y anglofobo asesor naval estadounidense. Benson señaló que tanto si el reparto se basaba en la aportación a la guerra como en las pérdidas, en ambos casos Gran Bretaña se llevaría la mayor parte. «En el futuro su único rival naval será Estados Unidos y todo buque que construya o adquiera Gran Bretaña sólo podrá ser pensando en la flota estadounidense». Estaba convencido de que Gran Bretaña pretendía dominar los mares y el comercio del mundo. ⁷⁶⁸

Lloyd George trató de calmar los ánimos haciendo otro de sus juegos de manos; se repartirían los buques, pero Estados Unidos y Gran Bretaña seguirían adelante con su propósito de hundir los que les tocaran. Quizás obró de forma imprudente al decir que dependía de «que se llegara a un acuerdo en el sentido de que en el futuro no nos embarcaríamos en una competición de construcción naval entre nosotros». De lo contrario, la marina británica seguiría adelante y se quedaría la parte de buques alemanes que le correspondiera. ⁷⁶⁹ Detrás de esta propuesta se hallaba la inquietud con que los británicos veían la continua expansión de la marina estadounidense, que amenazaba con poner fin a su dominio naval. Daniels había presentado un importante segundo programa de construcción al Congreso a finales de 1918. Las justificaciones públicas eran tranquilizadoras: que en realidad el programa no era más que la continuación del de 1916 o que su único objetivo era apoyar la Sociedad

de Naciones. En París, sin embargo, Benson decía con firmeza que Estados Unidos no debía detenerse hasta tener una marina de guerra igual que la de Gran Bretaña.⁷⁷⁰ Un elemento fundamental de la política británica era que su marina tenía que ser la mayor del mundo, idealmente mayor que otras dos juntas. Por otra parte, los británicos sabían que sus posibilidades económicas no les permitirían participar en una carrera naval; además, no querían poner en peligro su nueva relación con Estados Unidos.⁷⁷¹ El resultado fue que se hicieron intentos de acercamiento a los estadounidenses, de los cuales el de Lloyd George fue el más torpe de todos, para obtener de ellos la seguridad de que su marina no trataría de tomarle la delantera a la británica.

Daniels se presentó en París para tratar de poner fin a la tensión. «El presidente», escribió en su diario, «tenía la esperanza de que habláramos del asunto y llegáramos a un entendimiento razonable.»⁷⁷² Las conversaciones no fueron bien. «La supremacía de la marina británica», dijo Walter Long, el primer Lord del Almirantazgo, a Benson y Daniels, «era una necesidad absoluta, no sólo para la existencia misma del Imperio británico, sino incluso para la paz del mundo».

Benson replicó enérgicamente que Estados Unidos podía muy bien participar en el mantenimiento de la paz. Benson y su homólogo británico, «Rosie» Wemyss, discutieron tan acaloradamente que Daniels temió que fueran a liarse a puñetazos. «El almirante británico opinaba que su país debía tener el derecho de construir la mayor marina del mundo y que nosotros debíamos estar de acuerdo con ello. A ojos de Benson, eso hubiera sido traicionar a su propio país». Los británicos amenazaron con oponerse a la enmienda especial sobre la Doctrina Monroe en el pacto de la Sociedad de Naciones que Wilson juzgaba necesaria para que el Congreso lo aprobara.⁷⁷³ Lloyd George dijo a Daniels mientras desayunaban el 1 de abril, día de los Inocentes, que la Sociedad de Naciones no serviría para nada si Estados Unidos seguía construyendo navíos. «Habían dejado de trabajar en sus cruceros y nosotros debíamos interrumpir el trabajo, si realmente confiábamos en la Sociedad de Naciones que quería Wilson.»⁷⁷⁴

Al final, como ninguno de los dos bandos, almirantes aparte, realmente quería una ruptura, se declaró una tregua. Los estadounidenses prometieron modificar su programa de construcción (como tenían que hacer de todos modos, porque el Congreso estaba poniendo dificultades) y los británicos prometieron que no se opondrían a la enmienda ni a la Sociedad de Naciones. Las dos partes acordaron que seguirían consultándose. El nuevo talante, sin embargo, no produjo un acuerdo sobre los buques alemanes que permanecían en Scapa Flow. «Nos gustaría verlos hundidos», dijo Wemyss a un subordinado, «pero me hago cargo de que son un peón en la partida.»⁷⁷⁵ La cooperación entre los británicos y los estadounidenses que tanto había llamado la atención de los observadores se vio perturbada por lo que más adelante se llamaría «la batalla naval de París». Sufiría una sacudida aún más fuerte debido a la cuestión de las reparaciones que debía pagar Alemania.

15 Pagar la cuenta

En 1995 se oyó un débil eco del gran problema del tratado de paz con los alemanes, cuando una Alemania que acababa de reunificarse accedió a pagar los intereses pendientes de los empréstitos que había recibido en el periodo de entreguerras para pagar las reparaciones que impusiera el Tratado de Versalles. «El asunto de las reparaciones», dijo Thomas Lamont, el banquero que representó al Tesoro estadounidense en París, «causó más problemas, discusiones, rencores y retrasos en la Conferencia de Paz de París que cualquier otro punto del tratado.»⁷⁷⁶

La cuestión de las reparaciones contribuyó a envenenar las relaciones entre Alemania y los Aliados y entre los mismos Aliados durante gran parte de las décadas de 1920 y 1930. El problema al que hacían frente los negociadores de la paz en 1919 era a la vez muy sencillo y muy complicado. Sencillo porque, como dijo Lloyd George, «Alguien tenía que pagar. Si Alemania no podía pagar, quería decir que tendría que pagar el contribuyente británico. Los que debían pagar eran los que habían causado la pérdida.»⁷⁷⁷ Complicado, porque eso suponía extender la factura y calcular cuánto podía realmente permitirse pagar Alemania. Mencionar las reparaciones bastaba para provocar discrepancias: ¿Eran sencillamente una compensación de los daños o se trataba en realidad de una sanción disimulada, una indemnización por los costes que la guerra había causado a los vencedores? ¿Los costes incluían los impuestos no recaudados o las ganancias perdidas debido a invasiones, muerte, daños? ¿Las pensiones de las viudas y los huérfanos? ¿Los animales que habían muerto al huir sus propietarios? ¿Eran un reconocimiento por parte de Alemania y cualesquiera de sus aliados por su responsabilidad moral en la catástrofe acarreada por la guerra?

Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, que elaboraron el acuerdo final, tenían diferentes necesidades y puntos de vista. Los estadounidenses adoptaron una elevada actitud moral. No querían nada para sí mismos, pero esperaban que los europeos devolvieran el dinero que habían tomado en préstamo durante la guerra. Los Aliados europeos veían en las reparaciones la promesa de un medio de saldar sus deudas y reconstruir sus sociedades. Así pues, lo que debía incluirse en la factura de las reparaciones adquirió gran importancia, porque afectaba al reparto del botín. Francia había sufrido los daños más directos, por ejemplo, seguida de Bélgica, pero Gran Bretaña era el país que más había pagado. Hubo también debates intensos sobre cuánto podía pagar Alemania. Si se fijaba una cifra demasiado alta, la economía alemana podía derrumbarse, lo cual perjudicaría a los exportadores británicos. Si la cifra era demasiado baja, Alemania saldría bien librada; también se recuperaría más rápidamente, y esta perspectiva preocupaba a los franceses. Ni siquiera resultó fácil, en aquel momento ni después, calcular cifras claras, porque a casi todo el mundo le interesaba exagerar y confundir: a los Aliados exagerar lo que se les debía y a los alemanes, lo que pagaban. Como los negociadores no lograron ponerse de acuerdo sobre una cifra final, el tratado con Alemania se limitó a disponer que se creara una comisión especial, integrada por representantes de los Aliados, que dispondría de dos años para determinar lo que Alemania debía pagar. Es comprensible que los alemanes se quejaron de que se les pedía que firmaran un cheque en blanco.

Aunque entre los historiadores es cada vez más frecuente sacar la conclusión de que la carga nunca fue tan grande como afirmaban Alemania y sus simpatizantes, las reparaciones continúan siendo el

símbolo preeminente de la paz que se firmó en París.⁷⁷⁸ Si bien la mayoría de las 440 cláusulas del Tratado de Versalles hace ya mucho tiempo que cayó en el olvido, el puñado de las relativas a las reparaciones todavía se ve como prueba de un documento vindicativo, corto de miras y venenoso. La nueva democracia de Weimar nació con una carga agobiante y los nazis pudieron aprovechar el comprensible resentimiento de los alemanes. Se arguye que los responsables de las consecuencias desastrosas fueron los negociadores de 1919: el vengativo y codicioso Clemenceau, el pusilánime y vacilante Lloyd George y el patético y destrozado Wilson, que, como dijo John Maynard Keynes, se dejó engatusar.

Keynes no fue el único autor de este cuadro, desde luego, pero sí fue quien lo pintó de forma más persuasiva y persistente. Era un joven muy inteligente y bastante feo que había cursado estudios con brillantez en Eton y Cambridge, recogiendo premios y llamando la atención. Su pertenencia al círculo de Bloomsbury no hizo más que intensificar su propensión a la superioridad moral. Era un subordinado aterrador porque nunca se tomaba la molestia de ocultar el desprecio que le inspiraban prácticamente todos sus superiores. Asistió a la Conferencia de Paz en calidad de principal asesor del Tesoro. Por tanto, en su obra *The Economic Consequences of the Peace*, escrita inmediatamente después de firmarse el tratado con Alemania, hablaba con su habitual autoridad.

Wilson, según Keynes, fue víctima del espeluznante juego de la gallina ciega de los europeos. «Se dejó drogar por su ambiente [de los europeos], debatió basándose en sus planes y datos, y permitió que lo llevaran por sus caminos». Wilson traicionó sus propios principios, a su país y las esperanzas de todos los que querían un mundo mejor.⁷⁷⁹ Lloyd George fue la sirena principal, el medio hombre, medio chivo que había surgido de las nieblas de las montañas galesas para engañar a las personas buenas y crédulas y conducirlos a los pantanos. «Uno capta en su compañía», escribió Keynes en un pasaje que no incluyó en el libro, «aquel sabor de irresolución final, irresponsabilidad interior, existencia fuera o lejos de nuestro concepto sajón del bien y del mal, mezclados con astucia, crueldad, amor al poder, que confiere fascinación, hechizo y terror a los magos aparentemente buenos del folclore del norte de Europa.»⁷⁸⁰

A Clemenceau, seco, viejo y amargado, sólo le preocupaban Francia y su seguridad.⁷⁸¹ Keynes había llegado a aborrecer a los franceses y lo que veía como su codicia desmesurada. Se peleó con sus representantes a causa de la ayuda a Alemania y de los empréstitos que Francia necesitaba de Gran Bretaña. Los representantes alemanes a los que conoció en la comisión del armisticio eran algo muy distinto. En una memoria que escribió para sus amigos de Bloomsbury hizo esta descripción del prominente banquero hamburgués Cari Melchior: «exquisitamente limpio, viste muy bien y pulcramente, con cuello alto y duro, sus ojos relucientes nos miran directamente, con una pena extraordinaria en ellos, pero como un animal honesto acorralado».⁷⁸² No hay necesidad de tomar demasiado en serio la declaración de Keynes de que sentía una especie de amor por Melchior. Era una floritura retórica dirigida a unos viejos amigos que conocían su complicado pasado sexual.

Los negociadores horrorizaban a Keynes. Se preocupaban por la venganza, mientras la civilización europea se tambaleaba al borde del colapso.

«En París, donde los que tenían que ver con el Consejo Económico Supremo recibían casi cada hora los informes del sufrimiento, el desorden y la desorganización en la totalidad de Europa central y oriental, aliados y enemigos por igual, y se enteraban por los representantes económicos alemanes y austríacos de los hechos irrefutables sobre el terrible agotamiento de sus países, alguna visita ocasional a la habitación calurosa y seca de la casa del presidente, donde los Cuatro cumplían sus destinos en medio de intrigas vacuas y áridas, no hacía más que aumentar la sensación de

pesadilla.»⁷⁸³

¿Qué consiguieron en sus habitaciones doradas? Según Keynes, una paz que completó la destrucción económica que la guerra había causado a Europa. Estaban trazando líneas nuevas en el mapa cuando deberían haber estado creando una zona de libre cambio; estaban regateando las deudas que tenían contraídas unos con otros cuando deberían haberlas cancelado todas; y, la crítica que más resonó en Alemania, impusieron reparaciones agobiantes. Citando extensamente sus propios memorandos escritos para la Conferencia de Paz, Keynes arguyó que Alemania podía pagar como máximo 2000 millones de libras (10.000 millones de dólares). Cualquier suma superior la empujaría a la desesperación y probablemente la revolución, con consecuencias peligrosas para Europa.⁷⁸⁴

Durante su estancia en París, Keynes elaboró un plan para resolver los problemas económicos de Europa y las reparaciones por medio de un solo conjunto de medidas hábiles e inteligentes. Los Aliados europeos necesitaban recaudar dinero, para reparar los daños ocasionados por la guerra y saldar las deudas que tenían unos con otros y con Estados Unidos. Las naciones derrotadas emitirían obligaciones para sus reparaciones, pero estas obligaciones serían garantizadas tanto por las naciones enemigas como por las aliadas. Los recursos financieros empezarían a fluir de nuevo y las naciones de Europa quedarían vinculadas unas a otras, lo cual obraría en beneficio común.⁷⁸⁵ En esencia, todo dependía de la participación de Estados Unidos. Si bien sobre el papel Gran Bretaña era todavía una nación acreedora y Francia tenía una deuda total de 3500 millones de dólares, la realidad era bastante distinta. Ambas naciones europeas habían prestado grandes sumas a Rusia, que no había pagado sus deudas, y a otros aliados como Italia y Rumania, que no estaban en condiciones de empezar a saldar las suyas. Gran Bretaña debía a Estados Unidos 4700 millones de dólares y Francia 4000 millones, además de 3000 millones a Gran Bretaña.⁷⁸⁶ «El mecanismo económico de Europa está atascado», dijo Lloyd George a Wilson en abril de 1919, cuando le hizo llegar el memorándum de Keynes. «Una propuesta que revele perspectivas y muestre a los pueblos de Europa un camino por el que una vez más puedan recibir alimentos y empleos, y una existencia ordenada, será un arma más poderosa que cualquier otra para proteger del peligro bolchevique aquel orden de la sociedad humana que creemos que es el mejor punto de partida para la mejora futura y un mayor bienestar.»⁷⁸⁷

La idea de que Estados Unidos utilizase sus recursos económicos, para que Europa se pusiera en marcha otra vez después de la guerra, circulaba desde hacía algún tiempo en diversas versiones. Los franceses, que estaban profundamente endeudados con sus aliados y tenían que reparar los enormes daños causados por la guerra, lo cual resultaría muy costoso, acogieron con gran entusiasmo la sugerencia de prolongar y reforzar la cooperación económica que existiera entre los Aliados durante la contienda. Su ministro de Comercio e Industria, Étienne Clémentel, hombre muy trabajador y seric que procedía de una familia de agricultores, redactó un plan muy detallado para instaurar un «nuevo orden económico» en el que la organización y la coordinación sustituirían a la competencia antieconómica, los recursos se mancomunarían y compartirían de acuerdo con las necesidades y todo ello sería dirigido por tecnócratas inteligentes. Cuando Alemania hubiera puesto orden en su propia casa política, también podría participar en el nuevo sistema, bien engranada en una organización fuerte.⁷⁸⁸ El plan languideció debido a la oposición activa de Estados Unidos y la indiferencia de Gran Bretaña; finalmente fue rechazado por los Aliados en abril de 1919. El intento dio fruto inesperadamente después de la segunda guerra mundial, cuando Jean Monnet, que en 1919 era ayudante de Clémentel, fundó la organización económica que con el tiempo se convertiría en la Unión Europea.⁷⁸⁹

Los británicos prefirieron insinuar que Estados Unidos debía cancelar los intereses de sus empréstitos durante unos cuantos años. Otra posibilidad era que se sumaran todos los gastos de la guerra y Estados Unidos se hiciera cargo de una gran proporción de ellos.⁷⁹⁰ Lloyd George, con su entusiasmo por las grandes ideas, prefería una solución aún más dramática que consistía sencillamente en cancelar todas las deudas interaliadas.⁷⁹¹ Los estadounidenses, sin embargo, estaban decididos a no verse envueltos en los problemas económicos de Europa. «Me doy cuenta de los esfuerzos que se están haciendo por atarnos a la precaria estructura económica de Europa», escribió Wilson al financiero Bernard Baruch, que era uno de sus principales asesores, «y cuento con la ayuda de usted para frustrarlos.»⁷⁹² La mayoría de los expertos y el departamento del Tesoro en Washington estaban de acuerdo. Correspondía a los europeos resolver sus propios problemas; cuanto más les ayudara Estados Unidos, menos probable era que fuesen capaces de valerse por sí mismos.⁷⁹³ En todo caso, no había muchas probabilidades de que el Congreso, que ahora estaba dominado por los republicanos, aprobara una ayuda económica masiva para los europeos.⁷⁹⁴ El plan de Keynes fue rechazado por completo, como todos los demás, y el economista se quedó contemplando con creciente pesimismo cómo los negociadores intentaban resolver la cuestión de las reparaciones.

El intento estaba resultando muy difícil en el momento en que la Conferencia de Paz entraba en su cuarto mes. «No hay ninguna duda», dijo Lloyd George, respondiendo a la pregunta de un miembro preocupado de su gabinete, «de que sería mejor fijar una suma, si pudiéramos ponernos de acuerdo en la cifra. La primera dificultad es determinarla; la segunda es lograr que se acepte la suma entre los Aliados, y en tercer lugar acordar las proporciones en que debe repartirse. Si tiene usted algún plan para hacer frente a estas tres dificultades, habrá resuelto el problema más desconcertante del Tratado de Paz.»⁷⁹⁵ El Consejo Supremo había creado la Comisión sobre la Reparación de Daños poco después de que se inaugurara la Conferencia de Paz, con el fin de que examinase cuestiones conexas, como cuánto debían pagar los países enemigos (lo cual, huelga decirlo, significaba principalmente Alemania), cuánto podían pagar y cómo debía efectuarse el pago. El subcomité encargado de esto último raramente se reunía, pero los otros dos subcomités estaban reunidos día y noche, aunque poco producían salvo montañas de papel. Cuando Wilson regresó a Estados Unidos el 14 de febrero, la comisión se encontraba en un punto muerto en el que los estadounidenses defendían una suma relativamente moderada y los británicos y los franceses exigían más. «Juegan con miles de millones del mismo modo que los niños juegan con piezas de madera», dijo cínicamente un periodista, «pero sea lo que sea lo que acordemos, será en gran parte hablar por hablar, porque los alemanes nunca podrán pagar una suma tan inmensa.»⁷⁹⁶ Los británicos pedían 24.000 millones de libras (120.000 millones de dólares); los franceses, 44.000 millones de libras (220.000 millones de dólares); y los expertos estadounidenses recomendaban 4400 millones de libras (22.000 millones de dólares).⁷⁹⁷

Los estadounidenses también querían incluir una cantidad fija en el tratado. Sus expertos argüían que contribuiría a poner fin a la incertidumbre económica que estaba frenando la recuperación de Europa.⁷⁹⁸ Los Aliados europeos no estaban de acuerdo. Tal como dijo Montagu, uno de los ministros del gabinete británico que participaron en las conversaciones: «Si se daba una cifra demasiado baja, Alemania pagaría alegremente y los Aliados cobrarían demasiado poco, mientras que si la cifra era demasiado alta, tirarían la toalla y los Aliados no cobrarían nada.»⁷⁹⁹

Resulta fácil decir ahora que los vencedores deberían haberse preocupado menos de obligar a Alemania a pagar y deberían haberse concentrado más en poner a Europa otra vez en marcha. Pero después de una guerra que había causado destrucción en tan gran escala y conmovido tan

profundamente la sociedad europea, ¿cómo podían los líderes políticos hablar de olvidar? En todo caso, la opinión pública sencillamente no se lo hubiera permitido. «Haced que el huno pague», decían los británicos. «Que Alemania pague primero», decían los carteles que cubrían las paredes de París.⁸⁰⁰

Los líderes europeos consideraban peligroso hasta evaluar la capacidad de Alemania de pagar, porque la cifra forzosamente iba a ser inferior a la que esperaba el público.⁸⁰¹ Los británicos y los franceses también señalaron, correctamente, que era muy difícil juzgar cuánto podía pagar Alemania, o lo que quedara de ella. El país estaba muy mal, su economía y su gobierno eran igualmente precarios. El comercio exterior se había evaporado y con él se había perdido una importante fuente de ingresos. Los alemanes no podían proporcionar estadísticas dignas de confianza, aunque quisieran. Además, las finanzas del Gobierno eran un desastre. Por razones políticas se habían mantenido los impuestos bajos y los costes del conflicto se habían pagado en gran parte emitiendo enormes cantidades de bonos de guerra y pagarés especiales. El plan de los alemanes había sido siempre saldar las cuentas de guerra cuando ganaran y pudieran transferir los costes al enemigo derrotado.⁸⁰² De hecho, así se había empezado a hacer en el último año de la contienda; los tratados de Brest-Litovsk con Rusia y de Bucarest con Rumania habían traspasado el control de enormes recursos a Alemania. También se había obligado a los bolcheviques a empezar a pagar una indemnización de 600 millones de dólares. En la Alemania vencida de 1919 los conservadores protestaron enérgicamente contra todo intento de subir los impuestos o no pagar los bonos del Estado, a la vez que la izquierda exigía prestaciones para los ex combatientes, las viudas y los huérfanos, alimentos subvencionados y aumentos salariales. El Gobierno se sometió mansamente y el déficit alemán fue subiendo hasta que en 1921 ya representaba dos tercios del presupuesto.⁸⁰³ Había pocos incentivos para recortar los gastos o aumentar los impuestos meramente para pagar reparaciones.

Tampoco era fácil determinar la factura aliada.

«En mi pobre país, Francia», dijo el ministro de Regiones Liberadas francés, «hay centenares de pueblos a los que nadie ha podido volver todavía. Por favor, comprendan que es un desierto, es la desolación, es la muerte.»⁸⁰⁴ El ingeniero del ejército estadounidense y su equipo de ayudantes que hicieron lo que probablemente fue el estudio más detallado de las partes de Francia y Bélgica devastadas por la guerra, calcularon, en enero de 1919, que harían falta como mínimo dos años para efectuar una evaluación fidedigna de los costes de reparar los daños.⁸⁰⁵ Los británicos fueron poco amables y sospecharon que sus aliados estaban hinchando sus reclamaciones, que Bélgica pedía más de su riqueza total de antes de la guerra y Francia, alrededor de la mitad. «Casi increíble», dijo severamente Lloyd George.⁸⁰⁶ Huelga decir que cuanto más reclamaran sus aliados, menos quedaría para Gran Bretaña.

Hubo también mucho desacuerdo sobre lo que contaba como daños. Wilson había indicado firmemente que sólo consideraría la restitución de los daños causados por actos de guerra ilegítimos y no los costes de la guerra ni indemnización alguna. Sus Catorce Puntos habían hablado meramente de «restauración» de territorios invadidos y el presidente había prometido que no habría «anexiones, imposiciones ni multas ejemplares». Alemania había firmado el acuerdo de armisticio con esta condición. Por tanto, Alemania tendría que pagar los campos de batalla de Francia y Bélgica, pero no lo que los gobiernos aliados habían gastado en, por ejemplo, municiones o en alimentar a sus soldados.⁸⁰⁷ Cuando Lloyd George trató de desdibujar la línea entre reparaciones e indemnizaciones, Wilson no se lo permitió: «Asociaciones de gente trabajadora de todo el mundo habían protestado

contra las indemnizaciones y Wilson opinaba que la palabra “reparaciones” sería suficientemente inclusiva». [808](#)

Lloyd George, optimista como siempre, dijo a sus colegas que en realidad no pensaba que Wilson hubiese descartado las indemnizaciones. [809](#) Los británicos veían con preocupación —lo cual era comprensible— la posibilidad de que, si Wilson seguía en sus trece, al Imperio británico se le compensara principalmente por los barcos que habían hundido los alemanes, mientras que Francia se llevaría la parte del león y, a juicio de los británicos, probablemente la malgastaría debido a la habitual ineficiencia de su gestión económica. También sospechaban que Francia no se esforzaba mucho por saldar las deudas que había contraído con Gran Bretaña. Como dijo severamente Churchill, «Francia iba camino de la bancarrota como nación, pero los franceses se estaban enriqueciendo como individuos». [810](#)

Lloyd George intentó persuadir a Wilson y luego recurrió a las amenazas. A finales de marzo de 1919 le dijo que quizá no podría firmar el tratado, si no se incluían algunos de los costes de Gran Bretaña. [811](#) Por suerte, a Smuts se le había ocurrido una solución ingeniosa. Señaló que, al negociarse el armisticio, los Aliados europeos habían afirmado que Alemania era responsable de todos los daños que su agresión había causado a civiles, y los estadounidenses habían aceptado este punto de vista. Por tanto, las reparaciones debían incluir prestaciones por la separación de los soldados de sus familias, así como pensiones para las viudas y los huérfanos. El efecto fue doblar la factura potencial. [812](#) Y esto lo propuso el mismo Smuts que cuatro meses antes había prevenido a Lloyd George contra las reivindicaciones excesivas y que un mes después protestaría enérgicamente porque, según dijo, las reparaciones paralizarían a Alemania. [813](#) Smuts, que era hombre de elevados sentimientos, moralista e inteligente, se persuadió a sí mismo de que no había pecado de inconsecuencia. Alegó en defensa propia que sencillamente había expresado una opinión que compartía la mayoría de los expertos en leyes que participaban en la Conferencia de Paz. Más revelador fue que escribiese que, sin la inclusión de las pensiones, Francia se hubiera llevado la mayor parte de las reparaciones. [814](#)

Wilson escuchó a Smuts mientras que no hubiera escuchado a Lloyd George. Los expertos estadounidenses opinaron que el argumento era absurdo e ilógico. «¡Lógica! ¡Lógica!», les dijo Wilson. «¡Me importa un bledo la lógica! ¡Voy a incluir las pensiones!» [815](#) Al final, su decisión afectó sólo a la distribución de las reparaciones, porque la cifra definitiva tuvo que determinarse atendiendo a lo que Alemania realmente podía pagar.

Aunque se ha culpado a Wilson por volverse atrás, todavía más se ha culpado a Lloyd George por, como dijo Keynes, engatusar a los estadounidenses y permitir que el público británico soñara con arrancar sumas enormes de Alemania. En el mejor de los casos, se le ha visto, como muchos le veían entonces, como un liberal que no tuvo el valor de ser fiel a sus principios. Desde luego, no fue consecuente. Cuando el australiano Hughes habló por primera vez de millones de libras, Lloyd George señaló que Alemania sólo podía reunir la suma expandiendo sus manufacturas y colocando artículos baratos en los mercados mundiales. «Significaría que durante dos generaciones los trabajadores alemanes serían nuestros esclavos». Es más, perjudicaría al comercio imperial británico. [816](#) Pero Lloyd George cambió luego de opinión y nombró a Hughes presidente de un comité en el que había muchos partidarios conocidos de la línea dura y le encargó que elaborase para el Gobierno británico un cálculo preliminar de la capacidad de pago de los alemanes. El grupo —«en conjunto era el comité más raro en el que jamás haya servido», dijo el canadiense Sir George Foster— hizo pocos intentos de recabar datos y, en vez de ello, se basó en impresiones personales y

castillos en el aire; como dijo Foster, «para hacer que el huno pagase el máximo, tanto si ello conduce a una generación de ocupación y dirección como si no, y sin tener en cuenta otras consecuencias».⁸¹⁷

En la Conferencia de Paz Lloyd George continuó vacilando. Dijo a Wilson y Clemenceau que las sumas en concepto de reparaciones tenían que ser altas, pero a finales de marzo, en su famoso Memorándum de Fontainebleau, habló de moderación. Se opuso a indicar una cifra fija en el tratado basándose en que podía ser demasiado baja; luego, en junio, cambió de opinión después de que los alemanes se quejaran y dijo que tal vez los Aliados debían fijar una cantidad. Parecía escuchar a veces a Keynes y Montagu, ambos moderados, y otras veces a Lord Cunliffe, ex gobernador del Banco de Inglaterra, así como a un juez, Lord Sumner.⁸¹⁸ Los Gemelos Celestiales, como los apodó Keynes, eran a ojos de muchos los dos malos de la conferencia; «siempre andan juntos y siempre se les llama cuando hay que cometer algún acto especialmente nefando».⁸¹⁹ Lloyd George nombró a los Gemelos representantes británicos en la comisión de reparaciones, pero cuando se creó un comité especial en marzo para tratar de salir del punto muerto, eligió a Montagu. «Cuando quería hacer algo en serio», dijo un estadounidense, «traía a Montagu y a Keynes; cuando pensaba salirse por la tangente, traía a Sumner y a Cunliffe».⁸²⁰ Keynes aborrecía a sus rivales.⁸²¹ Lloyd George afirmó más adelante que también a él le horrorizaba su falta de juicio.⁸²² Durante la Conferencia de Paz engañó a los estadounidenses diciéndoles que hubiera preferido que las reparaciones fuesen más bajas, pero que no logró que los Gemelos accedieran a ello ⁸²³

Tanto Cunliffe como Sumner creían que debían obtener el mejor trato posible para su país, pero estaban dispuestos a transigir, y a seguir la dirección que les marcase Lloyd George. «Deberíamos actuar aquí como estadistas», dijo Sumner a sus colegas de la comisión de reparaciones al presentar argumentos en contra de la acumulación de costes.⁸²⁴ Ambos hubieran aceptado una cantidad fija en el tratado y una cifra más baja si Lloyd George se lo hubiera ordenado.⁸²⁵ ¿Por qué no lo hizo? Los titubeos perjudicaron su reputación y causaron muchos problemas con sus colegas en París. «Me gustaría», dijo el experto estadounidense Lamont, «que el señor Lloyd George pudiera decirnos exactamente qué es lo que quiere, para que pudiéramos determinar si sus ideas y las del presidente, tal como las entendemos, están en realidad muy alejadas o muy próximas.»⁸²⁶ Al exasperar a los estadounidenses, de Wilson para abajo, Lloyd George también ponía en peligro una relación que consideraba de suprema importancia. El problema era que no estaba seguro de lo que quería él mismo ni de lo que quería el público británico. Parece que en París, Lloyd George estuvo tratando de aclarar sus propias ideas y andando con pies de plomo en el plano político.

Por un lado Lloyd George quería que se castigase a Alemania. Su sentido de la moral —y lo tenía a pesar de lo que dijese sus enemigos— le hacía deplorar la guerra y Alemania había desencadenado la peor de la historia del mundo. También veía el asunto como hombre de leyes. «De acuerdo con todos los principios de la justicia», dijo a la delegación del Imperio británico, «de acuerdo con los principios de la justicia que se reconocieron como aplicables entre individuos, los alemanes eran responsables de todos los daños y los costes que ocasionara su reparación». Dado que él representaba, en cierto sentido, a Gran Bretaña, tenía que asegurarse de que los otros acreedores de Alemania no inflaran sus reivindicaciones. «Es un viejo ardid cuando se demanda a una parte que está en bancarrota.»⁸²⁷

Sin embargo, también era estadista. Había sido canciller del Exchequer antes de la guerra. Entendía de finanzas y comercio. Sabía que tarde o temprano los británicos tendrían que vender sus mercancías a los alemanes otra vez. No quería destruir Alemania.⁸²⁸ A principios de marzo, cuando

el presidente todavía se encontraba en Estados Unidos, Lloyd George habló de las reparaciones cor House durante un almuerzo. Dijo al estadounidense que necesitaba dar «a su pueblo una explicación convincente de por qué lo había engañado en relación con los costes de la guerra, las reparaciones, etcétera. Reconoció que sabía que Alemania no podía pagar nada parecido a la indemnización que exigían británicos y franceses».⁸²⁹ Wilson, al enterarse de esto a su vuelta, reaccionó de forma desfavorable. Instó a Lloyd George a resistirse a las exigencias de reparaciones elevadas. «Nada sería mejor que ser derribado del poder, durante una crisis de esta clase, por hacer lo correcto». Lloyd George tendría el consuelo de saber que la posteridad pensaría bien de él. «No podría desear», le dijo Wilson, «un lugar más magnífico en la historia.»⁸³⁰

Lloyd George, dicho sea en su honor, no optó por esta salida noble y estéril. Era político y estaba obligado a comparar lo justo con lo práctico. También tenía que moverse en un mundo donde era necesario prestar atención a la voz democrática del pueblo. Las presiones que soportaba en París eran considerables. Parte de la prensa liberal empezaba a hablar de reconciliación, pero los periódicos conservadores pedían a gritos grandes reparaciones. Northcliffe se había propuesto asegurarse de que Lloyd George cumpliera con sus obligaciones. El magnate de la prensa insinuó en tono misterioso a los directores del *Daily Mail* y *The Times* que el primer ministro se hallaba bajo la influencia de fuerzas pro alemanas.⁸³¹

Lloyd George también se veía limitado, hasta cierto punto, por las elecciones que debían celebrarse en diciembre de 1918. Las promesas de estrujar a Alemania «hasta que crujieran las pepitas», según la frase memorable, caían muy bien. El propio Lloyd George producía facturas teóricas cada vez más elevadas para Alemania. «Les registraremos los bolsillos a conciencia», dijo. El último manifiesto de la coalición antes de las votaciones empezaba diciendo sencillamente: «1. Castigar al Káiser; 2. Hacer que Alemania pague».⁸³² Muchos de los conservadores que fueron elegidos en lo que resultó una victoria arrolladora eran nuevos en política. «Caraduras que dan la impresión de haberse beneficiado mucho de la guerra», como dijo un destacado conservador, pensaban que su misión principal era hacer crujir las pepitas de Alemania. En abril, cuando estaba discutiendo con Wilson, Lloyd George recibió un telegrama firmado por 370 diputados que le pedían que fuera fiel a sus discursos electorales y «presentara toda la factura». Lloyd George regresó apresuradamente a Londres y el 16 de abril hizo polvo a sus críticos con un discurso tremendo en la Cámara de los Comunes. Dijo que no tenía la menor intención de romper sus promesas. No debían escuchar a un hombre amargado y loco de vanidad —al decir esto, se dio unos golpecitos significativos en la frente—, sino confiar en que los estadistas del mundo harían lo que fuese mejor para la humanidad y la paz. Al marcharse, le despidieron con grandes aclamaciones. De vuelta en París, dijo a su fiel Francés Stevenson que se había hecho con «el dominio total de la Cámara si decirles absolutamente nada sobre la Conferencia de Paz».⁸³³

También el Imperio ejercía presiones. Mientras que los canadienses, como en tantas otras cosas, adoptaban la postura estadounidense, los australianos eran partidarios de sacar el máximo de Alemania. Hughes detestaba a los alemanes, a los que, como la mayoría de sus compatriotas, consideraba desde hacía mucho tiempo la principal amenaza para Australia. También opinaba que la objeción estadounidense a las reparaciones elevadas era fruto de la falta de principios, e interesada. Tal como dijo a Lloyd George, Estados Unidos, cuando era neutral en las primeras etapas de la guerra, había obtenido grandes beneficios mientras el Imperio británico derramaba su sangre y gastaba su riqueza. Si Alemania no pagaba elevadas reparaciones, Gran Bretaña perdería en la competencia con Estados Unidos por la supremacía económica mundial.⁸³⁴

De hecho, la forma en que Lloyd George llevó la cuestión de las reparaciones dio mejores resultados de lo que parecía. Al persuadir a Wilson a incluir las pensiones en las reparaciones, incrementó la parte correspondiente a Gran Bretaña. Al no mencionar una suma fija en el tratado (para lo cual había buenas razones técnicas), logró contentar a la opinión pública en Gran Bretaña y en el Imperio. (El efecto en la opinión alemana fue distinto). También se aseguró en otro sentido al instar en privado a un prominente socialista europeo a provocar un gran clamor público contra dispensar un trato demasiado severo a Alemania.⁸³⁵ Finalmente, consiguió que los franceses aparecieran como los codiciosos, papel que en general han interpretado desde entonces, con Louis-Lucien Klotz, el ministro de Hacienda, como el malo principal.

Se supone que Klotz, de quien Clemenceau dijo que era «el único judío que conocí que no sabía nada de finanzas», contestaba a todas las preguntas sobre el futuro de Francia diciendo «Alemania pagará».⁸³⁶ (En realidad, advirtió que no había que contar con que las reparaciones alemanas lo pagasen todo.⁸³⁷) Clemenceau le trataba con desdén, como hacía con tantos de sus colegas.⁸³⁸ Lloyd George le encontraba despiadado: «Su mente y su corazón estaban tan llenos de bonos que no quedaba espacio para las humanidades».⁸³⁹ Hasta Wilson se sintió impulsado a hacer un chascarrillo sobre coágulos⁸⁴⁰ en el cerebro.⁸⁴¹ Keynes dejó un retrato característicamente cruel: «un judío bajito, regordete, de grandes bigotes, bien acicalado y bien alimentado, pero con ojos inquietos que se iban detrás de las mujeres, y los hombros un poco encorvados en gesto instintivo de menosprecio» que intentaba retrasar el envío de alimentos a la hambrienta Alemania.⁸⁴² Lo que hacía Klotz, fuera lo que fuese, era como subordinado de Clemenceau. Si Klotz se mostraba públicamente partidario de las reparaciones elevadas, la derecha francesa se abstenía de atacar a Clemenceau por no ser lo bastante duro con Alemania.⁸⁴³ En privado Clemenceau reconocía que Francia nunca recibiría lo que esperaba y envió a Loucheur, el asesor económico en el que más confiaba, a hablar en secreto con los estadounidenses sobre condiciones más moderadas. En sus conversaciones Loucheur dejó claro que personalmente no veía que empujar a Alemania hacia la bancarrota ofreciera ninguna ventaja a largo plazo para Francia.⁸⁴⁴

Al igual que Lloyd George, Clemenceau debía preocuparse por la opinión pública. La mayoría de los franceses tenía una visión simple de lo ocurrido. Alemania había invadido Bélgica, violando así su propio compromiso solemne de proteger la neutralidad belga, además de Francia, en lugar de suceder al revés. Y casi todas las batallas se habían librado en suelo belga y francés.

«¿Quién debería arruinarse?», preguntó un titular del periódico conservador *Le Matin*, «¿Francia o Alemania?»⁸⁴⁵ Sin duda, era el agresor y no la víctima quien debía pagar la reparación de los daños. Los estadounidenses podían hablar de nueva diplomacia sin indemnizaciones ni multas, pero las antiguas tradiciones, en las cuales el vencido acostumbraba a pagar, seguían muy vivas. Francia había pagado en 1815, tras la derrota definitiva de Napoleón, y había vuelto a pagar después de 1871. En ambas ocasiones Alemania había cobrado; ahora iba a pagar.

Francia y Bélgica habían argüido desde el principio que las reclamaciones por daños directos debían tener prioridad en el reparto de las reparaciones. También señalaron el saqueo del territorio ocupado por los alemanes. Bélgica había quedado desplumada. Del muy industrializado norte de Francia los alemanes se habían llevado lo que querían para su propio uso y destruido gran parte del resto. Incluso cuando se estaban retirando en 1918, las fuerzas alemanas encontraron tiempo para volar las minas de carbón más importantes de Francia. Tal como dijo Clemenceau con amargura: «Los bárbaros de los que habló la historia se llevaban todo lo que encontraban en los territorios que invadían, pero no destruían nada; se instalaban a compartir la existencia común. Ahora, sin embargo,

el enemigo había destruido sistemáticamente todo lo que hallaba a su paso». A juzgar por documentos alemanes que habían caído en poder de los franceses, parecía que Alemania tuviera la intención de inutilizar la industria francesa y despejar el campo para la suya.⁸⁴⁶

Francia y Bélgica esperaban incluir sus costes de guerra. En este caso, por una vez, Bélgica pisaba terreno firme, porque Wilson había dejado claro que cuando hablaba de restaurar Bélgica se refería a todos los daños causados por la invasión inicial e ilegal por parte de los alemanes en agosto de 1914. El caso de Francia era distinto. Clemenceau, que no quería enemistarse con los estadounidenses cuando necesitaba su apoyo en los demás asuntos tan importantes para la seguridad de Francia, optó por no insistir. Se daba cuenta, aunque no lo decía en público, de que la capacidad de pago de Alemania tenía un límite. De hecho, Klotz reconoció ante la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Diputados francesa que los costes de la guerra habrían alcanzado una cifra que ni siquiera a los novelistas se les hubiese ocurrido en sus sueños más descabellados.⁸⁴⁷

Durante la Conferencia de Paz los franceses también se dieron cuenta de que, como Gran Bretaña había gastado todavía más que Francia en la guerra, incluir los costes de ésta aumentaría la parte que correspondería a los británicos de lo que finalmente pagasen los alemanes.⁸⁴⁸ Los franceses cambiaron tranquilamente de táctica y pidieron que se incluyesen sólo los daños directos: las ciudades y los pueblos destruidos, las minas de carbón inundadas y los raíles levantados. De esta manera Francia recibiría alrededor del 70 por ciento de todos los pagos que efectuaran los alemanes; Gran Bretaña, quizás un 20 por ciento; y los demás reclamantes —Bélgica, Italia o Serbia— lo que quedase. Después de intensos regateos, los británicos insistieron en el 30 por ciento, los franceses obtuvieron el 50 por ciento y el 20 por ciento restante se repartió entre las potencias menores. Hasta 1920 no se llegó a un acuerdo definitivo, que fue del 28 por ciento para Gran Bretaña y el 52 por ciento para Francia.⁸⁴⁹

Hay que señalar que los franceses hicieron las mayores concesiones. Seguirían una pauta parecida en relación con la cifra total que debía pagar Alemania. Puede ser que Clemenceau, que siempre pensó en términos de liquidación total, fijara al principio una cifra elevada, en parte para persuadir a los estadounidenses a considerar las propuestas francesas de que continuase la cooperación económica de los Aliados.⁸⁵⁰ A finales de febrero, cuando quedó claro que los estadounidenses no estaban interesados en ello, Loucheur rebajó la cifra a 8000 millones de libras (40.000 millones de dólares), poco más de la cuarta parte de lo que Francia había exigido hasta entonces. Cunliffe, que representaba a Gran Bretaña, se negó a aceptar cualquier cifra inferior a 9400 millones de libras (47.000 millones de dólares). Los británicos sospechaban, con razón, que los franceses se estaban poniendo de parte de los estadounidenses para fijar una cifra más baja y hacer que ellos, los británicos, pareciesen los más exigentes.⁸⁵¹ El cuadro que tan vívidamente pintaron Keynes y otros, el de una Francia vengativa empeñada en agobiar a Alemania, empezó a desvanecerse.

Finalmente resultó imposible acordar una cifra para el tratado, sobre todo a causa de la resistencia británica.⁸⁵² A finales de marzo, los líderes aliados, que ahora se reunían bajo el nombre de Consejo de los Cuatro, se decidieron por la opción de la comisión especial. El aplazamiento, según escribió en su diario uno de los expertos estadounidenses, «liberará a Gran Bretaña y a Francia de las preocupaciones de hacer pública la pequeña cantidad que recibirán en concepto de reparaciones, porque ambos primeros ministros creen que su Gobierno será derribado si se conocen los hechos».⁸⁵³ Tenía razón. Cuando la comisión fijó un total definitivo de 132.000 millones de marcos de oro (aproximadamente 6500 millones de libras, lo que equivalía a 34.000 millones de dólares) en 1921, las emociones relativas a Alemania, especialmente en Gran Bretaña, se estaban calmando.

La delegación alemana que fue a Versalles en mayo se quejó amargamente del procedimiento. «No se ha fijado ningún límite salvo la capacidad de pago del pueblo alemán, determinada no por su nivel de vida, sino sólo por su capacidad de satisfacer con su trabajo las exigencias de sus enemigos. El pueblo alemán se vería condenado así a ser perpetuamente mano de obra esclava.»⁸⁵⁴ Dada la consternación general que causaron las condiciones, la emoción es comprensible; pero la interpretación resulta demasiado pesimista. La comisión especial debía tener en cuenta la capacidad de pago de Alemania; también tenía que consultar a los alemanes mismos. Además, las categorías de daños por los que debían pagarse reparaciones se limitaron de forma específica; tal vez no lo suficiente, ya que incluían las pensiones, pero, desde luego, no eran ilimitadas.⁸⁵⁵

La sección del tratado que se ocupaba de las reparaciones empezaba con dos artículos —el 231 y el 232— que llegarían a ser objeto de especial aversión en Alemania y harían que los Aliados no tuviesen la conciencia tranquila. El 231 responsabilizaba a Alemania y sus aliados de todo el daño ocasionado por la guerra. El 232 restringía luego lo que era una responsabilidad sin límites, diciendo que, dado que los recursos de Alemania eran en realidad limitados, sólo debía pedírsele que pagara los daños especificados. La primera cláusula —la cláusula sobre la culpa de la guerra, como la llamarían más tarde— se había introducido después de mucho debatir y de numerosas revisiones, principalmente para asegurar a los británicos y los franceses que la responsabilidad jurídica de Alemania se había demostrado claramente. Los estadounidenses tuvieron la amabilidad de poner a uno de sus jóvenes e inteligentes hombres de leyes a trabajar en ello. John Foster Dulles, el futuro secretario de Estado, opinaba que había conseguido tanto probar la responsabilidad como limitarla y que, en conjunto, el tratado era bastante justo.⁸⁵⁶ Los Aliados europeos se dieron por satisfechos con la formulación de Foster Dulles. Lloyd George, siempre sensible a las consideraciones políticas dijo: «El público británico, al igual que el francés, piensa que los alemanes deben, sobre todo, reconocer su obligación de compensarnos por todas las consecuencias de su agresión. Cuando se haya hecho esto, pasaremos a la cuestión de la capacidad de pago de Alemania; todos pensamos que no podrá pagar más de lo que el presente documento le exige».⁸⁵⁷ Loucheur creía que, si los alemanes se mostraban reacios a pagar determinada categoría de daños, los Aliados siempre podrían amenazarles con una reclamación ilimitada.⁸⁵⁸ Nadie pensó que hubiera alguna dificultad a causa de las cláusulas mismas.

16 Punto muerto sobre las condiciones para Alemania

La cuestión de las reparaciones aún no se había resuelto cuando Wilson regresó a París el 14 de marzo, y también estaba pendiente el asunto de Renania. El presidente sostuvo una rápida entrevista privada con Lloyd George, que sugirió que algún tipo de garantía militar, más, por supuesto, su querido túnel bajo el Canal, podía satisfacer a los franceses.⁸⁵⁹ Decidieron brindarse a ayudar a Francia si Alemania la atacaba. A cambio de ello, Francia tendría que abandonar sus planes de crear un Estado renano independiente.⁸⁶⁰ Wilson pensaba que se podría convencer a Clemenceau: «Cuando lo tienes enganchado, primero tiras un poco, luego aflojas el sedal, luego vuelves a tirar, finalmente lo cansas, lo vences y lo sacas del agua».⁸⁶¹

Aquella tarde Clemenceau se reunió con los dos en el Crillon. Volvió a hablar de los sufrimientos de Francia, de sus temores ante el futuro, de su necesidad de que Alemania llegara sólo hasta el Rin. Lloyd George y Wilson hicieron su propuesta. Clemenceau se mostró encantado, pero pidió tiempo para pensárselo. No se tomó la molestia de consultar con su gabinete ni con Poincaré. Durante dos días Clemenceau y sus asesores más allegados, entre ellos su ministro de Exteriores, Pichón, y Tardieu, meditaron sobre ello. Desde luego, según dijo Tardieu, sería un crimen rechazar la propuesta, pero había un problema: «Un Gobierno francés que se diera por satisfecho con esto y nada más sería igualmente culpable.»⁸⁶² La respuesta oficial se dio el 18 de marzo y decía que Francia necesitaba otras garantías: los Aliados debían ocupar Renania y las cabezas de puente durante un mínimo de cinco años; no debía haber tropas alemanas allí ni en un radio de unos ochenta kilómetros de la orilla oriental del río.⁸⁶³ La respuesta irritó mucho a Wilson. Hablar con los franceses era como apretar una pelota de goma. «Tratabas de dejar huella, pero en cuanto apartabas el dedo la pelota volvía a ser esférica.»⁸⁶⁴ Hasta Balfour perdió su calma habitual. Dijo a Lloyd George que Francia estaría mejor trabajando para un sistema internacional fuerte, y que muchos franceses «se burlan sin apenas disimulo de esta posibilidad». En caso contrario, «ninguna manipulación de la frontera del Rin hará que Francia sea algo más que una potencia de segunda clase, que temblará ante el menor gesto de sus grandes vecinos del este y dependerá día a día de los cambios y los avatares de una diplomacia movediza y unas alianzas inciertas».⁸⁶⁵

Durante el mes siguiente hubo un ir y venir de memorandos y notas al tratar los franceses de envolver la garantía anglo-americana con disposiciones complementarias. Día tras día Clemenceau y sus colegas acorralaban a británicos y estadounidenses con nuevas propuestas: ampliar la zona desmilitarizada en la orilla oriental, crear una comisión de inspección dotada de amplios poderes o dar a Francia el derecho de ocupar Renania, si Alemania infringía alguna de las otras disposiciones del tratado de paz, desde el desarme hasta el pago de las reparaciones.⁸⁶⁶

Y volvieron a pedir el Sarre, donde el borde sudoccidental de Renania se encontraba con Alsacia y Lorena. Lo que en otro tiempo era una tranquila región agrícola con bellos valles fluviales se había convertido en una importante zona minera e industrial en el siglo XIX. En 1919, cuando el carbón

satisfacía casi todas las necesidades de combustible de Europa, la región era muy valiosa. Por desgracia para Francia, casi la totalidad de sus 650.000 habitantes eran alemanes. Los franceses aducían argumentos históricos: la ciudad de Saarlouis se había construido por orden de Luis XIV, la región había pertenecido brevemente a Francia durante la Revolución francesa y las fronteras de 1814 daban a Francia la mayor parte de ella. «Basan ustedes su reivindicación», dijo Wilson a Clemenceau, «en lo que tuvo lugar hace ciento cuatro años. No podemos modificar Europa basándonos en condiciones que existían en un periodo tan remoto.»⁸⁶⁷ Los franceses obtuvieron mejores resultados en el caso de las reparaciones. En sus Catorce Puntos Wilson había hablado de compensar a Francia por los daños causados por Alemania, y todo el mundo estaba de acuerdo en que los alemanes habían destruido deliberadamente las minas de carbón francesas.⁸⁶⁸ Los expertos británicos y estadounidenses, que venían trabajando juntos en privado desde febrero, aconsejaron que Francia controlara el carbón del Sarre.⁸⁶⁹ Los franceses insistieron en la anexión sin más.

A finales de marzo Lloyd George estaba seriamente preocupado por la forma en que iban perfilándose las condiciones del tratado de paz con Alemania. Los franceses insistían en controlar estrechamente Renania y anexionarse el Sarre. En el este, Polonia estaba adquiriendo territorio en el que había no sólo unos tres millones de alemanes, sino también los grandes yacimientos de carbón de Silesia. La opinión pública francesa parecía decantarse por una paz rápida y razonablemente moderada. Los expertos militares y financieros franceses hacían advertencias sobre los costes de tener fuerzas numerosas en diversas partes del mundo. Clemenceau también estaba preocupado por la agitación laboral en Francia y la revolución en Europa. El 21 de marzo llegó la noticia de que los comunistas se habían adueñado del poder en Hungría.

Al día siguiente Lloyd George y varios de sus asesores más íntimos, entre ellos Kerr, Hankey y Henry Wilson, se tomaron un descanso de las negociaciones sobre el tratado con Alemania y fueron a pasar el fin de semana en el Hotel de France et d'Angleterre en Fontainebleau, la encantadora población de las afueras de París. El grupo visitó el palacio y su precioso parque, pero su verdadero propósito era echar un nuevo vistazo a todo el tratado y encontrar algo que Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos pudieran aceptar. A primera hora de la tarde Lloyd George hizo pasar a sus colaboradores a su salita de estar privada y asignó un papel a cada uno de ellos, el de aliado o el de enemigo. Que nosotros sepamos, nadie interpretó el de Estados Unidos. Hankey, que encarnó a Gran Bretaña, arguyó que Alemania merecía un castigo y que, sin duda, debía perder sus colonias. Los Aliados, con todo, no debían ser vengativos o entregarían el centro de Europa al terrible peligro del bolchevismo. Por el bien de Europa y del propio pueblo alemán, había que rehabilitar a Alemania, que tenía que convertirse en parte de la Sociedad de Naciones. Esto convenía a Gran Bretaña, ya que evitaría la presencia permanente de tropas británicas en el continente. Hankey también recordó a sus oyentes que una vez más la marina de guerra británica había salvado al país; era necesario permanecer vigilantes por si aparecía alguna amenaza a su poderío marítimo.

Henry Wilson interpretó sus papeles con entusiasmo. Primero se puso la gorra al revés para hacer de oficial alemán. «Explicué mi situación en aquel momento y mi deseo de llegar a un acuerdo con Inglaterra y Francia, pero no veía ninguna esperanza, porque leía en las apabullantes condiciones que imponían su decisión de matarme en el acto. Como no podía permanecer solo, recurriría a Rusia y con el tiempo ayudaría a ese desdichado país a restaurar la ley y el orden y entonces me aliaría con él.»⁸⁷⁰ Luego se convirtió en una francesa, el factor importante, según dijo, en formar la opinión en Francia. Pintó un cuadro conmovedor de «las pérdidas de tantos esposos, hijos y hombres, la angustia insoportable y las largas separaciones, las pérdidas económicas y la lucha desesperada y el

exceso de trabajo para mantener sus hogares». Por supuesto, querían venganza y compensación de Alemania, y querían que se les garantizase que los alemanes nunca podrían hacerles daño otra vez.⁸⁷¹

Lloyd George escuchó atentamente y luego dio a conocer sus propias opiniones. Su punto de vista principal era que las condiciones de paz no debían destruir a Alemania. Las conversaciones continuaron y Kerr recibió el encargo de dar sentido a lo que se trató en ellas. El lunes por la mañana ya había mecanografiado un escrito definitivo: el Memorándum de Fontainebleau. Lloyd George volvió a París lleno de energía. «Esta semana va a ir muy en serio», informó Francés Stevenson. «No piensa aguantar más tonterías de los franceses ni de los estadounidenses. La perspectiva con que ve la paz es amplia, e insiste en que debe ser una paz que no deje un rastro de rencor durante años que probablemente llevaría a otra guerra».⁸⁷² (Stevenson pasó lealmente por alto la contribución de Lloyd George tanto al rencor como a la demora en redactar las condiciones para Alemania).

Lloyd George presentó el memorándum a sus colegas del Consejo de los Cuatro. El documento instaba a los negociadores a firmar una paz moderada y duradera.

«Podéis despojar a Alemania de sus colonias, reducir sus armamentos a un simple cuerpo de policía y su marina de guerra a la de una potencia de quinta fila; a pesar de ello, si tiene la sensación de que se la ha tratado injustamente en la paz de 1919, acabará encontrando el medio de vengarse de sus vencedores».

No debían dejar a Europa otro legado envenenado colocando a millones de alemanes o húngaros u otras minorías bajo el dominio extranjero. No debían estimular a las fuerzas revolucionarias que se estaban abriendo paso a sangre y fuego por Europa. Sobre todo, no debían acorralar a Alemania.

«El mayor peligro que veo en la situación actual es que Alemania decida correr la misma suerte que el bolchevismo y ponga sus recursos, su inteligencia, su inmensa capacidad de organización a disposición de los fanáticos revolucionarios que sueñan con conquistar el mundo para el bolchevismo por la fuerza de las armas».

Lloyd George pintó otro futuro posible en el que Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia e Italia acordarían limitar su construcción naval y sus ejércitos, y en el que la Sociedad de Naciones, la guardiana «del Derecho y la libertad internacionales en todo el mundo», admitiría a una Alemania nueva y democrática tan pronto como fuera lo suficientemente estable.

¿Cómo se conseguiría eso? Alemania debía perder territorio, pero no tanto como querían algunos. Polonia debía tener su pasillo hasta el mar, pero el menor número posible de alemanes debía acabar bajo dominio polaco. Renania, convenientemente desmilitarizada, debía seguir formando parte de Alemania. Lloyd George fue menos categórico en el caso del Sarre; quizá Francia podía tener las fronteras de 1814 o simplemente la propiedad de los yacimientos de carbón. Alemania, por supuesto, debía renunciar a todas sus colonias. Y, sí, debía pagar reparaciones.⁸⁷³ Wilson dio su aprobación; después de todo, hubiera podido escribir él mismo gran parte del Memorándum de Fontainebleau.⁸⁷⁴ Los franceses se pusieron furiosos.⁸⁷⁵ «Si la paz le parece demasiado severa», escribió Clemenceau a Lloyd George, «devolvamos a Alemania sus colonias y su flota, y no impongamos a las naciones continentales solas —Francia, Bélgica, Bohemia y Polonia— las concesiones territoriales que se requieran para apaciguar al agresor vencido.»⁸⁷⁶ Añadió que era «pura ilusión» pensar que se podía apaciguar a Alemania mediante condiciones moderadas.⁸⁷⁷

Ilusión o no, los británicos estaban decididos a desentenderse del continente y sus problemas. Un equilibrio de poder en la Europa continental siempre había servido bien a Gran Bretaña; únicamente era necesario intervenir cuando una sola nación amenazaba con dominar el continente entero. Alemania había sido esa amenaza, pero sería imprudente destruirla ahora y dejar la supremacía a

Francia. Al calmarse las pasiones, los británicos recordaron tanto su antigua rivalidad con Francia como el potencial para la amistad entre Alemania y Gran Bretaña. Las industrias británicas necesitaban mercados y había setenta millones de alemanes. Gran Bretaña quería estabilidad en el continente en lugar del tipo de caos que tan claramente podía verse más al este; una Alemania sólida en el centro de Europa podía proporcionarla. El cambio de idea de Lloyd George sobre las condiciones de paz fue muy criticado, pero reflejaba una ambivalencia británica general.

A corto plazo los resultados del Memorandum de Fontainebleau fueron escasos. Los británicos y los franceses continuaron peleándose a causa de la parte de las reparaciones que les correspondía. Los franceses se negaron a presentar un cálculo de los daños que habían sufrido o de lo que querían que pagase Alemania. «Era un crimen», dijo Wilson indignado a Grayson, «perder el tiempo cuando cada hora significaba tanto para resolver las condiciones del mundo siguiendo las pautas apropiadas». Y, pese a ello, temía que si presionaba demasiado a sus aliados, sus gobiernos cayeran y la paz se retrasara todavía más.⁸⁷⁸

Parecía que Clemenceau endurecía ahora su postura en relación con Alemania. Señaló que Gran Bretaña y Estados Unidos estaban protegidos por el mar. «Nosotros debemos tener un equivalente en tierra.»⁸⁷⁹ Exigió el Sarre e insistió en la ocupación militar de Renania. «Los alemanes son gente servil que necesita la fuerza para apoyar un argumento». El 31 de marzo permitió que Foch hiciese un ruego apasionado al Consejo de los Cuatro a favor de un Estado tapón independiente. «La paz», dijo Foch, «sólo puede garantizarse por medio de la posesión de la orilla izquierda del Rin hasta nuevo aviso, es decir, mientras Alemania no se haya arrepentido.»⁸⁸⁰ Lloyd George y Wilson le escucharon cortésmente, pero con conspicua falta de atención.⁸⁸¹

Wilson tenía la sensación de que lo único que pretendían los franceses era poner obstáculos. «Me siento terriblemente decepcionado», dijo a Grayson. «Después de discutir con Clemenceau durante dos horas y presionarle, prácticamente se mostró de acuerdo con todo, y justo cuando se iba volvió a la postura del principio.»⁸⁸² El esfuerzo empezaba a notársele a Wilson, pero lo mismo les ocurría a todos. El Consejo de los Cuatro se reunía casi sin interrupción, el tiempo era horroroso y no paraba de llegar malas noticias: de Hungría, donde los comunistas dominaban firmemente la situación; de Rusia, donde parecía que los bolcheviques estaban ganando la guerra civil; de Danzig, donde las autoridades alemanas se negaban a permitir el desembarco de tropas polacas.

El 28 de marzo se exaltaron los ánimos, cuando Clemenceau planteó una vez más la reivindicación francesa del Sarre. Wilson dijo, injustamente, que los franceses nunca la habían mencionado como uno de sus objetivos en la guerra y que, en todo caso, dar la región a Francia era contrario a los Catorce Puntos. Clemenceau acusó al presidente de ser pro alemán y amenazó con dimitir antes que firmar el tratado de paz. Wilson, con la ira pintada en el rostro, respondió que era una mentira premeditada y que resultaba muy claro que Clemenceau quería que volviese a Estados Unidos. Clemenceau, igualmente enfadado, salió de forma precipitada de la habitación. Dijo a Mordacq que no había esperado encontrar una oposición tan inflexible a las exigencias francesas.

Lloyd George y Orlando, que habían presenciado la escena llenos de consternación, hicieron todo lo posible por zanjar las discrepancias durante la reunión de la tarde. Lloyd George soltó una risita apreciativa cuando, al disculparse por llegar tarde, Wilson contestó: «No me gustaría nada tener que decir el *finado*»⁸⁸³ señor Lloyd George». Cuando Tardieu, con poco tacto, pronunció una larga perorata sobre los antiguos vínculos entre el Sarre y Francia, Orlando señaló que Italia, basándose en un razonamiento parecido, podía reivindicar las tierras del antiguo Imperio romano; resultaría engorroso, sin embargo, para su buen amigo Lloyd George. Todos rieron de buena gana excepto

Clemenceau. Lloyd George sugirió una solución intermedia: un Sarre autónomo con las minas de carbón propiedad de los franceses. Se acordó pedir a los expertos que estudiaran la sugerencia. Clemenceau presentó sus excusas, si así podían llamarse, y habló de los lazos de afecto que unían a Francia y Estados Unidos; más tarde, hallándose con su círculo de asesores, habló de la extraordinaria intransigencia de Wilson. El presidente estadounidense hizo una referencia elegante a la grandeza de Francia. En privado se quejó amargamente de los franceses porque, según dijo, estaban entorpeciendo toda la Conferencia de Paz. Dijo que Clemenceau era como un perro viejo. «Da vueltas y más vueltas, lentamente, siguiendo su cola, antes de poner manos a la obra».⁸⁸⁴

Dos días después nevó. Aquel año abril en París empezó mal y empeoró rápidamente. Aunque el Consejo de los Cuatro se reunía en riguroso secreto, se filtraban detalles de sus conversaciones. Foch estaba desesperado y Henry Wilson escribió en su diario: «Profetizó [Foch] que en el plazo de una semana a partir de ahora la Conferencia de París fracasaría».⁸⁸⁵ Los rumores se propagaron, «bajo una neblina azul y sulfurosa», según dijo un delegado estadounidense.⁸⁸⁶ Un canadiense escribió a su familia que en Alemania habría una revolución.⁸⁸⁷ «Va acercándose a la destrucción», dijo la edición parisina del *Daily Mail*. El corresponsal del *New York Times* envió un telegrama que decía: «La Sociedad de Naciones ha muerto y la Conferencia de Paz es un fracaso».⁸⁸⁸

A Wilson, según dijo Baker, su ayudante de prensa, se le veía «cada vez más canoso y más ceñudo».⁸⁸⁹ El presidente se sentía solo en su lucha por edificar una paz justa. Orlando causaba problemas con las reivindicaciones italianas en el Adriático. Lloyd George era demasiado político; Wilson anhelaba decirle que «debe atenerse a lo que dice cuando está de acuerdo conmigo en un asunto y que no se le va a permitir que esté de acuerdo conmigo cuando se halla conmigo y luego, al marcharse, cambie de parecer y se una a la oposición».⁸⁹⁰ Clemenceau se había negado con tozudez a firmar un tratado de paz basado en los Catorce Puntos. «Nunca le había visto [a Wilson] tan irritado, tan furioso», escribió la secretaria de la señora Wilson. «Calificó la actitud de los franceses y las demoras de “deplorables”».⁸⁹¹ También ponían furioso a Wilson los ataques de la prensa francesa. «:Imaginen», dijo según un periódico, «he descubierto que la primavera siempre sigue al invierno.»⁸⁹² Con Lloyd George tuvo «una violenta explosión» y dijo que «nunca firmaría una paz francesa y volvería a casa antes que firmarla».⁸⁹³

El 3 de abril Wilson tuvo que guardar cama debido a un fuerte resfriado y House le sustituyó en el Consejo de los Cuatro. Clemenceau se alegró muchísimo: «Hoy está peor», dijo a Lloyd George el 5 de abril. «¿Conoce usted a su médico? ¿No podría persuadirle y sobornarle?»⁸⁹⁴ Mientras tanto, el enfermo cavilaba. «He estado pensando mucho», dijo Wilson a Grayson, «pensando cuál sería el resultado para el mundo si se diera carta blanca a estos franceses y se les permitiera salirse con la suya y obtener todo lo que dicen que corresponde a Francia por derecho. Mi opinión es que si se les dejara hacer, el mundo se desmoronaría al cabo de muy poco tiempo». Añadió, poniendo cara de alivio, que había tomado una decisión. Pidió a Grayson que diera orden de que el *George Washington* estuviese preparado en Brest, en la costa de Bretaña. «No quiero decir que me iré en cuanto encuentre un barco; quiero que el barco esté aquí». Al día siguiente la noticia se había filtrado, lo que, sin duda, era lo que pretendía Wilson. Su amenaza causó sensación. «La Conferencia de Paz, en crisis», dijo el titular del *New York Times*⁸⁹⁵

Los franceses quitaron importancia al asunto. «Wilson se comporta como una cocinera», dijo en broma Clemenceau a un amigo, «que tiene su baúl preparado en el pasillo. Todos los días amenaza con irse.»⁸⁹⁶ Un portavoz del Quai d'Orsay habló groseramente de «volver a casa de mamá».⁸⁹⁷ En

realidad estaban preocupadísimos.⁸⁹⁸ Los censores se encargaban de que los comentarios en la prensa francesa fueran mínimos y *Le Temps*, cuyos vínculos con los círculos oficiales eran muy conocidos, se apresuró a publicar un artículo que decía que Francia no tenía la menor intención de anexionarse ningún territorio habitado por alemanes.⁸⁹⁹ El ayudante de Tardieu declaró ante los corresponsales estadounidenses que Francia había reducido sus exigencias a un mínimo y estaba contentísima, como lo había estado desde el principio, con aceptar las fronteras de 1871, que incluían Alsacia y Lorena, pero nada más. (Esto causó cierto regocijo.⁹⁰⁰)

Clemenceau también tenía problemas con sus enemigos políticos en Francia. Diputados y senadores le instaban a mantenerse firme en cuanto a las exigencias legítimas de Francia. Foch inspiró una campaña de prensa pidiendo la ocupación de Renania. El generalísimo se estaba acercando peligrosamente a un desafío franco, negándose a transmitir las órdenes del Consejo de los Cuatro y exigiendo hablar con el gabinete francés. Esto era alarmante en un país con una gran tradición de intentos de golpe militar. También resultaba embarazoso. «Yo no confiaría el ejército de Estados Unidos», dijo Wilson después de un incidente, «a un general que no obedece a su propio Gobierno.»⁹⁰¹

Destacados políticos, periodistas y militares fueron a advertir a Poincaré que Francia se encaminaba al desastre. Clemenceau estaba desperdiciando todas las oportunidades de asegurarse contra Alemania. ¿Tal vez Poincaré debía dimitir en señal de protesta? ¿O tenía la obligación, como subrayaban Foch y otros, de usar los poderes que le confería la constitución y encargarse él mismo de las negociaciones? Poincaré, típico en él, sumó sus críticas a las ajenas, pero titubeó en tomar cartas en el asunto. Clemenceau, cuyas fuentes de información siempre fueron buenas, se presentó en el Palacio del Elíseo y armó una escena tremenda, acusando a Poincaré de deslealtad. «¡Todos sus amigos están contra mí!», gritó, «¡Basta ya! Estoy reunido todos los días, de la mañana a la noche. ¡Me estoy matando!». Puso su cargo a disposición de Poincaré. Éste protestó: «Nunca he dejado de ser leal, no hace falta decirlo; pero, aparte de eso, he sido devoto y, si se me permite decirlo, filial». Clemenceau le acusó de mentir; Poincaré respondió con indignación. «Bien, ¿ve? ¡Me responde con insolencia!». A pesar de todo, al terminar la entrevista, los dos hombres se dieron un apretón de manos y Poincaré, con aires de estadista, dijo: «las circunstancias son serias, el futuro es negro, es esencial que los cargos públicos estén unidos». Sin perder un momento escribió lo que sentía en su diario. «En resumen, esta conversación me ha mostrado un Clemenceau que es atolondrado, violento, engreído, intimidador, despectivo, terriblemente superficial, física e intelectualmente sordo, incapaz de razonar, de reflexionar, de seguir una conversación.»⁹⁰²

Sólo Lloyd George se mantuvo alegre durante toda la crisis. «Hemos hecho grandes progresos» dijo al magnate de la prensa George Riddell. «Hemos resuelto prácticamente todas las cuestiones pendientes con la excepción de la que se refiere a las violaciones de las Leyes de la Guerra. La semana próxima empezaremos a redactar el Tratado de Paz.»⁹⁰³ Contaba con que las condiciones de paz definitivas estuvieran listas el domingo de Pascua, dos semanas después.⁹⁰⁴ Lloyd George se sentía especialmente complacido por haber impuesto su criterio en el caso de las reparaciones: la cifra definitiva no constaría en el tratado.

El 8 de abril, con Wilson ya recuperado, la primavera había llegado por fin y el clima de la Conferencia de Paz había mejorado de forma perceptible.⁹⁰⁵ El presidente aún estaba bastante «flojo», según dijo a Grayson, pero se sentía «mucho mejor mentalmente».⁹⁰⁶ Sin embargo, le resultó útil tener la amenaza del *George Washington* en reserva.⁹⁰⁷ Durante su ausencia se había hecho gran parte del trabajo preliminar correspondiente a los acuerdos. La cuestión del Sarre se resolvió de

forma definitiva el 13 de abril. Los expertos habían encontrado una solución intermedia que daba a Francia la propiedad de las minas únicamente. La Sociedad de Naciones se hizo cargo de la administración del Sarre y se comprometió a convocar un plebiscito al cabo de 15 años para que los habitantes de la región pudiesen escoger entre la independencia, Francia y Alemania. En 1935 la atracción del nuevo Reich de Hitler resultó irresistible y el 90 por ciento de ellos votó a favor de reincorporarse a Alemania.

La propuesta relativa a Renania y la garantía que los británicos y los estadounidenses habían dado a Francia tardó sólo un poco más en quedar lista. Wilson, que opinaba que ya había ido bastante lejos al ofrecer una garantía, envió un severo mensaje a Clemenceau el 12 de abril en el que decía que tendría que conformarse con una Renania desmilitarizada en lugar de una ocupación militar permanente por parte de los Aliados.⁹⁰⁸ Clemenceau reflexionó y dos días después hizo una visita a su viejo amigo House. Dijo que era una lástima que los italianos amenazaran con irse sin firmar el tratado con Alemania. Añadió que, desde luego, él estaba dispuesto a trabajar con sus colegas. Aceptó la postura estadounidense, aunque no era lo que él quería, y se opondría a los deseos de Foch. A cambio de ello sólo pidió que Wilson aceptara una ocupación francesa temporal de tres zonas alrededor de las principales cabezas de puente: los franceses evacuarían la primera zona, en el norte de Renania (incluida la cabeza de puente en torno a Colonia), después de cinco años; la segunda zona, la de en medio (incluida la cabeza de puente alrededor de Coblenza), después de diez años; y la tercera, en el sur (incluida la cabeza de puente en torno a Maguncia), al cabo de quince años.⁹⁰⁹

El 15 de abril el eccema que tenía en las manos había empeorado visiblemente y Clemenceau se quejaba de mareos. A última hora de la tarde, después de que House trajera la noticia de que Wilson estaba de acuerdo con la ocupación temporal, Clemenceau pareció otro. «Ya no estoy preocupado», dijo a Mordacq. «Todas las cuestiones importantes relativas a Francia ya están casi resueltas. Diez días más y muy probablemente habremos decidido las líneas principales del tratado. Hoy, en particular, aparte de los dos tratados sobre ayuda militar de Estados Unidos e Inglaterra en caso de un ataque alemán, he obtenido definitivamente la ocupación de Renania durante quince años con una evacuación parcial cada cinco años. Por supuesto, en el caso de que Alemania no cumpla el tratado, no habrá evacuación, ni parcial ni definitiva».⁹¹⁰ Clemenceau prometió alegremente a House un favor a cambio y dijo a su secretario privado que todos los ataques de la prensa francesa contra Wilson debían cesar en el acto. Al día siguiente, hasta los periódicos que normalmente eran hostiles aparecieron llenos de alabanzas al presidente.⁹¹¹

Al regresar de Londres tras deshacerse triunfalmente de sus adversarios en el Parlamento, Lloyd George se enfadó. «Las provocaciones», escribió años después, «son la consecuencia inevitable de toda ocupación de territorios por tropas extranjeras. Los incidentes irritantes y de vez en cuando odiosos que acompañaron la ocupación de ciudades alemanas por soldados extranjeros, algunos de los cuales eran de color, tuvieron mucho que ver con el feroz estallido de sentimientos patrióticos en Alemania que encontraron su expresión en el nazismo.»⁹¹² Un poco a regañadientes, aceptó las cláusulas relativas a Renania el 22 de abril.

El 25 del mismo mes Clemenceau las presentó a su gabinete y tuvo que escuchar las críticas acaloradas de Foch y otros.⁹¹³ Poincaré sorprendió a todo el mundo al limitarse a pedir que le aclarasen ciertos puntos. «Es el principal crítico de la República», dijo Clemenceau a Mordacq «pero todas las veces que le pedí su consejo sobre las innumerables cuestiones delicadas que nos han ocupado durante tres meses y todavía nos ocupan, sólo recibí respuestas vagas.»⁹¹⁴ El gabinete

aprobó el acuerdo unánimemente y el 4 de mayo aprobó el conjunto de condiciones de paz, también por unanimidad; Foch dijo con amargura que Clemenceau era un criminal.⁹¹⁵ Poincaré estudió la posibilidad de dimitir, pero, como en tantas ocasiones anteriores, se lo pensó mejor.⁹¹⁶

Clemenceau siempre consideró que había obtenido el mejor trato posible para Francia y tenía razón. Había sacado de sus aliados más de lo que al principio estaban dispuestos a dar, había mantenido viva la alianza con Gran Bretaña y Estados Unidos, había dado a Francia un poco más de seguridad con la desmilitarización de Renania y su ocupación durante 15 años, y había hecho que el fin de dicha ocupación dependiera de que Alemania cumpliera los otros puntos del tratado. Tal como dijo a la Cámara de Diputados en septiembre de 1919, durante el debate sobre la ratificación, «El tratado, con todas sus cláusulas complejas, sólo valdrá lo que valgan ustedes; será lo que ustedes hagan de él. Lo que van a votar hoy no es ni siquiera un comienzo, es un comienzo de un comienzo. Las ideas que contiene crecerán y darán fruto. Han ganado ustedes la capacidad de imponerlas a una Alemania derrotada».⁹¹⁷ La dificultad iba a ser siempre hacer que se cumpliera. Tal como descubrieron los sucesores de Clemenceau, entre ellos Poincaré, poco podía hacer Francia sin el apoyo británico y estadounidense. Ese apoyo no existió en la década de 1920, y en la de 1930 no había ningún Clemenceau que uniese a una Francia desmoralizada contra la amenaza nazi en Alemania. Y ya no había una Polonia digna de confianza al otro lado de Alemania.

17 Polonia renacida

El renacimiento de Polonia fue una de las grandes historias de la Conferencia de Paz de París. La comisión que se ocupó de sus fronteras celebró más reuniones que cualquier otra de las que se crearon. ¿Debían trazarse las fronteras de Polonia de forma que castigasen a Alemania por los agravios del pasado y la derrota del presente? ¿Debía haber una Polonia grande que hiciese de barrera contra el bolchevismo? ¿Qué necesitaba para sobrevivir? ¿Minas de carbón? ¿Hierro? ¿Ferrocarriles? ¿Un puerto como era debido en el Báltico? Wilson había prometido, en el decimotercero de sus Catorce Puntos, que una Polonia reconstituida tendría «acceso libre y seguro al mar»: al igual que tantos de sus puntos, el significado de éste era elástico. También habló de dar a Polonia territorio «indiscutiblemente» polaco. Encontrar territorio que fuese indiscutible en Europa central nunca fue fácil. Los polacos empeoraron las cosas discrepando entre ellos sobre si querían las fronteras de cuando el país había tenido la máxima extensión en el pasado (y en este caso se encontrarían con gran número de no polacos dentro de ellas) o el núcleo propiamente polaco (que dejaría a muchos polacos viviendo fuera el país), o quizás una solución intermedia. Y por supuesto, los negociadores se alejaban centenares de kilómetros de París para imponer orden a un mundo proteico de alianzas cambiantes, guerras civiles, refugiados y pandillas de bandidos; un mundo donde el derrumbamiento de los antiguos imperios había hecho trizas la ley y el orden, el comercio y las comunicaciones.

Un par de días antes de firmarse el armisticio entre los Aliados y Alemania, un militar polaco de pelo canoso, ojos azules de expresión feroz y rostro delgado y pálido, había leído las condiciones del armisticio con angustia y frustración. No mencionaban a Polonia para nada y el militar estaba en una cárcel alemana. Józef Pilsudski había pasado gran parte de su vida tratando de recrear un país que había desaparecido a finales del siglo XVIII. Ahora, con la destrucción de sus grandes enemigos—Austria-Hungría, Alemania y Rusia—, había llegado la oportunidad de Polonia. La caída de Alemania devolvió a Pilsudski su libertad y el 10 de noviembre de 1918 llegó a la antigua capital de Polonia, Varsovia. Polonia misma era un sueño y no una realidad. Tenía pocos amigos, pero muchos enemigos, y carecía de fronteras definidas claramente, de gobierno, de ejército, de burocracia. Durante los tres años siguientes Pilsudski hizo un país.

Pilsudski era probablemente el único hombre que podía sobrevivir y triunfar al cumplir semejante misión. En cierto modo, se había preparado para ella durante toda su vida. Nació en la parte rusa de Polonia, en la ciudad de Vilna (Wilno, en polaco; actualmente Vilnius, en Lituania). Su madre le leyó la literatura polaca que los censores rusos habían prohibido. Le enseñó la historia de su trágico país, desde los tiempos de esplendor en los siglos XVI y XVII, cuando el estado polaco— lituano se extendía del Báltico a cerca del mar Negro y abarcaba gran parte de lo que más adelante se convertiría en Alemania y Rusia, al tiempo que el Gobierno republicano, la cultura y las ciudades de Polonia eran la admiración de Europa, hasta las particiones de la década de 1790, cuando Polonia desapareció en manos de sus vecinos. Supo de los repetidos y desesperados levantamientos, las ejecuciones, las penas de cárcel, las largas columnas de desterrados a Siberia y los intentos de acabar con la cultura polaca. Desde 1795 Polonia había existido sólo en los recuerdos de sus

patriotas, en la obra de sus grandes escritores y compositores.

Había parecido, a ojos de la mayoría de los observadores racionales, que el paso del tiempo haría que la división fuera para siempre. Los polacos de Alemania, alrededor de tres millones en una población total de 56 millones, participaban de la prosperidad de una de las naciones más desarrolladas de Europa. Conservaban un poco de su lengua, pero desde el punto de vista cultural eran cada vez más alemanes.⁹¹⁸ Los polacos de Austria-Hungría se hallaban concentrados en la Galitzia austríaca e iban muy a la zaga. Corrupta, pobre, la parte más atrasada de un imperio en decadencia, Galitzia era sinónimo de miseria. Los que podían emigraban, muchos de ellos a América del Norte. El resto de polacos de Europa, alrededor de la mitad del total, vivía bajo la dominación rusa, la más brutal, opresiva e incompetente de todas.

A Pilsudski, al igual que a los otros muchachos polacos en Rusia, le estaba prohibido hablar su lengua. Aunque era católico, como la abrumadora mayoría de los polacos, tenía la obligación de asistir a los oficios ortodoxos. Se hizo socialista radical, debido a lo cual los negociadores de París vieron con aprensión la posibilidad de una Polonia bolchevique, pero era sobre todo nacionalista. Al día siguiente de llegar a Varsovia después de la guerra, sus viejos amigos socialistas fueron a verle y cometieron el error de llamarle camarada. «Señores», les dijo, «todos íbamos en el mismo tranvía rojo, pero mientras que yo me apeé en la parada de la *Independencia Polaca*, ustedes quieren seguir viajando hasta la estación del *Socialismo*. Les deseo buen viaje, ¡pero tengan la amabilidad de llamarme *señor!*»⁹¹⁹

El carácter y la experiencia habían hecho de Pilsudski un lobo solitario al que le costaba confiar en alguien. Fue detenido por primera vez en 1887, por participar en un complot que el hermano mayor de Lenin organizó para asesinar al zar, y fue condenado a cinco años en Siberia. (El hermano de Lenin fue ejecutado.⁹²⁰) En 1900 le detuvieron otra vez, pero se escapó fingiendo que estaba loco. Pasó los años anteriores a la guerra en el movimiento socialista clandestino, como organizador y recaudador de fondos. (Atracaba bancos y trenes correo). Aunque se había casado con una compañera de conspiraciones, el matrimonio se deshizo al iniciar una aventura con una mujer más joven que también pertenecía al movimiento clandestino.

Al empezar la guerra, los polacos se encontraron atrapados en medio, algunos luchando por Austria-Hungría y Alemania, y otros por Rusia. A veces podían oír las canciones polacas que llegaban de las trincheras enemigas. Pilsudski decidió unir su propia suerte a la de Austria—Hungría, lo cual sería otro punto contra él en París. Su razonamiento fue muy sencillo. Rusia era el principal obstáculo para las esperanzas polacas. Cuando Rusia se derrumbó en 1917 y la situación de Austria-Hungría se hizo más precaria, Pilsudski se alarmó; lo último que quería era una Alemania inmensamente poderosa. Se negó a poner sus legiones bajo el mando alemán y acabó en la cárcel otra vez.⁹²¹

Al regresar a Varsovia en 1918, Pilsudski, cuyas legiones polacas eran una de las pocas fuerzas coherentes que había en Europa central, arrebató el poder a las autoridades de ocupación alemanas en nombre de Polonia. «Es imposible», dijo un político polaco, «expresar toda la excitación y el entusiasmo febril que se apoderaron de la sociedad polaca en aquel momento. Después de ciento veinte años, los cordones se rompieron. ¡Se han ido! ¡Libertad! ¡Independencia! ¡Nuestro Estado propio!»⁹²² Una familia de la nobleza sacó vino de 1772, fecha de la primera partición, que había guardado para brindar por aquel momento. («Aunque parezca mentira, podía beberse», informó un diplomático británico.⁹²³)

Pilsudski, con todo, tenía muchos oponentes: conservadores que temían su socialismo, liberales a

quienes no gustaba su entusiasmo por la violencia y gente que esperaba ayuda de los Aliados, incluso de Rusia. Su portavoz era Román Dmowski, el gran rival de Pilsudski. Mientras que Pilsudski procedía de una familia de la pequeña nobleza rural, Dmowski era un muchacho pobre de la ciudad. Biólogo de profesión, amaba la ciencia, la razón y la lógica. La música, según dijo al gran pianista polaco Paderewski, era «simple ruido».⁹²⁴ Despreciaba los planes grandiosos, las poses nobles y los gestos inútiles. Y pensaba que el nacionalismo polaco había visto demasiados ejemplos de todo ello. Quería que los polacos se volvieran modernos y prácticos. Sentía poca nostalgia de la Polonia antigua, sus tradiciones de tolerancia religiosa o sus intentos de avenirse con gente de otras nacionalidades como los lituanos, los ucranianos o los judíos. Al igual que sus admirados darwinistas sociales, sostenía que la vida era una lucha. Los fuertes ganaban y los débiles perdían.⁹²⁵ Gozaba de admiración general en Europa occidental, aunque los británicos tenían sus reservas. «Era un hombre inteligente», dijo un diplomático que tuvo que tratar con él, «y los hombres inteligentes inspiran desconfianza: era lógico en sus teorías políticas, y nosotros odiamos la lógica; y era persistente con una tenacidad cuyo objeto era sacar de quicio a todo el mundo.»⁹²⁶

En París, el Comité Nacional Polaco de Dmowski afirmaba hablar por los polacos y en 1918 el Gobierno francés accedió a que un ejército de polacos exiliados en Francia bajo el mando del general Haller fuera controlado por dicho comité. Al terminar la guerra, Polonia tenía dos gobiernos en potencia, uno en París y otro en Varsovia, y dos líderes rivales, cada uno de ellos con sus propias fuerzas armadas. Los checos, en cambio, ya hablaban con una voz única y clara.

Los extranjeros se preguntaban si Polonia lograría sus propósitos. En 1919 todas sus fronteras estaban en litigio y había enemigos en todas partes: las unidades que quedaban del ejército alemán, muchas de ellas en el este, y, más allá, rusos (bolcheviques o no bolcheviques, ya que ni unos ni otros querían una Polonia independiente) y fuerzas de otras nacionalidades que competían por el mismo territorio: lituanas en el norte, ucranianas en el este y checas y eslovacas en el sur. Y Polonia tenía pocas defensas naturales. Entre 1918 y 1920 Pilsudski haría seis guerras diferentes. También tenía que cubrirse la espalda, puesto que había partidarios de Dmowski a su derecha y radicales a la izquierda.

Pilsudski adelgazó, empalideció y se volvió más vehemente. Trabajaba frenéticamente, a menudo toda la noche, bebiendo té y fumando un cigarrillo tras otro para permanecer despierto. En aquellos primeros meses con frecuencia salía del palacio que había requisado y cruzaba la calle para hacer una comida sencilla en un restaurante barato.⁹²⁷ La tarea que tenía ante sí era terrible. La guerra había destruido hasta el 10 por ciento de la riqueza de Polonia. Los alemanes habían saqueado los territorios polacos durante la ocupación y habían utilizado las materias primas, los artículos manufacturados, las fábricas, la maquinaria, incluso las campanas de las iglesias para la guerra.⁹²⁸ «En ninguna parte he visto nada parecido a la extrema pobreza y las desgracias que se ofrecen a tus ojos a cada momento», escribió un diplomático británico que llegó a Varsovia a comienzos de 1919.⁹²⁹ Pilsudski tenía que unificar diferentes economías, leyes y burocracias. Tenía que racionalizar nueve sistemas legislativos independientes unos de otros. Tenía que reducir cinco monedas distintas a una sola, y ni siquiera contaba con los medios necesarios para imprimir billetes. Los ferrocarriles eran una pesadilla, con 66 tipos de raíles, 165 tipos de locomotoras y un mosaico de sistemas de señales.⁹³⁰

También tenía que tratar con un pueblo cuyas ambiciones, después de un siglo de frustración, eran muy superiores a su fuerza. «Los polacos dan muestras de un apetito parecido al de un gorrión que acaba de salir del cascarón», informó un emisario alemán cuando aún no había pasado un mes desde

el armisticio.⁹³¹ Se hablaba de las fronteras de 1772, cuando Polonia abarcaba la mayor parte de las actuales Lituania y Bielorrusia y gran parte de Ucrania. En París, Dmowski y su Comité Nacional Polaco abogaban por la creación de una Polonia muy extensa que sirviera para frenar tanto a Alemania como al bolchevismo. «Su Polonia tendría minorías importantes de alemanes, ucranianos, bielorrusos, lituanos —el 40 por ciento de la población total—, todos ellos gobernados con firmeza por los polacos.»⁹³² Aunque Dmowski hablaba de autodeterminación al tratar con los Aliados, no habría ninguna tontería semejante en Polonia.

Pilsudski era más prudente. También él quería una Polonia fuerte, pero estaba dispuesto a conformarse con menos que Dmowski. También estaba dispuesto a considerar una federación donde los lituanos, tal vez, o los ucranianos trabajarían con los polacos en un plano de igualdad.⁹³³ Se daba cuenta de que necesitaba un poco de ayuda de los Aliados. «Todo lo que podemos ganar en el oeste depende de la Entente, de la medida en que pueda desear estrujar a Alemania». En el este la situación era diferente. «Aquí hay puertas que se abren y se cierran y depende de quién las abre y hasta dónde.»⁹³⁴

En una cosa, no obstante, estaban de acuerdo todos los polacos: la necesidad de tener acceso al Báltico. Soportaban grandes penalidades, según informó un oficial estadounidense desde Varsovia, porque podían prever una Polonia que volvía a ser una gran potencia, con su comercio en el Vístula y los ferrocarriles que llegaban hasta el mar. Era esencial no quitarles esa esperanza. «Si su confianza en el futuro recibe una fuerte sacudida, la gravedad de su presente se define más claramente y su patriotismo se estremece hasta los cimientos. Sin este futuro, ¿por qué iban a continuar oponiendo resistencia al bolchevismo?»⁹³⁵ Danzig, en la desembocadura del Vístula, era el puerto más idóneo. En otro tiempo había sido una gran ciudad libre bajo el dominio polaco. La *Ámsterdam del Este*, la llamaban, con su comercio próspero, sus mercaderes ricos y sus edificios elegantes. Desde la década de 1790, sin embargo, había estado bajo dominio alemán. En 1919 su población era alemana en más del 90 por ciento, si bien los polacos predominaban en la campiña que la rodeaba.⁹³⁶

Los Aliados acordaron antes de la Conferencia de Paz que Polonia debía ser independiente. Los británicos, sin embargo, no estaban dispuestos a invertir mucho para conseguirlo, toda vez que tenían pocos intereses nacionales en juego. También temían, con cierta razón, que Polonia pudiera convertirse en una carga. ¿Quién la defendería si sus vecinos, Alemania y Rusia en particular, la atacaban? Además, los británicos no sentían simpatía especial por ninguna de las dos facciones polacas. Pilsudski había combatido contra ellos y era un radical peligroso. Dmowski y el Comité Nacional Polaco eran demasiado derechistas. «De hecho, la opinión preponderante», dijo un diplomático británico en Varsovia, «que en gran medida influyó en mí entonces parecía ser que hacer cualquier cosa que pidiera el Comité Polaco sería echar sobre Polonia un régimen de terratenientes malvados que pasarían la mayor parte del tiempo entregados a una vida desenfrenada e instaurar allí un Gobierno chovinista cuyo objetivo sería adquirir territorios cuya población no era polaca.»⁹³⁷ Cuando estuvo en Gran Bretaña durante la guerra, Dmowski no se hizo ningún favor con comentarios como, por ejemplo, el que hizo en una cena que dio G. K. Chesterton en el sentido de que «mi religión procedió de Jesucristo, que fue asesinado por los judíos». Los británicos, entre los cuales también había antisemitas, le encontraron grosero. Destacados judíos británicos protestaron ante el Gobierno por tener trato con el Comité Polaco. En el Ministerio de Asuntos Exteriores, Lewi Namier, él mismo de origen polaco y judío, llevó a cabo una campaña contra Dmowski y «su pandilla chovinista».⁹³⁸

Los franceses, en cambio, no sólo se mostraron muy partidarios de Dmowski, sino que, además, se

interesaron mucho por Polonia. En el otoño de 1919 Pichón prometió públicamente el apoyo de Francia a una Polonia independiente, una Polonia «grande y fuerte, muy fuerte», varios meses antes que Gran Bretaña o Estados Unidos. La política francesa con Polonia fue una mezcla de lo práctico y lo romántico. Francia ya no tenía a Rusia como contrapeso a Alemania, pero una Polonia fuerte, tal vez aliada con Checoslovaquia y Rumania, podía representar aquel papel. Para los franceses Polonia significaba también recuerdos de Marie Walewska, la bella amante de Napoleón (el hijo de la pareja había sido ministro de Asuntos Exteriores de Francia), de los tristes exiliados polacos en París, de Frederick Chopin, el amante de la francesa George Sand, de los voluntarios polacos que lucharon por Francia contra Prusia en 1870. Polonia era una causa tanto para los católicos devotos como para los buenos liberales. En sus tiempos de colegial Clemenceau había charlado con polacos que huían de la represión zarista.⁹³⁹ «Polonia volverá a vivir», escribió en su periódico al estallar la Gran Guerra. «Uno de los mayores crímenes de la historia va a ser reparado.»⁹⁴⁰ Durante la guerra los franceses dieron dinero para socorrer a los polacos; durante la Conferencia de Paz cenaron en honor de Polonia.

La postura estadounidense estaba entre la británica y la francesa. También Estados Unidos recordaba a algunos polacos: Tadeusz Kosciuszko, héroe de la guerra de Independencia estadounidense; los polacos que habían combatido en ambos bandos durante la guerra de Secesión; Paderewski llenando hasta los topes las salas de concierto. En 1914 los polacos formaban el mayor grupo de inmigrantes procedentes de Europa central, eran unos cuatro millones, tenían sus propios periódicos, escuelas, iglesias y votos. La guerra despertó su patriotismo latente, pero también creó divisiones entre los polacos pro Aliados y los pro alemanes, lo cual dio la impresión de que siempre se estaban peleando entre ellos.⁹⁴¹ Por otra parte, los sufrimientos de Polonia conmovieron a los estadounidenses, igual que los de Bélgica.⁹⁴² Poco a poco Wilson fue tomando partido por una Polonia independiente, aunque sin comprometerse a nada en lo que se refería a sus fronteras. «Vi a Monsieur Dmowski y a Monsieur Paderewski en Washington», dijo a los demás negociadores en París, «y les pedí que me definieran a Polonia, tal como ellos la entendían, y me presentaron un mapa en el cual reivindicaban gran parte de la tierra.»⁹⁴³

Cuando los franceses intentaron que se reconociera al Comité Nacional Polaco de Dmowski como único representante del pueblo polaco, los británicos y los estadounidenses vacilaron. Instaron a Dmowski a formar una coalición con Pilsudski.⁹⁴⁴ El polaco más famoso del mundo, Ignacy Paderewski, se comprometió a reunir a los dos hombres. En diciembre de 1918 los británicos dispusieron que volviera a Polonia en el buque de guerra *Condor*. (Paderewski tocó el viejo piano de la sala de oficiales en Nochebuena). Su llegada a Posen (Poznan) el día de Navidad causó gran revuelo. Las manifestaciones callejeras se volvieron violentas y, cuando Paderewski partió con destino a Varsovia el día de Año Nuevo, Posen se había sublevado contra sus gobernantes alemanes. Un bromista puso un billete de cuarta clase para Berlín en la mano de una enorme estatua de bronce del gran canciller alemán Bismarck.⁹⁴⁵

Paderewski era hijo de una familia modesta de la Galitzia austríaca, donde su padre trabajaba para un gran terrateniente aristocrático. «Un hombre notable, un hombre muy notable», recordó más tarde el príncipe en una conversación con Nicolson. «¿Sabe usted que nació en una de mis propias aldeas? En Chepetowka, para ser exactos. Y, pese a ello, cuando hablo con él tengo la plena impresión de estar conversando con un igual.»⁹⁴⁶ Paderewski se convirtió en un astro internacional. Burne-Jones lo dibujó, George Bernard Shaw alabó su inteligencia musical y las mujeres le enviaban centenares de cartas de amor. En 1918 contaba 58 años de edad y la gran melena de color rojo dorado se había

vuelto una mata de pelo gris.

Casi todo el mundo se prendaba de él en el acto. Locuaz, desaliñado, era hombre de gran cultura y se entusiasmaba como un niño. Durante la guerra había jurado que no daría ningún concierto hasta que Polonia volviera a ser libre. Se dedicó a recaudar dinero para socorrer a los polacos y a presionar a los líderes mundiales. En el verano de 1916 tocó en una fiesta privada en la Casa Blanca: música de Chopin, desde luego. «Ojalá hubieras podido oír los discursos de Paderewski a favor de su país», dijo Wilson a un colega más adelante, «hizo vibrar fibras más sublimes que cuando conmovía a miles de personas dominando la armonía desde el piano.»⁹⁴⁷ Los partidarios de Paderewski afirmaron después que sus esfuerzos habían sido la causa de que Wilson incluyera Polonia en sus Catorce Puntos.⁹⁴⁸

En su primer encuentro en Varsovia, Paderewski, el hombre de mundo con su largo abrigo de pieles, y Pilsudski, el revolucionario delgado y pálido con su gastada guerrera, se trataron con mutua suspicacia.⁹⁴⁹ Pilsudski necesitaba la influencia que Paderewski ejercía en el Comité Nacional Polaco en París y sus contactos, mientras que el gran pianista quería una Polonia que hablase con una sola voz. Los dos hombres acordaron que Pilsudski continuaría siendo jefe del Estado y comandante supremo de las fuerzas armadas y Paderewski sería presidente de un gobierno de coalición, además de delegado de Polonia en la Conferencia de Paz al lado de Dmowski. Juntos asistieron a las celebraciones, cenas, representaciones teatrales, incluso a una misa en la catedral de Varsovia, con motivo de la apertura del recién elegido parlamento. Dmowski y Pilsudski permanecieron tan distanciados como siempre.

Paderewski todavía se encontraba en Varsovia al inaugurarse la Conferencia de Paz, por lo que sólo Dmowski estaba presente cuando el Consejo Supremo se ocupó por primera vez de Polonia en enero. Pilsudski había enviado una petición urgente de pertrechos, en especial armas y municiones, que ayudaran a Polonia a rechazar a sus enemigos. Los franceses sugirieron que se enviara al ejército polaco que se hallaba en Francia bajo el mando del general Haller. Foch señaló que la forma más fácil de hacerlo era embarcar a los hombres con destino a Danzig, que seguía controlado por los alemanes, y que luego bajarán en ferrocarril hasta Varsovia. Británicos y estadounidenses tenían sus dudas. El ejército de Haller pertenecía al bando de Dmowski y su regreso a Polonia bien podía provocar una guerra civil.⁹⁵⁰ Wilson veía otro peligro en utilizar Danzig: «Con el objeto de mandar tropas polacas a Polonia íbamos a prejuzgar toda la cuestión polaca».⁹⁵¹ Era, por supuesto, lo que pretendían los franceses. Cuando se enteraron de la propuesta, los alemanes se quejaron enérgicamente. Al final, el ejército regresó por tierra en abril. Pilsudski no insistió mucho en que volviera. No tenía ningún deseo de irritar todavía más a los Aliados insistiendo en que se utilizara Danzig como hacía Dmowski; es probable que no se interesara apasionadamente por Danzig.⁹⁵²

El 29 de enero Dmowski fue invitado a explicar al Consejo Supremo lo que estaba sucediendo en Polonia. Aprovechó la oportunidad para exponer en líneas generales las reivindicaciones de Polonia, o al menos las que él apoyaba. Dijo que no iba a reivindicar todo lo que Polonia había poseído en otro tiempo. Partes de Lituania y Ucrania ya habían perdido su carácter polaco. A pesar de ello, Polonia estaba muy dispuesta a echarles una mano porque distaban mucho de ser capaces de gobernar sus propios asuntos. En cambio, Polonia debía tomar posesión de la parte oriental de Alemania. Era cierto que una gran porción de ella nunca había pertenecido a Polonia, pero vivían allí numerosos polacos, muchos más de los que indicaban las estadísticas alemanas. «Estos polacos estaban entre los más educados y cultos de la nación, tenían un fuerte sentido de la nacionalidad y eran hombres de ideas progresistas». Hasta los alemanes de la región los admiraban.⁹⁵³ Polonia también necesitaba

los yacimientos de carbón de Silesia y Teschen (Cieszyn, en polaco; Tesín, en checo). Lloyd George le escuchó con obvia impaciencia mientras Wilson examinaba atentamente los cuadros de las paredes.⁹⁵⁴

Los polacos poseían el don de irritar incluso a los amigos que tenían en París. La gente decía en broma que cuando un inglés escribía un libro sobre el elefante se ocupaba de su hábitat y de cómo cazarlo; un alemán escribía un tratado sobre la biología del animal; pero el polaco empezaba con «El elefante es una cuestión polaca».⁹⁵⁵ Hasta los franceses se alarmaron al ver la magnitud de las exigencias polacas en Rusia, ya que, después de todo, en el futuro podía ser de nuevo un aliado.⁹⁵⁶ Los británicos y los estadounidenses se quejaron de la existencia de delegaciones rivales.⁹⁵⁷ Las acciones de los polacos sobre el terreno también infundieron sospechas. «Los polacos», dijo Balfour, «estaban usando el intervalo entre el cese de la guerra y las decisiones del Congreso de Paz para satisfacer sus reivindicaciones de distritos situados fuera de la Polonia rusa y sobre los que, en la mayoría de los casos, tenían poco derecho, aunque en otros sus reivindicaciones estaban ampliamente justificadas». Wilson se mostró de acuerdo: además, los rumanos, los serbios y los húngaros hacían exactamente lo mismo. Pilsudski estaba mandando tropas a territorio alemán alrededor de Posen, a Lituania en el norte y a Galitzia en el sur. La dificultad estribaba en cómo impedirlo. Los Aliados podían detener el envío de pertrechos, pero, de todos modos, aún no le habían enviado muchos. Podían amenazarle, pero tenían muy poco poder real en el centro de Europa. A decir verdad, se habían visto obligados a recurrir a tropas alemanas para guarnecer la frontera con Rusia. También vacilaban en tratar a los polacos con mano demasiado dura. Como dijo Wilson en mayo cuando el Consejo de los Cuatro se hallaba considerando, una vez más, lo que podían hacer para que el ejército polaco dejase de atacar a los ucranianos, «Si Paderewski cae y cortamos el envío de alimentos a Polonia, ¿no se volverá Polonia misma bolchevique? El Gobierno de Paderewski es como un dique contra el desorden, y quizás el único posible».⁹⁵⁸ Si el dique desaparecía, ¿quién podía decir hasta qué punto del oeste llegaría tal vez la corriente bolchevique?

Los negociadores enviaron telegramas de queja y misiones de investigación. «Medidas tomadas sin más conocimiento», dijo sabiamente Lloyd George, «podrían provocar un desastre».⁹⁵⁹ Mandaron expertos militares con un joven coronel llamado Charles de Gaulle entre los franceses y un héroe de guerra, el general Adrián Carton de Wiart, al frente de los británicos. El general inglés, que había perdido un ojo, un brazo y un pie en la guerra, impresionó hondamente a los polacos por su indiferencia total ante el peligro y su disposición a batirse en duelo.

Por lo demás, los negociadores dejaron que de los asuntos polacos se ocupasen principalmente los expertos. En febrero el Consejo Supremo creó una Comisión sobre Asuntos Polacos que recibiría los informes procedentes de Polonia. Dos semanas después Balfour, que tenía la esperanza de acelerar los trabajos de la Conferencia durante la ausencia de Wilson y Lloyd George, descubrió que no se estaba haciendo nada en relación con las fronteras de Polonia. Por sugerencia suya, la Comisión sobre Asuntos Polacos se encargó de la tarea. Sus miembros, que carecían de instrucciones detalladas, dieron por sentado que debían basar sus decisiones en factores étnicos y en la promesa de acceso al mar que hiciera Wilson.⁹⁶⁰ Esto fue casi imposible.

En el transcurso de los siglos la falta de barreras naturales había permitido la entrada de invasores en Polonia y también la salida de polacos. En el este los colonos polacos se habían dirigido hacia el norte y el sur de los grandes bosques y pantanos que se extendían de un lado a otro de las fronteras de lo que hoy son Bielorrusia y Ucrania. El resultado fue como una media luna, con una zona de predominio polaco alrededor de Vilna en su extremo norte, otra alrededor de Lvov (Lemberg en

alemán; Lwow en polaco, hoy día Lwów en Ucrania) en el sur. En el norte los polacos se mezclaron con los lituanos y los alemanes. En medio, según dijo uno de los expertos de París, había una región inmensa «con su población enigmática, que puede que sea rusa blanca o alemana, pero sin duda alguna no es polaca».⁹⁶¹ Las ciudades eran polacas o judías (muchos judíos se identificaban con los polacos) y en el campo había algunos terratenientes polacos.

En el oeste existía una mezcla étnica parecida. Durante siglos los polacos habían avanzado en dirección norte hacia el Báltico, a la vez que los alemanes se dirigían hacia el este. En las costas orientales del Báltico, las ciudades eran en gran parte alemanas. En el campo, los grandes terratenientes solían ser alemanes —les llamaban «los barones del Báltico»—, aunque hacia el sur había algunos hacendados polacos y lituanos. A orillas del Vístula la mayor parte de la población era polaca. Prusia oriental, situada en el ángulo sudoriental del Báltico, era principalmente protestante y de habla alemana. Si Polonia obtenía acceso al mar, ¿debía controlar ambas orillas del Vístula y el mismo Danzig? En tal caso, centenares de miles de alemanes vivirían bajo el dominio polaco y quizá se encontrarían aislados de la ruta terrestre, entre la parte occidental de Alemania y Prusia oriental.

Las estadísticas eran tan poco de fiar como en el resto del centro de Europa. En todo caso, ni siquiera los habitantes de aquella parte del mundo estaban siempre seguros de quiénes eran. ¿La identidad era religiosa o lingüística? ¿Los protestantes de habla polaca, que formaban un grupo importante en el sur de Prusia oriental, se identificaban con sus correligionarios, que eran alemanes, o con los polacos, que eran católicos? ¿Los lituanos eran una nacionalidad aparte o una variedad de la polaca? ¿Eran los ucranianos realmente rusos?

En la Comisión sobre Asuntos Polacos los expertos británicos y estadounidenses, que se reunían extraoficialmente como en la mayoría de los asuntos, estaban de acuerdo en que las fronteras de Polonia debían trazarse basándose en criterios étnicos en la medida de lo posible, pero también en que debían tenerse en cuenta otros factores, como el acceso al Báltico, el control de los ferrocarriles o consideraciones estratégicas. Los franceses, con el sabio y anciano diplomático Jules Cambon al frente, aceptaban esto en general, pero cuando surgían disputas daban invariablemente a Polonia el beneficio de la duda. Decían que Polonia debía tener fronteras que pudieran defenderse contra Alemania y Rusia, aunque ello significara la inclusión de extranjeros en el país. Los italianos solían ponerse de parte de los franceses. Los japoneses, típico en ellos, decían poco.⁹⁶²

La comisión presentó su primer informe, que trataba de las fronteras de Polonia con Alemania, unos días después de que Wilson regresara de Estados Unidos. Los expertos habían procurado que los ríos y los lagos estuvieran en un solo país, que los ferrocarriles no cruzaran una y otra vez las fronteras internacionales y que el menor número posible de polacos y alemanes quedaran en suelo extranjero. A su debido tiempo, Polonia tendría acceso al Báltico porque un largo brazo polaco se extendería hacia el norte siguiendo el Vístula. El brazo —el Pasillo Polaco, como lo llamarían— se doblaría hacia el oeste por el codo para dar cabida a la provincia predominantemente polaca que había alrededor de Posen. Prusia oriental, con el puerto de Königsberg (donde había vivido Kant) seguiría siendo alemana. Casi dos millones de alemanes acabarían encontrándose bajo el dominio polaco. Sólo en Allenstein, la parte de Prusia oriental más cercana a Polonia, con sus protestantes de habla polaca, habría un plebiscito. Cuando finalmente se celebró, en 1920, el resultado fue de 363.000 votos a favor de permanecer en Prusia oriental y 8000 en contra.

El Consejo Supremo consideró el informe el 19 de marzo, en una reunión que también tuvo que ocuparse de la lucha entre los polacos y los ucranianos. (Se enviaron más telegramas que ordenaban a ambos bandos que dejaran de luchar). Lloyd George opinó que las recomendaciones del informe eran en general buenas. Hizo una sola pregunta: ¿Era necesario asignar tanto territorio alemán, junto

con el puerto de Danzig? Observó que había un distrito llamado Marienwerder, unos ochenta kilómetros al sur de Danzig, que lindaba con Prusia oriental y tenía una clara mayoría alemana. Sin duda, debía permitirse que sus habitantes votaran sobre su futuro. Añadió que el pasillo que se proponía no era justo; peor aún, era peligroso. Bien podía suceder que Alemania decidiese no firmar el tratado. «Temía que esta exigencia, sumada a muchas otras que habría que presentar a Alemania, produjera resultados deplorables en la opinión pública alemana. Los Aliados no debían arriesgarse a empujarla a tal extremo de desesperación que ningún Gobierno se atreviese a aceptar las condiciones». ¿No estaban creando nuevas Alsacias y Lorenas y sembrando las semillas de guerras futuras al dejar a gran número de alemanes en Polonia? Agregó de forma poco amable que los polacos no tenían muy buena reputación como administradores. Se ordenó a la comisión que reconsiderase su informe.⁹⁶³

Muchos polacos, tanto entonces como más adelante, quedaron convencidos de que Lloyd George les tenía manía, tal vez porque quería apaciguar a Alemania o incluso a la Rusia bolchevique, quizá porque odiaba de forma irracional a las naciones pequeñas. Era un hombre sin principios y arrogante que desoía a sus propios expertos (que tenían razón cuando querían dar Danzig a Polonia). Además, su falta de información era escandalosa, por ejemplo sobre los movimientos de mercancías por el Vístula. Dmowski dijo lisa y llanamente que Lloyd George era «el agente de los judíos». Habló por todos los que creían que el primer ministro británico era el instrumento de siniestras fuerzas capitalistas que se oponían a una Polonia fuerte.⁹⁶⁴

Al igual que la mayoría de los liberales, en realidad Lloyd George compadecía mucho a Polonia por sus sufrimientos. Paderewski, con el que tuvo trato social durante la Conferencia de Paz, despertaba en él simpatía y admiración.⁹⁶⁵ En cambio, algunas de las exigencias de los polacos le parecían poco razonables y peligrosas porque crearían enemigos para Polonia y problemas para Europa. Tal como Kerr escribió en su nombre a la embajada británica en Varsovia, «El señor Lloyd George siempre ha dicho que lo que convenía realmente a Polonia era una solución que tanto el pueblo alemán como el pueblo ruso reconocieran como justa».⁹⁶⁶ Era verdad la acusación de los polacos en el sentido de que la principal preocupación de Lloyd George era conseguir que se firmara el tratado con Alemania. Esto no estaba falto de razón. También era cierto que Lloyd George tenía poca fe en la supervivencia de Polonia. Tampoco esto era insustancial.

Al presentar su memorándum sobre el tratado con Alemania después del fin de semana en Fontainebleau, Lloyd George reiteró que Polonia debía tener acceso al mar, pero advirtió que no era aconsejable poner a más de dos millones de alemanes bajo el dominio polaco.

«Mi conclusión», dijo al Consejo de los Cuatro el 27 de marzo, «es que no debemos crear una Polonia que desde el momento de nacer esté enemistada con su vecino más civilizado, a causa de una disputa inolvidable». Lo que convenía era hacer de Danzig una ciudad libre y trazar el pasillo de forma que, en la medida de lo posible, los polacos quedaran en Polonia y los alemanes en Alemania. Clemenceau, que quería que Polonia tuviese Danzig sin más y un pasillo generoso, atacó el razonamiento de Lloyd George. Dijo que los alemanes podían quejarse tanto como quisieran. «Nos acordamos de los niños azotados por haber rezado a Dios en polaco, de los campesinos expropiados, expulsados de sus tierras para dar cabida a los ocupantes de raza alemana». Polonia merecía que se la compensara y necesitaba los medios que le permitieran vivir otra vez.⁹⁶⁷

Wilson dijo poco en la reunión, pero empezaba a compartir la preocupación de Lloyd George.⁹⁶⁸ Puede que también pensara en otro asunto que había que resolver: la disputa con Italia a causa de Fiume. Si daba Danzig a los polacos, quizá tendría que dar Fiume a los italianos (véase el capítulo

22). Los dos hombres se reunieron en privado y decidieron que Danzig debía ser una ciudad independiente y que Marienwerder, la zona predominantemente alemana que había en el pasillo, también debía decidir su propio destino mediante un plebiscito. El 1 de abril lograron que Clemenceau, que era reacio a ello, se mostrara de acuerdo. Lloyd George adujo argumentos tranquilizadores y dijo que, a medida que los lazos económicos de Danzig con Polonia se reforzaran, sus habitantes se volverían como girasoles hacia Varsovia, de la misma manera que esperaba que los habitantes del Sarre acabasen comprendiendo que sus verdaderos intereses estaban en Francia y no en Alemania.⁹⁶⁹ Los polacos se pusieron furiosos al recibir la noticia. «Danzig es indispensable para Polonia», afirmó Paderewski, «que no puede respirar sin su ventana abierta al mar.»⁹⁷⁰ Según Clemenceau, que se entrevistó con él en privado, Paderewski lloró. «Sí», dijo Wilson con indiferencia, «pero hay que tener en cuenta que es muy sensible.»⁹⁷¹ El hecho de que «nuestros conflictivos amigos los polacos», como los llamó Wilson, continuaran luchando en los alrededores de Lvov, a pesar de los repetidos llamamientos a favor de un alto el fuego que se hacían desde París, no ayudó a la causa polaca.⁹⁷²

La modificación de las condiciones del tratado con Alemania llevó aparejada la reducción del Pasillo Polaco. Al cabo de un tiempo se celebró un plebiscito en Marienwerder y la abrumadora mayoría de sus habitantes votó a favor de unirse a Alemania. Debido a ello, una de las líneas de ferrocarril que comunicaba Varsovia con Danzig quedó bajo control alemán. Danzig se convirtió en una ciudad libre al amparo de la Sociedad de Naciones en una unión aduanera con Polonia. Ésta última y Alemania firmarían un tratado aparte que garantizaría que los polacos tuvieran todos los medios necesarios para el comercio, desde muelles hasta teléfonos. La Sociedad de Naciones nombraría un alto comisario que haría de árbitro en caso de que surgieran disputas. Por desgracia, surgieron muchas: sobre quién debía controlar la policía portuaria, sobre los impuestos, incluso sobre si debía permitirse a Polonia instalar sus propios buzones.⁹⁷³ Muchos problemas se debieron a que Danzig, su industria, su administración y su población continuaron siendo mayormente alemanas. También el pasillo provocó roces; hubo disputas a causa de los ferrocarriles y, por supuesto, sobre el destino de los alemanes que aún vivían allí y en otras partes de Polonia. Alemania nunca aceptó realmente la pérdida de territorio y prácticamente todos los alemanes, ya fueran buenos liberales o nacionalistas de derechas, miraban a Polonia con desprecio.⁹⁷⁴ En septiembre de 1939, Hitler, tal como había prometido, rompió uno más de los eslabones de lo que llamaba las cadenas de Versalles y ordenó a sus tropas que cruzasen la frontera y se apoderasen de Danzig y del pasillo. En 1945 Polonia recuperó la ciudad, rebautizada con el nombre de Gdansk. Ya no viven alemanes en ella y corren malos tiempos debido a la decadencia de sus astilleros.

Lloyd George intervino de nuevo en perjuicio de Polonia, en relación con aquellas de sus fronteras que se encontraban en el sur con las de Alemania, en la Alta Silesia, una región de alrededor de once mil kilómetros cuadrados. Era una rica presa, con minas y fábricas de hierro y acero. La Comisión sobre Asuntos Polacos la había otorgado a Polonia basándose en que alrededor del 65 por ciento de sus habitantes eran de habla polaca. Los alemanes protestaron. De las minas silesianas salía casi una cuarta parte de la producción anual de carbón de Alemania, el 81 por ciento de la de zinc y el 34 por ciento de la de plomo. El Gobierno alemán arguyó que otorgarla a Polonia también infringía el principio de autodeterminación: los habitantes de la Alta Silesia eran alemanes y checos, y los polacos de la región, en cuyo dialecto influía mucho el alemán, nunca habían mostrado el menor interés por la causa polaca. La Alta Silesia había estado separada de Polonia durante siglos; su prosperidad se debía totalmente a la industria y el capital alemanes. Polonia ya tenía suficiente

carbón, a diferencia de Alemania, especialmente con la pérdida del Sarre. «Alemania no puede prescindir de la Alta Silesia. Polonia no la necesita». La nota alemana concluía diciendo que si Alemania perdía la región, no podría cumplir las otras obligaciones que le imponía el tratado.⁹⁷⁵

El 30 de mayo Lloyd George invitó a su viejo amigo Riddell a cenar en su casa. «Lee esto», dijo entregándole la nota, «y dime lo que piensas». Para crear el ambiente apropiado, puso un rollo de Chopin en su pianola. Cuando Riddell arguyó que había consideraciones estratégicas que aconsejaban dar la Alta Silesia a Polonia, Lloyd George dijo que pensaba igual, pero señaló la amenaza que ello representaba para las reparaciones. «Los alemanes dicen que no pueden pagar la indemnización si los polacos se niegan a darles los productos de las minas en condiciones razonables. Por tanto, puede que los Aliados estén tirando piedras contra su propio tejado al entregar las minas a los polacos sin tener en cuenta la indemnización». Los dos hombres subieron al piso de arriba, donde vivía Balfour, para cantar un poco.⁹⁷⁶

Al día siguiente Lloyd George llamó a miembros clave del gabinete de Londres con el fin de celebrar una reunión de urgencia. El 1 de junio la delegación del Imperio británico le autorizó a pedir al Consejo de los Cuatro que se modificaran las condiciones de las reparaciones, de la ocupación de Renania y de la Alta Silesia. Smuts, cuya África del Sur natal había experimentado una asombrosa reactivación desde la guerra de los Bóer, se mostró especialmente firme sobre la necesidad de modificar las fronteras germano— polacas. «Polonia era un fracaso histórico y siempre sería un fracaso, y en este tratado intentábamos revocar el veredicto de la historia.»⁹⁷⁷ También dijo en privado que poner alemanes bajo el dominio polaco era tan malo como entregarlos a una banda de cafres.⁹⁷⁸ Balfour pensó que Smuts era un poco duro con Polonia, pero estuvo de acuerdo, como todo el mundo, en que debía celebrarse un plebiscito en la Alta Silesia.⁹⁷⁹

A los colegas de Lloyd George en el Consejo de los Cuatro no les hacía ninguna gracia cambiar las condiciones, cuya redacción había necesitado tanto tiempo. En una reunión tempestuosa celebrada el 3 de junio, Clemenceau se opuso rotundamente a un plebiscito. Aunque los polacos eran mayoría, no había ninguna posibilidad de que votasen libremente cuando la administración local continuaba siendo alemana. Wilson opinaba lo mismo. Sus expertos le dijeron que todos los grandes terratenientes y capitalistas eran alemanes. Pues en tal caso, según dijo Lloyd George, los Aliados tendrían que mandar tropas para que supervisaran las votaciones. Valdría la pena si con ello se evitaban problemas con Alemania en lo referente al tratado. «Es mejor enviar una división estadounidense o británica a la Alta Silesia que un ejército a Berlín». Citó la autodeterminación al presidente. Wilson, que era imparcial, empezó a volverse atrás.⁹⁸⁰ Clemenceau, muy contrariado, no tuvo más remedio que seguir su ejemplo.⁹⁸¹ Se celebraría un plebiscito, pero antes los Aliados tenían que quedar convencidos de que sería limpio.⁹⁸² Paderewski protestó, pero fue inútil «No olvide usted», dijo secamente Lloyd George, «que su libertad se pagó con la sangre de otros pueblos, y verdaderamente, si Polonia, en estas circunstancias, se rebelara contra nuestras decisiones, nos encontraríamos con algo muy distinto de lo esperado».⁹⁸³

Organizar el plebiscito requirió varios meses, en parte porque la situación en la Alta Silesia empeoró al sublevarse los polacos contra los alemanes; en parte porque a los Aliados les costó reunir las tropas necesarias. Hubo también discrepancias sobre si sólo podían votar quienes vivieran en Silesia (como quería el Gobierno polaco) o también quienes habían vivido allí (como preferían los alemanes). El Gobierno alemán se salió con la suya y un domingo de marzo de 1921, mientras llegaban trenes cargados de silesios alemanes que eran recibidos por bandas de música, finalmente tuvo lugar la votación. El norte y el oeste eligieron Alemania; el sur, Polonia; y el centro, que con

toda su industria era lo que querían tanto Polonia como Alemania, quedó dividido en partes casi iguales. Nuevos meses de negociaciones, con los británicos apoyando a Alemania y los franceses a Polonia, sólo produjeron un empate. Al final se dejó todo el asunto en manos de la Sociedad de Naciones, donde cuatro potencias sin ningún interés directo en él —Bélgica, China, España y Brasil— trazaron una línea que dejaba el 70 por ciento de la región en Alemania, pero daba la mayoría de las industrias y de las minas a Polonia. En 1922, en uno de los tratados más largos nunca vistos, Alemania y Polonia acordaron la cooperación económica y política y la protección de sus respectivas minorías.⁹⁸⁴ Fue, de hecho, un modelo para resolver casos parecidos de regiones mixtas, pero faltaba la voluntad. La pérdida de la Alta Silesia sentó a los alemanes tan mal como la de Danzig y el pasillo. En 1939 Hitler anexionó la totalidad de la región a Alemania. En 1945 volvió a poder de Polonia y los alemanes que vivían allí, en su mayor parte, huyeron o fueron expulsados.

Fijar las fronteras de Polonia en el nordeste y el este fue todavía más difícil. Anarquistas, bolcheviques, rusos blancos, ucranianos, lituanos, letones, estonios y alemanes bálticos se disputaban allí el poder. Los negociadores de la paz no sabían con cuántos países tendrían que tratar ni con qué gobiernos. La Comisión sobre Asuntos Polacos recibió orden de seguir adelante de todos modos y trazó una frontera que situaba todos los territorios claramente polacos en Polonia. En diciembre de 1919 lo que quedaba del Consejo Supremo aprobó lo que se llamaría la línea Curzon (más o menos la línea de la frontera oriental de la Polonia de hoy). El Gobierno polaco no tenía la menor intención de aceptarlo. Mientras los negociadores se afanaban con sus mapas, fuerzas polacas habían estado igualmente ocupadas sobre el terreno. A lo largo de las zonas fronterizas en litigio, Polonia había señalado reivindicaciones mucho mayores, las cuales se resolverían en gran parte de acuerdo con la victoria o la derrota en la guerra.

El nordeste era la parte de Polonia que inspiraba las emociones más hondas en Pilsudski. Por parte de padre, procedía de una familia polaco-lituana y un antepasado suyo había sido uno de los forjadores de la unión de Polonia y Lituania en el siglo XV. Vilna era el único sitio donde verdaderamente se sentía en casa.⁹⁸⁵ Quería que su lugar de nacimiento fuese para Polonia, junto con una parte del sudeste de Lituania. Debido a esto las reivindicaciones polacas chocaban con las de la naciente nación lituana y formaron parte del ordenamiento general del Báltico al amparo del tratado de paz.

Un mapa del extremo oriental del Báltico en 1919 hubiera mostrado muchos interrogantes. Sólo Finlandia, en el norte, había logrado una independencia precaria de Rusia después de una cruenta guerra civil entre sus propios blancos y rojos. La Conferencia de Paz reconoció a Finlandia en la primavera de 1919. En el sur, Estonia, Letonia y Lituania también habían tratado de declararse independientes de Rusia, pero tuvieron que vérselas con una ocupación alemana y con sus propias minorías alemanas o rusas. Ninguna de las tres tenía fronteras seguras ni había instaurado un Gobierno estable y lo que los rusos no habían destruido en su retirada lo habían requisado los alemanes. Rusos blancos, bolcheviques rojos, anarquistas verdes, los «barones del Báltico», filibusteros alemanes, ejércitos nacionales embrionarios y simples gánsteres iban y venían por la región. Ciudades y pueblos cambiaban de dueño una y otra vez. En el mar, los restos de la marina imperial rusa, ahora bajo mando bolchevique, llevaban a cabo incursiones desde Petrogrado (que pronto sería rebautizada con el nombre de Leningrado).

Los Aliados tenían preocupaciones, pero no una política coherente. Si reconocían a las naciones bálticas, se injerían, en cierto sentido, en los asuntos internos de Rusia. Los estadounidenses estaban a favor de la autodeterminación, pero titubeaban en conceder el reconocimiento pleno porque Wilson no quería cambiar de forma unilateral las fronteras de Rusia.⁹⁸⁶ Los británicos y los franceses

albergaban la esperanza —al menos hasta el verano de 1919— de que el almirante Kolchak derrotase a los bolcheviques, y éste se oponía enérgicamente a conceder la independencia a cualquier parte del Imperio ruso. Los franceses preferían dejar que los británicos se preocuparan por el Báltico mientras ellos cuidaban de Polonia.⁹⁸⁷ Los británicos enviaron una pequeña fuerza naval —lo único de que disponían— con la misión de embotellar a la flota bolchevique en Leningrado y encontrar, si podía, algunas fuerzas democráticas locales a las que apoyar. Su almirante recibió la advertencia de no dejarse atrapar por las minas o el hielo y resistir los ataques bolcheviques, pero sólo a un distancia prudente de la costa.⁹⁸⁸ «La labor de los oficiales navales británicos en el Báltico», escribió el Almirantazgo al Ministerio de Asuntos Exteriores en la primavera de 1919: «sería mucho más fácil si se les pudiera informar de la política que se les pide que apoyen.»⁹⁸⁹

Como medida provisional, los Aliados ordenaron al Gobierno alemán que dejase sus tropas en el Báltico después del armisticio. Balfour dijo que resultaba más bien humillante, pero no parecía haber otra opción.⁹⁹⁰ Esto creó sus propios problemas. El alto mando alemán se alegró muchísimo. Ni los militares ni los nacionalistas alemanes querían renunciar a sus conquistas en el Báltico, que veían como una barrera contra el bolchevismo y la amenaza eslava (que a menudo eran lo mismo en la morbosa imaginación de la derecha). Las tierras bálticas estaban santificadas por la sangre de los Caballeros Teutones que habían luchado por ellas siglos antes; eran también un reducto donde Alemania podía reagruparse contra los Aliados.⁹⁹¹

El día de Navidad de 1918, con la aquiescencia del comandante naval británico en el lugar, el presidente provisional de Letonia, que había estudiado agricultura en la Universidad de Nebraska, pidió ayuda a los alemanes. Sus fuerzas eran patéticamente débiles y estaban a punto de verse arrolladas por los bolcheviques.⁹⁹² Su llamamiento abrió las puertas a un tipo nuevo de caballero teutón, los *Freikorps*, que eran un grupo de ejércitos privados que se estaba formando en Alemania. Sus miembros se habían alistado voluntariamente con el fin de detener el avance del bolchevismo y salvar a la civilización, a cambio de la promesa de tierras o sencillamente para correr aventuras y tener la comida asegurada.

En febrero de 1919 numerosos efectivos de los *Freikorps* ya estaban llegando a las ciudades bálticas. Algunos parecían soldados, otros llevaban el pelo largo y sus prácticas de tiro consistían en disparar contra las ventanas y las farolas. Trataban con desprecio a la gente a la que en teoría habían ido a salvar. En abril derrocaron al Gobierno de Letonia y penetraron en Estonia, pese a que los bolcheviques se estaban retirando.⁹⁹³ Los negociadores de la paz, que habían prestado poca atención al Báltico, empezaron a inquietarse. «Es extraño», dijo Balfour, «dado el caos que reina ahora en estas regiones, los alemanes, al impedir la formación de ejércitos locales y obligar a los países que ocupan a depender exclusivamente de su ayuda contra la invasión bolchevique, contribuirán a que su influencia y su dominación sean permanentes.»⁹⁹⁴ En mayo los Aliados enviaron una misión para que ayudase a los gobiernos bálticos a organizar sus ejércitos propios.⁹⁹⁵

La dificultad residía ahora en hacer que los *Freikorps* se retiraran. París envió notas severas a Berlín. El Gobierno alemán envió sus propias órdenes al comandante de los *Freikorps*, el general Von der Goltz, que no hizo caso de ellas. «La confusión es espantosa», se quejó Lloyd George.⁹⁹⁶ En agosto el Gobierno alemán consiguió por fin que Von der Goltz regresara a Alemania. Sus hombres se quedaron en el Báltico, bajo el mando de un jactancioso aristócrata ruso que soñaba con reconquistar Rusia. Una vez que proclamó que los estados bálticos volvían a ser rusos e intentó reclutar a sus habitantes como mano de obra esclava, no obtuvo más apoyo que el de los alemanes que vivían allí.⁹⁹⁷ A finales de 1919 los *Freikorps* ya habían regresado sigilosamente a Alemania,

donde despotricaban contra los Aliados, los eslavos y su propio Gobierno. Muchos, entre ellos el propio Von der Goltz, encontrarían un hogar espiritual en Hitler y los nazis. Los Aliados reconocieron finalmente la independencia de Estonia y Letonia en enero de 1921.

El nacimiento de Lituania, el más meridional de los estados bálticos, fue si cabe todavía más complicado, porque los lituanos tuvieron que enfrentarse a Polonia también. En 1919 la gran mayoría de los polacos quería restaurar la antigua unión entre Polonia y Lituania, pero esta vez controlada firmemente por Polonia. Los lituanos, según dijo desdeñosamente Dmowski, no eran más que una tribu y sería mucho mejor para ellos convertirse en polacos. Polonia debía absorber todas las zonas donde hubiera una mayoría polaca —autodeterminación, por supuesto—, pero también aquellas donde hubiera una numerosa minoría polaca, la cual podría hacer de agente de la civilización. Con las zonas del norte donde la inmensa mayoría era lituana podía formarse un pequeño Estado lituano. Si quería unirse a Polonia, podría tener autogobierno. Pilsudski y la izquierda estaban dispuestos a estudiar un sistema federal más flexible.⁹⁹⁸ Nadie tuvo en cuenta a los mismos lituanos, entre los que se estaba produciendo un despertar del nacionalismo.⁹⁹⁹

Los sueños nacionales lituanos eran tan extravagantes como todos los otros de 1919 y querían Vilna como capital. En enero de 1919, al evacuar los alemanes la zona, un contingente bolchevique integrado por lituanos y bielorrusos, se apoderó de la ciudad; en abril el ejército polaco se hizo cargo de ella. Pilsudski dirigió al pueblo polaco una proclama que contenía la palabra mágica «autodeterminación». Fue atacado inmediatamente por los partidarios de Dmowski, que querían la anexión sin más. El primer ministro lituano exclamó que su país moriría sin Vilna.¹⁰⁰⁰ Un judío de Vilna comentó sardónicamente: «Se anunció un nuevo desfile, esta vez para polacos solamente. No había más verdes, blancos ni rojos. Todo quisque se volvió polaco de la noche a la mañana, excepto los judíos. Los judíos se lo tomaron con tranquilidad. Durante su vida habían servido bajo muchas banderas».¹⁰⁰¹

Ambos bandos apelaron a la Conferencia de Paz. Los lituanos enviaron delegados a París, los cuales se pelearon con los polacos así como entre ellos. Los negociadores de la paz exigieron que ocasionalmente dejaran de pelearse e intentaron trazar una frontera justa. Lloyd George se preguntó, distraídamente, si había alguna necesidad de que Lituania fuera independiente; después de todo, tenía más o menos el mismo número de habitantes que Gales.¹⁰⁰² Por otra parte, los negociadores veían el peligro que representaba permitir que Polonia se extendiera por territorios donde los polacos eran minoría. En el verano de 1919 Lloyd George ya se había entusiasmado con la idea de una Lituania independiente. Junto con Estonia y Letonia podía ser un conducto útil para el comercio británico con Rusia cuando finalmente se establecieran relaciones con los bolcheviques, que parecían estar ganando la guerra civil. Los franceses seguían prefiriendo una gran Polonia. En realidad, muy poco de esto tuvo importancia, porque los ejércitos continuaron marchando. Un año después los bolcheviques expulsaron a los polacos de Vilna y entregaron la ciudad a los lituanos. En octubre de 1920, justo después de una tregua entre Polonia y Lituania que dejó Vilna en manos lituanas, unidades del ejército polaco se amotinaron convenientemente y se apoderaron de la ciudad. Dos años más tarde la zona, que seguía bajo el control de los polacos, votó por abrumadora mayoría a favor de incorporarse a Polonia,¹⁰⁰³ después de la segunda guerra mundial la Unión Soviética la dio a Lituania, que ahora era una república soviética.

En aquel momento Lituania mitigó su pérdida apoderándose del pequeño y aletargado puerto báltico de Memel y de una franja de territorio que se extendía tierra adentro. Fue un gesto necio que molestó tanto a los Aliados, que habían quitado la zona a Alemania precisamente para proporcionar

un puerto franco a Lituania, como a Alemania, porque la población se dividía en partes casi iguales entre lituanos y alemanes. Memel propiamente dicha era alemana en un 92 por ciento. En 1939 Hitler la recuperó, pero después de la guerra volvió a ser lituana bajo el nombre de Klaipeda. Memel no era suficiente para hacer que Lituania perdonase a Polonia por la pérdida de Vilna. Los dos países no se hablaron durante 15 años. Cuando en 1938 decidieron tratar de mejorar sus relaciones ya era demasiado tarde. Hoy día Lituania aún trata de conseguir que Polonia pida perdón por aquel antiguo agravio.

Lejos de Vilna, en el sur, en 1919 Polonia también se estaba peleando con sus vecinos, a causa de lo que había sido la provincia austríaca de Galitzia. Todo el mundo estaba de acuerdo en que casi toda la mitad occidental, con su clara mayoría polaca, y la ciudad polaca de Cracovia, con su antigua universidad y sus soberbios edificios renacentistas, debía ser para Polonia. Sin embargo, el rico y pequeño ducado de Teschen, en el borde occidental, provocaría un costoso choque con el nuevo Estado de Checoslovaquia. La mitad oriental de Galitzia fue un problema mucho más difícil de resolver. Como en el norte, las ciudades eran polacas, mientras que el campo decididamente no lo era. Lvov era una isla polaca, como lo era Tarnopol (Ternopil) todavía más al este. En conjunto, los polacos componían menos de un tercio de la población, y los judíos, que podían o no verse a sí mismos como polacos, alrededor del 14 por ciento. Formaban la gran mayoría ucranianos católicos o rutenos, como se les llamaba a veces para distinguirlos de los ucranianos del antiguo Imperio ruso, que eran predominantemente ortodoxos. Dmowski dijo al Consejo Supremo que los rutenos distaban mucho de estar preparados para gobernarse a sí mismos. Necesitaban el liderazgo y la civilización polacos. Y, aunque Dmowski no lo mencionó, Polonia también quería los yacimientos de petróleo próximos a Lvov.¹⁰⁰⁴ Al insinuar esto Lloyd George, Paderewski se indignó. Los polacos habían sufrido mucho al defender Lvov contra fuerzas ucranianas y bolcheviques. «¿Piensa usted que niños de trece años están luchando por la anexión, por los imperialistas?»¹⁰⁰⁵ Su elocuencia causó poco efecto. Sólo los franceses se mostraron comprensivos, como hacían generalmente con las reivindicaciones polacas.

No estaba claro de dónde eran los rutenos.

¿Vivían en Galitzia oriental o en Ucrania occidental? La lengua y la cultura los atraían hacia el este y el resto de los ucranianos; su pasado dentro del Imperio austríaco y su religión los atraían hacia el oeste. En noviembre de 1918 una facción de rutenos se había declarado independiente de Austria-Hungría y había formado una unión con la república ucraniana de Kiev, la cual, por desgracia, pronto fue atacada por los comunistas locales y los bolcheviques rusos. Los delegados rutenos que lograron llegar a París antes de la primavera de 1919 no pudieron decir qué era lo que querían.¹⁰⁰⁶

En Galitzia la declaración de independencia también señaló el comienzo de la lucha con los polacos locales en Lvov. Los combates se propagaron al llegar refuerzos polacos y ucranianos, y la confusión aumentó cuando rojos y blancos de ambas nacionalidades entablaron sus propias batallas. Los Aliados intentaron, con poco éxito, poner fin a la lucha. «Nos resulta muy difícil intervenir», dijo Wilson en mayo, «sin comprender mejor nuestra posición respecto de los ucranianos o los bolcheviques que tienen sitiada Lemberg [Lvov].»¹⁰⁰⁷ Los polacos hicieron todo lo posible por prolongar las negociaciones del armisticio mientras reforzaban su posición.¹⁰⁰⁸ Esta táctica causó mucha irritación en París, pero el problema de los negociadores consistía en imponer su voluntad una vez habían decidido cuál era.

«Sólo vi un ucraniano una vez», comentó Lloyd George. «Es el último ucraniano que he visto y no estoy seguro de querer ver a otros».¹⁰⁰⁹ En lo que se refería a Ucrania misma, ninguno de los Aliados

apoyaba su independencia. Tanto los británicos como los franceses, al fin y al cabo, seguían albergando la esperanza de que existiera una sola Rusia bajo un Gobierno antibolchevique. Por otra parte, Galitzia oriental, como posesión de un enemigo derrotado, competía a la Conferencia de Paz. Lloyd George arguyó que la autodeterminación requería que se consultaran los deseos de los habitantes de la región.¹⁰¹⁰ Al apoderarse de Galitzia oriental, Polonia hacía exactamente aquello que con la guerra todos habían luchado por evitar.¹⁰¹¹ «Me llena de desesperación ver cómo naciones pequeñas, cuando apenas han salido a la luz de la libertad, empiezan a oprimir a otras razas distintas de la suya». Si dejaban que Polonia hiciera su voluntad, tendrían otra Alsacia o Lorena.¹⁰¹²

Después de mucho combatir sobre el terreno y mucho discutir en París, se decidió que Austria entregara Galitzia oriental a las potencias, que a su vez la cederían quizás a Polonia o, como preferían los británicos, a Rusia o incluso a Checoslovaquia.¹⁰¹³ Los polacos, que ya recelaban mucho del Gobierno británico, montaron en cólera. La flor y nata de la sociedad de Varsovia, que había sido invitada a un baile en el domicilio del embajador británico poco antes de la Navidad de 1919, expresó su desprecio cenando, pero negándose a bailar. Cartón de Wiart, jefe de la misión militar británica, se puso blanco de furia y dijo a su anfitriona: «Yo que usted, echaría a toda la pandilla a la calle». Los desafíos y contradesafíos a batirse en duelo que siguieron al comentario del general De Wiart se resolvieron discretamente por la mañana.¹⁰¹⁴ Mientras las potencias reflexionaban sobre el destino de Galitzia oriental durante otros tres años, los polacos siguieron adelante sin decir nada e impusieron su dominio. En 1923 se reconoció la posesión por parte de Polonia. Los rutenos se quejaron amargamente, pero al final tuvieron mejor suerte que sus hermanos del otro lado de la frontera, que fueron víctimas de Stalin.

La mayor lucha de Polonia, desde comienzos de 1919 hasta el otoño de 1920, fue con los bolcheviques rusos. Mientras que los polacos, incluso los relativamente moderados como Pilsudski, querían empujar las fronteras de Polonia muy hacia el este y controlar Bielorrusia y Ucrania, ya fuera de forma directa o indirecta, los bolcheviques querían llevar su revolución al corazón industrial de Europa. La historia había hecho que los polacos mirasen con suspicacia a todos los rusos, incluso los que hablaban el lenguaje de la hermandad internacional. Los bolcheviques, por su parte, veían en el nacionalismo y el catolicismo polacos un obstáculo para la revolución. A su modo de ver, encarnaban el nacionalismo, sin otras consideraciones, los sospechosos de costumbre: terratenientes rurales, propietarios de fábricas y reaccionarios de diversos tipos, que trataban de conservar el poder. «Si bien reconocemos el derecho a la autodeterminación nacional», escribió Trotski, «ponemos cuidado en explicar a las masas su limitada importancia histórica y nunca lo ponemos por encima de los intereses de la revolución proletaria.»¹⁰¹⁵ Era el antiguo imperialismo ruso vestido con ropa nueva.

A partir de febrero de 1919, la lucha entre los bolcheviques y los polacos se extendió por un amplio frente. Los polacos penetraron profundamente en territorio ruso y tomaron gran parte de Bielorrusia en el norte. En el verano de 1919 se celebraron conversaciones secretas en busca de una tregua, pero fracasaron al insistir los polacos en la independencia para Ucrania.¹⁰¹⁶ El 24 de abril de 1920 Pilsudski lanzó un nuevo ataque y avanzó en dirección a Kiev, la capital de Ucrania. En mayo las tropas polacas ya dominaban la ciudad, pero Pilsudski, que era muy supersticioso, se sentía intranquilo; Kiev tenía fama de traer mala suerte a quienes la ocuparan.¹⁰¹⁷ Un mes después los bolcheviques reconquistaron la ciudad y emprendieron la marcha hacia el oeste. «¡Por encima del cadáver de la Rusia Blanca», decía la orden que dieron a sus tropas, «pasa el camino que lleva a la conflagración mundial!»¹⁰¹⁸ El embajador británico en Varsovia mandó a su esposa y sus hijos a

Inglaterra. En agosto las tropas soviéticas ya habían alcanzado la periferia de Varsovia. «He empaquetado toda la vajilla, los cuadros, los grabados, los objetos lacados, la porcelana, las fotografías, los mejores libros, la mejor cristalería, las alfombras, etcétera», escribió el embajador a su esposa. «Me pregunto qué será de todos los muebles buenos, las camas, etcétera, que no pueden empaquetarse.»¹⁰¹⁹ Los polacos pidieron desesperadamente armas o que se presionara a los bolcheviques para que declarasen una tregua. No hubo respuesta. Los franceses se volvieron atrás. No les gustaban los bolcheviques, pero ya estaban cansados de las ambiciones de los polacos.¹⁰²⁰ Lloyd George instó a los polacos a entablar negociaciones. Los polacos no tenían remedio, según dijo a C. P. Scott, el gran director del periódico liberal *Manchester Guardian*, y eran tan malos como los irlandeses. «Se han peleado con todos sus vecinos, los alemanes, los rusos, los checoslovacos, los lituanos, los rumanos, los ucranianos, e iban a recibir una paliza.»¹⁰²¹ Por suerte, Lloyd George se equivocó. «Si Polonia se hubiera vuelto soviética», dijo más tarde Lenin, «el Tratado de Versalles habría quedado hecho pedazos y todo el sistema internacional construido por los vencedores hubiera resultado destruido.»¹⁰²²

La batalla de Varsovia fue uno de los grandes triunfos de la historia de Polonia. El ejército, que se había resentido de los celos y las luchas intestinas entre los oficiales, recobró la serenidad de ánimo ante el enemigo común. «Continúa maravillándome la ausencia de pánico», escribió un diplomático británico, «la aparente ausencia, de hecho, de toda preocupación.»¹⁰²³ Pilsudski planeó tranquilamente un osado contraataque. El 16 de agosto las fuerzas polacas atacaron a las soviéticas por la retaguardia y cortaron sus líneas de comunicación. El comandante soviético emprendió una rápida retirada. A finales de septiembre de 1920 Lenin pidió la paz. El Tratado de Riga, firmado el 18 de marzo de 1921, dio a Polonia una frontera en el este situada mucho más allá de lo que habían recomendado los negociadores de París y sumó más minorías a su población: cuatro millones de ucranianos, dos millones de judíos y un millón de bielorrusos.¹⁰²⁴

Pilsudski no se adaptó bien a la paz ni a la política democrática. En 1926 se hizo con el poder mediante un golpe y hasta su muerte, acaecida en 1935, hizo todo lo posible por gobernar Polonia militarmente. Dmowski, su gran rival, nunca desempeñó un cargo y tanto él como sus partidarios se desplazaron aún más hacia la derecha. Paderewski dimitió como presidente del Gobierno a finales de 1919, profundamente dolido por la forma en que le echaron la culpa de la negativa de los Aliados a dar a Polonia todo lo que quería y por los ataques dirigidos contra su esposa por ser poco diplomática y entrometida (lo cual era cierto).¹⁰²⁵ Nunca volvió a vivir en Polonia. En 1922 probó unas cuantas notas en el piano y vio con asombro que todavía disfrutaba tocando. Su segunda carrera fue tan triunfal como la primera. Murió en Nueva York en el verano de 1941, feliz al saber que Alemania había invadido la Unión Soviética y tal vez volvería a haber esperanza para su país.

Polonia sobrevivió a su difícil nacimiento e incluso floreció durante un tiempo. No había recuperado todos los territorios históricos, pero continuaba siendo un país grande y sus ventanas daban al Báltico. Estas ganancias, con todo, tuvieron un precio altísimo. Las potencias, incluso Francia, consideraban a los polacos codiciosos e irresponsables. Y sus vecinos tenían muchos motivos para estar resentidos: Lituania, la región de Vilna; la Unión Soviética, la franja de 240 kilómetros de ancho en territorio que antes era ruso; Checoslovaquia, el conflicto a causa de Teschen; y, por supuesto, Alemania, el pasillo y Danzig. En el verano de 1939 Polonia desapareció del mapa una vez más. Cuando volvió a aflorar a la superficie, al terminar la segunda guerra mundial, era una Polonia cambiada de forma extraña y reducida, vaciada de sus judíos por los nazis y de sus alemanes por los soviéticos y empujada 321 kilómetros al oeste.

18 Checos y eslovacos

Mientras que los polacos tendían a provocar suspiros de exasperación, incluso entre sus partidarios, los checos disfrutaban de la aprobación general. Los polacos eran, por supuesto, gallardos y valerosos, pero muy poco razonables; los rumanos, encantadores e inteligentes, pero, por desgracia, taimados; los yugoslavos, bueno, bastante balcánicos. Los checos eran agradablemente occidentales. «De toda la gente que vimos durante nuestro viaje», informó una misión de ayuda estadounidense que recorrió toda la antigua Austria-Hungría en enero de 1919, «los checos parecían tener la mayor capacidad y el mayor sentido común, la mejor organización y los mejores líderes.»¹⁰²⁶

Los delegados checos —el presidente del Gobierno, Karel Kramar, y el ministro de Asuntos Exteriores, Edvard Benes— presentaron sus argumentos al Consejo Supremo en febrero de 1919. Benes fue el que habló más de los dos. El experto estadounidense Charles Seymour, quedó hondamente impresionado: «Había hecho mucho por organizar la revolución que depuso a los Habsburgo y por formar el ejército checoslovaco en Siberia; su habilidad diplomática se había combinado con la honradez a toda prueba del presidente Masaryk para obtener de los Aliados el reconocimiento del Estado recién nacido.»¹⁰²⁷

Todo el mundo en París sabía que Benes y Masaryk habían dedicado sus vidas a liberar a su pueblo del Imperio austríaco. Todo el mundo conocía la extraordinaria historia del ejército checo que se había rendido a los rusos y se había encontrado en medio de la revolución; cómo se estaba abriendo paso luchando a lo largo de miles de kilómetros en Siberia para alcanzar el Pacífico y la libertad. Casi todo el mundo en París albergaba simpatía y admiración por los checos y sus líderes. (Lloyd George, que llamaba a Benes «el pequeño chacal francés» y consideraba excesivas las reivindicaciones checas, era una excepción.¹⁰²⁸) Benes y Masaryk se mostraban siempre dispuestos a cooperar, razonables y persuasivos al recalcar las arraigadísimas tradiciones democráticas de los checos y su aversión al militarismo, la oligarquía, las altas finanzas, de hecho todo lo que habían representado Alemania y Austria-Hungría.

Ni los británicos ni los estadounidenses sentían especial interés por el nuevo y pequeño país, que parecía un renacuajo con su cabeza en el oeste y su cola disminuyendo en el este, encajonado entre Polonia al norte y Austria y Hungría al sur. Los franceses, en cambio, estaban interesados, no por motivos sentimentales, sino por la seguridad. Francia quería un país lo bastante fuerte como para unirse a Polonia y al nuevo Estado de los eslavos del sur y bloquear tanto a los bolcheviques como a Alemania.¹⁰²⁹ Eso significaba dar a Checoslovaquia, entre otras cosas, el control de ferrocarriles de crucial importancia, una posición a orillas de la gran vía navegable del centro de Europa, el Danubio, y carbón suficiente.¹⁰³⁰

Benes presentó las reivindicaciones de Checoslovaquia al Consejo Supremo el 5 de febrero, un día después de que Venizelos hiciera lo propio con las de Grecia y un día antes de que Feisal hablase a favor de la independencia árabe. Su tarea fue más fácil que la de los otros, porque las potencias ya habían reconocido a Checoslovaquia y la mayor parte del territorio que querían los checos —las provincias austríacas de Bohemia, Moravia y Silesia y la provincia húngara de Eslovaquia— ya

estaba en su poder. Esto se debía sobre todo a Benes y a la ayuda que recibió de Francia.

Al llegar a París en 1915, Benes era un oscuro profesor de sociología de Praga que representaba al llamado Consejo Nacional Checoslovaco. Cuatro años después era el ministro de Asuntos Exteriores de un Estado nuevo. No era una figura romántica como Venizelos o Feisal ni un gran militar como Pilsudski, sino un hombre de baja estatura, aspecto corriente, y pedante; un escritor aburrido y un orador que inspiraba poco. (Los franceses pensaban que esto gustaría a los anglosajones). No se le conocían aficiones ni vicios y tenía pocos amigos íntimos. Sus relaciones con Masaryk, por quien tenía devoción, fueron siempre curiosamente protocolarias. Pero Benes era enormemente enérgico y eficiente. En París, durante la guerra, cultivó a todo el mundo, desde funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores hasta destacados intelectuales, que pudiera ayudar a la causa checa.¹⁰³¹ Mientras que Benes se ganaba la atención de los franceses, su encantador y guapo colega, el eslovaco Milán Štefánik, conquistaba corazones. Éste, que ya era un astrónomo muy conocido en París antes de la contienda, causó muchísima impresión al nacionalizarse francés y convertirse en un as de la aviación francesa.¹⁰³²

Mientras las nacionalidades de Austria— Hungría, que estaba a punto de derrumbarse, se esforzaban por llamar la atención de las potencias, Benes trabajaba cada vez con más ahínco. Aseguró a los franceses que Checoslovaquia, a diferencia de sus vecinos, estaba preparada para la lucha contra el bolchevismo: «Sólo los checos pueden detener el movimiento». Explicó a los británicos que su objetivo era «formar un Estado que sería totalmente leal, en especial a Inglaterra y que constituiría una barrera entre Alemania y el Este».¹⁰³³ Benes disponía de una baza importante para negociar: las fuerzas checas habían salido de campos de prisioneros de guerra para combatir en el bando aliado. «Quiero todos sus soldados en Francia», dijo Clemenceau a Benes en junio de 1918 durante el último de los grandes ataques alemanes. «Puede contar conmigo, iré con usted hasta el fin». El ministro de Asuntos Exteriores francés reconoció oficialmente al Consejo Nacional Checoslovaco como futuro Gobierno de una Checoslovaquia independiente y presionó a los aliados de Francia para que hicieran lo mismo. Los franceses también tomaron la iniciativa, entonces y después, y reconocieron las fronteras de Checoslovaquia, incluso las problemáticas. Una prueba de la buena labor de Benes fue que le invitaron a formar parte del Consejo Supremo de la Guerra para hablar del armisticio con Austria-

Hungría.¹⁰³⁴ No se invitó a los yugoslavos ni a los polacos. Al inaugurarse la Conferencia de Paz Benes ya había colocado a Checoslovaquia en el bando vencedor. La historia de Checoslovaquia como parte de Austria-Hungría se mencionaría sólo de paso y con pesar. A diferencia de los yugoslavos y los polacos, los checos también tenían la ventaja de hablar con una sola voz. Entre Benes y Masaryk, en particular, había una colaboración extraordinaria que duró hasta la muerte del segundo.

Si Benes era el caballo de tiro, Masaryk fue el hombre que dio vida a Checoslovaquia. Disponía de los materiales necesarios para ello: un pueblo con sus propias lengua y literatura eslavas, y muchos recuerdos: del siglo XIV, cuando el rico y poderoso reino de Bohemia se extendía hacia el norte, casi hasta el Báltico; del puñado de años de esplendor en que Praga fue la capital del Sacro Imperio Romano; y luego la historia, más triste, de 1526, cuando los Habsburgo extinguieron, uno tras otro, los últimos vestigios de independencia. Pero esta historia no incluía a los eslovacos, que puede que hablaran una lengua parecida, pero no habían estado relacionados políticamente con los checos desde que en el siglo X habían caído bajo el dominio húngaro. Y bajo él habían seguido incluso después de que los Habsburgo adquiriesen Hungría. La Reforma era la causa de que gran parte de los

checos fuese protestante, pero había pasado de largo en el caso de los eslovacos, que continuaron siendo firmemente católicos.

Masaryk era hijo de un administrador de grandes fincas agrícolas. Nació en 1850, justo después de que las revoluciones de 1848 encendieran el nacionalismo en toda Europa central. Empujado por su ambiciosa madre, muy pronto decidió escapar de la vida rural. A fuerza de tesón logró matricularse en la Universidad de Viena para estudiar filosofía.¹⁰³⁵ Era un joven sobrio, muy trabajador y mojigato con una notable confianza en sus propias opiniones. En su primer destino universitario causó sensación al discrepar de un profesor de categoría superior a la suya. Al dedicarse al periodismo y luego a la política, mostró la misma propensión a desafiar a la autoridad.¹⁰³⁶

Al empezar la guerra, Masaryk sacó poco a poco la conclusión de que Austria-Hungría ya no tenía sentido y que el futuro de Checoslovaquia (dio por sentado desde el primer momento que el país abarcaría las tierras eslovacas) estaba en la independencia, posiblemente bajo el patronazgo de Rusia. (La colaboración entre los eslavos fue una esperanza que persiguió hasta su muerte). En 1915 se encontraba a salvo en Suiza. Su familia, por desgracia, se hallaba atrapada en Praga. Su esposa que era estadounidense, sufrió una crisis nerviosa de la que en realidad nunca se recuperó; su hija mayor fue encarcelada y su hijo Jan fue obligado a servir en el ejército austriaco. Masaryk se trasladó a Gran Bretaña, donde pasó dos años enseñando en la Universidad de Londres y trabando amistad con diversas personas influyentes entre las que había desde diplomáticos hasta forjadores de opinión como Wickham Steed del periódico *The Times*.¹⁰³⁷

El derrocamiento del zar en la primera Revolución rusa de 1917 atrajo a Masaryk a San Petersburgo. Instó al precario Gobierno provisional a reanudar el ataque contra los ejércitos austriacos y trabajó para formar con los prisioneros de guerra checos un ejército que lucharía al lado de los rusos. La revolución bolchevique en noviembre del mismo año y la decisión de Lenin de pedir la paz hicieron imposibles sus planes. Por otra parte, los bolcheviques enviaron la Legión Checa, que ahora contaba 50.000 hombres, al frente occidental. La única ruta posible era la indirecta, unos nueve mil seiscientos kilómetros en el Transiberiano hasta el puerto de Vladivostok, en el Pacífico, y luego en barco hasta Francia. Masaryk, tras recibir garantías de los líderes bolcheviques, fue el primero en partir, en marzo de 1918, seguro de que sus tropas no tardarían en seguirle. Al cruzar Siberia, sin embargo, la Legión chocó con húngaros que se dirigían al oeste para unirse a los bolcheviques. Los combates se generalizaron y los checos se encontraron en guerra con los bolcheviques. Al finalizar el verano, las fuerzas checas controlaban la mayor parte del ferrocarril y, por casualidad, las reservas de oro del Gobierno zarista. Para entonces la guerra se acercaba a su fin en Europa y los checos eran más útiles donde estaban. Era muy posible que las fuerzas aliadas que habían desembarcado en Vladivostok en agosto quisieran avanzar hacia el oeste y atacar a los bolcheviques. Atrapados ahora en la intervención aliada en la guerra civil rusa, los soldados, que añoraban sus hogares, fueron condenados a pasar otros dos años en Siberia. Benes no lamentó lo ocurrido; de hecho, arrancó de los británicos, que estaban agradecidos, la promesa de que reconocerían al Consejo Nacional Checo como representante oficial de checos y eslovacos. Masaryk se mostró de acuerdo. «Mis queridos muchachos tendrán que permanecer un poco más de tiempo al lado de sus aliados», dijo al zarpar de Vladivostok con destino a Estados Unidos, donde tenía la intención de recabar apoyo.¹⁰³⁸

Masaryk estuvo en muchas ciudades: Chicago, Washington, Boston, Cleveland, allí donde hubiera inmigrantes checos y eslovacos. En Nueva York sermoneó a los expertos de la Investigación sobre la autodeterminación en Europa del Este. Habló con representantes de otras nacionalidades de Austria-Hungría sobre trabajar juntos en un clima de libertad y amistad. En un mitin multitudinario que tuvo

lugar en el Carnegie Hall él y Paderewski hablaron de la profunda admiración que sentían el uno por el otro y de su lucha común contra la opresión. Tres semanas antes de que terminara la guerra la Unión Democrática Centroeuropea, en la que había polacos, ucranianos, checos, eslavos del sur, italianos e incluso, aunque cueste creerlo, armenios y sionistas, organizó un mitin de cuatro días en Filadelfia. Masaryk redactó una Declaración de Objetivos Comunes de las Naciones Centroeuropeas Independientes. Mientras sonaba la Campana de la Libertad, Masaryk fue el primero en firmar la declaración, mojando su pluma en el tintero que en otro tiempo se usó para la Declaración de Independencia de Norteamérica.¹⁰³⁹

En Pittsburgh, Masaryk firmó otro acuerdo, éste con organizaciones checas y eslovacas, que prometía que, dentro del nuevo Estado democrático, los eslovacos tendrían considerable autonomía, con sus propios tribunales, un Parlamento y su propia lengua. Aunque alrededor de una tercera parte de los checos del mundo vivía en Estados Unidos, todavía no albergaban fuertes sentimientos nacionalistas. En Europa central se oían murmullos que indicaban que no todos los eslovacos querían la unión, pero nada de eso se sabía aún en la otra orilla del Atlántico.¹⁰⁴⁰ Más adelante, cuando las cosas empezaron a ir mal entre los checos y los eslovacos, Masaryk quitó importancia al acuerdo. «Se firmó con el fin de apaciguar a una pequeña facción eslovaca que soñaba con Dios sabe qué clase de independencia para Eslovaquia.»¹⁰⁴¹

La Convención de Pittsburgh fue útil porque tranquilizó a los estadounidenses al asegurarles que la autodeterminación haría que Eslovaquia formase parte de Checoslovaquia. Y el apoyo estadounidense sería de vital importancia, como sabía Masaryk. Por mediación de Charles Crane magnate inquisitivo y muy viajado que había amasado una fortuna fabricando fregaderos y retretes, Masaryk se entrevistó con Lansing, House (a quien el checo pareció un hombre sensato) y finalmente Wilson el 18 de junio. La entrevista no fue bien. Los dos ex profesores se sermonearon mutuamente y lo que es más importante, Masaryk descubrió que a Wilson le interesaba más usar la Legión Checa en Siberia que apoyar la independencia checoslovaca. Los estadounidenses todavía no estaban dispuestos a reconocer públicamente que Austria-Hungría estaba acabada.¹⁰⁴²

Al llegar el otoño, ya resultaba claro que así era. Las fuerzas austríacas eran derrotadas en los campos de batalla; dentro del Imperio el joven e inexperto emperador contemplaba, impotente, cómo los polacos, los eslavos del sur, los checos, los alemanes hablaban de independencia. En Praga los manifestantes vitoreaban a Wilson y Masaryk.

Wilson dijo que Austria-Hungría era «un edificio viejo cuyas paredes se habían sostenido con puntales». Había llegado el momento de quitar los puntales.¹⁰⁴³ El 3 de septiembre Estados Unidos reconoció al Consejo Nacional Checoslovaco como Gobierno beligerante de facto. Al igual que el anterior reconocimiento británico, la declaración no especificaba qué territorio ocuparía el nuevo país.

Desde París, Benes decidió crear realidades sobre el terreno. «Un hecho consumado», escribió a sus colegas, «que se lleve a cabo sin ruido ni lucha y el dominio de la situación son ahora decisivos.»¹⁰⁴⁴ El 28 de octubre, en Praga, los políticos checos, actuando con delicadeza, pero también con firmeza, tomaron el poder de la desmoralizada administración austríaca. (Setenta y un años más tarde la Revolución de Terciopelo apartó al último de los *apparatchik* comunistas). Benes instó a los Aliados a evacuar las fuerzas alemanas y austríacas de las tierras checas y eslovacas y reemplazarlas por fuerzas aliadas. También era esencial, según dijo a los franceses, ocupar Teschen, en la frontera con Polonia, y Bratislava (Pressburg, en alemán) en Hungría. Como los Aliados disponían de pocas tropas, de la ocupación se encargaron en gran parte fuerzas checas bajo el mando

de aquellos.¹⁰⁴⁵

El retraso en la inauguración de la Conferencia de Paz ayudó mucho a los checos. En enero de 1919 Masaryk volvía a estar en Praga, instalado como primer presidente de Checoslovaquia y viviendo en el palacio que en otro tiempo había sido de los reyes de Bohemia. A pesar de las quejas de los habitantes, tropas checas habían penetrado en las zonas fronterizas de habla alemana, donde Bohemia lindaba con Austria en el sur y con Alemania en el norte. En Eslovaquia las autoridades militares francesas habían ordenado al Gobierno húngaro que retirase sus tropas detrás de una línea que, de forma conveniente, coincidía con la frontera que querían los checos.

Las fronteras de Checoslovaquia ya se habían trazado en gran parte cuando los negociadores de la paz prestaron atención al nuevo país. Benes quería sobre todo el reconocimiento de la Conferencia de Paz, pero también quería extender las fronteras en algunos lugares. Ante el Consejo Supremo había reivindicado varias porciones de Polonia, así como una de Hungría que se extendía a lo largo del Danubio y, donde el gran río se orienta hacia el sur, señalaba hacia los Cárpatos. También pidió porciones de territorio alemán y austríaco al norte y al sur de las antiguas fronteras de Bohemia y Moldavia para que Checoslovaquia tuviese una frontera menos accidentada y más fácil de defender. Benes decía en las conversaciones privadas que estas exigencias no eran suyas, sino que, muy a su pesar, le empujaban nacionalistas como su colega Kramar¹⁰⁴⁶

En el extremo oriental de Checoslovaquia, Benes pidió el territorio de habla principalmente ucraniana situado al sur de los Cárpatos alegando para ello que sus habitantes, en gran parte rutenos, eran muy parecidos a los eslovacos. Pensaba que sería cruel dejarlos bajo el dominio húngaro cuando Checoslovaquia estaba dispuesta a tomarlos bajo su protección. (De manera conveniente, los inmigrantes rutenos en Estados Unidos habían votado a favor de ingresar en Checoslovaquia). Añadir ese territorio, además, daría a Checoslovaquia una frontera con Rumania, que era un Estado amigo.¹⁰⁴⁷

Tenía otro par de peticiones que hacer, sugerencias en realidad. En el sur de Alemania, justo al este de Dresde, vivían algunos eslavos que habían suplicado a Checoslovaquia que los protegiese. Era en esencia una cuestión moral y la dejó en manos de la Conferencia de Paz. Luego estaba la necesidad de Checoslovaquia de tener amigos, rodeada como se encontraba de alemanes y húngaros por tres lados. Quizá podía haber un pasillo de tierra que se extendiese hacia el sur entre Austria y Hungría y comunicase su país con Yugoslavia.¹⁰⁴⁸ «Muy audaz e indefendible», fue la opinión de Lloyd George.¹⁰⁴⁹ El pasillo, que nunca se materializó, reflejaba el antiguo sueño de Masaryk de una federación eslava. Benes aseguró a los franceses que los polacos, los yugoslavos y los checoslovacos eran muy conscientes de lo mucho que tenían en común.¹⁰⁵⁰ Aunque una disputa relativa al territorio de Teschen ya estaba alejando a Polonia de esa feliz ecuación, Checoslovaquia y Yugoslavia seguirían llevándose bien.

Los checos tenían muchos argumentos con los que respaldar sus reivindicaciones: su glorioso pasado, su profundo amor a la libertad, su seriedad y su laboriosidad. Se habían opuesto al bolchevismo cuando los pueblos menores que los rodeaban sucumbían ante él. Eran al mismo tiempo los más avanzados entre los eslavos y un baluarte de la civilización occidental. Benes afirmó que su pueblo siempre había pensado que tenía una misión especial que consistía en defender la democracia contra la amenaza alemana. «De ahí la devoción fanática que habían observado en los checos todos los participantes en esta guerra». Las peticiones de los checos eran moderadas y razonables. «La Nación», dijo Benes, «después de trescientos años de servidumbre y vicisitudes que casi habían conducido a su exterminio, pensaba que tenía que ser prudente, razonable y justa con sus vecinos; y

que debía evitar provocar celos y nuevas luchas que de nuevo podían sumirla en un peligro parecido». Insistió en que su Gobierno «deseaba hacer todo lo que estuviera en su mano por ayudar a alcanzar una paz justa y duradera». Lloyd George fue casi el único que no quedó convencido. «Salpicó casi todo su discurso de frases que olían a profesiones de simpatía por los ideales elevados que proclamaban los Aliados en su cruzada a favor del Derecho internacional.»¹⁰⁵¹ Cuando Kramar, como segundo delegado checo, pidió la palabra para añadir sus puntos de vista, Clemenceau, a pesar de su simpatía por Checoslovaquia, no le dejó terminar: «Oh, nombraremos una comisión especial y podrá usted hablar con ella durante un par de horas. Ahora será mejor que tomemos una taza de té.»¹⁰⁵²

Los checos pasaron de puntillas por las posibles dificultades. Reconocieron que en Eslovaquia habría unos seiscientos cincuenta mil húngaros, pero 350.000 eslovacos seguirían fuera del país. Los húngaros no podían quejarse; habían intentado, con escaso éxito, convertir a los eslovacos en húngaros y obligaron a miles de ellos a emigrar. Era verdad, según dijo Benes, que había personas de habla alemana en las fronteras con Austria y Alemania, en el oeste de la antigua Bohemia (lo que los propios alemanes llamaban Sudetes o tierras del sur). Pero las cifras de varios millones que daban los austríacos antes de la guerra eran muy poco de fiar; las checas, en cambio, se habían comprobado meticulosamente e indicaban sólo un millón y medio de alemanes frente a probablemente el triple de checos. Estos alemanes de Bohemia sabían que su futuro estaba en Checoslovaquia. No querían ver sus negocios sumergidos en la economía alemana, que era más poderosa. Si algunos de ellos hablaban de unirse a una gran Alemania o quizás incluso a Austria, era sencillamente a causa del terror que entre ellos sembraban agitadores llegados de fuera. De todos modos, y éste era a su juicio el argumento más convincente, Checoslovaquia no podía sobrevivir sin las refinerías de azúcar, las fábricas de vidrio, las fábricas textiles, las fundiciones y las fábricas de cerveza de los Sudetes.¹⁰⁵³ Y los checos necesitaban las antiguas fronteras, que se extendían a lo largo de montañas y colinas, para defenderse.

«En Bohemia», comentó cínicamente un experto estadounidense, «exigen sus “fronteras históricas” sin tener en cuenta las protestas de gran número de alemanes que no desean verse dominados de esta manera. En Eslovaquia insisten en los derechos de nacionalidad y no prestan la menor atención a las antiguas y bien delineadas “fronteras históricas” de Hungría.»¹⁰⁵⁴

Como los Aliados habían aceptado en gran parte el nuevo Estado tal como era, la tarea de la comisión que se creó para informar sobre Checoslovaquia fue relativamente fácil. Sus miembros trabajaron en buena armonía, gracias, según dijo Seymour, a la carencia de formulismos (lo cual les permitía filmar) y al hecho de que los británicos y los estadounidenses se reunían en privado, como hacían en la mayoría de los asuntos, para acordar una postura común antes de las reuniones. De vez en cuando tenían problemas con el principal representante británico, el australiano Sir Joseph Cook, cuya ignorancia total no le impedía tener opiniones muy sentidas. Nicolson pasaba mucho tiempo asesorándole.¹⁰⁵⁵ Los representantes italianos, dado que los intereses de su país no se veían afectados directamente, no pusieron obstáculos como en el caso de las fronteras de Yugoslavia. Tampoco fueron especialmente útiles. Al principal de ellos, un anciano diplomático, le gustaba decir: «Me pregunto si no será más prudente, en esta etapa, plantearnos como mínimo dos posibilidades.»¹⁰⁵⁶

Las fronteras que causaron más dificultades a todos eran las de Eslovaquia con Hungría. La población, principalmente eslovaca y húngara, era una gran mezcla; y al este del Danubio no había accidentes geográficos claros. Los franceses apoyaban a los checos en sus reivindicaciones de

territorio que era principalmente húngaro, cosa que no hacían los británicos ni los estadounidenses. Todo el mundo estaba de acuerdo en que un pasillo que uniera Checoslovaquia con Yugoslavia era imposible. Después de mucho regatear y mucho transigir, la comisión dio por terminadas sus tareas a finales de la primera semana de marzo. Su presidente preguntó cuál era la opinión definitiva de la delegación británica. «Pues», respondió Cook, «lo único que puedo decir es que *somos* una familia feliz, ¿no es verdad?». Hubo un silencio mientras el intérprete traducía la respuesta al francés.¹⁰⁵⁷

El informe, que daba a los checos parte del territorio alemán, austríaco y húngaro que querían, se aprobó gradualmente a medida que fueron redactándose los distintos tratados. El 4 de abril el Consejo de los Cuatro, que se hallaba en plena disputa agotadora sobre las condiciones de la paz con Alemania, acordó rápidamente que, en general, sería mejor conservar las antiguas fronteras del reino de Bohemia. El 12 de mayo, con igual premura, aprobó las antiguas fronteras entre Checoslovaquia y Austria. Algunos de los negociadores se preocuparon brevemente por la minoría alemana, unos tres millones de personas, que quedó dentro de Checoslovaquia. Lansing se puso nervioso al ver que se hacía caso omiso del principio de autodeterminación.¹⁰⁵⁸ Se supone que Wilson, sorprendido, exclamó «¡Pero si Masaryk nunca me dijo eso!», pero al final tuvo poco en cuenta a los alemanes de los Sudetes.¹⁰⁵⁹ Si bien Lloyd George afirmó más tarde que había tenido serias dudas, no las sacó a colación en aquel momento.¹⁰⁶⁰ Clemenceau no tenía ninguna y dijo al Consejo de los Cuatro que «la Conferencia ha decidido dar vida a cierto número de Estados nuevos. Sin cometer una injusticia, ¿puede sacrificarlos imponiéndoles fronteras inaceptables con Alemania?»¹⁰⁶¹ Nadie, después de todo, tenía grandes deseos de añadir los territorios alemanes a los que pertenecían a los enemigos derrotados. La mayoría probablemente estaba de acuerdo con Masaryk cuando, lleno de impaciencia dijo: «Naciones enteras se encuentran oprimidas ahora por los alemanes y los magiares, ¿eso no es nada?»¹⁰⁶²

Y los checos convencieron a los negociadores dando diversas garantías a sus minorías: tendrían sus propias escuelas, libertad de culto, incluso representación proporcional, con el fin de que pudieran tener sus propios representantes. Checoslovaquia iba a ser la Suiza de Europa central.¹⁰⁶³

Los alemanes de los Sudetes protestaron inútilmente en 1918 y 1919. Eran en gran parte agricultores prósperos y burgueses serios que despreciaban a sus nuevos gobernantes checos, pero al mismo tiempo temían las revoluciones izquierdistas que en aquel momento tenían lugar tanto en Alemania como en Austria. Al menos Checoslovaquia ofrecía estabilidad. En todo caso, Alemania, absorta en sus problemas particulares, mostraba a la sazón poco interés por ellos. La delegación alemana en Versalles los mencionó una sola vez, y de paso, en los comentarios por escrito que presentó a los negociadores. El ministro de Asuntos Exteriores alemán, el conde Ulrich Brockdorff-Rantzau, ofreció su comprensión a los alemanes de los Sudetes, pero dejó claro que Alemania no arriesgaría su posición en las negociaciones con los Aliados saliendo en defensa de una gente que, al fin y al cabo, nunca había formado parte de Alemania.¹⁰⁶⁴ Unirse a Austria era una solución igualmente dudosa en 1919, dada la forma en que la población de habla alemana se hallaba situada en una media luna a lo largo de las fronteras austríacas y alemanas. Además, por esas fechas Austria mismo parecía tener escasas probabilidades de sobrevivir.¹⁰⁶⁵

El Gobierno checo cumplió muchas de sus promesas. En los distritos donde había un número considerable de alemanes se permitió que éstos utilizaran su propia lengua para los asuntos oficiales. Había escuelas, universidades y periódicos alemanes. Pero Checoslovaquia seguía siendo un Estado eslavo. En sus billetes de banco aparecían jóvenes ataviadas con trajes regionales checos o eslovacos. Los alemanes —junto con los húngaros y los rutenos— nunca se sintieron totalmente a

gusto.¹⁰⁶⁶ Tal vez eso no hubiera tenido importancia si la Depresión no hubiese afectado de forma especialmente grave a las industrias de los Sudetes y si Hitler no hubiera hecho suya la causa de los alemanes perdidos. En la conferencia que se celebró en Múnich en 1938 éstos fueron la excusa para destruir Checoslovaquia.

Las fronteras de Checoslovaquia con Hungría tardaron más tiempo en fijarse, en parte porque la firma del tratado con los húngaros se retrasó, primero debido a la revolución comunista de finales de marzo y luego a causa de un nuevo estallido de violencia. Tras asegurar a los negociadores que su única intención era combatir el bolchevismo, los checos se apoderaron de territorio húngaro poco después de la revolución. Con la aprobación de Foch, sus fuerzas ocuparon ferrocarriles de crucial importancia en suelo húngaro y luego siguieron avanzando, más allá del límite que Foch había autorizado, y se apoderaron del último yacimiento húngaro de carbón que quedaba por tomar.¹⁰⁶⁷ Los húngaros contraatacaron a comienzos de junio. Los checos apelaron inmediatamente a los negociadores. Les asombraba y dolía que alguien pensara que habían provocado a los húngaros. «No sé nada de ninguna ofensiva checa», dijo Kramar. «Lo único que sé está relacionado con el avance del bolchevismo húngaro, mezclado y confundido con el chovinismo magiar». Benes pintó un cuadro en el que una Checoslovaquia pacífica era inconsciente de la amenaza en el sur: «estábamos ocupados con nuestras reformas interiores y las elecciones que se avecinaban». Las fuerzas checas se habían concentrado principalmente en la frontera alemana, dispuestas a entrar en acción si Alemania se negaba a firmar su tratado. «Fue entonces cuando los magiares, al ver a Eslovaquia completamente indefensa, avanzaron.»¹⁰⁶⁸ Los checos aprovecharon la oportunidad para volver a reivindicar territorio húngaro: más líneas de ferrocarril, por ejemplo, y una cabeza de puente en la orilla sur del Danubio. Los Aliados, que a estas alturas ya estaban seriamente preocupados a causa del conflicto, rechazaron la mayor parte de esas reivindicaciones.¹⁰⁶⁹ «Debemos ser justos incluso con los húngaros», dijo Lloyd George, «lo único que hacen es defender a su país.»¹⁰⁷⁰ La única excepción fue la ciudad de Bratislava, a orillas del Danubio, que era alemana en una gran proporción y fue entregada a Checoslovaquia porque, según se alegó, ésta necesitaba un puerto fluvial. Aun así, Checoslovaquia acabó teniendo una parte importante de lo que había sido Hungría y más de un millón de húngaros étnicos.

Checoslovaquia también tuvo problemas con Polonia, a causa del pequeño triángulo de Teschen, donde la Alta Silesia lindaba con el borde occidental de Galitzia. Como parte de Austria-Hungría Teschen estaba a disposición de cualquiera. Era una rica presa, en parte porque se encontraba en un extremo del gran yacimiento de carbón silesiano, pero también porque era un importante empalme ferroviario donde se encontraban las principales líneas de norte a sur y de este a oeste en el centro de Europa. En París, Dmowski la reivindicó para Polonia, basándose en argumentos étnicos. (De un total de medio millón de habitantes, los polacos probablemente doblaban en número a los checos.¹⁰⁷¹) La mayoría polaca, según dijo, era especialmente culta y, por tanto, profundamente nacionalista. Benes puso en entredicho las cifras: muchos de los polacos eran habitantes temporales, atraídos por el superior nivel de vida o tan influenciados por la lengua y la cultura checas que ya no tenían nada de polacos. Señaló la forma de vestir de la gente de Teschen y su arquitectura.¹⁰⁷² Y el carbón de Teschen era esencial para la industria checa, como lo era también una línea de ferrocarril que comunicaba las dos mitades de Checoslovaquia, por lo que no era prudente dejarla bajo control polaco. Los delegados de la propia Teschen, que pidieron un Estado independiente, no tenían la menor probabilidad de que les hicieran caso.¹⁰⁷³

Al igual que muchos de los otros asuntos que sobrecargaron los programas de trabajo en París,

hubiera podido resolverse con relativa facilidad. Masaryk y Paderewski se habían entrevistado el verano anterior en Washington y habían acordado tratar el asunto de forma amistosa cuando terminase la guerra.¹⁰⁷⁴ En la misma Teschen los polacos y los checos se repartieron las responsabilidades con vistas al momento en que se derrumbara la administración austríaca. El nuevo Gobierno polaco anunció que las elecciones para el nuevo parlamento de Varsovia incluirían la parte polaca de Teschen, lo cual, visto ahora, fue una imprudencia. El Gobierno de Praga reaccionó de forma exagerada y a finales de enero de 1919 ordenó a todas las tropas polacas que abandonaran Teschen en el acto. Los checos también fueron imprudentes al persuadir a varios oficiales aliados a dar la impresión de que la orden había salido de ellos. Hubo tiros y lo que era una situación tensa se convirtió en una crisis cuando los dos gobiernos se apresuraron a mandar refuerzos.¹⁰⁷⁵ Al visitar a Masaryk en Praga, un profesor estadounidense le encontró cansado y nervioso. «No sé por qué», dijo tras la visita, «me dio la impresión de que en este asunto se había dejado llevar, en vez de tomar él la iniciativa, y se le veía claramente disgustado a causa de todo ello.»¹⁰⁷⁶

En París, donde los negociadores estaban ocupados con la Sociedad de Naciones y la cuestión rusa, este brote de hostilidades entre dos potencias amigas fue una interrupción poco grata.¹⁰⁷⁷ «¿Cuántos diputados han oído hablar de Teschen?», sería la memorable pregunta de Lloyd George en la Cámara de los Comunes meses después. «No me importa decir que yo nunca había oído hablar de ella.»¹⁰⁷⁸ El Consejo Supremo llamó a los polacos y los checos. Los dos bandos se echaron la culpa mutuamente y Benes aprovechó la ocasión para presentar todas las razones —«estadísticas, etnológicas, históricas y económicas»— por las cuales Teschen pertenecía a Checoslovaquia. Lloyd George le llamó secamente al orden.¹⁰⁷⁹ Los negociadores crearon una comisión interaliada especial que ambos bandos aceptaron de mala gana.¹⁰⁸⁰

La comisión logró imponer un alto el fuego, pero encontrar una solución resultó más difícil. Lloyd George confesó que simpatizaba más bien con los polacos. Wilson dijo que él también. Se había conmovido al presentarse un grupo de campesinos polacos en su despacho para implorarle que no los hiciese parte de Checoslovaquia. Le dijeron que habían caminado casi cien kilómetros hasta la estación de ferrocarril más cercana para ir a París.¹⁰⁸¹ Los franceses, que generalmente respaldaban a Polonia, en esta ocasión apoyaron a los checos porque, según razonaron, Polonia podía sobrevivir fácilmente sin Teschen, pero Checoslovaquia, parte crucial del «cordón sanitario» contra el bolchevismo, no podía.¹⁰⁸² Benes hizo todo lo posible por agitar el espectro bolchevique; advirtió que el alto el fuego no hacía más que alentar a siniestras fuerzas antichecoslovacas en Berlín, Viena y Budapest. Las autoridades checas ya habían desenmascarado a sus espías y agitadores y descubierto sus panfletos y mapas.¹⁰⁸³

La comisión interaliada dio pocos consejos útiles a los negociadores. Señaló que una división étnica de Teschen haría que la frontera pasara por el centro de los yacimientos de carbón. Sugirió otras posibilidades que forzosamente iban a disgustar a los polacos o a los checos, o a ambos. En abril los negociadores animaron a Paderewski y Benes a hablar personalmente del asunto.¹⁰⁸⁴ Cuando las conversaciones no produjeron ningún acuerdo, los negociadores de París optaron por un plebiscito. En el verano de 1919 el Gobierno polaco, pensando que ganaría, se avino a ello; los checoslovacos, por la razón contraria, no. Un año después los checos, que habían estado ocupados haciendo propaganda en su parte de Teschen, se mostraron partidarios decididos de consultar a los habitantes, pero los polacos habían cambiado de parecer. Disturbios y huelgas impidieron que se llevara a cabo una votación y en julio de 1920 las potencias finalmente tomaron una decisión.

Checoslovaquia recibió las minas de carbón. La pequeña ciudad de Teschen se dividió en dos

mitades; la parte vieja fue para Polonia y las afueras, con la estación de tren, fueron para Checoslovaquia. Un Estado recibió la central eléctrica; el otro, la fábrica de gas.¹⁰⁸⁵ Era el tipo de ordenamiento que se estaba efectuando en toda Europa central al imponerse un nacionalismo étnico moderno a un mundo diferente, más antiguo.

Y dos naciones que deberían haber sido amigas ahora se miraban con malos ojos.

Polonia pensó por un momento en apoderarse de Teschen, pero estaba utilizando todos sus recursos en la guerra con Rusia. Nunca perdonó a Checoslovaquia que se aprovechara de aquella lucha desesperada y tampoco le perdonó su conspicua falta de simpatía, que, por ejemplo, la había empujado a entorpecer el envío desde Austria de armas que hacían mucha falta a los polacos.¹⁰⁸⁶ El 1 de octubre de 1938, un día después de que el Pacto de Múnich desmembrase Checoslovaquia, el Gobierno polaco exigió la devolución de Teschen. Le siguió Hungría exigiendo Eslovaquia y los territorios rutenos de las laderas meridionales de los Cárpatos.

Los cimientos de la recién nacida Checoslovaquia democrática eran poco sólidos. Los Aliados habían creado un Estado, según el líder de los socialistas austríacos, partiendo de varias naciones, «todas llenas de odio recíproco, con todo su desarrollo económico y social y el progreso de su civilización paralizados por el rencor y las luchas nacionales nutridas por la tiranía y emponzoñando toda su vida pública».¹⁰⁸⁷ Había algo de verdad en lo que dijo. De los 14 millones de habitantes de Checoslovaquia, tres millones eran alemanes, 700.000 eran húngaros, 550.000 eran rutenos y había, además, algunos polacos y gitanos. Los checos y los eslovacos juntos constituían los otros dos tercios, pero había muchas cosas que los dividían. Las tierras checas estaban marcadas de forma indeleble por el dominio austríaco, como Eslovaquia lo estaba por el húngaro. Los checos creían que estaban llevando el progreso y la civilización a un lugar atrasado y esto no gustaba a los eslovacos. Los checos, que dominaban el Gobierno nacional, se resistían a dar a Eslovaquia la autonomía que Masaryk prometiera tan generosamente en Pittsburgh, alegando que no había eslovacos suficientemente formados como para llevar su propio Gobierno; lo que era más importante, no querían alentar a los alemanes o los rutenos o los húngaros a pedir derechos parecidos.¹⁰⁸⁸

A comienzos de 1919 hubo una advertencia de lo que sucedería cuando la economía de Eslovaquia empeorase súbitamente. Ahora se encontró aislada de los mercados y el carbón húngaros. La remolacha azucarera se pudría en los campos; las refinerías estaban cerradas. Los agricultores y obreros eslovacos se amotinaban, según informó un observador estadounidense, lo cual era como decirle a su nuevo Gobierno de Praga: «Os damos las gracias por nada. Decís que nos habéis liberado de la opresión política de los húngaros, que realmente era muy mala, pero ahora nos encontramos bajo la ley marcial, no tenemos trabajo, escasean los alimentos, padecemos frío y nuestro futuro es negro». Los sacerdotes locales hablaban de su temor por el catolicismo a manos de los checos protestantes.¹⁰⁸⁹ Aquel verano, cuando Checoslovaquia y Hungría chocaron, la retaguardia de las tropas checas que avanzaban fue atacada por los eslovacos.¹⁰⁹⁰

En septiembre Stephen Bonsal, ayudante confidencial de House, recibió la visita de dos eslovacos. Se quejaron de que les habían impedido salir de Checoslovaquia y que para llegar a París habían tenido que hacer un arduo viaje por Yugoslavia, Italia y Suiza. Le suplicaron que viese a su líder, que era un sacerdote enfermo, el padre Hlinka. El estadounidense y su escolta eslovaca atravesaron rápidamente París, volviendo varias veces sobre sus pasos para despistar a sus perseguidores, hasta que llegaron a la puerta de un apartado monasterio. En el interior, Bonsal encontró a Hlinka, que estaba pálido y echado en una celda de monje leyendo su devocionario. El sacerdote habló de su desilusión con Checoslovaquia. Los húngaros no eran tan malos, después de todo. «Hemos convivido

con los magiares durante mil años», dijo. «Todos los ríos eslovacos fluyen hacia la llanura húngara, y todas nuestras carreteras llevan a Budapest, su gran ciudad, mientras que de Praga nos separa la barrera de los Cárpatos». Los eslovacos eran católicos de verdad; los checos, dijeran lo que dijese, eran infieles. Bonsal no pudo ofrecer mucha esperanza de que los negociadores deshicieran lo que acababan de hacer. «Dios me ha castigado», dijo Hlinka con tristeza, «pero continuaré suplicando ante Dios y el hombre por mi pueblo, que es inocente y sin mácula.»¹⁰⁹¹

En la década de 1920 Hlinka formó un partido, el de los Populistas Eslovacos, que llegó a ser la fuerza política más importante de Eslovaquia. En mayo de 1938 un grupo de estadounidenses de origen eslovaco trajo triunfalmente el original del acuerdo firmado en Pittsburgh en 1918 y, en un mitin de masas celebrado en Bratislava, Hlinka exigió que el Gobierno cumpliera las promesas que había hecho Masaryk. Este último había muerto el año anterior y Hlinka falleció antes del otoño, cuando el Pacto de Múnich abrió la puerta que había permanecido cerrada durante tanto tiempo. Al verse abandonada por sus aliados y hostigada por todas partes por sus enemigos, Checoslovaquia capituló ante las exigencias del sucesor de Hlinka, el padre Tiso, y dio a Eslovaquia plena autonomía dentro de lo que quedaba del Estado checoslovaco. Hitler olfateó sangre e instó a Tiso a reivindicar la independencia total. En marzo de 1939, al entrar los ejércitos nazis en las tierras checas, nació el nuevo Estado de Eslovaquia. No todos los eslovacos acogieron con agrado la forma en que sucedió esto ni al padrino nazi que lo bendijo.¹⁰⁹²

Tiso apenas sobrevivió a su creación. En 1946 fue ejecutado por traidor en una Checoslovaquia reconstituida que ahora tenía a Stalin por patrón. El nuevo país era más pequeño que el que los negociadores de París habían aprobado en 1919, además de diferente; las partes rutenas habían desaparecido al engullirlas la Unión Soviética, y los alemanes habían huido, considerablemente inducidos a ello por los checos. Como presidente, un Benes viejo y enfermo luchó inútilmente por mantener a su país fuera de la red que los soviéticos estaban tejiendo en el centro de Europa. Murió en septiembre de 1948, después de un golpe que llevó a los comunistas al poder, pero demasiado pronto para ser testigo de todos los sufrimientos que traería el futuro. El hijo de Masaryk, Jan, que era ministro de Asuntos Exteriores, murió durante el golpe, probablemente defenestrado por agentes comunistas. El 1 de enero de 1993 el resto de la construcción de 1919 se deshizo al anunciar Eslovaquia y la República Checa su divorcio.

19 Austria

El 2 de junio de 1919 tuvo lugar una breve ceremonia en el gran salón del antiguo castillo real de Saint-Germain-en-Laye, en las afueras de París. Los delegados de Austria, que representaban un fragmento de lo que en otro tiempo había sido un gran Imperio, recibieron sus condiciones de paz sobre una mesa cubierta con un paño rojo, bajo la atenta mirada de los delegados de las potencias aliadas. El primer ministro checo, que conocía a varios de los austríacos de la época en que todos ellos habían sido colegas, volvió ostentosamente la espalda. Las paredes aparecían decoradas con cuadros de animales de la edad de piedra ya extintos. «Varios de nosotros», comentó Mordacq, el ayudante de Clemenceau, «no pudimos por menos de fijarnos en eso.»¹⁰⁹³

Austria-Hungría, el inmenso conjunto de territorios que los Habsburgo habían reunido con gran esfuerzo desde el siglo XIII, ya se estaba desintegrando antes de 1914. La Gran Guerra sencillamente asestó el golpe final. Polacos, checos, eslovacos, eslovenos y croatas se habían escapado a sus propios países y Hungría, siempre rabiando contra la dominación de los Habsburgo, finalmente obtuvo su independencia. El último emperador de la dinastía, un joven de buen carácter y enfermizo llamado Carlos, abandonó pacíficamente su trono en noviembre de 1918, pero conservó sus títulos, que eran fruto de numerosos matrimonios, trueques y conquistas: emperador de Austria; rey de Hungría, de Bohemia, de Dalmacia, Croacia, Eslovenia, Lodomeria, Galitzia e Iliria; archiduque de Austria; gran duque de Toscana y Cracovia; duque de Lotaringia, de Salzburgo, Estiria, Carintia Carniola y Bucovina; gran duque de Transilvania, margrave de Moravia; Duque de la Alta y de la Baja Silesia, de Módena, Parma, Piacenza y Guastella, de Auschwitz y Sator, de Teschen, el Friúl Ragusa y Zara; conde príncipe de Habsburgo y el Tirol; etcétera. Todo había desaparecido y él mismo dejaría silenciosamente este mundo en 1922, año en que murió de gripe en Madeira. En marzo de 1989, unos meses antes de que Europa dejara de estar dividida en Este y Oeste, murió su esposa, Zita.

Preocupados por satisfacer a Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, los negociadores habían tendido a pasar por alto Austria y Hungría. Las comisiones territoriales encargadas de trazar nuevas fronteras habían dado por sentado, al igual que casi todo el mundo, que la pequeña Austria, reducida a sus territorios de habla alemana, y Hungría, que ya había sido despojada del antiguo reino de Croacia y de Eslovaquia, yacían inertes, esperando que las dividieran. Lo que era justo para Austria y Hungría, de acuerdo con los principios de la autodeterminación, y lo que era necesario para que sobreviviesen eran cuestiones que causaban escasa preocupación en París. Ninguno de los dos países tuvo siquiera una comisión que se ocupara especialmente de él.

La mayor parte del antiguo Imperio se había transformado en países aliados. Esto planteaba un interrogante cuya respuesta era difícil. ¿Quién iba a pagar las reparaciones de Austria-Hungría? ¿Polonia o Checoslovaquia o Yugoslavia? «No se nos puede considerar responsables», dijo Benes con firmeza, «de una guerra que condenamos.»¹⁰⁹⁴ Los Aliados opinaban igual, lo cual dejó como enemigos sólo a Austria y Hungría, dos países vinculados durante siglos en el núcleo del imperio.

Sus representantes arguyeron que no debían verlos como sus herederos. Tal como el presidente del Gobierno austríaco, Karl Renner, recordó a los negociadores, el antiguo Imperio había muerto en

noviembre de 1918. «Comparecemos ante ustedes», dijo aquel día de junio, «como una de las partes del Imperio vencido y caído». Austria era un nuevo país. «De la misma manera que los otros estados nacionales, nuestra nueva República ha nacido repentinamente, por lo que no se la puede considerar más sucesora de la monarquía desaparecida que aquéllos.»¹⁰⁹⁵ Por lo menos los expertos jurídicos británicos opinaron que la afirmación de Renner tenía sentido. No así los italianos, que contaban con ganar algo a expensas de Austria.¹⁰⁹⁶

Tanto Austria como Hungría pidieron misericordia y comprensión. Reconocieron que en el pasado se habían cometido errores, incluso actos de maldad, pero no eran cosa suya. Al igual que Alemania, afirmaron que habían renacido y se habían purificado.¹⁰⁹⁷ Se habían librado de los antiguos regímenes y ahora abrazaban de todo corazón los principios sagrados de Wilson. Los estadounidenses escucharon con talante comprensivo.¹⁰⁹⁸ Wilson quería ver a Austria en la Sociedad de Naciones tan pronto como firmara su tratado.¹⁰⁹⁹ Los Aliados europeos fueron más severos: Austria y Hungría debían aceptar que eran responsables de la contienda, justamente como había hecho Alemania, y, basándose en ello, estar dispuestas a entregar a los criminales de guerra y a pagar reparaciones. Cuando Austria planteó la delicada cuestión de la responsabilidad de las otras partes del antiguo Imperio, los Aliados respondieron de forma poco convincente que Austria había apoyado la guerra con más entusiasmo que nadie: «Debe considerarse que Austria asume toda la parte que le corresponde de la responsabilidad del crimen que ha desencadenado semejante calamidad sobre el mundo».¹¹⁰⁰

En realidad, incluso los Aliados europeos estaban dispuestos a ser más benévolo con Austria que con Hungría. Lloyd George no sentía ninguna hostilidad especial contra los austríacos.¹¹⁰¹ Clemenceau, cuyo hermano estaba casado con una austríaca, había pasado mucho tiempo en Austria antes de la guerra. Al igual que muchos de sus compatriotas, pensaba que Austria-Hungría había cometido una locura al aliarse con Alemania, pero no había promovido activamente su desintegración hasta los últimos tiempos de la contienda.¹¹⁰² Orlando habló en tono dramático de cómo Austria había sido el principal enemigo de Italia durante la guerra, pero la política italiana era ambivalente. Austria había sido tanto enemiga como aliada en el pasado. Italia quería tomar territorio austríaco, sobre todo en el Tirol, pero no quería que Yugoslavia hiciera lo mismo. Los diplomáticos italianos insinuaron al Gobierno austríaco que, si no había alharacas en relación con el Tirol, los dos países quizá podrían formar una estrecha asociación económica.¹¹⁰³

Hungría era otra cosa. Se hizo bolchevique en 1919, mientras que Austria continuó siendo socialista. Tenía conflictos armados con la mayoría de sus vecinos, mientras que Austria estaba en paz. Hungría merecía un castigo; Austria, comprensión. Fue una suerte que, a diferencia de Alemania o Hungría, Austria fuera demasiado pequeña y demasiado pobre como para representar una amenaza. El sentimiento nacionalista no era muy fuerte porque Austria nunca había sido un país, sino sólo parte de las tierras de los Habsburgo. En 1919 era un huérfano extraño y deforme, de cuerpo minúsculo y cabeza enorme, las tierras de habla alemana con sus montañas y valles pintorescos y pobres y la antigua capital del Imperio, Viena, cuyos magníficos palacios, inmensas oficinas, grandes avenidas, plazas de armas, catedrales e iglesias se construyeron para los gobernantes de 50 millones de súbditos y no de tres millones «Tenemos miles de funcionarios más de los que necesitamos», se quejó el presidente del Gobierno a un estadounidense comprensivo, «y como mínimo doscientos mil obreros. Da miedo preguntarse qué vamos a hacer con ellos.»¹¹⁰⁴ La mitad de la población austríaca vivía en la ciudad, pero había poco con qué mantenerla.

Al derrumbarse el Imperio, cayó también un organismo económico en cuyo centro se hallaba

Austria. El Danubio, que ahora era navegable desde el mar Negro hasta el sur de Alemania, lo atravesaba. A su alrededor giraba una inmensa rueda formada por líneas de ferrocarril que estaba conectada con otras ruedas alrededor de Budapest y Praga. En noviembre de 1918 el comercio que llevaba alimentos y materias primas a Austria y sacaba manufacturas de ella se detuvo como si, según dijo un periódico de Viena, hubiera recibido un hachazo.¹¹⁰⁵ El carbón y las patatas que en otro tiempo llegaban de Bohemia o la carne de buey y el trigo procedentes de Hungría se encontraban ahora al otro lado de las nuevas fronteras. Austria no tenía los fondos necesarios para comprarlos y sus nuevos vecinos no se inclinaban a ser generosos. De hecho, estaban ocupados reivindicando su parte de los activos imperiales de Viena: las obras de arte, los muebles, las colecciones de armaduras e instrumentos científicos, los libros, los archivos, hasta los laboratorios. Los italianos metieron baza y reclamaron obras de arte que se habían llevado a Viena antes de que Italia existiese como nación, y los belgas reclamaron un tríptico que se había llevado María Teresa.¹¹⁰⁶

Llegaron a París informes alarmantes sobre las condiciones que había en Austria: el campo despojado de su ganado; las estanterías vacías en las tiendas; el aumento de casos de tuberculosis; los hombres vestidos con uniformes andrajosos; los miles de desempleados: 125.000 sólo en Viena. Las fábricas estaban paradas y los trenes y tranvías funcionaban esporádicamente. El ex comandante en jefe de los ejércitos imperiales regentaba una pequeña tabaquería y oficiales de graduación inferior hacían de limpiabotas. Niños hambrientos pedían limosna en las calles y se formaban largas colas ante los comedores de beneficencia. Muchachas de buenas familias de la clase media se vendían por comida y vestidos. Cuando varios caballos de la policía resultaron muertos en una de las frecuentes manifestaciones violentas, la gente se llevó su carne y en pocos minutos quedaron sólo los huesos.

Los cafés vieneses seguían abiertos y sus orquestas aún tocaban. Pero sus clientes bebían café hecho con cebada y no se quitaban el abrigo. Tiendas y restaurantes cerraban temprano para ahorrar combustible y los teatros sólo estaban autorizados a abrir una noche a la semana. Las calles se veían sucias y descuidadas. Las ventanas aparecían cerradas con tablas porque no había cristales para repararlas. Los palacios de los Habsburgo habían sido saqueados, y el de Schönbrunn era ahora un asilo para niños abandonados a la vez que el de Hofburg se alquilaba para fiestas particulares.¹¹⁰⁷ «Toda su actitud», dijo un observador estadounidense refiriéndose a los vieneses, «era muy parecida a la de gente que hubiese sufrido una gran calamidad natural, por ejemplo una inundación o una hambruna. Su actitud y sus argumentos se parecían mucho a los de una delegación que buscase ayuda para víctimas de la hambruna en la India y existía el convencimiento absoluto de que estábamos libres de resentimiento y llenos de comprensión y deseos de ayudarles a levantarse.»¹¹⁰⁸

En enero de 1919 William Beveridge, funcionario británico (y futuro padre del Estado del bienestar), fue enviado desde París para que evaluase las necesidades de Austria. Advirtió que, si no se mandaba ayuda inmediatamente, era probable que se produjese un derrumbamiento total de la sociedad.¹¹⁰⁹ Las provincias ya se negaban a enviar alimentos a Viena. En Voralberg, en el extremo occidental de Austria, se estaba llevando a cabo una campaña a favor de unirse a Suiza. Otras regiones podían imitar su ejemplo. Poco podía hacer el Gobierno socialista, que tenía que compartir su poder con la autoproclamada milicia popular.¹¹¹⁰ Los negociadores de París sabían qué significaban estas señales. No querían que Austria siguiera el camino de Rusia o Hungría. A finales de marzo los Aliados levantaron el bloqueo y concedieron créditos al Gobierno austríaco. También mandaron alimentos y ropa. Austria se convirtió en el cuarto beneficiario, después de Alemania, Polonia y Bélgica, de la ayuda aliada.¹¹¹¹ En la primavera de 1919, como dijo un destacado

periodista vienés a un estadounidense, la situación era muy grave, pero aún no desesperada.¹¹¹² En julio de aquel año un intento comunista de hacerse con el poder por la fuerza fue sofocado con relativa facilidad.

El tratado con Austria distaba mucho de estar preparado cuando se invitó a los austríacos a enviar a sus delegados a París, pero, como dijo Wilson, era una buena idea demostrar que los Aliados apoyaban al Gobierno de Viena. No podían invitar a los húngaros también cuando había un Gobierno comunista en Budapest, sin duda aliado con los bolcheviques rusos. Lloyd George fue más moderado. Había oído decir que en Budapest habían matado a doscientas personas de clase media, pero no podía garantizar que la noticia fuese cierta. «No podemos», dijo, «negamos a firmar la paz con los húngaros porque no nos gusta su gobierno». Al final resultó imposible llamar a los húngaros a París debido a los enfrentamientos armados entre Hungría y sus vecinos.¹¹¹³

Al frente de la delegación austríaca estaba el presidente del Gobierno, Renner, hombre corpulento y alegre, aficionado a la buena mesa, las partidas de naipes y el baile. Era un socialista moderado y realista.¹¹¹⁴ Al partir con destino a París, las multitudes congregadas en la estación gritaron: «¡Tráenos una buena paz!». Renner contestó: «Contad con que obtendré todo lo que sea humanamente posible por el bien de nuestro querido pueblo. Pero no debemos olvidar que nuestro infeliz país no alcanzó la victoria y os suplicamos que no alimentéis esperanzas descabelladas».¹¹¹⁵ Junto con sus expertos se llevó a un distinguido pacifista, un periodista que tenía amigos en París de antes de la guerra, entre ellos Clemenceau, y un auténtico héroe británico. Rudolf Slatin había estado con el general Gordon en la desastrosa expedición al Sudán, fue prisionero del *mahdi* durante años y luego liberado por Kitchener y ennoblecido. Slatin Pasha, como le recordaban los ingleses, escribió a su viejo amigo Balfour para pedirle que se permitiera a los delegados austríacos negociar cara a cara con los artífices de la paz. Balfour respondió que lamentaba que no fuera posible, pero utilizó a Slatin como medio extraoficial de comunicación.¹¹¹⁶

Al llegar su tren a París, Renner pidió perdón, en francés, por no hablar esa lengua. Dijo que estaba muy contento de visitar París por primera vez. Sonrió amablemente para la prensa. Cuando le preguntaron por el viaje en tren a través de los campos de batalla, otro miembro del grupo contestó irónicamente: «Alguien tuvo la previsión de ordenar que el tren aminorase la marcha para que pudiéramos ver una Francia esplendorosa en este alegre mes de mayo».¹¹¹⁷ Los austríacos se comportaron de forma impecable incluso cuando les obligaron a esperar pacientemente sus condiciones de paz, porque el Consejo de los Cuatro, que los había convocado en un arrebatado de entusiasmo, se olvidó rápidamente de ellos. Echaban partidas de naipes, leían y daban largos paseos. «Nos servían buena comida y buenos vinos franceses», recordó uno de ellos, «y la mayoría de nosotros disfrutaba de todo ello después de los largos años de hambre». Cuando era posible, sus vigilantes Aliados les acompañaban en pequeñas expediciones. Renner, hijo de agricultores, mostró especial interés por visitar una escuela francesa de agronomía. Los austríacos causaron buena impresión, a diferencia, según dijo todo el mundo, de los alemanes, que también habían llegado a París. En Saint-Germain la gente del lugar se encariñó en particular con un delegado del Tirol que vestía una cazadora de color castaño y se tocaba con un sombrero verde adornado con una gran pluma negra. No se dieron cuenta de que iba de luto porque la parte meridional del Tirol, donde predominaba la lengua alemana, ya había sido otorgada a Italia.¹¹¹⁸

Lo que iba filtrándose sobre las condiciones de paz, en especial por obra de los italianos, fue suficiente para inquietar y deprimir a los austríacos. Las fronteras de Austria se habían dejado principalmente en manos de comités de especialistas que habían tenido noticias de países como

Checoslovaquia o Italia sobre lo que éstos querían, pero no, por supuesto, de la propia Austria.¹¹¹⁹ Galitzia fue para Polonia y Bohemia para Checoslovaquia, junto con unos tres millones de personas de habla alemana. Otto Bauer, el socialista más inteligente de Austria, además de ministro de Asuntos Exteriores, pronunció un discurso apasionado en Viena. «No menos de las dos quintas partes de nuestro pueblo van a estar sometidas a la dominación extranjera, sin ningún plebiscito y en contra de su voluntad indiscutible, con lo que se verán privadas de su derecho a la autodeterminación.»¹¹²⁰ Tenía razón, pero en París eran pocos los que estaban dispuestos a escucharle.

Los Aliados también habían decidido no permitir que Austria se uniese a Alemania.¹¹²¹ En 1919 muchos austríacos veían el *Anschluss* [la anexión] como única esperanza de protección y prosperidad para su pequeño país. En las universidades y los cafés, intelectuales pangermanistas hablaban dramáticamente de colocar de nuevo en su sitio la rama cortada del gran árbol germánico. Los socialistas estaban entusiasmados porque, como arguyó Bauer, Alemania se desplazaba hacia la izquierda. La unión de las clases obreras austríaca y alemana reforzaría el socialismo en todas partes. La actitud de Renner era más pragmática y más típica: «El temor a la hambruna y el paro y la súbita contracción del campo para la iniciativa hicieron que casi todo el mundo pensara en el *Anschluss* como la única solución posible».¹¹²² Muchos austríacos, no obstante, tenían reservas: católicos (la gran mayoría) a quienes no gustaban los protestantes alemanes del norte; hombres de negocios que temían la competencia de los alemanes; y vieneses que no querían que su ciudad ocupara un lugar secundario después de Berlín o Weimar. Austríacos de todas las clases sociales recordaban la larga rivalidad entre Prusia y Austria en pos del liderazgo de todos los alemanes y la negativa de Alemania a permitir que Austria— Hungría firmara la paz por separado durante la guerra.

Al día siguiente de terminar la contienda, el 12 de noviembre, la nueva asamblea provisional de Viena aprobó una resolución a favor del *Anschluss* y entabló negociaciones con Alemania. Los austríacos actuaron con prudencia e indicaron claramente a los alemanes que toda unión debía respetar el carácter singular de Austria.¹¹²³ Los alemanes también fueron prudentes. Alemania no quería molestar innecesariamente a los negociadores de París, en especial antes de que sus condiciones de paz estuvieran preparadas. Brockdorff-Rantzau, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, dijo de forma clara a Bauer que Alemania tenía que pensar en sí misma. Si los Aliados consideraban que estaba ganando terreno en el sur, se inclinarían más, en particular los franceses, a quitarle su tierra en el oeste y el este.¹¹²⁴

Sus conversaciones no tuvieron ningún efecto de carácter práctico. Los Aliados habían decidido, principalmente porque Francia insistió en ello, prohibir toda unión entre los dos países de habla alemana.¹¹²⁵ De momento, al terminar la guerra, los franceses habían acariciado la idea de alentar a Austria y Baviera a unirse para formar un bloque católico fuerte que contrarrestara a la protestante Prusia.¹¹²⁶ Cuando en la primavera de 1919 resultó obvio que ni los británicos ni los estadounidenses darían el visto bueno al desmembramiento de Alemania, la política francesa pasó a consistir sencillamente en impedir que Austria cayera en brazos de Alemania. En Viena el representante francés insinuó claramente que, si Austria quería condiciones de paz favorables, debía olvidarse por completo del *Anschluss*,¹¹²⁷ Clemenceau dijo que Francia era partidaria de la paz, «pero si reducimos nuestros armamentos y si, al mismo tiempo, Austria suma siete millones de habitantes a la población de Alemania, el poder de nuestros vecinos alemanes aumentará y será una gran amenaza para nosotros».¹¹²⁸ A Wilson le preocupaba contravenir el principio de autodeterminación; no para Alemania, según se apresuró a decir, sino para Austria. Por otra parte, estaba recibiendo de sus

agentes en Viena informes en el sentido de que el *Anschluss* iba perdiendo apoyo. Asimismo, no quería más peleas con los otros negociadores en un momento en que sus relaciones con los italianos eran tan malas. El y Clemenceau acordaron en abril de 1919 incluir en el tratado con Alemania una cláusula que obligaría a los alemanes a respetar las fronteras de Austria. Lloyd George se mostró conforme porque, según afirmaron más tarde los austríacos, Clemenceau le prometió concesiones petroleras en Persia, lo cual es inverosímil.¹¹²⁹ El primer ministro británico también sugirió una fórmula para cubrir las apariencias: que Austria podía unirse a Alemania si la Sociedad de Naciones lo aprobaba. Wilson aceptó la sugerencia con alivio y se añadieron las cláusulas pertinentes a los tratados con Alemania y Austria.¹¹³⁰ Como la votación del Consejo tenía que ser unánime, en realidad esto daba a Francia e Italia el derecho de veto.

A finales de mayo la delegación austríaca se quejó con discreción de que se sentía bastante inquieta a causa de la «incertidumbre» relativa a sus condiciones de paz.¹¹³¹ El tratado para Austria, junto con los correspondientes a Hungría, Bulgaria y Turquía, seguía repartido en fragmentos por todo París, en este comité o aquella comisión. El Consejo de los Cuatro, que tenía que aprobar los protocolos definitivos, había estado ocupado con negociaciones de última hora sobre el tratado con Alemania y enzarzado en discusiones a causa de las reivindicaciones italianas. Austria y sus problemas ocupaban uno de los últimos lugares de la lista. Un experto británico se quejó de que «prácticamente no hay nadie aquí que tenga realmente un conocimiento y una experiencia sólidos y, por supuesto, los italianos son muy difíciles».¹¹³²

Lo que la delegación austríaca recibió finalmente el 2 de junio era un documento chapucero, «un simulacro de tratado», en opinión de Hankey. Algunas cláusulas se habían sacado enteras del tratado con Alemania y no había habido tiempo para comprobar que el texto fuese correcto y congruente. Los austríacos se llevaron una sorpresa al ver, por ejemplo, que se les prohibía tener submarinos.¹¹³³ Además, tal como Clemenceau explicó con cierto embarazo, las condiciones eran incompletas. Los Aliados no habían alcanzado un acuerdo sobre algunas de las fronteras de Austria, especialmente las fronteras con Italia, en el Tirol, y con Yugoslavia. Debido a un desacuerdo de última hora, Clemenceau se había visto obligado a arrancar la sección que hablaba de las fronteras austríaco-yugoslavas momentos antes de entregar las condiciones a los austríacos.¹¹³⁴

Aunque los negociadores usaron el tratado con Alemania como modelo, fueron más benévolos con Austria. Sobre la culpa de la guerra, por ejemplo, había que castigar al Káiser, pero, como señaló Lloyd George, el emperador Carlos aún no estaba en el trono en 1914.¹¹³⁵ En cuanto a las reparaciones, los expertos urdieron en primer lugar un plan imposible en virtud del cual Austria y Hungría acabarían cargando con la mayor parte de la deuda de guerra del antiguo Imperio además de pagar reparaciones. «Si un hombre se mantuviese vivo gracias a la caridad», dijo Balfour, «no se le podría pedir que pagara sus deudas». La tarea de fijar las cifras de las reparaciones se encargó finalmente a la comisión pertinente, que dos años después reconoció que Austria no podía pagar nada en absoluto.¹¹³⁶ Hungría, menos afortunada, tendría que efectuar pagos anuales en oro y materiales. De hecho, satisfizo sus obligaciones durante varios años hasta que su situación económica empeoró tanto que los Aliados le concedieron empréstitos al tiempo que suspendían el pago de las reparaciones. En 1930, durante la Depresión, volvieron a programarse las reparaciones de Hungría, que empezaría a efectuar los pagos en 1944.

Al recibir las condiciones, que se hicieron públicas una vez entregadas, Renner pronunció un discurso digno y conciliatorio. «Sabemos», dijo, «que tenemos que recibir la paz de vuestras manos, de las manos de los vencedores. Estamos firmemente decididos a sopesar a conciencia todas las

proposiciones que se nos hacen, todos los consejos que nos ofrecéis.»¹¹³⁷ Al volver a su hotel, la delegación austríaca estudió minuciosamente el tratado, como dijo alguien, «muy tristes, amargados y deprimidos al darnos cuenta de que las condiciones de Austria eran más severas que las de Alemania cuando habíamos esperado que fuesen más favorables».¹¹³⁸ En Austria, donde hubo tres días de duelo, la conmoción y la desilusión fueron profundas. «Nunca», dijo un artículo de fondo de un periódico de izquierdas, «la sustancia de un tratado de paz ha traicionado tan escandalosamente las intenciones que se dijo que habían guiado su redacción como ocurre con este tratado.»¹¹³⁹

Los austríacos presentaron sus comentarios por escrito y luego esperaron mientras los negociadores, cuyo número había disminuido en julio al marcharse muchos de los estadistas más importantes, consideraban sus propias respuestas. «El contraste era grande entre los jardines soleados», recordó un experto en finanzas austríaco, «nuestro ocio, la buena comida y nuestra expectativa prolongada del castigo que nosotros, los enemigos derrotados, teníamos que esperar de nuestros vencedores». Pasaba el rato leyendo a Alexandre Dumas y evitando la conversación nerviosa de los demás delegados. La estrategia austríaca consistía en concentrarse en varios asuntos clave en lugar de en todas las condiciones. No tocaron las cláusulas sobre las reparaciones, por la sensata razón de que nunca podrían pagarlas. Lograron, sin embargo, que se les hicieran concesiones como la cláusula que prohibía que los estados sucesores se repartieran los tesoros artísticos de Austria.¹¹⁴⁰

Los negociadores también accedieron a que se celebrase un plebiscito en la región de Klagenfurt, en el sur de Carintia, que también era reivindicada por Yugoslavia, tal vez para compensar el haber hecho caso omiso de la autodeterminación para los alemanes que quedarían bajo el dominio checoslovaco en el norte, quizá porque Yugoslavia no inspiraba el mismo entusiasmo que Checoslovaquia, o puede que simplemente para calmar lo que amenazaba con convertirse en otra pequeña guerra.

En 1919 la población de Klagenfurt, unas ciento cincuenta mil personas, era mixta; la mayoría hablaba esloveno, pero las principales ciudades eran germanas. La mayoría de las personas pasaba con facilidad de una lengua a la otra. Klagenfurt, que en otro tiempo había estado en las primeras líneas entre el Imperio austríaco y los turcos otomanos, era ahora una pacífica región de lagos y colinas, en la ladera septentrional del macizo de Karawanken, salpicada de monasterios medievales, iglesias góticas, palacios barrocos y chalets de paredes enjalbegadas. El final de la guerra había dejado una administración austríaca provisional en el norte, mientras que los yugoslavos ocupaban el sur; la mano dura de las autoridades yugoslavas no tardó en provocar resistencia. La tensión entre austríacos y yugoslavos era muy grande a lo largo de la línea del armisticio y había combates esporádicos.¹¹⁴¹ En febrero una misión estadounidense atravesó la región en coche y preguntó a personas elegidas al azar a qué nación pertenecían. Los resultados fueron sorprendentes: «El esloveno que no quiera ser yugoslavo es una rareza que nunca hubiéramos creído que existiese de no haberlo visto, y en gran número.»¹¹⁴²

Italia era el principal obstáculo para tomar una decisión, pues en principio puso reparos a las reivindicaciones yugoslavas, pero también ansiaba impedir que la línea de ferrocarril que comunicaba Trieste, su nuevo puerto, con Viena pasara por territorio yugoslavo. La Comisión sobre Asuntos Rumanos y Yugoslavos pasó el asunto al Consejo Supremo, que sencillamente se lo devolvió. En mayo el problema de Klagenfurt, que era menor, se vio mezclado en la encarnizada disputa entre Italia y sus aliados a causa de las fronteras italianas en el este de la región. Los yugoslavos presenciaron la discusión sin tomar parte en ella, pero preocupados. Los austríacos

concebieron esperanzas. Tal como informó el periodista británico Wickham Steed, «una marcada disposición a ser muy tiernos con Austria se había hecho evidente entre los “Tres Grandes”. Los eslavos del sur empezaron a temer que, mientras que los italianos eran muy duros al negociar con ellos en el Adriático, los otros Aliados apoyarían a los austríacos al negociar con ellos la delimitación de la frontera eslovena en Carintia».¹¹⁴³ La delegación yugoslava redujo ligeramente sus exigencias, gesto que perdió valor cuando tropas yugoslavas en Carintia avanzaron súbitamente hacia el norte a finales de mayo. El Consejo de los Cuatro ordenó un alto el fuego que tardó varias semanas en ser obedecido de forma general, lo cual fue una indicación de que su autoridad en Europa central era cada vez menor. Mientras tanto, los yugoslavos se apoderaron de toda la zona alrededor de Klagenfurt y de gran cantidad de útil material de guerra austríaco, a la vez que los italianos tomaban parte de una importantísima línea de ferrocarril.

Los yugoslavos se resistieron a la idea de llevar a cabo una partición; también se opusieron de forma enérgica a la propuesta, principalmente de los británicos y los estadounidenses, de celebrar un plebiscito. (Sospechaban con motivo que perderían.¹¹⁴⁴) Recibieron cierto apoyo de Clemenceau, que siempre tenía presente la posibilidad de que se le pidiera que celebrase uno en relación con Alsacia y Lorena. Wilson, sin embargo, estaba decidido a que al menos en esta región los habitantes decidieran por sí mismos. El 31 de mayo, al salir del Consejo de los Cuatro anunció, con gran asombro de los franceses, que «Si los expertos quieren seguirme, voy a explicarles el asunto». Los Cuatro Grandes y sus expertos gatearon alrededor de un enorme mapa extendido en el suelo. Orlando, irritado, asestó un cabezazo a un estadounidense para apartarlo de su camino.¹¹⁴⁵

Los yugoslavos hablaron de boicotear el tratado con Austria, pero acabaron aceptando una solución intermedia. En la parte de Austria situada justo al norte de Eslovenia se celebraría un plebiscito; si los habitantes votaban a favor de unirse a Yugoslavia, entonces también se celebraría uno en la parte septentrional, que era más alemana. En octubre de 1921 tuvo lugar la votación, que todos los observadores coincidieron en decir que se llevó a cabo de forma ejemplar: una mayoría de 22.000 votó a favor de permanecer en Austria, frente a 15.000 votos en contra. Al parecer, influyeron en los votantes los vínculos económicos con Austria y la impresión de que ésta era más avanzada que el nuevo Estado yugoslavo. En el caso de las mujeres puede que también fuera importante saber que en Yugoslavia sus hijos tendrían que cumplir el servicio militar obligatorio, pero no en Austria. Tal vez habrían votado de forma diferente de haber podido ver el futuro, ya que cuando Austria se convirtió en parte de la Alemania nazi los niños eslovenos fueron obligados a ir a escuelas alemanas y la identidad eslovena fue suprimida en gran parte.¹¹⁴⁶

El ejército yugoslavo hizo una entrada espectacular en la zona en litigio inmediatamente después de que se anunciara el resultado, pero se retiró sin protestar dos días más tarde. Los eslovenos de Yugoslavia se quejaron amargamente de la «amputación» de territorio nacional y sospecharon, probablemente con razón, que en realidad los serbios nunca habían estado dispuestos a correr riesgos, que les preocupaban mucho más las fronteras de Serbia en el norte y en el este.¹¹⁴⁷ Un agravio más entró en el catálogo del nuevo Estado yugoslavo al tiempo que un nuevo recuerdo amargo quedaba entre vecinos.

Austria pidió otra concesión de los Aliados, una franja de territorio que partía del borde occidental de Hungría (su forma era parecida al pasillo propuesto entre Checoslovaquia y Yugoslavia, rechazado por la Conferencia de Paz). Los austríacos arguyeron que la población era principalmente germana. Por desgracia, nunca había vivido bajo el dominio austríaco y, al parecer se veía a sí misma como parte de Hungría. Por supuesto, según dijo un experto británico, de nada servía

preguntarle porque la revolución comunista en Hungría la había confundido por completo. (El Gobierno austríaco encontró en esto un argumento útil cuando Hungría planteó la cuestión de un plebiscito.¹¹⁴⁸) Austria también adujo motivos estratégicos —Viena, así como carreteras y ferrocarriles de crucial importancia, estaba demasiado cerca de la frontera húngara— y, de forma bastante lastimera, nutricionales. La zona siempre había proporcionado alimentos a los vieneses, que habían sufrido a causa de la falta de verduras y leche desde que Hungría era un Estado independiente.¹¹⁴⁹ Los húngaros presentaron argumentos en contra, pero los negociadores escucharon a los austríacos. La mayor parte de la zona, con la excepción de una ciudad, fue para Austria. Hungría intentó sin éxito persuadir a Hitler a devolverla en 1938 como recompensa por su neutralidad durante el Anschluss.¹¹⁵⁰ Austria se convirtió así en la única nación derrotada que adquirió territorio nuevo en la Conferencia de Paz. Firmó el Tratado de Saint-Germain en septiembre de 1919.

El primer episodio de independencia de Austria no fue feliz. En la década de 1920 su economía fue dando tumbos de una crisis a otra, ayudada por empréstitos cicateros de las potencias. Incluso antes de la Depresión el paro superaba el 10 por ciento anual. En marzo de 1938, cuando Hitler, con la connivencia de los nazis locales, entró en el país, los austríacos, salvo judíos o comunistas, recibieron el *Anschluss* con alivio y algo más. Hasta hombres racionales como Renner por el momento se dejaron arrastrar. Hitler hizo una marcha triunfal desde su lugar de nacimiento, a poca distancia de la frontera austríaca, hasta Viena mientras las multitudes enfervorizadas vitoreaban y arrojaban flores. En 1945 una Austria escarmentada recuperó su existencia independiente y Renner, ya anciano, pasó a ser su presidente. Poco se ha hablado de *Anschluss* desde entonces.

20 Hungría

El 23 de marzo de 1919, cuando ya apuntaba la primavera, dos expertos estadounidenses paseaban con aire abatido por el Bois de Boulogne. «Acabábamos de enterarnos», escribió uno de ellos en su diario, «de que se habían registrado disturbios en Hungría, los cuales, si se propagaban, podían convertir nuestros acuerdos en papel mojado durante un tiempo.»¹¹⁵¹ Mientras que Austria había causado poca preocupación en París, Hungría había hecho sonar las alarmas, en especial cuando un comunista desconocido que se llamaba Béla Kun se había hecho con el poder en Budapest. De pronto pareció que el bolchevismo había dado un paso de gigante hacia el interior de la rica llanura húngara, con su posición estratégica clave. Un corto salto le bastaría para pasar a Austria, que ya se encontraba bajo un Gobierno socialista, o los Balcanes, y otro salto podía llevarlo a Baviera, donde los comunistas iban acercándose poco a poco a su breve momento en el poder. El comportamiento de Kun era contradictorio, ya que enviaba mensajes tranquilizadores a los líderes Aliados, pero también saludos fraternales a la clase obrera de sus países. Más preocupante fue que ofreciera a Lenin la firma de un tratado. Quizá los dos estados comunistas podrían establecer un vínculo a través del territorio en litigio de los bordes orientales de Polonia y Checoslovaquia, donde decían que había fuerzas bolcheviques locales en marcha.

Incluso antes de que Kun entrara en escena, los negociadores recelaban de Hungría. Con sus grandes terratenientes, su campesinos acobardados y su historia (los magiares habían salido como furias del Asia central en el siglo IX), había algo en ella que no acababa de ser europeo. Los liberales tendían a achacar a la oligarquía húngara los peores defectos del antiguo Imperio.¹¹⁵² «Se ha hablado mucho de sofocar la revolución en Hungría», dijo Lloyd George a sus colegas del Consejo de los Cuatro cuando llegaron las primeras noticias. «No veo por qué deberíamos hacerlo: hay pocos países tan necesitados de una revolución. Hoy mismo he sostenido una conversación con alguien que ha visitado Hungría y la conoce bien; me ha dicho que ese país tiene el peor sistema de propiedad de la tierra de Europa. Sus campesinos están tan oprimidos como en la Edad Media, y el derecho feudal aún está vigente.»¹¹⁵³

Lloyd George, cuyo conocimiento de Europa central era defectuoso, no andaba muy equivocado esta vez. Budapest era una capital moderna y elegante, pero el campo, que producía gran parte de la riqueza de Hungría, era un mundo muy distinto. La servidumbre se había abolido finalmente en 1848, pero en buena medida la tierra aún estaba dividida en latifundios que eran propiedad de la aristocracia, la burguesía rural o la Iglesia. En 1914 el príncipe Esterhazy poseía 230.000 hectáreas; uno de sus antepasados tenía un uniforme en el que todos los botones eran diamantes y las costuras estaban señaladas con perlas. Las grandes familias eran mundanas e internacionales, con casas en Viena y París, niñeras y criados ingleses, cocineros franceses y maestros de música alemanes. Hablaban fácilmente en francés o en latín, y con menos facilidad en húngaro. De ellas salían los líderes políticos, los generales, incluso algún que otro reformador liberal, pero la mayoría era profundamente conservadora y no sentía interés por nada que fuese ajeno a su propio mundo.¹¹⁵⁴

Desconfiaban de los judíos, aunque industriales y banqueros judíos ricos empezaban a casarse con

sus hijas; eran partidarias de tener firmemente controlados a los no magiares, es decir, los croatas, eslovacos o rumanos que probablemente constituían más de la mitad de la población de Hungría antes de la guerra.¹¹⁵⁵

El hombre al que Béla Kun depuso en marzo de 1919 era uno de los mayores terratenientes. Mihály Károlyi, que se hizo cargo del gobierno en los últimos y caóticos días de la guerra, poseía más de diez mil hectáreas, una fábrica de vidrio, una mina de carbón, una soberbia casa de campo, una mansión en Budapest y varios pabellones de caza. Recordaba que al dar a una orquesta de gitanos la propina de costumbre en un restaurante, su preceptor le reprendió. «Debía pagar como mínimo el doble de lo que daban los demás, porque nunca debía olvidar que yo era un conde Károlyi.»¹¹⁵⁶ El destino le había dado mucho, pero no todo. Era un niño solitario y feo que tenía una hendidura palatina. Rodeado de parientes y sirvientes empeñados en protegerle, se sintió hondamente herido cuando, al asistir a una velada social por primera vez, la gente se rió de él y las mujeres rechazaron sus primeros y tímidos galanteos.¹¹⁵⁷

La reacción del joven Károlyi fue entregarse como un loco a diversas actividades. Se obligó a sí mismo a convertirse en un orador y se dedicó a la política. Jugaba, bebía, conducía muy mal coches veloces. Se transformó en el principal dandi de Budapest, luego en el más desenfrenado hombre de mundo. Jugaba al polo de forma temeraria, practicaba la esgrima compulsivamente, fue uno de los primeros en sobrevolar la ciudad. Provocó gestos de desaprobación al afirmar que se aburría en las cacerías, y dudas sobre su masculinidad al rechazar a la joven campesina que encontró en su cama (y que era costumbre proporcionar a todos los invitados junto con la caza). Sus ideas, al menos comparadas con las pautas de su mundo, eran radicales. Antes de la guerra se le vio con gente extraña: socialistas, políticos de clase media, intelectuales.¹¹⁵⁸

Al estallar la guerra, Károlyi se alistó en el ejército. (Se retrasó la entrada de su regimiento en servicio activo hasta después de que su esposa diera a luz su primer hijo). En 1918 exigió que se firmara la paz por separado con los Aliados y acabó pidiendo el fin de la unión con Austria. El 31 de octubre Károlyi asumió la presidencia del Gobierno húngaro y dos semanas después proclamó la república. «Parece un tipo muy bueno», informó un estadounidense, «pero nervioso y permanentemente preocupado, lo que quizá no sea raro.»¹¹⁵⁹ El ejército ya no obedecía las órdenes, la administración civil se había desmoronado, el sistema de transportes no funcionaba y el dinero perdía rápidamente su valor.

Los húngaros, cuyo territorio estaba desapareciendo, buscaron protección. Un primo del emperador que ahora se hacía llamar Joe Habsburgo escribió al rey de Inglaterra, Jorge V, y le sugirió que Hungría pasara a formar parte del Imperio británico. Los húngaros tenían la esperanza de que tal vez podrían tomar en préstamo un príncipe inglés.¹¹⁶⁰ Al igual que los alemanes y los austríacos, también esperaban que su revolución republicana ablandase a los Aliados. La Academia Húngara pidió a distinguidos intelectuales de los Aliados que no permitieran que Hungría fuese desmembrada.¹¹⁶¹ Károlyi envió a una destacada feminista a la neutral Suiza para que se pusiera en comunicación con los Aliados como representante suya. Calculó que así demostraría la nueva cara liberal de Hungría, pero se equivocó. (La mujer escandalizó a los suizos, que eran muy conservadores, y se pasó la mayor parte del tiempo discutiendo con sus propios colaboradores.¹¹⁶²) Un conocido restaurante de Budapest dio a uno de sus platos el nombre de Mariscal Foch. (Por desgracia, en húngaro significaba «sopa de diarrea»).

Como los demás europeos, los húngaros tenían las esperanzas puestas en los estadounidenses. Károlyi aseguró a los representantes de Estados Unidos en Budapest que su programa de paz era

«Wilson, Wilson, Wilson». La ciudad aparecía adornada con la fotografía de Wilson y la consigna «Una Paz de Wilson es la única Paz para Hungría». Lo que eso significaba, al menos para los húngaros, no era la autodeterminación para las minorías que vivían en Hungría, sino que su país debía conservar sus fronteras históricas. Se hablaba mucho de Suiza, analogía favorita en Europa central, de autonomía regional, y de los derechos lingüísticos y de otros tipos. El Gobierno de Károlyi se puso a promulgar leyes a este efecto.¹¹⁶³

Los llamamientos de los húngaros fueron inútiles. Los Aliados siguieron recelando de Hungría. ¿Era Károlyi realmente tan liberal como afirmaba ser? Después de todo, era un aristócrata y estaba emparentado con los hombres que habían conducido a Hungría a la guerra.¹¹⁶⁴ Si los británicos y los estadounidenses respondieron con frialdad, la reacción de los franceses fue de hostilidad activa. La política francesa estaba determinada por un objetivo doble, a saber: bloquear el bolchevismo ruso y forjar contrapesos a Alemania, en este caso las vecinas de Hungría: Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia. Sólo los italianos se mostraron comprensivos, sencillamente porque esperaban usar a Hungría contra Yugoslavia. Tampoco fue una ayuda para Hungría que tanto Checoslovaquia como Rumania pudieran presentar sus exigencias como aliadas. Otro factor desfavorable fue que las fronteras de Hungría se trazaron poco a poco, en la comisión sobre Checoslovaquia y en la que se ocupó de Rumania y Yugoslavia. Nicolson, que representaba a Gran Bretaña en ambas comisiones, reconoció que «ya era demasiado tarde cuando nos dimos cuenta de que entre estos dos Comités distintos habían impuesto a Hungría una pérdida de territorio y población que, al combinarse, resultó en verdad muy grave».¹¹⁶⁵

Gracias en parte a los franceses, cuyas tropas formaban el grueso de las fuerzas aliadas en Europa central, Hungría ya había perdido el control de mucho territorio antes de que se celebrara la Conferencia de Paz. Al llegar a Belgrado en noviembre de 1918 para rendirse, Károlyi y sus colegas estaban llenos de optimismo y traían postales para que las firmara el general francés Louis Franchet d'Esperey. Éste les recibió fríamente y rechazó su pretensión de representar a una Hungría nueva y liberal. «Conozco su historia», dijo. «En su país han oprimido ustedes a quienes no son magiares. Ahora tienen a los checos, los eslovacos, los rumanos y los yugoslavos como enemigos; tengo a esta gente en el cuenco de la mano; sólo he de hacer una señal y serán ustedes destruidos.»¹¹⁶⁶ Los franceses permitieron que los serbios se dirigieran al norte y penetrasen en territorio húngaro, que los checos se apoderaran de Eslovaquia y que los rumanos avanzaran hacia el oeste y entrasen en su codiciada Transilvania. Cuando el Gobierno húngaro se quejó al coronel Vix, jefe de la misión militar francesa en Budapest, éste se negó a transmitir sus quejas.¹¹⁶⁷

Los húngaros temían que las ocupaciones temporales dieran paso a la posesión permanente, y así fue. Se habían resignado a la pérdida de Croacia, incluso de Eslovaquia, aunque en ambos casos esperaban fronteras más generosas que las que acabaron recibiendo. Transilvania volvió a cambiar. Situada al otro lado de las colinas que dividían la llanura húngara de las tierras altas, se hallaba protegida dentro del extremo de los Cárpatos que señala el mar Negro. Representaba casi la mitad del antiguo reino de Hungría y era un país rico que formaba parte de la historia húngara.

La geografía daba a Transilvania defensas naturales, pero a lo largo de los siglos Varios pueblos extranjeros —romanos, alemanes, eslavos, magiares— penetraron en ella. En el siglo XI era controlada por los húngaros y así continuó, de varias formas, hasta 1918. Los estudiosos rumanos rechazaban esta historia y afirmaban que los rumanos habían estado allí mucho antes que nadie. «Fue en este territorio», dijo Bratianu al Consejo Supremo en febrero, «donde se había constituido y formado la nación rumana; y todas sus aspiraciones durante siglos habían tendido a su unión

política.»¹¹⁶⁸ (Bratianu no mencionó que las reivindicaciones rumanas iban mucho más allá de las antiguas fronteras de Transilvania y penetraban en la Hungría propiamente dicha). Agregó que el Tratado de Bucarest había prometido Transilvania a Rumania al entrar esta en guerra en 1916. La afirmación no resultaba convincente, porque todo el mundo recordaba que Rumania había firmado la paz por separado con Alemania en 1918. En realidad, tenía un argumento mucho mejor; incluso de acuerdo con las estadísticas húngaras, los rumanos constituían más de la mitad de la población de Transilvania: los húngaros representaban sólo el 23 por ciento y el resto lo formaban alemanes y otros. Al terminar la guerra una asamblea de rumanos transilvanos había votado abrumadoramente a favor de la unión con Rumania. Más adelante, los alemanes de Transilvania añadieron su apoyo. Los húngaros, huelga decirlo, siguieron oponiéndose.¹¹⁶⁹ Los negociadores expresaron cierta preocupación por la minoría húngara —Bratianu dijo que sería tratada de la forma más liberal—, pero no discutieron que Transilvania debía unirse a Rumania.¹¹⁷⁰ De hecho, los franceses habían tomado una decisión mucho antes de escuchar los argumentos de Rumania.¹¹⁷¹

Los negociadores pidieron a la Comisión sobre Asuntos Rumanos y Yugoslavos que trazase la nueva frontera entre Hungría y Rumania. Franceses e italianos querían también dar a Rumania una zona generosa de Hungría, mientras que británicos y estadounidenses se atenían a pautas étnicas, que hubieran mantenido la frontera más al este.¹¹⁷² Como dijo uno de los expertos británicos, sin embargo, «la balanza debe inclinarse naturalmente a favor de nuestra aliada Rumania en lugar de a favor de nuestra enemiga Hungría».¹¹⁷³ En el informe que presentó en marzo la comisión optaba por una solución intermedia que satisfacía en gran medida las exigencias de Rumania. Los rumores sobre su contenido, en su mayor parte veraces, causaron consternación en Hungría.¹¹⁷⁴ Carteles con mapas de Hungría dividida en cuatro partes preguntaban: «*Voulez— vous faire quatre Alsace-Lorraines?*» (¿Quieren hacer ustedes cuatro Alsacias-Lorenas?).¹¹⁷⁵ Antes de que el Consejo Supremo pudiera decidir lo que había que hacer, la revolución estalló en Hungría y añadió el estigma del bolchevismo al atribulado país.

El Gobierno de Károlyi había recibido ataques de la derecha, que veía con muy malos ojos los intentos de reforma agraria, y de la izquierda, que opinaba que no iban lo bastante lejos. Los negociadores no ayudaron mucho. Mientras que Austria recibió 288.000 toneladas de alimentos y ropa en los primeros seis meses de 1919, Hungría sólo recibió 635 toneladas.¹¹⁷⁶ «Nuestras dificultades», recordó amargamente Károlyi en el exilio, «se vieron multiplicadas por mil a causa de la mala voluntad y la ineficiencia de las diferentes misiones extranjeras en Budapest.»¹¹⁷⁷ El 20 de marzo el coronel Vix asestó el golpe de gracia al presentar a Károlyi una decisión del Consejo Supremo que establecía una zona neutral entre Hungría y Rumania. Hungría tenía diez días para retirar todas sus tropas al oeste de dicha zona mientras que los rumanos podían avanzar hacia su borde oriental. El objeto de esta medida, según los negociadores, era impedir choques entre las dos naciones.¹¹⁷⁸ Los húngaros no lo vieron así.

Károlyi señaló a Vix que lo que se pedía a los húngaros era que se retiraran prácticamente del mismo territorio que reivindicaba Rumania, al tiempo que se permitía a las tropas rumanas avanzar unos cien kilómetros hacia el oeste. ¿Qué impediría que penetraran aún más en Hungría? Los húngaros habían aprendido a desconfiar de las promesas de los rumanos. Si Károlyi accedía a la creación de la zona neutral, estallaría una revolución y su Gobierno caería. «En lo que a mí se refiere», musitó Károlyi, «me alegraría de librarme de él». Vix no se inmutó y repitió varias veces que no era una cuestión política. Los húngaros debían calmarse y aceptar el ultimátum de París. Vix estaba seguro de que los Aliados mantendrían a Rumania a raya. Károlyi contestó que, puestos a

hacer, ya podrían ocupar todo el país: «Hagan de él una colonia francesa, o una colonia rumana, o una colonia checoslovaca». Vix se encogió de hombros. Al día siguiente el Gobierno cayó y Károlyi se exilió.¹¹⁷⁹ Murió en la Costa Azul francesa en 1955.

Su sucesor, tal como había predicho, fue un revolucionario. Béla Kun procedía de un pueblo muy pequeño de Transilvania y era hijo de un notario borracho y holgazán. (Su padre era judío no practicante, hecho que los antisemitas utilizarían más tarde como prueba de una conspiración general judeo-marxista). Dandi y afectado, Kun era vanidoso, irascible y egocéntrico.¹¹⁸⁰ También era, en opinión de todo el mundo, feo, con una cabeza muy grande sostenida por un cuerpo pequeño y nervudo, nariz chata y orejas enormes.¹¹⁸¹ Antes de la guerra había conquistado cierta fama como periodista radical. En 1914 se alistó en el ejército y luchó contra los rusos en el frente oriental, donde fue capturado y enviado a un campo de prisioneros de guerra. La Revolución rusa de 1917 produjo un cambio rápido tanto en sus ideas políticas como en su suerte. En 1918 ya había recuperado la libertad y se encontraba en Moscú, donde se veía con Lenin y los demás bolcheviques y era el líder de un nuevo movimiento comunista húngaro. Al terminar la contienda, sus nuevos amigos le proporcionaron oro y papeles falsos y Kun regresó a Hungría para propagar la revolución. El momento se eligió de manera perfecta.

Kun atravesó como un torbellino la caótica política de Hungría, dando a conocer manifiestos y exigencias, convocando huelgas y manifestaciones. Alcanzó el martirio cuando la policía de Budapest le propinó una paliza.¹¹⁸² El 21 de marzo, al día siguiente del ultimátum de París, los aliados socialistas de Károlyi en el Gobierno fueron a ver a Kun en la cárcel; estaban dispuestos a entregar el poder a los comunistas. Béla Kun recibió su libertad, su revolución y su poder aquel día, todo ello sin disparar ni un solo tiro. Al día siguiente declaró la República soviética de Hungría.

En opinión de un joven oficial estadounidense que se encontraba en Budapest, la revolución fue más nacionalista que comunista: «Los húngaros, que están unidos en el convencimiento de que Hungría no debe ser desmembrada, han utilizado el bolchevismo como último recurso desesperado para preservar la integridad de su país».¹¹⁸³ En París, el Consejo de los Cuatro, como se llamaba ahora, titubeaba. Clemenceau y sus asesores militares eran partidarios de reforzar a los rumanos y soltarlos contra los bolcheviques, tanto rusos como húngaros. Foch se presentó con un mapa grande con el que quería demostrar que Rumania era clave para impedir que se formara un frente bolchevique sólido en el centro de Europa. Dijo brutalmente que era necesario olvidarse de los rusos blancos del sur de Rusia, toda vez que ya estaban perdidos. «Por esto les digo: edifiquen sobre Rumania, porque allí tienen no sólo un ejército, sino también un Gobierno y un pueblo». Wilson reconoció que no estaba seguro de lo que convenía hacer. «¿Cuál es exactamente nuestra posición en lo que se refiere a los bolcheviques?». Quizá no había sido acertado establecer la zona neutral entre Rumania y Hungría: «No parece que este método haya producido el resultado que deseábamos». ¿Debía la Conferencia de Paz tomar partido? «Nominalmente somos amigos de los húngaros y todavía mejores amigos de los rumanos». Clemenceau respondió secamente que «los húngaros no son nuestros amigos, sino nuestros enemigos». De todos los pueblos de Austria-Hungría habían sido los más reacios a rendirse.¹¹⁸⁴

Lloyd George, que estaba modificando su anterior hostilidad contra Hungría, se puso de parte de Wilson. Al fin y al cabo, los croatas y los eslovenos también habían luchado hasta el final por Austria-Hungría y ahora los Aliados los consideraban amigos. «¿Por qué no se entablaba conversaciones con los magiares también?». Las condiciones de paz con Alemania serían una advertencia para todos ellos; había pasado el fin de semana anterior en Fontainebleau reflexionando

sobre los defectos de las condiciones, la manera, por ejemplo, en que dejaban a alemanes bajo el dominio polaco. Era igualmente peligroso para la paz futura de Europa dejar a millones de húngaros fuera de su país. También albergaba dudas, después de la experiencia con Rusia, sobre las perspectivas de una solución militar del problema del bolchevismo. «No hagamos con Hungría lo que hicimos con Rusia», instó a los demás. «Con una Rusia tenemos suficiente». Sugirió que se mandara a alguna persona de confianza, tal vez Smuts, para que informase sobre Kun y su régimen. Wilson accedió con entusiasmo; Clemenceau, de mala gana. Debido a las presiones francesas, el Consejo de los Cuatro también acordó mandar pertrechos a Rumania.¹¹⁸⁵

A última hora de la tarde del 1 de abril, Smuts y sus ayudantes, entre ellos Harold Nicolson, salieron de París en un tren especial con destino a Budapest. Oficialmente, la misión de Smuts era persuadir a los húngaros a aceptar la zona neutral entre Hungría y Rumania; su verdadero propósito era evaluar a Kun y ver si se le podía utilizar como conducto extraoficial con Lenin. (Los Aliados aún no habían encontrado una política viable para tratar con Rusia). Desde el punto de vista británico, si la misión lograba contrarrestar la influencia francesa en Europa central, eso también sería útil.¹¹⁸⁶ La noticia causó un tremendo revuelo en Budapest, donde se vio como una señal de que la Conferencia de Paz de París estaba dispuesta a reconocer al nuevo Gobierno. Kun se apresuró a vender los activos que le quedaban a Hungría —sus existencias de grasas— a Italia y encargó gran cantidad de terciopelo rojo para adornar los edificios que había entre la estación de ferrocarril y el principal hotel de Budapest, que se decoró con dos banderas gigantescas, una británica y otra francesa.

Al llegar a Budapest, Smuts no quiso dejarse manipular. Se quedó en su tren especial y Kun tuvo que ir a verle. (Los kilómetros de terciopelo rojo tuvieron que esperar hasta el Primero de Mayo para hacer su aparición.¹¹⁸⁷) Nicolson, que en el mejor de los casos no simpatizaba con Hungría, observó al comunista con toda la altivez propia de su clase social. «Un hombrecillo de unos treinta años; rostro blanco e hinchado y labios flojos y húmedos; cabeza afeitada; rastros de pelo rojo; ojos furtivos y suspicaces; tiene cara de delincuente malhumorado e inseguro». Y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores húngaro, que acompañaba a Kun, era igualmente desagradable: «Un judío pequeño y untuoso, abrigo de pieles bastante apolillado, corbata verde de lazo, cuello de la camisa sucio».¹¹⁸⁸

Las conversaciones tuvieron lugar en el reducido espacio del vagón restaurante y no fueron bien. Kun quería el reconocimiento; Smuts estaba decidido a no concederlo. Kun quería que los rumanos se retirasen al este de la zona neutral; Smuts sólo estaba dispuesto a hacer pequeñas concesiones que hubieran dejado a Rumania ocupando Transilvania. Smuts decidió que no servía de nada continuar negociando. «Bien, señores», dijo al terminar el segundo día, «debo despedirme de ustedes». Les estrechó la mano cortésmente y volvió a su tren, que lentamente, con gran asombro de los húngaros, salió de la estación.¹¹⁸⁹ Después de su breve visita, Smuts sacó la conclusión de que Kun era un estúpido cuyo Gobierno probablemente no duraría mucho.

No obstante, según dijo a los negociadores en París, estaba dispuesto a seguir la única sugerencia útil que había hecho Kun, a saber: que las naciones de la antigua Austria-Hungría se reunieran para trazar fronteras comunes y formular una política económica también común. Smuts incluso trabajó brevemente con Keynes en un plan para un empréstito internacional que hiciera posible la reactivación de las economías de la cuenca del Danubio. Eran ideas sensatas, pero no dieron ningún resultado práctico en París. Los italianos se oponían con firmeza a todo lo que olierá a un renacer de Austria-Hungría, y ningún otro aliado tenía especial interés en llevarlas a la práctica. Dadas las

hostilidades mutuas entre los estados sucesores de Austria-Hungría, quizá la tarea superaba las posibilidades de todos en 1919. Los sucesores de Austria-Hungría se distanciaron todavía más al pelearse por la herencia y en los años de entreguerras habría muy poca cooperación, económica o de otro tipo, en las orillas del Danubio.¹¹⁹⁰ Sin embargo, el sueño nunca ha muerto del todo. El hijo del último emperador, el doctor Otto Habsburg-Lothringen, como se le conoce en el Parlamento europeo, trabaja infatigablemente por la cooperación entre las naciones que en otro tiempo pertenecieron a sus antepasados.

En Hungría, los periódicos, que eran controlados por los comunistas, afirmaron que la misión de Smuts significaba que los Aliados habían reconocido a su régimen. No informaron de su marcha repentina, pero se filtraron versiones de lo que había sucedido que contribuyeron a aumentar la inquietud pública.¹¹⁹¹ Corrían rumores de que los Aliados iban a mandar un ejército que ocuparía Budapest o que Trotski y el ejército rojo se acercaban por el nordeste con el propósito de apoyar la revolución húngara y la que acababa de producirse en Baviera. Los rojos austríacos se disponían a apoderarse de Viena. Los comunistas estaban deteniendo a miles de personas de las clases media y alta. Había confabulaciones derechistas para hacerse con el poder y planes izquierdistas para desencadenar el terror de masas.¹¹⁹² No todos los rumores eran falsos.

Trotski no se hallaba en camino, pero los bolcheviques tenían la esperanza de unirse a sus correligionarios comunistas.¹¹⁹³ En Belgrado, Franchet d'Esperey trataba de persuadir a los yugoslavos a enviar parte de su ejército a Budapest para luchar contra Kun.¹¹⁹⁴ En un palacio vienés nobles exiliados, entre los que había parientes de Károlyi, se reunían en secreto para planear una contrarrevolución. (En una osada incursión en la embajada de Hungría los conspiradores se apoderaron de una pequeña fortuna en metálico que Kun había enviado al extranjero; por desgracia, no hicieron nada porque se produjeron inmediatamente discusiones sobre cómo gastarla.¹¹⁹⁵) En el campo húngaro, fuera del alcance de Budapest, un grupo de oficiales del ejército capitaneado por un primo de Károlyi planeaba un golpe militar. El grupo persuadió a uno de los pocos héroes de guerra de la marina austro-húngara, el almirante Horthy, a unirse a él.¹¹⁹⁶

El régimen de Kun facilitó las cosas a sus adversarios. En sus 133 días en el poder anunció reformas espectaculares y en gran parte imposibles de poner en práctica: prohibición del alcohol, socialización de las fábricas, reparto de los latifundios, abolición de todos los títulos, cultura proletaria para todos, baños y educación sexual obligatorios para los niños de las escuelas, reasignación obligatoria de viviendas y muebles, estandarización de las sepulturas. Sentaron mal a casi todos los sectores de la población, desde los católicos, a los que horrorizaron los proyectos de transformación de las iglesias en cines, hasta los liberales, que vieron con consternación la censura, las detenciones arbitrarias y la policía secreta. La opinión pública condenó al régimen sobre todo porque no logró poner remedio a la inflación y la escasez, así como por su corrupción.¹¹⁹⁷

Sin embargo, fueron los enemigos externos del Gobierno de Kun quienes finalmente acabaron con él. En abril, una semana después de que Smuts se marchara de Budapest, el ejército rumano, con la aprobación tácita de los militares franceses, avanzó hacia Budapest a través de la zona neutral.¹¹⁹⁸ Los checos atacaron desde el norte unos cuantos días más tarde. En París los rumanos, al igual que los checoslovacos, afirmaron que eran inocentes. «Me temo», dijo Bratianu al Consejo de los Cuatro «que no están ustedes perfectamente informados del papel del ejército rumano y de las provocaciones húngaras.»¹¹⁹⁹ Sus medidas eran exclusivamente defensivas. «Son todos pueblos de bribonzuelos», se quejó Lloyd George, «que sólo quieren robar territorios.»¹²⁰⁰ Cuando los rumanos avanzaron hacia el oeste mucho más allá de lo que reivindicaban, hasta Clemenceau encontró sus

exigencias excesivas. Y le preocupaban las consecuencias políticas: su propia ala izquierda temía que pensara intervenir contra los comunistas húngaros. También estaba recibiendo informes alarmantes sobre la moral de las fuerzas francesas que supervisaban el armisticio en el este de Europa.¹²⁰¹

Los húngaros se unieron temporalmente. Hasta los militares conservadores pensaban que Béla Kun era preferible, especialmente a los rumanos. El régimen, por su parte, abandonó el lenguaje de la revolución proletaria y apeló sencillamente al patriotismo.¹²⁰² Muchos hombres se apresuraron a alistarse voluntariamente. Los italianos, cuya principal motivación era su animadversión contra el otro vecino hostil de Hungría, Yugoslavia, vendieron a Kun armas y municiones. Según un observador británico, también le pasaron información sobre los planes de los Aliados.¹²⁰³ A mediados de mayo las fuerzas húngaras ya habían obligado a los checos a retroceder y habían abierto una brecha entre ellos y los rumanos.

En París los negociadores no comprendieron esto al principio. Wilson se inclinaba a pensar que los húngaros eran la parte inocente, pero hizo una pregunta delicada y por desgracia habitual. «¿Tenemos alguna forma de detener el movimiento de los rumanos?». Lloyd George y Clemenceau sólo pudieron sugerir que se hablara firmemente con Bratianu.¹²⁰⁴ Hay que reconocer que les distrajo la ruptura con los italianos a causa de Fiume.

Cuando el Consejo de los Cuatro vio las recomendaciones de sus expertos sobre las fronteras de Hungría con Rumania y Checoslovaquia en la segunda semana de mayo, los aprobó sin apenas debate.

Los combates arreciaron y los negociadores no tuvieron más remedio que prestar atención. En junio un periodista británico que acababa de llegar de Hungría fue invitado a almorzar con Lloyd George y su asesor militar, Henry Wilson, para que explicase la situación. Encontró al primer ministro británico de buen humor y juntos examinaron un mapa de Europa central. Lloyd George echó ahora la culpa del conflicto a los checoslovacos y los rumanos. «Pienso», agregó, «que los húngaros son los mejores de toda esa gente. Son la raza más poderosa y siempre han tenido a los otros a raya». Hablaron de una intervención aliada contra Béla Kun. Henry Wilson preguntó en tono pesimista «¿De dónde sacaremos las tropas?». Lloyd George afirmó que el bolchevismo se extinguiría por impulso propio. También dijo que había disfrutado de la charla; le sería útil cuando hablase con sus colegas horas después. «Resultó muy obvio», fue la conclusión del periodista, «que los Cuatro Grandes apenas habían pensado en los países situados al este de Alemania, porque estaban demasiado ocupados con el principal ofensor para preocuparse por los subalternos.»¹²⁰⁵

El Consejo de los Cuatro envió sus advertencias y órdenes, justamente como había hecho con los polacos, y con escaso éxito también. Se dijo a los rumanos que no debían ocupar Budapest. Bratianu adoptó una actitud virtuosa. «Por solidaridad con la Entente queríamos marchar sobre Pest con el fin de ayudar a restablecer el orden.»¹²⁰⁶ Era una afirmación habitual: como lo era también su acusación repetida en el sentido de que los Aliados trataban a Rumania con ingratitud después de los grandes servicios que había prestado durante la guerra.¹²⁰⁷ Se ordenó a los húngaros que dejaran de luchar. Kun contestó que Hungría estaba dispuesta a deponer las armas si Rumania y Checoslovaquia también las deponían.¹²⁰⁸

Los Aliados tuvieron dificultades para acordar lo que debían hacer a continuación. Los militares franceses eran partidarios de enviar a lo que quedaba de Hungría un ejército integrado por tropas rumanas, yugoslavas y francesas; los estadounidenses señalaron que, una vez en Hungría, quizá los rumanos ya no se irían nunca.¹²⁰⁹ Lloyd George sugirió la posibilidad de amenazar con cortar el

suministro de pertrechos a Rumania.¹²¹⁰ El 12 de junio el Consejo de los Cuatro optó por enviar telegramas a Hungría, Checoslovaquia y Rumania para informarles de cuáles iban a ser sus nuevas fronteras y ordenarles que retirasen sus tropas a su propio territorio. No habría más apropiaciones de territorio y «la utilización poco escrupulosa de métodos militares» no haría que los Aliados cambiaran sus decisiones.¹²¹¹ El delegado estadounidense, el general Bliss, recibió el encargo de asegurarse de la retirada de las distintas fuerzas. «Bonito trabajo», escribió a su esposa, «le han endosado a un hombre pacífico y amante de la paz y ya un poco cansado, ¿no te parece?»¹²¹²

Lloyd George advirtió a Wilson y Clemenceau que «debemos imponer nuestra voluntad ahora; ya no podemos dar órdenes inútiles».¹²¹³ La lucha continuó. Los rumanos se negaron a replegarse hacia el este. Bratianu dijo que temía un ataque simultáneo de Kun y los bolcheviques rusos, quizás incluso un ataque de Bulgaria, que, según afirmó, estaba armada hasta los dientes.¹²¹⁴ En julio los húngaros le proporcionaron una excusa para empezar a avanzar, cuando Kun, en una última jugada desesperada, trató de obligar a los rumanos a retirarse a la otra orilla del río Tisza, unos cien kilómetros al este de Budapest. Los rumanos contraatacaron con fuerzas numerosas. Varias unidades del ejército húngaro que estaban en contacto con la oposición agrupada alrededor del almirante Horthy dejaron de combatir y las líneas húngaras se derrumbaron. Kun huyó a Austria y luego a la Unión Soviética. Fue detenido durante las purgas que desencadenó Stalin, acusado de conspirar con la policía secreta rumana y ejecutado en el otoño de 1939.¹²¹⁵

El 3 de agosto de 1919 las tropas rumanas entraron en Budapest. Los yugoslavos y los checoslovacos aprovecharon la oportunidad para penetrar más en territorio fronterizo de Hungría. A pesar de repetidas quejas de los Aliados, todos los enemigos de Hungría se quedaron donde estaban durante el otoño de 1919.¹²¹⁶ Una serie de gobiernos húngaros débiles resultó incapaz de enfrentarse a ellos o a las fuerzas de Horthy, que seguían una marcha ascendente en el campo. «Si las tres grandes potencias hubieran podido mantener ejércitos», escribió en su diario el representante militar estadounidense en Budapest, «y hubieran podido enviarlas inmediatamente a cualquier lugar donde se avecinara algún conflicto, las cosas habrían sido totalmente distintas, pero el prestigio del Consejo Supremo se tambaleó cuando una serie ininterrumpida de ultimátums no surtió ningún efecto en esa pequeña y desdichada nación que es Rumania.»¹²¹⁷ Para entonces la Conferencia de Paz ya iba acercándose a su fin. Wilson había vuelto a Estados Unidos, donde intentaba inútilmente que el Congreso aprobara la Sociedad de Naciones, Lloyd George pasaba la mayor parte del tiempo en Londres y Clemenceau preparaba su candidatura a la presidencia de Francia.

Los rumanos, que ahora ocupaban la mayor parte de Hungría, se apoderaron de todo lo que habían dejado Kun y su régimen. Teléfonos, magníficos caballos sementales, coches de bomberos, zapatos, alfombras, automóviles, cereales, ganado vacuno y los vagones y las locomotoras para transportarlos desaparecieron en dirección este. La reina María dijo alegremente a un oficial estadounidense: «Llámelo robar si quiere, o cualquier otra cosa que le apetezca. Pienso que tenemos todo el derecho del mundo a hacer lo que queremos hacer». Cuando la misión militar aliada en Budapest puso objeciones, los rumanos protestaron y dijeron que lo único que hacían era tomar pertrechos para su ejército. Después de todo, según Bratianu, Rumania había salvado del bolchevismo a la civilización.¹²¹⁸

En noviembre las potencias, principalmente Gran Bretaña y Francia, ya estaban hartas. Ordenaron a Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia que retirasen sus tropas inmediatamente del territorio designado húngaro al amparo de las condiciones de paz. Rumania cumplió la orden de mala gana y con mucha dilación.¹²¹⁹ Cuando un Gobierno nuevo y más estable asumió el poder en Hungría, los

Aliados decidieron finalmente que podían firmar la paz. El 1 de diciembre invitaron a Hungría a enviar a sus representantes a París y el 5 de enero de 1920 un tren salió de Budapest. Al atravesar el país, había multitudes esperando junto a las vías para expresar sus buenos deseos a los pasajeros.¹²²⁰

El conde Albert Apponyi, el anciano jefe de la delegación, pertenecía a una familia cuyos orígenes se remontaban a una migración procedente de Asia central en el siglo XII. Sus opiniones políticas estaban encalladas en algún momento del siglo XVIII.¹²²¹ Era amable y cortés, cultísimo, profundamente religioso y patriota. Fue a París con pocas esperanzas: «No podía rechazar esta obligación, la más triste de todas, aunque no me hacía ilusiones sobre la posibilidad de obtener alguna mitigación de nuestro destino».¹²²² Hungría no tenía prácticamente nada con lo que negociar. Cuando huyó Kun, sus fronteras ya se habían fijado en gran parte y los Aliados ya habían firmado tratados con sus vecinos.

Los húngaros fueron recibidos con frialdad, pero cortésmente por los franceses y llevados al Chateau de Madrid, un hotel turístico del Bois de Boulogne. Los trataron mejor que a los alemanes podían pasear por el bosque, incluso ir a restaurantes locales. Recibieron sus condiciones de paz en una breve ceremonia que se celebró en el Quai d'Orsay. Clemenceau informó secamente a Apponyi de que podría hacer una declaración al día siguiente, pero no habría negociaciones orales, sino sólo por escrito. Al salir de la habitación, el jefe del Gobierno francés profirió una sonora carcajada de desdén.¹²²³

La declaración de Apponyi fue, a juicio de Lloyd George, una proeza. Habló con fluidez en francés, luego pasó a un inglés igualmente impecable y concluyó en perfecto italiano. Señaló que se estaba castigando a Hungría más severamente que a cualquiera de las demás naciones derrotadas. Iba a perder dos tercios de su territorio y su población, se vería aislada de sus mercados y sus fuentes de materias primas y tendría que pagar elevadas reparaciones. Tres millones y medio de húngaros iban a quedar fuera de Hungría. Si el principio de la autodeterminación era justo, y él creía que lo era, sin duda debía aplicarse a los húngaros. Como mínimo, debían celebrarse plebiscitos en los territorios que se estaban arrebatando a Hungría. (Apponyi cometió una imprudencia y quitó fuerza a sus argumentos al quejarse de que se estaba condenando a unos húngaros a vivir bajo el dominio de civilizaciones inferiores.¹²²⁴)

Respondiendo a una pregunta de Lloyd George, Apponyi desplegó un gran mapa etnográfico que había traído consigo y los negociadores se agruparon a su alrededor. Lloyd George dijo susurrando a Apponyi: «Ha estado usted muy elocuente».¹²²⁵ Hasta Clemenceau se mostró cortés. Al regresar a su hotel para preparar sus comentarios por escrito, había cierta esperanza entre los húngaros.¹²²⁶ En el Parlamento británico se estaban haciendo preguntas críticas sobre las condiciones de paz para Hungría. En Francia varios importantes hombres de negocios tenían interés en reanudar las relaciones comerciales con Hungría y ya se estaban celebrando conversaciones extraoficiales en tal sentido.¹²²⁷ El Gobierno italiano, bajo un nuevo presidente, abandonó su hostilidad e instó a sus aliados a tener en cuenta las protestas de los húngaros.¹²²⁸ No fue suficiente. Al final, británicos y franceses no se mostraron dispuestos a modificar los tratados y los italianos no quisieron forzar las cosas.¹²²⁹ Puede que también influyera en los negociadores un memorándum recibido de Rumania, Yugoslavia y Checoslovaquia que argüía que todo intento de cambiar el trazado de las fronteras sería una traición.¹²³⁰ Lo que al final obró en contra de Hungría fue la pura inercia. Tal como un joven observador británico dijo a Károlyi en 1919, «los gobiernos de la Entente tenían que preocuparse de muchas cosas más importantes que la suerte de diez millones de personas en Hungría».¹²³¹

Hungría obtuvo sólo unas cuantas concesiones de poca importancia: más lanchas patrulleras en el Danubio, por ejemplo. El 4 de junio de 1920, en una breve ceremonia en el palacio del Trianón, sus representantes firmaron el tratado. En Hungría las banderas de los edificios públicos ondearon a media asta. Trianón pasó a ser sinónimo de la crueldad de los Aliados y su recuerdo alimentó entre los húngaros un deseo casi universal de anular sus disposiciones.¹²³² La principal figura política en los años de entreguerras fue Horthy, ahora designado regente basándose en que Hungría era aún una monarquía. (Nunca logró encontrar un nuevo rey, lo que satisfizo tanto a los británicos como al propio Horthy). Éste y sus partidarios tramaron planes descabellados para devolver a Hungría las fronteras de antes de la guerra: uno de ellos consistía en gasear a los soldados checos en sus cuarteles de Eslovaquia y enviar rápidamente tropas húngaras.¹²³³ Los moderados se hubieran conformado con Transilvania.

En la década de 1930, Hungría se acercó prudentemente a las otras potencias revisionistas, la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Después de que en 1938 el Pacto de Múnich dejara a Checoslovaquia sola y expuesta a Hitler, Hungría reivindicó con éxito una parte de Eslovaquia y la totalidad de Rutenia. En 1940 le tocó el turno a Rumania y en 1941, a Yugoslavia. Con el apoyo de Hitler, Hungría recuperó alrededor de dos quintas partes de Transilvania y parte del Banato en el sur. No disfrutó de los territorios recuperados durante mucho tiempo. En 1945 los victoriosos Aliados restauraron las fronteras fijadas en el Trianón, que son las actuales. Fue uno de los resultados de la Conferencia de Paz que no se han anulado. Todavía.

Sexta parte Una primavera turbulenta

21 Consejo de los Cuatro

La primavera llegó con retraso a París en 1919, pero a mediados de abril las magnolias estaban en plena floración y los castaños de los bulevares también empezaban a florecer. Llegaron los delegados de Etiopía, altos y guapos con sus túnicas blancas. Poco a poco fueron abriendo los grandes museos y los niños jugaban en los parques. El Primero de Mayo la ciudad cerró al sacar la izquierda a miles de manifestantes para la concentración socialista anual y responder el Gobierno sacando las tropas a la calle. Hubo choques por todo el centro de París y corrían rumores de que se habían llevado a los hospitales a más de dos mil personas con heridas de gravedad.¹²³⁴

En la Conferencia de Paz las condiciones para Alemania ya casi estaban listas, se habían trazado muchas de las fronteras del centro y el sur de Europa, al menos sobre el papel, y se había empezado a trabajar en los tratados con Austria, Hungría, Bulgaria y el Imperio otomano. Corría por París un chiste agrio que decía que estaban preparando una «guerra justa y duradera».¹²³⁵

En el centro de la conferencia se encontraba el nuevo Consejo de los Cuatro —Clemenceau, Lloyd George, Orlando y Wilson—, que había empezado sus reuniones en la última semana de marzo. La intención era reunirse sin el acostumbrado séquito de expertos y secretarios y resolver las grandes cuestiones entre los cuatro. Lloyd George estaba preocupado tanto por las repetidas filtraciones del Consejo Supremo como por la lentitud de sus trabajos. Clemenceau pensaba igual: la conferencia había hecho poco en dos meses. También opinaba así Wilson, que siempre había preferido los grupos pequeños y sin protocolo donde podía hablar libremente y, si era necesario, cambiar de parecer. Los cínicos decían que el Consejo era también una buena excusa para librarse del ministro de Asuntos Exteriores italiano, Sonnino, que con su adusta intransigencia a estas alturas se había indispuesto con todo el mundo, incluso con su propio presidente de Gobierno.¹²³⁶

Los Cuatro solían reunirse dos veces al día, incluso en domingo si había alguna crisis en particular. De cuando en cuando se sentaban en el frío, húmedo e incómodo despacho de Clemenceau en el Ministerio de la Guerra, pero la mayoría de las veces los encuentros tenían lugar en el estudio de Wilson. Éste se sentaba rígidamente en una butaca y, según Tardieu, observador ocasional, parecía «un profesor universitario criticando una tesis». Mientras que Wilson hablaba despacio y decía las cosas de forma deliberada, Lloyd George, sujetándose una rodilla con las manos, se abalanzaba sobre el tema, a veces enfadado, otras veces pletórico de buen humor, «envuelto en la indiferencia absoluta a los argumentos técnicos, atraído de modo irresistible por las soluciones inesperadas, pero deslumbrando con su elocuencia e ingenio». Clemenceau se recostaba en su silla, las manos enguantadas en los costados. A menudo hablaba menos que los otros dos, con más pasión que Wilson y más lógica que Lloyd George. De vez en cuando, para oír mejor, se sentaba en el guardafuego acolchado. Orlando normalmente tomaba asiento al lado de la chimenea de cara a los otros tres. Estaba aislado en otros sentidos; preocupado por las reivindicaciones de Italia, apenas participaba en la conversación cuando ésta se refería a otros asuntos. También se perdía cuando los otros tres hablaban rápido en inglés entre ellos. En cierta ocasión, al preguntarle un amigo cómo había ido una reunión reciente, contestó en tono taciturno que finalmente había empezado a entender un chiste sobre

los negros que Wilson había contado por sexta vez.¹²³⁷

Los japoneses, a los que ahora se excluyó, protestaron amablemente. Los engatusaron con el Consejo de los Cinco, donde se reunían con los ministros de Exteriores de Gran Bretaña, Francia Italia y Estados Unidos para hablar de los asuntos que les dejaban los Cuatro. Los británicos le llamaron inmediatamente el «Segundo Once». Los diplomáticos de carrera se escandalizaron ante la desaparición del Consejo Supremo y su sustitución por los dos organismos nuevos. «Planes que no valen nada e ideas improvisadas», dijo Paul Cambon. La prensa, que ya estaba irritada a causa de las restricciones a su labor, se quejaba ruidosamente. El corresponsal de *Le Figaro* dijo que la Conferencia de Paz era como un lienzo pintado de negro y titulaba «BATALLA NOCTURNA DE NEGROS EN UN TÚNEL». Una caricatura de *New York Herald* mostraba a Wilson, «el nuevo campeón de lucha libre», arrojando la prensa al suelo.¹²³⁸

Hankey, el meticuloso secretario británico de la Conferencia de Paz, veía con preocupación el hecho de que no se levantara acta de las reuniones del Consejo de los Cuatro, «terriblemente inadecuado desde el punto de vista administrativo». Al cabo de un par de semanas, los Cuatro descubrieron que era un obstáculo que también impedía obtener resultados. No recordaban lo que habían decidido ni quién debía hacer tal o cual cosa. A mediados de abril Hankey ya volvía a tomar notas. Resultó que lo mismo hacía el intérprete, el historiador Paul Mantoux, que todas las mañanas dictaba lo que recordaba de las reuniones del día anterior en un acta confidencial para Clemenceau. (Mantoux se guardaba una copia y se olvidó de llevársela cuando los alemanes invadieron París en 1940; de un modo u otro no se perdió durante la guerra). A finales de abril Orlando había traído a un secretario italiano. El resultado fue que existe un documento completísimo de cuatro de los principales estadistas del mundo hablando día tras día durante tres meses en más de doscientas reuniones. Mientras que la versión de Hankey hace que todos parezcan discretos funcionarios y suaviza las discusiones, tanto Mantoux como Aldrovandi, el italiano, incluyen los comentarios hechos a la ligera y las salidas de tono.¹²³⁹

Los Cuatro se peleaban, se gritaban y se insultaban, pero también, incluyendo a Orlando, se tomaban el pelo, contaban chistes y se compadecían mutuamente. Examinaban los mapas e incluso gateaban juntos sobre el enorme mapa de Europa de Wilson, que era necesario desenrollar en el suelo. Lloyd George y Wilson hablaron de ir a la iglesia; Clemenceau dijo que nunca en la vida había estado en una. Cambiaban impresiones sobre lo que les disgustaba. Clemenceau dijo a los demás que los insultos nunca le quitaban el sueño, pero que no podía dormir cuando tenía la sensación de haber hecho el ridículo. Tanto Wilson como Lloyd George sabían exactamente lo que quería decir. Los otros escuchaban cortésmente los chistes populares del Sur que contaba Wilson y se atrevían a contar los de cosecha propia. «Mi querido amigo», dijo un día Wilson a Clemenceau, que replicó inmediatamente: «Siempre me asusto un poco cuando empieza usted por llamarnos “mi querido amigo”». Wilson contestó: «No puedo hacer otra cosa. Pero si quiere, diré “mi ilustre colega”». En una de sus últimas reuniones Clemenceau preguntó a Lloyd George: «¿Qué le parece Wilson?» y Lloyd George repuso: «Me gusta, y me gusta mucho más ahora que al principio». «A mí también», dijo Clemenceau. Compartían la soledad del poder y se comprendían mutuamente como nadie más podía comprenderles.¹²⁴⁰

El volumen de asuntos que debía tratarse crecía sin parar. El último día de marzo, por ejemplo, los Cuatro Grandes hablaron de las reparaciones alemanas, de los yacimientos de carbón del Sarre, de la ocupación de Renania por los Aliados, de un túnel bajo el Canal, de las reivindicaciones de Bélgica, de la revolución en Hungría, de los choques armados entre húngaros y rumanos y del envío de la

misión de Smuts. Wilson también encontró tiempo para hablar con el secretario de la Marina sobre la carrera de construcciones navales entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Lloyd George desayunó con dos asesores para hablar de la situación en Polonia. Clemenceau, entre otras cosas, tuvo una crisis con Foch y se vio obligado a hacer frente a una ola de huelgas. La prensa criticaba mucho la Conferencia de Paz, especialmente su secretismo y la escasez de resultados.¹²⁴¹

De los Cuatro, Lloyd George fue el que aguantó mejor el esfuerzo. Más adelante solía decir que los seis meses que había pasado en París eran la época más feliz de su vida. Había llevado a Gran Bretaña a la victoria en la guerra y disfrutado negociando la paz. El día que se marchó de París según dijo a su viejo amigo Triddell, «tuve la sensación de cerrar un libro que nunca volvería a abrirse, un libro interesantísimo. Fue una época angustiosa, pero agradable, Disfruté de ella. Dudo que vuelva a vivir otra igual. Era todo tan vivido».¹²⁴²

Wilson, en cambio, envejeció visiblemente. Y el tic nervioso de su mejilla se hizo más pronunciado. Había estado muy enfermo durante las enconadas discusiones sobre las condiciones de paz para Alemania; puede que se tratara de una apoplejía leve, precursora de la que sufriría cuatro meses después, ya grave. «Nunca he visto al presidente tan agotado», escribió Baker, su secretario de prensa, a comienzos de mayo, «tenía que hacer un esfuerzo para recordar lo que había hecho en el Consejo durante la mañana». Wilson estaba agotado emocionalmente. «Me parece que si recibiera una noticia realmente buena», exclamó un día, «caería muerto». Estaba más nervioso, más irracional, más irritable. Armaba escándalos por el uso que se hacía de los coches oficiales. A pesar de que no había ninguna prueba de ello, insistía en que todos los franceses que servían en su casa eran espías, porque hablaban inglés a la perfección. Un día, inesperadamente, cambió de sitio los muebles de su estudio. «Los colores de estos muebles no hacen juego y esto no me gusta», dijo a su médico. «Los verdes y los rojos están mezclados y no hay ni pizca de armonía». El ángulo estadounidense para las reuniones del Consejo de los Cuatro sería rojo, el británico verde y los franceses podían usar los sobrantes.¹²⁴³

El 14 de abril el Consejo de los Cuatro creó nuevas tensiones al invitar al Gobierno alemán a enviar a sus delegados a París. El tratado, sin embargo, que aún tenía que ser aprobado por toda la Conferencia de Paz, era un híbrido curioso, en parte disposiciones tradicionales para un enemigo derrotado y en parte un proyecto para un nuevo orden mundial. Hablaba de los trofeos de guerra —Alemania debía devolver todas las banderas que había tomado a Francia en 1871 y el cráneo de un gobernante africano que se había llevado a Berlín—, pero también hablaba de autodeterminación para naciones tales como Polonia y Checoslovaquia. Junto a cláusulas relativas a las pérdidas territoriales de Alemania y el castigo de los responsables de la guerra había disposiciones para un nuevo orden mundial —que incluían, por ejemplo, la Organización Internacional del Trabajo— y todo empezaba, como había insistido Wilson, con el pacto de la Sociedad de Naciones. Como el tratado con Alemania era el primero y más importante, Wilson y sus partidarios opinaban que debía contener los principios y las instituciones esenciales de la nueva diplomacia.

Se creó un comité central de redacción que se encargaría de compilar las cláusulas y se aseguraría de que el texto fuese claro y congruente. El ayudante de Baker pasó por el Quai d'Orsay para ver el tratado. «La comisión redactora se estaba matando de tanto trabajar», informó, pero «como se había reunido poco material cuando se hizo cargo de la tarea, la mayor parte estaba muy mal redactada y en buena medida era contradictoria; por ejemplo, las disposiciones relativas a las reparaciones, los puertos, las finanzas y la economía chocaban continuamente unas con otras».¹²⁴⁴ Los negociadores no pararon de introducir cambios y añadiduras hasta el momento en que se envió todo el documento a la

imprensa. El Consejo de los Cuatro descubrió que se había olvidado de poner algo sobre el tráfico de opio o sobre Luxemburgo. Lloyd George quería que incluyera alguna mención sobre los gases asfixiantes; Borden, el primer ministro canadiense, pidió un cambio en las cláusulas relativas a la Organización Internacional del Trabajo. Foch y sus ayudantes sospechaban que el comité de redacción estaba suavizando las cláusulas sobre el desarme e insistieron en asistir a sus sesiones.¹²⁴⁵

La mañana del 29 de abril, como si asistieran a una fiesta particular sin haber sido invitados, los delegados belgas se presentaron en el estudio de Wilson para decir que no podían firmar el tratado tal como estaba. En su país la opinión pública unánime era que se estaba tratando mal a Bélgica. En las calles los manifestantes llevaban pancartas que decían «¿Se ha olvidado Inglaterra de agosto de 1914?». «¿Por qué no visita Wilson nuestras ruinas?». «¡Hay héroes belgas enterrados en África oriental!». «¿Quién vigilará sus tumbas?». Un titular de un periódico de Bruselas declaró «BÉLGICA, ABANDONADA Y HUMILLADA POR SUS ALIADOS».¹²⁴⁶ No exageraba; el país cuya invasión había empezado el conflicto europeo general se había visto olvidado en gran parte en la Conferencia de Paz. De modo parecido, en 1945 los Aliados victoriosos abandonarían Polonia a los soviéticos.

Sin embargo, de los Aliados, Bélgica había sufrido las mayores pérdidas a manos de Alemania. Exceptuando una parte minúscula que se extendía de la costa hacia Ypres, el país había estado ocupado durante la guerra. No toda la propaganda aliada sobre el comportamiento de los alemanes en Bélgica era falsa. Alemania había desvalijado el país de forma brutal y eficiente. Maquinaria, piezas de recambio, fábricas enteras incluidos los tejados, y los vagones de ferrocarril y las locomotoras para transportarlo todo habían desaparecido en dirección este. Bélgica era un país próspero antes de 1914. En 1919, el 80 por ciento de su población activa estaba parado. La producción de acero representaba menos de una décima parte de lo que había sido. En el campo los agricultores carecían de fertilizantes y aperos de labranza y tenían muy poco ganado, porque millones de caballos, vacas, ovejas e incluso pollos habían seguido el mismo camino. De no haber sido por la ayuda aliada, los belgas hubieran padecido hambre durante aquel primer invierno de paz.¹²⁴⁷

Por desgracia, Bélgica tenía pocos paladines. Wilson, que había hecho de la restauración del país uno de sus Catorce Puntos, estaba preocupado por asuntos más importantes. Los franceses sospechaban que los belgas pretendían anexionarse el pequeño ducado de Luxemburgo y los británicos pensaban que el comportamiento de los belgas era codicioso. Lloyd George tuvo un altercado con el primer ministro belga a causa de las «absurdas exigencias» de Bélgica: «Tuve que decirle bien a las claras que los belgas perdieron relativamente pocos hombres en la guerra y que, al fin y al cabo, Bélgica no había hecho mayores sacrificios que Gran Bretaña».¹²⁴⁸

Paul Hymans, el ministro de Asuntos Exteriores belga, no ayudó a la causa de su país. Hombre cill pulcro e inteligente, convencido de la justicia de su causa, Hymans sermoneaba al Consejo de los Cuatro y se quejaba enérgica y prolijamente cuando le parecía que él o Bélgica habían sufrido un desaire. En una ocasión, en plena perorata, exclamó: «¡Ojalá pudiera hacer algo por Bélgica!». Clemenceau se animó y dijo: «Lo mejor que puede hacer por Bélgica es morir o dimitir».¹²⁴⁹

Los belgas habían concebido la esperanza de que las potencias presionaran a los holandeses con el fin de poner en orden las fronteras insatisfactorias entre sus dos países, en especial a lo largo del río Escalda, que desembocaba en el mar desde el gran puerto belga de Amberes después de atravesar territorio holandés. Los holandeses, con su propio puerto en Rotterdam, antes de la guerra habían hecho poco por mejorar la navegación, mediante, por ejemplo, el dragado del río. Los Países Bajos, que no participaban en la Conferencia de Paz por ser neutrales, se negaron rotundamente a ceder un

solo palmo de su suelo, aunque fuera a cambio de ganancias en otra parte a costa de Alemania. Las potencias guardaron silencio.¹²⁵⁰

Bélgica también quería mejorar sus fronteras con Alemania. La Comisión sobre Asuntos Belgas recomendó que se diera a Bélgica una pequeña extensión de territorio entre dos ciudades pequeñas, Eupen y Malmédy. No era mucho, después de todo, poco más de mil kilómetros cuadrados con una población de alrededor de sesenta mil personas, pero había en él bosques valiosos que compensarían las pérdidas que había sufrido Bélgica durante la guerra. Los expertos añadieron unos dos kilómetros y medio cuadrados, el territorio de Moresnet, que era neutral porque las cláusulas de un tratado de 1815 que se referían a él estaban mal redactadas. El Consejo de los Cuatro accedió a ello.¹²⁵¹

Los Cuatro no se mostraron tan comprensivos en el caso de las reparaciones. Bélgica pidió permiso especial para incluir los costes de la guerra en sus exigencias. Esto no era tan poco razonable como parecía, porque, con la mayor parte de su país ocupado, el Gobierno belga se había visto obligado a financiarse exclusivamente por medio de empréstitos. Los belgas también pidieron prioridad en el reparto de los pagos que efectuara Alemania. Los estadounidenses mostraron buena disposición. La reacción de británicos y franceses, que tenían sus propios planes para las reparaciones, no fue favorable, pero el 29 de abril se echaron atrás y durante los días siguientes se negoció un acuerdo. Bélgica recibiría 500 millones de dólares tan pronto como Alemania pagase y un porcentaje todavía indeterminado del total de las reparaciones. Gran Bretaña y Francia hicieron todo lo posible por recortar las exigencias belgas en años subsiguientes y Alemania hizo cuanto pudo por no pagar nada en absoluto. Hasta 1925 no cobró Bélgica la totalidad de su montante prioritario; finalmente, al igual que sus aliados, sólo obtuvo una fracción de lo que quería.¹²⁵²

Por una vez, sin embargo, los belgas habían mostrado habilidad al negociar en París. Su amenaza de no firmar el tratado con Alemania no hubiera podido hacerse en un momento más delicado. Italia había abandonado la Conferencia de Paz y las exigencias de Japón habían causado una crisis grave. Los delegados alemanes iban a llegar aquel mismo día y sus condiciones no se habían ultimado; y, lo que era más inquietante, ¿podría una conferencia sumida en el caos obligarles a firmar un tratado?¹²⁵³

22 Italia abandona

El 20 de abril, nueve días antes del ultimátum belga, Francés Stevenson se hallaba ante la ventana del piso de Lloyd George en la Rué Ninot mirando hacia la casa de Wilson para ver si todavía se estaba celebrando una reunión extraordinaria del Consejo de los Cuatro. Era Domingo de Pascua, un hermoso día de primavera, y Lloyd George le había prometido una comida campestre. «De repente apareció Orlando en la ventana, se apoyó en el barrote que iba de un lado a otro y hundió la cabeza entre las manos. Me pareció como si estuviera llorando, pero no creí que fuera posible hasta que vi que sacaba el pañuelo y se secaba los ojos y las mejillas.»¹²⁵⁴ El ayuda de cámara de Lloyd George, que estaba al lado de Francés, exclamó: «¿Qué le habrán hecho al pobre anciano?». ¹²⁵⁵ Dentro de la habitación Clemenceau contemplaba la escena fríamente. Los británicos estaban paralizados por el horror; Hankey dijo que habría dado una azotaina a su hijo por demostrar sus emociones de forma tan lamentable.¹²⁵⁶ La única persona que hizo algo fue Wilson, que se acercó al jefe del Gobierno italiano para consolarle, gesto especialmente generoso si se tiene en cuenta la animosidad que a estas alturas existía entre los estadounidenses y los italianos.¹²⁵⁷

La disputa más grave de la Conferencia de Paz acababa de agudizarse, lo cual no hubiera podido ocurrir en peor momento. Con los delegados alemanes a punto de llegar a París, era esencial que los negociadores presentaran un frente unido. Aunque las exigencias de Italia en la conferencia abarcaban tres regiones —África, Oriente Próximo y Europa—, las que causaban el problema eran las del Adriático, en particular el puerto de Fiume. La disputa era sobre territorio, pero también se trataba de una cuestión de principios, toda vez que los italianos querían lo que les habían prometido al amparo de la antigua diplomacia, mientras que los estadounidenses se atenían firmemente a la nueva. Y había un choque de personalidades entre Wilson y los italianos, en especial Sonnino, su ministro de Asuntos Exteriores. La cuestión era si la paz significaba repartirse el botín, como decían desdeñosamente los estadounidenses, o había que trazar fronteras siguiendo criterios étnicos. Wilson adoptaba una postura basada en los principios, porque lo que Italia quería se lo habían prometido Gran Bretaña y Francia en el secreto Tratado de Londres (que Wilson aborrecía) o era territorio habitado en gran parte por eslavos (lo cual infringía el principio de autodeterminación), o ambas cosas.

Orlando había albergado la esperanza de evitar un enfrentamiento. Pero no acertó a ver que Wilson no era un político más y que en 1918 el mundo no era el mismo que en 1914. Orlando era fruto del turbio mundillo de la política italiana, con sus pactos, componendas y repartos de patronazgo. Era un hombre bajo y fornido, muy dado a gesticular, siciliano de nacimiento y abogado, que siempre había comprobado que las dificultades podían ocultarse empleando las palabras apropiadas. Estaba francamente orgulloso tanto de su país como de su familia. En París, durante una comida con estadounidenses, se jactó de haber engendrado tres hijos en 31 meses y dijo que era imposible hacerlo con más rapidez.¹²⁵⁸ Nicolson lo descartó, injustamente, tachándolo de «hombre pálido, débil y fofo», pero Orlando había logrado que su país permaneciera unido ante una posible derrota.¹²⁵⁹

La guerra había creado una tensión tremenda en una sociedad que ya estaba dividida, entre el norte próspero y en vías de industrialización y el sur agrario y atado a la tradición. La gran promesa de la unificación de la década de 1860 no se había cumplido aún. La economía de Italia había crecido lentamente y las breves incursiones en asuntos exteriores habían sido lamentables o, como la derrota a manos de los etíopes en Adua en 1896, humillantes. Al igual que Alemania, otra nación nueva, tenía un sistema político con muchos enemigos: en el caso de Italia, los católicos, cuya Iglesia no había aceptado al nuevo Estado; los socialistas radicales, que desesperaban de la reforma dentro de la estructuras existentes, o los nacionalistas de derechas, que ansiaban romper las ataduras de la política corrupta y aburrida.

En la guerra, Italia, la más pobre de las grandes potencias, gastó un dinero que no tenía. En 1919 ya debía a sus aliados el equivalente de 700 millones de libras y la inflación durante la contienda fue superior a la de todos los demás países excepto Rusia. En el frente austro-húngaro, los soldados italianos, mal mandados y mal pertrechados, habían sufrido una gran mortandad al luchar cuesta arriba en los Alpes. El ejército se había derrumbado en Caporetto en 1917; los italianos echaban la culpa a sus generales, pero también al sistema. Más de medio millón de hombres habían muerto antes de 1918 y otros tantos habían sufrido heridas graves. ¿Y para qué? Ya se oía en Italia una expresión que luego sería común: «la victoria mutilada», y también se hablaba de revolución.

Los liberales y los socialistas moderados retiraron su apoyo al Gobierno, horrorizados ante lo que a sus ojos era cinismo profundo, y Orlando tuvo que recurrir con creciente frecuencia a la derecha nacionalista.¹²⁶⁰ Necesitaba desesperadamente un triunfo, aunque sólo fuera aparente, en París. Si Sonnino y sus amigos conservadores insistían en la letra del Tratado de Londres, habría que complacerles. Si algunos nacionalistas querían aún más territorio del que se había prometido a Italia en la orilla oriental del Adriático, Fiume por ejemplo, también eso había de ser posible. Tal vez incluso se ganaría a los liberales hablando de los principios de Wilson, de la autodeterminación, en particular para todos los italianos dispersos fuera de Italia (pero no para los alemanes y los eslavos que iban a quedar bajo dominio italiano). Fue a Orlando a quien se le ocurrió la fórmula que entusiasmó a los nacionalistas y tanto enfureció a los aliados de Italia: «el Tratado de Londres más Fiume».¹²⁶¹ Se sorprendió tanto como cualquier otra persona cuando Fiume se convirtió en una cuestión de vida o muerte para los nacionalistas italianos y un escollo para Wilson.

Sonnino, la otra figura fuerte de la delegación italiana, era partidario del Tratado de Londres (después de todo, él lo había negociado), pero sentía poco interés por Fiume. «Temía», en opinión de Lloyd George, «que Italia sacrificara cosas más importantes empujada por el frenesí de esa reivindicación trivial.»¹²⁶² Cargaría con toda la culpa, sin embargo, de la desastrosa diplomacia de Italia en París. Orlando salió bien librado, en parte porque, a diferencia de Sonnino, no hablaba bien el inglés; la mayoría de los estadounidenses y los británicos no entendía lo que decía. Y como señaló Lloyd George, «tenía una personalidad atractiva y afable que hacía que fuese agradabilísimo tratar con él». Lloyd George también afirmó, muy equivocadamente, que «no había ninguna diferencia fundamental de perspectiva o principios entre él y el presidente Wilson». Además, Orlando «era popularísimo» entre los estadounidenses. «Si Orlando estuviera aquí, me parece que yo podría hacer algo», escribió House a Wilson, «pero Sonnino no tiene remedio.»¹²⁶³ Sonnino, en cambio, era «adusto, rígido, intratable».¹²⁶⁴ No sabía hablar e hizo pocos amigos en París.

En 1919 Sidney Sonnino tenía poco más de setenta años. Con su melena blanca, bigote poblado y caído, ojos hundidos debajo de cejas igualmente pobladas y expresión severa, era la imagen típica de un político conservador italiano y un estadista europeo de la vieja escuela. De hecho, era algo más:

un protestante en un país principalmente católico, un intelectual que escribía con pasión sobre la Beatriz de Dante y un brillante polemista. Nacido en Egipto, hijo de un comerciante judío y de su esposa galesa, Sonnino era un forastero que penetró en el corazón de la política italiana. Liberal a la antigua, con el paso de los años se desplazó hacia la derecha. Era partidario de ayudar a las masas, pero no confiaba en que fueran capaces de ayudarse a sí mismas.

Antes de la guerra fue dos veces, durante breves periodos, presidente del Gobierno y se ganó el respeto de sus enemigos, a regañadientes, por ser un político honrado y desinteresado. En 1914 pasó a desempeñar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Se enorgullecía, hasta rozar lo obsesivo, según dijo un hombre que en modo alguno era su enemigo, de no ser como los demás:

*«Cuando, siendo un joven diplomático antes de la guerra, le veía con bastante frecuencia en su hermosa y solitaria casa cerca del Foro de Trajano, no podía evitar sentirme impresionado de forma desagradable por su cándido complejo de superioridad, cuya primera víctima era él mismo».*¹²⁶⁵

Sin embargo, Sonnino tenía otra faceta. Había amado profundamente y sin ser correspondido cuando era joven. «¿Quién puede y quién iba a amar a esta persona insignificante que carece de todo atractivo físico y moral?», escribió en su diario. «¡Qué no daría yo por un poquito de afecto! Sólo el afecto puede aliviar esta fiebre negra que me consume, que me hace odioso ante mí mismo, que me incapacita para toda empresa seria y prolongada.»¹²⁶⁶ Cuando las negociaciones de París iban mal, confesó a su secretario que se sentía físicamente enfermo.¹²⁶⁷

La visión que tenía Sonnino de las relaciones internacionales era la de Bismarck; se trataba, a su modo de ver, de una cuestión de poder. Lo que motivaba a las naciones era el «sagrado egoísmo», como había dicho otro ministro de Asuntos Exteriores italiano. Como nacionalista italiano, Sonnino quería seguridad para su país, y para él seguridad significaba tierra, alianzas, pactos, ganar amigos frente a posibles enemigos. Con demasiada frecuencia veía las negociaciones como un fin en sí mismo. Una vez Clemenceau le reprochó «ser demasiado fiel al método italiano cuyo gran maestro era Maquiavelo y no presentar soluciones claras».¹²⁶⁸ Sonnino desconfiaba cuando oía hablar de principios o moral o franqueza en las relaciones internacionales y no se percataba de que otros sí confiaban en todo eso. En 1919 actuaba como si estuviese en el Congreso de Viena; tenía un pobre concepto de las esperanzas y las emociones que existían en el mundo.

Al estallar la guerra, Italia era aliada de su antigua enemiga Austria-Hungría y de Alemania. Sonnino, junto con una pequeña minoría de sus compatriotas, se inclinaba por las potencias centrales. Daba por sentado que ganarían, lo cual era una suposición razonable, y en todo caso prefería una Europa dominada por fuerzas conservadoras. La mayoría de los italianos, sin embargo, era partidaria de la neutralidad. Hasta que la guerra empezó a alargarse no se produjo la gran división entre los que seguían estando a favor de la neutralidad —principalmente conservadores, pero también una parte de la izquierda radical— y el número creciente de los que preconizaban la intervención en el bando aliado. El segundo grupo era una mezcla extraña —liberales, republicanos, pero también socialistas y furibundos nacionalistas— y se desharía debido a los objetivos de Italia en la guerra. Después de mucho deliberar, Sonnino decidió que intervenir en la contienda era la mejor opción que se le ofrecía a Italia.

Cambió de parecer, porque era lo sensato. No quería ver a Austria-Hungría totalmente derrotada; de hecho, nunca imaginó que desaparecería por completo. No sentía ninguna animosidad especial contra las potencias centrales; se unió a los Aliados, porque parecía ser la forma de obtener el territorio que Italia necesitaba. Siempre cuidó de distinguir la guerra de Italia de la más general.

Como dijo en 1917: «Si se quiere garantizar una paz duradera, es necesario que Italia obtenga fronteras nacionales seguras, condición indispensable para su plena independencia». En 1918, poco después de que Wilson diera a conocer sus Catorce Puntos, Sonnino dijo con intención: «una campaña solapada de propaganda extranjera ha tratado de insinuar que las pretensiones italianas se inspiran en conceptos imperialistas, antidemocráticos, antinacionalistas, etc. Todo esto es absolutamente falso». Al contrario, las reivindicaciones italianas de territorio austríaco tenían una base sólida en «la etnografía y la defensa legítima por tierra y por mar». Los italianos, según dijo, miraban hacia un futuro de buenas relaciones con sus vecinos yugoslavos.¹²⁶⁹

Durante la guerra los Aliados europeos, siempre dispuestos a regalar territorio que no era suyo, prometieron hacer realidad el sueño nacional de Italia, como decía la consigna popular, de Trento a Trieste, cruzando la vulnerable frontera del nordeste que Austria-Hungría había amenazado desde el nacimiento de Italia. Pero en 1915, cuando se redactó el Tratado de Londres, los británicos y los franceses añadieron más cosas: islas y una extensión de Dalmacia en la costa adriática de Austria-Hungría, el puerto albanés de Vlore (Valona, en italiano), así como un protectorado sobre Albania central. Las islas del Dodecaneso ante la costa de Asia Menor y una parte del Imperio otomano, si éste desaparecía. (Esto causó cierta dificultad en la Conferencia de Paz, porque Lloyd George también había prometido parte del mismo territorio, alrededor de Esmirna, a Grecia). Italia tendría los mismos derechos que Gran Bretaña y Francia en la península arábiga y el mar Rojo. Para Sonnino el Tratado de Londres representaba una promesa solemne; para Gran Bretaña y Francia en 1919 se había convertido en un compromiso.

Wilson había dejado bien claro que Estados Unidos no estaba obligado por acuerdos secretos. (Al presidente estadounidense le habían enseñado el Tratado de Londres durante la guerra, aunque más adelante se persuadió a sí mismo de que nunca lo había visto.¹²⁷⁰) Los británicos y los franceses opinaban además, con razón o sin ella, que Italia no había contribuido mucho a la victoria aliada. Los ejércitos italianos habían retrasado su ataque contra Austria-Hungría, según se decía, y luego habían actuado muy mal. Los barcos italianos raramente se habían aventurado a salir de sus puertos, a pesar de las repetidas promesas de que patrullarían por el Adriático y el Mediterráneo. El Gobierno italiano había exprimido recursos de sus apurados aliados y luego se había negado a utilizarlos en la guerra.¹²⁷¹ Como dijo Clemenceau, «los italianos le recibieron quitándose solemnemente el sombrero al estilo del siglo diecisiete y luego, al finalizar la reverencia, lo pasaron pidiendo limosna». ¹²⁷² La actitud ante Italia en París, según informó el embajador británico, «ha sido de supremo desdén hasta hoy y ahora es de extremo enfado. Todos dicen que la señal de un armisticio fue para Italia la de empezar a luchar». ¹²⁷³

Después de sobornar a Italia con promesas de territorio para que entrara en guerra, Gran Bretaña y Francia se escandalizaron cuando su nuevo aliado continuó mostrando lo que Lloyd George llamó «ese espíritu de mercachifle». ¹²⁷⁴ Cuando los ejércitos italianos actuaron rápidamente al finalizar la guerra para ocupar todo el territorio, y más, que se había prometido a Italia en las costas del Adriático, hubo gestos de desaprobación. Pichón, el ministro de Asuntos Exteriores francés, se quejó al embajador británico de que las tropas italianas provocaban deliberadamente a la población eslava local. «Les encantaría que hubiera derramamiento de sangre, porque les permitiría conservar en su

poder territorio que, desde luego, ningún tratado de paz les daría.»¹²⁷⁵

La probabilidad —que en diciembre de 1918 ya era certeza— de que Serbia formase algún tipo de Estado con los pueblos eslavos del sur de Austria-Hungría fue una nueva causa de tensiones entre Italia y sus aliados. Gran Bretaña y Francia, por sus propias razones, veían el nuevo Estado con simpatía. Sin duda, Italia podía comprender que en las nuevas circunstancias ya no tenía sentido reivindicar territorio eslavo del sur. Al fin y al cabo, las promesas presuponían que Austria— Hungría aún existiría al terminar la contienda. Había tenido sentido privar a un enemigo de sus puertos y bases navales. Ahora no lo tenía hacerle lo mismo a una nación amiga. «Habría que esforzarse al máximo», fue la conclusión del gabinete de guerra británico, «por persuadir a Italia a adoptar una actitud razonable ante estas cuestiones.»¹²⁷⁶ Clemenceau también habló varias veces con Orlando para que renunciase al Tratado de Londres.¹²⁷⁷

El Gobierno italiano no estaba dispuesto a hacerlo. La opinión pública en Italia habría puesto trabas. Mientras que los liberales, fieles al espíritu del gran Mazzini, habían esperado la liberación de los pueblos oprimidos, en especial los que se hallaban bajo la tiranía del antiguo opresor de la propia Italia, la mayoría de los italianos veía a los croatas y los eslovenos como enemigos que habían luchado lealmente por Austria-Hungría y probablemente volverían a hacerlo si se les daba la oportunidad. Cuando las fuerzas italianas ocuparon Croacia y Eslovenia al finalizar la guerra, actuaron más como conquistadores que como liberadores.¹²⁷⁸ ¿Y los serbios eran más dignos de confianza? El general Badoglio, segundo jefe del ejército italiano, advirtió a su Gobierno que los croatas y los eslovenos acabarían dominando a los serbios porque eran más listos que ellos.¹²⁷⁹ Por consiguiente, trazó un plan muy detallado, que Sonnino y Orlando aprobaron en diciembre de 1918, para destruir Yugoslavia y consolidar el poder italiano sobre la orilla oriental del Adriático provocando conflictos entre los serbios, los croatas y los eslovenos y entre los campesinos y los terratenientes. Badoglio sugirió que en Bosnia podían aprovecharse las divisiones religiosas. Ya tenía agentes allí. Hasta los soldados rasos italianos podían aportar su granito de arena seduciendo a las mujeres «susceptibles» del lugar.¹²⁸⁰

La actitud de la marina de guerra italiana era muy parecida. Sus mandos montaron en cólera cuando una de las últimas cosas que hizo el emperador Habsburgo fue entregar la flota del Adriático y la gran base naval de Pula (Pola, en italiano) a un comité yugoslavo provisional. Al día siguiente una lancha torpedera italiana penetró en Pula y hundió el acorazado *Viribus Unitis*, orgullo de la marina austríaca, matando al capitán y a la tripulación, que eran yugoslavos. Después de enérgicas objeciones por parte de los italianos, el resto de la flota fue entregado a los Aliados y fuerzas italianas ocuparon Pula. Durante los meses siguientes aumentaron los roces entre la marina italiana y los Aliados, sobre todo los estadounidenses, a causa del trato que dispensaba a la población eslava.¹²⁸¹ Los italianos se defendieron mediante un largo memorándum que argüía que la naturaleza había gastado una broma cruel a Italia; mientras que la orilla occidental del Adriático tenía pocos puertos y ninguna defensa natural, «una maravillosa barrera avanzada de arrecifes e islas» protegía la otra orilla. «En el este el mar es cristalino y profundo y es difícil utilizar minas; en el oeste las aguas son turbias y poco profundas y parecen hechas a propósito para favorecer la labor terriblemente insidiosa de las armas submarinas». Italia sencillamente necesitaba hacerse con aquel territorio en la ribera oriental.¹²⁸²

Los nacionalistas tenían aún más argumentos. Italia no podía dejar comunidades italianas dispersas a merced de los eslavos. La prensa publicaba noticias alarmantes, y falsas, sobre el asesinato de mujeres y niños italianos en las ciudades de Istria y en la costa dalmata. «La opresión yugoslava

deguella a la población italiana en Dalmacia y la aterroriza». Doctos profesores aseveraban que «¡Lo que en Dalmacia no es italiano es brutal!». El comandante militar italiano en la zona fue más amable: «Esta población es fundamentalmente buena, buena como lo es la gente sencilla y primitiva. Pero los pueblos sencillos y primitivos son también extremadamente sensibles y suspicaces y violentos en sus impulsos». La misión civilizadora de Italia era clara.¹²⁸³ Los periódicos italianos publicaban fotografías de campesinos locales que iban a la iglesia con la explicación de que se dirigían a rendir homenaje al comandante de las fuerzas italianas, o de colas para obtener alimentos, que según decía la prensa eran de esclavos que pedían que los italianos se quedaran.¹²⁸⁴

Al terminar 1918, en Roma, Génova y Nápoles multitudes entusiasmadas salieron a la calle en los días pro Dalmacia. El embajador estadounidense creía que el Gobierno estaba detrás de las manifestaciones. Sonnino dijo con firmeza, según el embajador, que Italia debía poner su seguridad en el Adriático por encima de todo lo demás y eso significaba controlar territorio y no protección por parte de la Sociedad de Naciones. «Aun la policía exigía que las personas a las que protegía cerraran las puertas de sus casas por la noche para evitar, al menos, que los intrusos entraran hasta que se pudiera avisar a la policía.»¹²⁸⁵ Sonnino, al igual que Orlando, pensaba que los ideales de Wilson eran necios. «¿Es posible cambiar el mundo desde una habitación, mediante la actuación de algunos diplomáticos? Vayan a los Balcanes e intenten un experimento con los Catorce Puntos.»¹²⁸⁶

El Gobierno italiano hizo cuanto pudo por convencer a sus aliados. En Londres, en diciembre de 1918, Orlando dijo a británicos y franceses que los yugoslavos estaban llevando a cabo «una verdadera persecución» contra los italianos; los soldados eran atacados y las mujeres eran importunadas por llevar los colores nacionales.¹²⁸⁷ Se opuso firmemente a reconocer al nuevo Estado yugoslavo. Gran Bretaña y Francia lo consintieron, de mala gana. También ellas se sentían obligadas a respetar el Tratado de Londres, pero lo hicieron a regañadientes. Tal como Robert Cecil escribió al embajador británico en Italia:

*«[...] el hecho es que la codicia de la política exterior italiana en todas las direcciones causará graves dificultades a Italia. Los yugoslavos han reivindicado mucho más de lo que en justicia les corresponde, pero la tozudez de Sonnino y la extravagancia de las reivindicaciones italianas han hecho que ahora sea literalmente cierto que Italia no tiene ni un solo amigo en Europa, excepto nosotros, y está haciendo todo lo posible para que su aislamiento sea total.»*¹²⁸⁸

Quedaban los estadounidenses. Puede que Wilson tuviera un conocimiento precario de algunos detalles de las reivindicaciones de Italia (parece ser que al principio pensaba que Trieste era una ciudad alemana¹²⁸⁹), pero pisaba fuerte en cuestiones de principios. Sus asesores jurídicos argüían, y él estaba de acuerdo, que, al firmar armisticios con las potencias centrales basándose en los Catorce Puntos, Italia había aceptado implícitamente que éstos reemplazaban el Tratado de Londres. Por otra parte, los Catorce Puntos habían prometido que «un reajuste de las fronteras de Italia debería efectuarse de acuerdo con criterios de nacionalidad claramente reconocibles». En virtud de esto, Italia recibiría una parte de lo que quería en su frontera del nordeste, pero sólo algo de Istria y nada de Dalmacia.¹²⁹⁰ En las negociaciones del armisticio, Orlando trató inútilmente de hacer que constara en acta una reserva italiana en el sentido de que las fronteras de Italia también debían tener

en cuenta las necesidades de la seguridad. Los italianos afirmaron más adelante que se había tomado nota de su reserva, mientras que los estadounidenses dijeron que no era así.¹²⁹¹

Orlando y Sonnino, no obstante, esperaron con mucho optimismo la llegada de Wilson a Europa. House les alentó a considerar a Estados Unidos como amigo y permitió que el armisticio con Austria-Hungría se redactase de forma que tropas italianas ocuparan todo el territorio prometido por el Tratado de Londres.¹²⁹² Aconsejó a Sonnino sobre técnicas de negociación. Si Italia esperaba para presentar sus exigencias hasta que Gran Bretaña y Francia hubieran obtenido lo que querían, a la Conferencia de Paz le resultaría difícil denegarlas. «He hecho esto», escribió House en su diario «con espíritu de pura maldad. Me encantará estar presente cuando Sonnino y Orlando presenten sus argumentos basándose en las reivindicaciones británicas y francesas.»¹²⁹³ Los italianos también recibían consejos engañosos del barón Macchi de Cellere, su embajador en Washington, un hombre con una capacidad extraordinaria para hacer caso omiso de los hechos que les aseguró que Wilson veía con simpatía a Italia y sus objetivos.¹²⁹⁴ «Un hombre bueno», reconoció Orlando, «pero en modo alguno a la altura de su misión y por cuyo motivo nosotros los italianos nos presentamos en la conferencia sin tener la menor idea de lo que realmente opinaba Wilson.»¹²⁹⁵ Y quizá los italianos no querían saberlo. El embajador estadounidense en Roma dijo que «lo que el barón Sonnino sabe sobre Estados Unidos es tan poco que casi puede decirse que es nada y no creo que esté muy de acuerdo con nuestro motivo principal».¹²⁹⁶

Wilson tendía a recelar de los italianos, que, a su modo de ver, habían entrado en guerra con espíritu «frío y calculador».¹²⁹⁷ Una de las primeras cosas que hizo al llegar a París en diciembre de 1918 fue pedir una copia del Tratado de Londres. Se entrevistó por primera vez con Sonnino y Orlando unos días antes de Navidad y los tres sostuvieron una larga conversación sobre las reivindicaciones italianas en el Adriático. Los italianos pensaron que la entrevista había ido bien. El embajador británico, que habló con Wilson al día siguiente, sacó una impresión distinta: «Es muy antiitaliano. Está hasta la coronilla de Orlando y Sonnino y de todas sus cosas y su deseo era no sostener ninguna conversación con ellos».¹²⁹⁸ Al retrasarse la inauguración de la Conferencia de Paz, Wilson accedió a hacer una visita oficial a Roma. Por desgracia, sólo sirvió para agudizar los malentendidos.

Le recibieron multitudes enormes y entusiasmadas. «Tuve la impresión de encontrarme entre amigos de verdad». Sacó la conclusión equivocada de que el pueblo de Italia estaba a favor de su programa. «El presidente dijo», informó su médico, «que tenía la sensación de que el pueblo del país estaba interesado principalmente en una paz que lo asegurase contra otra guerra como la que acababa de tener lugar. Pensaba que había visto la idea de la sociedad de naciones como el medio de lograr el fin deseado.»¹²⁹⁹ Cuatro meses después, cuando sus relaciones con el Gobierno italiano pasaban por su peor momento, apelaría directamente al pueblo italiano. Orlando, por su parte, persistió en su optimismo. «Creo en Wilson y sus ideas», dijo alegremente a un amigo. «Acepto el wilsonismo, puesto que abarca los derechos y los intereses de Italia.»¹³⁰⁰ Sonnino era más receloso; no le gustó que Wilson tratara de hablar con críticos del Gobierno. Wilson correspondió al sentimiento; Sonnino, en su opinión, era «tan escurridizo como una anguila o un italiano».¹³⁰¹ El 13 de enero Wilson comunicó a Orlando que había sacado la conclusión de que el Tratado de Londres ya no era válido.¹³⁰² El asunto quedó así durante algunas semanas mientras el Consejo Supremo se ocupaba de la Sociedad de Naciones y de cuestiones tan difíciles como si debía invitarse a los bolcheviques a París.

La delegación italiana se instaló en el lujoso hotel Edward VII, cerca de la Ópera. Sólo a uno de sus componentes se le permitió traer a su esposa, quizá porque hacía muy poco que se había casado. Había un único teléfono y los delegados necesitaban el permiso de Orlando para utilizarlo. La delegación misma reflejaba las divisiones políticas que existían en el Gobierno. «Un pedacito de Roma transportado a París con todos sus defectos concomitantes, por desgracia», fue la descripción que hizo de ella uno de sus integrantes jóvenes. «Falta de organización, predominio de la alquimia parlamentaria (presente y futura) en la selección de sus miembros, chismorreos y maledicencias.»¹³⁰³

Todo el mundo estaba de acuerdo en que no era una delegación fuerte ni eficaz. Tal como Macchi di Cellere, al que habían traído de Washington para que prestara su dudosa ayuda, explicó en tono grandilocuente a un estadounidense, «Italia no tiene propaganda propia; es un país demasiado viejo y una raza demasiado orgullosa.»¹³⁰⁴ Pocos de sus miembros tuvieron tratos oficiosos con otras delegaciones como hicieron, por ejemplo, los británicos y los estadounidenses.¹³⁰⁵ Entre los líderes de la delegación, Salandra, que había sido presidente del Gobierno, se preocupaba sobre todo por su salud, a la vez que Orlando se mostraba afable, pero distraído. Sonnino continuó con su altivez y su secretismo e incluso se guardaba información que hubiera podido ser útil a los demás delegados. En sus ratos libres daba paseos en solitario. Se negaba a ejercer presiones en nombre de Italia: «Recurrir a semejantes métodos sería rebajarse al nivel de las naciones pequeñas que iban de un lado a otro pidiendo territorio a la opinión mundial.»¹³⁰⁶ Sus relaciones con Orlando empeoraron a medida que fueron pasando los meses. Hubo escenas violentas en las que Sonnino, que normalmente sabía dominarse, se ponía lívido de rabia.¹³⁰⁷

Los italianos estaban divididos entre ellos y además desconfiaban de sus aliados. «Consideraban», dijo un diplomático británico, «que las demás potencias no los trataban como a iguales; recibían ataques y críticas por todos lados; les decían lo que les convenía, pero sin tomarse la molestia de pedirles su opinión.»¹³⁰⁸ Sonnino dijo en tono desdeñoso que Wilson era una especie *di clergyman* [especie de clérigo] y Macchi di Cellere afirmó que Estados Unidos era un «usurero» que quería dictar la paz.¹³⁰⁹ A finales de enero Wickham Steed, el director del *Times*, informó de que Wilson había sostenido una «entrevista tormentosa» con Sonnino, «que, al parecer, perdió los estribos y llegó al extremo de decirle a Wilson que no se entrometiera en los asuntos de Europa y en su lugar se ocupara de los de Estados Unidos.»¹³¹⁰

Entre los europeos, con quien mejor se llevaban los italianos era con los británicos. Orlando admiraba a Lloyd George: «Su sangre celta le hacía igual que nosotros los mediterráneos e inteligencia.»¹³¹¹ Y había pocas cosas que dividiesen a los dos países. No ocurría así en el caso de Francia. Italia debía su unificación a Francia, pero tenía la sensación de que Francia se había cobrado un precio muy alto al tomar Niza y Saboya. Ambos países aspiraban a ser potencias mediterráneas y antes de la guerra habían chocado a causa de Túnez y Marruecos. Italia había entrado en la Triple Alianza en parte con el propósito de encontrar aliados contra Francia. En los campos que tanto preocupaban a los estadistas del mundo, iba a la zaga de Francia en la producción de acero y carbón y en población. «Durante todas las negociaciones que sostuve con los italianos», recordó Lloyd George, «comprobé que en su política exterior influía mucho una mezcla de celos, rivalidad y resentimiento, pero, de manera más especial, el miedo a Francia.»¹³¹² Para Francia no se trataba tanto de miedo (aunque la tasa de natalidad italiana causaba cierta inquietud) como de condescendencia teñida de desdén.

En diciembre de 1918, después de las reuniones de los Aliados en Londres, Orlando y Sonnino viajaron a París con Clemenceau. «No los vimos ni una sola vez en todo el largo viaje», informó el

ayudante de Clemenceau, «y en la Gare du Nord desaparecieron sin despedirse del señor Clemenceau, que no sólo se llevó una gran sorpresa, sino que, además, se sintió muy ofendido.»¹³¹³ Clemenceau sentía respeto por Sonnino, a su pesar, pero despreciaba a Orlando: «pretende caer bien a todo el mundo; muy italiano».¹³¹⁴

El derrumbamiento de Austria-Hungría creó nuevas esferas de rivalidad y las dos naciones compitieron por influir en el centro de Europa. En el Adriático, Francia se hallaba ante el dilema de ser amiga de Yugoslavia o llevarse razonablemente bien con Italia. «Me aburren tanto los asuntos del Adriático», escribió un diplomático francés, «a pesar de ello, no deberíamos abandonar a los yugoslavos. Son tan poco razonables como estos otros, pero son débiles. ¡Qué estúpidos son en Roma!»¹³¹⁵ Tal como Clemenceau dijo en tono de fatiga un día, con gran indignación de Orlando, «¡Dios mío, Dios mío! ¿Italia o Yugoslavia? ¿La rubia o la morena?»¹³¹⁶ En abril de 1919 Clemenceau ya se había decidido firmemente por la morena. Estaba furioso, porque los italianos no habían apoyado a Francia en el asunto del Sarre ni en el de procesar a alemanes por crímenes de guerra. También dio por sentado que tenía espacio para maniobrar, porque, al final, Italia se vería obligada a continuar siendo amiga de Francia.¹³¹⁷

Orlando y Sonnino, recelosos de sus aliados, hostiles a sus vecinos yugoslavos y atrapados en una precaria alianza que ninguno de los dos se atrevía a romper por temor a provocar la caída de su Gobierno, siguieron adelante. Al igual que una bomba con una mecha de combustión lenta, el memorándum oficial italiano llegó a la Conferencia de Paz el 7 de febrero. Es un documento interesante que, aunque apenas menciona el Tratado de Londres, repite las disposiciones del mismo prácticamente sin ningún cambio, ataviadas esta vez con la ropa de la nueva diplomacia, que no le queda bien. «Las reivindicaciones italianas», empezaba diciendo, «demuestran tal espíritu de justicia, rectitud y moderación que se ajustan por completo a los principios enunciados y aprobados por el presidente Wilson y, por tanto, deberían ser reconocidas y aprobadas por todo el mundo». Las exigencias de Italia se basaban casi por entero en la autodeterminación, para los italianos, desde luego; los pocos e insignificantes casos en que Italia reivindicaba territorios habitados por otros pueblos eran sólo para asegurar fronteras.¹³¹⁸

Orlando y Sonnino se concentraron en Europa, lo cual consternó a sus propios colonialistas. El Ministerio de Colonias italiano se había aplicado con entusiasmo a la tarea de preparar grandes planes, especialmente para África. Los nacionalistas italianos pensaban que el «año de la vergüenza» —1896, el de la derrota de Adua— sólo podía borrarse por medio de conquistas. El ministro de Colonias, Gaspare Colosimo, dijo al Gobierno que Gran Bretaña y Francia debían hacerse a un lado y dejar que sólo Italia ejerciera influencia en Etiopía. Además, con el fin de consolidar el dominio italiano de las rutas que iban del mar Rojo y el océano Índico a Etiopía, Gran Bretaña debía añadir la parte que poseía de Somalia a la que ya estaba en poder de los italianos y entregar el nordeste de Kenia. Francia, por su parte, debía renunciar a su pedacito de Somalia, así como al ferrocarril que iba de Yibuti a Adís Abeba. Colosimo también soñaba con una Libia agrandada con territorio tomado de Egipto, administrado por los británicos, y de posesiones francesas y, si las colonias portuguesas estaban disponibles, hacerse también con Angola. Muy poco antes de que terminase la guerra, Colosimo envió un memorándum a Balfour y House en el que esbozaba estos objetivos en líneas generales; se redactó con mucho cuidado para darle un tono wilsoniano. El efecto, a pesar de ello, fue poner en evidencia la extraordinaria codicia italiana.¹³¹⁹

Orlando y Sonnino no estaban dispuestos a insistir demasiado en las reivindicaciones africanas en París y es poco probable que Gran Bretaña y Francia les hubieran prestado mucha atención. Se

apresuraron a dividir las colonias alemanas sin consultar con Italia y, en cuanto a entregar territorio propio a los italianos, cada uno de los dos países se mostró muy dispuesto a hacerlo siempre y cuando el otro también lo hiciera. No pasó nada y los italianos añadieron otro agravio y otro sueño frustrado a la lista.¹³²⁰ Posteriormente, esto resultaría útil a Mussolini.

La única de las reivindicaciones italianas en Europa que se resolvió fácilmente fue la de una parte de Austria-Hungría situada al sur del paso de Brenner, el Tirol del Sur y, más abajo, el Trentino. Esta última región, donde predominaba la lengua italiana, no representaba ningún problema, pero el Tirol era abrumadoramente germano.¹³²¹ Los tirolese protestaron contra la partición de un región que tenía una larga historia de autodeterminación. También formuló sus quejas el Gobierno del nuevo Estado de Austria: «Es en realidad el Tirol, hasta ahora, exceptuando Suiza, el centro más ardiente de libertad y resistencia a toda dominación extranjera, lo que se sacrificará por consideraciones estratégicas, como ofrenda en el altar del militarismo».¹³²² Los italianos argüían que Italia sólo podría tener seguridad si poseía el territorio que subía hasta el paso de Brenner. «Cualquier otra frontera en el sur sería meramente una amputación artificial que supondría mantener armamentos caros en contra de los principios que deberían inspirar la Paz.»¹³²³ Wilson, quizá para demostrar a los italianos que podía ser razonable, les hizo saber, antes de que empezase la Conferencia de Paz, que no pondría reparos al cambio de la frontera septentrional de Italia.¹³²⁴ Los demás negociadores dieron su conformidad. Lloyd George se preocupó brevemente por el Tirol, según House, porque había pasado unas vacaciones allí y era una de las pocas partes del continente que conocía bien.¹³²⁵ Wilson lamentó más tarde haber dejado a tantos tirolese de habla alemana —250.000— bajo el dominio italiano.¹³²⁶ También lo lamentaron los tirolese, especialmente cuando después de 1922 los fascistas decidieron convertirlos en italianos. De la noche a la mañana, en las escuelas y en las oficinas del Gobierno se habló italiano; no se podía poner a los niños nombres que «ofendieran los sentimientos italianos». Hasta la década de 1970, después de los cambios inmensos que experimentaron Europa e Italia, no recuperó finalmente el Tirol parte de su antigua autonomía.¹³²⁷

Wilson estaba dispuesto a aceptar que se infligiera una injusticia a los tirolese, pero no las reivindicaciones de Italia cuando chocaban con las de los yugoslavos. Fuera de las ciudades, la población de la margen oriental del Adriático era casi enteramente eslava: unos setecientos cincuenta mil croatas, eslovenos, serbios o bosnios. No obstante, los italianos querían llevar al este la antigua frontera con Austria-Hungría entre 50 y 100 kilómetros, hasta lo que hoy son Eslovenia y Croacia, y al sur hasta la costa dalmata, hacia Split (Spalato, en italiano), y abarcar toda la península de Istria, incluida la base naval de Pula y los dos puertos principales de Austria-Hungría, Trieste y Fiume, con sus comunicaciones ferroviarias con Europa central, varias islas clave en el extremo nororiental del Adriático y partes de Dalmacia alrededor de las ciudades de Zadar (Zara, en italiano) y Sibenik (Sebenico, en italiano). Italia también quería el puerto albanés de Vlora en el sur. Con estas adquisiciones Italia dominaría el Adriático y al nuevo Estado de Yugoslavia le quedaría una costa corta, ningún puerto decente y sólo una línea de ferrocarril entre el mar y el interior. Era precisamente lo que pretendía Italia.

Los italianos, por supuesto, no usaron ese argumento en París. Hablaron de necesidades estratégicas e invocaron la historia. «Toda Dalmacia estuvo unida a Italia en los siglos de Roma y Venecia, por suerte para ella y la paz del mundo.»¹³²⁸ Señalaron los leones venecianos, las iglesias católicas, las columnas romanas que podían verse en las *piazze* [plazas] de toda la costa, la persistencia de la lengua italiana a pesar de la opresión austríaca. Hablaron de la espantosa injusticia que se cometería si se sometían italianos a «eslavos semibárbaros».¹³²⁹

Sin embargo, llegaban a París noticias inquietantes: de deportaciones de nacionalistas eslavos, de detenciones arbitrarias, de cierre de periódicos eslavos y corte de líneas de ferrocarril yugoslavas. Un oficial británico envió una nota airada a Balfour: «Estaban matando de hambre a Dalmacia y los italianos sólo proporcionaban alimentos a quienes firmaban una declaración de lealtad a Italia». ¹³³⁰ Hoover, que estaba encargado del programa de ayuda aliada, informó de que las autoridades italianas retenían los envíos de alimentos en Trieste y el 22 de febrero habían cortado de repente todas las comunicaciones con el interior. «Esto no sólo aísla a los yugoslavos, sino que también corta el ferrocarril principal que comunica con Austria y Checoslovaquia». Wilson estuvo de acuerdo con la conclusión de Hoover de que «la interrupción del envío de alimentos estadounidenses a personas que pasan hambre no puede utilizarse como arma política» y aceptó su recomendación de que Estados Unidos respondiera interrumpiendo la ayuda a Italia. ¹³³¹ El asunto dañó las relaciones italo-americanas durante el resto de la Conferencia de Paz. ¹³³²

Al principio, los estadounidenses, con el apoyo de británicos y franceses, alentaron a Italia y Yugoslavia a resolver el problema de la frontera entre ambas. Los yugoslavos manifestaron que estaban más que dispuestos a llegar a un acuerdo. Tal vez Wilson podría hacer de árbitro si surgían desacuerdos. La delegación italiana se horrorizó. Orlando dijo confidencialmente a un estadounidense que «aunque la propuesta de los eslavos del sur le hacía sentirse terriblemente incómodo, no podía encontrar una buena razón para rechazarla». En una entrevista con Wilson «gimió y lloró, dijo que los eslavos del sur le habían agarrado por la garganta, pero acabó prometiendo que daría una respuesta en cuanto hubiera podido consultar con el rey y sus colegas en Roma». Cuando Wilson se encontraba de vuelta a Estados Unidos en febrero, los italianos rechazaron su arbitraje y afirmaron que ello era debido a que los yugoslavos, «de manera brutal», habían divulgado la propuesta prematuramente. ¹³³³

Estuvo claro desde el momento en que empezó la Conferencia de Paz que los italianos no estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con los yugoslavos ni con nadie. Se negaron a que los comités de expertos se encargaran de todo lo que afectase a las fronteras de Italia. En el Consejo Supremo y luego en el Consejo de los Cuatro, los delegados italianos raramente hablaban, salvo cuando se trataba de algo relacionado con los intereses de Italia. Después de una reunión celebrada en marzo Clemenceau se quejó diciendo «Esta tarde Orlando nos infligió un discurso interminable en el que expuso las exigencias de Italia e indicó qué fronteras consideraba necesarias y justas. Y luego, tuvimos que someternos a un segundo discurso, no menos aburrido, de Sonnino». ¹³³⁴ El pacto de la Sociedad de Naciones y las condiciones de paz con Alemania se negociaron sin apenas un murmullo de los italianos. (Orlando arguyó más tarde, sin convencer a nadie, que se debió a que Italia se había sentido excluida. ¹³³⁵)

Las tácticas de Italia eran irritantes, transparentes y a menudo torpes. Se oponía a las reivindicaciones yugoslavas de territorio búlgaro y húngaro y apoyaba a Rumania en el asunto del Banato. Vendía armas a Hungría e incluso firmó un acuerdo secreto con el Gobierno del despreciado Béla Kun. ¹³³⁶ Sonnino propició neciamente un acercamiento de Grecia a Yugoslavia al negarse a considerar las reivindicaciones griegas en Albania y tratar de conservar las islas del Dodecaneso, ante la costa de Asia Menor, que eran predominantemente griegas y estaban ocupadas por los italianos desde el fin de las guerras balcánicas. Sonnino se negó con arrogancia a recibir a Venizelos cuando el primer ministro griego solicitó una entrevista. ¹³³⁷ En los comités, los italianos eran invariablemente antiyugoslavos y se obstinaban en no cooperar. Si les presionaban, solían afirmar que su Gobierno no les había dado instrucciones. Eyre Crowe del Ministerio de Asuntos Exteriores:

británico se quejó a un diplomático italiano, que se limitó a decir: «Ustedes no quisieron hablar con nosotros a solas cuando estuvimos en Londres en diciembre, no quieren hablar ni hacer tratos con nosotros en París y, por consiguiente, no vamos a expresar ninguna opinión sobre estas cuestiones».¹³³⁸

Cuando finalmente, en abril, llegó el momento de tomar una decisión sobre las exigencias italianas, las demás potencias se mostraron visiblemente menos comprensivas. El famoso comentario de Bismarck en el sentido de que el apetito de Italia era siempre mayor que sus dientes se citó de manera destacada. «Hay que aplacar a los italianos de alguna forma», escribió Balfour con cansancio, «y el único interrogante es cómo aplacarlos con el menor coste posible para la humanidad.»¹³³⁹ Los delegados italianos estaban más desesperados. Orlando estaba convencido, al menos eso dijo, de que una sociedad secreta había prometido matarle si volvía a Italia sin Dalmacia.¹³⁴⁰ La prensa nacionalista se hallaba embarcada en una campaña feroz a favor del control del Adriático por parte de los italianos, y la política estaba abandonando sus órganos para salir a la calle. El Partido Socialista, que crecía rápidamente y estaba dominado ahora por radicales, movilizó sus escuadrones y la derecha nacionalista, sus *fasci di combattimenti* [agrupaciones de combate]. Cuando Leonida Bissolati, destacado oponente de las exigencias de Italia, intentó hablar en una gran concentración de la Sociedad de Naciones en la Scala de Milán, entre el público había nacionalistas furibundos, uno de los cuales era Mussolini. Un periodista italiano informó de una escena que iba a hacerse cada vez más habitual:

*«Entonces, en un momento dado, como si una batuta invisible hubiera dado la señal, empezó la sinfonía infernal. Chillidos, gritos, silbidos, gruñidos, casi humanos, y todas las imitaciones imaginables de los aullidos de animales salvajes formaban el grueso de la oleada de ruido; pero un grito humano, mejor dicho, patriótico se hacía distinguible de vez en cuando y gobernaba la masa confusa con el ritmo de una marcha brutal. Gritaban: “¡Croatas no! ¡Croatas no!”, con lo cual querían decir que no deseaban amistad con croatas ni yugoslavos; y también querían decir que Bissolati era croata».*¹³⁴¹

Fiume sobre todo llegó a representar tanto el programa nacionalista italiano como la decisión de Wilson de oponerse a él. Era un lugar impensado como causa de una crisis en la Conferencia de Paz. Se trataba de un puerto pequeño y con mucho movimiento, no especialmente bonito ni distinguido, que antes de la guerra había sido la salida de Hungría al Adriático. La población, como era tan típico en Europa central, era mixta, con un pequeño número de húngaros, una próspera clase media italiana y una clase trabajadora en gran parte croata. En Fiume propiamente dicha, los italianos estaban en ligera mayoría, pero, si se añadía la vecina población de Susak, formaban la mayoría los croatas. Puede que antes de la contienda los italianos del lugar hablasen sentimentalmente de Italia y se quejaran de las autoridades húngaras, pero la reunificación con Italia no fue una posibilidad real hasta 1918. Pandillas de jóvenes que se hacían llamar *Giovanni filman* [jóvenes de Fiume] se presentaban de pronto en los cafés, exigían a la orquesta que tocara el himno nacional italiano cada quince minutos y obligaban a todos los clientes a ponerse en pie.¹³⁴²

Al igual que tantas de las cosas que ocurrirían en Fiume durante los dos años siguientes, los acontecimientos de aquel periodo del final de la guerra se convirtieron en una leyenda en Italia.

Voluntarios heroicos —los llamados «argonautas»— desafiaron los disparos de los austríacos, según se decía, y cruzaron las aguas en lanchas rápidas hasta Venecia en busca de la marina italiana para que acudiera en auxilio de Fiume.¹³⁴³ Los hechos, tal como informó de ellos el embajador estadounidense, se pasaron convenientemente por alto: cinco jóvenes italianos se habían apropiado de un remolcador que cruzó las aguas resoplando y la marina italiana había disparado por error contra él.¹³⁴⁴ Los militares italianos que ahora ocupaban Fiume al amparo de los acuerdos del armisticio estaban decididos a que la ciudad continuara siendo italiana. Las negociaciones diplomáticas, según dijo un almirante, no hacían al caso: «semejantes conversaciones no eran más que debates de diplomáticos y políticos. Fiume era italiana y continuaría siéndolo, ninguna intromisión podía en modo alguno menoscabar los derechos italianos».¹³⁴⁵

Había una razón práctica detrás del súbito apego de Italia a Fiume. «Nos costará mucho», explicó con franqueza uno de los delegados italianos en París, «mantener el comercio de Trieste a menos que controlemos Fiume y podamos desviar su comercio hacia Trieste.»¹³⁴⁶ Sin embargo, era como símbolo que Fiume, «la joya del Adriático», tenía importancia para los nacionalistas italianos. «Por qué desean ardientemente una pequeña ciudad de cincuenta mil habitantes, entre los que los italianos son poco más de la mitad, es un misterio para mí», escribió House en su diario.¹³⁴⁷ En abril de 1919, cuando el conflicto de Fiume estaba en su apogeo, Orlando comentó en tono pensativo a House que habría sido mejor que las exigencias de Italia hubieran podido resolverse al terminar la guerra: «Los italianos nunca habrían introducido Fiume en las condiciones».¹³⁴⁸

La opinión pública se empuja a menudo en cosas triviales. En la Italia de 1919 también la azuzó una figura extraordinaria —Gabriele d'Annunzio— que hizo de Fiume su causa. Era bajito, calvo, feo e inmensamente encantador. Al dirigir la palabra a las multitudes, su oratoria las convertía en una sola masa obediente. «¿Sacrificaréis la vida?», preguntaba, y la multitud respondía gritando «¡Sí!». Era lo que él esperaba. Era un líder, un *duce* [jefe] antes que Mussolini; un superhombre, como dijo Nietzsche, con el que, por supuesto, estaba de acuerdo. D'Annunzio era también un gran poeta, dramaturgo y cineasta. Su valor físico, el desdén que le inspiraban los políticos corrientes y su nacionalismo devoto llegaban al corazón de sus compatriotas. Su desprecio de los convencionalismos, su sentido del dramatismo y sus apasionadas aventuras amorosas hicieron de él un héroe en toda Europa. A los 16 años de edad ya comprendía el valor de la publicidad: para vender su primer libro hizo correr el rumor de que había muerto. Su vida alimentaba la leyenda: su querida, la actriz Eleanore Duse, esperando en la playa con un gran albornoz de color púrpura a que él saliera, desnudo, después de su nadada vespertina; el estudio atiborrado de objetos bellos y exóticos donde el artista celebraba sus sesiones de espiritismo; las súbitas huidas de sus acreedores.

Cuando Italia entró en guerra, D'Annunzio, que a la sazón contaba 52 años, se alistó en un regimiento de caballería. Luchaba, sin embargo, donde y como le apetecía, en el frente, en submarinos y en el aire. (También se tomaba un permiso cuando le venía bien). Perdió un ojo, pero ganó medallas al valor. Su hazaña más célebre tuvo lugar en agosto de 1918 al sobrevolar Viena y llenar el cielo de octavillas con los colores nacionales de Italia que instaban a Austria a rendirse. Sobresalió en una guerra en la que hubo pocos héroes individuales. Italia necesitaba héroes.

D'Annunzio hizo suyas las reivindicaciones de Italia con entusiasmo. Fue él quien inventó la frase «la victoria mutilada» y en enero de 1919 publicó una incendiaria «Carta a los dálmatas» en el periódico de Mussolini. En ella criticaba a los Aliados y las «debilitadoras purgas transatlánticas que ofrece el doctor Wilson», así como la «cirugía transalpina del doctor Clemenceau», y hacía alarde del valor de Italia durante la guerra. «¿Y qué paz acabarán imponiéndonos, pobres pequeñines

de Cristo? ¿Una paz gálica? ¿Una paz británica? ¿Una paz tachonada de estrellas? ¡Entonces no Basta. La victoriosa Italia —la más victoriosa de todas las naciones, victoriosa sobre sí misma y sobre el enemigo— tendrá sobre los Alpes y sobre su mar la *pax romana*, la única paz que es digna.»¹³⁴⁹ (Aunque sus escritos estaban en el índice del Vaticano, D'Annunzio se deleitaba con la imaginería católica).

Mientras en Italia aumentaba el clamor por Fiume y las demás reivindicaciones, la Conferencia de Paz se preocupaba por otros asuntos. Entre el 14 de febrero y el 14 de marzo Wilson estuvo en Estados Unidos; durante su ausencia se hicieron pocos progresos en relación con las fronteras en litigio o los tratados con Austria y Hungría que debían delimitarlas. Orlando también volvió a su país, donde pronunció un discurso anodino en el Parlamento que dio la impresión de que en París todo iba bien. (Al mencionar Fiume, los presentes se pusieron en pie y gritaron «¡Viva Fiume!»¹³⁵⁰) Hasta abril, cuando aún había fuertes tensiones a causa de las condiciones del tratado con Alemania, no se ocuparon los negociadores de las fronteras entre Italia y Yugoslavia.

En una reunión del Consejo de los Cuatro celebrada el 3 de abril, Lloyd George pidió a los italianos que explicaran su posición relativa al Adriático. Orlando respondió con un largo discurso en el que empleó los argumentos de siempre. Rechazó una propuesta de convertir Fiume en un Estado libre al amparo de la Sociedad de Naciones. Cuando se decidió oír los puntos de vista de los yugoslavos por la tarde, Orlando dijo fríamente que no asistiría a la reunión, porque no quería tratar con naciones enemigas.¹³⁵¹ Durante las semanas siguientes hubo una serie de encuentros privados entre los italianos y sus aliados que produjeron pocas cosas aparte de resentimiento. Circulaban rumores de que Orlando pensaba abandonar la Conferencia de Paz. El 13 de abril, cuando el Consejo de los Cuatro trató de decidir cuándo había que invitar a los delegados alemanes a trasladarse a París, Orlando exigió que antes se resolvieran las cuestiones italianas. «La opinión pública italiana es muy excitable. Hago lo que puedo por calmarla; pero las consecuencias de una decepción de esta clase serían muy graves». Probablemente su Gobierno caería si él no podía dar cuenta de progresos. Sus oyentes fueron comprensivos, pero no cambiaron de parecer. Como dijo Lloyd George, «Estoy convencido de que es de interés general llamar a los delegados alemanes enseguida y prepararnos así para negociar con el único Estado enemigo que sigue en pie».¹³⁵² Wilson hizo una sugerencia que fue aceptada y que consistía en esperar un par de días antes de llamar a los alemanes. Mientras tanto se comprometió a sostener conversaciones con los italianos. Orlando accedió de mala gana. Al hablar con House, se mostró muy enfadado por lo que consideraba una traición de Clemenceau y especialmente de Lloyd George, que era un «prestidigitador escurrizado» y no un caballero.¹³⁵³

Lloyd George y Clemenceau estaban igualmente enfadados. «Le dije a Orlando», comentó Clemenceau, «que me tomaba por el canonizado rey Estanislao de Polonia, que, al ser mordido por un perro, no sólo perdonó al animal, sino que además le dio un pedazo de queso. Pues yo me llamo Georges y no Estanislao. No voy a regalar queso a los chicos que huyeron corriendo de Caporetto. Haré honor a nuestra promesa en el tratado y, además, expresaré con franqueza mi profundo desprecio. Pero no daré ningún extra».

Clemenceau pidió en privado a los representantes italianos que se echaran atrás.¹³⁵⁴ Los italianos reiteraron una vez más que el Tratado de Londres debía respetarse.

Wilson no pudo ofrecer una solución intermedia, lo cual no era extraño. Con sus asesores recordándole el comentario que había hecho durante el viaje a Europa —«Ustedes me dicen lo que está bien y yo lucharé por ello»—, se estaba cerrando en banda.¹³⁵⁵ Aseguró repetidamente a sus allegados que no iba a permitir que los italianos se hicieran con Fiume. Cuando Baker, que le veía

casi todas las tardes, le informó de que había dicho a un delegado italiano que, si Italia optaba por abandonar la conferencia a causa de Fiume, Estados Unidos no se sentiría obligado a continuar prestándole ayuda económica, Wilson contestó: «Eso es exactamente lo que tenía que decir».¹³⁵⁶

Un encuentro que tuvo lugar el 14 de abril entre Wilson y Orlando fue, según los italianos, «muy tormentoso». Wilson dijo a House que había sido una de las peores experiencias de su vida, comparable con la vez en que la madre de un estudiante al que había expulsado de Princeton le dijo que su hijo estaba a punto de someterse a una operación y probablemente moriría.¹³⁵⁷ Wilson dio a Orlando un memorándum en el que decía que había hecho las paces con Alemania basándose en los Catorce Puntos y no podía hacerlas ahora con Austria basándose en otra cosa. Orlando dijo a su delegación que el memorándum no dejaba ningún margen para negociar.¹³⁵⁸

El Consejo de los Cuatro se vio obligado a volver a intentarlo. El 19 de abril, el domingo anterior a la Pascua, empezó lo que iban a ser seis días consecutivos de conversaciones. Los italianos, casi enseguida, hablaron de la Semana de la Pasión. «Soy en verdad un nuevo Cristo», dijo Orlando, «y debo sufrir mi pasión por la salvación de mi país.»¹³⁵⁹ Amenazó con abandonar, fueran cuales fuesen las consecuencias. «Comprendo la trágica solemnidad de este momento. Italia sufrirá a causa de esta decisión. Para ella, es sólo cuestión de escoger entre dos muertes». Lloyd George preguntó: «¿A causa de Fiume? ¿A causa de una ciudad donde hay veinticuatro mil italianos y donde, si cuenta usted la población de las afueras, la mayoría italiana es muy dudosa?»¹³⁶⁰ Rogó a los italianos que pensarán en lo que sucedería si los estadounidenses respondían retirándose. «No sé cómo Europa puede volver a valerse por sí misma, si Estados Unidos no permanece con nosotros y nos ayuda a engrasar la maquinaria.»¹³⁶¹

Wilson instó a los italianos a pensar de otra manera. «En Estados Unidos se ve con repugnancia el viejo orden; pero no sólo en Estados Unidos: el mundo entero está cansado de él». Los italianos no se inmutaron. Tal como Sonnino dijo a Wilson, «después de una guerra que ha exigido sacrificios tan enormes, en la que Italia ha tenido quinientos mil muertos y novecientos mil inválidos, no es concebible que volvamos a una situación peor que la de antes de la guerra; ciertas islas de la costa dalmata nos fueron concedidas incluso por Austria-Hungría para asegurarse de nuestra neutralidad. Ustedes ni siquiera querrían concedernos esas islas; sería imposible explicar eso al pueblo italiano».¹³⁶² Lamentaba haber negociado la entrada de Italia en la guerra en el bando aliado. «Por mi parte, veo mi muerte en todo esto, me refiero a mi muerte moral. He arruinado a mi país cuando creía estar cumpliendo con mi deber.»¹³⁶³

Orlando advirtió que habría guerras civiles en Italia.¹³⁶⁴ «¿Qué sucederá en el país?», preguntó Sonnino. «No tendremos bolchevismo ruso, sino anarquía.»¹³⁶⁵ No se trataba de amenazas vanas, a juzgar por los informes que llegaban de Italia: huelgas, marchas, disturbios, saqueo de edificios, muertes de manifestantes, choques violentos entre la izquierda y la derecha. Los rumores que salían de París exacerbaban la situación: Orlando estaba cediendo; los Aliados habían decidido fortalecer a Yugoslavia como potencia antibolchevique; Wilson estaba decidido a impedir que Dalmacia cayera en manos italianas; Fiume sería un puerto franco. Los telegramas de respuesta que salían de Italia exhortaban a su delegación a mantenerse firme.¹³⁶⁶

Mantenerse firmes era lo único que podían hacer Orlando y Sonnino en ese momento. Se habían colocado en una posición en la que cualquier acuerdo parecería una concesión importante. Lloyd George y Clemenceau hicieron todo lo posible por tender un puente entre los italianos y los estadounidenses: Italia tendría las islas, pero no la Dalmacia continental; Fiume y tal vez todas las ciudades de la costa dalmata serían ciudades libres; compensación para Italia en Asia Menor; o Italia

tendría Fiume, pero se construiría un nuevo puerto para Yugoslavia en otra parte.¹³⁶⁷ Wilson aceptó de mala gana sus intentos de mediación: «No me gusta mucho llegar a un acuerdo con gente que no es razonable. Siempre creerá que, si persiste en sus reivindicaciones, podrá obtener más».¹³⁶⁸ Después de una gestión infructuosa ante los italianos, a los que había ofrecido otra serie de propuestas, Hankey escribió en su diario: «Ahora hemos llegado a un punto muerto. Los italianos dicen que no firmarán el tratado con Alemania a menos que se les prometa Fiume y el cumplimiento de todo el Tratado de Londres. Nadie les dará Fiume, y el presidente Wilson no les dará Dalmacia, porque según dice, sería contravenir el principio étnico».¹³⁶⁹ Los italianos siguieron mostrándose «absolutamente inflexibles».¹³⁷⁰ Y ahora los yugoslavos, que habían estado observando calladamente cómo evolucionaba la crisis, advirtieron que lucharían, si Italia recibía Fiume o la costa dálmata.¹³⁷¹

El tiempo se estaba acabando. Los alemanes llegarían el 25 de abril para recibir las condiciones de paz. Los italianos no eran los únicos que amenazaban con retirarse. Los japoneses, normalmente tan discretos, habían empezado a insistir en su reivindicación de las antiguas posesiones alemanas en China a la vez que hacían un último intento de que se incluyera una cláusula sobre la igualdad racial en el pacto de la Sociedad de Naciones. Sus delegados, con la cortesía habitual, insinuaron que tal vez tampoco ellos podrían firmar el tratado con Alemania. Bélgica estaba furiosa porque no se habían satisfecho sus demandas de reparaciones. Lo último que querían Wilson, Lloyd George y Clemenceau era que los alemanes viesan a los Aliados peleándose entre ellos.¹³⁷²

Todo el mundo empezaba a acusar la tensión.

En la intimidad del hotel Edward VII, los italianos se acusaban unos a otros de debilidad. El Domingo de Pascua Orlando tuvo su ataque de llanto. Wilson aparecía demacrado y le temblaba la voz. Clemenceau se mostraba especialmente sarcástico y grosero con los italianos. Hasta Lloyd George daba muestras de nerviosismo. Sonnino ya no se tomaba la molestia de ocultar que Wilson le caía mal; dijo a Lloyd George y Clemenceau que «ahora el presidente Wilson, después de pasar por alto e infringir sus propios Catorce Puntos, quiere restaurar la virginidad de los mismos aplicándolos vigorosamente en cuanto se refiere a Italia».¹³⁷³

La acusación dolió porque había en ella algo de verdad. Wilson había comprometido su principio de la autodeterminación en los casos del Tirol y el pasillo polaco. La semana después de Pascua volvió a leer sus Catorce Puntos y a pensar en la nueva diplomacia que había esperado traer al mundo.¹³⁷⁴ Reiteró que los asuntos debían decidirse basándose en hechos. Repasó los mapas y las estadísticas con sus expertos; la mezcla étnica no daba a Italia derecho a tener Fiume ni Dalmacia. Wilson quería diplomacia abierta, pero el Gobierno italiano no estaba diciendo la verdad a su propio pueblo. Wilson recordó ahora, e interpretó mal, su viaje a Italia cuatro meses antes. Le habían impresionado hondamente las multitudes que le recibieron y estaba convencido de que le apoyaban. Decidió hacer un llamamiento directo al pueblo italiano.

El 21 de abril enseñó a Lloyd George y Clemenceau una declaración que él mismo había escrito a máquina. Con palabras claras y directas explicaba por qué debía descartarse el Tratado de Londres. Recordaba a los italianos lo mucho que su país ya estaba recibiendo. «Sus líneas se extienden hasta las grandes murallas que son su defensa natural». Italia tenía la oportunidad de ofrecer su amistad a la nueva nación de la otra orilla del Adriático. Wilson pedía a los italianos que trabajaran con él en la construcción de un nuevo orden basado en los derechos de los pueblos y el derecho del mundo a la paz.¹³⁷⁵ Lloyd George y Clemenceau quedaron impresionados, pero se mostraron prudentes.¹³⁷⁶ Lloyd George comentó que la publicación del documento «podría en verdad producir una impresión favorable en Italia, pero sólo después de cierto periodo. De momento, había que contar con una

reacción furiosa».¹³⁷⁷ Con el apoyo de Clemenceau, persuadió a Wilson a esperar mientras él hacía un último intento de hablar con la delegación italiana. Al fracasar también eso, Wilson envió su declaración a los periódicos el 23 de abril por la tarde.

La edición especial de *Le Temps* que llegó al Edward VII causó gran indignación, pero ninguna sorpresa. Los italianos estaban enterados desde hacía un par de días de la existencia de la declaración de Wilson y llevaban todavía más tiempo pensando en la posibilidad de retirarse de la conferencia.¹³⁷⁸ Orlando decidió regresar a Italia al día siguiente. Después de una reunión del Consejo de los Cuatro, durante la cual él y Wilson se hablaron fría, pero cortésmente, se fue a tomar su tren. Sonnino le siguió al cabo de un par de días. «Bien», dijo Lloyd George, «¡por fin se va a armar la gorda!»¹³⁷⁹

Los periódicos italianos publicaron la declaración de Wilson al lado de la respuesta de Orlando, ésta generalmente en letra mayor.¹³⁸⁰ El tren de Orlando fue vitoreado por las multitudes a su paso. En Roma las campanas de las iglesias repicaron a su llegada mientras unos cuantos aviones arrojaban panfletos patrióticos y los manifestantes gritaban «¡Viva Orlando! ¡Viva Fiume! ¡Viva Italia!»¹³⁸¹ El Gobierno italiano puso una guardia alrededor de la embajada de Estados Unidos. En toda Italia aparecieron en las paredes pintadas que exigían la anexión de Fiume y caricaturas de Wilson con un casco austríaco. En Turín, los estudiantes obligaron al propietario del café Presidente Wilson a quitar su rótulo y recorrieron el Corso Wilson, bautizado así en honor de la reciente visita del presidente, cubriendo las placas de las calles con otras que rezaban Corso Fiume.¹³⁸² En la propia Fiume jóvenes italianos gritaban sorprendentemente: «¡Abajo Wilson! ¡Abajo los pieles rojas!».¹³⁸³ La prensa nacionalista exigió la anexión inmediata de Fiume y Dalmacia.

En un discurso ante el Parlamento italiano que empezó suplicando «calma y serenidad», Orlando echó la culpa de la situación a sus aliados e insistió «Italia cree firmemente antes que nada que todo el conjunto de sus reivindicaciones se basa en tan elevadas y solemnes razones de derecho y justicia que deben reconocerse en su integridad». El Gobierno ganó un voto de confianza por 382 a favor y 40 en contra.¹³⁸⁴ Los nacionalistas, con los fascistas destacando entre ellos, celebraron mítines de masas en todo el país. D'Annunzio estaba en su elemento, atacando con fiereza la traición de los Aliados y burlándose de Wilson, «el cuáquero croaticado» con su «larga cara equina», su boca de «treinta y dos dientes postizos». No era un ser humano, sino un títere feo.¹³⁸⁵ Italia no debía ceder ante intrigas criminales. «¡Allá abajo, en los caminos de Istria, en los caminos de Dalmacia!» exclamó D'Annunzio, «¿no oís los pasos de un ejército en marcha?»¹³⁸⁶

Los negociadores observaban con preocupación. «El caos», decía el titular de un periódico de París. «Las diversas delegaciones», informó un periodista estadounidense, «se reúnen para considerar lo que hay que hacer, ya que de pronto se han dado cuenta de que la existencia misma de la Conferencia de Paz se ve amenazada.»¹³⁸⁷ El secretariado de la conferencia se puso a repasar el borrador del tratado con Alemania para suprimir todas las referencias a Italia.¹³⁸⁸ En una sesión plenaria el delegado de Panamá colocó una bufanda negra sobre la silla vacía de Orlando. Un delegado portugués la quitó de allí y dijo que era demasiado pronto para lutos.¹³⁸⁹

Entre bastidores tanto el Gobierno italiano como los Aliados buscaban una fórmula que permitiera a Italia volver a la conferencia. Los italianos quedaron desconcertados al ver que las otras potencias parecían dispuestas a seguir adelante sin ellos. Clemenceau aumentó la presión anunciando que se había invitado a los delegados austríacos a presentarse en París antes de mediados de mayo. Los miembros de la delegación italiana que se quedaron en París enviaron a Orlando avisos apremiantes

de que la posición de Italia empeoraba rápidamente. Estados Unidos estaba retrasando la concesión de un crédito de 25 millones de dólares, que Italia necesitaba con urgencia. Gran Bretaña y Francia decían que la retirada de Italia las liberaba de su obligación de respetar el Tratado de Londres. Habían seguido adelante y dividido las colonias africanas. Pero, al mismo tiempo, Lloyd George insinuaba la posibilidad de llegar a un acuerdo.¹³⁹⁰

El 5 de mayo los italianos anunciaron que Orlando y Sonnino iban a volver a la conferencia. «Orlando se ve muy pálido y gastado y habla muy poco y sin mucho ánimo», informó el estadounidense Seymour. «Aparenta diez años más de los que tiene. Sonnino no ha cambiado de aspecto y conserva cierta truculencia en su forma de actuar, pero no es agresivo.»¹³⁹¹ El secretariado empezó a añadir a mano las referencias a Italia en el tratado con Alemania.

Sin embargo, el asunto que había causado la ruptura estaba mucho de haberse resuelto. Wilson recibió con frialdad toda sugerencia de llevar a cabo nuevas negociaciones con los italianos. «Es curioso», dijo, «ver lo incapaces que son estos italianos de adoptar una postura por principio y atenerse a ella.»¹³⁹² Una leve esperanza, que House alentó, era que los italianos y los yugoslavos pudiesen resolver las dificultades negociando directamente. El 16 de mayo las dos partes acudieron a la suite de House en el Crillon y, en un tipo de negociación que pasó a ser normal en la década de 1990, se sentaron en habitaciones separadas mientras los estadounidenses iban apresuradamente de una a otra. Cuando al día siguiente Clemenceau preguntó a Orlando qué había pasado, la respuesta del italiano fue pesimista: «Nada. Es imposible.»¹³⁹³ Puede que el hecho de que House tratara de tender un puente entre los italianos y los estadounidenses contribuyera a la creciente antipatía que Wilson sentía por su viejo amigo.¹³⁹⁴

La parte principal de la Conferencia de Paz concluyó en un ambiente de mutua irritación. Wilson criticó ante Baker la codicia de los italianos.¹³⁹⁵ Los franceses se quejaron de que Italia trataba ahora de hacerse cargo de ferrocarriles austríacos que se habían pagado con dinero francés. Clemenceau gritó: «¡A Francia no le gustará! ¡No lo olvidará! ¡No espero juego limpio de ustedes!»¹³⁹⁶ El linchamiento de unos cuantos soldados franceses en Fiume, a manos de la chusma nacionalista, fue objeto de la grave *reprobación* «*peuple d'assassins*» [pueblo de asesinos] en el Consejo de los Cuatro.¹³⁹⁷ Los italianos reservaban su principal veneno para Wilson. Cuando un ayudante suyo le comentó que «Wilson parece afable esta mañana», Sonnino replicó: «¡Quién sabe qué nuevas propuestas, qué nuevo chantaje habrán inventado!»¹³⁹⁸ Orlando, según dijo en sus memorias, estaba convencido de que «Wilson tenía su propio compromiso personal con los yugoslavos; en qué consistía no lo sé, pero algo había».¹³⁹⁹ La prensa italiana decía que los yugoslavos habían sobornado a Wilson o que el presidente tenía una querida yugoslava.¹⁴⁰⁰ Sonnino y otros creían más bien que Wilson estaba dominado por intereses financieros estadounidenses que querían explotar el Adriático en beneficio propio, quizás utilizando la Cruz Roja como tapadera.¹⁴⁰¹

Antes de que Wilson regresara definitivamente a Estados Unidos a finales de junio, los italianos cedieron un poco al dejar de insistir en recibir todo el territorio que les había prometido el Tratado de Londres. Pero en lo referente a Fiume, siguieron tan obstinados como antes.¹⁴⁰² El juego de Orlando y Sonnino era peligroso. Su oponente principal, Wilson, probablemente ya no estaría en el poder cuando hubieran transcurrido dieciocho meses.¹⁴⁰³ Pero la democracia italiana tal vez no duraría tanto. Orlando dijo a Lloyd George: «Necesito encontrar una solución. De lo contrario tendré una crisis en el Parlamento o en las calles de Italia». Lloyd George preguntó: «Y si no la encuentra ¿a quién ve ocupando su lugar?». Orlando replicó: «Tal vez a D'Annunzio».¹⁴⁰⁴

El 19 de junio cayó finalmente el Gobierno de Orlando, pero Sonnino y otros dos delegados se quedaron para firmar el Tratado de Versalles en representación de Italia. Años después Orlando se enorgulleció de no haber sido uno de los signatarios; de hecho, según arguyo, Wilson le había excluido ciertamente de la Conferencia de Paz con su llamamiento al pueblo italiano.¹⁴⁰⁵ Aunque Italia había participado poco en la redacción del tratado, las cosas no le fueron tan mal: recibió un escaño permanente en el consejo de la Sociedad de Naciones y una parte de las reparaciones que pagó Alemania. Sin embargo, Italia no lo veía así. Tal como el embajador británico escribió a un amigo: «Lamento decir que aquí están muy irritados y deprimidos. Y no lo están menos, tal vez, porque tienen la sensación de que sus propios representantes han llevado mal las cosas en muchos sentidos». ¹⁴⁰⁶ Italia era un país aprensivo que albergaba temores relacionados con Yugoslavia, Francia e incluso la recreación de Austria-Hungría. ¹⁴⁰⁷

El Gobierno de Francesco Nitti, que sucedió al de Orlando, estaba preocupado por los problemas internos de Italia. Donde era posible resolver problemas exteriores pendientes, se mostraba muy dispuesto a hacerlo. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Tommaso Tittoni, se entrevistó con Venizelos e Italia y Grecia llegaron a un acuerdo sobre Albania y el Dodecaneso. Hubo todavía más movimiento en el Adriático. En agosto de 1919 Tittoni acordó con Lloyd George y Clemenceau que Fiume se convirtiera en una ciudad neutral al amparo de la Sociedad de Naciones y que toda Dalmacia fuese para Yugoslavia. La propuesta se envió a Wilson, que ya había regresado a Estados Unidos, pero antes de que llegara la respuesta D'Annunzio decidió resolver el asunto a su manera.

Varios grupos, algunos de ellos en las fuerzas armadas, así como asociaciones de ex combatientes, fascistas y anarquistas, se habían pasado todo el verano tramando, de forma más o menos abierta, apoderarse de Fiume. Finalmente persuadieron a D'Annunzio, que estaba enfrascado en una nueva aventura amorosa, a ponerse al frente de ellos. Al caer la tarde del 11 de septiembre (fecha que se eligió por que D'Annunzio creía que el número once traía buena suerte), se puso en marcha con unos doscientos hombres. Al día siguiente, los soldados que debían pararle los pies se unieron a sus fuerzas y D'Annunzio entró triunfalmente en Fiume. El mando militar italiano se retiró sin chistar y las otras fuerzas aliadas hicieron lo mismo, más a regañadientes. La ciudad, al menos sus partes italianas, se volvió loca de entusiasmo. Aquella noche D'Annunzio pronunció el primero de sus dramáticos discursos desde el balcón del palacio del gobernador.

Durante los quince meses siguientes Fiume se vio atrapada en un frenesí de ceremonias, espectáculos, bailes y saraos. Los edificios de la ciudad aparecían cubiertos de banderas y pancartas, sus jardines fueron despojados de flores para arrojarlas en los desfiles. Sumidos en una fiebre de nacionalismo y revolución, empujados por la bebida y las drogas, los sacerdotes exigían el derecho a casarse y las jóvenes pasaban toda la noche fuera de casa. En la ciudad resonaban, según los observadores, los jadeos de los amantes y se reservó un hospital para tratar las enfermedades venéreas. ¹⁴⁰⁸

Voluntarios y simples curiosos procedentes de toda Italia y del resto de Europa burlaban el ineficaz bloqueo aliado: F. T. Marinetti, el artista futurista; el joven Arturo Toscanini, con su orquesta; Guglielmo Marconi, el inventor de la radio; políticos de la oposición llegados de Roma; gánsteres y prostitutas; ases de la guerra con sus aviones; y Mussolini. De todo el Adriático, modernos piratas entraban y salían velozmente de Fiume en embarcaciones incautadas para apoderarse de pertrechos y provisiones. Hombres armados recorrían las calles vestidos con uniformes que ellos mismos habían diseñado. «Algunos llevaban barba y la cabeza completamente rasurada», informó Osbert Sitwell. «Otros habían cultivado enormes mechones de pelo, de medio palmo de largo, que ondeaban sobre su

frente, y lucían un fez negro en la coronilla.»¹⁴⁰⁹ Lo más alarmante para el Gobierno italiano era que muchos de sus propios oficiales, desde héroes de guerra hasta distinguidos generales, decidieron compartir la suerte de D'Annunzio. La oratoria de D'Annunzio alcanzó cotas insólitas. Fiume era sagrada, la ciudad de la libertad, desde la cual dirigiría una cruzada para liberar primero Dalmacia, luego Italia y finalmente el mundo.¹⁴¹⁰ Se puso en comunicación con los bolcheviques, con nacionalistas egipcios, con croatas disgustados con la nueva Yugoslavia y con el Sinn Fein. Salían de Fiume rumores fantásticos, algunos de ellos ciertos, que hablaban de asesinos enviados a matar a Nitti y Tittoni. Y en Italia corrían rumores no menos inquietantes sobre golpes militares y alzamientos en armas. En el verano de 1921 grandes sectores del norte de Italia ya eran prácticamente ingobernables, mientras los escuadrones fascistas luchaban contra sus enemigos izquierdistas y demócratas.¹⁴¹¹

Era una situación horrible y embarazosa para el Gobierno italiano, que trataba desesperadamente de encontrar una resolución que no enfureciera aún más a la opinión nacionalista, en casa, o a los Aliados de Italia en el extranjero.

Nitti intentó rendir a D'Annunzio por hambre imponiendo un embargo a Fiume, aunque se permitió que la Cruz Roja italiana abasteciera a la ciudad de los artículos básicos.¹⁴¹² Mussolini observaba y esperaba.

Las conversaciones con los aliados de Italia dieron por resultado propuestas de creciente complejidad, pero poco más. Desde Washington, Wilson descartó categóricamente toda solución que diera a Italia el control de Fiume. Lloyd George señaló con acritud que Estados Unidos todavía trataba de hacer restallar el látigo en Europa, pero se negaba a asumir responsabilidades.¹⁴¹³ Gran Bretaña y Francia no se atrevían a ejercer demasiada presión sobre Italia. «He aquí un país», dijo Clemenceau a Lloyd George, «donde el rey no pinta nada, donde el ejército no obedece las órdenes, donde hay ciento ochenta socialistas en un lado ¡y ciento veinte hombres que pertenecen al Papa en el otro!»¹⁴¹⁴

Finalmente, en 1920, las dos naciones involucradas de forma más directa, Italia y Yugoslavia, lograron llegar a un acuerdo a pesar de todas las dificultades. Un nuevo Gobierno italiano (el de Nitti había caído en junio) encabezado por el duro, viejo y realista Giovanni Giolitti quiso restaurar el orden en el interior y sacar al país de nefastas aventuras en el exterior. Italia retiró sus tropas de Albania, contribuyendo con ello a mitigar las tensiones con Yugoslavia. Por su parte, el Gobierno de Belgrado tenía gran necesidad de reactivar el comercio de Yugoslavia, lo cual no sería posible mientras los italianos pusieran obstáculos en los puertos del Adriático. Cuando las elecciones presidenciales de noviembre en Estados Unidos llevaron a un republicano a la Casa Blanca, los yugoslavos abandonaron toda esperanza de una intervención milagrosa de los estadounidenses.¹⁴¹⁵ Poco después, delegados italianos y yugoslavos se reunieron en Rapallo y el mundo quedó atónito al anunciarse que se había redactado un tratado que fijaba las fronteras entre sus respectivos países. Italia recibió prácticamente toda la península de Istria, Zadar (la única población de la costa dálmata en la que había una mayoría italiana) y unas cuantas islas pequeñas e insignificantes en el Adriático. El resto fue para Yugoslavia, a la vez que Fiume se convertía en un Estado libre, unido a Italia por una franja de tierra.

Muchos nacionalistas italianos, entre ellos Mussolini, vieron el tratado como un triunfo, porque, después de todo, había impedido que Fiume cayera en manos eslavas. En Yugoslavia, los croatas y los eslovenos se quejaron de que sus intereses habían sido sacrificados una vez más por los serbios. En la propia Fiume, D'Annunzio se encerró en un aislamiento amargo del cual salía de vez en cuando

para insistir en que prefería morir a abandonar la ciudad. El 1 de diciembre de 1920 declaró la guerra a Italia. Esto empujó a los militares italianos a entrar por fin en acción. La víspera de Navidad sus cañones abrieron fuego. Después de que una bomba no le alcanzara por poco, D'Annunzio se apresuró a negociar la rendición, denunció al pueblo italiano por su cobardía y su «glotonería navideña» y regresó sigilosamente a Italia.¹⁴¹⁶

Dos años más tarde Mussolini demostró lo bien que había aprendido la lección de Fiume. Marchó sobre Roma, y la democracia italiana, debilitada por la guerra y por la decepción general que había causado la «victoria mutilada», cedió casi sin protestar. En enero de 1924 Mussolini anexionó Fiume a Italia; en 1940 hizo todo lo posible por borrar del mapa a la odiada Yugoslavia. En 1945 las líneas volvieron a moverse e Istria, con la excepción de Trieste, pasó a formar parte de la reconstituida Yugoslavia. Unos trescientos mil italianos huyeron a Italia.

Fiume se llama ahora Rijeka y sólo la vieja generación recuerda algo de la lengua italiana.

D'Annunzio siguió viviendo como siempre a costa del Estado. Era, según el nuevo *duce*, como una muela cariada que había que arrancar o empastar con oro.¹⁴¹⁷ Volvió a intervenir poco en la vida pública, prefiriendo vivir en su finca con su magia, sus mujeres y su cocaína. Desaprobaba la creciente amistad de Italia con Alemania y murió en 1938 en circunstancias misteriosas. Una joven tirolesa de lengua alemana que había sido su ayudante y su querida abandonó súbitamente la casa y lo siguiente que se supo de ella era que trabajaba en la oficina del ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Joachim von Ribbentrop.¹⁴¹⁸

Sonnino, cuya tozudez había amenazado con destruir la Conferencia de Paz de París, nunca replicó a sus detractores y nunca volvió a hablar en público en Italia. Murió a finales de 1922; lo único que pidió al Estado al que había servido durante tanto tiempo fue que le enterraran en un sarcófago cubierto con cemento en un acantilado a los pies de su amada casa de la costa de Toscana.¹⁴¹⁹ Orlando vivió más tiempo que casi todos los otros y desempeñó un papel en el derrocamiento de los fascistas en 1944. Murió, convertido en un venerado senador, en la Italia democrática de 1952.

23 Japón y la igualdad racial

En la primavera de 1919 una cuestión intrigante hizo que la atención de la prensa francesa se desviara temporalmente de la crisis italiana. El príncipe Saionji, el distinguido estadista que encabezaba la delegación japonesa, ¿estaba en París? Apenas se le había visto y corrían rumores de que estaba enfermo de gravedad o incluso que había vuelto a Japón. Stephen Bonsal, los ubicuos ojos y oídos de House, arguyó que era un comportamiento oriental típico, que el príncipe prefería estar aislado y «mover los hilos que hacían bailar a las marionetas».¹⁴²⁰ Los occidentales que trataban con Japón tendían a recurrir a los estereotipos sobre el misterioso Oriente. Eran muchas las cosas curiosas relativas a Japón; incluso su posición en el mundo. ¿Era una gran potencia o no? ¿Y tenía derecho a mandar a París tantos delegados como las otras grandes potencias? La respuesta podía ser negativa o afirmativa. Japón era un elemento muy nuevo en la escena mundial y hasta 1914 sólo había prestado atención al cercano este de Asia. Aunque había declarado la guerra a Alemania, no había hecho ningún esfuerzo importante en el bando aliado. Por otra parte, tenía una de las tres o cuatro marinas de guerra mayores del mundo (dependía de si se contaba la marina alemana o no), un ejército impresionante y una balanza comercial muy favorable. Borden, el primer ministro canadiense, opinaba que «en el mundo sólo quedaban tres grandes potencias: Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón». Cuando finalmente nació la Sociedad de Naciones, le cupo a Japón el dudoso honor de ser clasificado en quinto lugar en lo que se refería a las aportaciones que se esperaban.¹⁴²¹

A las grandes potencias sencillamente les resultaba imposible ser consecuentes. Asignaron a Japón el número de cinco delegados en la Conferencia de Paz, igual que ellas, pero en el Consejo Supremo generalmente se hacía caso omiso de los japoneses o se les trataba como si fueran una especie de comparsa. «Y pensar», dijo Clemenceau en un comentario audible a su ministro de Asuntos Exteriores durante una reunión del consejo, «que en el mundo hay mujeres rubias; y aquí estamos encerrados con estos japoneses, que son tan feos.»¹⁴²² Cuando se decidió acelerar las cosas creando el Consejo de los Cuatro, no se incluyó a Japón. La excusa que se dio, y no fue más que eso, era que a diferencia de las otras grandes potencias, al frente de la delegación japonesa no había un primer ministro o un presidente.

La delegación japonesa era como el príncipe Saionji: distinguida, pero retraída. Aunque el elegante hotel Bristol estaba lleno de expertos en toda clase de cosas, desde las cuestiones navales hasta las laborales, los representantes japoneses en los diversos organismos de la conferencia interpretaron, como dijo un comentarista británico, «principalmente el papel de observadores».¹⁴²³ No fue una ayuda que muchos de ellos sólo tuvieran conocimientos rudimentarios de inglés o francés. Cuando el presidente de un comité preguntó al miembro japonés si votaba «*aye*» o «*nay*»,¹⁴²⁴ la respuesta fue «*yes*».¹⁴²⁵ En todo caso, Japón era como Italia; tenía ciertos objetivos en París, pero poco interés en nada más. «Eran los comerciantes de precio único de la conferencia», escribió el encargado de prensa de Wilson, Baker, «poseen el don, tal vez el don oriental, de saber esperar.»¹⁴²⁶

Las figuras más públicas de la delegación japonesa eran dos diplomáticos experimentados, el barón Makino, que había sido ministro de Asuntos Exteriores, y el vizconde Chinda, que era

embajador en Gran Bretaña. House los encontró «silenciosos, fríos, vigilantes»,¹⁴²⁷ y entre los demás negociadores corrían chistecillos sobre lo mucho que se parecían el uno al otro. Los estadounidenses los llamaban los dos «mikados».¹⁴²⁸ Pero había diferencias importantes entre ambos. Makino era un liberal al que gustaba la nueva diplomacia de Wilson y apoyaba la Sociedad de Naciones.¹⁴²⁹ Por desgracia, como su inglés no era muy bueno, no podía comunicar esto. Chinda hablaba mejor el inglés y en las cuestiones delicadas parecía partidario de la línea dura. Todos los delegados japoneses eran controlados rigurosamente desde Tokio, excepto el propio Saionji, demasiado eminente para ese sometimiento.¹⁴³⁰

Y estaba en París, aunque había llegado tarde, a principios de marzo. Al ver que Wilson, Lloyd George, Clemenceau y Orlando encabezarían allí las delegaciones de sus países respectivos, el Gobierno japonés se apresuró a enviarlo, para compensar el hecho de no trasladar al primer ministro (cuya posición política era demasiado precaria para arriesgarse a viajar a Europa) o al ministro de Asuntos Exteriores (que estaba demasiado enfermo). El nombramiento de Saionji indicó que Japón se tomaba la conferencia en serio. El Gobierno también esperaba que, si Japón no obtenía todo lo que quería en la conferencia, su prestigio lo protegiera de los ataques de sus enemigos y evitara disturbios como los que habían estallado al terminar la guerra ruso-japonesa.¹⁴³¹ En París, Saionji optó por mantenerse en segundo plano y facilitar la labor de sus colegas por medio de entrevistas personales extraoficiales, más o menos como hubiera hecho en Japón.

El 15 de abril Bonsal hizo una visita de cortesía al elusivo príncipe en su piso cerca del parque Monceau. Era la visita a un viejo conocido, pero también un intento de mejorar las relaciones entre Japón y sus aliados, que eran bastante tensas. Le recibieron dos formidables inspectores de policía japoneses que le hicieron cruzar una serie de habitaciones hasta llegar al sanctasanctórum. «Una luz tenue, casi religiosa llenaba la habitación y transcurrieron unos segundos antes de que distinguiera una figura alta, esbelta y bastante descarnada vestida a la usanza japonesa, que avanzaba hacia mí con las manos extendidas. Su semblante era tan sereno como el del Gran Buda que contempla el mar desde Kamakura.»¹⁴³²

Los dos hombres charlaron amigablemente sobre tiempos pasados en Japón y sobre viejos amigos. Tocaron el problema de Rusia y el Gobierno bolchevique, pero evitaron celosamente hablar de las tensiones entre Japón y Occidente, con la excepción de un comentario indirecto y muy revelador. Bonsal hizo preguntas sobre un experimento que un ministro de Asuntos Exteriores japonés llevó a cabo en la década de los años noventa del siglo XIX y que consistió en injertar esquejes traídos del extranjero en un pino enano del santuario de Ise, el más sagrado de la religión sintoísta, que gozaba de la aprobación del Estado. El príncipe le puso al corriente: «Injertó en los tallos sagrados esquejes de pino importados de Noruega y de Escocia, de Rusia y de California. A resultas de ello, hubo algunos contratiempos temporales, pero el noble tipo de pino sintoísta de Ise no tardó en prevalecer».¹⁴³³

El príncipe sabía muy bien qué mensaje estaba transmitiendo. Durante su vida había visto cómo su país dejaba de ser un insignificante grupo de islas en el norte del Pacífico para transformarse en una gran potencia. A los japoneses, y no digamos a los extranjeros, todavía les cuesta comprender la magnitud de aquel cambio. Lo que antes era una nación encerrada en sí misma y gobernada por una nobleza feudal se había convertido en una potencia moderna con todo lo necesario: una economía industrial a la que en 1919 ya le faltaba poco para rivalizar con la de Francia; unas fuerzas armadas que habían cambiado sus espadas y picas de acero por ametralladoras y acorazados; y una infraestructura de ferrocarriles, telégrafos, escuelas y universidades. Los señores feudales, al igual

que el mismo príncipe, se habían convertido en diplomáticos, políticos e industriales; sus criados se habían alistado en el ejército o en la policía.

El príncipe era un hombre complejo y sutilísimo, tan híbrido como su nación. Su viaje a París no había sido sólo un viaje de kilómetros, sino de siglos. Nació en 1849, en un Japón que en gran medida seguía aislado del resto del mundo. Su largo árbol genealógico, que se llevaba con el máximo cuidado, mostraba matrimonios con otras grandes casas y con la propia familia imperial. En comparación, el clan Tokugawa, que había gobernado Japón desde el siglo XVII en nombre de un emperador impotente, era un hatajo de vulgares advenedizos. Recibió la educación que se acostumbraba a dar a un joven de su clase social: literatura clásica, en chino además de en japonés, caligrafía, los instrumentos tradicionales y el cultivo de los diminutos y perfectos árboles bonsái.¹⁴³⁴ También escandalizó a sus mayores aprendiendo a montar a caballo, pues era algo que se consideraba degradante para alguien de su categoría. Si las cosas hubieran seguido su curso normal, habría consumido su vida en el mundo sofocante y cerrado de la antigua corte, con un puesto honorario y una esposa escogida entre el reducido número de muchachas apropiadas. Nunca habría viajado al extranjero porque estaba prohibido y, más importante aún, porque era impensable. Nunca habría gozado de verdadero poder, porque el poder estaba en manos de la nobleza militar.

Los japoneses tienen un mito según el cual sus islas se sostienen en equilibrio sobre el lomo de una tortuga gigantesca y cuando ésta se mueve hay terremotos. En 1853 se registró un terremoto de un tipo muy distinto. Un agresivo marino estadounidense, el comodoro Perry, que actuaba en nombre de su Gobierno, se presentó en la bahía de Tokio y exigió la apertura de relaciones comerciales entre Japón y Estados Unidos. Llegaron luego barcos de guerra británicos, franceses y rusos que también exigieron privilegios comerciales, el derecho de sus ciudadanos a entrar en Japón y relaciones diplomáticas. Durante una década y media los círculos gobernantes japoneses discutieron si había que rechazar a los insolentes extranjeros o tratar con ellos, pero los aislacionistas acérrimos no pudieron resistir la acometida de un Occidente combativo y expansionista. Incluso en el seno de la nobleza había jóvenes radicales que instaron a los gobernantes de la casa Tokugawa a abrir el país al mundo y permitirles viajar al extranjero. Ecos del debate llegaron a la tranquila y aislada corte de Kyoto y el joven Saionji tomó partido por los radicales. Decidió que también él iría al extranjero, si le era posible.

En 1868 los nobles reformadores arrebataron el poder al viejo régimen Tokugawa, en nombre de un antiguo discípulo de Saionji que ahora se vio convertido en el emperador Meiji. Estalló una breve guerra civil en la que Saionji luchó al lado de los radicales. Al volver a la corte, causó un nuevo escándalo porque se presentó vestido a la usanza occidental y con el pelo corto.¹⁴³⁵ La Restauración Meiji (nombre engañoso que se dio al golpe de Estado) fue el principio de un extraordinario esfuerzo nacional en el que centenares de jóvenes japoneses fueron enviados a estudiar al extranjero, al tiempo que se pagaba generosamente a expertos occidentales para que se trasladaran a Japón con el fin de beneficiarse de sus conocimientos. El lema del Gobierno resumía el objetivo: «Enriquecer la nación y fortalecer el ejército». Japón escogió a Gran Bretaña como modelo de su marina de guerra, a Prusia como modelo de su ejército y su constitución, a Estados Unidos como el de su sistema bancario, y al mundo en general como el de su economía.

Saionji rechazó ofertas de cómodos empleos gubernamentales y salió a ver mundo. En 1870 llegó a Francia, donde pasaría los diez años siguientes. Hizo la carrera de Derecho en la Sorbona, donde uno de sus amigos y compañeros de clase era el joven Clemenceau, que le recordaba «amable» e «impetuoso».¹⁴³⁶ Conoció a los hermanos Goncourt y a Franz Liszt. Le encantaban los franceses, su cultura y sus tradiciones liberales. Incluso hablaba en francés cuando dormía. Hasta el final de su

vida bebió agua de Vichy y usó colonia Houbigant, que había que importar especialmente para él.¹⁴³⁷

El Saionji que regresó a Japón era encantador, irónico, elegante y un poco distante. También llenaba de desconcierto a sus compatriotas. Un crítico utilizó tres palabras para describirle: «inteligencia, indolencia e indiferencia».¹⁴³⁸ A pesar de que se enorgullecía de su familia, nunca se tomó la molestia de casarse, aunque sostuvo largas relaciones con varias queridas. (En 1919 llegó a París con una mujer a la que llevaba casi cincuenta años; la envió de vuelta a Japón porque era indiscreta). Nunca tuvo que preocuparse por la riqueza material; un hermano suyo, más joven, llegó a dirigir uno de los enormes y nuevos grupos industriales y, como cosa normal, se encargó de mantenerle.¹⁴³⁹

Saionji sirvió al nuevo Japón en calidad de diplomático, ministro de Asuntos Exteriores y luego, a comienzos del siglo XX, presidente de Gobierno. En 1913 el nuevo emperador le nombró *genro*, palabra que se traduce de forma poco apropiada por «anciano estadista». Si bien los *genro* no desempeñaban ningún cometido oficial de acuerdo con la nueva constitución japonesa, ejercían enorme influencia, especialmente en la formación de nuevos gobiernos y en la política exterior. En épocas de crisis una palabra del *genro* solía ser suficiente para decidir un asunto. En términos estadounidenses, hubiera sido como si William Taft y Theodore Roosevelt no sólo hubiesen escogido a Wilson para la presidencia, sino que también hubieran vigilado su política.

El país de Saionji cosechó un éxito asombroso ya antes de 1914: fue la única nación asiática que se resistió a los imperialistas occidentales y además se unió a ellos. Su producto interior bruto —el valor total de los bienes y los servicios— casi se triplicó entre 1885 y 1920 (la minería y las manufacturas prácticamente se sextuplicaron). En 1914 todos los barcos que necesitaba la marina ya se construían en el país. Los logros de Japón antes de 1918 sólo pueden compararse con los de después de 1945.¹⁴⁴⁰ Un cambio tan rápido produjo tensiones además de beneficios. Muchos japoneses recordaban con nostalgia un pasado más sencillo, pero Saionji instaba a sus compatriotas a mirar hacia un futuro de democracia liberal y les prevenía acerca de apoyarse exclusivamente en la fuerza militar.¹⁴⁴¹ La advertencia era necesaria porque, al hacerse Japón más poderoso, se alzaron voces influyentes que argüían que debía imponer su voluntad a sus vecinos, empleando la fuerza si era necesario.

En los años anteriores a 1914 la fuerza parecía ser provechosa, ya que Japón se apuntó una serie de victorias militares, la primera a costa de China en 1895, año en que los japoneses adquirieron Taiwan y una posición dominante en Corea. En 1902, Gran Bretaña rindió homenaje al creciente poderío japonés y abandonó su antigua hostilidad a las alianzas. La alianza naval anglo-japonesa, que seguía vigente en 1919, fue una señal, especialmente para los japoneses, de que Japón había salido a la escena mundial. En 1904 Japón se enfrentó al formidable poderío de Rusia en Manchuria, derrotó a los ejércitos rusos en tierra y hundió no una, sino dos de las flotas de Rusia. En virtud de la paz que se firmó en 1905 Japón obtuvo amplios derechos en Manchuria. Al cabo de unos años, en 1910, se anexionó oficialmente Corea, confirmando así lo que el mundo ya había aceptado. (Una reducida y triste delegación coreana se presentó más tarde ante la Conferencia de Paz para reivindicar la independencia).

Las demás potencias observaban con una mezcla de admiración y aprensión. El éxito de Japón casi era excesivo. Las exportaciones japonesas competían con las de aquéllas. En 1914, por ejemplo, una cuarta parte de las exportaciones mundiales de hilo de algodón era japonesa.¹⁴⁴² Los británicos empezaron a preocuparse por la amenaza que se cernía sobre su dominación de los mercados en China y la India. Estados Unidos velaba por sus intereses en Asia, que incluían no sólo el comerc

con China, sino también su nueva posesión, las Filipinas. Entre los asiáticos, sin embargo, Japón era una inspiración, la prueba de que era posible vencer a los imperialistas occidentales. Hasta los chinos, que eran los que más tenían que perder a causa de un Japón fuerte, veían esperanza en el ejemplo japonés. Miles de jóvenes chinos cruzaron el Pacífico norte para estudiar en universidades japonesas.

La única parte de Asia donde había escepticismo ante el poderío japonés era en el mismo Japón. La guerra con Rusia casi había sido demasiado para la capacidad de resistencia de la joven economía moderna de Japón. ¿Valió la pena? ¿Qué pensaban las otras potencias de la victoria japonesa? Los japoneses sólo veían que el mundo occidental tardaba en aceptarlos como a iguales. Un destacado estadista se quejó amargamente a un amigo alemán: «Por supuesto, lo que realmente tenemos de malo es que nuestra piel es amarilla. Si fuera tan blanca como la vuestra, el mundo entero se alegraría de que hubiésemos puesto fin a la inexorable agresión rusa».¹⁴⁴³

Los japoneses eran dolorosamente conscientes de su propia vulnerabilidad. Tenían muy pocos recursos propios. ¿Y si otras naciones optaban por impedirles acceder a materias primas y mercados? La solución que proponían los nacionalistas era que Japón siguiese el ejemplo de otras potencias y creara un imperio. Se hablaba de que la misión histórica de Japón era ser el líder de Asia. China en particular era una tentación irresistible. Su última dinastía reinante agonizaba y el país se estaba fragmentando a causa de la corrupción, el regionalismo y el bandidaje. En 1911 estalló una revolución que fracasó y sólo sirvió para incrementar la anarquía. China tenía muchas cosas que Japón necesitaba, desde materias primas hasta mercados. Y Manchuria, un poco más allá de Corea, estaba casi deshabitada. Esto último era una consideración importante en un país cuya población había aumentado en un 45 por ciento entre 1888 y 1920 y cuyos líderes temían que el exceso de habitantes provocara malestar social, o incluso una revolución. El obstáculo eran las otras potencias, que, aunque estuvieran dispuestas a dar a Japón carta blanca en Manchuria, se oponían en el caso de China propiamente dicha, donde tenían sus propios intereses que proteger.

Los sueños nacionalistas preocupaban a liberales como Saionji, que dijo: «No me preocupa una falta general de patriotismo, pero me da miedo pensar adonde podríamos llevar una abundancia de patriotismo». Era ante todo un internacionalista que creía que un orden mundial estable permitiría que Japón, junto con otras naciones, floreciese pacíficamente. Si la expansión en Asia perjudicaba las buenas relaciones de Japón con las otras potencias, entonces había que detenerla.¹⁴⁴⁴ El estallido de la Gran Guerra no hizo más que intensificar el debate.

Los japoneses contemplaron el conflicto con distanciamiento, según dijo un anciano estadista, «como un incendio en la otra orilla del río».¹⁴⁴⁵ Al principio el Gobierno titubeó sobre lo que debía hacer. ¿Había de permanecer al margen del conflicto? ¿Respaldar a las potencias centrales? (Muchos oficiales del ejército se habían formado en Alemania, por cuyas fuerzas armadas sentían profundo respeto). ¿Respaldar a los Aliados? (El punto de vista de la marina, que tenía vínculos estrechos con Gran Bretaña). Los debates en el gabinete fueron en gran parte pragmáticos y giraron en torno a dónde encontraría Japón las mejores condiciones.¹⁴⁴⁶ Al final la decisión fue favorable a los Aliados. «Japón debe aprovechar la oportunidad de un milenio», dijo el Gobierno al declarar la guerra, «y establecer sus derechos e intereses en Asia».¹⁴⁴⁷ Al atacar a Alemania, Japón escogió una forma poco arriesgada de promover dichos intereses. Alemania tenía algunas concesiones en China, en la península de Shantung (Shandong), y una serie de islas pequeñas en el norte del Pacífico —las Marshall, las Carolinas, las Marianas— y carecía de medios para defenderlas. La campaña terminó antes de noviembre de 1914.

El resto de la guerra fue igualmente bueno para Japón. No sólo proporcionó pedidos a los fabricantes japoneses, sino que perjudicó a gran parte de sus competidores de antes del conflicto. La marina mercante japonesa se multiplicó por dos, cuando las exportaciones japonesas a Gran Bretaña y Estados Unidos se doblaron; las exportaciones a China se cuadruplicaron, y las destinadas a Rusia se sextuplicaron.¹⁴⁴⁸ En 1918 el australiano Hughes, que no tenía pelos en la lengua, advirtió a Balfour que los laboriosos japoneses estaban penetrando en todas partes. «También nosotros debemos trabajar de forma parecida o retirarnos, como mis antepasados, de las fértiles llanuras a las montañas áridas y escarpadas.»¹⁴⁴⁹ Y no era sólo la amenaza económica lo que preocupaba a británicos y estadounidenses; en el mar Japón era ahora más poderoso que en 1914 y en tierra estaba extendiendo su influencia sobre China y penetrando en la Siberia rusa.

El resentimiento preocupaba a los japoneses. Durante la guerra el anciano estadista Yamagata señaló: «Es importantísimo, tomar medidas para impedir la formación de una alianza blanca contra los pueblos amarillos».¹⁴⁵⁰ En 1917 el Estado Mayor japonés dijo que descartaba el envío de tropas a luchar en Europa. Japón las necesitaría, cuando terminase la guerra, para resistirse a la competencia occidental en China.¹⁴⁵¹ Poco antes del fin de la contienda, una revista japonesa preguntó a figuras destacadas qué era lo que, en su opinión, sacaría Japón de la guerra. Las respuestas reflejaron un pesimismo considerable sobre la posición internacional de Japón y sobre los designios de Gran Bretaña y Estados Unidos en Asia.¹⁴⁵² Los temores de que las potencias blancas formaran una coalición antijaponesa no eran tan descabellados como parecían. Al finalizar la guerra, hasta líderes occidentales responsables habían sacado a regañadientes la conclusión de que quizás un enfrentamiento sería inevitable algún día. En 1917, en un memorándum dirigido al Gabinete de Guerra, Balfour decía, casi como un comentario aparte, que era casi seguro que Gran Bretaña defendería a Estados Unidos si Japón atacaba.¹⁴⁵³ El dilema de Japón, que se agudizaría en los años treinta del siglo pasado, era si debía confiar en las potencias blancas, trabajar con ellas para reforzar el orden internacional o dar por sentado que era mejor cuidar de sí mismo.

El Gobierno también tenía que escuchar a su propia opinión pública, que exigía una compensación de los costes de atacar a Alemania, que sólo en China ascendían a 2000 vidas japonesas y 50 millones de yenes.¹⁴⁵⁴ Y la opinión pública, no sólo entre los nacionalistas fanáticos sino también entre la gente corriente, era algo que las élites gobernantes de Japón empezaban a temer. La prosperidad nacida de la guerra no había llegado de manera igual a todos los sectores de la sociedad y los nuevos ricos eran blanco del resentimiento popular. La Revolución rusa constituía un ejemplo inquietante de lo que podía ocurrir. A mediados de 1918 estallaron graves disturbios a causa del coste del arroz que provocaron la caída del Gobierno.

El nuevo Gobierno que asumió el poder estaba decidido a conservar lo que había ganado Japón, pero tenía la esperanza de hacerlo sin alarmar a las otras potencias. La delegación japonesa fue enviada a París con tres objetivos claros: hacer que se incluyera una cláusula sobre la igualdad racial en el pacto de la Sociedad de Naciones, controlar las islas del norte del Pacífico y conservar las concesiones alemanas en Shantung. Por lo demás, según las instrucciones, debía atenerse a los Catorce Puntos de Wilson. El primer ministro dijo personalmente a Makino que cooperase con los británicos y los estadounidenses.¹⁴⁵⁵ Era más fácil decirlo que hacerlo.

El Consejo Supremo se ocupó en primer lugar de las islas del Pacífico: las Marshall, las Marianas y las Carolinas, miles de pequeñísimos atolones y arrecifes que salpicaban la inmensidad del océano entre las Hawai y las Filipinas. Estas islas y sus pobladores habían pasado los siglos en pacífica oscuridad. La rivalidad imperial, la difusión de la nueva tecnología y el crecimiento de las marinas

de guerra modernas las habían hecho valiosas para los extranjeros, primero alemanes y ahora japoneses. Los militares japoneses insistían en que era necesario que Japón pudiera dominar una parte del Pacífico, suficiente como para protegerse y controlar el acceso a mercados y materias primas en el continente asiático. Eso significaba a su vez la necesidad de poder hacer frente a otras potencias navales. Japón había derrotado tanto a China como a Rusia antes de 1914 y tenía firmado un tratado naval con Gran Bretaña, pero no había llegado a un acuerdo satisfactorio con Estados Unidos. Ni era probable que llegase.

En 1898, durante la guerra hispano-estadounidense, Estados Unidos se apoderó de las Filipinas y de la importante base de Guam en el este. En parte para proteger sus nuevas adquisiciones, también se había anexionado las Hawaii. Estados Unidos, de un salto, se acercó miles de kilómetros a Japón. Hasta la primera guerra mundial la marina de guerra estadounidense tuvo sus bases en el Atlántico, pero había señales de que la estrategia de Estados Unidos estaba cambiando para poder hacer frente a sus responsabilidades en Asia. En 1908 el presidente Theodore Roosevelt envió una flota a dar la vuelta al mundo. Logró que el Congreso aumentara de forma creciente el presupuesto destinado a la marina y empezó la construcción de la base naval de Pearl Harbor en las Hawaii. En 1914 su marina era la tercera del mundo, después de la británica y la alemana. Al año siguiente se inauguró el canal de Panamá, que se había construido con dinero estadounidense y facilitó el paso de un océano al otro. En 1916 el Gobierno de la potencia norteamericana ya había decidido crear una marina «de dos océanos».¹⁴⁵⁶ Algunos de sus ciudadanos hablaban del destino manifiesto, de cómo Estados Unidos forzosamente iría expandiéndose hacia el oeste. Por desgracia, era inevitable que ese destino acabara provocando un choque con los japoneses, y lo que un país consideraba maniobras defensivas era visto como muestras de agresividad por el otro.

Tanto los planificadores militares japoneses como los estadounidenses eran conscientes de que sus respectivos países empezaban a chocar el uno con el otro. Cada bando trazó planes para una posible guerra, principalmente como precaución. En ambos bandos, con todo, había quienes se tomaban la perspectiva de una guerra muy en serio, incluso con entusiasmo. En Estados Unidos se publicaron antes de 1914 novelas que aterrorizaban a los lectores con la pesadilla de una victoriosa invasión japonesa. Estas novelas se vendían especialmente bien en la costa occidental. La prensa sensacionalista de Hearst insistía en el «peligro amarillo» y se despachó a gusto hablando de complots del Gobierno japonés para construir una base naval cuando un grupo de simples pescadores japoneses trató de arrendar una bahía en la mexicana Baja California.¹⁴⁵⁷ En Japón se registraron alarmas extrañamente parecidas y la prensa empezó a hablar del «peligro blanco». Un oficial de la marina japonesa retirado escribió una novela titulada *Nuestra próxima guerra*, en la cual Japón atacaba a Estados Unidos y se apoderaba de islas estadounidenses en el Pacífico. Cuando Japón se dispuso a avanzar sobre las concesiones alemanas en China en 1914, muchos oficiales y soldados creyeron, al parecer, que les estaban movilizando para luchar contra los estadounidenses.¹⁴⁵⁸ La marina japonesa aconsejó a su Gobierno que conservara las islas como perímetro exterior que detuviera un avance hostil de los estadounidenses o, en su defecto, que pudieran emplearse como bazas para negociar un acuerdo de desmilitarización en el Pacífico.¹⁴⁵⁹

Japón podía contar con cierto apoyo en París. En febrero de 1917, a cambio de la ayuda naval de los japoneses, Gran Bretaña había reconocido sus reivindicaciones de las islas, e Italia, Francia y Rusia, siguiendo el ejemplo británico, habían hecho lo mismo. En cambio, los dominios británicos de Nueva Zelanda, Australia y, en menor medida, Canadá veían con aprensión —en modo alguno contenida— el aumento de la presencia japonesa en el Pacífico. En la propia Gran Bretaña existía la

sensación de que la ayuda japonesa durante la guerra había tardado en llegar y se había prestado de mala gana. La mermelada que el director de una gran compañía naviera japonesa envió a los soldados británicos que luchaban en primera línea y la aportación, más útil, de una escuadra en el Mediterráneo en 1917 no apaciguaron del todo a los británicos.¹⁴⁶⁰ (La opinión que tenían de la aportación japonesa era compartida por los franceses; tal como Clemenceau dijo a los demás negociadores en enero de 1919: «¿Quién puede decir que en la guerra interpretó un papel que sea comparable, por ejemplo, con el de Francia? Japón defendió sus intereses en el Lejano Oriente, pero todo el mundo sabe cuál fue su respuesta cuando se le pidió que interviniera en Europa».¹⁴⁶¹) Pocos estadistas europeos, embarcados como estaban en una lucha a vida o muerte, podían ver objetivamente que no había ninguna buena razón para que Japón interviniera en Europa. Las relaciones no mejoraron cuando Alemania sondeó las posibilidades de firmar la paz con Japón. Aunque los japoneses no respondieron, se creó la impresión de que eran unos aliados poco dignos de confianza. La marina británica empezó a estudiar la posibilidad de una futura guerra contra Japón.¹⁴⁶²

No obstante, la posición oficial británica en la Conferencia de Paz de París consistía en apoyar las reivindicaciones japonesas. Así lo indicó claramente su delegación cuando los japoneses pidieron ansiosamente seguridades en este sentido. ¿Por qué se limitó Gran Bretaña a decir que apoyaría las reivindicaciones japonesas en vez de garantizar que Japón recibiera los territorios que quería? Porque era lo único que Gran Bretaña había prometido hacer en el acuerdo secreto de 1917. Lloyd George en persona dijo que Gran Bretaña pensaba cumplir la promesa.¹⁴⁶³

Wilson, por supuesto, no quería saber nada de diplomacia secreta y dijo claramente que, en lo que a él se refería, el acuerdo de 1917 era un pacto privado que no afectaba a Estados Unidos.¹⁴⁶⁴ También se veía sometido a presiones para que fuese duro con Japón. Los sentimientos antijaponeses eran fuertes entre los estadounidenses, debido en parte a la inmigración japonesa, motivo perenne de irritación, pero también a causa de los sondeos de paz alemanes.¹⁴⁶⁵ Otro problema era México; Japón había vendido armas al bando que muchos estadounidenses consideraban el de «los malos» en la sangrienta guerra civil mexicana, y luego, en 1917, en un torpe intento de ganarse a Japón para el bando de las potencias centrales, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, en el notorio telegrama de Zimmermann, pidió a México que invitara a Japón a unirse a una alianza contra Estados Unidos.¹⁴⁶⁶ También esto creó, injustamente, una mala impresión. Al terminar la guerra, cuando los japoneses penetraron con entusiasmo en Siberia, aprovechando para ello la intervención aliada contra los bolcheviques, Wilson compartió el disgusto general ante lo que se vio como las maquinaciones japonesas. Ahora le preocupaba que a Japón le resultase más fácil avanzar hacia las Hawaii, si seguía controlando las islas del norte del Pacífico.¹⁴⁶⁷ Sus asesores navales le advirtieron sobre futuras bases y aeródromos japoneses.

El 27 de enero de 1919 Makino leyó ante el Consejo Supremo una declaración en la cual recordaba a su auditorio que arrebatarse las islas a los alemanes había garantizado la seguridad de las rutas de navegación durante la guerra. Hablando como cualquier otro imperialista, dijo que los nativos eran gente primitiva que sólo podía beneficiarse de la protección y la benevolencia japonesas.¹⁴⁶⁸ Wilson reiteró en tono afable su preferencia por los mandatos en lugar de la posesión pura y simple. No estaba dispuesto a enfrentarse a Japón a causa de las islas, porque ya tenía suficiente con oponerse a sus otras reivindicaciones, por ejemplo las concesiones alemanas en China. Se limitó a decir que Estados Unidos no podía aceptar un mandato japonés sobre Yap, en el extremo occidental de las Carolinas, que era un nexo importante para los cables internacionales. Durante varios años los estadounidenses sacarían de vez en cuando a colación la posibilidad de que se impusiera alguna

forma de control internacional, pero no lograrían nada.¹⁴⁶⁹ Cuando finalmente se repartieron los mandatos en mayo de 1919, Japón recibió los que correspondían a todas las islas que quería.

En los años de entreguerras Japón hizo lo que se temía la marina estadounidense. Aunque los mandatos prohibían instalar bases militares o construir fortificaciones, resultó imposible hacer que se cumpliera esta prohibición. Mientras que a los extranjeros les resultaba cada vez más difícil visitar las islas, Japón envió colonos y fuerzas militares. Contratistas japoneses edificaron grandes puertos, entre otras cosas, y Truk, en las Carolinas, pasó a ser la principal base naval japonesa en el Pacífico sur.¹⁴⁷⁰ En la próxima guerra lo que antes eran islas desconocidas —Tinian, Saipan, la propia Truk— serían escenarios de grandes batallas.

Lo que se llamaría «la cláusula de igualdad racial» en el pacto de la Sociedad de Naciones causó muchas más dificultades. Tenía un gran significado simbólico para los japoneses. Eran una potencia mundial y a sus ciudadanos se les debía tratar con respeto. Por desgracia, en Estados Unidos y los dominios «blancos» la imaginación del público se aferraba al espectro de oleadas de inmigrantes orientales arrollando la civilización blanca. En los años anteriores a la guerra los hombres de negocios japoneses se quejaban de que a menudo sufrían humillaciones cuando viajaban al extranjero. En California, los japoneses perdieron primero el derecho de comprar tierra, luego el de arrendarla y finalmente el de traer a sus esposas. En 1906 el Consejo Escolar de San Francisco enviaba a los niños chinos y japoneses (menos de cien en total) a clases separadas, con el fin de que no superaran en número a los niños de raza blanca.

A los inmigrantes japoneses (y chinos e indios) les costaba cada vez más entrar en Canadá y en Estados Unidos, y les era imposible en el caso de Australia. Incluso durante la guerra, cuando Japón luchaba como aliado del Imperio británico, sus ciudadanos continuaban viéndose excluidos.

El Gobierno japonés se había mostrado conciliador y se había brindado a limitar la emigración, pero era presionado por la opinión pública de su propio país. En 1913, por ejemplo, 20.000 japoneses prorrumpieron en vítores cuando un orador dijo en un mitin que la guerra era preferible a aceptar las leyes californianas sobre la propiedad de la tierra. En 1916 el Gobierno japonés envió a Gran Bretaña un mensaje de una rotundidad insólita en el que decía que «predomina en la Dieta imperial una sensación general de pesar, ante la fuerza de los sentimientos antijaponeses en las colonias británicas».¹⁴⁷¹ Mientras Japón se preparaba para ocupar su lugar en la Conferencia de Paz sus periódicos aparecían llenos de exhortaciones. «Ahora es el momento», decía un artículo de fondo, «de luchar contra la discriminación racial internacional.»¹⁴⁷²

Destacados estadistas advirtieron al Gobierno que Japón debía actuar con mucha prudencia en lo que se refería a la propuesta de crear la Sociedad de Naciones. ¿Y si no era más que otra forma de perpetuar el statu quo y mantener a Japón en segunda fila? Hasta las promesas de nueva diplomacia que hiciera Wilson eran sospechosas. La democracia y el humanitarismo eran sentimientos bonitos, según escribió un joven patriota en un artículo que causó mucho revuelo, pero eran sencillamente un pretexto que usaban Estados Unidos y Gran Bretaña para seguir controlando la mayor parte de la riqueza del mundo. El autor del artículo, el príncipe Konoe, afirmaba que, si Japón quería sobrevivir, tal vez debería ser más agresivo.¹⁴⁷³ La delegación japonesa fue a París con instrucciones de retrasar la creación de la Sociedad de Naciones y, si eso no era posible, asegurarse de que un pacto de la misma prohibiese la discriminación racial.¹⁴⁷⁴ Konoe formaba parte de la delegación en calidad de ayudante de Saionji. Años más tarde sería jefe del Gobierno, cuando Japón se deslizaba hacia una guerra con Estados Unidos. En 1945 se envenenó antes de que pudieran juzgarle por crímenes de guerra.

Wilson, huelga decirlo, insistió en que la Sociedad de Naciones fuese el primer asunto que se tratara en la Conferencia de Paz. Así pues, los delegados japoneses se pusieron a trabajar calladamente, entre bastidores, en la cláusula relativa a la igualdad racial. A comienzos de febrero, Makino y Chinda visitaron a House, que, como de costumbre, se mostró alentador y amistoso. Dijo que siempre había odiado los prejuicios raciales y haría todo lo posible por ayudarles.¹⁴⁷⁵ Con Balfour, un par de días más tarde, estuvo menos optimista. Había probado varias fórmulas diferentes, pero la dificultad era que los japoneses no querían un texto totalmente anodino, mientras que para otros —por ejemplo, los australianos— cualquier mención de la igualdad racial era demasiado. Balfour adoptó su habitual postura distante: la idea de que todos los hombres eran creados iguales era interesante, a su juicio, pero no creía en ella. Difícilmente podía decirse que un hombre de África central fuese igual que un europeo. Asimismo, advirtió a House que la gente, en Estados Unidos y en el Imperio británico, veían la cláusula propuesta como el primer paso hacia la prohibición de las restricciones a la inmigración de japoneses. House contestó que era consciente de ello, pero Japón tenía el problema del exceso de población. Añadió, esperanzado, que quizá podían irse todos a Siberia, o a Brasil.¹⁴⁷⁶

En la Comisión sobre la Sociedad de Naciones, Makino y Chinda hicieron saber discretamente que trabajaban en una cláusula que presentarían a su debido tiempo. El 13 de febrero, cuando se estaba preparando el primer borrador del pacto, Makino leyó en voz alta una larga declaración. Deseaba añadir a la cláusula una enmienda relativa a la libertad religiosa, en el sentido de que todos los miembros de la Sociedad de Naciones acordarían tratar a los ciudadanos de los otros miembros como a iguales sin ninguna discriminación. Reconocía que los prejuicios raciales tenían raíces profundas, pero lo importante era conseguir que se aceptara el principio y dejar luego que cada nación formulase su propia política. Continuó diciendo que la Sociedad de Naciones sería una gran familia. Todas las naciones iban a cuidar de las demás. Sin duda era poco razonable pedir a los ciudadanos de un país que hicieran sacrificios, quizás incluso que diesen la vida, por personas que no los trataran como a iguales. En la Gran Guerra razas distintas habían luchado codo a codo: «Se ha creado un lazo común de simpatía y gratitud como nunca se había visto».

Fue una declaración conmovedora y liberal y no cambió nada. Cecil, hablando en nombre de Gran Bretaña, dijo que, por desgracia, se trataba de una cuestión sumamente polémica. Ya estaba causando problemas en el seno de la delegación del Imperio británico. En su opinión, lo mejor era aplazar el asunto. Hubo un murmullo general de asentimiento. El primer ministro griego, Venizelos, sugirió que tal vez debían descartar por completo la cláusula relativa a la libertad religiosa, dado que también era un tema delicado. La sugerencia suscitó una sola objeción, la del delegado portugués, que dijo que su Gobierno nunca había firmado un tratado que no invocara a Dios. Cecil, en un raro momento de humor, replicó que esta vez todos tendrían que arriesgarse. No se incluyó ninguna mención de la igualdad racial o religiosa en el borrador, que a continuación pasó a ser debatido en una sesión plenaria de la Conferencia de Paz. Los japoneses dejaron claro que pensaban plantear el asunto de nuevo.¹⁴⁷⁷ Al día siguiente, 14 de febrero, Wilson regresó a Estados Unidos y la cuestión de la Sociedad de Naciones se dejó a un lado.

La cláusula sobre igualdad racial, sin embargo, empezaba a llamar la atención del público. En Japón hubo mítines y exigencias de que se pusiera fin a la «señal de la vergüenza». En la costa occidental de Estados Unidos varios líderes políticos advirtieron de las graves consecuencias que la posible aprobación de la cláusula tendría para la raza blanca.¹⁴⁷⁸ Lloyd George repitió otro malentendido común, al decir que la cláusula apuntaba también a la discriminación que sufrían los

japoneses que ya vivían en lugares tales como Australia y Estados Unidos.¹⁴⁷⁹

Entre los negociadores de París los japoneses tenían, en el mejor de los casos, apoyo poco entusiasta. Los chinos, que sufrían una discriminación parecida, pensaban que probablemente votarían a favor de la cláusula, pero, como uno de sus delegados dijo a un estadounidense, tenían cosas mucho más importantes por las que preocuparse, en particular las reivindicaciones japonesas en China.¹⁴⁸⁰ Wilson debía preocuparse por la opinión en Estados Unidos y empezaba a recelar de los japoneses. «Antes confiaba en ellos», dijo a uno de sus expertos, «de hecho, habían faltado a su acuerdo relacionado con Siberia.»¹⁴⁸¹ Por otra parte, el propio Wilson no era especialmente liberal cuando se trataba de la raza. Era nativo del Sur, después de todo, y aunque había pedido el voto de los negros en su primera campaña presidencial, poco había hecho por ellos una vez en el poder.¹⁴⁸²

La oposición más enérgica a la cláusula sobre la igualdad racial salió de la delegación del Imperio británico, en particular del australiano Hughes. Al igual que muchos de sus compatriotas, Hughes creía firmemente que la cláusula era la primera brecha en el dique que protegía a Australia. «Ningún Gobierno podía durar siquiera un día en Australia si jugaba con la Australia Blanca», escribió uno de sus subordinados desde París. «La situación es ésta: o bien la propuesta japonesa significa algo o no significa nada: en el primer caso, fuera con ella; en el segundo. ¿para qué la queremos?»¹⁴⁸³ Hughes se negó a aceptar las soluciones intermedias que se le ocurrieron a House. «Puede que esté bien», garrapateó en un intento. «Pero antes que aceptarlo, me metería en el Sena o entraría en el Folies Bergeres desnudo.»¹⁴⁸⁴ El neozelandés Massey siguió el ejemplo de Hughes.¹⁴⁸⁵ Esto colocó a los británicos en una posición violenta. Deseaban mucho mantener la alianza con Japón, pero, una vez más, tenían que prestar atención a sus dominios.

Durante la ausencia de Wilson, que estuvo en Estados Unidos entre mediados de febrero y mediados de marzo, los británicos hicieron cuanto pudieron por resolver el problema. Los franceses, que no tenían nada en juego, observaban con regocijo.¹⁴⁸⁶ Borden y Smuts iban y venían entre Hughes y la delegación japonesa. Concertaron una entrevista de Makino y Chinda con Hughes. Los japoneses opinaron que Hughes parecía «un campesino»; Hughes se quejó de «tanto baboseo, tanta genuflexión y tanta deferencia obsequiosa». El australiano dijo que tal vez aceptaría la cláusula, si estipulaba que no afectaba a las políticas nacionales de inmigración. Esta vez tocó a los japoneses negarse.¹⁴⁸⁷ Makino y Chinda pidieron ayuda a House varias veces.¹⁴⁸⁸ Se equivocaron de persona. House no estaba dispuesto a luchar por algo que forzosamente sería impopular en Estados Unidos. En su fuero interno se alegraba muchísimo de que los británicos tuvieran que oponerse a la cláusula relativa a la igualdad racial. «Ha hecho falta mucha astucia para quitarnos este peso de encima y pasárselo a los británicos, pero, felizmente, así se ha hecho».¹⁴⁸⁹

Los delegados japoneses, presionados desde Tokio, decidieron seguir adelante con la cláusula. Tal como Chinda dijo a House, una derrota serviría al menos para demostrar a la opinión pública japonesa que lo habían intentado.¹⁴⁹⁰ El 10 de abril, en una sesión de la Comisión sobre la Sociedad de Naciones, los japoneses anunciaron que introducirían su enmienda al día siguiente. Lo habían aplazado tan a menudo, según dijo el yerno de Hughes, Gordon Auchincloss, que ya era una especie de chiste.¹⁴⁹¹ El 11 de abril la comisión estuvo reunida hasta muy tarde, tratando de encontrar una fórmula que permitiera a Estados Unidos ingresar en la Sociedad de Naciones sin renunciar por ello a la Doctrina Monroe. Todos estaban cansados cuando los japoneses propusieron finalmente que se incluyera en el preámbulo del pacto una referencia a la igualdad racial. Tanto Makino como Chinda hablaron en términos moderados y serenos. Causaron muy buena impresión. Uno tras otro, los demás

delegados que formaban parte de la comisión — Venizelos, Orlando, Wellington Koo de China, los franceses Bourgeois y Larnaude, y el primer ministro checo— hablaron a favor de la enmienda. Cecil, que parecía sentirse incomodísimo, dijo brevemente que no podía apoyarla, luego se sentó con aire abatido y la mirada baja.

Mientras los demás hablaban, House pasó una nota a Wilson, que presidía la reunión: «El problema estriba en que si esta Comisión la aprobara, sin duda plantearía la cuestión de la raza en todo el mundo». Wilson sabía que toda alusión a la igualdad racial sentaría mal a políticos clave de la costa occidental cuyos votos necesitaba para que el Congreso aprobara la Sociedad de Naciones. Instó a los japoneses a retirar su enmienda. Dijo que era un error armar tanto alboroto acerca de los prejuicios raciales. Lo único que se conseguiría con ello era avivar llamas que acabarían dañando a la Sociedad de Naciones. Todos los presentes sabían que la Sociedad se basaba en la igualdad de las naciones. No era necesario decir nada más. Habló a los japoneses de la manera más amistosa posible. Sabía que su intención era buena, pero se sentía obligado a advertirles que llevaban mal la cuestión. Los delegados japoneses insistieron en que se efectuara una votación. Cuando la mayoría votó a favor de la enmienda, Wilson, con la destreza que sin duda había adquirido como rector de universidad, anunció que la existencia de grandes objeciones impedía aceptar la enmienda. Los japoneses optaron por no impugnar la discutible decisión de Wilson y la cláusula relativa a la igualdad racial no formó parte del pacto.¹⁴⁹²

La prensa japonesa criticó con amargura al «supuesto mundo civilizado».¹⁴⁹³ Los japoneses liberales, de mentalidad internacional, quedaron consternados. Habían jugado limpio, habían demostrado que estaban dispuestos a participar en la comunidad internacional y, a pesar de ello, seguían tratándoles como a inferiores. Makino advirtió a una sesión plenaria de la Conferencia de Paz celebrada el 28 de abril que, si a las naciones se les negaba un trato justo, de igual a igual, era muy posible que perdiesen la fe en los principios en que se basaba la Sociedad de Naciones: «Me temo que semejante estado de ánimo sería sumamente perjudicial para la armonía y la cooperación, que son los únicos cimientos seguros sobre los que puede edificarse la Sociedad de Naciones».¹⁴⁹⁴ Tenía razón. La exclusión de la cláusula sobre la igualdad racial sería un factor importante que, en los años de entreguerras, contribuiría a alejar a Japón de la cooperación con Occidente y lo empujaría a seguir una política nacionalista más agresiva.

A corto plazo, sin embargo, Japón pudo sacar partido de su derrota. «Los japoneses me dijeron con toda la cortesía oriental», informó Wilson a los demás negociadores a finales de abril, «que, si no nos poníamos de su parte en lo que se refería a este artículo del tratado, no podrían firmar el resto». Lloyd George no se inmutó. «¡Vaya por Dios!», agregó Clemenceau, «si no le preocupa más que eso, no parece que pueda preocuparme a mí más que a usted.»¹⁴⁹⁵ En realidad, todos estaban inquietos. La conferencia no podía permitirse otra defección. Los italianos ya habían abandonado y los belgas estaban a punto de imitarles. Wilson, que quería desesperadamente salvar la Sociedad de Naciones, pero no podía aceptar la cláusula relativa a la igualdad racial, tenía que afrontar ahora la tarea de dar a Japón lo que quería en China. Lo que hacía que su posición fuese difícil era que China también tenía argumentos convincentes.

24 Un puñal dirigido al corazón de China

Cuando la noticia de que la Gran Guerra había terminado llegó a China, el Gobierno decretó tres días de fiesta. Sesenta mil personas, muchas de ellas estudiantes nacionalistas y sus maestros, acudieron a presenciar el desfile de la victoria en Pekín. En medio del júbilo popular se derribó el monumento que el Gobierno del Káiser había erigido en recuerdo de un diplomático alemán muerto durante la rebelión de los Bóxer dos décadas antes. La prensa china publicó numerosos artículos sobre el triunfo de la democracia frente al despotismo, al tiempo que expresaba su entusiasmo por los Catorce Puntos de Wilson. Especialmente entre los jóvenes chinos había admiración ciega por la democracia occidental, las ideas liberales occidentales y el saber occidental. Muchos chinos también albergaban la esperanza de que la paz pusiera fin a la injerencia de las grandes potencias en los asuntos de su país.

China había declarado la guerra a Alemania en el verano de 1917 y había contribuido en gran medida a la victoria aliada. Las trincheras del frente occidental requerían una enorme cantidad de trabajo de excavación y mantenimiento. En 1918 unos cien mil peones chinos ya habían sido enviados a Francia, donde relevaron a soldados aliados que eran muy necesarios para atacar a los alemanes. Los chinos sufrieron bajas mortales en Francia, a causa de la artillería, las enfermedades o tal vez incluso la añoranza. Más de quinientos se ahogaron en el Mediterráneo cuando submarinos alemanes hundieron un barco francés.

A China le resultó más fácil encontrar peones para la guerra que diplomáticos experimentados para la paz. Despojó su Ministerio de Asuntos Exteriores de sus elementos más valiosos y recurrió a sus embajadores en Washington, Bruselas y Londres, así como a su propio ministro de Asuntos Exteriores. No echó mano del presidente ni del primer ministro, principalmente porque la situación política en China era tan precaria que ninguno de los dos se atrevió a salir del país. Con todo, sí contrató a varios asesores extranjeros para que explicaran China al mundo y viceversa. (El Gobierno estadounidense, que esperaba hacer de mediador en París, no permitió que sus ciudadanos trabajaran para los chinos, al menos que trabajaran oficialmente).

El grupo formado por unos sesenta chinos y sus cinco asesores extranjeros que se reunió finalmente en el hotel Lutétia de París era el epítome de China misma, con su equilibrio inestable entre lo viejo y lo nuevo, el norte y el sur, y una fuerte influencia extranjera. No estaba claro si representaba a un país o a un Gobierno. China se estaba haciendo pedazos y mientras un grupo de militares y sus seguidores controlaba la capital, Pekín, y el norte del país, otro había proclamado un Gobierno independiente en el sur, en Cantón. En París se celebraba la Conferencia de Paz, y en Shanghai tenía lugar otra, cuyo propósito era tratar de reconciliar a los dos gobiernos. La delegación que se trasladó a París había sido elegida por ambos bandos, pero sus miembros no confiaban unos en otros ni en su Gobierno nominal en Pekín.

Su líder, Lu Zhengxiang, que rozaba los cincuenta años de edad, era la personificación de los cambios que se estaban produciendo en China. Procedía de Shanghai, el gran puerto que había crecido gracias al estímulo del comercio y las inversiones occidentales. Su padre, que era cristiano, trabajaba para misioneros extranjeros y le envió a escuelas de corte occidental donde estudió

idiomas extranjeros, en lugar de los clásicos chinos que habían estudiado tantas generaciones de niños chinos.¹⁴⁹⁶ Los hombres como él eran anatema para la generación mayor de eruditos (los «mandarines», como les llamaban los occidentales) que había gobernado China durante siglos. Éstos poseían una sutileza mental que escapaba a la comprensión de la mayoría de los occidentales; su autodomínio y sus modales eran impecables. Sus predecesores habían gobernado China durante siglos, pero todas sus habilidades no podían con los cañones y los barcos de vapor de un Occidente agresivo.

Lu se había hecho hombre en una época en que la civilización antigua libraba una batalla perdida de antemano contra las fuerzas del cambio. Durante siglos China había llevado sus asuntos internos a su manera. Los chinos llamaban a su país el Imperio Medio, no porque su importancia fuera mediana, sino porque se encontraba en el centro del mundo conocido. Cuando los primeros occidentales —«bárbaros peludos de nariz larga»— habían empezado a aparecer ante los ojos de los chinos, no causaron más impresión que la que un mosquito podía causar a un elefante. Pero en el siglo XIX la periferia había empezado a trastornar el centro, vendiendo opio, entrometiéndose a través de sus comerciantes, sus misioneros y sus ideas. Los chinos se habían resistido, acarreándose con ello una larga serie de derrotas. A finales de siglo, el Gobierno chino ya había perdido el control de sus propias finanzas y aranceles y China aparecía salpicada de enclaves, puertos, ferrocarriles, fábricas y minas extranjeras, además de las tropas, también extranjeras, que los protegían. Las grandes potencias envolvieron a sus súbditos con el manto de la extraterritorialidad, alegando que las leyes y los jueces chinos eran demasiado primitivos para juzgar lo relacionado con la civilización occidental. Incluso se decía que en la entrada del parque de la zona de concesiones extranjeras de Shanghai había un aviso en el que se leía: «Se prohíbe la entrada de perros y chinos». Desde entonces los chinos han estado tratando de asimilar los terribles golpes que sufrieron su autoestima y su concepto del orden universal.

Tal como preguntó un eminente pensador chino, «¿Por qué son pequeños y, pese a ello, fuertes? ¿Por qué somos grandes y, pese a ello, débiles?». Poco a poco, porque no fue fácil deshacerse de los hábitos de dos mil años, los chinos empezaron a aprender de los extranjeros, enviando estudiantes a otros países y contratando a expertos extranjeros. Nuevas ideas y nuevas técnicas ya se estaban infiltrando, por medio de los misioneros que abrían colegios y escuelas, de los hombres de negocios que se afincaban en grandes puertos como, por ejemplo, Cantón y Shanghai, o del número creciente de chinos que se iban al extranjero a hacer fortuna y luego volvían en busca de esposas y para ser enterrados.

Lu poseía el nuevo tipo de saber que China necesitaba para sobrevivir. Ingresó en el servicio diplomático, otra innovación, y pasó muchos de los años anteriores a la Gran Guerra en varias capitales europeas. Primero causó escándalo al casarse con una mujer belga, luego al cortarse la larga coleta. También defendió puntos de vista cada vez más radicales, culpando a la dinastía de los problemas de China y abogando por una república.

La situación de China empeoraba sin parar. Las potencias estaban señalando sus esferas de influencia: los rusos en el norte, los británicos en el valle del Yang-tse (que recorría 5631 kilómetros desde el Tíbet hasta el mar de China), los franceses en el sur, los alemanes en la península de Shantung (Shandong) y los japoneses aquí, allá y en todas partes. Los estadounidenses, que no participaron en el reparto —en parte, según los cínicos, porque carecían de los recursos necesarios— hablaban de forma idealista de una puerta abierta que permitiese a todo el mundo explotar a los chinos de igual manera. El peligro, que los nacionalistas chinos veían con toda claridad, era que los extranjeros sencillamente dividieran China y que esa nación y lo que quedaba de su civilización

desaparecieran. De no haber sido porque las potencias no acababan de ponerse de acuerdo sobre cómo había que hacer el reparto, es muy posible que eso hubiera sucedido antes de la Gran Guerra.

El miedo estimuló el crecimiento del moderno nacionalismo chino. Expresiones como «derechos de soberanía» y «nación» empezaron a abrirse paso en la lengua china, que nunca había necesitado de tales conceptos. Obras de teatro y canciones hablaban de una China dormida que despertaba y mandaba a sus torturadores a paseo. Los radicales formaban sociedades secretas generalmente fugaces que aspiraban a derrocar a la dinastía reinante, a la que ahora se veía como un obstáculo para la salvación del país. Los primeros boicots contra los artículos producidos por los enemigos de China y las primeras manifestaciones empezaron a sacudir las grandes ciudades. Hubo una racha de suicidios patrióticos. Eran tácticas nacidas de la debilidad y no de la fortaleza, pero reflejaban los primeros movimientos de una fuerza poderosa. Por otra parte, los chinos tendían cada vez más a ver a Japón como su principal enemigo.

En 1911 Lu y los otros nacionalistas vieron cumplida una parte de sus deseos cuando una revolución incruenta se deshizo del último emperador, un niño de ocho años. China se convirtió en una república, principalmente porque parecía que para hacer frente al mundo moderno se necesitaban instituciones modernas. Pocos chinos fuera de las ciudades tenían siquiera una leve idea de lo que era una república. En las poblaciones y las aldeas del interior mucha gente ni tan sólo se había enterado de la caída de la dinastía. (De hecho, un guardia rojo que en la década de 1960 fue enviado a una región muy apartada se sorprendió cuando los agricultores del lugar le preguntaron: «Dinos, ¿quién se sienta hoy en el Trono del Dragón?»).

Lu sirvió lealmente a la nueva república en calidad de ministro de Asuntos Exteriores y también de primer ministro. Había algunas señales esperanzadoras. La economía China empezaba a despertar y había industrias modernas, al menos en las grandes ciudades. Los nuevos conocimientos iban penetrando en las escuelas y las universidades. La sociedad se estaba sacudiendo de encima algunas de las viejas costumbres represivas. Por desgracia, el primer presidente, un imponente general llamado Yuan Shikai, procedía del viejo mundo conservador. Aún no habían transcurrido cuatro años desde la revolución cuando intentó proclamarse emperador. Aunque murió antes de lograr su propósito, dejó un legado mortal: un país dividido, un Parlamento débil e ineficaz y, lo que peores augurios traía, una serie de ejércitos locales encabezados por sus propios generales. En 1916 China ya estaba entrando en un periodo de caos interno y de gobierno de los señores de la guerra que no terminaría hasta finales de la década de 1920.

Lu Xun, el gran escritor chino, comparó a sus compatriotas con gente durmiendo en una casa de hierro. La casa estaba ardiendo y los durmientes morirían a menos que se despertaran. Pero si se despertaban, ¿podrían salir de la casa? ¿Era mejor dejarles perecer en la ignorancia o morir con pleno conocimiento de su destino? A pesar de sus dudas, Lu y los otros intelectuales radicales de su generación trataron de despertar a China. Asumieron la responsabilidad de acelerar los cambios quitando los escombros del pasado y obligando a los chinos a mirar al futuro. Publicaron revistas con títulos como *Nueva Juventud* y *Nueva Corriente*. Escribieron obras de teatro y cuentos satíricos que despreciaban la tradición. Su receta para China quedaba resumida en el lema «El señor Ciencia y el señor Democracia»: ciencia como representante de la razón y democracia, porque era lo que pensaban que se necesitaba para forjar la unidad entre el Gobierno y el pueblo y hacer con ello que China fuese fuerte. Admiraban a los Aliados, porque esperaban que trataran a China de manera justa, de acuerdo con los principios que los líderes occidentales habían enunciado con tanta frecuencia durante la guerra. Shantung sería la prueba.

Península montañosa y densamente poblada que se adentra en el norte del Pacífico justo por debajo

de Pekín, Shantung era tan importante para China como Alsacia y Lorena para Francia. Fue el lugar donde nació el gran sabio Confucio, cuyas ideas contribuyeron durante tanto tiempo a la unidad de China. (Incluso hoy día, unos veintiséis siglos después de su nacimiento, hay en Shantung familias que afirman ser sus descendientes). Quien poseía Shantung no sólo dominaba el flanco meridional de Pekín, sino que, además, amenazaba el río Amarillo y el Gran Canal que comunicaba el norte y el sur de China. Para los occidentales su nombre era sinónimo de una popular seda suave que se hacía allí y, en el recuerdo más reciente y horripilante, era la base de donde los rebeldes bóxer de largos cabellos habían partido para cumplir la misión de exterminar a todos los occidentales y acabar con todas sus influencias en China.

Era inevitable que Shantung despertase el interés de potencias extranjeras durante la rebatiña general en pos de concesiones e influencia en China. Su población, unos treinta millones de habitantes, ofrecía mercados y mano de obra barata. Tenía carbón y yacimientos de minerales que pedían a gritos que los explotasen. Cuando el viajero alemán Ferdinand von Richthofen llamó la atención del Káiser y de la marina alemana sobre el hecho de que Shantung poseía uno de los mejores puertos naturales de China —en Kiao— cheu (Jiaozhou), en el sur de la península— le escucharon con interés. Alemania aspiraba a tener poderío mundial y, en aquel tiempo, eso significaba colonias y bases. Providencialmente para el Káiser, dos misioneros alemanes resultaron muertos en unos disturbios que estallaron en Shantung en 1897; «Espléndida oportunidad», dijo, y mandó a una escuadra con órdenes de tomar Kiao-cheu. El Gobierno chino protestó inútilmente y en 1898 firmó un acuerdo que daba a Alemania el arrendamiento durante 99 años de unos doscientos cincuenta y nueve kilómetros cuadrados de territorio chino alrededor del puerto de Kiao-cheu. Los alemanes también obtuvieron el derecho de construir ferrocarriles, abrir minas y tener tropas alemanas que protegieran sus intereses.

El Gobierno alemán gastó dinero a manos llenas en su nueva posesión, mucho más del que gastó en cualquiera de sus colonias africanas, que eran mucho mayores.¹⁴⁹⁷ Persuadió con habilidad a empresas alemanas, que se mostraban curiosamente reacias a invertir en Shantung, a construir un ferrocarril y excavar minas. (Ninguna de ellas dio jamás beneficios). La marina se hizo cargo del nuevo puerto de Kiao-cheu. Tsingtao (Qingdao), como lo llamaron, fue un modelo de colonia con soberbias instalaciones portuarias, calles pulcramente trazadas y empedradas, cañerías de agua y alcantarillas, una red de teléfonos dotada de los últimos adelantos, escuelas y hospitales alemanes, e incluso una fábrica de cerveza que elaboraba un producto excelente, como sigue elaborándolo hoy día.¹⁴⁹⁸ Lleno de admiración un visitante extranjero dijo que Tsingtao era «el Brighton de Oriente».¹⁴⁹⁹ En 1907 ya era el séptimo puerto de China en orden de importancia. El único inconveniente era que distaba muchos miles de kilómetros de las colonias alemanas más próximas y de la propia Alemania.

A pesar de la bravuconería con que el Káiser había exigido concesiones en Shantung, en los años anteriores a 1914 el Gobierno alemán mostró mucho tacto al tratar con las autoridades chinas. Permitió que tropas chinas protegieran su ferrocarril y sus minas cuando hubiera podido insistir en que se encargasen de ello sus propios soldados, renunció al derecho de construir otras líneas, y dejó que Tsingtao se integrara en el sistema aduanero chino en vez de mantenerlo como puerto franco.¹⁵⁰⁰ El resultado fue que en 1914 las concesiones alemanas eran mucho más limitadas de lo que habían sido al amparo del acuerdo de 1898; las relaciones chino-alemanas eran relativamente amistosas. Esto no ayudó a Alemania al estallar la guerra. El encargado de negocios alemán en China envió a Berlín un telegrama que decía: «Compromiso con señorita Butterfly muy probable». Los británicos

que leían todos los telegramas que llegaban de Oriente, descifraron el mensaje sin dificultad. El Gobierno chino no estaba en condiciones de intervenir cuando Japón atacó y tampoco Alemania podía hacer nada. El Káiser sólo pudo mandar expresiones de simpatía: «¡Que Dios esté con vosotros! En la lucha que se avecina pensaré en vosotros».¹⁵⁰¹ Así fue como las concesiones alemanas en Shantung, el ferrocarril, el pulcro puertecito y las minas pasaron a poder de los japoneses.

Japón habló de devolver las concesiones a China, pero los chinos, como es lógico, no confiaron mucho en ello. Durante la guerra Japón hizo todo lo posible para asegurarse de que su nueva adquisición seguiría en su poder. Desde el principio las autoridades de ocupación se habían afanado en construir nuevos ferrocarriles, sustituir a los chinos en la gestión de los telégrafos y correos y obtener impuestos y mano de obra de los habitantes. El control de Shantung por parte de los japoneses fue muy superior al que antes ejercieran los alemanes.¹⁵⁰²

Japón también se esforzó al máximo por atar al ineficaz Gobierno chino, utilizando a este fin procedimientos jurídicos y de otra clase. Adelantó grandes cantidades de dinero a China —algunas sospechosamente cercanas al soborno— con el fin de que los funcionarios chinos apoyaran los objetivos japoneses. Grupos nacionalistas privados, facciones dentro de las fuerzas armadas y financieros japoneses iban en pos de sus propios objetivos, que a menudo chocaban con los de su Gobierno. Se proporcionaba armas a los rebeldes del sur que luchaban contra el Gobierno de Pekín que Japón había reconocido. En el sur de Manchuria y en la parte colindante del este de Mongolia las autoridades militares japonesas y aventureros también japoneses intrigaban con los díscolos señores de la guerra. La consecuencia fue que la política japonesa en China parecía extraordinariamente tortuosa, cuando en realidad solía ser, sin más, confusa e incoherente.

En un nivel oficial, sucesivos gobiernos japoneses intentaron, de forma bastante torpe, controlar China. En enero de 1911 el ministro japonés en Pekín hizo una visita de cortesía al presidente de China. El ministro habló de la relación estrecha y amistosa entre los dos pueblos a lo largo de los siglos y dijo que sería una lástima que otras potencias los obligaran a separarse.

Añadió que había unos cuantos asuntos conflictivos que convenía resolver. Acto seguido presentó al atónito presidente una lista de veintiuna exigencias. Si China no estaba de acuerdo con ellas, Japón quizá tendría que recurrir a lo que llamó, sin mayor concreción, «métodos vigorosos». Algunas no hacían más que confirmar las actividades que Japón ya llevaba a cabo en China, pero otra serie de ellas pedía al Gobierno chino que aceptase por adelantado los acuerdos a que llegaran Japón y Alemania sobre las concesiones alemanas. Peor aún era una última y secreta relación de exigencias que prácticamente hubieran convertido a China en un protectorado japonés. (Por si el Gobierno chino cambiaba de parecer, el papel en que estaba escrita la lista tenía una filigrana que representaba acorazados y ametralladoras.¹⁵⁰³)

El Gobierno chino respondió con evasivas y quejas. También se encargó de que trascendieran las exigencias, que causaron protestas nacionalistas en toda China. Los japoneses retiraron de mala gana las disposiciones más drásticas, pero el 25 de mayo de 1911 obligaron al Gobierno chino a firmar un tratado que garantizaba que Japón obtendría lo que quería en Shantung. Los nacionalistas chinos declararon el Día de Humillación Nacional. En Tokio, Saionji se disgustó tanto, al ver la garrafal incompetencia de su propio Gobierno, que hizo notar su desagrado bloqueando el intento del ministro de Asuntos Exteriores de convertirse en primer ministro.¹⁵⁰⁴

Otras naciones observaban con preocupación, pero hicieron poco. Gran Bretaña necesitaba mucho la ayuda de Japón en el mar. Barcos japoneses ya patrullaban por el Pacífico y los británicos tenían

la esperanza de que pudieran hacer lo mismo en la ruta que doblaba el Cabo de Buena Esperanza y quizás incluso en el Mediterráneo.¹⁵⁰⁵ Y Rusia, que estaba sufriendo pérdidas terribles en Europa, no tenía ningún deseo de enemistarse con su poderoso vecino en el Lejano Oriente. Francia e Italia se contentaron con seguir el ejemplo británico. En los acuerdos secretos de 1917 con Gran Bretaña y las otras potencias europeas, Japón había recibido garantías de que se apoyaría la continuación de su presencia en las posesiones alemanas en Shantung con los privilegios consiguientes.

La única potencia que se opuso abiertamente a las actividades de Japón en China fue Estados Unidos, que veía con inquietud cada vez mayor el creciente poderío de Japón en el Pacífico y en Asia continental. Incluso antes de lo que Wilson llamó «el sospechoso asunto» de las veintiuna exigencias, había habido roces a causa de cuestiones como la petición de la marina estadounidense de un punto de aprovisionamiento de carbón en la costa china o las elevadas tarifas que el ferrocarril japonés de Manchuria aplicaba a las mercancías estadounidenses.¹⁵⁰⁶ Los hombres de negocios estadounidenses se quejaban de que los competidores japoneses les estaban expulsando del mercado chino. Durante las larguísimas negociaciones chino-japonesas relativas a las exigencias, el Gobierno estadounidense instó a Japón a modificar su postura; en Pekín, el embajador estadounidense, que era muy antijaponés, animó a los chinos a mantenerse firmes. Los estadounidenses enviaron a ambos gobiernos una nota que decía que no iban a aceptar ningún acuerdo que menoscabara los derechos que los tratados les daban en China o pusiera en peligro la integridad política o territorial de la propia China. (Esa reserva adquirió mucha importancia cuando en 1931 Estados Unidos basó en ellas sus objeciones a la toma de Manchuria por parte de los japoneses).

El Gobierno japonés se echó atrás en 1915, pero no abandonó los intentos de imponer su dominación en China. En 1916 firmó un tratado con Rusia por el que ésta reconocía la posición especial de Japón en el sur de Manchuria y el este de Mongolia. Al mismo tiempo mandó al vizconde Ishii a Washington para que tratase de obtener el reconocimiento estadounidense de la posición japonesa en China. Las conversaciones entre Ishii y Lansing dieron por resultado un intercambio de notas que ambas partes interpretaron como mejor les convenía. Los estadounidenses creían que se habían limitado a reconocer que Japón ya tenía intereses especiales en China debido al factor geográfico; los japoneses afirmaban que los estadounidenses habían aprobado la posición especial de Japón en un sentido mucho más amplio.¹⁵⁰⁷

La Revolución rusa de 1917 dio impulso a la decisión japonesa de quedarse en China. Tal como Ishii escribió en su diario, «Mientras que los gobiernos extranjeros no se sentirían amenazados por ninguna calamidad, epidemia, guerra civil o bolchevismo en China, Japón no podría existir sin China y el pueblo japonés no podría prescindir de los chinos».¹⁵⁰⁸ Por eso los japoneses hablaban con frecuencia de una «Doctrina Monroe asiática». Del mismo modo que Estados Unidos, por su propia seguridad, trataba a América Latina como el patio de su casa, Japón tenía que preocuparse por China y por vecinos como Corea y Mongolia.

En 1918, con la guerra a punto de terminar, Japón hizo un último esfuerzo por resolver los asuntos de China a satisfacción propia. En mayo firmó un tratado de defensa con el Gobierno chino, y en septiembre hubo un intercambio de notas secretas que reiteraban los acuerdos de 1915 sobre Shantung. Empleando palabras que menoscabaron de forma especial los argumentos de China en París, el representante chino en Tokio dijo que su Gobierno «aceptaba gustosamente» lo que decían las notas.¹⁵⁰⁹ Dicho de otro modo, el Gobierno chino comprometió su propia posición negociadora antes de que terminase la guerra. Los delegados de China en París afirmaron que no supieron nada de los acuerdos secretos hasta que los japoneses los presentaron en enero de 1919.¹⁵¹⁰

En 1919 las maniobras de Japón en China ya habían causado mala impresión a muchos observadores extranjeros. Hasta los británicos, que se habían comprometido a apoyarle, vieron con inquietud lo que interpretaron como arrogancia y ambición en los japoneses.¹⁵¹¹ Los británicos se sintieron especialmente preocupados por los avances japoneses en su esfera económica en el valle del Yang-tse. Su embajador en Tokio advirtió en tono sombrío que «hoy nos hemos dado cuenta de que Japón —el verdadero Japones un país francamente oportunista, por no decir egoísta, de importancia muy moderada en comparación con los gigantes de la Gran Guerra, pero con una opinión muy exagerada de su papel en el universo». Otra cosa que irritó a los británicos fue la forma en que la prensa japonesa criticó la actuación de sus soldados en la toma de las concesiones alemanas en China.¹⁵¹² Por otra parte, China parecía una causa perdida. Curzon, el sucesor de Balfour como ministro de Asuntos Exteriores, hizo una comparación llena de intención:

«A la vista de sus costas tienen ustedes la gran masa inerte, desvalida y sin esperanza de China, uno de los países más densamente poblados del mundo, absolutamente desprovisto de cohesión o fuerza, embarcado en perpetuo conflicto entre el norte y el sur, carente de capacidad o ardor militar, presa fácil de una nación con el carácter que he descrito».¹⁵¹³

Los franceses se mostraron de acuerdo con los británicos, al menos en la cuestión de China.

House también estuvo de acuerdo. Tal como dijo a Wilson durante la guerra, no era razonable contar con que Japón no penetraría en la China continental, cuando se le cerraba una parte tan grande del mundo blanco. «No podemos satisfacer los deseos de tierra e inmigración de Japón y, a menos que hagamos algunas concesiones relativas a su esfera de influencia en Oriente, seguro que surgirán problemas tarde o temprano». Añadió, con excesivo optimismo, que «puede formularse una política que deje la puerta abierta, rehabilite a China y satisfaga a Japón». En su valoración de la delegación estadounidense en París, los japoneses catalogaron a House como amigo.¹⁵¹⁴ No pudieron encontrar muchos más.

Años después, Breckinridge Long, que era tercer subsecretario de Estado, con responsabilidad especial para asuntos del Lejano Oriente antes de la Conferencia de Paz de París y durante la misma dijo en una entrevista que a partir de 1917 desconfiar de Japón fue un factor constante en el pensamiento estadounidense.¹⁵¹⁵ Incluso Lansing, que se enorgullecía de su actitud razonable ante el mundo, notó el cambio. En 1915 abogó por la necesidad de una actitud conciliadora con Japón e incluso sugirió darle las Filipinas al tiempo que criticaba a la gente que tenía «ataques de histeria a causa de los profundos y malvados planes de Japón»¹⁵¹⁶ Pero, en lo que se refería a China, ahora estaba convencido de que había que fijar un límite. Llegó a París decidido, según dijo más tarde, «a solventar el asunto de una vez para siempre con Japón». También adquirió la costumbre de decir «Prusia» para referirse a Japón, y no lo hacía como un cumplido.¹⁵¹⁷

Al empezar la Conferencia de Paz, parecía que Wilson iba a adoptar el mismo punto de vista. Era contrario a los tratados secretos como los que había firmado Japón, así como a entregar territorios y pueblos sin tener en cuenta sus deseos. También sentía un hondo interés por China, alimentado por los informes de los numerosos misioneros estadounidenses que trabajaban allí.¹⁵¹⁸ Un primo suyo era el director de un semanario de la misión presbiteriana en Shanghai.¹⁵¹⁹ Hablaba de su deseo de ayudar a China, de su regeneración moral, tarea en la que Estados Unidos estaba dispuesto a colaborar como «amigo y ejemplo».¹⁵²⁰ El embajador estadounidense en Pekín, Paul S. Reinsch profesor universitario progresista de Wisconsin, mandaba a Washington informes en los que lanzaba acusaciones, algunas de las cuales eran ciertas, en el sentido de que los japoneses estaban provocando una rebelión, vendiendo morfina, sobornando a funcionarios, todo ello con el propósito

de dominar por completo el este de Asia.¹⁵²¹ También hizo una advertencia que resultó clarividente: «Si se diera a Japón más carta blanca y si se hiciera algo que pudiera interpretarse como el reconocimiento de su posición especial, ya fuera bajo la forma de una supuesta Doctrina Monroe o de cualquier otra manera, entrarían en acción fuerzas que harían que un gran conflicto armado fuese absolutamente inevitable en el plazo de una generación. No hay en Europa un solo problema que sea tan importante como la futura paz del mundo, la necesidad de una resolución justa sobre los asuntos chinos». (Murió mucho antes de que se apagarán los ecos de la explosión que causó la decisión relativa a Shantung.¹⁵²²)

Wilson parecía escuchar. En 1918 tomó la iniciativa y reactivó un moribundo consorcio internacional cuya finalidad era conceder empréstitos al Gobierno chino. Se celebraron conversaciones intermitentes durante toda la Conferencia de Paz y Japón accedió a formar parte del consorcio, al tiempo que se cercioraba de que no se prestara dinero para nada que pudiese debilitar la influencia japonesa. Eso era justamente lo que los estadounidenses tenían la esperanza de hacer. «No se mencionó», dijo un alto cargo estadounidense, «el objetivo fundamental: expulsar a Japón de China».¹⁵²³

Pero ¿era eso lo que quería Estados Unidos? Si la expansión hacia el oeste y la penetración en Asia eran imposibles, ¿optaría Japón por el Pacífico y avanzaría hacia las Filipinas, tal vez aún más hacia el este? Wilson y sus asesores dudaban, como de hecho dudarían sus sucesores en la década de 1920, entre el objetivo pragmático de cooperar con Japón y el idealista de ayudar a China. ¿Había alguna posibilidad de ayudar a China? ¿Valía la pena arriesgarse a provocar un conflicto con Japón? A la larga, la paz en el Pacífico era deseable no sólo para los asiáticos, sino también para los estadounidenses.

Poco antes de volver a París, Wilson mandó llamar a Wellington Koo, el embajador chino en Washington, para sostener con él una charla amistosa. Koo, que contaba tan sólo 32 años de edad en 1919, ya poseía una personalidad enérgica y distinguida. Clemenceau, que era poco dado a las alabanzas, dijo de él que era «un joven gato chino, parisino en el hablar y el vestir, absorto en el placer de jugar con el ratón, aunque estuviera reservado para los japoneses».¹⁵²⁴ Koo conocía bien Estados Unidos. Había destacado como estudiante en la Universidad de Columbia, Nueva York donde se había licenciado. (En París pasó una tarde feliz cantando viejas canciones universitarias con un ex profesor que era uno de los expertos estadounidenses.¹⁵²⁵) También había formado parte del equipo de debate de la universidad, como los delegados japoneses descubrirían por experiencia propia. Koo salió de la entrevista con Wilson convencido de que Estados Unidos iba a apoyar a China en la Conferencia de Paz.¹⁵²⁶ Wilson le había sugerido amistosamente que viajara a Francia en el mismo barco que los estadounidenses.¹⁵²⁷ Los chinos vieron en ello un buen augurio.

Otra buena señal fue la composición de la delegación estadounidense. Lansing, en los comienzos de su carrera en Washington, había sido abogado del Gobierno chino y uno de los expertos de la delegación; E. T. Williams, jefe de la división de Asuntos del Lejano Oriente en el Departamento de Estado durante la guerra, había vivido en China como misionero y también como diplomático.¹⁵²⁸ El espíritu de la delegación era en general antijaponés. Incluso los que estaban dispuestos a considerar los argumentos de los japoneses sentían un desagrado visceral ante la vertiente militarista y nacionalista de Japón, la cual, a su modo de ver, había dominado los objetivos japoneses en la contienda.¹⁵²⁹ A pesar de que Wilson había expresado con frecuencia el deseo de que Estados Unidos continuara siendo neutral en los asuntos asiáticos, como en otros, la delegación estadounidense mostró una clara parcialidad en París y ayudó a los chinos a redactar sus exigencias a

la vez que les proporcionaba información que de otro modo tal vez no hubieran podido obtener. Los chinos respondieron sabiamente pidiendo y siguiendo los consejos de los estadounidenses.¹⁵³⁰

Debido a sus propias disensiones internas, el Gobierno chino no dio instrucciones muy completas a la delegación que mandó a París, pero algo quedó muy claro: China debía recuperar las concesiones alemanas en Shantung.¹⁵³¹ En diciembre de 1918, mientras se preparaba para partir, la delegación convocó una rueda de prensa (lo que en sí mismo era una señal de cómo estaban cambiando los tiempos en China) y dio a conocer una lista de peticiones que rebosaba optimismo. China iba a pedir un acuerdo general sobre las relaciones con las potencias que incluía la abolición de la extraterritorialidad, mayor control de sus propios aranceles y ferrocarriles y la devolución de la zona alemana de Shantung. A cambio, China permitiría a los extranjeros comerciar en Mongolia y el Tíbet.¹⁵³²

Por desgracia, la delegación china reflejaba demasiado bien las divisiones internas del país. Todos sus miembros sospechaban que sus colegas se habían vendido a los japoneses. Incluso durante el viaje a París habían tenido lugar algunos incidentes curiosos. Lu había sostenido una entrevista de dos horas con el ministro de Asuntos Exteriores japonés en Tokio. Hay versiones diferentes de lo que ocurrió en la entrevista: al parecer, los japoneses creían que se les había prometido que China se mostraría dispuesta a cooperar en la Conferencia de Paz; los chinos afirmaron más adelante, de forma poco convincente, que Lu se había limitado a reconocer la existencia de los acuerdos secretos de 1918 entre China y Japón, sin aceptar la validez de los mismos.¹⁵³³ Durante la misma escala en Tokio se produjo el robo de una caja que formaba parte del equipaje de los chinos y contenía documentos importantes, entre ellos el texto completo de los acuerdos secretos entre China y Japón.¹⁵³⁴ En París, C. T. Wang, licenciado en Derecho por Yale que representaba a la facción del sur de China, envió un telegrama a la prensa de Shanghai en el que lanzaba siniestras acusaciones relativas a «ciertos traidores» entre sus colegas.¹⁵³⁵ Puede que se refiriera a Koo, de quien se rumoreaba que era el prometido de una hija de un notorio funcionario pro japonés.¹⁵³⁶ (En realidad, Koo se había enamorado de una hermosa y joven heredera indonesia que se encontraba en París). Lu se veía perseguido por rumores de que había aceptado sobornos de los japoneses.¹⁵³⁷ A medida que fueron pasando los meses se volvió más taciturno y retraído.¹⁵³⁸

La Conferencia de Paz no se ocupó de Shantung hasta finales de enero. Wilson aún no había decidido lo que debía hacer. Estudió varias opciones. Quizás, tal como sugirió a Koo, podría persuadirse a Gran Bretaña a ayudar a China, a pesar de la alianza anglo-japonesa.¹⁵³⁹ Quizá los japoneses renunciarían voluntariamente a sus pretensiones relativas a Shantung. Después de todo, varios funcionarios habían sugerido que Japón estaba dispuesto a devolver a China las concesiones alemanas. Quizá Japón podría salir airoso tomando oficialmente posesión de las concesiones y entregando luego la soberanía a China.¹⁵⁴⁰

Los japoneses mostraron poca disposición a llegar a un acuerdo. De hecho, cuando el Consejo Supremo prestó atención al destino de las colonias alemanas en el Pacífico el 27 de enero por la mañana, Makino trató de juntar las concesiones de Shantung con las diversas islas que se habían quitado a Alemania. También arguyó que Shantung era meramente un asunto que afectaba a Japón y Alemania y que no había ninguna necesidad de que China estuviera presente cuando llegara el momento de ocuparse de él.¹⁵⁴¹ Estaba claro que albergaba la esperanza de que el asunto de Shantung se despachara rápidamente junto con el de las islas del Pacífico como parte del botín de guerra, sin ninguna intervención de China. Las otras potencias decidieron que Shantung debía estudiarse aparte y

que debía invitarse a China al debate que tendría lugar por la tarde.

En el descanso entre la sesión de la mañana y la de la tarde los chinos presionaron a sus amigos. Lu, su líder nominal, no estaba presente y fue el joven Koo quien visitó a Lansing para preguntarle si China podía contar con el apoyo de Estados Unidos. Lansing le tranquilizó, pero añadió que le preocupaban las potencias europeas.¹⁵⁴²

Por la tarde los chinos se sentaron en incómodas sillas doradas en el Quai d'Orsay y escucharon cómo Makino hacía con voz titubeante un resumen poco convincente de los argumentos de Japón. (Koo afirmó que Wilson le dijo después que el discurso le había preocupado mucho). Koo replicó en nombre de China a la mañana siguiente. Aunque al principio le temblaba la voz, arremetió contra los japoneses en un discurso deslumbrante, repleto de doctas referencias al Derecho internacional y de coletillas en latín.¹⁵⁴³ Reconoció que era cierto que en 1915 y 1918 China había firmado acuerdos con Japón que parecían prometer que los derechos alemanes en Shantung pasarían a los japoneses, pero había firmado bajo coacción y no podían obligarla a cumplir lo acordado. En cualquier caso, de todas las cuestiones relativas a las posesiones alemanas debía ocuparse la Conferencia de Paz.¹⁵⁴⁴

Koo dijo a continuación que China estaba agradecida a Japón por haber liberado Shantung.

«Pero, aun estando agradecida, la delegación china pensaba que faltaría a su obligación para con China y el mundo, si no ponía objeciones a pagar las deudas de gratitud vendiendo el derecho de nacimiento de sus compatriotas y sembrando con ello las semillas de futuras discordias.»¹⁵⁴⁵

Los principios wilsonianos de autodeterminación e integridad territorial nacionales obligaban a las potencias a devolver Shantung a China.

Shantung, según dijo Koo, era «la cuna de la civilización china, el lugar donde habían nacido Confucio y Mencio, y una Tierra Santa para los chinos». Además, permitir que Shantung cayera bajo el dominio extranjero sería dejar un «puñal apuntando al corazón de China». Lo irónico del caso es que así era como veían las cosas los militares japoneses; el ministro de la Guerra en Tokio dijo a su Gobierno que el ferrocarril que salía de la costa hacia el interior de Shantung era la «arteria» que llevaba el poderío japonés al interior de Asia continental. El canadiense Borden calificó la presentación china de «muy sólida» y Lansing opinó que Koo sencillamente había abrumado a los japoneses. Las efusivas felicitaciones de Clemenceau, que no debían salir del ámbito privado, ya eran conocidas de todo el mundo al cabo de unas horas.¹⁵⁴⁶ En lo que se refiere a elocuencia, quedaba claro que los chinos habían vencido.

Desgraciadamente, la cuestión de Shantung no se decidió en enero. Tuvo que esperar hasta la frenética carrera que hubo en abril para ultimar el tratado con Alemania. Para entonces los negociadores ya estaban haciendo malabarismos con centenares de decisiones, cediendo en una, insistiendo en otra, intentando satisfacer exigencias imposibles con el fin de redactar un tratado que los Aliados en conjunto estuvieran dispuestos a firmar. Los chinos y sus esperanzas eran una parte pequeña e insignificante de los cálculos. El propio Wilson se veía forzado a aceptar el tipo de toma y daca que tanto detestaba, y consiguió, a expensas de sus principios, que Japón diera el visto bueno al pacto de la Sociedad de Naciones, incluso sin la cláusula relativa a la igualdad racial. Si la Sociedad de Naciones era la mejor esperanza que tenía el mundo, tal vez merecía la pena sacrificar un pedacito de China.

Durante el largo paréntesis tanto la delegación china como la japonesa estuvieron muy ocupadas. Ambas partes demostraron que habían comprendido un elemento importante de las nuevas relaciones internacionales al exponer sus argumentos en público por medio de discursos y entrevistas. Si bien la delegación japonesa en París tenía una sección de información eficacísima, la mayoría de los

observadores opinaba que China salió ganando quizá porque sus peticiones, que se basaban en la autodeterminación, sintonizaban mejor con el espíritu de la época. Durante la primera quincena de febrero hubo una disputa abiertamente pública cuando se dieron a conocer los acuerdos secretos que China había firmado con Japón. La delegación japonesa quedó desconcertada cuando Clemenceau y los otros líderes sugirieron que tal vez sería buena idea presentar los documentos a la Conferencia de Paz. Koo, que vio una oportunidad de poner a Japón en una situación embarazosa, se avino a ello con presteza y mandó un telegrama a su Gobierno pidiendo copias. En Pekín, el embajador japonés hizo un torpe intento de persuadir al Gobierno chino a no facilitar ningún documento sin el consentimiento del Gobierno japonés. La prensa se enteró de ello y el intento japonés no sólo inflamó todavía más la opinión china, sino que también agudizó si cabe la desconfianza que Japón inspiraba a los estadounidenses.¹⁵⁴⁷

Los delegados chinos agasajaron a los expertos y a los periodistas extranjeros. Lu se encargó de que el Gobierno chino hiciera donativos a los gobiernos francés y belga para reconstruir escuelas en Verdún e Ypres.¹⁵⁴⁸ Pero a Japón le fue mejor entre bastidores.¹⁵⁴⁹ En una serie de entrevistas privadas que tuvo lugar aquella primavera con Lloyd George y Balfour, con Clemenceau y su ministro de Asuntos Exteriores, Pichón, recibieron las seguridades que querían.¹⁵⁵⁰ Aunque no esperaban mucho de la delegación estadounidense, sostuvieron entrevistas cordiales con House.¹⁵⁵¹ Según las explicaciones de los japoneses, los chinos trataban de faltar a sus solemnes promesas. Lo que más ayudó a los japoneses fue su disposición a no insistir en la cláusula relativa a la igualdad racial.

El 21 de abril, justo antes de que los italianos abandonaran la Conferencia de Paz, Makino y Chinda visitaron a Wilson y Lansing para decirles que Japón quería que la disputa con China quedara resuelta antes de que se ultimara el tratado con Alemania.¹⁵⁵² Advertieron que el incumplimiento de su deseo crearía mucho resentimiento entre el público japonés. Aquella tarde Wilson conferenció con Clemenceau y Lloyd George y los tres líderes, que habían albergado la esperanza de aplazar una decisión sobre Shantung, reconocieron que debían ceder ante la exigencia japonesa. Tal como dijo Hankey, el secretario del Consejo de los Cuatro, «Ya era bastante malo perder a la delegación italiana antes de presentar el tratado a los alemanes, pero si la quinta de las potencias convocantes [Japón] también hubiera retirado a sus representantes, las tres potencias responsables del tratado que quedaran se encontrarían en un grave aprieto».¹⁵⁵³ Lansing se quejó de que el ambiente en París era de «materialismo egoísta teñido de cínico desprecio de derechos manifiestos y preguntó: “¿Tendría que sucumbir el idealismo estadounidense ante este espíritu maléfico de una era pasada?”».¹⁵⁵⁴ Sin embargo, es difícil no sentir un poco de simpatía por los negociadores. Las presiones a que estaban sometidos eran enormes y, cuando llegó el momento de resolver la cuestión de Shantung, los efectos de la tensión se notaban en todos ellos.

El 22 de abril por la mañana, Makino reiteró las exigencias de Japón ante el Consejo de los Cuatro. Tuvo la previsión de presentar también borradores de las cláusulas que habría que incluir en el tratado con Alemania. Wilson pidió a los japoneses que tuvieran en cuenta los intereses a largo plazo de Asia y, de hecho, del mundo. Las naciones iban a tener que pensar menos en sí mismas y más en las otras. Era, al fin y al cabo, el propósito de la Sociedad de Naciones. Si Japón insistía en sus derechos en China, los chinos se sentirían amargados y recelosos. Y eso perjudicaría a todos. «Había mucho material combustible en China y, si se encendía, sería imposible apagar el fuego». Los delegados japoneses escucharon cortésmente, pero recordaron a los estadistas reunidos que, si no les concedían lo que deseaban, no podrían firmar el tratado.¹⁵⁵⁵

Por la tarde tocó el turno a los chinos. Los delegados japoneses decidieron prudentemente que no querían entablar debate con el formidable Koo y no asistieron a la sesión. La delegación china escuchó los intentos de los negociadores de justificar lo que iban a hacer. Lloyd George explicó por qué los británicos habían prometido apoyar las reivindicaciones japonesas. Instó a los chinos a recordar la situación desesperada de Gran Bretaña en 1917. Había necesitado la ayuda de Japón para sobrevivir a la campaña submarina de los alemanes. «Tuvimos que pedir urgentemente a Japón que nos enviara destructores, y Japón hizo un trato tan ventajoso como le fue posible.»¹⁵⁵⁶

Wilson procuró tranquilizar a los chinos. La Sociedad de Naciones se encargaría de que no tuvieran que preocuparse por futuras agresiones de Japón o de cualquier otra nación. Y también él suplicó comprensión. Las potencias se encontraban en una posición muy embarazosa debido a todos los acuerdos que se habían firmado durante la guerra. Comprendía muy bien a los chinos, pero éstos debían reconocer que los tratados, incluidos los suyos con Japón, eran sagrados. «Dado que esta guerra empezó con la protesta de las naciones occidentales contra la violación de un tratado, debemos, por encima de todo, respetar los tratados». Lloyd George pensaba lo mismo: «No podemos considerar los tratados como pedacitos de papel que pueden romperse cuando ya no se necesitan». Clemenceau, que raramente intervenía a menos que los intereses de Francia estuvieran en juego, se puso en pie; con «aire de inocencia, ignorancia e indiferencia», como dijo un amargado observador chino, señaló que estaba de acuerdo con lo que dijera Lloyd George.¹⁵⁵⁷

Koo echó mano de toda su elocuencia y toda su inteligencia para evitar lo que se avecinaba.¹⁵⁵⁸ Volvió a negar por completo la validez de los acuerdos de China con Japón. Y, empleando palabras que fueron proféticas, advirtió a sus oyentes que China se encontraba en una encrucijada. La mayoría de los chinos deseaba cooperar con Occidente, pero si los negociadores no trataban a China de forma justa, podía suceder que los chinos se apartaran y quizá se acercasen a Japón. «En China hay un partido que afirma que Asia debe ser para los asiáticos». (En efecto, en la década de 1930, cuando Japón empezó a apoderarse de grandes partes de China, encontró gente dispuesta a colaborar). Terminó con una advertencia: «De lo que se trata es de si podemos garantizar medio siglo de paz para el Lejano Oriente o si se creará una situación que puede llevar a la guerra en el plazo de diez años». No consiguió nada más que admiración por su esfuerzo y la decisión de remitir el asunto de Shantung a un comité de expertos. Éstos debían presentar al Consejo de los Cuatro, antes del 24 de abril, un informe sobre la cuestión relativamente poco importante de si China estaría mejor si los japoneses recibían las concesiones alemanas tal como existían en 1914 o las que habían arrancado en los acuerdos firmados durante la guerra. El comité presentó su informe en el tiempo récord de dos días y optó por lo primero.¹⁵⁵⁹

Los días siguientes estuvieron entre los más tensos de la Conferencia de Paz. Italia la había abandonado finalmente. Wilson, preocupado, releyó sus Catorce Puntos en busca de orientación. El principio de la autodeterminación era claro:

*Italia no debía recibir Fiume y Japón no debía recibir Shantung.*¹⁵⁶⁰ *La crisis que causó Italia intensificó las maniobras relativas a Shantung. Los chinos enviaron un memorándum y cartas a Wilson; los delegados japoneses le visitaron. Makino y Chinda también visitaron a Bonsal, el ayudante de House, para quejarse de las cosas desagradables que la prensa china estaba publicando sobre Japón y para volver a amenazar con que Japón no firmaría el tratado. Bonsal observó que Makino estaba*

*furioso.*¹⁵⁶¹ *Saionji escribió una nota cortés a su viejo conocido Clemenceau en la que decía que Japón quería que la cuestión de Shantung se resolviera tan pronto como fuera posible.*¹⁵⁶²

El 25 de abril el Consejo de los Cuatro (ahora reducido a tres por la defección de Italia) envió a Balfour a hablar con los japoneses sobre un posible acuerdo. ¿Prometerían tal vez devolver los derechos alemanes a China algún día? Por iniciativa propia, Wilson envió a Lansing a cumplir una misión parecida. Ni Balfour ni Lansing llegaron muy lejos. Los japoneses insistieron en sus derechos. A Balfour le sugirieron un trato. Si las potencias aceptaban sus reivindicaciones sobre Shantung, Japón prometería no protestar por la omisión de la cláusula relativa a la igualdad racial, cuando llegara el momento de la aprobación definitiva de la Sociedad de Naciones, en la sesión plenaria de la conferencia. Se quejaron a Lansing de que Estados Unidos siempre recelaba, cuando Japón no hacía más que actuar de buena fe.¹⁵⁶³

El sábado 26 de abril, cuando estaba preparando su informe sobre la postura de Japón, Balfour recibió otra visita de Makino y los dos negociaron un trato provisional sobre Shantung. Si los japoneses recibían los derechos económicos de Alemania en Shantung, el puerto de Tsingtao, los ferrocarriles (incluidos los que aún no se habían construido) y las minas, estaría dispuesto a retirar sus fuerzas de ocupación. Balfour informó de que Japón permitiría generosamente que ciudadanos de otras naciones utilizaran el puerto y los ferrocarriles. Además, estaba dispuesto a devolver pronto el control político de la zona en litigio al Gobierno chino. Como era lógico, los chinos siguieron recelando cuando se enteraron de esta promesa. Para entonces, en todo caso, Shantung ya se había convertido en un asunto de los nacionalistas y hubiera sido difícil que éstos aceptaran algún tipo de control japonés. Por su parte, los japoneses pensaban que no podían hacer más concesiones.¹⁵⁶⁴ De Tokio llegaban órdenes de mantenerse firmes; Japón perdería prestigio en todo el Lejano Oriente si permitía que China lo tratase con desdén.¹⁵⁶⁵

Tal como Balfour informó al Consejo de los Cuatro el lunes por la mañana, Makino «con gran delicadeza, pero perfecta claridad» señaló que las reivindicaciones de Japón debían tratarse en conjunto. Japón ya había perdido en el caso de la cláusula sobre la igualdad racial; sería «muy grave» que también perdiese en el de Shantung. No quedaba mucho tiempo; la sesión plenaria de la Conferencia de Paz se celebraría por la tarde para dar la aprobación definitiva a la Sociedad de Naciones. Sería sumamente embarazoso para las potencias que Japón protestara con energía por la omisión de la cláusula sobre la igualdad racial. Aún peor sería que Japón dejara bien claro que votaría contra la Sociedad de Naciones. Con la aquiescencia a regañadientes de Wilson, el Consejo decidió que Balfour escribiera a los japoneses para decirles que se aceptaba el trato sobre Shantung.¹⁵⁶⁶

Baker, el secretario de prensa de Wilson, advirtió a éste que la opinión mundial apoyaba a China en el asunto de Shantung. «Sí, lo sé», replicó Wilson, «pero si Italia se mantiene alejada y Japón abandona, ¿qué será de la Sociedad de Naciones?»¹⁵⁶⁷ Cuando el 28 de abril Makino pronunció un discurso anodino en la sesión plenaria, en el que apenas tocó la cláusula sobre la igualdad racial, Lansing, al que no se había informado del trato final, adivinó inmediatamente lo que había pasado. Dijo en voz baja a House que era una traición a los principios. House contestó: «Habíamos tenido que hacerlo antes». Lansing, enfadado, dijo: «Sí, se ha hecho y es la maldición de esta conferencia».¹⁵⁶⁸ En la declaración que redactó más tarde para la prensa, Wilson dijo del acuerdo

que era «lo más satisfactorio posible, a tenor de la maraña de tratados en la cual estaba envuelta China».¹⁵⁶⁹

Los chinos estaban desolados.¹⁵⁷⁰ Lu envió una nota digna a Wilson. China había depositado su fe en los Catorce Puntos y en la promesa de una nueva manera de llevar las relaciones internacionales. «Ha confiado, sobre todo, en la justicia y la equidad de sus argumentos. El resultado ha sido, para ella, una grave decepción.»¹⁵⁷¹ Los asesores del mismo Wilson le instaron de forma casi unánime a rechazar las exigencias japonesas, fueran cuales fuesen las consecuencias. Bliss pensó en dimitir para no tener que firmar el tratado y, con el apoyo de otros dos delegados, Lansing y White, envió una severa carta a Wilson en la que decía: «Si es correcto que un policía que recupera un billetero se quede con su contenido y afirme que ha cumplido con su deber devolviendo el billetero vacío, entonces la conducta de Japón puede tolerarse». Y señaló el aspecto moral. Si Japón recibía Shantung, ¿por qué no iba Italia a recibir Fiume? «La paz», dijo para concluir, «es deseable, pero hay cosas más valiosas que la paz: la justicia y la libertad.»¹⁵⁷²

Wilson hizo todo lo que pudo por limitar el daño y el esfuerzo estuvo a punto de acabar con él. «Anoche no pude dormir», dijo a su médico, «tenía la cabeza a rebosar de la polémica relativa a los japoneses y los chinos.»¹⁵⁷³ Grayson dijo que nunca le había visto tan cansado.¹⁵⁷⁴ Wilson insistió en que se describiera detalladamente lo que Japón estaba obteniendo en China, hasta la composición de la policía ferroviaria en Shantung. (Sus efectivos tenían que ser chinos con instructores japoneses donde hiciera falta.¹⁵⁷⁵) Cuando llegó el momento de la consideración definitiva de las cláusulas del tratado referentes a Shantung, en la reunión del Consejo de los Cuatro, el 30 de abril, también recibí seguridades de viva voz de los delegados japoneses de que con el tiempo Japón devolvería a China la soberanía de Shantung. Los japoneses se negaron rotundamente a ponerlo por escrito porque, según alegaron, cualquier apariencia de que cedían inflamaría la opinión pública en su país.¹⁵⁷⁶

A estas alturas ya se había filtrado la noticia de que las cosas iban mal para China. Corrían por París numerosos rumores que la prensa recogía.¹⁵⁷⁷ El 29 de abril, al caer la noche, estudiantes chinos en París celebraron un mitin tumultuoso en una sala de la Rué Danton. Uno tras otro los oradores denunciaron a Occidente. Wang Ching-wei, que más adelante sería famoso como jefe de un Gobierno títere de los japoneses en China, advirtió, hablando inglés con soltura, de la reacción que tendría lugar entre los chinos. Una joven estudiante de arte pidió que no se hablara más de paz. «Debemos recurrir a la fuerza». Eugene Chen, periodista que llegaría a ser ministro de Asuntos Exteriores de China, presentó una moción que condenaba a los Cuatro Grandes y señalaba especialmente a Wilson. Fue aprobada por unanimidad. Aquella noche se incrementaron las medidas de seguridad en torno a Wilson.¹⁵⁷⁸

La delegación china recibió todos los detalles del acuerdo el 30 de abril. Uno de sus miembros se tiró al suelo, presa de desesperación.¹⁵⁷⁹ Cuando a última hora de la tarde Baker llegó al hotel Lutétia para transmitir las excusas y la simpatía de Wilson, encontró a un grupo muy deprimido que culpaba al presidente de haberles dejado en la estacada.¹⁵⁸⁰ Algunos de los delegados querían irse de París enseguida en vez de firmar el tratado. (Koo dijo más adelante a Bonsal que sólo firmaría si su Gobierno se lo ordenaba directamente: «Espero que no me hagan firmar. Sería mi sentencia de muerte».¹⁵⁸¹)

Las negociaciones de París se habían seguido con gran interés en el otro extremo del mundo. La delegación china se había visto bombardeada con telegramas de organizaciones estudiantiles, cámaras de comercio, incluso sindicatos, todos ellos expresando su fe en los Catorce Puntos de

Wilson y su confianza de que la Conferencia de Paz respetaría las reivindicaciones de China.¹⁵⁸² La primera semana de mayo los periódicos de las principales ciudades chinas ya informaban de que los derechos sobre Shantung iban a entregarse a Japón.

Los nacionalistas chinos criticaron amargamente a su propio Gobierno, pero todavía estaban más enfadados, si cabe, con las potencias occidentales.

La noche del 3 de mayo, sábado, estudiantes de la universidad de Pelan, que siempre fue un centro de agitación nacionalista, convocaron a representantes de todas las universidades y colegios de la ciudad para planear una manifestación que tendría lugar la mañana siguiente en la gran plaza de Tiananmen. Al mitin asistió muchísima gente y fue muy emotivo. Los estudiantes acordaron mandar telegramas a la delegación china en París para pedirle que no firmase el tratado. Un joven se cortó un dedo y escribió con sangre en la pared exigiendo la devolución de Tsingtao, el eje de las concesiones alemanas en Shantung.¹⁵⁸³

Es significativo que la furia de los nacionalistas chinos no se limitara a condenar la decisión relativa a Shantung. Tal como recordó un estudiante:

*«Cuando finalmente nos llegaron las noticias de la Conferencia de Paz de París sufrimos una fuerte impresión. Enseguida nos dimos cuenta de que las naciones extranjeras todavía eran egoístas y militaristas y que eran todas unas grandes mentirosas. Recuerdo la noche del 2 de mayo; muy pocos pudimos dormir. Un grupo de amigos míos y yo hablamos casi toda la noche. Sacamos la conclusión de que tarde o temprano estallaría una guerra mundial aún mayor y que el escenario de esa gran guerra sería Oriente. No teníamos nada que ver con nuestro Gobierno, eso lo sabíamos muy bien, y al mismo tiempo ya no podíamos depender de los principios de ningún supuesto gran líder como Woodrow Wilson, por ejemplo. Al mirar a nuestro pueblo y a las lastimosas masas ignorantes, no podíamos por menos que pensar que teníamos que luchar».*¹⁵⁸⁴

La mañana del 4 de mayo se presentó fría y ventosa. A la hora de almorzar más de tres mil manifestantes habían convergido en la plaza de Tiananmen. La mayoría llevaba las tradicionales togas de seda de los estudiosos, pero algunos se tocaban con sombrero hongo, como gesto dirigido al mundo occidental. Los manifestantes portaban pancartas que decían: «Devolvednos Tsingtao», «Oponeos a la política de poder» o «China pertenece a los chinos». Los líderes llevaban un manifiesto que afirmaba dramáticamente: «Ésta es la última oportunidad para China en su lucha a vida o muerte». A las 2 de la tarde la multitud seguía siendo cada vez más numerosa y avanzaba hacia el barrio de las legaciones extranjeras. Al llegar ante la casa de un ministro de quien muchos sospechaban que era un títere de los japoneses, la cosa empezó a ponerse fea. Los manifestantes entraron en la casa, destrozaron los muebles y, como no pudieron encontrar al ministro, propinaron una paliza al embajador de China en Japón, que estaba escondido en una habitación. El Gobierno trató de poner fin a la agitación deteniendo a los principales líderes estudiantiles, pero la medida sólo sirvió para inflamar aún más la opinión pública. El decano de Humanidades de la universidad de Pekín fue visto repartiendo octavillas en una esquina. Las manifestaciones se propagaron a otras grandes ciudades de China y empezaron a unirse a ellas personas que no eran estudiantes, desde trabajadores portuarios hasta hombres de negocios. El Gobierno no tuvo más remedio que volverse

atrás y humillarse poniendo en libertad a los estudiantes detenidos y presentando sus disculpas.¹⁵⁸⁵

Los disturbios acabaron con la otra conferencia de paz, la que se estaba celebrando en Shanghai e intentaba reconciliar el norte y el sur de China. La facción del sur trató de sacar partido del sentimiento popular, exigiendo que el Gobierno de Pekín rechazara todos los tratados que había firmado con Japón durante la guerra y se negara a aceptar la decisión sobre Shantung. Esto era inadmisibles para la facción del norte, que a estas alturas ya estaba dominada por militares pro japoneses, y la conferencia de Shanghai se suspendió indefinidamente.¹⁵⁸⁶ Al desvanecerse toda esperanza, por tenue que fuera, China se vio condenada a otros nueve años de desunión y guerra civil.

El 4 de mayo fue un hito en la evolución del nacionalismo chino. Llegó a representar todo el periodo de fermento intelectual, pero, lo que es más importante, señaló el rechazo de Occidente por parte de muchos intelectuales chinos. Habían recurrido a la democracia y el liberalismo occidentales antes de 1919, a menudo porque no encontraban ningún otro modelo. Algunos siempre se habían sentido incómodos con la importancia que daban los occidentales al individualismo y la competencia. El fracaso de la revolución china y el espectáculo de las naciones europeas despedazándose en la guerra habían intensificado la desazón. Un distinguido estudioso que estuvo en París como observador durante la Conferencia de Paz escribió a sus familiares diciéndoles que los europeos «son como viajeros que se han extraviado en el desierto. Están absolutamente desesperados. En otro tiempo tenían un gran sueño sobre la omnipotencia de la ciencia. Ahora no paran de hablar de bancarrota».¹⁵⁸⁷

En la historia la coincidencia cuenta más de lo que quieren creer algunos, y en 1919 a los chinos se les presentó una alternativa. No consistía en volver a las costumbres tradicionales de China, sino en el nuevo orden que existía en Rusia. La Revolución rusa ofrecía un ejemplo de sociedad tradicional que no era distinta de la china y parecía haber dado un audaz y glorioso salto al futuro. La desilusión con Occidente, su propia funesta experiencia con la democracia de tipo occidental, después de 1911, y la clara alternativa que presentaba Rusia se unieron para hacer del comunismo la solución de los problemas de China. Si hacía falta mayor confirmación, la proporcionó un gesto sin precedentes que hizo el nuevo comisario de Asuntos Exteriores bolchevique cuando, en el verano de 1919, se brindó a renunciar a todas las conquistas y concesiones arrancadas de China en tiempos de los zares. (En realidad, el nuevo Gobierno bolchevique nunca llegó a cumplir la promesa, pero los chinos quedaron profundamente impresionados por una generosidad que ninguna otra potencia estaba mostrando).

Un año después de la Conferencia de Paz de París, un grupo de radicales chinos se reunió para formar el Partido Comunista chino. Muchos de los principales manifestantes de mayo de 1919 se afiliaron a él. El decano de Humanidades que había repartido octavillas fue su primer presidente. Bajo el liderazgo de Mao Zedong y Chu En-lai, que también habían participado en la agitación del 4 de mayo, el partido se haría con el poder en 1949.¹⁵⁸⁸

En París, Koo hizo un esfuerzo valeroso, pero condenado al fracaso por modificar el acuerdo de forma que fuese favorable a China. Al menos no tuvo que arriesgar la vida, porque China no firmó el tratado de Versalles en junio de 1919. El Gobierno de Pekín no fue capaz de tomar una decisión y por ello no mandó ninguna orden. En todo caso, estudiantes chinos rodearon el hotel Lutétia para impedir que los delegados salieran de él.¹⁵⁸⁹ China acabó firmando la paz con Alemania en septiembre de 1919.

Japón consiguió Shantung por medio del uso decidido de presiones. ¿Su amenaza de no firmar el tratado fue un farol o realmente se hubiera negado a firmarlo, como creían las otras potencias? Los

indicios son contradictorios. En el momento culminante de las negociaciones sobre Shantung, en abril de 1919, el Gobierno de Tokio ordenó a su delegación que no diera su conformidad al pacto de la Sociedad de Naciones, si se rechazaban las reivindicaciones japonesas. No está claro si el Gobierno se daba cuenta de que el pacto formaba parte del tratado con Alemania.¹⁵⁹⁰ Durante el mismo periodo, sin embargo, documentos internos del Gobierno indican que Japón temía verse aislado. Puede que se hubiera vuelto atrás ante la negativa rotunda a darle los derechos sobre Shantung. Antes de que las cláusulas relativas a Shantung se acordaran definitivamente en el Consejo de los Cuatro el 30 de abril, el primer ministro japonés, Hara Kei, dijo a sus delegados en París que esperasen nuevas instrucciones en el caso de producirse tal negativa.¹⁵⁹¹

Los japoneses recibieron su victoria en París con sentimientos encontrados.¹⁵⁹² Cuando la delegación volvió a casa, fue recibida por una multitud que protestaba por su fracaso en relación con la cláusula sobre la igualdad racial.¹⁵⁹³ Saionji pidió perdón en el informe oficial que presentó al emperador: «Me entristece que no pudiéramos ver satisfechos todos nuestros deseos». Señaló, no obstante, que el prestigio de Japón en el mundo era mayor ahora que en 1914.¹⁵⁹⁴ Por otra parte, los delegados se fueron de París convencidos de que Estados Unidos se había propuesto parar los pies a los japoneses en China. Quizás era verdad. En 1921 la elección de Warren Harding para la presidencia estadounidense significó la subida al poder de un Gobierno más antijaponés. En la década de 1920, las relaciones con Estados Unidos, que ya eran difíciles, continuaron viéndose turbadas por desacuerdos relacionados con China, por ejemplo el consorcio creado para conceder empréstitos, al que pertenecían ambos países, y por la discriminación que los ciudadanos japoneses siguieron sufriendo en Estados Unidos.

La victoria en el caso de Shantung resultó costosa en otros sentidos. En China la agitación nacionalista, lejos de apagarse, se volvió más feroz y fue un serio obstáculo para las empresas japonesas. Asimismo, las relaciones de Japón con otras potencias resultaron perjudicadas. Los británicos empezaron a pensar seriamente en el futuro de la alianza naval anglo-japonesa. La idea de que Japón era una «Prusia amarilla» arraigó con firmeza en Occidente. En el verano de 1919 Curzon sermoneó a Chinda, que ahora era el embajador japonés en Londres, acerca del comportamiento de los japoneses en China. Japón había sido imprudente al insistir en sus derechos en China; había creado hostilidad en China y aprensión en Gran Bretaña. Curzon instó al embajador japonés a pensar en el futuro de la alianza entre Gran Bretaña y Japón, y en la cuestión más general de la seguridad en el Lejano Oriente,¹⁵⁹⁵

El Gobierno japonés, que no había previsto la intensidad de la oposición, empezó a pensar que debía cumplir la promesa que había hecho en París y devolver sus concesiones en Shantung. A principios de 1920 trató de entablar negociaciones con el Gobierno chino para retirar sus tropas de la región— Los chinos se negaron a hablar del asunto, En el otoño de 1921 Japón hizo un nuevo intento y sugirió condiciones bajo las cuales podría renunciar a sus derechos en Shantung. El Gobierno chino no quiso dar una respuesta clara.

Finalmente, en la conferencia sobre el desarme naval que se celebró en Washington, con los británicos y los estadounidenses haciendo de mediadores, Japón logró que China aceptara un acuerdo por el cual recuperaría la plena soberanía en Shantung. El ferrocarril que iba del puerto de Tsingtao al interior, y que tantos problemas había causado, se vendió a China al amparo de un complicado plan que en realidad permitía que Japón siguiera controlándolo durante la década siguiente.¹⁵⁹⁶ Probablemente China salió perdiendo en el aspecto económico, porque el ferrocarril, como habían descubierto los japoneses, no era rentable.¹⁵⁹⁷ En Washington, en 1922, Japón también firmó un

tratado con las otras potencias que garantizaba la soberanía y la independencia territorial de China. La garantía duró hasta que en 1937 Japón invadió la China continental; Shantung, junto con todas las provincias costeras hasta el sur, quedó bajo control japonés.

Los hombres que habían interpretado sus papeles en París siguieron luego trayectorias muy distintas. Después del desastre de junio de 1919 Lu Zhengxiang perdió el interés por la diplomacia. Pasó unos cuantos años cómodos en calidad de ministro chino en Suiza; luego, al morir su querida esposa en 1926, entró en un monasterio benedictino en Bélgica, donde llegaría a ser abad. Murió en 1949 y está enterrado en Brujas. Koo continuó brillando, y sirvió a China varias veces como ministro de Asuntos Exteriores, primer ministro y embajador en Londres, Washington y París. Representó a China en la Sociedad de Naciones y estuvo presente en la fundación de las Naciones Unidas. De 1966 a 1976 fue uno de los jueces del Tribunal Internacional de Justicia de la Haya. En 1977 la Universidad de Columbia organizó una serie de actos para celebrar el nonagésimo aniversario de Koo. En sus memorias, la señora Koo, la hermosa y joven heredera indonesia que le había cautivado en 1919 en París, escribió en tono bastante triste: «Estaba entregado a su país. Que nunca me viera a mí como persona no es extraño. Era un hombre honorable, del tipo que China necesitaba, pero no fue un esposo para mí». ¹⁵⁹⁸ Koo murió en 1985.

Varios miembros subalternos de la delegación estadounidense dimitieron a causa de la postura de su país en el asunto de Shantung. Lansing siguió como secretario de Estado a pesar de su desagrado. Siempre había pensado que Estados Unidos debía evitar un enfrentamiento a causa de China. Tal como había advertido en una ocasión anterior, «sería extremadamente quijotesco permitir que la cuestión de la integridad territorial de China involucrase a Estados Unidos en dificultades internacionales». ¹⁵⁹⁹ Cuando Wilson se esforzó inútilmente por hacer que el pueblo estadounidense apoyara los acuerdos de paz, uno de los asuntos que se planteó repetidamente en los mítines públicos y en el Senado fue la traición de que había sido víctima China en el caso de Shantung. En opinión de David Hunter Miller, el experto jurídico estadounidense en la Conferencia de Paz, «la mayoría de las lágrimas derramadas por la “Violación de Shantung” lo fueron por cocodrilos republicanos, a quienes China no importaba más que Hécuba». ¹⁶⁰⁰ Durante su última semana en la presidencia, Wilson envió una nota para adquirir entradas para un baile en beneficio del Chínese Famine Relief Fund [Fondo para el Alivio del Hambre en China]. «Me alegro mucho de prestar ayuda, por pequeña que sea». ¹⁶⁰¹

Séptima parte Oriente Próximo en llamas

25 El mayor estadista griego desde Pericles

En diciembre de 1918, cuando la delegación griega en la Conferencia de Paz partió de Atenas, los diputados hicieron cola para besar la mano de su líder, el primer ministro, Eleutherios Venizelos. Fue un espectáculo curioso para tratarse de un hombre al que se veía como un gran demócrata, al menos en la Europa occidental. La delegación hizo escala en Roma, donde Venizelos se entrevistó con el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores italianos para hablar de las reivindicaciones griegas e italianas de los mismos territorios albaneses y turcos. No llegaron a ningún acuerdo. La hostilidad que la prensa italiana había mostrado al empezar la visita aumentó cuando el tren que llevaba a los griegos de Italia a Francia mató accidentalmente a dos trabajadores ferroviarios. Al llegar a París, los griegos tomaron posesión de tres pisos del hotel Mercedes, cerca de los británicos. Aunque su delegación sólo era de diecinueve personas, habían reservado habitaciones para ochenta.¹⁶⁰² Las exigencias griegas en la Conferencia de Paz demostraron un optimismo parecido.

Entre los miembros de la delegación estaban el ministro de Asuntos Exteriores y un futuro presidente, pero el único que realmente contaba era Venizelos. «Magnífico tipo de griego», dijo Francés Stevenson, «cortado por el patrón clásico mental y físicamente.»¹⁶⁰³ Enérgico, persuasivo, infatigable, se ganó a los británicos, engatusó a los franceses, tranquilizó a los estadounidenses y casi neutralizó a los italianos. En París trabajaba quince horas diarias; escribía los memorandos y las cartas, concedía las entrevistas y cortejaba a las personas influyentes.¹⁶⁰⁴ Hasta Hankey, el adusto y engreído secretario británico de la conferencia, notó su hechizo en un almuerzo durante el que Venizelos charló «en un abominable francés» y estuvo «deliciosamente indiscreto»; «un abuelo encantador; un hombre realmente grande».¹⁶⁰⁵ Tan sólo unos cuantos se preguntaron si su influencia en los negociadores era buena; «sin duda alguna cuenta con la buena voluntad de todos los que le conocen», dijo un observador estadounidense, «pero ¿es eso realmente útil? Goza de la simpatía y la estima de todos los delegados y todos los plenipotenciarios, pero también le temen debido a su encanto, que es muy conocido e indiscutible».¹⁶⁰⁶ Venizelos era la mayor ventaja de Grecia y, a la larga, su mayor desventaja. Sin él Grecia nunca hubiera obtenido lo que ganó en la conferencia; sin él no hubiera intentado tragarse una parte tan grande de Asia Menor.

Venizelos nació en el privilegio, hijo de un comerciante rico de Creta, la gran isla situada al sur de la Grecia continental, cuando gran parte del territorio griego (incluida la propia Creta) seguía bajo el dominio turco. Fue bautizado con el nombre de Eleutherios, que significa «Libertador»; su padre había luchado por la independencia de Grecia y tres de sus tíos habían muerto por la causa. Cuando Venizelos tenía sólo dos años, en 1866, ocurrió un espantoso incidente que nunca olvidaría. Una rebelión —una de una serie que sacudió la isla repetidamente— terminó en desastre cuando unos rebeldes cretenses sitiados en un monasterio se quitaron la vida provocando una explosión. Los supervivientes fueron aniquilados por los turcos.¹⁶⁰⁷ La herencia de Venizelos, la historia y su propio carácter se combinaron para crear un apasionado nacionalista griego.

En 1881 Venizelos se trasladó a Atenas para estudiar Derecho. Ya en aquel tiempo era un joven

seguro de sí mismo, altivo, y un líder entre sus compañeros de estudios. Contradecía a sus profesores sin alterarse y se negaba a desdecirse aunque ello significara suspender un examen. Cuando corrió la noticia de que un estadista británico que visitaba Grecia, Joseph Chamberlain, había hecho un comentario despreciativo sobre el nacionalismo cretense, Venizelos exigió una entrevista y le fue concedida. Hizo saber a Chamberlain que estaba muy equivocado y lo abrumó con datos y cifras, hábilmente entretendidos unos con otros; fue una muestra anticipada de lo que se convertiría en su estilo.¹⁶⁰⁸

La universidad, que se había fundado muy poco después de que Grecia obtuviera la independencia, emprendió la tarea de reactivar la cultura clásica; incluso la lengua en que se impartían las clases era la de Sócrates y Aristóteles en vez del griego contemporáneo. Muchos de sus estudiantes, al igual que Venizelos, se veían a sí mismos como misioneros de un mundo helénico entre sus compatriotas que aún vivían, irredentos, bajo el dominio turco. Un día Venizelos reunió a sus amigos alrededor de un mapa grande que tenía en su estudio y trazó en él las fronteras de la Grecia que quería: la mitad larga de la actual Albania y casi toda la Turquía de hoy. Constantinopla sería la capital.¹⁶⁰⁹

Era la *megali idea*, la «gran idea». «La naturaleza», dijo uno de los primeros nacionalistas, «ha puesto límites a las aspiraciones de otros hombres, pero no a las de los griegos. Los griegos no estaban en el pasado ni están ahora sometidos a las leyes de la naturaleza.»¹⁶¹⁰ La *megali idea* (la palabra «megalomanía» procede de la misma raíz) se componía de sueños y fantasías, de un imperio renacido que reflejara la edad de oro en que el griego se hablaba desde Roma hasta Crimea.

A finales de siglo, cuando Creta se liberó del dominio turco y después se unió a Grecia, Venizelos destacaba en la lucha. En 1910 ya era primer ministro. En las guerras balcánicas de 1912 y 1913 maniobró en el escenario internacional con tanto éxito que Grecia salió de ellas con una gran extensión de territorio en el norte, desde Épiro en el oeste hasta Macedonia y parte de Tracia en el este. Los nuevos territorios doblaron con creces la extensión de Grecia. Tan pronto como Venizelos firmó el tratado de Bucarest en 1913, que confirmó las conquistas de Grecia, dijo: «Y ahora volvamos los ojos hacia Oriente».¹⁶¹¹

Oriente significaba la Turquía otomana. Estaba allí una parte muy grande del pasado griego: Troya y las grandes ciudades-estado de la costa de Asia Menor: Pérgamo, Éfeso, Halicarnaso. Herodoto, el padre de la historia, nació allí, y lo mismo Hipócrates, el de la medicina. En Lesbos, Safo había escrito su poesía y en Samos, Pitágoras había inventado la geometría. En el Helesponto (actualmente los Dardanelos), Leandro se había ahogado a causa de su amor por Hero; Jasón y sus argonautas habían navegado hasta el extremo oriental del mar Negro para recuperar el Vello de Oro de Cólquida (la Georgia de hoy). El Imperio bizantino y el cristianismo añadieron otro estrato de recuerdos y otra base para formular reivindicaciones; durante mil años, desde que Constantino se convirtió en el primer emperador cristiano, sus sucesores habían estado en su ciudad, Constantinopla (hoy Estambul), donde hablaban griego y conservaban vivas las grandes tradiciones. El patriarca ortodoxo griego aún vivía allí y no en Atenas. Santa Sofía, que ahora es una mezquita, fue la iglesia que construyó el gran Justiniano en el siglo VI. Profecías seculares predecían que la ciudad sería rescatada de los turcos paganos, como habían anhelado generaciones de griegos.

Venizelos juró a las potencias representadas en París que Grecia no quería Constantinopla. Quizás un mandato estadounidense sería deseable. En privado, aseguró a sus íntimos que Grecia pronto vería realizado su sueño; una vez la ciudad dejara de estar en manos de los turcos, los griegos, con su laboriosidad y su dinamismo naturales, no tardarían en dominarla. «Los turcos», dijo a Lloyd George, «eran incapaces de administrar apropiadamente una ciudad y un puerto tan grandes». Durante

la Conferencia de Paz, Venizelos no desaprovechó ninguna oportunidad de poner de relieve lo griega que era la ciudad.¹⁶¹²

A pesar de que en Grecia y en la sociedad griega era visible la huella de su pasado otomano, Venizelos habló por muchos griegos cuando insistió en que su pueblo formaba parte del mundo moderno, occidental. Los griegos, naturalmente, civilizarían a los atrasados turcos, del mismo modo que británicos y franceses estaban civilizando a africanos y asiáticos. Arguyó que bastaba con echar una ojeada a la tasa de natalidad de los griegos (especialmente en Creta); el hecho de que fuera la más alta del mundo demostraba de forma clara la virilidad de la nación griega. En 1919, según afirmó, había unos dos millones de griegos que vivían bajo el dominio turco.¹⁶¹³

Probablemente la cifra correcta se acercaba más al millón y medio.¹⁶¹⁴ No todos ellos, sin embargo, a pesar de lo que afirmaba Venizelos, se consideraban parte de una gran Grecia. En toda la Turquía otomana había colonias griegas. Algunas, como las de Ponto, alrededor de Trebisonda en la costa meridional del mar Negro, se habían fundado hacía tanto tiempo que sus habitantes hablaban un griego apenas reconocible. En el interior había poca diferencia entre griegos y turcos. Tal vez hasta cuatrocientos mil griegos nominales se distinguían de sus vecinos turcos sólo por su religión y por utilizar caracteres griegos para escribir palabras turcas. Era principalmente en los grandes puertos, Esmirna (hoy Izmir) y Constantinopla, donde el nacionalismo griego significaba algo.

En las décadas anteriores a 1914 miles de griegos emigraron a Turquía en busca de trabajo y oportunidades. Llevaron consigo las esperanzas de sus compatriotas de que los griegos de Turquía serían redimidos, para la cultura griega, tal vez para una gran Grecia.¹⁶¹⁵ Los cambios habidos en la propia Turquía estimularon el nacionalismo griego. Cuando los Jóvenes Turcos se hicieron con el poder en 1908, la antigua tolerancia que los otomanos habían mostrado para con las minorías se vio condenada a desaparecer y en 1912 y 1913, cuando muchos musulmanes huyeron de los Balcanes y se refugiaron en Turquía, empezaron allí las represalias contra las minorías cristianas.

Aun así, antes de la Gran Guerra Venizelos se cuidó de hablar de proteger a los griegos de Turquía o de llevarlos a la unión con Grecia; su país tenía que recuperarse de las guerras balcánicas y asimilar sus conquistas. Es más, en 1914 Venizelos estaba dispuesto a negociar un intercambio pacífico de población, griegos de Tracia y Asia Menor por turcos de Grecia. El intercambio tuvo lugar ocho años más tarde y no fue ni negociado ni pacífico.

La primera guerra mundial cambió el panorama por completo. Los otomanos escogieron el bando perdedor; Venizelos y Grecia, el vencedor. En 1919 hasta la Turquía otomana parecía destinada a desaparecer. La magnitud de la victoria y el poderío de los amigos de Grecia eran embriagadores; los periódicos griegos hablaron de «la realización de nuestros sueños».¹⁶¹⁶ Únicamente no se mencionó Constantinopla, porque los censores lo prohibieron. En realidad, Turquía había sido derrotada, pero estaba mucho de estar acabada; los amigos de Grecia no eran tan poderosos ni tan constantes como Venizelos suponía y Grecia misma se hallaba profundamente dividida entre partidarios y enemigos de Venizelos.

Las divisiones eran un legado de la entrada de Grecia en guerra. Aunque Venizelos había hablado francamente a favor de los Aliados desde el principio, el rey Constantino, que estaba casado con la hermana del emperador alemán y, lo que es más importante, era hombre realista, quería que Grecia continuara siendo neutral. El rey y sus partidarios también eran inmunes a la fascinante visión de un país más grande; «una Grecia pequeña, pero honorable» era su preferencia.¹⁶¹⁷ Una prolongada crisis política entre 1915 y 1917 expulsó a Venizelos del poder; en 1916 formó un Gobierno provisional desafiando al rey, lo que hizo que la mitad de Grecia entrara en guerra; y en 1917 Constantino se vio

a su vez obligado a abandonar el país. Una Grecia reunida entró en guerra al lado de los Aliados, pero la unidad era tan débil como poco convincentes eran las excusas que Venizelos utilizaba ahora para acorralar a sus adversarios. El Gobierno, la judicatura, la administración civil, el ejército, hasta la Iglesia ortodoxa fueron objeto de una purga que creó en la sociedad griega un hondo cisma que duró una generación.

En el bando aliado estos actos, suponiendo que llamaran la atención de alguien, perjudicaron poco la reputación de Venizelos. Había permitido valerosamente que tropas británicas y francesas desembarcaran en Salónica (la actual Tesalónica) cuando Grecia aún era neutral; había invertido en las fuerzas armadas millones que Grecia no podía permitirse gastar; y las tropas griegas no sólo habían combatido en la guerra, sino que también habían ido a ayudar a las fuerzas antibolcheviques aliadas en Rusia. Era un aliado leal, completamente de acuerdo con Occidente y sus valores y enemigo del militarismo alemán. Venizelos actuaba sabiamente y citaba los principios wilsonianos siempre que le era posible; se convirtió en partidario entusiasta de la Sociedad de Naciones.¹⁶¹⁸

Fue uno de los astros de la Conferencia de Paz, «el más grande de los hombres a los que conocí», dijo Wilson con entusiasmo desacostumbrado. En las cenas hechizaba a los demás comensales con sus historias sobre la vida de guerrillero en las montañas cretenses, sobre cómo había aprendido inglés por su cuenta leyendo *The Times* con un fusil apoyado en las rodillas. Y la conversación incluía siempre referencias al glorioso pasado y el gran futuro de Grecia. «Todo ello», informó Harold Nicolson, el joven diplomático británico, «nos da una extraña combinación de encanto, bandidaje, *Weltpolitik* [política mundial], patriotismo, valor, literatura, y, sobre todo, este hombre grande, musculoso y risueño, con ojos que lanzan destellos a través de las gafas y un casquete cuadrado de seda negra sobre la cabeza.»¹⁶¹⁹

El 3 de febrero de 1919 Venizelos tuvo su oportunidad de presentar los argumentos de Grecia al Consejo Supremo. Llegó con sus notas, sus estadísticas, incluso con álbumes de fotografías en las que aparecían felices pescadores griegos en las islas que Venizelos quería. Aquella mañana y durante el día siguiente se mostró muy razonable y persuasivo. La historia, la lengua, la religión y, desde luego, en un gesto dirigido a los estadounidenses, la autodeterminación: de todo ello echó mano. Arguyó que era muy sencillo: en Europa Grecia debía tener la parte meridional de Albania (Épiro del Norte era como él prefería llamarla) y, más al este, entre el Egeo y el mar Negro, Tracia (como mínimo la parte occidental), unas cuantas islas y un enorme pedazo de Asia Menor que se extendía más de 640 kilómetros desde la mitad de la costa meridional del mar de Mármara hacia la costa del sur de Asia Menor hasta Esmirna. Señaló que Grecia no pedía Constantinopla. Cumplimentó a los italianos e hizo referencias elogiosas a la labor de los maestros estadounidenses en esta parte del mundo.¹⁶²⁰ Fue una actuación magistral, «una combinación asombrosa de fuerza y tacto en los argumentos», opinó un diplomático subalterno británico.¹⁶²¹ También fue peligrosa: para Grecia, para los griegos y para la paz futura de Oriente Próximo. En aquel momento de triunfo en la Conferencia de Paz Venizelos encendió una mecha que provocó la destrucción catastrófica de antiguas comunidades griegas en Turquía y una hostilidad entre Grecia y Turquía que perdura en nuestros días.

Un vistazo a un mapa (cosa que los grandes estadistas no hacían con la frecuencia suficiente) también hubiera indicado que lo que proponía Venizelos era un país muy extraño que envolvería el mar Egeo. Su Grecia extendería un dedo hacia el norte del Adriático y otro dedo delgado por la parte superior del Egeo hacia Constantinopla; luego saltaría por encima de un pedacito de territorio turco y los Dardanelos y abarcaría unos dos tercios de la costa de Asia Menor, con una gran entrada hacia el

interior en Esmirna. Esta Grecia de los «dos continentes y los cinco mares» era un país vuelto de dentro afuera, una franja de tierra alrededor de aguas que no controlaba. Tendría enemigos: Turquía con toda seguridad y Bulgaria probablemente, ya que ambas tendrían que aportar territorio, y era probable que también Italia, que tenía sus propios planes para el Adriático, Albania y Asia Menor. Venizelos dijo que sí, que la forma era un inconveniente. «Pero durante treinta siglos los griegos habían vivido en estas condiciones y habían podido superar grandes catástrofes, prosperar y crecer.»¹⁶²²

Sin embargo, ¿cómo podía un país de menos de cinco millones de habitantes echarse encima semejante carga? ¿Un país tan pobre que en los años anteriores a 1914 una sexta parte de su población, principalmente hombres jóvenes y vigorosos, había emigrado? ¿Tan dividido que casi había estallado una guerra civil en 1917? Por más que se hablara de la Grecia antigua, el país que asistió a la Conferencia de Paz era nuevo e inestable. Al igual que en los otros países balcánicos, las glorias del pasado compensaban las imperfecciones del presente.

Los argumentos que Venizelos expuso de forma tan lógica ante la Conferencia de Paz estaban tan llenos de defectos como la Grecia que él quería. Sus estadísticas eran tan poco de fiar como todas las que se elaboraban en los Balcanes, una mezcla de estadísticas otomanas desfasadas y de castillos en el aire. Al reivindicar el sur de Albania, por ejemplo, arguyó que gentes que parecían albanesas y hablaban albanés en realidad eran griegas; si eran ortodoxas, eran griegas hasta la médula. ¡Pero si las fuerzas armadas griegas estaban llenas de hombres que eran de origen albanés! Venizelos movía las cifras demográficas como un prestidigitador: había 151.000 griegos en Épiro del Norte, de un total de 230.000 habitantes. Si se restaban los distritos puramente albaneses, quedaban 120.000 griegos y sólo 80.000 albaneses. Desde luego, las regiones de mayoría griega debían ser para Grecia (autodeterminación), pero también debían ser para ella todas las regiones sin una mayoría clara: «porque sería contrario a toda equidad que, en un pueblo dado, una mayoría que posee una forma superior de civilización tuviera que someterse a una minoría poseedora de una civilización inferior». A decir verdad, era una suerte para los albaneses que Grecia estuviera dispuesta a aceptarlos.¹⁶²³

Su pasado daba a la Grecia moderna un círculo de partidarios ya formado. Clemenceau, en un raro arrebatado de entusiasmo sin reservas, dijo a su secretario, Jean Martet, que la humanidad había alcanzado su cima en la Grecia antigua: «Sumérjase usted en Grecia, Martet. Es algo que me ha ayudado a seguir adelante. Siempre que me sentía harto de todas las estupideces y de la vacuidad de la política, recurría a Grecia. Otros se van a pescar. A cada cual lo suyo». (Clemenceau tenía reservas acerca de los griegos modernos, a los que encontraba lamentablemente ignorantes de su propia historia gloriosa.¹⁶²⁴) Los griegos eran descendientes de Homero, Pericles y Sócrates. Templos serenos, nobles lanzadores de disco, la luz dorada que proyectaban Grecia y el Imperio bizantino flotaban entre los estadistas reunidos en París y la realidad de una nación pequeña, atrasada y dividida en facciones. De Berlín a Washington los parlamentos nacionales, los museos y las galerías, incluso las iglesias de paredes enjalbegadas de las ciudades pequeñas de Nueva Inglaterra, demostraban que la Grecia clásica seguía influyendo en la imaginación de Occidente. De hecho, Estados Unidos, al poco de fundarse, había estado a punto de adoptar el griego clásico como lengua oficial. El personal de los ministerios de Asuntos Exteriores y los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos era producto de la educación clásica, cuyo amor por la antigua Grecia no sufría menoscabo alguno a causa del buen conocimiento de la moderna.

Además, la lucha del pueblo griego para liberarse del dominio turco había sido una de las grandes causas liberales de Europa a partir de la década de 1820. Lord Byron dio su vida por ella y Delacroix le dedicó algunos de sus mejores cuadros. Y mientras los griegos estuvieron bajo el

dominio turco la causa siguió viva. En 1919 en ciudades de toda Europa y Estados Unidos los partidarios de Grecia y sus reivindicaciones se reunían para aprobar mociones y recaudar dinero. El *Daily Telegraph* publicó la traducción que Rudyard Kipling hizo del himno nacional griego, el *Himno a la Libertad*. A ojos de Jules Cambon, el veterano diplomático francés, la Conferencia de Paz trajo «el mejor medio de satisfacer las antiguas reivindicaciones de la nación helénica y de, al menos, terminar la labor independentista que empezaron las naciones liberales de Europa hace un siglo». [1625](#)

Si Grecia era dorada, Turquía se hallaba envuelta en recuerdos más sombríos: una maraña de jinetes feroces procedentes de Asia central, las banderas de la media luna ondeando en las afueras de Viena, las matanzas de búlgaros en los años setenta del siglo XIX y, mucho más recientemente, de miles de armenios. Su sultán era el heredero de los grandes y despiadados señores de la guerra que habían hecho temblar a Europa. (En realidad era un hombre de mediana edad, desgarrado y reumático). Una de las pesadillas de los Aliados durante la reciente guerra había sido que el sultán, que como califa era el líder espiritual de los millones de musulmanes de todo el mundo, hiciera un llamamiento a dichos millones para que luchasen contra Gran Bretaña en la India o contra Francia en el norte de África. La Turquía otomana representaba al islam en lucha contra el cristianismo y ahora existía la oportunidad de obtener una victoria en aquel secular choque de civilizaciones. En Gran Bretaña el arzobispo de Canterbury y otros notables se apresuraron a formar un Comité para la redención de Santa Sofía. [1626](#)

El mundo veía sólo una potencia decadente, brutal e ineficiente que no debería continuar existiendo. Ya había perdido sus territorios árabes, liberados por esfuerzo propio o por las grandes potencias, según cómo se mire; los armenios que quedaban habían proclamado una república independiente en mayo de 1918, y los kurdos de las fronteras orientales luchaban por tener su país propio. En cuanto al destino del núcleo de habla turca, Tracia en Europa y Anatolia en Asia Menor, el asunto podría resolverse en la Conferencia de Paz después de satisfacer las reivindicaciones griegas e italianas.

Los británicos, que durante tanto tiempo habían apuntalado la Turquía otomana, necesitaban ahora otro aliado que se encargara de que el extremo oriental del Mediterráneo fuera seguro para sus barcos. Estaba claro que no querían un extenso Imperio francés allí y tampoco querían gastar su propio dinero, si podían evitarlo. Debido a ello, Grecia, una Grecia reforzada, resultaba sumamente atractiva. Los principios y los intereses coincidían de forma conveniente. Grecia era occidental y civilizada; la Turquía otomana, asiática y bárbara. Y Venizelos era muy digno de admiración, «el estadista más grande que había dado Grecia desde los tiempos de Pericles», en opinión de Lloyd George. Tanto él como buena parte del Ministerio de Asuntos Exteriores pensaban que una Grecia más fuerte sería un aliado muy útil. Como se apresuró a señalar Venizelos, «Grecia podía proporcionar puertos para la marina británica y campos de aviación para lo que claramente iba a ser una nueva e importante manera de llegar a la India». El poderío griego podría llenar el vacío que había dejado la caída de los otomanos. [1627](#) Sólo los militares, que eran los encargados de examinar mapas y evaluar los puntos fuertes y débiles, tendían a ser escépticos, tanto en lo que se refería al poderío militar griego como a la medida en que Turquía estaba realmente acabada. [1628](#) Cuando se le pidió que comentara las reivindicaciones griegas en Asia Menor, el Estado Mayor británico advirtió que una ocupación griega «creará una fuente de agitación continua que posiblemente culminará con un intento organizado de los turcos de reconquistar ese territorio». [1629](#)

Lloyd George, con todo, apoyó a Venizelos como a poca gente. «Era», dijo, «esencialmente un

liberal y un demócrata, y todos los elementos reaccionarios odiaban y temían sus ideales, su legislación y su personalidad.»¹⁶³⁰ Hubiera podido estar hablando de sí mismo: el luchador, el orador, el iconoclasta, el hombre que se opuso a una política injusta y a su propio Gobierno, como había hecho Lloyd George cuando la guerra de los Bóer. Los dos hombres ya se conocían y simpatizaban; en su primer encuentro, en 1912, había resultado difícil distinguir cuál de los dos había cautivado más al otro. A ojos de Venizelos, Lloyd George era como un profeta del Antiguo Testamento, con «capacidades espléndidas y clara percepción de las personas y los acontecimientos»; para Lloyd George su colega griego era «un hombre grande, un hombre muy grande».¹⁶³¹ Los dos juntos tejieron visiones fascinantes de una alianza fuerte entre Grecia, Francia y Gran Bretaña que controlaría el Mediterráneo oriental en beneficio de todos. Grecia florecería mientras que la Turquía otomana quedaría reducida a la condición de Estado cliente.

Durante la guerra los dos hombres estuvieron en contacto. De hecho, Lloyd George afirmó más adelante que él y Venizelos habían tramado juntos el derrocamiento de Constantino. En octubre de 1918, cuando la guerra se hallaba en sus últimas etapas, Lloyd George robó tiempo a su frenético programa para almorzar con Venizelos y hablar de las reivindicaciones griegas. El encuentro fue amistoso y Lloyd George se mostró alentador, aunque de momento no se comprometió firmemente a apoyar todas las reivindicaciones de Grecia. Poco después Venizelos envió un memorándum y una carta privada en la que hacía hincapié en el gran deseo de Grecia de cooperar. En el único asunto que hubiera podido causar problemas a Gran Bretaña, el de Chipre, que era griega en alrededor del 80 por ciento, Venizelos fue la personificación del tacto. Si los británicos querían entregársela, Grecia estaría encantada y, por supuesto, siempre permitiría que las fuerzas británicas usaran las bases que había en la isla; si Gran Bretaña quería conservarla en su poder, sería también comprensible.¹⁶³²

Cuando Venizelos presentó sus argumentos al Consejo Supremo, estaba seguro de que los británicos le respaldaban. Pensaba que probablemente también podría contar con los franceses; tropas griegas estaban luchando al lado de los franceses contra los bolcheviques. Los estadounidenses simpatizaban con la causa griega; los italianos eran lo único que le preocupaba de verdad. De vez en cuando Lloyd George le hacía preguntas amables para inducirle a seguir; Wilsor pidió una pequeña aclaración sobre las atrocidades cometidas por los turcos, Clemenceau prácticamente no dijo nada y Orlando se refirió con delicadeza a diferencias entre Grecia e Italia que esperaba que se resolvieran rápidamente. (En eso, como en tantas otras cosas, Orlando se equivocó). Venizelos escribió a Atenas una carta llena de confianza: «Me parece que la impresión que causaron mis argumentos fue favorable. Wilson, Clemenceau, Lloyd George e incluso Orlando me tranquilizaron al respecto cuando me despedí de ellos». El ministro de Asuntos Exteriores griego, que fue testigo de la actuación de Venizelos, se mostró igualmente encantado: «En principio, tenemos a todas las grandes potencias de nuestra parte, excepto Italia, y también ella empieza a pensar en un acuerdo y en la conciliación»¹⁶³³

Puede que los italianos estuvieran pensando en la conciliación, pero también pensaban en Albania y Asia Menor, donde tenían puestos los ojos en parte de lo que quería Grecia. También albergaban la esperanza de quedarse con las islas del Dodecaneso, aunque la gran mayoría de sus habitantes era griega. La prensa italiana exigía todo lo que se le había prometido a Italia y más. Los articulistas arremetían contra los bárbaros serbios y sus amigos los griegos. La situación en Albania, donde griegos e italianos llegaron a rozarse, empeoraba las cosas. Italia había ocupado gran parte de Albania durante la guerra; los griegos de Albania y el Gobierno griego se quejaban una y otra vez del

comportamiento de las fuerzas italianas. Se decía que los italianos trataban de ganarse a los albaneses con promesas exageradas: la supresión de los impuestos, por ejemplo. En Grecia los periódicos publicaban artículos truculentos sobre brutalidades y violaciones perpetradas por los italianos. «Toda la población», opinó el embajador británico en Atenas, «acudiría si se ordenara la movilización contra Italia.»¹⁶³⁴

Durante la contienda Grecia e Italia habían hablado de forma intermitente de llegar a un acuerdo y en los comienzos de la Conferencia de París, Sonnino y Venizelos, el antipático y el encantador, se reunieron varias veces para ver si podían hacer un trato. Sonnino sugirió que Grecia permitiese que Italia se quedara con toda la costa de Albania y cerca de la mitad del interior; a cambio de ello, Grecia podría quedarse con los alrededores de Korce (Koritsa, en griego), las islas del Dodecaneso y los alrededores de Esmirna en la costa de Asia Menor. Si bien los dos hombres estaban dispuestos a negociar sobre Albania y el Dodecaneso, ninguno de los dos quería ceder en el caso de Asia Menor. Un trato hubiera evitado muchas desgracias posteriores, pero resultó imposible. Ninguno de los dos se fiaba del otro; ambos pensaban que a su país le iría mejor negociando directamente con las grandes potencias.¹⁶³⁵

En febrero de 1919 daba la impresión de que Venizelos había acertado al optar por arriesgarse. El único gran interrogante era Estados Unidos y Venizelos tenía muchos motivos para pensar que lograría convencer a los estadounidenses como había convencido a los británicos. Sostuvo largas conversaciones con House, que le aseguró que Estados Unidos le ayudaría. Nicolson le facilitó la oportunidad de hablar con algunos de los estadounidenses jóvenes; «es moderado, encantador, amable, despierto. El almuerzo ha sido todo un éxito». Venizelos siempre tuvo el don de saber juzgar a sus oyentes. Seymour, el experto estadounidense, describió otro encuentro a su familia: «A sabiendas de que su mayor ventaja sería que creyéramos en su honradez, decidió poner las cartas boca arriba y hablar con franqueza absoluta, y pienso que así lo hizo. Su política era de una inteligencia casi bismarckiana»¹⁶³⁶ Los estadounidenses eran favorables, pero no lo eran ciegamente. Tenían sus reservas en el caso de las reivindicaciones griegas en Albania y Tracia. En lo tocante a Asia Menor, sin embargo, preferían las reivindicaciones griegas a las italianas. Las relaciones entre los estadounidenses y los italianos empezaron a ir mal desde el principio de la conferencia.

Cuando la Comisión sobre Asuntos Griegos y Albaneses inició sus reuniones, Venizelos continuó presionando y desplegando una actividad frenética, Hizo otra presentación: «Es abrumadoramente franco, cordial y sutil», informó Nicolson.¹⁶³⁷ Los almuerzos y las cenas continuaron al tiempo que de su pluma salían cartas y memorandos. En Estados Unidos y en Europa sus simpatizantes organizaron mítines; en los Balcanes y Turquía sus agentes incitaban a las comunidades griegas a escribir a la Conferencia de Paz para pedir que se las hiciera parte de Grecia. Los profesores instaban a no permitir que quedaran griegos bajo el dominio de los albaneses, «la única raza que Europa no ha podido civilizar». (Por su parte, los albaneses suplicaron a Estados Unidos que aceptara un mandato sobre su país.¹⁶³⁸) Un miembro del Gobierno de Atenas advirtió que había que andarse con cuidado: «Un exceso de celo puede perjudicarnos».¹⁶³⁹

Desde las primeras reuniones de la comisión hubo discrepancias relacionadas con las nacionalidades: los británicos y los franceses apoyaban las reivindicaciones de Grecia, los estadounidenses adoptaban un punto de vista más distante y moderado y los italianos se oponían prácticamente a todo. Italia no quería una Grecia más fuerte en la otra orilla del Adriático. La parte más estrecha del Adriático quedaba a la altura del tacón de la bota de Italia; a unos noventa y seis kilómetros, en la costa albanesa, se encontraba el soberbio puerto natural de Vlore, protegido por la

isla de Sazan (Saseno, en italiano). Si Italia tenía en su poder tanto la isla como el puerto, desde allí podía cerrar la entrada del Adriático. Pero si en la orilla oriental del Adriático había una potencia hostil, Italia siempre estaría a su merced. Cuando Serbia reivindicó una parte del norte de Albania, Italia también se opuso a ello. Asimismo, Italia tenía otros intereses, la minoría católica del norte, a la que atendían escuelas y sacerdotes italianos. Desde el punto de vista italiano, lo más fácil hubiera sido hacerse cargo directamente de gran parte de Albania o al menos convertirla en un protectorado.

Pasaron los meses de febrero y marzo y las repercusiones de la crisis en las relaciones entre Italia y sus aliados hicieron que el trabajo de la comisión resultara aun más difícil. Los dos representantes italianos trataban de retrasar las reuniones, veían problemas en nimiedades, amenazaban con retirarse, se ausentaban alegando enfermedad (esto causaba momentos embarazosos cuando otros miembros los encontraban cenando en algún restaurante de París). Los dos, según informó Nicolson, «se comportan como niños, y niños malhumorados, por más señas. Ponen obstáculos a todo y lo retrasan todo». [1640](#)

Las reivindicaciones griegas sobre Albania que se debatieron en primer lugar plantearon un asunto más amplio, a saber: el de si el pequeño país, cuya creación era tan reciente, sobreviviría. Grecia quería la mayor parte del sur y basaba su reivindicación en sus propias y dudosas estadísticas sobre las nacionalidades. Y, como pocas cosas eran sencillas en París, otros problemas acechaban en segundo término. Si Italia obtenía lo que deseaba en el sur de los Balcanes, ¿renunciaría a sus exigencias en la parte septentrional del Adriático? ¿Grecia se volvería atrás en Albania a cambio de Asia Menor? ¿Dónde entraba la autodeterminación de los pueblos en todo esto?

Albania, pobre y pequeña, tenía enemigos muy poderosos y muy pocos amigos. Y casi no tenía industria, poco comercio, ningún ferrocarril y sólo unos trescientos veinte kilómetros de carreteras pavimentadas. Salió de la oscuridad justo antes de la guerra, creada a partir de cuatro distritos del Imperio otomano. Pocos extranjeros la visitaban y poco se sabía de su historia y de su pueblo. Sólo raramente habían aparecido albaneses en la historia de Europa: los grandes emperadores romanos Diocleciano y Constantino, por ejemplo. Según algunos, los albaneses eran los habitantes ilirios originales de los Balcanes, a quienes el lento avance de los eslavos hacia el sur y el oeste había empujado a las regiones más pobres e inaccesibles. Desde luego, su lengua era diferente de la que hablaban sus vecinos montenegrinos, serbios o griegos. En el Imperio otomano se les valoraba por su capacidad combativa y su belleza.

La historia y la geografía —la maraña de montañas y valles que se extendía hacia el interior desde la costa— habían producido una miríada de tribus que recelaban tanto de los extranjeros como unas de otras. Los griegos del norte y los toscos del sur hablaban dialectos distintos y también sus costumbres eran distintas. Como en otras partes de los Balcanes, el pasado había dejado una estela de divisiones religiosas; el 70 por ciento de la población que era musulmana se dividía en sunníes, shíies y una minoría derviche. La minoría cristiana era católica en el norte y ortodoxa en el sur. La vida cotidiana se gobernaba por reglas de una complejidad deslumbrante sobre el honor y la vergüenza. En algunas regiones uno de cada cinco hombres moría a causa de alguna venganza de sangre.

Los raros viajeros que entraban en Albania a pie o a caballo tendían a enamorarse del país y su gente. Byron se había hecho retratar vestido de albanés; quizás inevitablemente, también se echó una querida albanesa. A finales del siglo XIX la periodista Edith Durham fue a Albania siguiendo los consejos de su médico. Éste le dijo que viajar era bueno para los nervios, pero no lo dijo pensando en Albania. Durham exploró el país de un extremo a otro antes de la guerra, generalmente sola o acompañada de una única sirvienta. Los albaneses no sabían qué pensar de aquella criatura extraña y

regordeta; al final decidieron tratarla como a hombre honorario. Los soldados británicos que atravesaron el este de Albania durante el conflicto se encontraron con que la palabra «*durr-ham*» surtía efectos de pasaporte.¹⁶⁴¹

Durham llegó por primera vez a Albania cuando los sentimientos nacionales empezaban a despertar. Un profesor austríaco recopiló un diccionario y una gramática albaneses, lo cual convenció a los albaneses que sabían leer y escribir de que tal vez eran realmente un pueblo.

Después de mucho discutir, se escogió el alfabeto latino con preferencia a los caracteres griegos o arábigos. Se publicaron libros en albanés: cuentos populares, obras de historia, poesía. Se fundaron escuelas albanesas, a menudo de forma subrepticia. Mientras el dominio turco continuó siendo relativamente leve, muchos albaneses no tuvieron reparos en trabajar para los otomanos, como soldados o administradores. Cuando los Jóvenes Turcos intentaron vigorizar de nuevo el Imperio otomano justo antes de la Gran Guerra, su torpe política represiva proporcionó el estímulo que faltaba y estallaron levantamientos nacionalistas cuyo objetivo era liberarse de los otomanos. La numerosa comunidad albanesa en el extranjero prestó su apoyo con entusiasmo.

La independencia pasó a ser una cuestión de supervivencia nacional en 1912, cuando pareció que los vecinos de Albania, en especial Grecia y Serbia, se disponían a expulsar a los otomanos de Europa y a repartirse el botín de guerra. Esto no convenía a las grandes potencias, que tenían otra guerra más en los Balcanes y por ello, en 1913, crearon Albania. Trazó sus fronteras una comisión internacional, con objeciones por parte de los serbios y los griegos. Cuando la comisión visitó el sur de Albania, un periodista con ojos de lince observó que en todos los lugares donde se detenían aparecían las mismas personas con pancartas que decían «Bienvenidos a una población griega». Las tropas griegas que ocupaban temporalmente el país obligaban a los niños a cantar canciones griegas y ordenaban a los vecinos pintar sus casas con los colores de la bandera de Grecia. Incluso después de retirar sus tropas, Grecia continuó introduciendo clandestinamente irregulares que trataban de provocar una rebelión.

La breve historia de Albania había sido infeliz. Cabecillas de las tribus, bandidos, partidarios de los turcos, agentes griegos, serbios e italianos: todos se esforzaban por alcanzar sus propios objetivos contra el débil Gobierno central. Una figura destacó de entre ellos: el siniestro y seductor Essad Bajá Toptani. Se decía que, aunque no hablaba bien ninguna lengua europea, conocía el valor del dinero en todas ellas. Había trabajado para diversos amos: para los otomanos como jefe de la policía de Skóder (Scutari, en italiano), para los Jóvenes Turcos, para los montenegrinos (que tenían los ojos puestos en el norte de Albania) y para los italianos, pero siempre para sí mismo. Sus compatriotas le temían y odiaban. Cuando su primera esposa amenazó con envenenarle por tomar una segunda esposa (era un mal musulmán, pero a veces encontraba su religión útil), todo el mundo la admiró.¹⁶⁴²

En esta vorágine las grandes potencias, en su infinita sabiduría, metieron a un príncipe alemán, Guillermo de Wied, «un tipo débil», en opinión de Durham, «carente de energía, tacto o modales y con una ignorancia total del país».¹⁶⁴³ En un acto de asombrosa estupidez, el nuevo rey nombró a Essad Bajá ministro de Defensa. Guillermo duró sólo seis meses antes de huir a Alemania dejando seis regímenes distintos, cada uno de los cuales afirmaba ser el Gobierno de Albania. Para entonces ya había estallado la Gran Guerra y Albania, debido a su situación, se vio arrastrada a ella casi enseguida. Italia atravesó el Adriático para ocupar Vlore. Grecia penetró en el sur. Cuando el ejército serbio retrocedió ante los austríacos en 1915, tuvo que pasar por Albania. La larga historia de suspicacia mutua entre serbios y albaneses tuvo en lo sucesivo un capítulo más, ya que bandidos

albaneses hostigaron a los desesperados serbios que se dirigían al Adriático.¹⁶⁴⁴

Al terminar la guerra, la mayor parte de Albania estaba ocupada: por los serbios en el norte, los italianos y los griegos en el sur, los italianos en la mayoría de las poblaciones costeras y los franceses en el interior, alrededor de Skóder en el norte y Korce en el sudoeste, donde ondeaba una curiosa bandera en la que los colores nacionales de Francia se habían añadido a un dibujo tradicional de Albania. En el sur Grecia abrió escuelas y celebró elecciones para diputados del Parlamento griego. Serbia y Grecia hablaron en confianza de repartirse Albania entre las dos, pero dejaron de lado a Italia, a la que se había prometido Vlore en el Tratado de Londres. (En 1917 Italia había intentado apoderarse de la totalidad, pero fue obligada a volverse atrás). El tratado insinuaba otra posibilidad: el reparto de Albania entre Serbia, Montenegro y Grecia, con un pequeño Estado bajo control italiano en el centro.¹⁶⁴⁵

Ante estas amenazas a su país, los albaneses trataron de unirse. En un mitin celebrado en diciembre de 1918 representantes de diferentes partes del país eligieron un Gobierno provisional bajo Turján Bajá, anciano caballero que en otro tiempo había sido diplomático otomano. Essad Bajá, como de costumbre, obró en interés propio e insistió en que él era el presidente de Albania o, si no, su rey. (Había pasado parte de la contienda diseñándose un uniforme deslumbrante y cubriéndolo de condecoraciones impuestas por él mismo). Cuando el Gobierno provisional envió a París una delegación encabezada por Turján Bajá, Essad Bajá se fue a la capital francesa por cuenta propia y discutió violentamente con los delegados oficiales, a los que acusó de intrigar con los italianos (fue un ejemplo de ver la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio).¹⁶⁴⁶ Se hallaba en desventaja, ya que apenas se atrevía a salir de su hotel por temor a que sus numerosos enemigos trataran de asesinarle.

Los amigos de Albania en el extranjero, un grupo heterogéneo, la ayudaron tanto como pudieron. Un grupo contrató a un encantador aristócrata húngaro para que presionase a los estadounidenses; por desgracia, resultó que su principal pasión en la vida y tema de todas sus conversaciones era la estructura dental de los dinosaurios. La Federación Panalbanesa de América envió a un misionero estadounidense que fue igualmente ineficaz. También hay que mencionar a Aubrey Herbert, hijo menor de una de las grandes familias aristocráticas británicas (su hermanastro, el conde de Caemarvon, descubrió la tumba de Tutankamón). Antes de la guerra pasó mucho tiempo viajando por el Imperio otomano, preferiblemente, al parecer, en las condiciones más incómodas y peligrosas. Hablaba con soltura varias lenguas, entre ellas el turco y el albanés, y era agente no remunerado del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. John Buchan lo utilizó como modelo del protagonista de *Greenmantle*, un hombre «que era hermano de sangre de cualquier clase de bandido albanés». Los albaneses le ofrecieron su trono. Lo rechazó, pero creó la Sociedad Anglo-albanesa, que trabajaría por la independencia de Albania; Edith Durham era la secretaria de la sociedad.¹⁶⁴⁷

El Consejo Supremo concedió una audiencia a Turján Bajá el 24 de febrero. «Viejo, muy viejo y triste», habló monótonamente. «Los Diez charlan y ríen mientras sucede esto. Más bien penoso», informó Nicolson.¹⁶⁴⁸ Los albaneses se abandonaron a la merced de la Conferencia de Paz y, en particular, de los estadounidenses. «Confianza», decía su declaración por escrito, «que el principio de la nacionalidad que tan clara y solemnemente proclamaron el presidente Wilson y sus grandes aliados no se haya proclamado en vano, y que sus derechos, que hasta ahora han sido pisoteados, sean respetados».

Los albaneses pusieron en entredicho las reivindicaciones griegas y presentaron sus propias estadísticas. Donde Grecia contaba ciento veinte mil griegos en el sur, los albaneses sólo pudieron

encontrar veinte mil. La religión no indicaba nada; cristianos o musulmanes, todos los albaneses estaban unidos en el amor a su patria, y lo habían estado durante siglos. Los griegos afirmaban ser más civilizados que los albaneses, pero habían cometido atrocidades terribles. Lo mismo habían hecho los serbios. Durante la contienda, los albaneses se habían esforzado al máximo por ayudar a los Aliados. Albania no debería perder territorio; de hecho, en rigurosa justicia, se le deberían dar las partes de Serbia, Montenegro y Grecia donde los albaneses estaban en clara mayoría.

La reivindicación albanesa incluía Kosovo, región agrícola relativamente próspera situada junto a la frontera noroccidental de Albania, donde, según decía ésta, los albaneses habían estado desde «tiempo inmemorial»; los serbios, que también la reivindicaban, no habían llegado hasta el siglo VII. Además, Serbia, que controlaba Kosovo desde 1913 se había comportado atrocemente. Habría problemas en el futuro si los albaneses de Kosovo tenían que vivir bajo el dominio serbio.¹⁶⁴⁹ (Los serbios decían lo mismo de los albaneses).

Prescindiendo de quien tuviera razón en el pasado (cosa que en los Balcanes siempre era difícil determinar), los albaneses tenían buenos argumentos; la mayoría de la población era albanesa. Pero Kosovo era otra cosa; para los serbios era su Runnymede, su Valley Forge¹⁶⁵⁰ y su Lorena. Kosovo era donde, en 1389, los otomanos habían derrotado a los serbios y los habían sometido al dominio musulmán. Era a la vez una derrota y, paradójicamente, la gran victoria de los serbios, celebrada anualmente a través de los siglos. La leyenda decía que un santo, bajo la forma de halcón, ofreció al príncipe serbio la posibilidad de escoger entre ganar la batalla en la tierra o ganarla en el cielo; el príncipe eligió esto último y, aunque murió, su salvación y la de los serbios cristianos quedaron aseguradas. «Era innegable que esta región formaba parte del Gran Imperio serbio en el siglo trece», dijo Bonsal, el ayudante de House. «¿Debería devolverse a Belgrado ahora? ¿Deberían devolverse California y Nuevo México a España o a México? No lo sé». Una solución podía consistir en un sencillo intercambio de población. «Todo estaría bien si pudieran forjarse relaciones amistosas entre los litigantes, pero, por desgracia, todos los expertos dicen que esto es imposible; al menos en esto están totalmente de acuerdo.»¹⁶⁵¹

Kosovo no se convirtió en un problema en 1919, porque las potencias no vieron ningún motivo para ampliar las fronteras de Albania en ninguna dirección. Albania era débil y tenía un Gobierno incapaz. ¿Qué importaba si alrededor de medio millón de agricultores albaneses vivía bajo el dominio serbio o yugoslavo? De vez en cuando, en años sucesivos, el mundo oía rumores de descontento. Sacerdotes albaneses se presentaban ante la Sociedad de Naciones para quejarse de que les estaban cerrando las escuelas. Durante la segunda guerra mundial, con apoyo alemán e italiano, Albania se apoderó por fin de Kosovo, pero Tito, el nuevo gobernante de Yugoslavia, lo recuperó al terminar la conflagración. Albania refunfuñó, pero no se atrevió a hacer nada abiertamente. Y el Gobierno de Tito fue relativamente leve en comparación con lo que vino después. A los setenta años de la Conferencia de Paz de París, Albania desenterró las antiguas reivindicaciones sobre Kosovo.

La comisión sobre Grecia hizo caso omiso de Albania y sus reivindicaciones y dedicó la mayor parte de su tiempo a tratar de dilucidar las exigencias opuestas de los italianos y los griegos. Se propusieron diversos planes; Italia tendría un mandato sobre toda Albania, o Grecia tendría uno sobre el sur. Los franceses, principalmente con el propósito de bloquear la expansión de Italia, pidieron que Korce, en el sur, fuese para Grecia, porque controlaba la única carretera que comunicaba la costa adriática de Grecia con la Macedonia griega. Corrían rumores de que Grecia e Italia volvían a hablar de un pacto por separado,¹⁶⁵² de que Italia estaba armando a bandas albanesas amigas, de que los franceses pensaban seguir ocupando Korce a menos que se diera a Grecia. Los

estadounidenses, que normalmente hacían de árbitros, mostraban una curiosa pasividad, tal vez porque el círculo íntimo que rodeaba a Wilson estaba absorto en el tratado con Alemania y el empeoramiento de las relaciones con Italia. Empujado por la desesperación, Nicolson, que representaba a Gran Bretaña, ideó un plan absurdo: dividir Albania, con el norte unido a Serbia, un estado musulmán en el centro bajo un mandato italiano, el sur bajo el dominio griego y Korce convertida en la sede de una Universidad Central Albanesa bajo protección estadounidense.¹⁶⁵³

Los albaneses trataron de llegar a los grandes hombres. Wilson, que había recibido varias peticiones, informó de que les horrorizaba pensar en un mandato italiano. Quizá debería dárseles la independencia. «Realmente no sé lo que harían con ella», replicó Lloyd George, «excepto degollarse mutuamente». Albania sería como las tierras altas de Escocia en el siglo XV «No hable mal de las montañas de Escocia», dijo Wilson, «son el lugar de origen de mi familia». Y ahí terminó el asunto en lo que se refería al Consejo de los Cuatro.¹⁶⁵⁴

En el verano de 1919, en Italia subió al poder un Gobierno nuevo y más conciliador que llegó a un acuerdo con Venizelos, que también se veía sometido a presiones para que resolviera las reivindicaciones griegas en litigio. Fue un ejemplo del tradicional toma y daca: Italia apoyaría las reivindicaciones griegas, incluidas las relativas a Tracia, si Grecia renunciaba a las suyas sobre el territorio que Italia quería en el sur de Asia Menor. Italia entregaría todas las islas del Dodecaneso excepto la más importante, Rodas. (Esto no era un sacrificio tan grande como parecía, porque Italia no tenía ningún derecho legal sobre ellas).

En el caso de Albania, Italia estuvo de acuerdo en que Grecia se quedara con el sur; a cambio de ello, Grecia reconocería la posesión por parte de Italia del puerto de Vlore y su hinterland y un mandato italiano sobre lo que quedara. Como símbolo del nuevo espíritu conciliador, se construiría un ferrocarril de Vlore a Atenas. Casi inmediatamente otras potencias pusieron objeciones. Los franceses se negaron a abandonar Korce hasta que se llegara a un acuerdo más general. El nuevo Estado de Yugoslavia se puso nervioso al pensar en tanto territorio italiano junto a sus fronteras. Y si Grecia e Italia iban a recibir partes de Albania, también Yugoslavia quería una en el norte.

El acuerdo recibió el golpe definitivo en febrero de 1920 y su procedencia fue inesperada. Wilson, que no había conseguido que el Congreso aceptara el Tratado de Versalles, seguía aferrándose a sus principios. Estados Unidos, según dijo en una nota, no estaba dispuesto a cometer una injusticia con el pueblo de Albania. Al llegar la primavera, los albaneses ya habían desencadenado una revuelta a gran escala contra la ocupación italiana. El precio era demasiado alto para Italia y en agosto ya estaba dispuesta a firmar un armisticio que le dejaba sólo la isla de Sazan, situada enfrente del puerto de Vlore. «Es muy triste», comentó un periódico italiano, «presenciar este desastre después de que se haya derramado tanta noble y generosa sangre italiana y se hayan gastado tantos millones en una gran obra de civilización y en la seguridad de nuestras fronteras.»¹⁶⁵⁵ Los franceses se retiraron de Korce; y Grecia y Yugoslavia, por el momento, abandonaron sus exigencias. A finales de 1920 Albania fue admitida en la Sociedad de Naciones como Estado independiente con unas fronteras que eran prácticamente las mismas que tenía en 1913.

No en vano, sin embargo, era Albania el lugar de nacimiento del rey que dio su nombre a la «victoria pírrica». La política interna continuó siendo turbulenta. Essad Bajá vio realizado brevemente su sueño de ser rey, pero nunca se sentó en su trono. A pesar de sus escoltas y sus revólveres Browning, fue abatido a tiros por un antiguo enemigo cuando salía del hotel Continental de París. El asesino fue muerto a su vez, por orden de Zogú, sobrino de Essad Bajá, que, como era de esperar, se convirtió en rey.

Italia nunca abandonó del todo sus designios. Bajo Mussolini la influencia italiana continuó

creciendo; finalmente, en vísperas de la segunda guerra mundial, Italia se anexionó Albania. Después de la contienda, un ex profesor de francés, Enver Hoxha, instauró uno de los regímenes comunistas más extraños y más reaccionarios. La resistencia albanesa y sus patrocinadores occidentales hicieron repetidos intentos de restaurar al rey Zogú que no dieron ningún resultado, en gran parte porque fueron traicionados por el principal topo soviético en Occidente, Kim Philby. En los años noventa del siglo XX, después de terminar la guerra fría, el sobrino nieto de Essad Bajá, un traficante de armas de Sudáfrica, reactivó la pretensión al trono.

A Grecia le fue mucho mejor en Tracia, donde Venizelos reivindicaba casi la totalidad. Venizelos hizo numerosos y hábiles malabarismos con las estadísticas para disimular la mezcla demográfica. Tracia oriental tenía probablemente una mayoría griega; en la parte occidental, que había pertenecido a Bulgaria desde 1913, el número de turcos era casi el triple que el de griegos. Había también una importante minoría búlgara.¹⁶⁵⁶ Esto era un inconveniente; si se aplicaba el principio de la nacionalidad, como siempre quisieron los estadounidenses, Grecia podría reivindicar Tracia oriental. Tracia occidental debería devolverse a Turquía o posiblemente seguir en poder de Bulgaria, que necesitaba sus puertos marítimos. Los italianos, que, según se rumoreaba, estaban intrigando con el Gobierno búlgaro contra Serbia, eran partidarios de lo segundo.¹⁶⁵⁷ En ambos casos, habría otro país entre la parte principal de Grecia y su nueva provincia, Tracia oriental. Los griegos arguyeron que los búlgaros y muchos de los turcos eran en realidad griegos. Tal como un delegado aseguró a Bonsal, «son de ascendencia ática directa y el país está lleno de ellos; pero con el fin de apaciguar a sus feroces vecinos eslavos, así como para hacerse entender en su vida y actividades cotidianas, muchos de ellos han perdido por completo el conocimiento de su lengua materna». La posición de reserva de los griegos era que la mayoría musulmana en Tracia occidental, ya fuese de habla búlgara o turca, preferiría ser gobernada por Grecia. Venizelos presentó oportunamente una carta suplicante de los musulmanes del lugar: «No sería justo permitir que sufriéramos bajo el yugo más duro y más despiadado que quepa imaginar: bajo el yugo búlgaro».¹⁶⁵⁸

En todo caso, según los griegos, ¿por qué había que ser considerados con los enemigos derrotados? Venizelos estaba dispuesto a conceder a la Turquía otomana una pequeña parte de Tracia justo al norte de Constantinopla. (Albergaba la esperanza, huelga decirlo, de que la ciudad y sus alrededores pronto fueran griegos). En cuanto a la Tracia occidental, sería mejor para la seguridad futura del mundo, y no digamos de los Balcanes, que Bulgaria cediese la totalidad a Grecia. «Las concesiones que pudieran hacerse serían inútiles, porque Bulgaria no descansaría hasta que se le entregara la totalidad de los Balcanes. Bulgaria reivindicaba la hegemonía completa sobre toda la península, y aprovecharía todas las oportunidades para satisfacer sus ambiciones. Bulgaria representaba en los Balcanes la Prusia de la Europa occidental».¹⁶⁵⁹ Los británicos y los franceses, a quienes no gustaba Bulgaria, pensaban igual. Aparte de cualquier otra consideración, Grecia necesitaba estar comunicada por tierra con Tracia oriental.

Para las objeciones de los estadounidenses (que tenían debilidad por Bulgaria) y los italianos, en el sentido de que la economía búlgara resultaría perjudicada si perdía todos los puertos del Mediterráneo, Venizelos, como siempre, tenía una respuesta: «El principio de la nacionalidad debería tener precedencia sobre las consideraciones económicas. Bulgaria tenía puertos excelentes en el mar Negro». Y, habida cuenta de su historial, Bulgaria era muy capaz de construir bases de submarinos en el Egeo y amenazar a Grecia. Si Bulgaria necesitaba realmente una salida, Grecia le permitiría utilizar un puerto. (Cuando se redactó esta disposición, Bulgaria la rechazó de plano: «Una salida de Bulgaria al mar a través de territorio turco y griego no sólo es imposible, sino también

inaceptable desde el punto de vista psicológico».¹⁶⁶⁰)

Aunque la comisión sobre asuntos griegos recomendó finalmente que se dieran ambas partes a Grecia, la Conferencia de Paz aplazó el momento de tomar una decisión basándose en que era prematuro, porque aún no se había resuelto el destino de Constantinopla. (Se habló de que Estados Unidos aceptara un mandato sobre la ciudad). Cuando la Conferencia de Paz volvió a ocuparse de Tracia en el verano de 1919, Estados Unidos ya había descartado la idea de un mandato y ahora también se oponía con firmeza a dar Tracia occidental a Grecia. En vez de eso, los estadounidenses preferían que continuase en poder de Bulgaria, lo cual irritó mucho a los británicos, que señalaron que si se denegaba a Grecia una de sus reivindicaciones, habría que revisarlas todas. A estas alturas estaban muy preocupados por Grecia, que tropezaba con graves problemas en Asia Menor. Venizelos, que se veía atacado en su país, dijo a Lloyd George que su posición peligraría mucho si no obtenía resultados concretos.¹⁶⁶¹

La retirada gradual de Europa de Estados Unidos permitió a las potencias europeas hacer caso omiso de los deseos de los estadounidenses. Por el Tratado de Neuilly, que se firmó en noviembre de 1919, Bulgaria perdió Tracia occidental. La delegación búlgara hizo un último e inútil llamamiento:

*«La exclusión de Bulgaria de Tracia occidental, de la cual no se atrevieron a privarnos ni siquiera nuestros enemigos los griegos y los serbios, que nos vencieron en la guerra de 1912-1913, aumentará más la separación geográfica entre Bulgaria y Francia y las grandes potencias marítimas.»*¹⁶⁶²

En 1920 los Aliados entregaron a Grecia las partes occidental y oriental de Tracia, que para entonces ya se habían quitado a Turquía. Los griegos disfrutarían en paz de su nueva adquisición exactamente durante dos años. Muy al sur, en Asia Menor, la «gran idea» estaba chocando violentamente con la realidad. Grecia había intentado llegar más lejos de lo que sus recursos le permitían y había despertado con ello las fuerzas del nacionalismo turco.

Muchos otros planes relativos al Imperio otomano corrían por las salas de conferencias y los comedores de París aquella primavera. «Que sea un *manda* [búfalo]», dijo una persona ocurrente en Constantinopla, «que sea un buey, que sea cualquier animal, pero que venga rápidamente.»¹⁶⁶³ Si todas las reivindicaciones, todos los protectorados, estados independientes y mandatos que se debatieron en París se hubieran hecho realidad, en el interior de Anatolia habría quedado una Turquía pequeña y muy extraña, sin estrecho, sin costa mediterránea, con una costa truncada en el mar Negro, y sin territorios armenios ni kurdos en el nordeste. Lo que se omitió de los cálculos que se hicieron en París fue el hecho de que las potencias no podían hacer cumplir su voluntad. Henry Wilson, jefe del Estado Mayor imperial británico, opinó que los políticos estaban totalmente desprovistos de realismo: «Al parecer, piensan que su autoridad se extiende hasta Turquía en Asia. Nunca, ni siquiera después del armisticio, hemos tratado de ir al fondo.»¹⁶⁶⁴ Tampoco se prestó la debida atención a los propios turcos. Casi todos los asistentes a la conferencia dieron por sentado que los turcos sencillamente harían lo que les mandaran. Cuando Montagu, el secretario de Estado para la India, exclamó: «¡Por Dios, no digamos al musulmán lo que debería pensar! ¡Reconozcamos lo que piensa!», Balfour respondió con fría indiferencia: «Soy totalmente incapaz de ver por qué Dios o cualquier otro poder pondría objeciones a que le dijéramos al musulmán lo que debería pensar.»¹⁶⁶⁵ Lo mismo podía aplicarse a los ex súbditos árabes del Imperio otomano.

27 La independencia árabe

Un día, durante la Conferencia de Paz, Arnold Toynbee, uno de los asesores de la delegación británica, fue a entregar unos documentos al primer ministro. «Me alegré mucho al ver que Lloyd George se había olvidado de mi presencia y estaba pensando en voz alta. “Mesopotamia, sí, petróleo, regadíos, debemos tener Mesopotamia; Palestina, sí, Tierra Santa, sionismo, debemos tener Palestina. Siria, hum, ¿qué hay en Siria? Que sea para los franceses”.»¹⁶⁶⁶ Así se expusieron las líneas del acuerdo de paz en Oriente Próximo: Gran Bretaña aprovechando su oportunidad, la necesidad de echarles algo a los franceses, una patria para los judíos, petróleo y la tranquila suposición de que los negociadores podían disponer de los antiguos territorios otomanos como quisieran. Para el Oriente Próximo árabe los acuerdos de paz fueron la repetición del viejo imperialismo decimonónico. Gran Bretaña y Francia se salieron con la suya —por el momento—, porque Estados Unidos optó por no intervenir y porque el nacionalismo árabe aún no era lo bastante fuerte como para enfrentarse a ellas.

En la entrevista que celebraron en Londres en diciembre de 1918, justo antes de que Wilson llegase a Europa, Lloyd George y Clemenceau encontraron tiempo para acordar la división de los inmensos territorios árabes del Imperio otomano, que se extendían desde Mesopotamia, en las fronteras del Imperio persa, hasta el Mediterráneo. Ambos hombres todavía se sentían animados por su victoria frente a Alemania y por la novedosa y aparentemente cálida amistad entre sus respectivas naciones. Clemenceau quedó encantado por la acogida que le tributaron en Londres, donde la multitud pareció enloquecer y prorrumpió en vítores y silbidos al tiempo que arrojaba sombreros y bastones al aire. «Realmente», dijo Mordacq, el ayudante de Clemenceau, «entre una gente tan flemática y fría fue de lo más significativo».¹⁶⁶⁷ La conversación sobre Oriente Próximo fue breve y cordial. «Bien», dijo Clemenceau, «¿de qué debemos hablar?». Lloyd George contestó: «de Mesopotamia y Palestina». Clemenceau: «Dígame lo que quiere». Lloyd George: «Quiero Mosul». Clemenceau: «La tendrá ¿Algo más?». Lloyd George: «Sí, quiero Jerusalén también». Clemenceau: «La tendrá, pero Pichó pondrá pegas en el caso de Mosul»¹⁶⁶⁸ (Mosul estaba a punto de adquirir importancia a causa del petróleo).

Al parecer, a cambio de todo ello Lloyd George hizo promesas a Clemenceau: que Gran Bretaña apoyaría a Francia, incluso contra los estadounidenses, en su exigencia de control sobre la costa libanesa y el interior de Siria, y que Francia tendría una parte del petróleo que se encontrara en Mosul.¹⁶⁶⁹ Los franceses afirmaron más tarde que Clemenceau fue tan generoso, porque Lloyd George también le había asegurado que podía contar con el apoyo británico a sus exigencias en Europa, en particular a lo largo del Rin.¹⁶⁷⁰ Lloyd George no menciona esa parte del trato en sus memorias.¹⁶⁷¹ ¿Los franceses se equivocaron o los británicos actuaron pérfidamente (otra vez)? Por desgracia, no se levantó acta oficial de la conversación. Fue un comienzo aciago para un asunto que envenenaría las relaciones franco-británicas en la Conferencia de Paz y durante muchos años después.

Lo que con el tiempo se llamaría la «cuestión Siria» (aunque en realidad estaba relacionada con

todos los antiguos territorios árabes de los otomanos) no tenía por qué haber causado tanto daño. Gran Bretaña y Francia ya habían hecho su trato sobre Oriente Próximo con el acuerdo secreto entre Sykes y Picot en 1916. El derrumbamiento inesperado del Imperio otomano, sin embargo, despertó viejos sueños y antiguas rivalidades. Las discusiones, que se prolongaron durante todo 1919, fueron por algo más que territorio. Sus causas fueron Juana de Arco y Guillermo el Conquistador, los Altos de Abraham y Plassy, las cruzadas, Napoleón en Egipto y la destrucción de la flota francesa por Nelson en la batalla del Nilo, la arrebatilla por África, que había estado a punto de provocar una guerra cuando la crisis de Fachoda en 1898 y la pugna entre las civilizaciones francesa y anglosajona por ejercer su influencia.

Lloyd George, liberal convertido en usurpador de tierras, empeoró las cosas. Como a Napoleón, le embriagaban las posibilidades que ofrecía Oriente Próximo: la restauración de un mundo helénico en Asia Menor, una nueva civilización judía en Palestina; Suez y todas las comunicaciones con la India a salvo de amenazas; estados árabes leales y obedientes a lo largo del Creciente Fértil y en los valles del Tigris y el Éufrates; protección del suministro de petróleo para los británicos desde Persia y la posibilidad de nuevas fuentes de crudo controladas directamente por los británicos; los estadounidenses aceptando amablemente mandatos aquí y allá; los franceses haciendo lo que se les ordenara. En una cena privada que se celebró muy poco antes de terminar la guerra sus asesores más allegados le encontraron «con un estado de ánimo muy *exalté* [exaltado]», «muy intransigente». Quería excluir a Francia de Oriente Próximo tanto como fuera posible, incluso a costa de romper promesas anteriores.¹⁶⁷² Y eso se refería sobre todo a Sykes— Picot, «aquel desafortunado acuerdo», como dijo Curzon, «que desde entonces llevamos colgado del cuello como una piedra de molino».¹⁶⁷³

Como tantos otros acuerdos que se presentaron en la Conferencia de Paz como invitados poco gratos, el de Sykes-Picot se firmó en plena guerra, cuando las promesas eran baratas y la perspectiva de una derrota era muy real. En 1916 la guerra iba mal para los Aliados. En el este los desembarcos de Gallípoli habían fracasado y en Mesopotamia una fuerza numerosa procedente de la India se había rendido. Los británicos querían empezar una nueva ofensiva contra los otomanos desde Egipto, pero para desviar recursos del frente occidental necesitaban el consentimiento de los franceses. Lo que tenían como cebo era un acuerdo sobre el futuro reparto del Imperio otomano.

Ambos negociadores eran católicos y conocían personalmente Oriente Próximo. Picot había sido cónsul general en Beirut antes de la guerra y Sykes había viajado mucho entre El Cairo y Bagdad. Picot era hijo de aquella alta clase media francesa que produjo tantos de los diplomáticos, gobernadores coloniales y altos cargos de la burocracia de Francia. Alto y pomposo, conservador y devoto, se preocupaba tanto por su propia dignidad como por la de Francia. Estaba muy allegado a poderosos *lobbies* coloniales en Francia; su hermano era tesorero del Comité de l'Asie Française que, a pesar de su nombre, tenía mucho que ver con Oriente Próximo.¹⁶⁷⁴

Sykes, en cambio, era uno de aquellos aficionados ricos y aristocráticos que revoloteaban en los márgenes de la diplomacia británica. Su educación fue poco convencional: profesores particulares en la gran finca de Yorkshire, breves estancias en internados y un par de años en Cambridge, donde se distinguió en el teatro de aficionados. Estaba lleno de entusiasmo y energía y a menudo era poco práctico. T. E. Lawrence dijo de él: «Veía lo raro en todo y se le escapaba lo normal. Le bastaban unos cuantos trazos para pintar un mundo nuevo, desproporcionado, pero vivido como visión de algunos de los aspectos de lo que esperábamos».¹⁶⁷⁵ Amaba las bromas pesadas, dibujar caricaturas, la campiña de Yorkshire y el Imperio británico. Detestaba las ciudades, la rutina y a los pacifistas.

Sentía devoción por su esposa y sus seis hijos, quizá debido a su propia infancia desgraciada con una madre borracha y promiscua y un padre neurasténico y frío. Adoraba Oriente Próximo antiguo y sin estropear, el del desierto y los campesinos sencillos; culpaba a los franceses y a las finanzas internacionales de haber modernizado y corrompido la sociedad antigua. Admiraba la cultura francesa, pero opinaba que Francia no se merecía su Imperio. «Los franceses», dijo después de visitar las posesiones francesas del norte de África, «son incapaces de inspirar respeto, no son *sáhib*, entre ellos no hay caballeros, sus oficiales no tienen caballos ni fusiles ni perros.»¹⁶⁷⁶

Curiosamente, Picot y Sykes colaboraron sin problemas. Su plan, que los respectivos gobiernos aprobaron en mayo de 1916, era bastante razonable, desde el punto de vista de un imperialista occidental. La costa siria, gran parte del Líbano de hoy, sería para Francia, mientras que Gran Bretaña ejercería el control directo del centro de Mesopotamia, alrededor de Bagdad, y la parte meridional en torno a Basora. Palestina, que era un asunto espinoso debido al gran interés que despertaba en otras potencias cristianas (Rusia en particular), tendría una administración internacional. El resto, una región inmensa que abarcaba la actual Siria, Mosul en el norte de Iraq y Jordania, tendría jefes árabes locales bajo la supervisión de los franceses en el norte y los británicos en el sur. (La península de Arabia no se mencionó, es de suponer que porque nadie pensó que valiera la pena preocuparse por todos aquellos kilómetros de arena). El acuerdo apaciguó a los franceses, que habían hecho grandes inversiones en la costa siria y que se consideraban protectores de las grandes comunidades cristianas de la región, como los maronitas del monte Líbano. También gustó a los británicos, que habían tenido la astucia de colocar a los franceses entre ellos y el Imperio ruso en su expansión hacia el sur.¹⁶⁷⁷

No obstante, después de hacer el trato, los británicos empezaron a lamentarlo casi en el acto. ¿No sería más prudente controlar directamente Palestina, tan próxima al canal de Suez? Era lo que recomendaban con insistencia los funcionarios británicos en Egipto. ¿Por qué debía Mosul ser para los franceses? Cuando Rusia se retiró de la guerra en 1917, de pronto pareció menos esencial tener a Francia como parachoques. Sykes, según informó un colega al llegar la noticia de la rendición de los otomanos, «ha ideado un plan nuevo y sumamente ingenioso por el cual los franceses deberán abandonar toda la región árabe excepto el Líbano y, a cambio, se les dará el protectorado de toda la región kurdo-armenia desde Adana hasta Persia y el Cáucaso».¹⁶⁷⁸

En Francia, un heterogéneo *lobby* colonialista —pañeros de Lyon que querían seda de Siria; la Cámara de Fabricantes de Automóviles, que señaló que Mosul era una región maravillosa para ir en coche; sacerdotes jesuitas, cuya orden tenía una universidad en Beirut; los financieros, funcionarios e intelectuales del Comité de l'Asie Française— instaron a su Gobierno a mantenerse firme. Siria para este *lobby*, era invariablemente la Gran Siria y se extendía al sur hasta el Sinaí y al este hacia Mosul. Grupos parlamentarios señalaron los imperativos estratégicos. Francia ya tenía Argelia y Túnez en la costa meridional del Mediterráneo; ahora debía añadir Marruecos. Por desgracia, ya era demasiado tarde para hacerse con Egipto, que los británicos habían arrebatado por medio de una artera maniobra en 1882. Pero no era demasiado tarde en el caso del Líbano y su hinterland sirio y en el de Palestina.¹⁶⁷⁹ El Quai d'Orsay envió memorandos a Clemenceau en los que hacía referencia a «esta pesada, pero gloriosa carga». La relación de Francia con Siria se remontaba a las cruzadas. Los franceses ya habían hecho mucho por proteger a los cristianos y llevar la civilización a todos los árabes. Ahora los habitantes de la región contaban con que Francia pondría remedio a los daños causados por el largo dominio de los turcos. Francia no debía renunciar a Siria. La opinión pública francesa se enfurecería con razón si «después de semejante guerra y de semejante victoria, que ha

consagrado el papel preeminente de Francia en el mundo, su posición [fuera] inferior a la de antes de agosto de 1914».¹⁶⁸⁰

La postura británica se endureció. El Comité Oriental del Gabinete de Guerra, creado en 1918 para que formulase la política británica en Oriente Próximo, insistió en la necesidad de contener a su aliada. Si Francia se quedaba con Palestina y Siria, Gran Bretaña, según Curzon, presidente e impulsor del comité, se vería obligada a mantener una fuerza numerosa en Egipto para proteger el canal de Suez y la vital ruta de la India.¹⁶⁸¹ Y había otras rutas, por tierra y por aire (una nueva posibilidad), desde el extremo oriental del Mediterráneo y luego a través de Siria y Mesopotamia, o más al norte, siguiendo el mar Negro hasta más allá del Cáucaso. Balfour señaló que este argumento era peligroso: «Cada vez que vengo a un debate, con intervalos de, pongamos por caso, cinco años, me encuentro con que hay una nueva esfera que debemos proteger y que se supone que protege las puertas de la India. Estas puertas se alejan más y más de la India, y no sé hasta qué punto del oeste las llevará el Estado Mayor». Sus colegas siguieron decididos a destruir el acuerdo Sykes-Picot.¹⁶⁸²

Incluso antes de que los franceses se dieran cuenta de esto, la actuación de los británicos despertó sus suspicacias. Los católicos franceses habían quedado consternados cuando las fuerzas británicas del general Edmund Allenby expulsaron a los turcos de Jerusalén justo antes de la Navidad de 1917. El «peligro protestante» se estaba apoderando de Tierra Santa. El lobby colonial francés observó con ansiedad cómo la libra egipcia se convertía en la moneda primero de Palestina y luego de Siria y el comercio se movía hacia el sur. Cuando Picot se trasladó rápidamente a Palestina para intentar proteger los intereses franceses, encontró a Allenby y su Estado Mayor poco dispuestos a cooperar.¹⁶⁸³ En el verano de 1918, mientras la última gran ofensiva alemana golpeaba el frente occidental y los británicos preparaban otra ofensiva importante para penetrar en Siria, el Quai d'Orsay advirtió que la opinión pública francesa no aceptaría que «Francia se viera privada de beneficios que eran legítimamente suyos por parte de quienes desviaban sus tropas en el momento crucial». La preocupación de los franceses no se disipó cuando las autoridades militares británicas se negaron, luego, a entregar plenos poderes a los representantes franceses en las regiones de Siria que el acuerdo Sykes-Picot asignaba a Francia. Los británicos también guardaban un silencio poco tranquilizador sobre sus intenciones a largo plazo. Picot, que era menos partidario de seguir una línea dura que muchos de sus colegas, trató de advertir a Sykes del estado de la opinión en Francia: «los rencorosos lo ven como prueba de intenciones ocultas. Hasta los otros empiezan a estar preocupados». Los británicos se negaron a tomar en serio las preocupaciones de los franceses y la advertencia del mismo Picot: «un hombre bastante vanidoso y débil», dijo un oficial, «celoso de su propia posición y del prestigio de Francia».¹⁶⁸⁴

Aunque los británicos y los franceses daban la impresión de que, en el caso de Oriente Próximo, se estaban peleando por algo que era suyo, tenían que prestar cierta atención a sus aliados. Las promesas vagas que se habían hecho a Italia durante la contienda —acceso a puertos tales como Haifa y Acre, voz y voto en la administración de Palestina, igualdad de trato en la península de Arabia y el mar Rojo— podían pasarse por alto fácilmente y, en general, así se hacía. Estados Unidos era otra cosa. Si bien Wilson dio por sentado que los árabes necesitarían consejos, era de suponer que de los británicos y los franceses, se tomó en serio la idea de consultar con los habitantes de la región para tener en cuenta sus deseos. «Todo ordenamiento territorial relacionado con esta guerra», había dicho al Congreso en su discurso de los «Cuatro Principios» el 11 de febrero de 1918, «debe hacerse por el interés y el beneficio de las poblaciones afectadas». Gastón Domergue, ex ministro de Colonias y vicepresidente del comité oficial encargado de formular los objetivos

coloniales de Francia, exclamó con mucha razón: «¡El obstáculo es Estados Unidos!».¹⁶⁸⁵

Con un suave cambio de marcha, los europeos empezaron a hablar el lenguaje de los estadounidenses. Domergue dijo que estaba muy claro que «necesitamos un Imperio colonial para ejercer, por el interés de la humanidad, la vocación civilizadora de Francia».¹⁶⁸⁶ Los británicos eran igualmente hábiles cuando se trataba de vestir con ropa nueva y atractiva viejos objetivos imperiales. No convenía disgustar a los estadounidenses; tal como Smuts dijo a sus colegas del Comité Oriental: «No hay que repartir el botín; sería una mala política para el futuro». Por otra parte, si se podía persuadir a los estadounidenses de que los británicos respetaban los deseos de los árabes, tal vez presionarían a los franceses para que renunciaran a parte de lo que se les había prometido en el Tratado Sykes-Picot. Cecil, altivo y artero, advirtió que «los estadounidenses sólo nos apoyarán si piensan que somos partidarios de un Gobierno nativo o algo por el estilo». Curzon pensaba igual:

«Si no podemos salir de nuestras dificultades de ninguna otra manera, deberíamos jugar la baza de la autodeterminación por lo que pueda valer, dondequiera que tengamos desavenencias con los franceses, los árabes o quien sea, y dejar que el caso lo resuelva este argumento final, sabiendo en el fondo de nuestro corazón que tenemos más probabilidades que nadie de beneficiarnos de él».¹⁶⁸⁷

Los gobiernos británico y francés, en una declaración en lengua árabe que se hizo circular mucho, descubrieron oportunamente que su principal objetivo en la guerra contra los otomanos había sido «la emancipación total y definitiva de los pueblos durante tanto tiempo oprimidos por los turcos y la instauración de gobiernos y administraciones nacionales que reciban su autoridad de la iniciativa y la libre elección de las poblaciones indígenas».¹⁶⁸⁸ Las palabras eran baratas. Los británicos, como había dicho Curzon, confiaban en que los árabes elegirían voluntariamente la protección de Gran Bretaña. Los franceses no se tomaban nada en serio el nacionalismo árabe. «No podéis», dijo Picot «transformar una miríada de tribus en un conjunto viable». Ambas potencias pasaron por alto el entusiasmo con que se había recibido su declaración en el mundo árabe; en Damasco los nacionalistas árabes la habían celebrado cortando los cables de la electricidad y disparando enormes cantidades de munición.¹⁶⁸⁹ Los británicos y los franceses que habían llamado al genio del nacionalismo para que les ayudase durante la guerra iban a encontrarse con que no era fácil obligarle a irse.

A finales de noviembre de 1918 un joven moreno y guapo que afirmaba, con cierta justificación, hablar por los árabes embarcó en un buque de guerra británico en Beirut para trasladarse a Marsella y desde allí a París con el fin de asistir a la Conferencia de Paz. Feisal, descendiente del profeta y miembro del antiguo clan hachemita, era inteligente, decidido y muy ambicioso. También era deslumbrante. No importaba que se hubiera educado en Constantinopla; era la imagen que todo el mundo tenía de lo que debía ser un noble árabe del desierto. Lansing, tan prosaico normalmente, pensó en incienso y oro. «Sugería la serenidad y la paz del desierto, la meditación de quien vive en los grandes espacios de la tierra, la solemnidad del pensamiento de quien suele comulgar a solas con la naturaleza.»¹⁶⁹⁰ Allenby, el duro y viejo general británico, vio en él «un hombre entusiasta, delgado, muy excitable. Tiene unas manos muy hermosas, como de mujer; y sus dedos siempre se mueven nerviosamente cuando habla».¹⁶⁹¹ Con la «Caballería de San Jorge» (soberanos de oro¹⁶⁹², armas y asesores británicos, Feisal había capitaneado una revuelta árabe contra los turcos.

Los británicos se habían arriesgado al apoyarle y habían hecho promesas que no coincidían con las del Acuerdo Sykes-Picot. En 1915 Sir Henry McMahon, alto comisario británico en El Cairo, había iniciado conversaciones con el padre de Feisal, Hussein, jerife de La Meca. Hussein era un «caballero bajito, anciano y pulcro, poseedor de gran dignidad y, cuando quería, gran encanto» que

estaba más interesado por la prosperidad de su propia familia que por la autodeterminación de los árabes.¹⁶⁹³ Inmensamente orgulloso de su linaje, cuyo origen se remontaba docenas de generaciones (como solía recordar), era el jefe de una de las familias más antiguas y distinguidas del mundo árabe, guardián de los lugares más santos del islam en el Hiyaz y flamante titular del número de teléfono La Meca 1. En correspondencia mantenida con el jerife, que continúa siendo sumamente controvertida, McMahon prometió que si los árabes se alzaban contra los turcos, recibirían ayuda británica y, lo que era más importante, la independencia. Para salvaguardar los intereses franceses y británicos, unas cuantas regiones fueron eximidas específicamente del dominio árabe: el territorio situado al oeste de una línea que se extendía más o menos desde Alepo en el norte hasta Damasco en el sur — dicho de otro modo, la costa de Siria y el Líbano— así como las antiguas provincias turcas de Bagdad y Basora. Las fronteras entre los territorios exentos y el resto no se trazaron claramente. Los británicos arguyeron más tarde, haciendo caso omiso de la geografía, que Palestina también se encontraba al oeste de la línea Alepo-Damasco. ¿Y qué significaba la independencia? Hussein y sus seguidores dieron por sentado que, incluso las regiones exentas serían gobernadas por árabes bajo supervisión europea; el resto, desde la península de Arabia, subiendo por Palestina hasta el interior de Siria, y luego hasta Mosul en el norte de Mesopotamia, sería un Estado árabe independiente. Los británicos no acababan de verlo así.¹⁶⁹⁴

En 1915 los detalles de lo que fue un intercambio de promesas, y no un tratado en firme, no importaban demasiado. Tal vez también sea justo decir que ninguna de las dos partes negoció totalmente de buena fe. Hussein exageró de forma disparatada su propia influencia cuando insinuó que existían inmensas conspiraciones árabes esperando a que él diera la señal. En 1915 su posición era precaria. Había pasado gran parte de su vida esperando en Constantinopla a que los otomanos le nombraran jerife y hacía poco se había enterado de que estaban pensando en deponerle.¹⁶⁹⁵ Tenía cerca de él un rival formidable en la persona de Ibn Saud, que estaba uniendo a las tribus del interior para desafiarle. Desde el punto de vista británico, no estaba nada claro que los árabes llegaran a sublevarse algún día o que el Imperio otomano fuera a derrumbarse, ni siquiera que los Aliados fuesen a ganar la guerra. Al igual que el Acuerdo Sykes-Picot, las cartas entre Hussein y McMahon fueron un recurso a corto plazo más que parte de una estrategia a largo plazo. Y hubo otra promesa hecha en aquellos años de guerra que iba a causar problemas a los negociadores de París: la Declaración Balfour, que decía a los judíos del mundo que podrían tener una patria en Palestina; la dio a conocer el Gobierno británico y la suscribieron los franceses y más adelante los estadounidenses. No estaba claro cómo cuadraba con los acuerdos con los árabes.

Los pagarés que se dan durante una guerra no son siempre fáciles de cobrar cuando llega la paz, pero en junio de 1916, cuando empezó la revuelta árabe, los británicos tenían razones de sobra para sentirse satisfechos de su diplomacia. El jerife se proclamó rápidamente rey de los árabes, aunque los británicos sólo estaban dispuestos a reconocerle como rey del Hiyaz. Cuatro de sus hijos lucharon contra los turcos, pero el que sobresalió fue Feisal. Al lado de Feisal cabalgaba su oficial de enlace británico, el hombre rubio y de ojos azules que luego se haría aún más famoso con el nombre de Lawrence de Arabia.

Erudito distinguido y hombre de acción, soldado y escritor, amante apasionado tanto de los árabes como del Imperio británico, Lawrence era, como dijo Lloyd George, «una figura sumamente elusiva e inclasificable».¹⁶⁹⁶ Continúa siendo un enigma, rodeado de leyendas, algunas reales, otras creadas por él mismo. Es verdad que cursó estudios con brillantez en Oxford, que hubiera podido ser un gran arqueólogo y que era extraordinariamente valeroso. No es verdad que él solo creara la revuelta

árabe. Su gran crónica *Los siete pilares de la sabiduría* es en parte historia y en parte mito, como él mismo reconoció. Afirmaba que le resultaba fácil pasar por árabe, pero los árabes detectaban muchos errores cuando le oían hablar en su lengua.¹⁶⁹⁷ Se estremeció cuando el periodista estadounidense Lowell Thomas le hizo famoso, pero fue varias veces de incógnito al Albert Hall a escuchar las conferencias de Thomas. Éste dijo de él que «tenía el don de retroceder a un primer plano».¹⁶⁹⁸ Cuando quería, Lawrence desplegaba un encanto arrollador. Tenía amigos en todos los mundos y todas las clases, desde árabes del desierto hasta E.M. Forster. También era capaz de mostrarse brutalmente grosero. Cuando un compañero de mesa en una cena durante la Conferencia de Paz le dijo nerviosamente: «Me temo que mi conversación no le interesa mucho», Lawrence contestó: «No me interesa en absoluto».¹⁶⁹⁹

En *Los siete pilares de la sabiduría* la descripción del primer encuentro de Lawrence con Feisal es épica: «No más verle tuve la sensación de que había venido a Arabia para encontrar a este hombre, el líder que llevaría la Revuelta Árabe a la gloria total». Sus impresiones en aquel momento nos dan un Feisal más humano:

«Es irascible, orgulloso e impaciente, a veces poco razonable y propenso a salirse por la tangente. Posee mucho más magnetismo y vitalidad personales que sus hermanos, pero es menos prudente. Resulta obvio que es muy inteligente, pero quizá no demasiado escrupuloso».¹⁷⁰⁰

Eso último podía decirse igualmente de Lawrence. Presentó a Feisal la visión del trono en una Siria independiente, una Siria que abarcaría el Líbano, y quitó importancia a las otras promesas que habían hecho los británicos, a los franceses o a los judíos.¹⁷⁰¹ Se aseguró de que se atribuyera a las fuerzas de Feisal el mérito de haber tomado Damasco, lo cual molestó mucho a los australianos, que fueron quienes realmente hicieron el trabajo. Feisal fue nombrado administrador principal de Siria. Y Lawrence hizo todo esto por los árabes, pero también por los británicos. Él mismo no sabía quiénes eran más importantes para él. A veces decía «nosotros» cuando hablaba de los árabes y «vosotros» al referirse a los británicos.¹⁷⁰² Al igual que otros amigos de los árabes, esperaba que éstos eligieran gustosa y voluntariamente un autogobierno limitado bajo la supervisión y el control benévolo de los británicos. La autodeterminación, según dijo al Comité Oriental de Curzon, era «una idea insensata por muchas razones. Podríamos permitir a la gente que ha luchado a nuestro lado que se autodetermine».¹⁷⁰³ De esta manera las necesidades imperiales de Gran Bretaña cuadrarían bien con el nacionalismo árabe, y él no tendría que escoger entre las dos cosas.¹⁷⁰⁴

Los franceses veían a Lawrence como el «genio del mal» de Feisal que había vuelto al árabe sencillo contra ellos.¹⁷⁰⁵ Cuando Lawrence llegó con Feisal a Marsella en noviembre de 1918 ataviado, como comentó con repugnancia un coronel francés, con «su extraña vestidura oriental blanca», le dijeron que era bien recibido sólo como oficial británico. Lawrence se fue de Francia hecho una furia, pero se presentó al empezar la Conferencia de Paz, todavía vestido de árabe.¹⁷⁰⁶ Mientras era agasajado por los británicos y estadounidenses, los franceses hacían comentarios en voz baja sobre su irracional odio a Francia. Se decía que había tomado *su croix de guerre* [cruz de guerra] y la había exhibido en un collar de perro.¹⁷⁰⁷ Clemenceau, que albergaba la esperanza de evitar un enfrentamiento con Gran Bretaña a causa de Siria, accedió a verle. Recordó a Lawrence que los franceses habían luchado allí durante las cruzadas. «Sí», replicó Lawrence, «pero los cruzados habían sido derrotados y las cruzadas habían fracasado.»¹⁷⁰⁸

Los franceses, que sospechaban que los británicos esperaban utilizar a Feisal para debilitar los argumentos a favor de una Siria francesa («Imperialismo británico con tocado árabe»), dijo un

diplomático francés), no querían a Feisal ni a Lawrence en Francia y les hubieran impedido embarcar en Beirut de haberlo sabido a tiempo. Por otro lado, no se atrevieron a prohibir a Feisal que desembarcara en Marsella; siempre había la posibilidad, por pequeña que fuese, de apartarle de los británicos. Feisal fue recibido con cortesía, pero fríamente y se le informó de que no tenía ninguna categoría oficial y de que había obrado mal haciendo aquel viaje. Se lo llevaron casi a rastras a visitar los campos de batalla para tenerle alejado de París y no le concedieron una audiencia con Poincaré hasta que amenazó con irse.¹⁷⁰⁹ También le concedieron una Legión de Honor y quiso el destino que Feisal la recibiera del general Gourard, que más adelante le expulsaría de su trono en Siria.

En Londres la acogida fue más cálida, pero con corrientes ocultas que inquietaron a Feisal. Los británicos apuntaron la posibilidad de que tuviera que aceptar el dominio francés en Siria.¹⁷¹⁰ También querían que reconociera que Palestina no formaba parte de Siria, como sostenían los árabes, y que firmase un acuerdo con Chaim Weizmann, líder de la Organización Sionista Mundial, en el que se reconocía la presencia sionista allí. Feisal se sentía solo y desorientado en un mundo que le resultaba extraño. Necesitaba el apoyo británico ante la hostilidad de los franceses. Firmó a principios de enero y la validez del documento, como la de tantos otros relativos a Oriente Próximo, se ha discutido desde entonces.¹⁷¹¹

Al inaugurarse la Conferencia de Paz, los franceses trataron de abrir una brecha entre Feisal y los británicos. Su nombre fue omitido de la lista de delegados oficiales. Cuando Feisal se quejó, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores francés le dijo claramente: «Es fácil de comprender. Se están riendo de usted; los británicos le han dejado en la estacada. Si se pasa usted a nuestro bando, podemos arreglarle las cosas». Después de que los británicos protestaran, los franceses permitieron de mala gana que Feisal asistiera en calidad de delegado oficial, pero sólo como representante del Hiyaz de su padre. Lawrence estuvo a su lado como acompañante, intérprete y pagador, porque Feisal cobraba una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores británico.¹⁷¹² La prensa francesa acusó a Feisal de ser una marioneta de los británicos; los servicios secretos franceses abrían sus cartas y demoraban el envío de sus telegramas a Oriente Próximo. En un gambito que acabó fracasando, el Quai d'Orsay también apoyó al llamado Comité Sirio Central, que afirmaba hablar por los sirios de todo el mundo y quería, según decía, una Gran Siria, incluido el Líbano, bajo protección francesa. El efecto principal fue hacer que los nacionalistas árabes recelasen todavía más de los franceses.¹⁷¹³

El 6 de febrero la delegación del Hiyaz tuvo finalmente su oportunidad de dirigirse al Consejo Supremo. Feisal, que llevaba una túnica blanca con bordados de oro y ceñía cimitarra, habló en árabe y Lawrence hizo de intérprete. Se rumoreó que Feisal se limitó a recitar el Corán mientras Lawrence improvisaba.¹⁷¹⁴ Feisal dijo que los árabes querían la autodeterminación. Si bien estaba dispuesto a respetar las exenciones del Líbano y Palestina, el resto del mundo árabe debía obtener su independencia. Invitó a Gran Bretaña y Francia a hacer honor a sus promesas. Mientras que Lloyd George hizo preguntas cuya finalidad era demostrar la aportación de los árabes a la victoria aliada, Wilson sólo preguntó si los árabes preferirían formar parte de uno solo mandato o de varios. Feisal trató de eludir una pregunta difícil e hizo hincapié en que los árabes preferían la unidad y la independencia. Insinuó que, si las potencias optaban por los mandatos, su pueblo preferiría a los estadounidenses a cualquier otra potencia. Cuando Feisal y Lawrence hicieron una visita privada a Wilson, le encontraron reservado y reacio a comprometerse, aunque años después, cuando las cosas ya le habían ido mal, Feisal afirmó que Wilson había prometido que, si Siria realmente obtenía su

independencia, Estados Unidos la protegería.¹⁷¹⁵

El ministro de Asuntos Exteriores francés trató de sorprender a Feisal en falta. Como informó maliciosamente un observador británico, «Pichón cometió la estupidez de preguntar qué había hecho Francia para ayudarlo». Feisal alabó enseguida a los franceses al tiempo que se las arreglaba para señalar que la ayuda que Francia había enviado era muy limitada. «Lo dijo todo de tal manera que no había ninguna posibilidad de que alguien se sintiese ofendido y, por supuesto, Pichot quedó como un tonto, que es lo que es.»¹⁷¹⁶ Unos cuantos días después los franceses volvieron a la carga y presentaron a unos árabes que afirmaron que, ya fueran cristianos o musulmanes, lo que más quería su pueblo era ayuda francesa. Por desgracia, cuando el portavoz del Comité Sirio Central empezaba su discurso de dos horas, un experto estadounidense pasó una nota a Wilson que señalaba que el orador había vivido los últimos treinta y cinco años en Francia. Wilson dejó de escuchar y se puso a pasear por la habitación. Clemenceau, enfadado, dijo susurrando a Pichón: «¿Se puede saber por qué ha traído a ese tipo?». Pichón se encogió de hombros y repuso: «Pues, yo no sabía que iba a comportarse así».¹⁷¹⁷ La opinión del propio Clemenceau era que las exigencias de Feisal resultaban absurdas y desmesuradas, pero siguió albergando la esperanza de evitar un enfrentamiento con los británicos, especialmente porque los debates en torno a las condiciones que se ofrecerían a Alemania estaban llegando a una etapa difícil.¹⁷¹⁸

Los franceses también trajeron una delegación que pidió la independencia del Líbano bajo protección de Francia, cuyas alabanzas cantó. «Sus principios liberales», dijo el líder de la delegación, «sus antiguas tradiciones, los beneficios que el Líbano nunca dejaba de recibir de ella en tiempos difíciles, la civilización que difundía por todo el mundo la hacían prominente a ojos de todos los habitantes del Líbano.»¹⁷¹⁹ Francia había sido históricamente la protectora de las comunidades cristianas del Imperio otomano, pero tenía vínculos especialmente estrechos con los maronitas, que probablemente formaban una mayoría en la región agreste que rodeaba el monte Líbano. En 1861 Francia había obligado a los otomanos a crear una región autónoma allí. Los maronitas habían luchado al lado de los cruzados franceses; reivindicaban una relación familiar e improbable con Carlomagno; al igual que los católicos franceses, acudían al Papa de Roma en vez de al patriarca ortodoxo de Constantinopla y, tal vez lo más importante de todo, admiraban la cultura francesa casi tanto como los mismos franceses. Cuando los líderes maronitas trazaron las líneas generales de un Gran Líbano, que abarcaría el valle de la Bekaa y la mayor parte de la costa desde Trípoli hasta Sidón, así como gran número de musulmanes, Francia respondió favorablemente.¹⁷²⁰

Aunque la principal preocupación de Clemenceau en la Conferencia de Paz era la seguridad de Francia en Europa, no podía prescindir por completo de su propio *lobby* colonial. Tal como dijo a Kerr, el ayudante de Lloyd George:

«Personalmente no sentía ningún interés especial por el Cercano Oriente. Francia, sin embargo siempre había interpretado un papel importante allí y, desde el punto de vista económico, un acuerdo que diese a Francia oportunidades económicas era esencial, especialmente en vista de su situación económica en aquel momento. También dijo que la opinión pública francesa esperaba un acuerdo que estuviera en consonancia con la posición de Francia. No podía, según él, llegar a ningún acuerdo que no cumpliera esta condición».¹⁷²¹

Estaba dispuesto, como había demostrado en aquella famosa conversación polémica de diciembre de 1918, a hacer lo que fuese necesario para complacer a los británicos; no podía dárselo todo en Oriente Próximo.

Debido a los asuntos urgentes que hubo que resolver, antes de que Wilson partiese para su breve

estancia en Estados Unidos el 14 de febrero, no se tomó ninguna decisión sobre los territorios árabes y el asunto siguió enconándose. La principal causa del problema era que los británicos aún no habían decidido qué querían.

¿Debían permanecer al margen y dejar que Siria fuera para los franceses, como habían prometido en el Acuerdo Sykes-Picot y como prefería el Ministerio de Asuntos Exteriores británico?¹⁷²² El Comité Oriental de Curzon y los militares se apresuraron a señalar los peligros que representaría que Francia controlara una extensión de antiguo territorio turco entre Armenia en el norte y las fronteras de Palestina en el sur.¹⁷²³ También había quien, como el propio Lawrence, opinaba que Gran Bretaña tenía una obligación para con los árabes y en particular para con Feisal y que, por tanto, no podía abandonarlos sencillamente a los franceses. Lloyd George tendía a estar de acuerdo con esto; tal como dijo a la delegación del Imperio británico, «si no cumpliéramos lo prometido, no podríamos volver a mirar a Oriente a la cara».¹⁷²⁴ Daría a los franceses Siria, sólo si no había más remedio. Por otra parte, en realidad no quería indisponerse con los franceses. Al igual que en otros asuntos, Lloyd George procuró dejar las puertas abiertas, las suyas y las de Gran Bretaña. Demoró la retirada de las fuerzas de ocupación británicas, con lo que persuadió a los franceses, suponiendo que fuera necesario persuadirlos, de que los británicos no eran de fiar. Tal como se quejó Balfour:

«Nos hemos metido en un lío extraordinario a causa de este asunto, debido en parte a la actitud poco razonable de los franceses, en parte a la posición esencialmente falsa en la que nos hemos colocado al insistir en una ocupación militar de un país con el que en ninguna circunstancia nos proponemos quedarnos, al tiempo que excluíamos a quienes reconocemos que van a tenerlo, y en parte al carácter complicado y contradictorio de los compromisos públicos que hemos contraído».¹⁷²⁵

Durante la ausencia de Wilson, los británicos presentaron varios planes que en todos los casos dejarían a Francia con menos de lo que se le prometiera en el Acuerdo Sykes-Picot. Lloyd George instó a Clemenceau a aceptar a Feisal como gobernante de Siria y le advirtió que, en caso de no hacerlo, podría haber guerra en Siria.¹⁷²⁶ Los británicos también pusieron furiosos a los franceses con un plan cuya finalidad era rectificar las fronteras de Palestina. Los franceses se quejaron de que dicho plan se hubiera llevado casi un tercio del territorio del sur de Siria.¹⁷²⁷ «Las notas que se recibían del Gobierno francés», dijo el embajador británico en París, «no habrían podido ser peores de haber sido enemigos en lugar de aliados». Lord Milner, el ministro de Colonias británico, al que se había encargado el asunto de Siria, llegó a París para tranquilizar a los franceses diciéndoles que «no queríamos Siria y no poníamos el menor reparo a la presencia de Francia allí». Incluso persuadió a Clemenceau, viejo amigo suyo, a entrevistarse con Feisal con el fin de ver si podían llegar a un acuerdo. Por desgracia, el intento de asesinar a Clemenceau se produjo el 19 de febrero, antes de que pudiera celebrarse la entrevista. Milner no insistió porque, según dijo, no quería molestar a Clemenceau, que se negó a seguir tratando con él.¹⁷²⁸ Parece ser que, al cabo de unas cuantas semanas, Lloyd George volvió al Acuerdo Sykes-Picot, pero tres días después presentó otro mapa que dejaba a Francia con el Líbano y el puerto de Alejandreta en el norte, y a Siria prácticamente independiente bajo Feisal.¹⁷²⁹ Clemenceau se quejó amargamente a House de que Lloyd George siempre faltaba a sus promesas.¹⁷³⁰ El Gobierno de París se veía sometido a presiones intensas de los colonialistas franceses; incluso el Quai d'Orsay estaba fomentando una campaña de prensa que exigía el mandato sobre Siria. «No volveré a ceder en nada», aseguró Clemenceau a Poincaré, «Lloyd George es un tramposo. Ha conseguido convertirme en "sirio"».¹⁷³¹

El 20 de marzo, con Wilson de nuevo en París, Pichón y Lloyd George volvieron a revisar toda la

historia en el Consejo de los Cuatro. Wilson, asqueado, dijo después que Sykes-Picot parecía el nombre de una variedad de té; «un magnífico ejemplo de la vieja diplomacia».¹⁷³² A esas alturas Sykes ya había muerto, a causa de la gran epidemia de gripe, y Picot se encontraba en Beirut tratando valerosamente de defender los intereses de su país ante una administración militar británica hostil. Allenby, que había sido llamado a París cuando estaba en Damasco, advirtió que los árabes se opondrían violentamente a una ocupación francesa.¹⁷³³ Wilson intentó encontrar una solución intermedia. Después de todo, tal como señaló, su único interés era la paz. ¿Por qué no se enviaba una comisión investigadora que preguntara a los mismos árabes qué querían? Utilizando una de sus fórmulas favoritas, dijo que la Conferencia de Paz encontraría «la base más científica posible para un acuerdo».¹⁷³⁴ Con la intención de molestar a los británicos, Clemenceau sugirió maliciosamente que la comisión estudiara Mesopotamia y Palestina también. Con la despreocupación que sacaba de quicio al *lobby* colonial francés, dijo a Poincaré que había aceptado lo de la comisión sólo para quedar bien con Wilson y que, en todo caso, la comisión no encontraría nada más que apoyo a Francia en Siria, «donde tenemos tradiciones de doscientos años». El presidente francés quedó horrorizado. Tal como dijo a su diario, «Clemenceau es un hombre para catástrofes; si no puede evitarlas, también las provocará».¹⁷³⁵ Lloyd George accedió al envío de una comisión, pero en su fuero interno le pareció que era una pésima idea y lo mismo, al pensárselo otra vez, opinó Clemenceau. Los dos buscaron evasivas cuando llegó el momento de nombrar a sus representantes y el resultado fue que Wilson, exasperado, finalmente decidió en mayo seguir adelante de forma unilateral y enviar su propia comisión a Oriente Próximo.

Al recibir la noticia de que iba a nombrarse una comisión, Feisal bebió champán por primera vez en su vida.¹⁷³⁶ Estaba seguro, al igual que el ubicuo Lawrence, de que la comisión confirmaría la independencia de Siria bajo su Gobierno.¹⁷³⁷ Los meses que pasaron en París fueron un periodo de frustración y aburrimiento para ambos hombres.

Un paseo en avión por encima de la ciudad les alivió un poco. «¡Qué lástima que no tengamos bombas para lanzarlas sobre esta gente!», exclamó Feisal. «No importa, aquí tienes unos cojines.»¹⁷³⁸ Lawrence estaba cada vez más imposible y gastaba tontas bromas pesadas, como una noche en que arrojó papel higiénico sobre Lloyd George y Balfour por el hueco de una escalera.¹⁷³⁹ En abril, Feisal y Clemenceau sostuvieron por fin una entrevista en la que hablaron de otro plan, que preveía una forma atenuada de mandato francés y que habían redactado expertos británicos y franceses. Clemenceau encontró a Feisal más amistoso y razonable que antes y creyó que había aceptado las condiciones.¹⁷⁴⁰ En realidad, lo que hacía Feisal, siguiendo los consejos de Lawrence, era ganar tiempo.¹⁷⁴¹ En mayo, cuando resultó obvio que no habría acuerdo alguno ni comisión investigadora aliada, Feisal ya se encontraba en lugar seguro en Damasco.

En París continuaron las disputas entre Gran Bretaña y Francia, que el 12 de mayo culminaron en una escena violenta entre Clemenceau y Lloyd George a causa de todo el Imperio otomano. Clemenceau señaló que Francia había aceptado la inclusión de Cilicia en un mandato sobre Armenia bajo Estados Unidos. Recordó a Lloyd George que había renunciado a Mosul en diciembre.

«Así pues, he abandonado Mosul y Cilicia; hice sin titubear las concesiones que usted me pidió, porque usted me dijo que, después, no quedaría ninguna dificultad. Pero no voy a aceptar lo que usted propone hoy; mi Gobierno sería derribado al día siguiente, e incluso yo votaría contra él.»¹⁷⁴²

Clemenceau amenazó con desdecirse de su ofrecimiento de Mosul. Eso planteó a la Conferencia de Paz la cuestión no sólo de Mosul, sino de toda la región que se extendía hacia el sur hasta el golfo Pérsico y que ahora se conoce con el nombre de Iraq. Era un asunto que los británicos habían logrado

soslayar hasta el momento.

Mesopotamia —el nombre que los británicos usaban de forma poco rigurosa para referirse a las antiguas provincias otomanas de Mosul, Bagdad y Basora— apenas se había mencionado en la conferencia, excepto como posible mandato que todo el mundo daba por sentado que ejercería Gran Bretaña. La región estaba ocupada por sus tropas, de su administración se encargaban funcionarios procedentes de la India y sus barcos navegaban por el Tigris. No era probable que otra potencia se opusiera a la reivindicación británica: Rusia y Persia eran demasiado débiles; Estados Unidos no estaba interesado; Francia, hasta aquella sesión tormentosa del Consejo de los Cuatro en mayo, al parecer había renunciado a toda reivindicación. Clemenceau habló empujado por la ira, pero puede que también hubiera empezado a comprender a qué había renunciado alegremente: al petróleo.

El carbón había sido el gran combustible de la Revolución Industrial, pero en 1919 ya comenzaba a verse claramente que el petróleo era el combustible del futuro. Los carros de combate, los aviones, los camiones y la marina necesitaban petróleo. Sólo las importaciones británicas de petróleo se cuadruplicaron entre 1900 y 1919 y se daba la circunstancia preocupante de que la mayor parte de ese petróleo procedía de fuera del Imperio británico: de Estados Unidos, México, Rusia y Persia. Era obvio que el control de los yacimientos petrolíferos, las refinerías y los oleoductos sería importante en el futuro, como lo había sido durante la Gran Guerra, cuando «la Causa Aliada», según Curzon, «flotó hasta la victoria en una ola de petróleo».¹⁷⁴³ Nadie sabía a ciencia cierta si Mesopotamia tenía petróleo en cantidad, pero al ver los charcos de líquido negro que se formaban en los alrededores de Bagdad o los gases que ardían en los pantanos de Mosul resultaba fácil adivinarlo. En 1919 la marina británica ya argüía, sin esperar confirmación, que los yacimientos de petróleo de Mesopotamia eran los mayores del mundo.¹⁷⁴⁴ Parecía una insensatez entregar el control de una parte de ellos a los franceses, dijera lo que dijera el Acuerdo Sykes— Picot. Tal como escribió Leo Amery, uno de los jóvenes y brillantes colaboradores de Lloyd George:

*«El mayor yacimiento petrolífero del mundo se extiende hasta Mosul y más allá y aunque no fuera así, deberíamos, por razones de seguridad, controlar suficiente territorio ante nuestros importantísimos yacimientos petrolíferos como para evitar el riesgo de que fueran invadidos al empezar la guerra».*¹⁷⁴⁵

Clemenceau, que en cierta ocasión había dicho, «cuando necesite un poco de aceite,¹⁷⁴⁶ lo encontraré en mi tienda de ultramarinos», ya se había dado cuenta de la importancia del nuevo combustible. Había renunciado al control oficial de Mosul, pero insistió ante Lloyd George que Francia debía recibir su parte de lo que hubiera en el subsuelo. Walter Long, el ministro de Combustible británico, y Henry Bérenger, su colega francés, que creía que el petróleo era la «sangre de la victoria», recibieron la orden de ponerse a trabajar. Elaboraron un acuerdo por el que Francia recibiría una cuarta parte de la Turkish Petroleum Company y a cambio permitiría la construcción de dos oleoductos que cruzarían Siria desde Mosul hasta el mar. Ambas partes acordaron que no querían que los estadounidenses, que empezaban a mostrar interés por el petróleo de Oriente Próximo, intervinieran en el asunto.¹⁷⁴⁷ Por desgracia, lo que era un acuerdo razonable se vio mezclado con el enfrentamiento a causa de Siria. «Hubo una pelea de primera magnitud», escribió Henry Wilson en su diario, «durante la que el "Tigre" dijo que Walter Long ¡había prometido a los franceses la mitad del petróleo de Mesopotamia! Lloyd George me preguntó si había oído algo al

respecto. Nunca, por supuesto. Lloyd George escribió inmediatamente al Tigre para decirle que el acuerdo quedaba cancelado.»¹⁷⁴⁸ El Ministerio de Asuntos Exteriores británico no se enteró de lo ocurrido hasta varios meses después, lo cual indica la confusión que reinaba entre los gobernantes británicos del periodo.¹⁷⁴⁹ Hasta diciembre de 1919, después de que Gran Bretaña y Francia resolvieran finalmente su disputa en torno a Siria, no se dio por concluido el asunto del petróleo, más o menos con las condiciones que habían acordado Long y Béranger. Como parte del trato, el Gobierno francés también accedió a abandonar de forma permanente la reivindicación de Mosul.

Los británicos sabían que no querían que los franceses tuvieran Mosul, pero, aparte de eso, formularon a trancas y barrancas su política relacionada con Mesopotamia. La primera campaña británica en la región, la de 1914, había sido defensiva, sin más objetivo que proteger el golfo Pérsico de los turcos. Una vez asegurada su cabeza de puente, se habían visto atraídos por Bagdad, en el norte. Un joven oficial político, Arnold Wilson, escribió a sus padres: «Lo único sensato es seguir avanzando hasta donde sea posible y no tratar de adelantarse demasiado a los acontecimientos».¹⁷⁵⁰ Cuatro meses más tarde los británicos habían avanzado mucho, hasta las regiones kurdas de las fronteras de Turquía, y Wilson era ahora jefe de la administración británica.

Arnold Wilson era guapo, valiente, tozudo y estoico. El informe de su escuela decía: «Ha luchado valerosamente con sus defectos y los peores de ellos son tal vez virtudes exageradas. Tiene talento para la administración y la organización, es capaz de trabajar mucho para los demás y no es egoísta. Sus modales son su peor enemigo».¹⁷⁵¹ Detestaba el baile, los chismorreos y la holgazanería. Era muy dado a citar las Escrituras; su dedo nunca vacilaba en el gatillo. Poseía, en resumen, las cualidades de un gran procónsul del Imperio en unos momentos en que empezaban a ser innecesarias.

Al empezar la guerra, Wilson estaba en el norte de Turquía, cerca del monte Ararat, ultimando un proyecto inmenso que consistía en trazar el mapa de la frontera entre Persia y la Turquía otomana. (La frontera se ha conservado sin apenas cambios). Wilson y un colega regresaron a Gran Bretaña pasando por Rusia y Arjángel. Cuando se disponía a reunirse con su regimiento en Francia recibió el orden de volver a Oriente Próximo para participar en la campaña de Mesopotamia en calidad de ayudante de Sir Percy Cox, el oficial político en jefe.¹⁷⁵² Al finalizar la guerra Cox fue destinado a Persia y Wilson, como era de esperar, le sustituyó. Desde abril de 1918 hasta octubre de 1920 gobernó Mesopotamia.

Wilson, al igual que la mayoría de los británicos que había allí, dio por sentado que Gran Bretaña estaba adquiriendo una nueva valiosa propiedad. Con petróleo, si valía la pena explotar el de Mosul, y trigo, si se construían buenos sistemas de regadío, esta adquisición podría ser autosuficiente; de hecho, incluso era posible que enviara dinero a las arcas imperiales. Wilson instó al Gobierno de Londres a incluir Mosul entre los objetivos de la guerra y, justo después del armisticio con Turquía, se aseguró de que se enviaran fuerzas británicas a la región. Arguyó que Mosul era importante para la defensa de Bagdad y Basora.¹⁷⁵³ Con la caída de los otomanos y la Revolución rusa, también había aumentado su importancia estratégica. Los británicos apoyaban a fuerzas anticomunistas en Rusia así como a las pequeñas repúblicas independientes que habían surgido en el Cáucaso. Una manera de hacerlo, y de impedir que el bolchevismo se propagara hacia el sur, era abrir comunicaciones entre Persia y el Cáucaso y eso significaba pasar por Mosul.

Wilson tenía ideas firmes sobre cómo debía gobernarse la región. «Basora, Bagdad y Mosul debían considerarse como una sola unidad a efectos administrativos y bajo control efectivo británico». Al parecer, nunca se le ocurrió que una sola unidad no tenía mucho sentido en otros aspectos. En 1919 no había iraquíes; la historia, la religión y la geografía separaban a los habitantes de la región en

lugar de unirlos. Basora miraba hacia la India y el golfo, en el sur; Bagdad tenía vínculos fuertes con Persia; y Mosul tenía lazos más estrechos con Turquía y Siria. Juntar las tres provincias otomanas con el propósito de crear una nación era, en términos europeos, como albergar la esperanza de que los musulmanes bosnios, los croatas y los serbios formaran un solo país. Como en los Balcanes, el choque de imperios y civilizaciones había creado fisuras profundas. La población se dividía en una mitad de musulmanes shiíes y una cuarta parte de sunníes, con otras minorías que iban de judíos a cristianos; pero otra división atravesaba la religiosa: si bien la mitad de los habitantes era árabe, el resto era kurdo (principalmente en Mosul), persa o asirio. Las ciudades eran relativamente avanzadas y cosmopolitas; en el campo los líderes hereditarios, tanto los tribales como los religiosos, seguían dominando.¹⁷⁵⁴ No existía un nacionalismo iraquí, sólo árabe. Antes de la guerra oficiales jóvenes que servían en los ejércitos otomanos habían presionado para que se concediese más autonomía a las regiones árabes. Al terminar la contienda, varios de estos oficiales, entre ellos Nuri Said, futuro primer ministro de Iraq, se habían agrupado alrededor de Feisal. Lo que les interesaba era una Gran Arabia y no una serie de estados separados. Arnold Wilson no previó los problemas que comportaría meter a una población tan diversa en un único Estado. Era un paternalista que pensaba que los británicos se quedarían durante generaciones. «El árabe medio, a diferencia de un puñado de políticos aficionados en Bagdad, ve un futuro de equidad y progreso material y moral bajo la égida de Gran Bretaña». Instó a su Gobierno a actuar con rapidez: «Lo mejor que podemos hacer es declarar que Mesopotamia es un protectorado británico bajo el cual se dará inmediatamente a todas las clases el máximo grado de libertad y autogobierno compatibles con una gobernación buena y segura».¹⁷⁵⁵ Sus superiores en Londres lo descartaron. Preferían el Gobierno indirecto, que era el sistema que habían empleado los británicos en los estados principescos de la India y en Egipto. Tenía la ventaja de resultar más barato que el control directo, lo cual era una consideración importante, especialmente en 1919. Tal como señaló Balfour, cuando el Comité Oriental estaba hablando de todas las gloriosas posibilidades que se le ofrecían a Gran Bretaña: «Consideramos la ventaja para los nativos, la ventaja para nuestro prestigio; consideramos ciertas cosas relacionadas con el comercio, y todo lo demás; pero nunca he visto referencias al dinero y los hombres, y a mí me parece que son las consideraciones principales».¹⁷⁵⁶ Y el Gobierno indirecto al menos se inclinaba ante la autodeterminación y la opinión liberal. «Lo que queremos», dijo un alto cargo del Departamento de la India, «es alguna administración con instituciones árabes que podamos dejar sin peligro mientras movemos los hilos; algo que no cueste mucho, que el laborismo pueda aceptar por estar de acuerdo con sus principios, pero con lo que nuestros intereses económicos y políticos estén seguros.»¹⁷⁵⁷

Era más fácil decirlo que hacerlo. En el mundo árabe y en lugares más lejanos se estaba despertando un espíritu nuevo. En la India los nacionalistas se agrupaban detrás de Gandhi, y en Egipto el partido Wafd crecía de día en día. El nacionalismo árabe aún era débil en Iraq, pero ya era una fuerza potente en Siria y Egipto. La secretaria para asuntos orientales y asesora de confianza de Arnold Wilson se dio cuenta de ello, aunque a él le pasara por alto.

Gertrude Bell fue la única mujer que desempeñó por derecho propio un papel clave en los acuerdos de paz. Delgada, vehemente, fumadora empedernida, con una voz que perforaba el aire, estaba acostumbrada a salirse de lo normal. Aunque procedía de una familia rica y bien relacionada, había roto las pautas habituales de su clase —matrimonio, hijos y sociedad— al ir a estudiar a Oxford y convertirse en la primera mujer que sacó matrícula de honor en historia. Escaló el Matterhorn y abrió nuevas rutas en los Alpes. Era una renombrada arqueóloga e historiadora.

También era arrogante, difícil y muy influyente. En noviembre de 1919, cuando el comandante en jefe británico en Bagdad celebró una recepción en honor de ochenta notables, éstos abandonaron sus asientos e hicieron corro alrededor de ella.¹⁷⁵⁸

Sin más compañía que la de sus criados y guías, había viajado por todo Oriente Próximo antes de la guerra, de Beirut a Damasco y de Bagdad a Mosul. Amaba el desierto:

*«El silencio y la soledad caen a tu alrededor como un velo impenetrable; no hay más realidad que las largas horas cabalgando y tiritando por la mañana y la somnolencia por la tarde, el ajetreo al acampar, la conversación en torno a la hoguera de Mohamed después de cenar, un sueño más profundo de lo que permite la civilización, y luego en marcha otra vez».*¹⁷⁵⁹

En 1914 ya era reconocida de forma general como una de las principales expertas británicas en Oriente Próximo. En 1915 se convirtió en la primera mujer en trabajar para el servicio de información militar británico y la única mujer que formaba oficialmente parte de la expedición británica a Mesopotamia.

Personalmente no creía en los derechos para la mujer. Y tampoco le caía bien la mayor parte de su sexo. «Es una lástima», dijo en voz alta ante una joven novia inglesa, «que jóvenes ingleses que prometen se casen con mujeres tan tontas». Sus mejores amistades eran hombres: Lawrence, St. John Philby (padre de un hijo tristemente célebre), Feisal y, durante un tiempo, Arnold Wilson. Amó apasionadamente, pero nunca se casó. Cuando resultó que el primero de sus grandes amores era un jugador, su padre no le dio permiso para casarse con él, a la vez que el segundo ya estaba casado. El día de Navidad de 1920 escribió a su padre:

*«Como sabes, tengo más bien pocos amigos. Las personas no me importan lo suficiente como para preocuparme por ellas y, como es natural, ellas no se preocupan por mí. ¿por qué iban a preocuparse? Además, todas sus diversiones me matan de aburrimiento y no participo en ellas».*¹⁷⁶⁰

Se entregó de lleno a su trabajo en Mesopotamia. «Confío», escribió a su padre, «en que haremos de ella un centro de civilización y prosperidad árabes». Al principio dio por sentado que los árabes intervendrían poco en su propio Gobierno.

«Cuanto más fuerte sea el dominio que podamos conservar aquí, más contentos estarán los habitantes». En aquellos primeros tiempos se llevaba bien con Arnold Wilson. Bell dijo con entusiasmo a sus padres que Arnold era «un ser de lo más notable, de 34 años, brillantes capacidades, una combinación de fuerza mental y física que es rarísima.»¹⁷⁶¹

Wilson, por su parte, admiraba su «diligencia infatigable» al ocuparse del papeleo. Dijo a su familia que era «extraordinariamente vigorosa y útil en muchos sentidos».¹⁷⁶² Juntos esperaron una indicación de sus superiores sobre lo que sería de Mesopotamia. No llegó. «Supuse», dijo Wilson, «que si sus oráculos guardaban silencio se debía a que sus dudas eran aún mayores que las nuestras.»¹⁷⁶³ Mientras esperaba, Bell empezó a cambiar de parecer sobre la clase de Gobierno que

necesitaba Mesopotamia. Los árabes tendrían que interpretar un papel más importante de lo que había pensado al principio.¹⁷⁶⁴

En enero de 1919 Arnold Wilson mandó a Bell a El Cairo, Londres y París para que tratase de averiguar qué estaba pasando. En febrero la siguió a París, donde Bell se encontraba presentando argumentos a favor de la creación de un país en Mesopotamia. Tal como Bell escribió en tono más bien pomposo a su familia, «Mañana almorzaré con el señor Balfour, a quien me imagino que en realidad no le importa. En última instancia espero agarrar al señor Lloyd George por los faldones de la levita, y creo que, si lo consigo, se pondrá de nuestro lado. Mientras tanto, hemos llamado al coronel Wilson, que se encuentra en Bagdad». Estaba convencida, y acertaba, de que el destino de Mesopotamia dependía de la resolución de la disputa a causa de Siria: «No podemos considerar una cosa con independencia de la otra, y en el caso de Siria la actitud de los franceses es la que cuenta». Había pasado mucho tiempo con Lawrence y Feisal y ahora compartía su esperanza de que pudiera persuadirse a los franceses a aceptar a Feisal como rey de una Siria independiente. Arnold Wilson tenía muy mal concepto de Lawrence y sus puntos de vista: «Parece que ha hecho un daño inmenso y a mí me parece que nuestras dificultades con los franceses se deben principalmente a sus actos y consejos».¹⁷⁶⁵

Las conversaciones y las intrigas dieron escasos resultados. Tal como Montagu, secretario de Estado para la India, escribió en tono lastimero a Balfour, «Ahora hemos reunido en París a la señorita Bell y al coronel Wilson. Son responsables ante mí. Vienen a mí y dicen "Aquí estamos. ¿Qué quiere usted de nosotros?". No puedo darles ninguna información sobre lo que está pasando».¹⁷⁶⁶ Mientras los negociadores se andaban con rodeos, la agitación crecía en Mesopotamia entre los kurdos y los persas, que daban muestras de malestar bajo el dominio árabe; entre los shiíes, que veían con malos ojos la influencia de los sunníes; entre los líderes tribales, a los que desafiaba el poderío británico; entre los oficiales de alta graduación y los altos cargos burocráticos, que habían venido a menos con la caída de los otomanos, y entre el número creciente de nacionalistas árabes. Bell se preocupaba desde fuera. En abril escribió a su viejo amigo Aubrey Herbert, él mismo preocupado por Albania:

*«Oh, querido mío, están armando un lío tan horrible en el Cercano Oriente que estoy convencida de que será mucho peor de lo que era antes de la guerra, exceptuando Mesopotamia, que puede que logremos sostener en medio del caos general. Es como una pesadilla en la que ves con anticipación todas las cosas horribles que van a suceder y no puedes hacer nada para impedir las».*¹⁷⁶⁷

Aquella primavera Egipto estalló. Los egipcios nunca se habían sentido felices bajo el dominio de los británicos, aunque éstos trataran de disimularlo gobernando por medio de un jedive. Al estallar la guerra, ya existían en Egipto los cimientos para un movimiento nacional fuerte: poderosos líderes religiosos, magnates locales y una creciente clase profesional, los cuales estaban forjando vínculos entre sí y con la numerosa población campesina del delta del Nilo.¹⁷⁶⁸ La guerra misma creó nuevos problemas. Cuando el Imperio otomano, que todavía era el señor nominal de Egipto, declaró la guerra a Gran Bretaña en 1914, los británicos declararon un protectorado. La medida enfureció a muchos egipcios, a quienes tampoco gustaron la llegada de numerosas tropas británicas y australianas y la subida de los precios.

Los británicos dieron mensajes contradictorios acerca del futuro: sobre el terreno, su dominio se vio reforzado, pero el Gobierno de Londres utilizaba el lenguaje de Woodrow Wilson. Los Catorce Puntos fueron recibidos con entusiasmo en Egipto.¹⁷⁶⁹

En noviembre de 1918, justo después de que la declaración anglo-francesa dirigida a los árabes empleara precisamente aquel lenguaje de autodeterminación, un destacado nacionalista egipcio se puso al frente de una delegación para hablar con Sir Reginald Wingate, jefe de la administración británica en Egipto. Sad Zaglul era un distinguido abogado, literato y ex ministro de Educación. Procedía del Egipto tradicional, de una familia de terratenientes del delta, pero con el patronazgo de una princesa de la familia real había entrado en el mundo de El Cairo, que era más moderno y cosmopolita. Al principio los británicos lo habían considerado uno de sus partidarios. «Llegará lejos», opinó Lord Cromer, el primer procónsul británico en Egipto: «Posee todas las cualidades necesarias para servir a su país; es honrado, capaz, fiel a sus convicciones».¹⁷⁷⁰ En 1913, sin embargo, los británicos ya no estaban tan entusiasmados con él. Quizá porque no le habían nombrado primer ministro, quizás impulsado por una convicción sincera, Zaglul se estaba pasando al bando nacionalista.¹⁷⁷¹

En su entrevista con Wingate, Zaglul exigió la autonomía total para los egipcios. Eran, según dijo a Wingate, «una raza antigua y capaz con un pasado glorioso, mucho más capaz de dirigir un Gobierno en buen orden que los árabes, los sirios y los mesopotámicos, a quienes tan recientemente se les había prometido el autogobierno». Pidió permiso para que una delegación (o *wafd*) viajara a Londres y París con el fin de presentar las exigencias de los nacionalistas. Al denegar Wingate el permiso, los egipcios protestaron furiosamente: «El señor Montagu había escuchado a indios extremistas; al emir árabe Feisal se le permitió ir a París ¿Acaso los egipcios eran menos leales? ¿Por qué Egipto no?»¹⁷⁷²

Al empezar la Conferencia de Paz circulaban por Egipto peticiones que firmaron miles y luego centenares de miles de personas. Las protestas se fundieron en un movimiento al que se dio el apropiado nombre de Wafd. Zaglul instó al jedive a exigir la independencia total. El 9 de marzo las autoridades británicas detuvieron a Zaglul y a otros tres nacionalistas destacados y los deportaron a Malta. Al día siguiente hubo huelgas y manifestaciones en todo Egipto. Las mujeres de clase alta hicieron un gesto sin precedentes y salieron a la calle. «No me importaba sufrir una insolación», dijo una de ellas, «la culpa sería de la tiránica autoridad británica.»¹⁷⁷³ Las protestas se volvieron violentas, se cortaron hilos del telégrafo y se levantaron raíles de los ferrocarriles. El 18 de marzo ocho soldados británicos fueron asesinados por la chusma. De pronto los británicos se encontraron ante la posibilidad de perder por completo el control de Egipto.

El Gobierno británico, presa de pánico, se apresuró a imponer la ley marcial y a enviar a Allenby con la misión de hacer entrar a los egipcios en vereda. Londres se llevó una gran sorpresa cuando Allenby sacó rápidamente la conclusión de que, si quería trabajar con los egipcios, debía poner en libertad a los líderes nacionalistas detenidos en Malta y permitirles, si así lo deseaban, viajar al extranjero.¹⁷⁷⁴ Zaglul se trasladó a París, donde, al parecer, tuvo poco éxito en su intento de ganarse el apoyo de las otras potencias.¹⁷⁷⁵ Sin embargo, convenció a los británicos de que debían hacer cambios en su forma de gobernar Egipto. Aunque hicieron falta muchos meses de negociaciones, en 1922 el Gobierno británico acabó concediendo la independencia a Egipto. (Retuvo, con todo, el control del canal de Suez y de la política exterior). Zaglul se convirtió en primer ministro en 1924.

La India, que era la razón de la presencia británica en Egipto, también causó preocupaciones en 1919. El nacionalismo indio estaba todavía más avanzado que el egipcio. Lo que antes eran cortesías

peticiones de autogobierno limitado se habían convertido en exigencias. Durante la guerra Mohandas Gandhi había llegado de África del Sur con los instrumentos de la organización política y la desobediencia civil que había perfeccionado allí y que utilizó para transformar el Congreso Nacional Indio, que era en gran parte de clase media, en un formidable movimiento de masas. La rápida inflación, el derrumbamiento del comercio de exportación de la India y las revelaciones de cómo la incompetencia militar de los británicos había causado la muerte de soldados indios en Mesopotamia desilusionaron incluso a los indios que hasta entonces pensaban que, al menos, el dominio británico proporcionaba un buen Gobierno. Aunque prometió un avance gradual hacia el autogobierno en 1917, el Gobierno británico se veía desbordado y burlado.

Los nacionalistas indios tomaron nota de las palabras del presidente sobre la autodeterminación, que merecieron su aprobación, pero al principio prestaron poca atención a la Conferencia de Paz. La India no tenía reivindicaciones territoriales, o al menos de tal naturaleza que preocuparan a los propios indios. (Los funcionarios británicos del Departamento de la India trataron inútilmente de obtener mandatos indios sobre Mesopotamia y el África Oriental alemana.¹⁷⁷⁶) Los representantes de la India no eran sus propios líderes, sino Montagu, el secretario de Estado para la India, y dos indios escogidos cuidadosamente: Sinha, juez distinguido que era útil en los comités, y el maharajá de Bikaner, que hablaba muy poco, pero ofrecía cenas magníficas. Los negociadores se llevaron una sorpresa, y los británicos se alarmaron, cuando una cuestión aparentemente poco importante —la abolición del califato en Constantinopla— se convirtió de repente en una causa importante en la India.

Desde hacía algún tiempo los musulmanes indios, que constituían una cuarta parte de la población de la India británica, veían con inquietud, pero en silencio, la perspectiva de que el fin del Imperio otomano supusiera el fin también del liderazgo espiritual que el sultán ejercía sobre los musulmanes del mundo. Las mezquitas de toda la India rezaban por él como califa en sus plegarias semanales. La guerra había tirado de los musulmanes indios en dos direcciones. Una pequeña minoría se puso abiertamente del lado de los otomanos y acabó en la cárcel por decirlo; el resto, hoscamente o con tristeza, no hizo nada.

Cuando en 1919 llegaron a la India rumores de París en el sentido de que las potencias pensaban repartirse el Imperio otomano, deponer al sultán y abolir el califato, los periódicos musulmanes publicaron artículos que suplicaban a los británicos que protegieran al sultán, al tiempo que se formaban comités de notables a favor del califato. Las autoridades británicas recibieron un alud de peticiones que afirmaban que Wilson había prometido proteger el califato, lo cual no era cierto.¹⁷⁷⁷ El Gobierno de la India instó al británico a dejar al sultán en Constantinopla con algún tipo de autoridad sobre los lugares santos de los musulmanes en todo Oriente Próximo.¹⁷⁷⁸ En París, Montagu advirtió a sus colegas en repetidas ocasiones de los riesgos de ofender a un numeroso grupo de indios que había sido notablemente leal a los británicos.¹⁷⁷⁹ Sus advertencias y su personalidad quisquillosa no produjeron más que irritación. Lloyd George le escribió: «¡De hecho, durante toda la conferencia su actitud me ha parecido a menudo no tanto la de un miembro del gabinete británico como la de un sucesor del trono de Aurangzeb!»¹⁷⁸⁰

El 17 de mayo Lloyd George accedió a regañadientes a llevar ante el Consejo de los Cuatro una delegación, que incluía al Aga Khan, que pediría que las partes turcas del Imperio otomano no se repartieran entre las distintas potencias y que se permitiese la continuación del califato. El propio Lloyd George quedó impresionado: «Mi conclusión es que es imposible dividir Turquía propiamente dicha. Correríamos un riesgo demasiado grande de sembrar el desorden en el mundo

mahometano». ¹⁷⁸¹ Por desgracia, cuatro días después, el 21 de mayo, Lloyd George y Clemenceau tuvieron su discusión violenta a causa del ordenamiento de Oriente Próximo y se aplazó indefinidamente todo el asunto, incluido el califato.

En la India los musulmanes estaban cada vez más preocupados. Los comités locales se organizaron en un comité central a favor del califato. La principal organización política de los musulmanes, la Liga Musulmana, envió una delegación a ver a Lloyd George. Mucho más serio fue que Gandhi decidió dar su apoyo y el del Congreso al movimiento. Flaco, introvertido, obsesionado igualmente por sus intestinos y su alma, siempre en sintonía con las corrientes políticas de la India, pero prestando la misma atención a su propio y complicado corazón, era un extraño genio político. En la agitación motivada por el asunto del califato vio una oportunidad de tender puentes entre los hindúes y los musulmanes y poner a las autoridades británicas en una situación embarazosa.

La India ya estaba inquieta. La gran epidemia de gripe se había llevado a doce millones de indios (Gandhi utilizó lo ocurrido como ejemplo de que Gran Bretaña no era digna de gobernar la India). Los musulmanes estaban furiosos a causa del asunto del califato, los trabajadores se hallaban en huelga y los campesinos protestaban por sus rentas. El Gobierno de la India empeoró las cosas al introducir leyes que aumentaban sus poderes arbitrarios. En marzo y abril hubo en las grandes ciudades enormes manifestaciones y mítines públicos. El 6 de abril Gandhi convocó una huelga general en toda la India. Aunque instó a sus seguidores a abstenerse de cometer actos violentos, hubo brotes esporádicos de pillaje y disturbios. El peor incidente tuvo lugar en el Punjab, donde el 13 de abril, en Amritsar, un oficial británico fue presa de pánico y ordenó a sus tropas que disparasen a quemarropa contra una numerosa multitud. La matanza de Amritsar, como la llamarían, galvanizó incluso a la opinión india moderada contra los británicos. El pánico empezó a cundir entre los británicos, especialmente los que estaban en la India. Un periódico local en inglés preguntó si había «alguna organización malévola y peligrosísima que actúe bajo la superficie». ¹⁷⁸² ¿Eran los bolcheviques? ¿Infiltrados procedentes de Egipto? ¹⁷⁸³ ¿O tal vez una conspiración musulmana a escala mundial? Quizás era algo más que coincidencia que acabara de estallar una guerra con Afganistán, que era un país musulmán, y que las fuerzas de Ibn Saud, reclutadas principalmente entre los miembros de un movimiento islámico puritano, se estuvieran extendiendo por toda la península de Arabia. ¹⁷⁸⁴

Sus problemas en Egipto y la India sacudieron la confianza de los británicos en sí mismos y demostraron una vez más los límites de su poderío. Henry Wilson, jefe del Estado Mayor imperial, había intentado repetidas veces hacer que su Gobierno fuera consciente de ello; tal como escribió a un amigo en abril de 1919, «todas mis energías están empeñadas ahora en sacar a nuestras tropas de Europa y de Rusia y concentrar toda nuestra fuerza en los próximos centros de la tempestad, a saber: Inglaterra, Irlanda, Egipto y la India, eso es todo, querido amigo». ¹⁷⁸⁵ Incluso si retiraban tropas del Cáucaso y Persia, por ejemplo, los militares no estaban seguros de poder hacer frente a los «centros de la tempestad». Los ejércitos de Gran Bretaña se estaban esfumando. Sólo en Oriente Próximo Allenby desmovilizó una media de veinte mil hombres al mes durante la primavera de 1919. ¹⁷⁸⁶

Los problemas también pusieron de relieve los costes. «Le ruego que se haga cargo», escribió Churchill —que ahora era ministro de Colonias— a su secretario privado en el Ministerio, «de que todo lo que sucede en Oriente Próximo es de menor importancia que la reducción del gastos». ¹⁷⁸⁷ Tal como Curzon dijo en tono pesimista a Balfour, después de una reunión especialmente infructuosa del gabinete en el verano de 1919: «Una cosa quedó clara; la carga de mantener un ejército británico y un ejército indio de 320.000 hombres en varias partes del Imperio turco y en Egipto, o de 225.000

hombres si se excluye Egipto, con su coste abrumador, ya resulta insostenible».¹⁷⁸⁸ Lloyd George, que no había visto ninguna necesidad urgente de preparar el acuerdo de paz con el Imperio otomano, finalmente empezó a prestar atención. En agosto de 1919, justo antes de irse de vacaciones, Balfour le proporcionó un resumen admirablemente lúcido del problema, aunque, como era típico en él, sin ofrecer ninguna solución: «la triste verdad... es que Francia, Inglaterra y Estados Unidos se han colocado en una posición, en lo que se refiere al problema de Siria, que es tan irremediamente confusa que a ninguno de los tres países se le presenta ahora una salida realmente limpia y satisfactoria».¹⁷⁸⁹ Lloyd George también empezaba a percatarse con inquietud de la intensidad del enfado de los franceses.¹⁷⁹⁰ Otro factor que complicaba las cosas era que Feisal estaba demostrando una independencia inoportuna desde su regreso a Siria en mayo. En uno de los primeros discursos que pronunció en Damasco dijo a los árabes que le escuchaban: «lo único que falta ahora es que escojáis entre ser esclavos o dueños de vuestro propio destino». Corrían rumores de que estaba hablando con los nacionalistas egipcios sobre la posibilidad de formar un frente común contra los británicos y con los nacionalistas turcos sobre la de volver a unirse a Turquía. Sus agentes estaban difundiendo propaganda en Mesopotamia. En una conversación con Allenby, Feisal afirmó que Woodrow Wilson le había dicho que siguiera el ejemplo de la Revolución estadounidense: «Si quieren ustedes la independencia, recluten soldados y sean fuertes».¹⁷⁹¹ Las autoridades militares británicas en Siria advirtieron a Lloyd George que, si Feisal optaba por capitanear un levantamiento no podrían contenerlo.¹⁷⁹²

En septiembre Lloyd George, que actuaba rápidamente una vez tomaba una determinación, decidió que Gran Bretaña retiraría sus tropas de Siria y dejaría que los franceses entraran en el país. En unas conversaciones que resultaron difíciles, Lloyd George y Clemenceau acordaron el traspaso de poder. (Aún habría problemas, relacionados con la frontera entre Siria y Palestina, que no se resolverían definitivamente hasta 1922.¹⁷⁹³) Los estadounidenses protestaron débilmente y hablaron de autodeterminación, pero ya no eran un factor serio. A finales de 1919 los otros asuntos pendientes entre Gran Bretaña y Francia ya se habían resuelto. Los dos países compartirían el petróleo de Mosul, siguiendo más o menos las pautas acordadas seis meses antes. En la Conferencia de Sar Remo, en abril de 1920, en la que se aprobaron las condiciones del tratado con el Imperio otomano, los británicos y los franceses olvidaron temporalmente sus diferencias y se autoconcedieron mandatos, los primeros sobre Palestina y Mesopotamia y los segundos sobre Siria. En teoría, no serían válidos hasta que los confirmara la Sociedad de Naciones, que así lo hizo en 1922, lo cual era de esperar habida cuenta de que estaba dominada por Gran Bretaña y Francia.

Los árabes fueron consultados, pero sólo por los estadounidenses. La Comisión de Investigación de Wilson, que Clemenceau y Lloyd George se habían negado a apoyar, había seguido adelante. Henry King, rector de una pequeña universidad estadounidense, y Charles Crane, que tanto había hecho por ayudar a la causa de Checoslovaquia, se pasaron el verano de 1919 viajando obstinadamente por Palestina y Siria. Comprobaron que una abrumadora mayoría de los habitantes quería que Siria abarcara tanto Palestina como el Líbano; una mayoría parecida también quería la independencia. «Es fácil que surjan peligros», fue la conclusión que sacaron, «del trato imprudente y desleal con esta gente, pero hay grandes esperanzas de paz y progreso, si se la trata con franqueza y lealtad.»¹⁷⁹⁴ Su informe no se publicó hasta 1922, cuando hacía ya mucho tiempo que el daño estaba hecho.

En septiembre de 1919 Feisal fue informado escuetamente de que Gran Bretaña y Francia habían reanudado sus conversaciones sobre Oriente Próximo. Los británicos se aseguraron de que no llegara a Londres hasta después de que Lloyd George y Clemenceau hubieran alcanzado un acuerdo. Feisal

protestó; no iba a someterse al dominio francés.¹⁷⁹⁵ Los británicos, quizá con cierta vergüenza, se limitaron a instarle a hablar con los franceses. Desde Oxford, Lawrence observaba —sin poder hacer nada— cómo su Gobierno abandonaba a su viejo amigo y a los árabes. Leía y releía un poema sobre Adán y Eva y el Jardín del Edén y a menudo, según recordó su madre, se sentaba en casa de éste «toda la mañana entre el desayuno y el almuerzo en la misma postura, sin moverse, y con la misma expresión en el rostro».¹⁷⁹⁶

En París, Feisal fue recibido fríamente. «Después de cubrirle de flores y de cantar sus alabanzas en todas las tonalidades, la prensa francesa», según informó Mordacq, «prácticamente lo arrastró por el fango y lo colmó de mentiras e insultos.»¹⁷⁹⁷ Clemenceau se mostró comprensivo, pero firme; los franceses aceptarían a Feisal como gobernante en Damasco, siempre y cuando fuera capaz de mantener el orden. Por supuesto, pediría la intervención de tropas francesas en cualquier emergencia. Feisal, en un gesto grandilocuente, regaló sus caballos a Clemenceau; dos eran hermosos purasangres, según Mordacq, los demás, sólo así así.¹⁷⁹⁸ El Tigre, en todo caso, estaba a punto de dejar el poder y la opinión oficial francesa, que nunca simpatizó con el nacionalismo árabe, se estaba endureciendo. Era necesario consolidar el dominio francés en Siria, especialmente con los nacionalistas turcos atacando a las fuerzas francesas en Cilicia. El nuevo Gobierno de Francia elegido en noviembre de 1919, estaba mucho más interesado en el Imperio de lo que estuviera Clemenceau. El sucesor de Poincaré en la presidencia, Paul Deschanel, aseguró a una delegación de colonialistas como él que el Mediterráneo y Oriente Próximo eran piedras angulares de la política francesa. (Poco después le encontraron hablando con los árboles en los jardines del Palacio del Elíseo.¹⁷⁹⁹) Aunque Feisal permaneció en París hasta enero de 1920, no logró llegar a un acuerdo en firme con los franceses. Volvió a Damasco decepcionado, no sólo con los franceses, sino también con los británicos, y dijo que «lo habían entregado atado de pies y manos a los franceses».¹⁸⁰⁰

Encontró una situación que empeoraba. El alto comisario francés, el general Gourard, el hombre que en tiempos más felices había impuesto a Feisal su condecoración, era partidario de tratar a los árabes con firmeza.¹⁸⁰¹ Los nacionalistas árabes eran cada vez más belicosos, animados en parte por el ejemplo de D'Annunzio en Fiume, que parecía estar desafiando impunemente a las potencias.¹⁸⁰² En el amplio valle de la Bekaa, con sus ruinas de una gran ciudad romana en Baalbek, irregulares árabes disparaban contra las tropas francesas. (En la década de 1970 guerrilleros radicales procedentes de todo el mundo encontraron el valle apropiado para fines parecidos). Entre bastidores Feisal se veía sometido a una presión tremenda para que declarase la independencia, aunque ello significara la guerra con Francia.¹⁸⁰³ Feisal siguió de mala gana la corriente. El 7 de marzo de 1920 el Congreso sirio le proclamó rey de Siria, y no de la Siria circunscrita que habían acordado Gran Bretaña y Francia, sino de Siria dentro de sus «límites naturales», que abarcaban el Líbano y Palestina y se extendían hasta el Éufrates en el este. Hubo choques con las tropas francesas. Poco después, otro congreso que afirmaba hablar por los mesopotámicos se reunió en Damasco. Declaró la independencia, proclamó rey a Abdullah, hermano de Feisal, y exigió que los británicos pusieran fin a su ocupación.¹⁸⁰⁴

Ni siquiera dentro de Siria, sin embargo, gozaba Feisal de apoyo total. Los cristianos libaneses que no querían verse atrapados en una disputa con Francia, proclamaron su independencia por separado en un mitin multitudinario que se celebró el 20 de marzo de 1920 y eligieron como bandera la tricolor francesa con un cedro libanés en el centro.¹⁸⁰⁵ Los radicales árabes, por otra parte, le acusaban de ser demasiado sumiso al tratar con los franceses. En julio, Gourard envió a Feisal un ultimátum que exigía, entre otras cosas, la aceptación incondicional del mandato francés sobre Siria y

el castigo de quienes habían atacado a los franceses. Feisal apeló desesperadamente a las otras potencias, que respondieron sólo con murmullos de simpatía. El 24 de julio, en la carretera de Damasco, las tropas francesas barrieron a una fuerza árabe mal armada. Feisal y su familia se exiliaron.

Para poder controlar Siria, los franceses la redujeron. Recompensaron a sus aliados cristianos extendiendo las fronteras del monte Líbano con el valle de la Bekaa, los puertos mediterráneos de Tiro, Sidón, Beirut y Trípoli, y el territorio del sur, al norte de Palestina. Miles de musulmanes se encontraron ahora incluidos en un Estado dominado por cristianos. El resultado fue una Siria que seguía recordando lo que había perdido, incluso después de que los franceses se marcharan definitivamente, y un Líbano que bailaba precariamente en torno a tensiones religiosas y étnicas que no estaban resueltas. En la década de 1970 el Líbano hizo explosión y nadie, salvo el mundo exterior, se sorprendió cuando el Gobierno sirio aprovechó la oportunidad para enviar sus tropas, que han permanecido allí desde entonces.

Para los árabes el año 1920 sigue siendo el del desastre: primero perdieron Palestina, luego Siria, el Líbano y finalmente Mesopotamia. En el verano de 1920 estallaron rebeliones en alrededor de una tercera parte del país, en diversos puntos del valle del Éufrates y en las regiones kurdas de Mosul. Bell, que desde hacía mucho tiempo opinaba que Mesopotamia debía autogobernarse, había advertido lo que iba a suceder. Arnold Wilson, con el que ya no se hablaba, echó la culpa de todo a agitadores extranjeros y a la influencia de los Catorce Puntos de su tocayo.¹⁸⁰⁶ Los rebeldes cortaron líneas de ferrocarril, sitiaron poblaciones y asesinaron a oficiales británicos. Los británicos reaccionaron con dureza y enviaron expediciones de castigo que incendiaban poblados e imponían sanciones. Recurriendo a una táctica nueva, pero muy eficaz, sus aviones ametrallaban y bombardeaban desde el aire. Al terminar el año ya se había restaurado el orden y Wilson había sido reemplazado por su antiguo mentor, Cox, que era más diplomático.

Los sucesos de Mesopotamia dieron una fuerte sacudida al Gobierno británico. «No sabemos qué hacer», dijo Churchill, «para encontrar a un solo soldado.»¹⁸⁰⁷ Los críticos preguntaron si Mesopotamia justificaba el coste.¹⁸⁰⁸ Curzon, Churchill y Lloyd George querían que siguiera en poder de Gran Bretaña si era posible. La solución práctica y barata, la misma que Bell y Cox venían recomendando, era encontrar un gobernante árabe que fuese manejable. Por suerte tenían a Feisal, a quien, después de todo, algo debían. En una conferencia celebrada en El Cairo en marzo de 1921, Churchill, como ministro de Colonias, accedió a proclamarle rey. A modo de premio de consolación, el hermano mayor de Feisal, Abdullah, que era «un sensualista ocioso y gandul», recibiría el pequeño Estado de Transjordania.¹⁸⁰⁹ Así pues, se invitó a Feisal a visitar Mesopotamia, donde Cox y Bell, como directores de escena, se encargaron de que numerosos suplicantes le pidieran que se quedara como rey. A St. John Philby, que era partidario de una república y lo decía en voz alta, le enviaron con la música a otra parte. Unas elecciones dieron un 96 por ciento de votos a favor de Feisal. Bell le diseñó su bandera, su coronación y su realeza. «Tendré que ponerme a buscar un ceremonial apropiado para la corte de Feisal», suspiró. El 23 de agosto de 1921, bajo el fresco de primera hora de la mañana, Feisal fue coronado rey de lo que a partir de entonces se llamaría «el país bien arraigado»: Iraq. «Fue asombroso ver a todo Iraq, de norte a sur, reunido», informó Bell. «Es la primera vez que ha sucedido en la historia.»¹⁸¹⁰

Bell permaneció cerca de Feisal al principio, pero, al adquirir experiencia y confianza en sí mismo, el rey empezó a mostrarse irritado por tantos consejos.¹⁸¹¹ En general estaba resultando menos dócil de lo que habían esperado los británicos. Presionó a favor de la independencia de su

nuevo país y en 1932 Iraq ingresó en la Sociedad de Naciones como Estado independiente. Feisal murió al año siguiente. Su hijo, que era un alegre playboy, murió en un accidente de automóvil en 1939. Su sucesor, el nieto de Feisal, fue muerto en el golpe de 1958, que convirtió Iraq en república. Hussein, el padre de Feisal, que había albergado la esperanza de fundar una gran dinastía hachemita que gobernase el mundo árabe, perdió primero el juicio y luego su trono en el Hijaz cuando en 1924 Ibn Saud finalmente lo invadió y creó el reino que todavía lleva su nombre. El único reino hachemita que aún existe es Jordania, donde Abdullah, con gran sorpresa de todo el mundo, demostró ser un gobernante muy eficaz. El bisnieto de Abdullah es el rey actual.

T.E. Lawrence, que nunca volvió a ser realmente feliz después de la guerra en el desierto, también murió en un accidente cuando, en 1935, hizo un viraje brusco con su moto para no atropellar a dos chicos. Gertrude Bell se suicidó en 1926. Arnold Wilson dejó el servicio público para trabajar en la Anglo-Persian Oil. A la edad de 55 años murió en combate sobre Dunkerque como artillero de las fuerzas aéreas. Picot, cuyo acuerdo con Sykes había causado tantos problemas entre Francia y Gran Bretaña, terminó su carrera en desgracia. En 1920 fue reemplazado en Siria y enviado a Bulgaria donde provocó un escándalo a causa de su aventura indisimulada con una mujer de dudosa reputación. Otro destino en Buenos Aires fue acompañado de nuevos escándalos y rumores sobre facturas no pagadas. Dejó el servicio diplomático francés en 1932 y desapareció de la historia.¹⁸¹²

Gran Bretaña y Francia pagaron caro su papel en los acuerdos de paz en Oriente Próximo. Los franceses nunca pacificaron del todo Siria y nunca amortizaron lo que invirtieron en el país. Los británicos se retiraron de Iraq y Jordania tan rápidamente como les fue posible, pero no pudieron librarse de Palestina y de una situación cada vez peor entre árabes y judíos. El mundo árabe en conjunto nunca olvidó su traición y con el tiempo la hostilidad árabe se centró en el ejemplo de la perfidia occidental que tenía más a mano, la presencia sionista en Palestina. Los árabes también recordaban su breve esperanza de unidad entre ellos al terminar la guerra. Después de 1945, los resentimientos y la citada esperanza siguieron influyendo en Oriente Próximo.

A finales de febrero de 1919 un químico británico de mediana edad escribió a su esposa desde París: «Ayer, 27 de febrero, a las 3:30 de la tarde en el Quai d'Orsay tuvo lugar una sesión histórica». Fue, según dijo a su esposa, «un momento maravilloso, ¡el más triunfal de mi vida!». ¹⁸¹³ Chaim Weizmann, que más adelante sería el primer presidente del Estado de Israel, acababa de estar en el Consejo Supremo con una delegación de sionistas como él para presentar argumentos a favor de la creación de un hogar judío en Palestina. Aquel día en París había hablado brevemente, con su claridad y energía acostumbradas. Apeló al propio interés de las potencias: millones de judíos trataban de abandonar los antiguos imperios ruso y austriaco. ¿A dónde podían ir? «Como era natural, las grandes potencias examinarían minuciosamente a todo extranjero que pretendiera entrar en sus países y al judío se le consideraría como típico extranjero errante». La solución obvia era permitirles que fueran a Palestina; estaba poco poblada y abundaban en ella los espacios vacíos. Con dinero y trabajo, que los judíos del mundo estaban dispuestos a proporcionar, podían sustentar a varios millones más. Lo único que se necesitaba era la señal de los negociadores de París. Weizmann dijo con orgullo que lo exigía «en nombre del pueblo que había sufrido martirio durante dieciocho siglos». ¹⁸¹⁴ Al terminar de hablar, según dijo a su esposa, «Sonnino se puso en pie y me felicitó, y lo mismo hicieron el señor Balfour y todos los demás, excepto los franceses». ¹⁸¹⁵

Había en París muchas delegaciones parecidas y muchas peticiones. Los sionistas no tenían la influencia y el poder de los checos o los polacos, ni tampoco existía en la conciencia pública una causa judía como la armenia. Tenían algunos amigos en las altas esferas, pero también despertaban hostilidad o simplemente indiferencia. A pesar de ello, Weizmann tenía motivos para sentirse triunfal. Sabía que, aunque los franceses fueran hostiles, los estadounidenses y los británicos estaban detrás de él; de hecho, había consultado previamente sus declaraciones con miembros de las delegaciones estadounidense y británica. ¹⁸¹⁶ Tanto Weizmann como el sionismo habían recorrido un largo camino desde sus orígenes y aún les faltaba mucho por recorrer.

Hijo de un modesto comerciante de madera, Weizmann nació en Rusia en 1874, en una aldea minúscula en, como decía él, «uno de los rincones más oscuros y remotos del Distrito de Colonización». ¹⁸¹⁷ Casi la mitad de los judíos del mundo, unos siete millones, vivía en Rusia, la mayoría obligada a vivir en el Distrito, en lo que hoy son Bielorrusia, Ucrania y Polonia oriental. El país era llano y pantanoso, «triste y monótono», según dijo un escritor judío, extremadamente frío en invierno y sofocante en verano. ¹⁸¹⁸ Los judíos eran ricos en tradición y fe, desesperadamente pobres en casi todo lo demás. Si bien su número iba en aumento, no ocurría lo mismo con la tierra y los recursos que les permitía el Gobierno zarista. Según un observador, «era como si todos los judíos de Rusia fueran obligados violentamente a hacinarse y colocarse unos sobre otros, como saltamontes en una zanja». El Gobierno, que oscilaba entre la indiferencia y la brutalidad, no ofrecía ninguna salida ni protección alguna ante los disturbios antijudíos y los pogromos. «Es una vida desagradable», dijo un poeta judío, «sin el placer de la satisfacción, sin esplendor, sin luz, una vida que sabe a sopa tibia, sin sal ni especias.» ¹⁸¹⁹

Incluso en aquel mundo, sin embargo, había un movimiento de ideas: de socialismo, democracia, nacionalismo. Algunos judíos rusos, como Trotski, optaron por la revolución; muchos más, centenares de miles, emigraron a América del Norte y a Europa occidental. En los años anteriores a 1914, la población judía de Estados Unidos pasó de 250.000 a tres millones de personas; en Gran Bretaña, de 60.000 a 300.000. Entre los judíos rusos que emigraron hacia el oeste se encontraba el joven Weizmann. En Europa occidental descubrió un mundo diferente donde los guetos y las viejas leyes discriminatorias contra los judíos habían desaparecido. Los judíos podían vivir como ciudadanos británicos, franceses o alemanes que sencillamente tenían una religión distinta de la que profesaba la mayoría de sus compatriotas. Weizmann se casó con una joven estudiante de medicina, también de origen ruso, y nacieron en él dos pasiones que durarían toda su vida: la química y el sionismo.

Al principio, el sionismo —la lucha por una patria judía, quizás incluso un Estado donde los judíos serían mayoría, donde no correrían ningún peligro y podrían vivir con dignidad— atrajo solamente a un número reducido de chiflados o visionarios. En 1900, sin embargo, ya habían cambiado muchas cosas. El nacionalismo, que contribuyó a producir el sionismo, también había traído nuevos peligros para los judíos, ya que otros nacionalistas —franceses o alemanes, por ejemplo— recelaban de las minorías que había entre ellos. Hubo un desconcertante y horrible resurgir del antiguo y siniestro odio europeo a los judíos, incluso a los integrados, seculares. Al padre de Sigmund Freud un extraño le quitó el sombrero de la cabeza de un golpe al tiempo que gritaba «¡Sal de la acera, judío!». Un número sorprendente de franceses, en el país de la libertad, la igualdad y la fraternidad, se mostró dispuesto a creer una falsa acusación de traición, porque el oficial contra el que iba dirigida, Alfred Dreyfus, era judío. En la Viena de antes de la guerra el alcalde era un notorio antisemita y en los encantadores cafés de la ciudad se contaban groseros chistes antijudíos. En 1897 Theodore Herzl, periodista de Viena, celebró el primer congreso sionista del mundo. Weizmann asistió al siguiente y a todos los que tuvieron lugar después.

Alto, calvo, con perilla, Weizmann parecía una especie de «Lenin bien alimentado» e incluso tenía un porte que reflejaba una gran seguridad en sí mismo. Criticaba a sus superiores en el movimiento sionista por ser demasiado tímidos. Discrepó públicamente de Herzl en lo que se refería al plan de comprar Uganda al Gobierno británico e instaurar un Estado judío allí. Para Weizmann y, al final, para la inmensa mayoría de los sionistas la única ubicación posible era Palestina, que en aquel tiempo era una pequeña y atrasada provincia del Imperio otomano. Allí estaban los santos lugares y los recordatorios del último Reino judío, que había sido destruido por los romanos. Cuando en una ocasión le preguntaron por qué los judíos tenían derecho a Palestina, Weizmann respondió sencillamente: «La memoria es derecho».

Weizmann despreciaba a los judíos asimilados y a los que no querían apoyar al sionismo. Eran ciegos; peor aún, no eran patriotas. «El punto esencial que a la mayoría de los judíos se les escapa», dijo de los judíos alemanes a los que había conocido en sus tiempos de estudiante, «y que es el quid de la tragedia judía es que los judíos que están dando sus energías y su inteligencia a los alemanes actúan así en su calidad de alemanes y enriquecen a Alemania y no al judaísmo, al que están abandonando». Un hogar judío en Palestina era esencial. Insistió en que «Palestina y la edificación de una nación judía desde dentro, con sus propias fuerzas y sus propias tradiciones, establecería la condición de judío, crearía un tipo de judío ciento por ciento».¹⁸²⁰

En 1914 Weizmann se encontraba instalado en Manchester, donde era profesor de bioquímica en la universidad. Además, había ascendido en la organización sionista, que ahora tenía 130.000 miembros cotizantes, pero no ocupaba el puesto que creía merecer. Los judíos del este le consideraban

demasiado anglicanizado y los judíos británicos, demasiado ruso. Había ofendido a demasiados miembros de la vieja generación con sus críticas a Herzl y a demasiados contemporáneos suyos con su sarcasmo y su intolerancia ante los tediosos. Sus discursos eran lecciones dadas desde un estrado de superioridad. Abba Eban, que más tarde sería ministro de Asuntos Exteriores israelí, trabajó para él cuando era joven: «Mostraba una economía de expresión y de emoción propia de un científico, un fuerte sentido de las realidades y una insistencia casi cruel en decirles a sus oyentes judíos lo difícil y compleja que iba a ser su tarea sionista».¹⁸²¹ Weizmann acabó convirtiéndose en líder del sionismo, porque no había nadie más capaz de serlo.¹⁸²² Se desanimaba frecuentemente, solía amenazar con dimitir, pero nunca abandonó su objetivo a largo plazo, el de crear un Estado judío en Palestina. Tal vez su mayor aportación al sionismo fue su capacidad extraordinaria para ganarse a figuras clave, tanto en el seno de la comunidad judía como entre los líderes del mundo. «Partiendo de cero», dijo a un oponente, «yo, Chaim Weizmann, un *yied* de Pinsk y sólo *casi* catedrático en una universidad de provincias, he organizado a la *flor y nata* del judaísmo a favor de un proyecto que probablemente Rothschild (Lord) y sus satélites consideran una locura».¹⁸²³

Con la guerra Weizmann piso el acelerador. Según sus propios cálculos, sostuvo dos mil entrevistas con políticos, funcionarios, diplomáticos, cualquier persona que pudiese ser útil en la obtención de Palestina para los judíos. Venció el desagrado que los extranjeros y los judíos despertaban entre las clases altas británicas. Cecil, sorprendido, dijo que uno olvidaba «su aspecto exterior más bien repelente e incluso sórdido» ante su «entusiasmo contenido» y «la extraordinaria solemnidad de su actitud».¹⁸²⁴ Weizmann conquistó a Cecil y, lo que es más importante, también conquistó al primo de Cecil, Balfour, ministro de Asuntos Exteriores después de 1916. Fue una amistad extraña, el judío vehemente y comprometido del Distrito y el inglés encantador y mundano que había caminado por la vida con tanta facilidad, pero para Weizmann y el sionismo fue crucial.

Definir a Balfour siempre ha sido difícil: un filósofo que se convirtió en político; un esteta que amaba el tenis y el golf; despiadado, como los irlandeses pudieron comprobar por experiencia propia, pero invariablemente amable y cortés con sus subordinados. Cuando se le olvidó el nombre de uno de sus autores de novelas de aventuras favoritos, se disgustó un poco. «Siempre ocurre así», dijo en tono triste, «tan desagradecido; tan desagradecido».¹⁸²⁵ Lánguido, vestido con elegancia despreocupada, con una sonrisa que, según dijo alguien, era «como la luz de la luna sobre una lápida sepulcral», raramente parecía tomarse a sí mismo o a cualquier otra cosa en serio.¹⁸²⁶ Era un gran orador parlamentario, pero no le daba importancia. «Digo lo que se me ocurre», dijo a Churchill, «y me siento al terminar la primera oración gramatical».¹⁸²⁷ Durante un almuerzo dijo que, por desgracia, tenía una extraña peculiaridad mental cuando llegaba el momento de tomar decisiones: «Recuerdo todos los argumentos, repito todos los pros y los contras, e incluso pronuncio un discurso bastante bueno sobre el asunto. Pero la conclusión, la decisión, es un espacio totalmente en blanco en mi cerebro».¹⁸²⁸ Sus defensores decían que esto era una pose, del mismo modo que su costumbre de pasarse toda la mañana en la cama era su forma de trabajar con ahínco. Otros no estaban tan seguros. «Si querías que no se hiciera nada», dijo Churchill, «A.J.B. era sin duda el hombre más indicado para ello».¹⁸²⁹ Una vez preguntaron a Lloyd George cuál pensaba que sería el lugar de Balfour en la historia: «Será igual que el perfume en un pañuelo de bolsillo».¹⁸³⁰

De su padre heredó una fortuna que hizo de él uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña; de su madre, mujer profundamente religiosa, la tradición de servicio público de la familia Cecil e ideas políticas propias del Partido Conservador. Al igual que Curzon, su sucesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores, formaba parte de aquel mundo holgado, aristocrático, donde todas las personas

estaban relacionadas de una forma u otra con todas las demás. Una vez estuvo a punto de comprometerse, pero la elegida murió de fiebre tifoidea. Nunca se casó y una de sus devotas hermanas se encargaba de llevarle la casa. Estaba muy apegado a su familia y sus amigos, pero en realidad no los necesitaba. Tal como escribió a uno de ellos, «Eres tan necesario como siempre, pero ¿en qué medida significa eso que seas necesario? ¿Hasta qué punto es cualquiera de nosotros necesario para los demás?»¹⁸³¹

Era inteligente, las ideas le fascinaban y poseía una gran capacidad para captar la esencia de un argumento. También era distante, lo cual resultaba curioso, incluso alarmante. En los momentos más críticos de la guerra submarina que hicieron los alemanes, y que amenazaba con estrangular la economía británica, la única respuesta de Balfour a la lista diaria de barcos hundidos era «es una lata. Estos alemanes son insufribles». En las reuniones del gabinete, según dijo Lloyd George Balfour presentaba sus argumentos de modo persuasivo y luego, tras una pausa, presentaba la otra cara del asunto con la misma elocuencia y terminaba con un suspiro: «Pero si me preguntan qué deberíamos hacer, debo decirles que me siento perplejo».¹⁸³² Curzon, que le conocía bien, llegó a considerarle un hombre malvado y peligroso:

*«Sus modales encantadores, su extraordinaria distinción intelectual, su aparente indiferencia ante las cuestiones insignificantes, su capacidad dialéctica, su larga y honorable carrera en el servicio público impedían que todos, salvo quienes le conocían bien por dentro, viesen la ignorancia, la indiferencia y la levedad lamentables de su régimen. Nunca estudiaba sus papeles, nunca conocía los hechos, en el gabinete raras veces había leído los telegramas matutinos del Ministerio de Asuntos Exteriores y nunca pensaba en el futuro. Confiaba en que sus incomparables facultades de improvisación le ayudasen a superar cualquier problema y le permitiesen saltar alegremente de una crisis a otra».*¹⁸³³

Es extraño, por tanto, que Balfour no sólo contrajera un compromiso con el sionismo, sino que además persistiese en él. Uno de sus subordinados pensó que nunca le había importado realmente nada más.¹⁸³⁴ ¿Su conocimiento íntimo de la historia de los judíos era fruto de la educación religiosa que recibió en la infancia, como en el caso de Lloyd George? ¿Fue su fascinación por las capacidades intelectuales de los judíos? Dijo a Nicolson que los judíos eran «la raza más dotada que la humanidad ha visto desde los griegos del siglo quinto».¹⁸³⁵ ¿Veía en el sionismo, como dijo una vez, a «los custodios de una continuidad de tradición religiosa y racial que hacía del judío no asimilado una gran fuerza conservadora en la política mundial?». A House, con todo, le dijo que «alguien le había dicho, y él se inclinaba a creerlo, que casi todo el bolchevismo y los disturbios de naturaleza parecida son atribuibles directamente a los judíos del mundo. Parecen decididos o bien a conseguir lo que quieren o a trastornar la civilización actual».¹⁸³⁶ Si bien encontraba el antisemitismo vulgar, incluso deplorable, también se quejó a una amiga íntima de que había pasado un fin de semana con demasiados judíos: «Creo que, de hecho, los hebreos estaban en mayoría, y aunque no tengo ningún prejuicio contra la raza (todo lo contrario), empecé a comprender el punto de vista de quienes se oponen a la inmigración de extranjeros».¹⁸³⁷ Como tantas cosas en Balfour, el funcionamiento de su mente y su corazón continúa siendo un misterio, pero poco antes de morir una de sus sobrinas favoritas le oyó decir que «en conjunto pensaba que lo que había podido hacer por

los judíos había sido lo que ahora consideraba que más había valido la pena hacer».¹⁸³⁸

Balfour se entrevistó por primera vez con Weizmann en 1906: «Fue por aquella conversación con Weizmann que vi que la forma judía de patriotismo era única. Su amor a su país se negaba a darse por satisfecho con el plan relativo a Uganda».¹⁸³⁹ En 1914 los dos hombres volvieron a encontrarse y, según Weizmann, Balfour dijo con emoción evidente: «La causa por la que trabaja usted es una gran causa; me gustaría que viniera usted una y otra vez».¹⁸⁴⁰ Balfour no fue la única conquista de Weizmann. Churchill, Sykes y C.P. Scott se convirtieron en partidarios suyos. Y lo más importante de todo fue que Lloyd George también.

Al igual que Balfour, Lloyd George se había criado con la Biblia. «Me enseñaron mucho más sobre la historia de los judíos que sobre la historia de mi propia tierra. Podría recitar los nombres de todos los reyes de Israel. Pero dudo que pudiera nombrar a media docena de reyes de Inglaterra, y no más reyes de Gales.»¹⁸⁴¹ ¿Y acaso no eran los galeses y los judíos muy parecidos: religiosos, dotados y amantes de aprender? Lloyd George se emocionó cuando fuerzas británicas tomaron Jerusalén, «algunas generaciones de la caballería de Europa no habían conseguido».¹⁸⁴² Puede que sus conocimientos de la geografía de Europa central no fuesen muy buenos, pero conocía Tierra Santa. (De hecho, su dramática afirmación de que el mandato británico en Palestina debía abarcar de «Dar a Beersheba» causó un sinnúmero de problemas en la Conferencia de Paz, porque obligó a los expertos a examinar atlas bíblicos tratando de averiguar lo que había querido decir realmente).

Cuando era ministro de Municiones durante la guerra a Lloyd George le gustaba decir que había contraído una deuda especial con Weizmann. En Gran Bretaña había gran escasez de acetona, que era esencial para fabricar explosivos. Dio la casualidad de que Weizmann estaba trabajando en un proceso para producirla a gran escala. En un gesto de generosidad, lo puso a disposición de los británicos mientras durase la contienda sin cobrarles nada. Cuando Lloyd George pidió a Weizmann que aceptase una condecoración del rey, la respuesta fue: «No quiero nada para mí». Al insistir Lloyd George, Weizmann pidió apoyo a la causa sionista. «Eso», afirmó Lloyd George en sus memorias, «fue la fuente y el origen de la famosa declaración sobre el hogar nacional para los judíos en Palestina.»¹⁸⁴³ (Los franceses tenían otra teoría: que Lloyd George tenía una querida que estaba casada con un prominente hombre de negocios judío.¹⁸⁴⁴)

La historia de Weizmann y la acetona fue maravillosa, pero los estadistas británicos, a pesar de sus sentimientos, no pensaban hacer nada que perjudicase los intereses de su país. En 1917, sin embargo, dichos intereses parecían converger con los objetivos sionistas. Weizmann quería una Palestina judía y, tal como señaló, esa Palestina necesitaría protección durante años. No se fiaba de los franceses y los estadounidenses le dejaban frío. Gran Bretaña no sólo era poderosa, sino que también era justa e imparcial; además, «el hecho de que Inglaterra sea una nación bíblica explica la afinidad espiritual entre ella y los judíos».¹⁸⁴⁵ Con la inmigración de judíos Palestina se convertiría en «una Bélgica asiática» y una importante baza estratégica para el Imperio británico. «Palestina es una continuación natural de Egipto y la barrera que separa el canal de Suez del mar Negro.»¹⁸⁴⁶ Ese argumento tenía sentido para Lloyd George, el Ministerio de la Guerra y por lo menos una parte del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tanto mejor si quitaba Palestina a los franceses, a quienes se les había prometido en el Acuerdo Sykes-Picot. A partir de 1917, alentado por Lloyd George, Sykes se entrevistó en privado con Weizmann y otros sionistas. El factor definitivo y tal vez más importante que impulsó a los británicos a apoyar a los sionistas fue hacer propaganda entre los judíos, especialmente en Estados Unidos, que aún no había entrado en guerra, y en Rusia, donde los judíos, por razones obvias, no estaban muy entusiasmados con su propio Gobierno. Cuando llegaron a

Londres rumores alarmantes de que Alemania, donde había una población judía numerosa, pensaba hacer una declaración pública a favor del sionismo, el Gobierno británico se apresuró a actuar.

Curzon, que, a diferencia de la mayoría de sus colegas, había estado en Palestina, opinaba que el sueño sionista era absurdo. «No concibo peor servidumbre», dijo, «a la que relegar una comunidad avanzada e intelectual». También hizo una pregunta embarazosa: «¿Qué será de los habitantes del país?»¹⁸⁴⁷ Montagu, el nervioso secretario de Estado para la India, presentó un argumento mucho más apasionado: opinaba que el sionismo era un «credo político dañino, insostenible para cualquier ciudadano patriota del Reino Unido». Montagu era de religión judía, pero de nacionalidad inglesa. ¿Iban a decirle ahora que su verdadera lealtad correspondía a Palestina? ¿Y qué significaría eso para los derechos de los judíos como ciudadanos de los otros países? El gabinete descartó estas objeciones y a finales de octubre de 1917 ya había acordado una fórmula. Sykes salió corriendo de la reunión agitando un papel en el aire: «Doctor Weizmann, ¡es niño!»¹⁸⁴⁸ Balfour anunció la política británica en una carta breve dirigida a Lord Rothschild, destacado judío británico: «El Gobierno de Su Majestad ve favorablemente la instauración en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y dirigirá sus mejores esfuerzos a facilitar la consecución de este objetivo». Las palabras se habían elegido con mucho cuidado. El Gobierno británico insistió repetidamente en que «hogar nacional» no significaba Estado. Weizmann y otros líderes sionistas fueron igualmente cuidadosos. No había ninguna intención, según dijeron, de crear un Estado judío enseguida. Podría ser diferente, desde luego, en algún futuro lejano, cuando más judíos hubieran emigrado a Palestina. Convencieron a pocos, como tal vez se preveía. Al día siguiente de hacerse pública la declaración, un titular del *Times* decía «PALESTINA PARA LOS JUDÍOS. SIMPATÍA OFICIAL». Desde el principio judíos y no judíos, políticos, diplomáticos y periodistas hablaron de un Estado judío.¹⁸⁴⁹

Durante los meses siguientes, las fuerzas británicas que partían de Egipto hacia el norte para tomar Jerusalén y luego toda Palestina, iban acompañadas de lo que todo el mundo llamaba la Legión Judía que consistía en unidades de los Fusileros Reales que se habían reclutado especialmente entre los judíos. (Vladimir Jabotinsky, el brillante, brusco y extremista periodista ruso que había creado la Legión Judía, formaba parte de ella con la graduación de subteniente).

Cuando Allenby organizó su administración militar en Palestina, su primera proclamación y los documentos oficiales que la siguieron se tradujeron al hebreo además de al árabe. En el verano de 1918, con la aprobación del Gobierno británico, los sionistas compraron una finca en una colina de Jerusalén y, en presencia de una multitud que incluía a Allenby y todos los altos mandos aliados, Weizmann puso la primera piedra de la Universidad Hebrea. También en 1918 el Gobierno británico autorizó el envío a Palestina de una comisión sionista encabezada por Weizmann. Aunque sus instrucciones eran vagas —debía actuar como enlace con la administración militar británica además de organizar a los judíos locales—, la comisión adquirió el carácter de representante oficial de la comunidad judía en Palestina. Además, actuaba como si fuera un Gobierno en gestación, lo que a veces motivaba quejas de los oficiales británicos.¹⁸⁵⁰

Weizmann actuaba con prudencia. Resistió fácilmente las presiones de una minoría de radicales como Jabotinsky que exigía la creación inmediata de un Estado judío. Manióbró para asegurarse de que el mandato sobre Palestina se diera a los británicos o los estadounidenses, y no a los franceses, que eran demasiado imperialistas y demasiado católicos. Su tarea se vio complicada por divisiones y rivalidades internas en el sionismo. Los sionistas estadounidenses criticaron el predominio de los europeos, como hacían sus compatriotas en la Conferencia de Paz. La delegación sionista estadounidense ante la conferencia se quejó de que Weizmann era dictatorial y antidemocrático y de

que su memorándum sobre Palestina era «insuficiente». Exigieron una «Mancomunidad judía», incluso un «Estado judío» con un gobernador judío, judíos en toda la administración y una mayoría judía en los consejos ejecutivo y legislativo. Weizmann encontraba a los estadounidenses legalistas e ingenuos desde el punto de vista político. «Vuelvo a recomendar que nuestras exigencias no sean cuestión de una fórmula de la Conferencia de Paz, sino que se reivindicuen insistentemente e incansablemente día tras día y mes tras mes». Consiguió lo que quería, en parte amenazando una vez más con dimitir y, en parte, porque el Gobierno británico dejó bien claro que no aceptaría el mandato con semejantes condiciones. En ese momento los estadounidenses no estaban dispuestos a desafiarle abiertamente. Tal como señaló Félix Frankfurter, futuro juez del Tribunal Supremo:

*«Tiene influencia sobre los hombres públicos ingleses y sobre los funcionarios permanentes ingleses que continuarán gobernando Inglaterra cuando Lloyd George y Balfour ya no estén, como ningún otro judío en Inglaterra o el continente tiene o puede adquirir fácilmente».*¹⁸⁵¹

La mayoría de los principales sionistas fue a París para asistir a la conferencia. Weizmann llevó a cabo sus acostumbradas rondas de entrevistas con los poderosos e influyentes. House, como de costumbre, se mostró amistoso, Wilson le concedió cuarenta minutos y Balfour le aseguró que se daría a Palestina fronteras generosas. Los franceses fueron menos comunicativos. «Hablo el francés con soltura», dijo Weizmann a Wilson, «pero los franceses y yo no hablamos la misma lengua.»¹⁸⁵² Weizmann puso cuidado en no hablar de un futuro Estado judío o de una mayoría judía en Palestina. En una ocasión, sin embargo, utilizó unas palabras que más adelante perseguirían a los sionistas: que Palestina debía «ser tan judía como Inglaterra era inglesa».¹⁸⁵³

Cuando la misión sionista compareció ante el Consejo Supremo el 27 de febrero, Weizmann no fue el único en hablar. Ningún sionista estadounidense tomó la palabra, en parte porque su principal portavoz no había llegado de Londres, pero varios europeos sí la tomaron. El escritor polaco Nahum Sokolow recordó a sus oyentes la terrible situación de los judíos de Europa oriental: «Había sonado la hora de la liberación de esta gente desdichada». Weizmann, que estaba de pie, observándole, recordó más tarde: «Podía ver el rostro de Sokolow y, sin ser sentimental, fue como si sostuviera dos mil años de sufrimiento judío sobre sus hombros».¹⁸⁵⁴ Menachem Ussishkin, judío ruso de mucho carácter, habló en hebreo, la antigua lengua que ahora estaba renaciendo. Los últimos oradores — André Spire, poeta y figura destacada del sionismo francés, y Silvain Lévy, distinguido erudito— se habían añadido a la delegación debido a la insistencia del Gobierno francés y pese a las enérgicas objeciones de Weizmann y sus colegas. Sucedió lo que temían: mientras que la misión sionista afirmaba hablar por la inmensa mayoría de los judíos, Spire y Lévy mostraron un panorama más complicado. Señalaron algo que era muy cierto: que sólo una minoría de judíos franceses era sionista. Ellos mismos estaban orgullosos de ser franceses (como dijo Lévy, «judío en sentimiento, pero francés sobre todo»). Solicitaron que se mantuvieran los antiguos derechos de Francia en Palestina, entre ellos el de actuar como protectora de los católicos, y sugirieron que Francia, como nación mediterránea y gran fuerza civilizadora en el mundo, sería la nación más idónea para ejercer el mandato.¹⁸⁵⁵

Funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores francés observaron con aprobación. (Weizmann dijo en tono despectivo que Lévy parecía estar hipnotizado.¹⁸⁵⁶) Los franceses habían apoyado la

idea de un hogar judío durante la guerra, principalmente por razones propagandísticas, pero en tiempo de paz no había ninguna necesidad de renunciar a sus reivindicaciones en Palestina, las cuales, como los colonialistas nunca se cansaban de señalar, databan de las cruzadas. Picot dijo a Ronald Storrs, el gobernador militar de Jerusalén, que los británicos no tenían idea de cómo se había celebrado en Francia que se arrebatara la Ciudad Santa a los turcos. Storrs respondió rápidamente: «Pues imagine cómo nos sentiríamos nosotros, los que la tomamos». Los funcionarios franceses adscritos a la ocupación militar en Palestina eran conspicuamente devotos. Tal como uno de ellos dijo a Storrs, «en Francia te juegas tu puesto si te ven en una iglesia y en Palestina te lo juegas si no te ven en la iglesia».¹⁸⁵⁷ El Quai d'Orsay no había perdonado a Clemenceau que abandonase las reivindicaciones francesas en Palestina y Mosul en aquel famoso encuentro con Lloyd George en diciembre de 1918. Antes de que la misión sionista presentara sus argumentos al Consejo Supremo, un alto cargo dijo a Spire que «nos preocupa la posibilidad de que algún sionista francés haga una declaración a favor del sionismo, pero debería usted tratar de dejar bien claro que Francia debe tener Palestina».¹⁸⁵⁸

Lévy hizo algo todavía mejor, al menos desde el punto de vista francés. En un largo discurso dijo con firmeza que él no tenía nada de sionista.

Señaló los problemas que surgirían si todos los judíos del este de Europa, los cuales, según Weizmann, sólo esperaban la señal para trasladarse a Palestina, realmente lo hacían. El país aún no era capaz de sostener una población numerosa. (De hecho, aunque no lo hubiera reconocido en público, Weizmann compartía esa preocupación.¹⁸⁵⁹) Lévy también planteó un interrogante serio: ¿era un hogar judío lo que convenía a los judíos? «A él le parecía escandaloso que los judíos, justo cuando sus derechos de igualdad estaban a punto de reconocerse en todos los países del mundo, pretendieran obtener privilegios excepcionales en Palestina». ¿Cómo podían los judíos de todo el mundo, según habían sugerido algunos líderes sionistas, participar en el Gobierno de Palestina? «Sería peligroso sentar un precedente pidiendo que una gente que ya poseía los derechos de ciudadanía en un país gobernase y ejerciese otros derechos de ciudadanía en un nuevo país». Los judíos ya despertaban recelo; «como francés de origen judío, temía las consecuencias».¹⁸⁶⁰ El argumento era el mismo que había presentado Montagu en su ataque contra la Declaración Balfour. «Un espectáculo vergonzoso», había dicho Weizmann refiriéndose a Montagu y ahora se volvió contra Lévy y le dijo entre dientes «*Je ne vous connais plus. Vous etes un traître*» [Yo ya no le conozco. Usted es un traidor].¹⁸⁶¹

No se tomó ninguna decisión sobre Palestina aquel día, ni durante los meses siguientes, y apenas se habló del asunto en posteriores reuniones de la Conferencia de Paz. Como ocurrió tan a menudo en París, apenas se consideró una cuestión que causase numerosos problemas en el futuro. «Los palestinos están muy enfadados a causa de la Declaración Balfour», informó un agente del servicio de inteligencia estadounidense en 1917. «Están convencidos de que los líderes sionistas desean y piensan crear una comunidad claramente judía y creen que, si el sionismo resulta un éxito, perderán su país aunque se protejan sus derechos religiosos y políticos.»¹⁸⁶² La Declaración Balfour había prometido protección de esta clase para, como se decía en ella, «las comunidades no judías existentes en Palestina», formulación curiosa cuando los árabes palestinos, la mayoría de ellos musulmanes aunque había algunos cristianos, constituían unas cuatro quintas partes de una población de alrededor de setecientas mil personas.¹⁸⁶³ También reflejaba la tendencia de los estadistas del mundo y de los líderes sionistas a ver Palestina como una región deshabitada. «Si los sionistas no van allí», dijo Sykes con firmeza, «irán otros, porque la naturaleza aborrece el vacío.»¹⁸⁶⁴ Se supone

que fue un sionista británico quien acuñó la frase «La tierra sin gente, para la gente sin tierra».¹⁸⁶⁵

Incluso los que reconocían que en Palestina vivían árabes eran propensos a verlos con el prisma del imperialismo occidental. Los colonos sionistas que llegaron a Palestina antes de la guerra solían llevarse una sorpresa al ver lo «oriental» y primitiva que era su nueva tierra. Ellos y sus líderes hablaban con esperanza, porque muchos eran progresistas y liberales, de cómo su presencia sacaría a los árabes de su vida dominada por la tradición y les ayudaría a avanzar. Herzl aseguró a un miembro de una importante familia árabe que Palestina entera prosperaría. «Si miras la cuestión desde este punto de vista, que es el correcto, inevitablemente te vuelves amigo del sionismo». No habría ninguna necesidad de que los árabes pensarán en el autogobierno. Con todo, incluso antes de 1914 se observaban señales de que el nacionalismo y la correspondiente inquietud ante la presencia sionista empezaban a despertar entre los árabes palestinos.¹⁸⁶⁶ Weizmann, que cuando hablaba de los palestinos a veces hacía pensar en un jefe de distrito de la India británica, al principio descartó este hecho: «Los árabes, que en apariencia son inteligentes y despiertos, rinden culto a una cosa, una sola cosa, el poder y el éxito».¹⁸⁶⁷ La inocencia y la incomprensión eran increíbles, y peligrosas.

Ya en 1919 los británicos de Palestina se encontraban atrapados entre los sionistas y los árabes. Los sionistas se quejaban, con cierta razón, de que las autoridades militares eran en el mejor de los casos insensibles y en el peor antisemitas. Jabotinsky, de la Legión Judía, dijo que los británicos podían tratar con los árabes, «los mismos “nativos” a los que el inglés ha gobernado y dirigido durante siglos, nada nuevo, ningún problema». Los sionistas eran otra cosa: «un problema de pies a cabeza, un problema erizado de dificultades en todos los sentidos, eran pocos, pero fuertes e influyentes, ignorantes del inglés, pero estaban imbuidos de cultura europea y hacían reivindicaciones complicadas».¹⁸⁶⁸ (La aportación que el propio Jabotinsky hizo al problema consistió en organizar un ejército clandestino).

Los británicos, huelga decirlo, habían creado su propio dilema cuando durante la guerra hicieron promesas que ahora no podían cumplir. Por un lado, habían apoyado una patria judía en una tierra habitada en gran parte por árabes y, por otro lado, habían alentado a los árabes a sublevarse contra sus gobernantes otomanos prometiéndoles la independencia. Cuando los árabes señalaron que Palestina no había sido excluida de los territorios que debían gobernar los árabes, los británicos les acusaron de ingratos. «Espero», comentó Balfour, «recordando todo eso, que no les duela que esa pequeña muesca, porque desde el punto de vista geográfico, prescindiendo del histórico, que esa pequeña muesca en lo que ahora son territorios árabes se dé al pueblo que durante centenares de años ha estado separado de ella.»¹⁸⁶⁹

A los árabes les dolió, en particular a los palestinos. La Declaración Balfour en 1917 y la llegada de la comisión sionista en 1918, el agitar la bandera blanquiazul de los sionistas en toda Palestina, la falta de tacto de una conferencia sionista en Jaffa al pedir que la región se rebautizase inmediatamente con el nombre de *Eretz Israel* [Tierra de Israel]: todas estas cosas les preocuparon muchísimo.¹⁸⁷⁰ Curzon ya había hecho una advertencia en este sentido: «Si se supusiera que nos habíamos identificado con los judíos, y toda la fuerza árabe respaldada por Feisal en el otro bando se arrojara en la balanza contra nosotros, habría complicaciones».¹⁸⁷¹ Y las habría.

Tratando de evitar las consecuencias de sus propias acciones, los británicos alentaron a los sionistas y los nacionalistas árabes a llegar a un acuerdo. Cuando Weizmann visitó Palestina en 1918, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico le instó a recordar que «es importantísimo que se haga todo lo necesario para disipar las sospechas árabes relativas a los verdaderos objetivos del sionismo».¹⁸⁷² Cuando Storrs, el gobernador militar de Jerusalén, ofreció una cena a los visitantes

sionistas y a notables locales, Weizmann pronunció un discurso cortés: «Había espacio para que ambos trabajaran codo con codo; sus oyentes debían guardarse de insinuaciones traicioneras en el sentido de que los sionistas buscaban poder político en vez de ello, ambos debían progresar juntos hasta que estuvieran preparados para una autonomía conjunta»¹⁸⁷³ Aquel verano Weizmann y Feisal se entrevistaron en el campamento del segundo cerca del golfo de Áqaba. El encuentro fue amistoso, incluso cordial, y Weizmann se cubrió la cabeza con un tocado árabe para una fotografía de los dos. Ambos coincidían en desconfiar de los franceses.

Feisal parecía bien dispuesto a una presencia sionista en Palestina, pero advirtió que debía tener cuidado con la opinión árabe. No podía, en todo caso, comprometerse de manera definitiva sin consultar con su padre. Weizmann se marchó con la impresión de que Feisal no concedía mucho valor a Palestina: «Desprecia a los árabes palestinos, ¡a los que ni siquiera considera árabes!»¹⁸⁷⁴

Al cabo de unos meses, después de terminar la guerra, volvieron a entrevistarse, esta vez en Londres. De nuevo todo fue bien. Weizmann aseguró a Feisal que los sionistas podían utilizar su influencia para obtener apoyo estadounidense a los árabes y Feisal correspondió indicando que no preveía ningún problema a causa de Palestina. «Era curioso que hubiese roces entre judíos y árabes», dijo a Weizmann. Al fin y al cabo, había tierra suficiente para todos.¹⁸⁷⁵ El 3 de enero de 1919 los dos firmaron su acuerdo, que estaba lleno de expresiones de buena voluntad y esperanza para el futuro: se estimularía la inmigración judía en Palestina al tiempo que los sionistas ayudarían a desarrollar el Estado árabe independiente que era de suponer que la Conferencia de Paz estaba a punto de crear. Feisal garabateó una breve condición en el sentido de que su consentimiento dependía de que los británicos cumplieran las promesas que habían hecho a los árabes.¹⁸⁷⁶ El acuerdo, que siempre fue improbable, se desvaneció en el creciente abismo entre Feisal y los británicos, y los judíos y los árabes en Palestina.

La suerte de Palestina dependía, como así había sido durante siglos, de potencias extranjeras y en 1919 eso significaba principalmente Gran Bretaña y Francia. Italia trató de introducir clandestinamente algunos sacerdotes italianos disfrazados de soldados durante la ocupación militar para reforzar su pretensión, expresada con poco entusiasmo, de proteger a los cristianos en Tierra Santa. Lo que más preocupaba a los italianos, sin embargo, era asegurarse de que Francia no obtuviera nada que Italia no obtuviese.

Estados Unidos, en contraste con lo que sucedió después de la segunda guerra mundial, desempeñó un papel poco importante. Por un lado, el Gobierno de Washington había aprobado silenciosamente la Declaración Balfour y Wilson simpatizaba personalmente con el sionismo. «Pensar», dijo a un destacado rabino de Nueva York, «que yo, el hijo de un pastor protestante, pueda ayudar a devolver Tierra Santa a su pueblo.»¹⁸⁷⁷ Opinaba que sería bueno para los judíos gozar de su propia nacionalidad.¹⁸⁷⁸ Incluso pensó, siquiera sólo brevemente, en la posibilidad de un mandato estadounidense para Palestina. Por otro lado, estaba el sagrado principio de la autodeterminación. ¿Por qué los deseos de una minoría de judíos (y no todos los de Palestina eran sionistas) debían prevalecer sobre los de un número mucho mayor de árabes? A Balfour y Louis Brandéis, uno de los jueces del Tribunal Supremo y destacado sionista estadounidense, se les ocurrió una solución ingeniosa. Era un error utilizar sólo la «autodeterminación numérica»; muchos habitantes potenciales del hogar judío de Palestina aún vivían más allá de sus fronteras.¹⁸⁷⁹ «Y el sionismo», dijo Balfour, «sea justo o injusto, bueno o malo, está enraizado en tradiciones antiquísimas, en necesidades presentes, en esperanzas futuras de importancia mucho más profunda que los deseos y prejuicios de los setecientos mil árabes que ahora pueblan esa tierra antigua». En todo caso, señaló, volviendo al

lenguaje de la vieja diplomacia, las grandes potencias estaban detrás del sionismo.¹⁸⁸⁰ Wilson, no obstante, insistió en que su Comisión de Investigación de Oriente Próximo incluyera Palestina. Los dos estadounidenses que formaban parte de la comisión, Crane y King, el hombre de negocios y el profesor, presentaron su informe a finales del verano de 1919. Decían en él que los árabes de Palestina estaban «rotundamente en contra de todo el programa sionista» y recomendaban que la Conferencia de Paz limitase la inmigración judía y renunciara a la idea de convertir Palestina en una patria judía.¹⁸⁸¹ Nadie prestó la menor atención. Wilson había vuelto a Estados Unidos y británicos y franceses seguían peleándose a causa de todo el ordenamiento de Oriente Próximo.

En lo que se refería a Palestina, lo principal a estas alturas eran sus futuras fronteras. Al hablar a la ligera de un territorio que se extendería de Dan a Beersheba, Lloyd George había preocupado a los franceses, que veían en ello un aumento de Palestina en el norte a costa de Siria. ¿Incluía Dan el río Litani y el curso alto del Jordán? El agua era siempre una consideración importante en Oriente Próximo. Los sionistas presionaban en pos de la frontera más generosa. «Es absolutamente esencial», arguyó Weizmann, «para el desarrollo económico de Palestina que esta línea se trace de forma que abarque los territorios situados al este del Jordán que puedan recibir y mantener grandes asentamientos judíos.»¹⁸⁸² Las fronteras que proponía Weizmann habrían incluido parte de la actual Jordania. El Gobierno británico le apoyó, para sus propios fines, que eran limitar la influencia francesa y proteger las líneas ferroviarias (aunque los ferrocarriles aún no existían) entre Mesopotamia y el Mediterráneo. El Quai d'Orsay protestó: Palestina se extendería hasta las afueras de Damasco.¹⁸⁸³ Clemenceau se negó a hacer más concesiones a los sionistas o, tal como él veía el asunto, a Gran Bretaña. La frontera entre Siria y Palestina siguió estando fundamentalmente donde se había trazado en el Acuerdo Sykes-Picot. La única concesión que hicieron los franceses fue permitir que Palestina usara el excedente de agua de Siria, lo cual ha venido causando problemas hasta nuestros días.

En abril de 1920 en San Remo, Gran Bretaña y Francia aprobaron definitivamente su acuerdo sobre Oriente Próximo. Gran Bretaña recibió el mandato de Palestina. (Entre sus condiciones estaba la puesta en práctica de la Declaración Balfour). Los franceses hicieron un último intento de conservar su antiguo derecho de proteger a los cristianos. Con una alacridad que hacía pensar en un acuerdo previo con los británicos, los italianos dijeron que, con la desaparición del Imperio otomano y una «nación civilizada» haciéndose cargo de Palestina, las disposiciones especiales ya no eran necesarias.¹⁸⁸⁴ Al finalizar la conferencia, Lloyd George dijo a Weizmann, que se había apresurado a ir a París desde Palestina, «ahora que ya tiene su punto de partida, todo depende de usted».¹⁸⁸⁵ Los árabes palestinos no estuvieron representados en San Remo, pero habían dejado claro lo que sentían en los disturbios contra los judíos que habían estallado en Palestina dos semanas antes.

Quedaban por ultimar los detalles del mandato y su ratificación por parte de la Sociedad de Naciones. Esto tardó dos años más en hacerse, principalmente porque resultó imposible firmar un tratado con la Turquía otomana. Los británicos actuaron, sin más, como si Palestina fuera oficialmente suya. Consciente de las promesas que había hecho a los árabes, el Gobierno británico, a instancias de Churchill, que ahora era ministro de Colonias, dividió el mandato en dos y Palestina quedó limitada a la región situada al oeste del Jordán, a la vez que se creaba un pequeño Estado árabe, Transjordania, bajo el hermano de Feisal, Abdullah. Weizmann se llevó una decepción. Había recalcado ante Churchill que las tierras situadas al este del Jordán siempre habían sido «parte integrante y vital de Palestina». La tierra era rica, el clima era «vigorizante» y había abundancia de agua. «La colonización judía», según su conclusión optimista, «podía hacerse a gran escala sin roces

con la población local.»¹⁸⁸⁶ Los sionistas, con todo, no estaban dispuestos a provocar la enemistad de los británicos a causa del asunto. Era mucho más importante asegurarse de que las condiciones del tratado les fueran favorables.

No fue fácil. Los británicos empezaban a darse cuenta de que una patria judía en Palestina significaba problemas para Gran Bretaña. Curzon habló en nombre de gran parte del Ministerio de Asuntos Exteriores cuando dijo a Balfour: «Personalmente, estoy tan convencido de que Palestina será una espina dolorosa, que tendrá clavada quien reciba este mandato, que pienso que deberíamos librarnos de tal responsabilidad mientras aún sea posible».¹⁸⁸⁷ El sionismo había producido lo que hasta entonces no existía, una opinión pública organizada entre los árabes palestinos que aprendió rápidamente a utilizar cartas de protesta, peticiones y el lenguaje de la autodeterminación.¹⁸⁸⁸ En las calles de Palestina, las turbas optaron por una acción más directa; a partir de 1920 las autoridades británicas tuvieron que hacer frente a brotes esporádicos de violencia contra los judíos. Churchill solía simpatizar con el sionismo, pero advirtió a Lloyd George: «Palestina nos está costando seis millones al año. El movimiento sionista causará roces continuos con los árabes. Los franceses instalados en Siria con *cuatro divisiones* (que pagan no pagando lo que nos deben) se oponen al movimiento sionista y tratarán de quitarse a los árabes de encima lanzándolos contra nosotros, el verdadero enemigo».¹⁸⁸⁹

Los británicos probaron un recurso tras otro. Quizá los árabes, esta vez los de Palestina, y los sionistas aún podían llegar a un acuerdo. En el verano de 1921 una delegación de árabes palestinos viajó a Londres. Churchill escuchó con cierta impaciencia sus prolijas quejas sobre los sionistas. (Esquivó la pregunta delicada que le hizo su líder: «¿Qué es esta promesa que hicieron y qué significa?»). «Hablen largo y tendido con el doctor Weizmann», aconsejó a los árabes. «Traten de llegar a un acuerdo con él para los próximos años.»¹⁸⁹⁰ Ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a hablar en serio con el otro. «Chantajistas políticos» y «escoria», al modo de ver de Weizmann.¹⁸⁹¹ Los árabes sencillamente repitieron que se negaban a reconocer la Declaración Balfour y cualquier cosa que se hiciera en su nombre.

Los británicos también moderaron el lenguaje del mandato, para dar a entender que el hogar nacional judío sencillamente estaría en Palestina en vez de ocuparla toda.¹⁸⁹² En lugar de decir que la potencia mandataria tenía la obligación de crear una comunidad autogobernada, hablaron de «instituciones de autogobierno». Viajando incansablemente, mandando numerosos telegramas y cartas, visitando a todos sus contactos, que eran muchos, Weizmann se esforzaba por evitar que el Gobierno británico debilitara aún más las condiciones. Presa de la desesperación escribió a Albert Einstein:

*«Todos los tipos sospechosos del mundo están obrando contra nosotros. Judíos serviles y ricos, judíos oscurantistas, fanáticos y siniestros, en combinación con el Vaticano, con asesinos árabes, con imperialistas ingleses reaccionarios y antisemitas, en resumen, todos los perros están aullando».*¹⁸⁹³

No estaba tan solo como le parecía estar. No paraban de llegar muestras de apoyo, a menudo de orígenes inesperados como, por ejemplo, de sionistas alemanes, clérigos anglicanos o católicos italianos. El Congreso de Estados Unidos salió de su estado de ánimo introspectivo y aislacionista y

aprobó resoluciones a favor del hogar nacional judío. Y los principales aliados británicos de Weizmann se mantuvieron firmes. El 22 de julio de 1921, en una entrevista privada en casa de Balfour, éste y Lloyd George le aseguraron que «siempre habían querido un Estado judío a la larga». Al sacar a colación el delicado asunto del tráfico de armas para los sionistas de Palestina, Churchill guiñó el ojo: «No nos importará, pero no hable usted de ello».¹⁸⁹⁴ Todos los presentes pensaban que la delegación de palestinos árabes era un estorbo. Lloyd George sugirió alegremente que la sobornasen. El primer ministro estaba lleno de ideas útiles. «Debería hacer usted otro gran discurso en el Albert Hall sobre el sionismo», dijo a Balfour.¹⁸⁹⁵

En julio de 1922 la Sociedad de Naciones aprobó el mandato de Palestina que el Gobierno británico le había presentado. En Palestina un congreso árabe rechazó el mandato por completo. Weizmann estaba eufórico: el mandato reconocía oficialmente a los judíos como pueblo. Era, con todo, sólo el final del primer capítulo de la lucha de los judíos; «sólo si continuamos trabajando y trabajando en Palestina, llegará el momento en el que se presentará otra oportunidad de dar al mandato su verdadero valor».¹⁸⁹⁶ Esa oportunidad llegaría de manera terrible e inesperada con la ascensión de Hitler y la segunda guerra mundial.

Balfour visitó Palestina por primera vez en 1925, con Weizmann y su esposa. En Jerusalén inauguró la nueva Universidad Hebrea con un emocionante discurso en el cual habló con orgullo de su propia participación en la creación de un hogar judío. Le conmovió la acogida que en toda Palestina le tributaron los judíos, pero no se fijó en los árabes que llevaban luto y los comercios cerrados en señal de protesta. Su secretario privado destruyó los centenares de telegramas furiosos enviados por árabes antes de que él pudiera verlos. Cuando Balfour y sus acompañantes se trasladaron a Siria para hacer un poco de turismo, las autoridades francesas montaron guardia a su alrededor, lo cual le molestó. En Damasco seis mil árabes excitados rodearon su hotel. Empezaron a volar adoquines y la caballería francesa respondió con sus armas de fuego mientras Balfour, desconcertado, contemplaba la escena. Entre sus acompañantes había un joven árabe que trató de explicarle por qué el sionismo despertaba tanta oposición. Balfour se limitó a contestar que encontraba los resultados de su experimento «extraordinariamente interesantes».¹⁸⁹⁷ Regresó a Europa a bordo del *Sphinx*.

29 Atatürk y la ruptura de Sévres

A principios de mayo de 1919 los debates intermitentes sobre el Imperio otomano recibieron una sacudida poco grata a causa de la actuación de los italianos en Asia Menor. Italia ya había desembarcado fuerzas allí para breves periodos durante el invierno con la excusa de proteger a ciudadanos suyos o, en una ocasión, un convento. Ahora sus tropas parecían estar instalándose en los puertos de Adalia (Antalya), en el sur, y Marmaris, frente a la isla de Rodas, ambos situados en territorio que Italia reivindicaba al amparo de los acuerdos firmados durante la guerra. También llegaron informes sobre la presencia de un acorazado italiano en el puerto de Esmirna (Izmir) y el 11 de mayo Venizelos, el primer ministro griego, dijo al Consejo de los Cuatro que grupos de trabajadores italianos estaban construyendo malecones en Scalanova (Kusadasi), un poco más al sur. También alegó que los italianos habían hecho un pacto secreto con los turcos. Los negociadores de París estaban dispuestos a creer lo peor. Los italianos habían abandonado la Conferencia de Paz el 24 de abril en señal de protesta por Fiume, justo cuando se estaba ultimando el tratado de paz con Alemania. Wilson nunca había querido dar a Italia todo lo que quería en el Adriático y ahora recibió con igual frialdad la idea de un mandato italiano en Asia Menor. «No me siento inclinado a dejar que los italianos hagan lo que les parezca en esa parte del mundo. Desconfío de sus intenciones. Si diera a conocer en Estados Unidos todo lo que sabemos sobre sus actividades e intrigas, su máquina infernal quedaría en suspenso.»¹⁸⁹⁸

Lloyd George y Clemenceau compartían la irritación de Wilson, pero estaban obligados por los compromisos que ellos mismos habían contraído durante la contienda. En el Tratado de Londres de 1915, que había significado la entrada en guerra de Italia, habían prometido que en el caso de hacerse un reparto de Turquía, Italia recibiría «una parte justa». Las palabras resultaban peligrosamente imprecisas y sugerían la posibilidad de que Italia obtuviera una porción grande de la costa de Asia Menor, desde luego la provincia turca de Adalia y territorios a su alrededor, y quizás incluso Esmirna en el norte y Adana en el sur, justo donde la costa de Asia Menor vuelve a describir una curva hacia el sur. Sin duda alguna era lo que los italianos daban por sentado.¹⁸⁹⁹ Era un inconveniente que los franceses también reivindicaran la región que circundaba Adana basándose en el Acuerdo Sykes-Picot entre Gran Bretaña y Francia. El Gobierno italiano no había visto el acuerdo en el momento de firmarse, pero había oído decir lo suficiente sobre él para sentirse intranquilo. Sonnino había pedido una aclaración varias veces; finalmente la recibió en la pequeña localidad alpina de Saint-Jean de Maurienne en abril de 1917. Lloyd George recordó que los encuentros habían sido tan fríos como la nieve que aún cubría el suelo. Sonnino «enrojeció a causa de la ira reprimida». Gran Bretaña y Francia concedieron de mala gana una parte mayor de los territorios turcos; Italia ejercería el control directo de un gran rectángulo en el sur de Asia Menor que incluía el importante puerto de Esmirna, y una extensa cuña al norte del mismo sería zona de influencia italiana. Lloyd George dijo secamente a Sonnino: «ustedes quieren que hagamos el trabajo y se lo entreguemos al terminar la guerra». Si bien tanto Gran Bretaña como Francia afirmaron luego que el acuerdo no era válido, porque según alegaron dependía de la conformidad de los rusos (que no se obtuvo debido a la revolución), el Gobierno italiano sostuvo que aún se le debía su parte de Asia

Menor.¹⁹⁰⁰

Los nacionalistas italianos invocaron el recuerdo del gran Imperio romano para reforzar sus exigencias (pero cuando los griegos invocaron el suyo, que era aún más antiguo, los italianos lo descartaron como «hueca megalomanía helénica»). Señalaron que Italia necesitaba materias primas (las minas de carbón de Ereğli o Heraclea, como preferían llamarla ellos, eran uno de sus favoritos especiales) y salidas para sus inversiones y mercancías. Italia protegería a los cristianos en general y a los colonos italianos en particular (aunque estos últimos eran difíciles de encontrar) y civilizaría a los turcos.¹⁹⁰¹ En 1918 el jefe del Estado Mayor pintó un panorama lírico de la futura zona italiana «El clima de allí es idóneo para nuestros emigrantes, la fertilidad es muy conocida, ya que el maíz da cincuenta cosechas; finalmente, que existen inmensas zonas sin cultivar lo prueba la densidad de población, la cual, incluidas las ciudades, es en la actualidad de menos de veintisiete personas por kilómetro cuadrado; la población misma tendría todo que ganar y nada que perder con la colonización italiana».¹⁹⁰² En realidad, la mayoría de los italianos prefería invertir su dinero sin peligro en Italia; y los emigrantes, tal como había demostrado la experiencia de las pocas colonias de Italia, preferían América. «A los italianos en general», reconoció Orlando, «Asia Menor no les importaba en absoluto, igual que las colonias en África.»¹⁹⁰³

Sonnino opinaba sencillamente que Asia Menor formaba parte del botín de guerra y que Italia tomaría la porción que le correspondía. Tal como lo expresó, o todas las potencias obtenían algo o ninguna obtenía nada.¹⁹⁰⁴ Según dijo al alto comisario italiano en Constantinopla, los rivales de Italia (entre los que incluía a franceses y británicos) estaban utilizando astutamente la doctrina de la autodeterminación para rechazar las reivindicaciones italianas de anexión y esferas de influencia. Había que responder a ello induciendo a los habitantes a pedir protección a Italia; Sonnino instó a su alto comisario a hacer de forma cuidadosa y callada lo necesario a tal fin.¹⁹⁰⁵ Lo que más le preocupaba, sin embargo, era el Adriático y en ese sentido estaba dispuesto a renunciar a reivindicaciones en lugares lejanos a cambio de ganancias concretas más cerca de casa.¹⁹⁰⁶

Al empeorar la crisis con Italia a causa del Adriático, a finales de abril de 1919, Lloyd George y Clemenceau se mostraron igualmente dispuestos a usar Asia Menor como cebo. Tal como Lloyd George dijo a Wilson, «Lo que tal vez empujaría al señor Sonnino hacia nosotros sería una concesión en Asia». Balfour musitó que resultaba peligroso, pero apaciguar a los italianos era importante: «Por desgracia, esta necesidad persigue y obstaculiza todos los pasos de nuestra diplomacia».¹⁹⁰⁷ Wilson se resistió. Debían tener en cuenta los intereses de los habitantes locales. «Italia», señaló, «carece de experiencia en la administración de colonias». Además, a los turcos no les gustaría que los gobernaran los italianos. Lloyd George recurrió a la historia —«Los romanos eran muy buenos gobernadores de colonias»— y a una sorprendente visión de los turcos como «pueblo dócil que nunca ha cortado líneas de ferrocarril ni nada por el estilo». Wilson no quedó convencido: «desgraciadamente, los italianos modernos no son los romanos». Señaló también que a los griegos, que era de suponer que recibirían algún tipo de mandato en Asia Menor, no les gustarían los italianos: «El patriarca de Constantinopla, que vino a verme el otro día, me expresó, con la reserva propia de un eclesiástico, un sentimiento muy acentuado contra la posibilidad de ver a los italianos convertidos en vecinos suyos».¹⁹⁰⁸

Durante la primera semana de mayo, mientras los italianos seguían boicoteando la Conferencia de Paz, británicos y franceses perdieron el entusiasmo por la idea de utilizar pedacitos del Imperio otomano para inducirles a volver. El 2 de mayo, cuando los Tres Grandes se reunieron, llegaron más noticias sobre la actuación de los italianos en la costa de Asia Menor. «Una locura», dijo Lloyd

George. Clemenceau era partidario de adoptar una postura firme: «Si no tomamos precauciones, nos agarrarán por el cuello». Wilson amenazó con enviar un acorazado estadounidense a Fiume o a Esmirna. Lloyd George dijo que Venizelos se había brindado a mandar un barco de guerra griego.¹⁹⁰⁹

Venizelos estaba en su elemento agitando sentimientos contra los italianos y ofreciendo ayuda a las potencias. Se dio cuenta de que la crisis era la gran oportunidad de Grecia. Desde el comienzo de la Conferencia de Paz había trabajado con ahínco para que las reivindicaciones de Grecia fueran atendidas, con resultados desiguales. Aunque trató de argüir que el carácter de la costa de Asia Menor era indiscutiblemente griego, y que los turcos estaban en minoría, sus estadísticas eran de lo más dudoso. Para el territorio del interior que reivindicaba, donde incluso él tenía que reconocer que los turcos eran mayoría, Venizelos presentó argumentos económicos. Toda la región (las provincias turcas de Aydin y Bursa y las zonas alrededor de los Dardanelos e Ismid) era una unidad geográfica que pertenecía al Mediterráneo; era cálida, bien regada, fértil y abierta al mundo, a diferencia de la meseta seca y asiática del hinterland. «Los turcos eran buenos trabajadores, honrados en sus relaciones, y un buen pueblo como súbditos», dijo al Consejo Supremo en su primera comparecencia en febrero. «Pero como gobernantes eran insoportables y una desgracia para la civilización, como probaba el hecho de que hubieran exterminado a más de un millón de armenios y trescientos mil griegos durante los últimos cuatro años.»¹⁹¹⁰ Para demostrar lo razonable que había sido, renunció a todas las reivindicaciones sobre los antiguos asentamientos griegos en el Ponto, en el extremo oriental del mar Negro. Aseguró al ayudante de House, Bonsal, que no quería escuchar las peticiones de los griegos del Ponto: «Les he dicho que no puedo reivindicar la costa meridional del mar Negro, porque ya estaba muy ocupado con Tracia y Anatolia». Había un ligero conflicto con las reivindicaciones italianas, pero estaba convencido de que los dos países lograrían llegar a un acuerdo amistoso. De hecho, ya lo habían intentado y había resultado claro que ninguno de los dos estaba dispuesto a echarse atrás, especialmente en lo que se refería a Esmirna.¹⁹¹¹

El floreciente puerto de Esmirna se hallaba en el centro de las reivindicaciones griegas. Había sido griego en el gran pasado helénico y en el siglo XIX había vuelto a ser predominantemente griego, con la llegada de inmigrantes de la Grecia continental que querían aprovechar la ventaja de los nuevos ferrocarriles que penetraban en el hinterland y las oportunidades de comerciar e invertir. La población era como mínimo de un cuarto de millón de personas antes de la guerra y vivían allí más griegos que en la propia Atenas. Dominaban las exportaciones —desde higos y opio hasta alfombras— que bajaban de la meseta de Anatolia, en Asia Menor. Esmirna era una ciudad griega, un centro de saber y nacionalismo griegos, pero también era una parte crucial de la economía turca.

Al tratar de hacerse con Esmirna y su hinterland, Venizelos iba mucho más allá de lo que podía justificarse basándose en la autodeterminación. También colocaba a Grecia en una posición peligrosa. Tomar los fértiles valles del oeste de Asia Menor que subían hacia las secas tierras altas de Anatolia era tal vez necesario, según arguyó, para proteger las colonias griegas de la costa. Pero desde otra perspectiva, creaba una enorme provincia griega con gran número de habitantes que no eran griegos, así como una larga línea que habría que defender de quienes optasen por atacar desde el centro de Anatolia. El general Metaxas, el gran rival de Venizelos y futuro dictador de Grecia, hizo repetidas advertencias en este sentido: «El Estado griego no está hoy preparado para gobernar y explotar un territorio tan extenso».¹⁹¹² Metaxas tenía razón.

El Comité sobre las Reivindicaciones Griegas, del que se esperaba una solución racional de todas las reivindicaciones rivales de territorio otomano, no resolvió nada, lo cual no era extraño. Como habían hecho en Europa, los italianos se opusieron rotundamente a las exigencias griegas y los

británicos y los franceses se mostraron comprensivos. La diferencia principal era que los expertos estadounidenses, que estaban dispuestos a aceptar las reivindicaciones griegas en Europa, pensaban que en conciencia no podían hacer lo mismo en Asia Menor. Los turcos eran mayoría en el conjunto de la región y, aunque Esmirna era griega, no era aconsejable, por motivos económicos, separarla de Turquía. «Esmirna y su puerto son los ojos, la boca y los orificios nasales de los habitantes de Anatolia». Tampoco aceptaron los estadounidenses el argumento según el cual los turcos estaban tan atrasados que necesitaban un Gobierno extranjero.

«Es la opinión general», dijo un experto estadounidense, «de misioneros estadounidenses que los conocen perfectamente, de arqueólogos estadounidenses, británicos y franceses que han trabajado junto a ellos y con ellos, de comerciantes británicos que han hecho negocios con ellos, de soldados británicos que han combatido contra ellos, que los turcos de Anatolia son tan honrados como cualquier otro pueblo del Cercano Oriente, que son agricultores muy trabajadores, luchadores valientes y generosos, dotados fundamentalmente de instintos caballerescos.»¹⁹¹³

El informe del comité sencillamente presentó ambos puntos de vista. Es muy posible que Wilson hubiera respaldado la postura de sus propios expertos, si su exasperación con los italianos no le hubiese empujado a escuchar a Venizelos, que se estaba asegurando de que los Tres Grandes —ahora eran tres— recibieran noticias alarmantes sobre matanzas de griegos perpetradas por los turcos y de cómo los italianos y los turcos eran, como dijo él, uña y carne.¹⁹¹⁴ Venizelos se jactó alegremente ante Nicolson, uno de los expertos británicos que formaban parte del comité: «He recibido seguridades de consuelo y apoyo de Lloyd George y Wilson». Lloyd George ya se había mostrado de acuerdo con que un crucero griego se desplazara a Esmirna y Venizelos vio la oportunidad de enviar fuerzas griegas a Asia Menor para que sirvieran de contrapeso a los italianos.¹⁹¹⁵ Lloyd George y Venizelos cenaron en privado a comienzos de mayo. La secretaria del primero, Francés Stevenson, que se encontraba presente, anotó en su diario: «Los dos sienten gran admiración mutua, y D. está tratando de obtener Esmirna para los griegos, aunque tiene problemas con los italianos a causa de ello». Lo que Venizelos recordaba de la velada era que Lloyd George tenía la esperanza de obtener también Constantinopla para los griegos.¹⁹¹⁶

La mañana del 6 de mayo los Aliados tomaron a la ligera la decisión que puso en marcha los acontecimientos que destruyeron, entre otras cosas, la propia Esmirna, el gran sueño de Venizelos y la coalición gobernante de Lloyd George. En el Consejo de los Cuatro, Lloyd George presionó para que se tomara una decisión sobre Esmirna. Dijo que si no actuaban, los italianos se apoderarían de un pedazo de Asia Menor. Disponían de tropas griegas a las que se podía ordenar que desembarcaran donde hubiese peligro de disturbios o matanzas. «¿Por qué no se les ordena que desembarquen ahora?», contestó Wilson. «¿Tiene usted alguna objeción?». «Ninguna», dijo Lloyd George. Clemenceau metió baza: «Yo tampoco tengo ninguna. Pero ¿debemos avisar a los italianos?». «En mi opinión, no», dijo Lloyd George. A los italianos, que no volvieron a la Conferencia de Paz hasta el día siguiente, se les dijo una mentira, a saber: que durante su ausencia sus aliados se habían visto obligados a tomar medidas para impedir matanzas inminentes. Cuando Sonnino preguntó, razonablemente, por qué las grandes potencias no habían mandado contingentes propios, Clemenceau afirmó que hubiera sido difícil ponerlas bajo el mando de un general griego. Aseguró a Sonnino que «hoy Esmirna no pertenece a nadie; no se trata de determinar la suerte de esa ciudad, sino de llevar a cabo una operación temporal con un objetivo muy definido».¹⁹¹⁷ En realidad, Clemenceau se hallaba temporalmente bajo el hechizo de Venizelos: «Ulises», dijo a Mordacq, «es sólo un hombrecillo a su lado. Es un diplomático de primera, muy sensato, muy bien preparado, muy astuto, y siempre sabe lo

que quiere». [1918](#)

La tarde siguiente a aquella fatídica decisión Lloyd George pidió a Venizelos una entrevista rápida antes de que se reuniera el Consejo de los Cuatro. Venizelos escribió en su diario que Lloyd George empezó con una pregunta sencilla:

LLOYD GEORGE: ¿Disponen ustedes de tropas?

VENIZELOS: Sí. ¿Para qué?

LLOYD GEORGE: El presidente Wilson, Clemenceau y yo hemos decidido hoy que deberían ustedes ocupar Esmirna.

VENIZELOS: Estamos preparados. [1919](#)

Venizelos rebosaba optimismo cuando se reunió con los Tres Grandes y sus asesores militares para determinar los detalles. Las tropas griegas estaban preparadas, los turcos no opondrían resistencia y los habitantes griegos de Esmirna eran, por supuesto, amigos. Tanto Lloyd George como Venizelos opinaban que lo mejor sería que tropas francesas y británicas ocuparan los fuertes de la entrada del puerto y luego los entregasen a los griegos. Clemenceau asintió, un poco a regañadientes; empezaba a tener miedo, sobre todo de enemistarse innecesariamente con los italianos. [1920](#) Wilson dudaba entre actuar de acuerdo con la letra de la ley y su aversión a los italianos. Al final apoyó la ocupación, que estaba prevista para el 15 de mayo. «Es una locura, un mal asunto», escribió Henry Wilson, el experto militar británico. [1921](#)

En la propia Esmirna el ambiente era tenso. Agentes del Gobierno griego estaban en la ciudad desde el final de la contienda, tratando de fomentar el entusiasmo popular por el dominio griego. Los representantes británicos y franceses lo veían con buenos ojos; los italianos, con hostilidad. La minoría turca era presa de gran inquietud. Al correr la noticia de que iban a llegar los griegos, hubo muchas manifestaciones en la ciudad. Varios miles de turcos se pasaron la noche tocando tambores en señal de protesta; un número mucho mayor de griegos excitados se congregó en los muelles la mañana del 15 de mayo. El obispo ortodoxo también se encontraba allí, dispuesto a bendecir a los soldados. La bandera blanquiazul de Grecia ondeaba en todas partes. Cuando los primeros soldados griegos entraron en la ciudad, las multitudes prorrumpieron en vítores y llantos. Fue como un día de fiesta hasta que, de repente, alguien disparó un tiro en el exterior de un cuartel turco. Las cosas se pusieron feas. Los soldados griegos empezaron a disparar como locos y, cuando los soldados turcos se rindieron y salieron dando traspiés del cuartel, los golpearon y emplearon las bayonetas para obligarles a dirigirse a los muelles. Los espectadores griegos se desmandaron y también atacaron a los prisioneros. Murieron unos treinta turcos. En toda Esmirna se formaron turbas, algunas de ellas turcas, que empezaron a recorrer la ciudad matando y saqueando. Al caer la noche, habían muerto entre trescientos y cuatrocientos turcos y cien griegos. Los desórdenes se propagaron al campo de los alrededores de la ciudad y a las poblaciones vecinas durante los días siguientes. [1922](#) Fue un desastre para los griegos y sus reivindicaciones, y un mero anticipo de lo que iba a ocurrir.

En toda Turquía la noticia de los desembarcos causó consternación. Mucha gente pensó que se había dado el primer paso hacia la partición de los territorios turcos del Imperio otomano. «Después de enterarme de los detalles de lo que había pasado en Esmirna», recordó una mujer que estuvo entre los primeros partidarios de Atatürk, «apenas abría la boca como no fuera para hablar de la lucha sagrada que se avecinaba.» [1923](#) En Constantinopla las multitudes marcharon portando banderas

negras. Una delegación de mujeres de clase alta hizo una visita sin precedentes al alto comisario británico. «Se ha cortado una tajada», dijo su portavoz, «del cuerpo vivo del Imperio otomano del cual ella era miembro, un miembro que sangraba a causa de lo que se le había hecho.»¹⁹²⁴ El sultán lloró en su palacio. Sus ministros hablaron, impotentes, de presentar una protesta. Atatürk, que casualmente se encontraba allí, preguntó: «¿Pensáis que vuestra protesta hará que los griegos o los británicos se retiren?». Cuando los ministros se encogieron de hombros, Atatürk añadió: «Tal vez haya medidas más firmes que podrían tomarse».¹⁹²⁵

A esas alturas Atatürk ya había decidido que el lugar donde debía estar era el interior, donde había tropas y oficiales que eran leales a los ideales nacionalistas. El problema consistía en llegar allí, pero lo resolvieron sin darse cuenta las autoridades de ocupación británicas al insistir en que el Gobierno enviara a un oficial que restaurase la ley y el orden. Atatürk logró que le nombrasen a él y le dieran amplios poderes para la totalidad de Anatolia. Fue, según dijo, «como si se hubiera abierto una jaula y como si yo fuese un pájaro a punto de extender las alas y volar por el cielo».¹⁹²⁶ Al día siguiente del desembarco griego en Esmirna, salió de Constantinopla con un visado expedido por los británicos. Cuatro días más tarde, el 19 de mayo, Atatürk y el pequeño grupo que le acompañaba desembarcaron en el puerto de Samsun, en el mar Negro. El 19 de mayo es hoy jornada de fiesta nacional en la Turquía que Atatürk creó. Pocas personas en Constantinopla tenían idea de lo que Atatürk pensaba hacer, y pasaron muchos meses antes de que llegaran a París los primeros indicios de lo que se estaba preparando en Anatolia. Lloyd George afirmó más adelante que «no se había recibido ninguna información sobre sus actividades en Asia Menor para reorganizar los destrozados y diezmados ejércitos de Turquía. Nuestros servicios de inteligencia militar nunca habían sido menos inteligentes».¹⁹²⁷

Atatürk y sus amigos corrieron un riesgo tremendo y quizás hubieran fracasado de no haber sido por la ayuda que los Aliados les prestaron inadvertidamente en los meses siguientes. La política aliada era confusa, torpe y peligrosa, y creó las condiciones ideales para que floreciese el nacionalismo turco. La decisión de permitir el desembarco de fuerzas italianas y griegas en la costa de Asia Menor, los indicios de que Armenia y Kurdistán serían estados independientes y la posibilidad de que se despojara a Turquía de toda la región del estrecho, incluida la propia Constantinopla, pusieron a los nacionalistas turcos en un aprieto. Su país estaba desapareciendo; poco tenían que perder si oponían resistencia. Cada retraso en firmar el tratado con el Imperio otomano en París debilitaba a las fuerzas aliadas y reforzaba las de Atatürk.

Durante el verano de 1919 Atatürk cruzó de forma incesante la meseta turca abrasada por el sol, a veces en su viejo coche, otras en tren, y más a menudo a caballo, reuniendo a su alrededor a otros oficiales nacionalistas y formando la base de un movimiento nacionalista con los grupos independientes que habían surgido para protestar contra la ocupación aliada. «Si no tenemos armas con las que luchar», prometió, «lucharemos con los dientes y las uñas.»¹⁹²⁸ En junio anunció el principio de la resistencia nacional, contra los griegos en Esmirna, los franceses en el sur y los armenios en el este.

«Debemos ponernos los zapatos de campesino, debemos retirarnos a las montañas, debemos defender el país hasta la última piedra. Si la voluntad de Dios quiere que seamos derrotados, debemos pegar fuego a todos nuestros hogares, todas nuestras propiedades; debemos arrasar el país y dejarlo convertido en un desierto».

Al llegar a Constantinopla noticias de lo que estaba sucediendo, los británicos presionaron al Gobierno del sultán para que retirase a su inspector general. Cuando el 23 de junio recibió la orden

de volver a Constantinopla, Atatürk dimitió y convocó un congreso en Erzurum que dio a conocer lo que se convirtió en el Pacto Nacional. Su disposición clave era que las tierras habitadas por turcos, incluida desde luego Constantinopla, debían seguir formando un conjunto.¹⁹²⁹

A partir de la primavera de 1919, el destino del Imperio otomano dependió cada vez menos de lo que estaba ocurriendo en París y más de lo que hacía Atatürk. Dos mundos diferentes estaban a punto de chocar: un mundo de conferencias internacionales, líneas trazadas sobre mapas, pueblos que entraban obedientemente en este o aquel país, y otro en el que un pueblo se estaba sacudiendo de encima su pasado otomano y despertando como nación turca. En París las potencias continuaban haciendo su trabajo, inconscientes en gran parte de lo que estaba pasando en el este. El toma y daca de mandatos hipotéticos siguió alegremente. El 13 de mayo Nicolson, como experto en Grecia, fue llamado con su mapa al piso de Lloyd George en la Rué Nitot para que explicase al primer ministro cuánto podía ofrecer a los italianos. Luego llegaron Orlando y Sonnino y se sentaron todos alrededor de la mesa del comedor. «Aumentó así la impresión de que se iba a efectuar el reparto de un pastel». Los italianos pidieron territorio al sur de Esmirna. «¡Oh, no!», exclamó Lloyd George, «eso no puede ser para ustedes. ¡está lleno de griegos!». Nicolson quedó consternado al darse cuenta de que Lloyd George había confundido los colores que indicaban los contornos por los que correspondían a la distribución de la población. «L.G. acepta esta corrección de muy buen humor. Es rápido como una centella». Cuando alguien señaló que los mandatos debían contar con «el consentimiento y los deseos de los afectados», el regocijo fue grande. «Las blancas mejillas de Orlando tiemblan a causa de la risa y sus ojos hinchados se llenan de lágrimas de hilaridad».¹⁹³⁰

Al cabo de un rato el mapa de Nicolson se hallaba extendido sobre la alfombra delante de Clemenceau, Wilson y Lloyd George, mientras su propietario esperaba en otra habitación leyendo *El retrato de Dorian Gray*. Dentro, en el estudio de Wilson, Lloyd George bosquejó en términos elogiosos un mandato italiano en el sur de Anatolia: «En lo que era un páramo bajo los turcos, los italianos pueden construir carreteras, ferrocarriles, regar el suelo y cultivarlo». Los franceses podían quedarse con el norte de Anatolia y los griegos tendrían Esmirna y sus alrededores, así como las islas del Dodecaneso, y Lloyd George dijo magnánimamente que también les daría Chipre. Clemenceau, que había permanecido sentado en silencio, expresó algunas dudas sobre la capacidad de los griegos para administrar un mandato: «Recorrí todo el Peloponeso sin ver una sola carretera». Wilson era partidario de darles una oportunidad: «Si les demostramos nuestra confianza, despertaremos en ellos la ambición de hacerlo bien». Wilson se dejó llevar por el espíritu imperante e incluso dijo que tenía la esperanza de que Estados Unidos se hiciera cargo del mandato correspondiente a Armenia. Dio por sentado, según dijo Clemenceau, que los estadounidenses recibirían luego Constantinopla también. Llamaron a Nicolson para darle instrucciones.¹⁹³¹ Al verlas, Balfour manifestó su enojo, lo cual era raro en él: «Tengo a tres hombres todopoderosos y supremamente ignorantes sentados allí y dividiendo continentes con sólo un crío tomando notas para ellos».¹⁹³² Envió un memorándum a Lloyd George en el que decía con firmeza que sería muy peligroso dividir Turquía.¹⁹³³

Lloyd George también tuvo noticias de sus asesores militares, que se opusieron casi unánimemente. También se mostraron contrarios Churchill y Montagu, que se apresuraron a trasladarse a París desde Londres para advertir una vez más que dividir Turquía significaba «guerra eterna» con el mundo musulmán, incluido, por supuesto, el de la India.¹⁹³⁴ Lloyd George accedió a recibir a una delegación india, pero al llegar ésta de Londres en un tren especial, se encontró con que el primer ministro había emprendido un viaje en automóvil.¹⁹³⁵

Los acuerdos que se tomaron el 13 de mayo fracasaron casi inmediatamente. Los italianos irritaron tanto a Lloyd George como a Wilson al llevar a cabo nuevos desembarcos de tropas. Lloyd George cambió por completo de parecer sobre un mandato para ellos: «Creo que meter a los italianos en Asia Menor sería introducir allí una fuente de problemas».¹⁹³⁶ También le habían convencido las advertencias de Montagu. «He sacado la conclusión», dijo a los otros líderes cuando se reunieron el 19 de mayo, «de que es imposible dividir Turquía propiamente dicha. Correríamos un riesgo demasiado grande de sembrar el desorden en el mundo mahometano». Wilson reconoció que existía ese peligro. También le preocupaba que los mandatos parecieran un reparto de botín y, tal como señaló, dado que los propios turcos habían dejado claro que querían un solo Estado, sería una torpeza, por no decir un error, dividir Anatolia en dos mandatos, uno italiano y uno francés. No había ninguna justificación para destruir la soberanía de Turquía: «Me veo obligado a recordarme a mí mismo que yo utilicé esta palabra en los Catorce Puntos y que éstos se han convertido en una especie de tratado que nos obliga». Sugirió que tal vez Francia podría asumir la responsabilidad de asesorar a un Estado turco y se podría evitar la palabra «mandato». Incluso podían dejar al sultán en Constantinopla sin, por supuesto, permitirle ejercer poder alguno sobre el estrecho. Lloyd George estuvo de acuerdo, pero al cabo de dos días, después de una entrevista con miembros del gabinete británico que se habían trasladado especialmente a París y se mostraron horrorizados, sugirió que los estadounidenses y no los franceses se encargaran de controlar toda Anatolia, así como el estrecho y Armenia.¹⁹³⁷

Esto puso furioso a Clemenceau, que había estado observando con cierta perplejidad. Ya estaba enfadado con Lloyd George a causa de Siria. «Dice usted que Francia no debe estar en Asia Menor porque eso molestaría a Italia: ¿piensa acaso que en Francia no existe opinión pública? Además, Francia es, de toda Europa, el país que tiene los mayores intereses económicos y financieros en Turquía y ahora se la expulsa para complacer primero a los mahometanos y luego a Italia». Él y Lloyd George se enzarzaron en una airada discusión acerca de la división no sólo de Turquía, sino de la totalidad de Oriente Próximo. «Ambos perdieron los estribos por completo y se lanzaron las acusaciones más absurdas. Clemenceau hizo grandes esfuerzos por recobrar la compostura al final y cuando se despidieron dijo “Es usted el peor de los chicos”».¹⁹³⁸ Se ha dicho que, en un momento dado, Clemenceau, que, después de todo, tenía mucha experiencia en ello, dijo a Lloyd George que eligiera entre pistolas o espadas.¹⁹³⁹

Wilson intentó calmar los ánimos. «Tal vez tenemos hoy la impresión de un desacuerdo mayor del que realmente existe.»¹⁹⁴⁰ Sin embargo, poco podía ofrecer para resolver la situación. Ahora dudaba de que Estados Unidos pudiera aceptar un mandato para Anatolia, aunque todavía esperaba que sí pudiese en el caso de Armenia. Como en otros asuntos, albergaba la esperanza de que, si se estudiaba más el problema, se encontraría una solución.¹⁹⁴¹ Los demás negociadores cambiaron de tema; el tratado con Alemania era mucho más urgente. Turquía podía esperar.¹⁹⁴²

Del Imperio otomano sólo volvió a hablarse una vez antes de que el presidente Wilson regresara a Estados Unidos a finales de junio, y fue en respuesta a la comparecencia de representantes del Gobierno del sultán. Quizá para pasar el rato mientras aguardaban la respuesta de los alemanes, las potencias hicieron lo que no habían hecho con Alemania y permitieron que una nación derrotada compareciese antes de que se redactara el tratado correspondiente. Fue un indicio de la despreocupación con que las potencias estaban tratando el destino del Imperio otomano. El 17 de junio tres representantes de los turcos otomanos hablaron con un grupo que incluía a Clemenceau, Lloyd George, Wilson y sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores. Damad Ferid, el prime

ministro turco, hombre rico y afable cuyo principal logro había sido casarse con la hermana del sultán, presentó la petición de Turquía. Culpó a sus predecesores de la entrada en guerra de Turquía y los hizo responsables de las espantosas matanzas de cristianos armenios, además de asegurar a sus oyentes que la esperanza más fervorosa de su país era llegar a ser un miembro útil de la Sociedad de Naciones. Les suplicó que dejaran el Imperio otomano intacto. También tenía una declaración por escrito que, desgraciadamente, no estaba terminada del todo. La respuesta de Clemenceau fue poco alentadora.

«No se encuentra ningún caso en Europa, Asia o África en el que la instauración del dominio turco en un país no haya ido seguida de una disminución de la prosperidad material y una caída del nivel cultural; y tampoco se encuentra ningún caso en el que la retirada del dominio turco no haya ido seguida de un crecimiento de la prosperidad material y una subida del nivel cultural. Ni entre los cristianos de Europa ni entre los musulmanes de Siria, Arabia y África ha hecho el turco otra cosa que no sea destruir donde quiera que haya vencido.»¹⁹⁴³

Los negociadores estuvieron de acuerdo en que la actuación de Damad había sido patética. Wilson opinó que «nunca había visto nada más estúpido». Sugirió que se despidiera a la delegación con cajas destempladas: «Había mostrado una falta total de sentido común y un concepto totalmente erróneo de Occidente». Lloyd George lo consideró «la mejor prueba de la incapacidad política de los turcos».¹⁹⁴⁴ La delegación y su memorándum daban risa. Nadie fue capaz de sugerir una respuesta y Wilson se preguntó incluso si era necesario darla. Lloyd George era partidario de redactar unas condiciones de paz que resolvieran los problemas que planteaban las tierras árabes, Esmirna y Armenia, pero que dejaran de lado los territorios turcos en Tracia y Anatolia; de éstos se ocuparían los negociadores cuando los estadounidenses hubieran decidido qué mandatos asumirían. Dio por sentado que eso tendría lugar durante los dos meses siguientes. Wilson se limitó a decir que ahora pensaba que había que quitar a los turcos el control de Constantinopla. Clemenceau comentó meramente: «En cuanto a la manera en que dispondremos de los territorios del Imperio turco, después de nuestras últimas conversaciones, debo decir que ya no sé dónde estamos». Los tres dejaron el tema y Lloyd George dijo: «Ojalá pudiéramos instaurar la paz sumariamente y acabar de una vez». «Me temo», dijo Clemenceau, «que eso no es posible.»¹⁹⁴⁵

En Londres alguien que sabía más sobre el Imperio otomano que cualquiera de los presentes en París había estado observándolo todo con alarma y desesperanza. Curzon, que estaba al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores en ausencia de Balfour, envió una serie de memorandos y cartas en los que advertía que era peligroso dar por hecho que los turcos estaban acabados y una locura retrasar un acuerdo exhaustivo. Lloyd George le prestó tan poca atención como a la mayoría de los diplomáticos de carrera. Curzon representaba muchas de las cosas que no gustaban al primer ministro: el aristócrata de casta, el terrateniente, el refinado producto de Oxford y los salones de Londres. Lloyd George dijo confidencialmente a Francés Stevenson lo mucho «que detestaba a Curzon y su círculo, y todo lo que representaban, aborrecía sus amaneramientos, sus ideales, sus costumbres, su modo de vida».¹⁹⁴⁶ Con el tiempo el aborrecimiento se suavizó hasta quedar reducido a desdén mezclado con cierto respeto a regañadientes por los conocimientos y la capacidad de Curzon.¹⁹⁴⁷ Al final, con todo, fue Curzon quien derribó a Lloyd George.

Y fue Curzon quien, con Atatürk y sus ejércitos, fijó las fronteras de la Turquía moderna. Los dos hombres, el estadista inglés y el soldado turco, eran adversarios, pero nunca se encontraron personalmente. Ambos eran tozudos, inteligentes y orgullosos, ambos tenían momentos de profunda inseguridad y eran más complejos de lo que parecían. Curzon, el gran virrey de la India, era también

el hombre al que abuchearon sus compatriotas en Delhi, porque se había atrevido a castigar a un regimiento británico por matar a un indio; un esnob inglés que tuvo dos esposas estadounidenses; un estadista que adoraba los cuadros y los muebles; y el archiimperialista que conocía el mundo no europeo mejor que la mayoría de sus contemporáneos. Del mismo modo que sus levitas disimulaban el dolor de una lesión en la espalda y el corsé de acero que la sostenía erguida, también su pomposidad ocultaba al hombre que lloraba cuando alguien hería sus sentimientos. Sabía que algunos le veían como una caricatura. Decía en plan autocrítico que, al ver a unos soldados rasos bañándose, su reacción fue «¡Válgame Dios! No tenía ni idea de que las clases bajas tuvieran la piel tan blanca». [1948](#)

George Curzon nació en el seno de la clase social que, en los años anteriores a la Gran Guerra dominaba Gran Bretaña y, a través de ella, el mundo. Su familia residía en una finca de Derbyshire desde hacía siglos y, de haberlo deseado, George hubiera podido llevar una vida sin preocupaciones. «Mis antepasados», dijo una vez, «han poseído Kedleston durante novecientos años, padre e hijo, pero ninguno de ellos se distinguió jamás. Eran simplemente propietarios rurales normales y corrientes: diputados, representantes de la corona en los condados, etcétera. Decidí que trataría de romper con la costumbre.» [1949](#) Sus padres, como era habitual, dejaron su educación en manos de otros, en su caso una institutriz que odiaba los juguetes, pero amaba los castigos, a menudo por pecados totalmente imaginarios. Años después, Curzon sacó la conclusión de que estaba loca. [1950](#) Hasta su paso por Eton no empezó a florecer. Trabajó amistades, algunas para toda la vida, y, según reconoció, con «una determinación apasionada de ser el primero de la clase», ganó todos los premios importantes. Cuando llegó el momento de dejar Eton, ya era todo un personaje, extravagante, popular, triunfador y no poco arrogante. Oxford no hizo más que confirmar estas características, pero durante su estancia allí también aprendió a hablar en público, aunque algunos encontraban su estilo demasiado grandilocuente. También adquirió reputación de destacado conservador y se lanzó a una frenética vida social. Aunque no consiguió sacar la nota más alta en los exámenes finales, fue sólo un revés temporal en un comienzo que la mayoría de los que le conocían estuvo de acuerdo en que era brillante.

Era mucho lo que le habían dado. Sin embargo, también faltaba algo: tenacidad, tal vez, sentido común, equilibrio. Resultaba demasiado fácil herir sus sentimientos y era excesivamente propenso a sentir lástima de sí mismo. Trabajaba demasiado en cosas que no merecían el esfuerzo. En el apogeo de una crisis internacional estaba levantado hasta la madrugada repasando facturas. [1951](#) Montagu, su colega en el Gabinete de Guerra, escribió a un amigo: «me divierte, me interesa, me irrita. Extraordinariamente fácil de tratar, al fin y al cabo, pero ¡Menuda tarea!». Curzon bombardeaba a todos con preguntas y cartas. «Te divertirá saber que un día en que sé que tenía dos reuniones del Gabinete de Guerra y otra del Comité Oriental, y que había leído todos los documentos relativos a las tres, ¡me dijo mi esposa que le había visto disponiéndose a tomar el té en los almacenes Harrod's!» [1952](#) Preparaba los horarios de las clases de sus hijas e interrogaba detalladamente a su niñera sobre el coste de los bombachos que llevaban; decía a los jardineros cómo debían escardar y a los guardabosques cómo se talaban los árboles; insistía en colgar sus propios cuadros. Los sirvientes de Londres pusieron su nombre en una lista negra. [1953](#)

Nunca consiguió del todo lo que quería. Su periodo en la India debería haber sido glorioso, pero terminó de forma ignominiosa cuando fue obligado a dejar su puesto por Lord Kitchener, el comandante en jefe del ejército indio. Incluso cuando finalmente se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores en el otoño de 1919, tuvo que conformarse con estar subordinado a Lloyd George. Al caer

éste, Curzon esperó en vano que le llamaran para desempeñar el cargo de primer ministro. A la gente, especialmente a sus subordinados, le resultaba difícil trabajar con él. «Sufría», dijo uno de ellos, «una megalomanía absurda en relación con su conocimiento del arte, sus bienes materiales y su posición social: pero le he visto mostrar una humildad que resultaba casi patética en relación con cosas y personas». Era de una inconsecuencia tremenda: «Un día nos acusaba de carteristas y al día siguiente escribía cartas llenas de alabanzas entusiasmadas».¹⁹⁵⁴

Curzon dedicó su vida al servicio de Gran Bretaña y su Imperio, ya que consideraba que ambas cosas eran beneficiosas para el mundo. Al igual que muchos estadistas británicos, pensaba que Europa sólo era peligrosa cuando algo o alguien perturbaba su equilibrio de poder. «Su mundo ideal», dijo Nicolson, que llegó a conocerle bien, «hubiera sido uno en el que Inglaterra nunca interviniese en Europa y Europa nunca interviniera en África o Asia. De Estados Unidos, como plantación lejana, aunque rebelde, se esperaba que no interviniese en ninguno de los dos casos.»¹⁹⁵⁵ No le gustaba la mayoría de los extranjeros, en especial los franceses. Prefería, al menos en abstracto, campesinos sencillos como el turco de Anatolia, «un tipo ingenuo, respetable, amante de vivir su propia existencia sencilla distanciado de Europa». Conocía bien el mundo al este de Suez: había viajado del antiguo Imperio otomano a Japón y escrito extensos estudios de Asia central, Persia y la India. Con frecuencia recordaba a sus colegas del gabinete que él era el único de los presentes que había estado en tal o cual lugar remoto.¹⁹⁵⁶ Era brillante, aunque autoritario, en los debates; pero no tanto en lo que se refería a proponer políticas concretas.¹⁹⁵⁷

La lentitud de las negociaciones de París en 1919 casi volvió loco a Curzon. No sentía ningún afecto por el Imperio otomano, pero advirtió repetidamente que no convenía despertar el nacionalismo turco:

«Privar a los turcos de Constantinopla es, en mi opinión, inevitable y deseable como prueba definitiva de su derrota en la guerra, y creo que el mundo oriental lo aceptará, aunque sea de mala gana. Pero cuando resulte evidente que los fugitivos pasarán de una situación difícil a otra igual, y que prácticamente no habrá Imperio turco y probablemente el califato desaparecerá por completo, creo que estimularemos de forma sumamente peligrosa e innecesaria las pasiones musulmanas en todo el mundo oriental y que el resentimiento hosco puede dar paso con facilidad al frenesí salvaje».

Se opuso enérgicamente a los mandatos para Italia, ya fuese en el sur de Anatolia o en cualquier otra parte, así como a la concesión de Esmirna a Grecia, «que no puede mantener el orden a ocho kilómetros de las puertas de Salónica».¹⁹⁵⁸ El desembarco en Esmirna, según dijo unos cuantos meses después, «fue el mayor error que se había cometido en París».¹⁹⁵⁹

Sus advertencias fueron desoídas en gran parte y Curzon dedicó sus energías acumuladas a reorganizar el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cambió el escritorio oficial, enseñó a las secretarías a cerrar las persianas e introdujo un nuevo sistema de archivo con alfileres grandes y puntiagudos que causaron estragos entre los dedos oficiales.¹⁹⁶⁰ En octubre de 1919 se convirtió por fin en ministro de Asuntos Exteriores. Abogó por condiciones de paz benévolas para Turquía, pero tuvo que vérselas con Lloyd George y sus colaboradores más allegados, que se habían hecho cargo de gran parte de los asuntos exteriores. El primer ministro seguía decidido a que Esmirna y tal vez mucho más fuese para Grecia, y Curzon, a pesar de sus dudas, no estaba dispuesto a enfrentarse a él.

Aunque de vez en cuando amenazaba con dimitir, había esperado demasiado tiempo para ser ministro de Asuntos Exteriores. Lloyd George decía en broma que Curzon siempre empleaba un mensajero lento para mandar sus cartas de dimisión y uno mucho más rápido para las cartas en las que retiraba la dimisión.¹⁹⁶¹

Mientras los británicos discutían entre ellos, la política aliada sobre el acuerdo con Turquía, que nunca fue demasiado coherente, se sumió en el caos. Estaba claro que Estados Unidos no quería tener compromisos en ultramar, por lo que había que descartar mandatos estadounidenses para Anatolia, el estrecho o incluso Armenia. Los británicos se mostraron curiosamente reacios a afrontar esto, quizá porque Lloyd George esperaba ganar tiempo para que Grecia reforzase su posición en Asia Menor.¹⁹⁶² Cuando Wilson se fue de París, los Aliados, según Lloyd George, estaban convencidos de que conseguiría persuadir al pueblo estadounidense a aceptar mandatos, así que se quedaron esperando. Entonces Wilson enfermó en septiembre de 1919; «no podíamos apresurarnos a dar por sentada la práctica defunción del presidente, porque los comunicados médicos oficiales decían que su salud probablemente mejoraría después de un periodo de descanso total». Los Aliados siguieron esperando. «No sabíamos que podíamos hacer sin arriesgarnos a provocar una ruptura con Estados Unidos.»¹⁹⁶³

El interés de Italia por Turquía, que nunca fue muy grande, también estaba disminuyendo. El 19 de junio de 1919 se produjo la caída del Gobierno de Orlando, que arrastró a Sonnino. Nitti, el nuevo presidente, prefirió concentrar su atención en los formidables problemas internos de Italia. Canceló inmediatamente la costosa y arriesgada expedición que sus predecesores habían prometido enviar al Cáucaso. En lo que se refería a Asia Menor, tanto Nitti como su ministro de Asuntos Exteriores Tittoni, tenían más interés en obtener concesiones —para minas de carbón, por ejemplo— que territorio. Estaban dispuestos a dejar fuerzas italianas allí, sólo mientras no hubiera problemas.¹⁹⁶⁴ Los británicos sospechaban, y tenían motivos para ello, que los italianos estaban colaborando ahora con los nacionalistas turcos.¹⁹⁶⁵

Francia continuaba interesada en Turquía, pero no tenía ganas de colaborar con Gran Bretaña. El asunto de Siria seguía enconándose y muchos franceses temían que los británicos estuvieran tratando de expulsarlos también de los territorios turcos por medio de maniobras. Clemenceau, cuyo apoyo a Grecia siempre había sido poco entusiasta, se veía sometido a grandes presiones de los financieros franceses que eran pro turcos y querían que se llegara a un acuerdo con Turquía.¹⁹⁶⁶ El 60 por ciento de la deuda otomana correspondía a intereses franceses; si se llevaba a cabo la partición de Turquía, tal vez sería imposible rescatarlo.¹⁹⁶⁷

Curzon se dio cuenta de que, en ausencia de Estados Unidos, era esencial tratar con los franceses sobre Turquía. En noviembre de 1919 se puso en contacto con su colega de París, Pichón, y sugirió que se sostuvieran conversaciones confidenciales.¹⁹⁶⁸ Estaba convencido de que quedaba poco tiempo. En octubre había enviado al teniente coronel Alfred Rawlinson, que conocía superficialmente a Atatürk, a averiguar qué condiciones de paz aceptaría el líder turco.¹⁹⁶⁹ Los nacionalistas turcos controlaban ahora más de una cuarta parte del interior; al finalizar el año, Atatürk ya había establecido una capital rival de Constantinopla en Ankara. El 16 de marzo de 1920 los británicos, secundados a regañadientes por los franceses y los italianos, asumieron el control pleno de Constantinopla en nombre de la ley y el orden y detuvieron a varios destacados nacionalistas. La respuesta de Atatürk consistió sencillamente en detener a todos los oficiales aliados que encontró, entre ellos el infortunado Rawlinson, y convocar su propio Parlamento nacionalista. Estaba claro que el centro de poder entre los turcos estaba ahora en Ankara. Curzon empezaba a

pensar que tal vez lo mejor que se podía hacer era permitir el nacimiento de una nueva Turquía, con Atatürk al frente de ella.¹⁹⁷⁰ Por desgracia, no logró convencer a Lloyd George de ello.

Después de una serie de reuniones de los Aliados que culminaron en abril de 1920 con la Conferencia de San Remo (como «un balneario inglés de segunda categoría», al modo de ver de Curzon¹⁹⁷¹), finalmente se redactó el borrador de un tratado y se presentó a los delegados del Gobierno de Constantinopla. Turquía debía ser pequeña y estar subordinada. El batiburrillo de controles financieros externos que databan del siglo XIX se racionalizó y, de hecho, se reforzó. Aunque los turcos permanecerían en Constantinopla, el estrecho se puso bajo un régimen internacional. Francia e Italia tendrían sendas esferas de influencia en Anatolia. Grecia tendría Esmirna y Tracia. Habría una Armenia independiente (aunque no se tomó ninguna disposición en ese sentido) y algo llamado Kurdistán sería autónomo dentro de Turquía.

Era demasiado tarde para Armenia. A estas alturas ya sólo le quedaban unos cuantos meses. La caída de la Rusia zarista y luego la retirada de las fuerzas otomanas habían abierto una ventana que ahora empezaba a cerrarse. Armenia, Daguestán, Georgia y Azerbaiyán se habían declarado independientes en la primavera de 1918. Los nuevos estados, que eran débiles, pobres y apenas podían atender a los numerosos refugiados que llegaban a ellos, quizás hubieran sobrevivido a los forajidos, los desertores de los ejércitos turcos, las fuerzas rusas blancas, las enfermedades y el hambre. Quizás hubieran resuelto las diferencias que causaban guerras entre ellos. Quizás hubieran logrado contener a Denikin, el general ruso blanco, porque tenía que hacer frente a los bolcheviques también. Tal vez, especialmente Armenia, se hubieran expandido hacia el sur hasta penetrar en Turquía. Lo que no pudieron resistir fue la combinación de un fuerte ataque de los rusos desde el norte y el resurgir de Turquía en el sur.

Incluso entonces, con un poco de apoyo del exterior, quizás hubieran tenido una esperanza. De todas las potencias, Gran Bretaña era la que estaba mejor situada para proporcionar ayuda inmediata. A finales de 1918, fuerzas británicas procedentes de Mesopotamia habían penetrado en el Cáucaso por el lado correspondiente al Caspio para ocupar Bakú, hoy en Azerbaiyán, y sus yacimientos petrolíferos. Desde Constantinopla se habían enviado tres divisiones más a la otra orilla del mar Negro para que se hicieran cargo de su extremo oriental, donde estaba el importante puerto de Batumi, en Georgia. Al empezar 1919, las fuerzas británicas ya controlaban el ferrocarril que atravesaba el Cáucaso y comunicaba las dos ciudades. Las intenciones de los británicos, con todo, no eran claras, ni siquiera para ellos mismos. Acceder al petróleo del mar Caspio, proteger una posible ruta a la India, mantener fuera a los franceses, fomentar la autodeterminación: todo esto eran razones para que Gran Bretaña ocupara el Cáucaso.¹⁹⁷² En 1919 la amenaza bolchevique se había añadido a la mezcla; Curzon advirtió sobre dejar la región «a merced de una horda de salvajes sin freno que están decididos a destruir todas las leyes».¹⁹⁷³ Muchos de sus colegas, sin embargo, eran partidarios de no intervenir. Balfour preguntó que qué importaba que el Cáucaso fuera mal gobernado. «Esa es la otra posibilidad», dijo Curzon sarcásticamente. «Que se degüellen unos a otros». Balfour replicó: «Estoy totalmente a favor de eso».¹⁹⁷⁴

A pesar de la insistencia de Curzon, en la primavera de 1919 el Gobierno británico ya encontraba su intervención demasiado onerosa. «Cuanto antes salgamos del Cáucaso, mejor», dijo Henry Wilsor a Lloyd George.¹⁹⁷⁵ En junio el gabinete decidió retirar todas las tropas antes de finalizar el año. Se darían a Denikin armas a cambio de la promesa de notocar las repúblicas independientes.¹⁹⁷⁶ Los italianos tenían que relevar a los británicos, pero Wilson dijo a Lloyd George que era sumamente improbable.¹⁹⁷⁷ La decisión preocupó a muchos. Hankey, secretario del gabinete, escribió a Lloyd

George aquel otoño sobre:

*«... el fuerte sentimiento que existe en muchos círculos del Imperio británico a favor de los armenios y la repugnancia natural a abandonar a su suerte a una nación cuya causa hemos defendido tan frecuentemente en el pasado. No se puede negar que hay cierta insensibilidad en retirar nuestras fuerzas de Transcaucasia, justo en el momento en que llegan noticias de que se están produciendo matanzas».*¹⁹⁷⁸

No obstante, la retirada de tropas británicas continuó y, para que Denikin no se enfadase, Gran Bretaña demoró el momento de reconocer a las repúblicas caucásicas. Hasta enero de 1920, cuando ya quedaba claro que los rusos blancos estaban acabados y que los bolcheviques avanzarían hacia el sur, Gran Bretaña no reconoció finalmente a los pequeños estados, a los que envió algunas armas.¹⁹⁷⁹ El Ministerio de la Guerra aprovechó la oportunidad para quitarse de encima un excedente de fusiles Ross canadienses, famosos por la facilidad con que se encasquillaban, incluso en condiciones perfectas.¹⁹⁸⁰

Mientras tanto, empezaba a aparecer una amenaza en el sur, porque Atatürk y sus fuerzas estaban consolidando su dominio en Anatolia. Los turcos nunca habían ocultado su propósito de conservar sus provincias armenias y, de hecho, recuperar parte de la Armenia independiente.¹⁹⁸¹ Ya habían empezado a tantearse las posibilidades de un acuerdo entre los nacionalistas turcos y los bolcheviques. Atatürk no era comunista, pero los bolcheviques, después de todo, eran enemigos de su enemigo, Gran Bretaña.¹⁹⁸² Se daba cuenta de que las repúblicas independientes —Armenia, Georgia y Azerbaiyán— eran lo único que impedía que los turcos y los bolcheviques formasen un frente común contra los imperialistas que trataban de desmembrar a ambos países.¹⁹⁸³ Los bolcheviques, que tenían tan pocos amigos como Atatürk, respondieron con entusiasmo y enviaron armas y oro a Anatolia.

Mientras los Aliados hablaban de Armenia en San Remo, los bolcheviques tomaron la república vecina de Azerbaiyán. En la propia Armenia estallaron revoluciones inspiradas por los comunistas. Los Aliados pidieron a la Sociedad de Naciones que protegiera al gran Estado de Armenia que pensaban crear, pero la Sociedad respondió que no podía hacer nada, porque en realidad dicho Estado no existía.¹⁹⁸⁴ Los Aliados se dirigieron entonces a Estados Unidos, donde el asunto del mandato estadounidense para Armenia había estado moribundo desde que Wilson regresara de Europa. El presidente, que estaba enfermo, llevó la petición al Congreso, que la rechazó por mayoría decisiva en mayo. El senador Lodge dijo a un amigo: «No pienses que no lamento lo de Armenia. Lo siento, pero pienso que hay un límite a lo que tienen derecho a endilgarnos».¹⁹⁸⁵

Kurdistán tenía aún menos probabilidades que Armenia de encontrar un protector. Su caso sólo se había planteado una vez en la Conferencia de Paz de París. Al presentar su lista de posibles mandatos para los territorios otomanos el 30 de enero, Lloyd George había olvidado mencionarlo. Cuando se apresuró a añadir Kurdistán, reconoció alegremente que sus conocimientos de geografía eran deficientes. Había pensado que quedaría incluido en el mandato de Mesopotamia o el de Armenia, pero sus asesores le habían dicho que estaba equivocado. Se abstuvo prudentemente de tratar de especificar las fronteras del nuevo mandato; al igual que tantas otras cosas relativas a Kurdistán, las fronteras eran imprecisas.¹⁹⁸⁶

Los kurdos estaban lejos, en el lado oriental del Imperio otomano, y, en aquel tiempo, habían hecho poca mella en la opinión mundial.

A Mark Sykes, que había viajado por su territorio antes de la guerra, le gustaban porque eran duros y buenos luchadores.¹⁹⁸⁷ Al experto estadounidense, que nunca había estado allí, no le gustaban:

*«En algunos sentidos, los kurdos te recuerdan a los pieles rojas estadounidenses. Su carácter es apasionado, resentido, vengativo, intrigante y traicionero. Son buenos soldados, pero malos líderes. Son avariciosos, totalmente egoístas, mendigos desvergonzados y tienen gran propensión a robar».*¹⁹⁸⁸

Los kurdos vivían en una región peligrosa. Más allá de las montañas del norte y el este se hallaban Rusia y Persia; al oeste, los turcos; y al sur, los árabes de Mesopotamia. Durante la Gran Guerra ejércitos otomanos y rusos habían luchado en la frontera septentrional y los británicos habían avanzado desde el sur. Puede que hasta ochocientos mil kurdos hubieran muerto luchando en los ejércitos otomanos o a causa del hambre y las enfermedades.¹⁹⁸⁹ Calcular el número de kurdos era siempre difícil. Dado que no había líneas divisorias claras entre la cultura kurda y la árabe, la persa, la turca, incluso la armenia, era imposible decir cuántos kurdos había en realidad. Alrededor de tres cuartas partes —quizás un millón o incluso dos millones— vivían en el Imperio otomano, la mayoría en lo que luego sería Turquía; los demás en Iraq, y unos cuantos en Siria. El resto estaba en Persia.

Era difícil decir qué eran realmente los kurdos. Tal vez eran un pueblo indoeuropeo que había emigrado a Occidente desde Persia. Su nombre significaba originariamente «nómada». Tenían poca historia coherente, sólo mitos contradictorios sobre sus orígenes.¹⁹⁹⁰ Nunca había existido un gran reino kurdo y sus héroes eran escasos, aparte de Saladino. Se dividían por tribus, por religiones (la mayoría era musulmana sunní, pero también había shiíes y cristianos), por lenguas y por encontrarse dispersos entre diferentes estados. Tenían fama de ser ingobernables. Un etnógrafo alemán se mostró indulgente: «En el fondo, sus vicios son principalmente los de la vida agitada que llevan en una tierra en la que no ha habido un Gobierno organizado durante los últimos ocho siglos».¹⁹⁹¹ Luchaban unos contra otros, contra la autoridad extranjera, ya fuese otomana o persa, y contra otros pueblos. Los otomanos habían utilizado musulmanes kurdos en las matanzas de armenios.¹⁹⁹² Al finalizar la contienda, las tropas británicas e indias que ocuparon la región lograron mantener una paz precaria.

A diferencia de otras naciones emergentes, Kurdistán no tenía padrinos poderosos en París y los kurdos aún no podían hablar eficazmente en nombre propio. Ocupados con sus habituales robos de ganado, secuestros, guerras entre clanes, bandolerismo, matanzas entusiastas de armenios o sencillamente la supervivencia, de momento no habían mostrado mucho interés siquiera en obtener más autonomía dentro del Imperio otomano, donde vivía la mayor parte de ellos. Antes de la Gran Guerra los nacionalismos que estaban despertando entre otros pueblos de Oriente Próximo habían tenido sólo débiles ecos entre los kurdos. Incluso el centro principal del nacionalismo kurdo, que consistía en unas cuantas sociedades pequeñas y un puñado de intelectuales, se hallaba en Constantinopla. En 1919 el único portavoz kurdo en París, un hombre bastante encantador, había vivido allí tanto tiempo que le apodaban «Beau Sharif». Hizo cuanto pudo y reivindicó un país inmenso que se extendería desde Armenia (en el caso de hacerse realidad) hasta el Mediterráneo.¹⁹⁹³ Gran parte del mismo territorio era reivindicado también por los armenios y Persia.¹⁹⁹⁴

Gran Bretaña fue la única de las potencias que mostró algo más que un interés pasajero por ver un Kurdistán en el mapa. Estados Unidos, que simpatizaba con los armenios, no podía ver a los kurdos.¹⁹⁹⁵ Los franceses habían reivindicado un mandato principalmente como baza para negociar; cuando Gran Bretaña confirmó su posesión de Siria en el otoño de 1919, Francia abandonó toda apariencia de interés.¹⁹⁹⁶ Sin embargo, continuó oponiéndose a un mandato británico en Kurdistán.

Lloyd George y sus asesores estaban preocupados sobre todo por obtener y proteger su mandato en Mesopotamia, con sus importantes yacimientos de petróleo; hubieran preferido que una parte de territorio otomano no atravesara el norte. La existencia de un Kurdistán tendría además la ventaja de proteger la frontera meridional de Armenia, si sobrevivía, y proporcionar con ello otra barrera entre el bolchevismo y los intereses británicos. Además, impediría limpiamente que la influencia francesa en Siria y el sur de Anatolia se extendiera hacia el norte.¹⁹⁹⁷ Los británicos dieron por sentado que administrar Kurdistán resultaría barato utilizando a tal fin a jefes locales como en las fronteras del norte de la India. También arguyeron que los propios kurdos querían protección británica; pero los kurdos tuvieron la desatención de gastar gran parte de su energía rebelándose contra las fuerzas de ocupación británicas y asesinando a agentes británicos en 1919.¹⁹⁹⁸

Durante todo 1919 y 1920, mientras intentaban resolver el tratado con Turquía, los británicos financiaron a diversos grupos kurdos que afirmaban ser capaces de poner a los demás kurdos bajo protección británica. Un tal Mayor Noel, el «Lawrence kurdo», cumplió una misión misteriosa en los territorios kurdos en el verano de 1919. Había recibido la orden de fomentar un movimiento independentista, pero lo único que logró fue poner furiosos a los turcos nacionalistas y a sus propios colegas. El asesor político británico en Constantinopla se quejó diciendo: «Dejé tan claro como pueden dejar las palabras repetidas cinco veces que *no* estábamos intrigando contra los turcos y que no podía prometer absolutamente nada en lo que se refiere al futuro de Kurdistán».¹⁹⁹⁹

El apoyo británico era en el mejor de los casos poco entusiasta en 1919 y dependía, al menos en parte, de que Estados Unidos aceptara un mandato para Armenia, al norte de Kurdistán. Al llegar el otoño ya estaba claro que eso no iba a suceder; como también que los turcos distaban mucho de estar acabados. Atatürk estaba aumentando rápidamente sus fuerzas en el este, cerca de los territorios kurdos. La idea de que Gran Bretaña sostuviera a un Kurdistán independiente empezó a resultar cada vez menos atractiva desde los puntos de vista económico y militar. En el verano de 1919 las fuerzas británicas en el Imperio otomano ya habían quedado reducidas a sólo 320.000 hombres. En Mesopotamia las autoridades británicas eran partidarias de incorporar parte del territorio kurdo al nuevo mandato en Iraq. Las fronteras provinciales otomanas nunca habían sido realmente firmes en aquella parte del mundo, por lo que cabía argüir que la antigua provincia de Mosul se extendía hacia el norte y penetraba en las colinas y montañas kurdas.²⁰⁰⁰

Los propios kurdos estaban tan divididos como siempre. ¿Debían depositar su confianza en los turcos o en los británicos? ¿Tratar de hacer las paces con los armenios? ¿Pedir ayuda a los bolcheviques? La amenaza griega les ayudó a decidirse, al menos temporalmente. Cuando fuerzas griegas desembarcaron por primera vez en Esmirna en la primavera de 1919 y luego, en el verano de 1920, penetraron en el interior con el propósito de atacar a Atatürk y sus fuerzas, los kurdos musulmanes, que generalmente eran muy religiosos, vieron en ello un conflicto entre el islam y el cristianismo. Atatürk, fueran cuales fuesen sus sentimientos personales, fue hábil y apeló al islam cuando recabó apoyo de los jefes kurdos. Los rumores de que Gran Bretaña planeaba apoderarse de los territorios kurdos del sur hicieron que hasta los nacionalistas kurdos unieran su suerte a la de Atatürk.²⁰⁰¹

A estas alturas Curzon y Lloyd George ya estaban de acuerdo por una vez: un Estado kurdo independiente quedaba descartado, aunque significara dejar algunos territorios kurdos bajo control turco. En San Remo, en abril de 1920, Lloyd George reconoció:

«Él mismo había tratado de averiguar cuáles eran los sentimientos de los kurdos. Después de indagar en Constantinopla, Bagdad y otras partes, le resultó imposible encontrar algún kurdo representativo. Ningún kurdo parecía representar más que a su propio clan. Por otro lado, parecía que los kurdos pensarían que no podrían continuar existiendo sin el respaldo de una gran potencia. Pero si ni Francia ni Gran Bretaña emprendían la tarea —y él esperaba que ninguna de las dos la emprendiera—, parecían pensar que tal vez sería mejor dejarlos bajo la protección de los turcos. El país se había acostumbrado al dominio turco, y era difícil separarlo de Turquía a menos que pudiera encontrarse otro protector».²⁰⁰²

En el tratado de paz con Turquía el estatus de Kurdistán se dejó en el aire: tal vez la autonomía dentro de Turquía, un mandato bajo una potencia o la independencia total. Lo mismo ocurrió con sus fronteras, de las que se ocuparía una comisión investigadora. (Los británicos se aseguraron de que los territorios que querían se incluyeran claramente en el nuevo Estado de Iraq). Se hizo una leve promesa: tal vez, si los kurdos lograban convencer a la Sociedad de Naciones de que estaban preparados para la independencia, y realmente la querían, algún día se unirían a sus hermanos de Iraq.²⁰⁰³

Al filtrarse los detalles de estas condiciones y otras en la primavera de „1920, después de la Conferencia de San Remo, la reacción entre los turcos fue totalmente previsible. «En todas partes se recibieron con burlas y risas», informó el emisario de Curzon a Atatürk, «y la actividad de los preparativos militares se incrementó mucho inmediatamente».²⁰⁰⁴ En Ankara el Parlamento nacionalista rechazó tanto las condiciones como el Gobierno del sultán. Numerosos nacionalistas abandonaron Constantinopla para unirse a las fuerzas de Atatürk en el interior.²⁰⁰⁵ Los altos comisarios aliados mandaron advertencias enérgicas en el sentido de que la opinión turca, que ya estaba inflamada, no aceptaría la pérdida de Esmirna.²⁰⁰⁶ Curzon se lo había temido. Tal como escribió a Lloyd George, «Soy el último en desear hacerles un favor a los turcos, pero quiero realmente que haya paz en Asia Menor, y con los griegos en Esmirna y las divisiones griegas cumpliendo las órdenes de Venizelos y desplegándose por Asia Menor sé que esto es imposible»²⁰⁰⁷ Al empeorar la situación, los Aliados o, mejor dicho, los británicos decidieron dar un paso que a la larga resultaría fatal para su posición en Turquía. Venizelos, que temía que su Gobierno cayera, si no se apuntaba algunos éxitos, y cuyas fuerzas se estaban impacientando en Esmirna a causa de los ataques de los nacionalistas, recibió finalmente, en junio de 1920, la aprobación de Lloyd George para avanzar hacia el interior. En compensación, Venizelos también envió tropas para apoyar a las fuerzas de ocupación en Constantinopla. El Consejo Supremo, que aún existía, proporcionó una tenue cobertura de legalidad y afirmó que lo único que hacían las tropas griegas era responder en nombre de los Aliados a los ataques de los turcos. El alto comisario británico en Constantinopla escribió en tono airado a Curzon: «El Consejo Supremo, por tanto, está dispuesto a reanudar la guerra general está dispuesto a infringir sus propios principios declarados; está dispuesto a perpetuar el derramamiento de sangre indefinidamente en el Cercano Oriente; y ¿para qué? Para mantener al señor Venizelos en el poder en Grecia durante un periodo que, como es natural, sólo puede ser de unos cuantos años como máximo». Curzon se mostró totalmente de acuerdo: «Venizelos piensa que sus hombres obligarán a los turcos a refugiarse en las montañas. Lo dudo».²⁰⁰⁸

Y así la última etapa de la pacificación de Turquía empezó con guerra. Las tropas griegas salieron

de Esmirna y formaron un frente amplio que subía por los valles hasta el borde de la meseta de Anatolia. Los nacionalistas turcos se retiraron al interior. En Europa otro ejército griego barrió a un contingente turco débil y desorganizado en Tracia. Venizelos expresó gran confianza. En una conversación con Henry Wilson, predijo la caída de las fuerzas de Atatürk y la extensión del poderío griego en el interior hasta Constantinopla, incluso, tal vez, hasta el Ponto, a orillas del mar Negro.²⁰⁰⁹ En su fuero interno el primer ministro griego tenía accesos de pánico, pero a estas alturas no podía hacer otra cosa que seguir adelante con la acción.²⁰¹⁰ En agosto de 1919 los griegos ya habían penetrado más de cuatrocientos kilómetros en el interior.

Aquel mismo mes los Aliados y Damad Ferid, que representaba al Gobierno del sultán, firmaron un tratado de paz en una sala de exposición de la fábrica de porcelana de Sevres, en las afueras de París: el tratado no era un objeto bello, pero era igualmente frágil. Los asesores militares aliados advirtieron que se necesitarían como mínimo veintisiete divisiones para hacer cumplir las condiciones y señalaron que no disponían de ellas.²⁰¹¹ En Turquía se decretó un día de luto nacional; los periódicos se publicaron con una orla negra en sus páginas, los comercios cerraron sus puertas y se rezaron plegarias durante todo el día.²⁰¹² Atatürk sencillamente continuó luchando. Tenía ya bajo su control a la mayor parte de las fuerzas nacionalistas de Turquía y, en el norte, él y los bolcheviques estaban aplastando a las molestas repúblicas del Cáucaso.

En septiembre de 1920, cuando aún no había transcurrido un mes desde que el Tratado de Sevres prometiera una Armenia independiente que abarcaría parte de Turquía, las fuerzas de Atatürk atacaron desde el sur; a pesar de sus arduos esfuerzos y de los ataques de su minúscula fuerza aérea, que consistía en tres aviones, los armenios tuvieron que replegarse poco a poco. Aharonian, el poeta armenio que había hablado por su país en París, trató de entrevistarse con Curzon en Londres, pero la única respuesta que obtuvo fue una carta. «Lo que queremos ver ahora son pruebas concretas de cierta capacidad constructiva y administrativa en el país, en lugar de una política puramente exterior basada en la propaganda y la mendicidad». El 17 de noviembre el Gobierno armenio firmó un armisticio con Turquía que dejó libre sólo un pedacito del país. Cinco días después llegó un mensaje del presidente Wilson. En el Tratado de Sevres se le había pedido que trazara las fronteras de Armenia; decidió que debía tener 42.000 kilómetros cuadrados de territorio turco.²⁰¹³

Abandonado por el mundo y aprisionado entre dos enemigos, el primer ministro armenio dijo:

*«nada que hacer les queda a los armenios salvo elegir el menor de dos males».*²⁰¹⁴ *En diciembre Armenia se convirtió en una república soviética; el comisario para las nacionalidades bolchevique, Josif Stalin, participó en la tarea de hacerla entrar en vereda. En marzo del año siguiente, el Tratado de Moscú entre Turquía y la Unión Soviética confirmó la devolución de las provincias turcas de Kars y Ardahan a Turquía. (Stalin fue el negociador bolchevique). La frontera ha durado hasta hoy.*

Kurdistán estaba acabado también. En marzo de 1921 los Aliados ya habían empezado a faltar a las vagas promesas del Tratado de Sevres. En lo que se refería a Kurdistán, según dijeron, estaban dispuestos a modificar el tratado «en un sentido de conformidad con las realidades existentes de la situación».²⁰¹⁵ Las «realidades existentes» eran que Atatürk había denunciado todo el tratado, había logrado conservar parte de los territorios armenios dentro de Turquía y estaba a punto de firmar un tratado con la Unión Soviética. Los nacionalistas kurdos podían protestar, pero los Aliados ya no

tenían ningún interés en un Estado kurdo independiente.

La estabilidad en su flanco septentrional permitió a Atatürk hacer frente a la invasión griega en el oeste. También aquí la marcha de los acontecimientos le era favorable. En noviembre de 1920 Venizelos, con gran sorpresa de todo el mundo (incluido él mismo), fue derrotado en unas elecciones. Quedó con ello abierto el camino para el retorno de su viejo enemigo el rey Constantino, lo que a su vez puso fin a lo que quedaba de la política aliada relativa a Turquía. Italia y Francia arguyeron que ya no estaban obligadas a apoyar a Grecia y que el Tratado de Sevres debía revisarse. Los italianos insinuaron que estarían dispuestos a trabajar con los nacionalistas en la modificación de sus condiciones.²⁰¹⁶ El tratado también era impopular en Francia, donde el *lobby* colonial lo denunció y lo calificó de traición. El Gobierno francés ya no podía permitirse las bajas —más de quinientos soldados murieron en las dos primeras semanas de febrero de 1920— ni los 500 millones de francos anuales que costaban sus fuerzas en la región.²⁰¹⁷ En octubre de 1921 Francia firmó un tratado con el Gobierno de Atatürk que disponía la retirada de todas las fuerzas francesas de Cilicia, en el sur. Francia recibió concesiones económicas a la vez que Atatürk obtenía algo mucho más importante: el reconocimiento por parte de una de las principales potencias. Curzon se puso furioso: «Parece que estamos volviendo a la vieja divergencia tradicional —que casi equivale a antipatía— entre Francia y nosotros, fomentada por todos los ardides que un Gobierno sin escrúpulos y una prensa mentirosa son capaces de ²⁰¹⁸sugerir».

En Grecia, el retorno de Constantino conllevó una purga de los militares partidarios de Venizelos, lo cual sembró confusión en el ejército, justo cuando en Asia Menor iban a empezar las campañas de primavera en 1921. El nuevo Gobierno griego, no obstante, se sintió moralmente obligado a tratar de conservar lo que se había prometido a Grecia. Lloyd George hizo caso omiso de las objeciones de Curzon y lanzó numerosas indirectas a los griegos para alentarles a atacar a los turcos. Durante el verano las fuerzas griegas se adentraron mucho en el país en dirección a Ankara, extraordinaria hazaña militar en aquellas tierras yermas y abrasadas por el sol. Grecia fue más allá de su capacidad de sostener el avance. A lo largo de los más de seiscientos cuarenta kilómetros de líneas griegas los soldados sabían que estaban perdidos. «Vámonos a casa y que Asia Menor se vaya al infierno», decían al llegar la primavera.²⁰¹⁹

El 26 de agosto de 1922 se produjo finalmente el contraataque turco en dirección a Esmirna. Las órdenes eran sencillas: «Soldados, vuestro objetivo es el Mediterráneo».²⁰²⁰ Las fuerzas griegas sufrieron un tremendo descalabro y el 10 de septiembre Atatürk entró triunfalmente a caballo en Esmirna. La ciudad estaba abarrotada de rezagados y refugiados que habían huido de los poblados griegos del interior. En los muelles una ingente multitud luchaba por subir a los barcos y salvarse. En las callejuelas y los callejones el saqueo y la matanza habían empezado. Los turcos de la ciudad y los soldados conquistadores tenían muchas cuentas pendientes con los griegos y los armenios. Al igual que sus superiores de Roma, París y Londres, los representantes de las potencias abandonaron ahora a los griegos. La ciudad empezó a arder mientras las tropas extranjeras contemplaban la escena desde sus barcos.

Puede que el primer incendio empezara de forma accidental, pero testigos oculares vieron luego a turcos con latas de gasolina en los barrios armenios y griegos. «El espectáculo era aterrador incluso visto desde lejos», recordó un oficial británico. «Se oían los gritos más espantosos que puedan imaginarse. Creo que mucha gente cayó al mar, sencillamente, porque la empujó la multitud que trataba de alejarse de las casas incendiadas». Atatürk contempló las llamas sin inmutarse; «un incidente desagradable», fue su reacción.²⁰²¹ Al apagarse los incendios, la Esmirna griega ya no

existía.

La derrota del ejército griego dejó súbitamente expuestas a las reducidas fuerzas de ocupación aliadas en Constantinopla y el estrecho. Mientras las tropas de Atatürk en el norte avanzaban hacia el mar de Mármara y Constantinopla, el Gobierno británico decidió que debía mantenerse firme en Chanak e Ismid, en la costa asiática. Pidió ayuda al Imperio británico y a sus Aliados, pero recibió poco más que excusas y reproches. Nueva Zelanda fue el único de los dominios que acudió a la llamada. Los italianos se apresuraron a garantizar su neutralidad a Atatürk. Los franceses ordenaron a sus tropas que abandonasen Chanak. Curzon se trasladó rápidamente a París y tuvo una escena muy desagradable con Poincaré, que ahora presidía el Gobierno francés, en la cual habló de «abandono» y «deserción». Cuando Poincaré respondió con gritos a los suyos, Curzon salió precipitadamente de la habitación con los ojos llenos de lágrimas. Asió al embajador británico por el brazo: «No soporto a ese hombrecillo horrible. No lo soporto». Tuvo que tomar un buen trago de coñac para reanudar las negociaciones, que resultaron infructuosas.²⁰²²

Lloyd George era partidario de la guerra, pero personas más sensatas, entre ellas Curzon y los militares que se encontraban en el lugar de los hechos, acabaron imponiendo su criterio. Atatürk también estaba dispuesto a negociar. El Armisticio de Mudania, firmado el 11 de octubre, dispuso que los turcos tomaran la Tracia oriental de los griegos. Atatürk prometió a cambio que sus tropas no entrarían en Constantinopla, Gallípoli o Ismid hasta que su destino se decidiera en una conferencia de paz.

De toda Asia Menor y luego de Tracia se estaban retirando los griegos; más de un millón. Tenderos, agricultores, sacerdotes, ancianos y ancianas, griegos de religión musulmana, griegos que no hablaban ni una palabra de griego, todos ellos llegaban a un país que no podía alimentarlos ni alojarlos. El joven Ernest Hemingway, reportero de un periódico de Toronto, vio a los soldados griegos que regresaban a casa:

«Durante todo el día he pasado junto a ellos, soldados sucios, cansados, sin afeitado, azotados por el viento, andando por los caminos que atraviesan la campiña parda, ondulada y yerma de Tracia. No había bandas de música, ni organizaciones de ayuda, ni lugares de descanso, nada excepto piojos, mantas sucias y mosquitos durante la noche. Eran lo último de la gloria que en otro tiempo fue Grecia. Esto es el final del segundo sitio de Troya».²⁰²³

La aventura griega en Asia Menor ya había provocado la caída de Venizelos; ahora acabó con su gran protector, Lloyd George. La crisis de Chanak fue demasiado para un Gobierno de coalición débil. Curzon abandonó discretamente a sus antiguos colegas. Cuando un nuevo Gobierno conservador encabezado por Bonar Law subió al poder en noviembre de 1922, Curzon fue nombrado de nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Se trasladó casi inmediatamente a Lausana, donde por fin iba a firmarse el tratado de paz con Turquía.

Varios de los que se reunieron en Lausana habían estado en la Conferencia de Paz de París: el propio Curzon, Poincaré, un Venizelos cariacontecido, Stambolijski de Bulgaria con su atractiva intérprete, la única mujer que asistió a la conferencia.²⁰²⁴ Había también caras nuevas, entre ellas Mussolini, que llevaba polainas blancas y camisa negra y se sentía incómodo en su primera conferencia internacional importante, y Georgii Chicherin, el comisario de Asuntos Exteriores soviético, con su rala barba roja y su «postura furtiva de ropavejero».²⁰²⁵ Los representantes de Turquía eran ahora los nacionalistas, encabezados por İnönü İsmet, general que gozaba de la confianza de Atatürk. Al tratar los Aliados de invitar también al Gobierno de Constantinopla, Atatürk sencillamente había abolido el sultanato. Los estadounidenses, con su nueva actitud de

distanciamiento de los asuntos europeos, sólo enviaron observadores: Richard Child, afable ex periodista, y Joseph Grew, futuro embajador en Tokio cuando el ataque a Pearl Harbor. Grew se llevó una sorpresa al encontrarse con que Curzon era realmente encantador:

«Nunca he disfrutado tanto como en las pequeñas cenas de tres o cuatro comensales que parecían gustarle y en las que después de quitar la mesa y servir el oporto, permanecía sentado horas y horas contando historias, anécdotas y experiencias de una manera deliciosa que raramente se ve en la sociedad actual».²⁰²⁶

Muchas cosas pusieron a prueba la paciencia de Curzon en Lausana: su ayuda de cámara, que se emborrachaba y le escondía los pantalones del traje de etiqueta; el corsé de la espalda, que le causaba incisiones en la piel; y, sobre todo, los franceses y los italianos, «rebosantes de cortesía afectada, al tratar con los turcos, y propensos a desbocarse a cada momento»;²⁰²⁷ y, por supuesto, los propios turcos. Ismet, «hombre oscuro y bajito, sin un ápice de magnetismo», que parecía «un encajero armenio más que un general turco», se andaba con evasivas, exageraba su sordera y reiteraba obstinadamente sus exigencias.²⁰²⁸ Tenía instrucciones en firme de Atatürk: negociar una Turquía independiente, libre de injerencias extranjeras. Como buen soldado, pensaba cumplirlas. Un día Lloyd George le dijo secamente: «Me recuerda usted a una cajita de música más que nada. Toca la misma melodía día tras día hasta que nos sentimos más que hartos... soberanía, soberanía, soberanía».²⁰²⁹ Con marcado sarcasmo, Curzon echaba por tierra los argumentos de Ismet, que se encogía de hombros y se limitaba a no hacerle caso. Dijo que Curzon «nos trataba como a colegiales, pero no nos importaba. Trataba de la misma manera a los franceses y los italianos».²⁰³⁰ Al caer la noche, el turco se consolaba bebiendo su *chartreuse* verde favorito; uno de los estadounidenses que cometió la imprudencia de acompañarle juró que nunca más volvería a beber.²⁰³¹ La frustración que los turcos causaban a Curzon se veía incrementada por el hecho de saber que estaba luchando contra un adversario invisible. Lejos de allí, en Ankara, Atatürk observaba atentamente la conferencia y cablegrafiaba sus órdenes a Ismet.²⁰³²

Después de mucho regatear y de una dramática retirada por parte de Curzon, cuyo propósito era presionar a los turcos, en julio de 1923 quedó listo un tratado de paz. Ismet, «con profundas ojeras», firmó por Turquía y el embajador británico en Constantinopla, por Gran Bretaña.²⁰³³ El Tratado de Lausana fue distinto de los de Versalles, Trianon, Saint-Germain, Neuilly y Sévres, que fueron frutos de la Conferencia de Paz de París.

«Hasta ahora hemos dictado nuestros tratados de paz», pensó Curzon. «Ahora estamos negociando uno con el enemigo que tiene un ejército, mientras que nosotros no tenemos ninguno, lo cual es inaudito.»²⁰³⁴

Muy poco quedó de las condiciones de Sévres. El tratado no mencionaba una Armenia ni un Kurdistán independientes y, aunque Curzon trató de añadir cláusulas que protegieran a las minorías, los turcos las rechazaron basándose en la soberanía.²⁰³⁵ Las fronteras de Turquía abarcaban ahora prácticamente todos los territorios de habla turca, desde el este de Tracia hasta Siria. El estrecho continuó siendo turco, pero se firmó un acuerdo internacional sobre su uso. Las viejas capitulaciones humillantes se desecharon. El Tratado de Lausana también disponía el canje obligatorio de personas, musulmanes por cristianos. La mayoría de los griegos ya había abandonado Turquía; ahora las familias musulmanas —de Creta a las fronteras de Albania— fueron obligadas a abandonar sus hogares y trasladadas a Turquía. Curzon advirtió que era «una pésima solución que el mundo pagará cara durante cien años a partir de ahora».²⁰³⁶ Las únicas excepciones, en virtud de un acuerdo especial, fueron los turcos del oeste de Tracia y los griegos de Constantinopla y de un par de islas

pequeñas. Las respectivas comunidades han permanecido allí, hostigadas por una miríada de reglas insignificantes y utilizadas como chivos expiatorios siempre que se ha producido un empeoramiento de las relaciones entre Grecia y Turquía, como ocurrió en la década de 1960 a causa de Chipre y durante la crisis de Kosovo en el verano de 1999.²⁰³⁷

La única disputa que no se resolvió en Lausana fue la relativa a Mosul, en el norte de Iraq. La delegación turca la reivindicó aduciendo argumentos que los gobiernos turcos han utilizado desde entonces. Alegó que los kurdos que vivían allí en realidad eran turcos. El principal negociador turco dijo triunfalmente que, después de todo, era lo que decía la Enciclopedia Británica. La respuesta de Curzon, que estaba decidido a no entregar Mosul, más por su petróleo que por sus kurdos, fue fulminante: «Estaba reservado para la delegación turca descubrir por primera vez en la historia que los kurdos eran turcos. Nadie se había enterado jamás».²⁰³⁸ El asunto de Mosul estuvo a punto de provocar el fracaso de la conferencia; ambas partes acordaron finalmente someterlo a la Sociedad de Naciones, que concedió Mosul a Iraq en 1925.

Los kurdos quedaron bajo diferentes gobiernos —el de Atatürk, el del Sah Reza en Persia y el de Feisal en Iraq—, ninguno de los cuales estaba dispuesto a tolerar la autonomía kurda. En Iraq los británicos sopesaron durante un tiempo la idea de crear una administración aparte para las regiones kurdas, porque se dieron cuenta de que a los kurdos no les gustaba estar bajo el dominio de los árabes. Pero al final, prefirieron no hacer nada. Iraq obtuvo la independencia en 1932 sin prometer ninguna consideración especial para los kurdos.²⁰³⁹ En Turquía, Atatürk y los nacionalistas dejaron de hacer hincapié en la unión de todos los musulmanes e instauraron un Estado secular y turco. Abolieron el califato, lo cual consternó a muchos kurdos. La lengua de la enseñanza y el Gobierno sería el turco; de hecho, entre 1923 y 1991 la lengua kurda ni siquiera fue reconocida. En 1927 el ministro de Asuntos Exteriores turco aseguró al embajador británico que los kurdos estaban destinados a desaparecer como los que llamó «hindúes rojos»; si los kurdos daban muestras de nacionalismo, Turquía los expulsaría, como habían hecho con los armenios y los griegos²⁰⁴⁰.

Los kurdos nunca han aceptado su suerte calladamente, y su nacionalismo, que era tenue en la época de la Conferencia de Paz de París, adquirió fuerza durante los años de represión. Las promesas que se hicieron en París y en el primer Tratado de Sévres pasaron a formar parte de los recuerdos y las esperanzas de los kurdos. En el verano de 1919 el líder del primero de una serie de levantamientos en territorio kurdo se ató un ejemplar del Corán en el brazo; en una página en blanco estaban escritas las promesas de los Aliados, entre ellas la de los Catorce Puntos de Wilson que hablaba de desarrollo autónomo para las nacionalidades no turcas.²⁰⁴¹

Al regresar de Lausana, Ismet fue recibido como un héroe y el tratado todavía se considera la mayor victoria diplomática de la Turquía moderna.²⁰⁴² En el otoño de 1923 las últimas tropas extranjeras abandonaron Constantinopla. El sultán se había ido un año antes, sacado a escondidas de su palacio en una ambulancia militar británica y llevado a Malta en un barco de guerra también británico. Murió exiliado en San Remo, pobre y solo. Su primo, un artista de carácter apacible, fue califa durante poco más de un año hasta que Atatürk abolió también el califato. Lo que quedó de la familia real fue enviado al exilio, donde poco a poco disipó los escasos fondos que le quedaron. Algunos de sus miembros han vuelto a Turquía; una princesa regenta un hotel y un príncipe trabaja en los archivos del palacio de Topkapi.²⁰⁴³ Curzon murió en 1925, agotado por años de trabajo excesivo. Atatürk murió en 1938 a causa de una cirrosis hepática e Ismet le sucedió en la presidencia. En 1993, con motivo del septuagésimo aniversario del Tratado de Lausana, su hijo y el nieto de Curzon pusieron juntos una corona en la tumba de Atatürk.²⁰⁴⁴

30 La Galería de los Espejos

El domingo 4 de mayo de 1919, el Consejo de los Cuatro, después de dictar algunos cambios de última hora, ordenó enviar a la imprenta el tratado con Alemania. Lloyd George se fue de excursión a Fontainebleau y los demás se fueron a descansar. Dos días más tarde se convocó una sesión plenaria extraordinaria para someter las condiciones a votación. Como no estaba lista ninguna versión definitiva, André Tardieu leyó un largo resumen en francés y muchos de los delegados de habla inglesa se durmieron.²⁰⁴⁵ «Así que vamos a presentar condiciones a los boches sin antes haberlas leído. No creo que se haya dado un caso igual en toda la historia.»²⁰⁴⁶ Los portugueses se quejaron de que su país no iba a recibir reparaciones, los chinos pusieron reparos a las cláusulas que daban a los japoneses las concesiones alemanas en China, y el delegado italiano señaló que sus colegas tal vez tenían algo que decir sobre las cláusulas que se habían acordado en su ausencia. Luego, ante el asombro general, el mariscal Foch pidió la palabra. Hizo un último alegato a favor del Rin como barrera entre Alemania y Francia.²⁰⁴⁷ Clemenceau, enfadado, exigió que explicase por qué había hecho semejante escena. «*C'était pour fairerere aise a ma conscience*» [Ha sido para tranquilizar mi conciencia], respondió Foch.²⁰⁴⁸ Al *New York Times* dijo: «La próxima vez, recuérdelo, los alemanes no cometerán ningún error. Penetrarán en el norte de Francia y se apoderarán de los puertos del Canal para utilizarlos como bases de sus operaciones contra Inglaterra.»²⁰⁴⁹ Quizá fue una suerte que Foch ya hubiera muerto cuando Hitler hizo exactamente eso veinte años después.

Las advertencias de Foch no preocuparon a los negociadores. «Todo el mundo parece encantado con las condiciones de paz», informó Francés Stevenson, «y no pueden criticarse alegando que no son lo bastante severas.»²⁰⁵⁰ Wilson contempló con orgullo el tratado impreso: «Espero que durante el resto de mi vida tenga tiempo suficiente para leer todo este volumen. Hemos terminado en el menor tiempo posible la mayor obra que jamás hayan hecho cuatro hombres.»²⁰⁵¹ Hasta Clemenceau estaba contento. «Al final, es lo que es. Por encima de todo es la obra de seres humanos y, por consiguiente, no es perfecta. Todos hicimos cuanto pudimos por trabajar rápidamente y bien.»²⁰⁵² Al preguntarle Wilson si debían ponerse sombrero de copa para el encuentro con los alemanes, el anciano contestó: «Sí, sombrero con plumas.»²⁰⁵³

En Versalles, en el frío y lóbrego Hotel des Réservoirs, los delegados alemanes, unos ciento ochenta expertos, diplomáticos, secretarios y periodistas esperaban con impaciencia cada vez mayor. Habían partido de Berlín, según advirtió un observador estadounidense, con un «estado de ánimo excitado y casi anormal», convencidos de que iban a tratarles como a parias; el trato recibido en Francia confirmó sus peores temores.²⁰⁵⁴ Los franceses habían aflojado la marcha de los trenes especiales que los llevaban, al entrar en las regiones devastadas por la guerra; fue, según dijo un alemán, un «azotamiento espiritual», pero también un augurio. «Éramos, pues, los únicos responsables de toda la destrucción de vidas y propiedades durante estos terribles cuatro años y medio.»²⁰⁵⁵ Al llegar, los embarcaron bruscamente en autobuses y enviaron a Versalles con una numerosa escolta; su equipaje se depositó sin ceremonias en el patio del hotel y se les dijo groseramente que lo acarreasen ellos. El hotel era el mismo donde los líderes franceses se habían

alojado en 1871 mientras negociaban con Bismarck. Ahora lo rodeaba una empalizada, para protegerlos, según afirmaron los franceses. Los alemanes se quejaron de que los estaban tratando «como a los habitantes de un poblado de negros en una exposición». [2056](#)

El jefe de la delegación era el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Brockdorff-Rantzau. Era una elección lógica. Se había distinguido en el antiguo servicio diplomático imperial, pero, a diferencia de muchos de sus colegas, había aceptado el nuevo orden, y sus relaciones con los socialistas, que ahora estaban en el poder, eran buenas. Durante la guerra había criticado mucho la política que seguía Alemania y había recomendado que se negociara un acuerdo de paz. Era también una mala elección. Alto, delgado, vestido de forma imaculada, usaba monóculo y parecía que acabase de salir de la corte imperial. (De hecho, su hermano gemelo era el administrador de las fincas del Káiser). Su familia era vieja y distinguida: los Rantzau habían servido a Dinamarca, Alemania incluso, en el siglo XVII, a Francia. Se rumoreaba que un mariscal Rantzau era el verdadero padre de Luis XIV. Cuando un oficial francés le hizo una pregunta en este sentido, el conde respondió: «Oh, sí, en mi familia a los Borbones se les ha considerado una rama bastarda de los Rantzau durante los últimos trescientos años». Era ingenioso, cruel y caprichoso y la mayoría de la gente le temía. Adoraba el champán y el coñac (algunos decían que en exceso). El jefe de la misión militar británica en Berlín creía que se drogaba. [2057](#)

Al igual que muchos de sus compatriotas en 1919, Brockdorff-Rantzau depositó su fe en los estadounidenses. Pensaba que, a la larga, Estados Unidos se daría cuenta de que una Alemania resucitada convenía a sus intereses, ya fueran económicos o políticos. Los dos países podían colaborar con Gran Bretaña, tal vez incluso con Francia, para bloquear el bolchevismo en el este.

Y si los británicos y los estadounidenses se peleaban, como era casi seguro que ocurriría, Estados Unidos se percataría de lo valioso que era tener a una Alemania fuerte a su lado. También al igual que muchos alemanes, Brockdorff-Rantzau pensaba que el presidente Wilson se encargaría de que las condiciones de paz fuesen leves. Después de todo, Alemania se había convertido en una república, siguiendo la sugerencia del propio Wilson. Bastaba eso como prueba de su buena fe.

La mayoría de los alemanes creía que su país se había rendido dando por sentado que los Catorce Puntos serían la base del tratado de paz. «El pueblo», informó Ellis Dresel, diplomático estadounidense enviado a Berlín, «había sido inducido a creer que Alemania había tenido la desgracia de ser derrotada después de una lucha valerosa y limpia, debido al efecto ruinoso del bloqueo en la moral del país y quizá debido también a los planes demasiado ambiciosos de sus líderes, pero que, afortunadamente, era posible apelar al presidente Wilson, que haría lo necesario para que el tratado de paz fuese satisfactorio para Alemania.» [2058](#) Sin duda tendría que pagar algún tipo de indemnización, pero nada para sufragar los costes de la guerra. Ingresaría en la Sociedad de Naciones. Conservaría sus colonias. Y el principio de autodeterminación la favorecería. Se permitiría que la Austria germana decidiera si quería unirse a sus hermanos alemanes. Las regiones de habla alemana de Prusia occidental y Silesia continuarían siendo alemanas, desde luego. En Alsacia y Lorena, las partes donde predominaban los alemanes también podrían votar sobre su futuro. [2059](#)

En los primeros meses de paz, los alemanes se aferraron a los Catorce Puntos como a una balsa salvavidas, sin darse cuenta de que tal vez sus vencedores no verían las cosas de la misma manera. Habían desaparecido muchos puntos de referencia: el Káiser, el ejército, la burocracia. Eso trajo consigo esperanzas y temores inquietantes. El país tenía menos de cincuenta años de edad; ¿por qué debía continuar existiendo? Los bávaros, así como los renanos, daban vueltas a la idea de recuperar

la independencia que habían perdido en 1870, año de la creación de Alemania. En la extrema izquierda, los revolucionarios soñaban con otra Revolución rusa y durante un tiempo, mientras las insurrecciones estallaban de forma imprevisible en una ciudad tras otra, pareció que su deseo iba a cumplirse. Thomas Mann habló del fin de la civilización en un tono casi de euforia.²⁰⁶⁰ Partidos políticos de distintas tendencias se tambaleaban al tratar de redefinirse. Existía el temor generalizado de que la sociedad alemana estuviera perdida; las antiguas normas morales se habían disuelto.²⁰⁶¹ Además, la gente era reacia a pensar seriamente en el futuro, en especial el que se estaba conformando en París, lo cual tal vez era comprensible. «La gente en general», según Dresel «muestra una extraña apatía ante las cuestiones relacionadas con la paz. En todas partes se observa un deseo febril de olvidar los sinsabores del momento, recurriendo a las diversiones y la disipación. Los teatros, los salones de baile, los garitos y las carreras registran una afluencia insólita de público.»²⁰⁶² Un distinguido estudioso alemán recordó «el país de ensueño del periodo del armisticio».²⁰⁶³

Unos cuantos alemanes se propusieron averiguar qué estaba pasando en París durante los meses de espera. El Ministerio de Asuntos Exteriores leía con gran atención la prensa extranjera en busca de divisiones entre los vencedores. Hubo algunos contactos directos con los Aliados, en las negociaciones sobre el levantamiento del bloqueo o sobre las condiciones del armisticio. De vez en cuando representantes aliados hablaban de las cuestiones de mayor importancia. Un agente de la inteligencia estadounidense, el coronel Conger, insinuó que actuaba por cuenta de una autoridad superior en París. Conger, que era licenciado por Harvard y se había especializado en clásicas, religiones orientales y música, habló a sus colegas alemanes de las tensiones entre los estadounidenses y los franceses a causa del armisticio y les aseguró que Wilson se opondría a las exigencias excesivas de los franceses. También les dio muchos consejos. Debían seguir el modelo estadounidense para su nueva constitución y dar a su presidente mucho poder. El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán se encargó de que estos consejos llegaran a los que estaban redactando la constitución de Weimar.²⁰⁶⁴ En marzo de 1919 el profesor Hagenin, que oficialmente era un diplomático de rango inferior, pero en realidad era el jefe del servicio secreto francés en Suiza, sostuvo conversaciones secretas con destacados alemanes en Berlín. Dio la impresión engañosa de que los franceses estaban dispuestos a ser moderados en lo referente a las reparaciones y Silesia, si Alemania les permitía controlar las minas del Sarre y ocupar Renania.²⁰⁶⁵ El Gobierno alemán intentó utilizar hombres de esta clase como mensajeros. Cuando el estadounidense Dresel dijo a Brockdorff-Rantzau, en abril de 1919, que Alemania debía aceptar el control del Sarre por los franceses y una ciudad libre en Danzig, el alemán montó en cólera. «Bajo ninguna circunstancia firmaría yo el tratado de paz». Añadió una advertencia que a estas alturas ya era habitual: «Si la Entente insistía en estas condiciones, en mi opinión el bolchevismo sería inevitable en Alemania».²⁰⁶⁶ Como otros europeos en 1919, el fantasma de la revolución fue útil a los alemanes para ejercer presión sobre los negociadores. Los datos que tenemos inducen a pensar que el Gobierno alemán no se tomó la amenaza especialmente en serio.²⁰⁶⁷

Lo que sí se tomó muy en serio fueron los preparativos para la conferencia de paz con los Aliados. En noviembre de 1918 el Gobierno creó un organismo especial que trabajó durante todo el invierno y produjo numerosos volúmenes de estudios detallados, mapas, memorandos, argumentos y contraargumentos que utilizarían los delegados alemanes. Cuando los trenes especiales se pusieron en marcha camino de Versalles, llevaban cajones de embalaje llenos de material para las negociaciones que nunca se celebrarían.

Los días iban pasando en Versalles y los alemanes trabajaban obstinadamente. Como estaban convencidos, con razón, de que los franceses escuchaban sus conversaciones, en las reuniones de los alemanes había música y los delegados se turnaban para interpretar la «Rapsodia húngara» o «La marcha del peregrino» de *Tannhauser* o para dar cuerda a los gramófonos que se habían importado especialmente de Berlín.²⁰⁶⁸ De acuerdo con el espíritu de la Alemania nueva y democrática, los delegados hacían juntos sus comidas en mesas largas, aristócratas al lado de socialistas de clase obrera, generales al lado de profesores. Todos celebraron el Primero de Mayo. La prensa francesa publicaba informes disparatados: los alemanes comían cantidades enormes de naranjas y también exigían grandes cantidades de azúcar.

Delante del hotel se agolpaban franceses curiosos que deseaban ver al enemigo. De vez en cuando abucheaban y silbaban, pero guardaban silencio la mayor parte del tiempo e incluso se mostraban amistosos. Los alemanes hacían excursiones en automóviles que los franceses ponían a su disposición e iban a los comercios de Versalles o salían al campo. A veces paseaban por el parque del Trianón. «Los viejos magnolios y los manzanos silvestres están en plena floración», escribió un miembro del Ministerio de Asuntos Exteriores a su esposa, «y los rododendros y las lilas florecerán pronto». Los pájaros, pinzones, tordos, incluso una oropéndola, eran maravillosos. «Pero detrás de toda esta belleza, la sombra del destino, como tratando de alcanzarnos, se vuelve cada vez más oscura y se nos acerca sin detenerse.»²⁰⁶⁹

Finalmente, cuando llevaban una semana en Versalles, los alemanes fueron llamados al Palacio del Trianón. El 7 de mayo (aniversario, quizá por casualidad, del hundimiento del *Lusitania* por los alemanes), los Aliados entregarían las condiciones de paz. Los alemanes dispondrían de dos semanas para presentar sus comentarios por escrito. Hasta las 2 de la madrugada y de nuevo durante la mañana resonaron en el Hotel des Réservoirs los debates en torno a cómo debían comportarse los representantes de Alemania. Brockdorff-Rantzau, que sería su principal portavoz, estaba decidido a no permanecer de pie; en la prensa francesa había visto diagramas de la sala de reuniones que hablaban de la barra de los acusados para referirse a los asientos que ocuparían los alemanes. Decidir/lo que debía decir resultó mucho más difícil. Podía tratarse de su única oportunidad de hablar directamente a los negociadores. La delegación ya había preparado varios discursos diferentes. Al cruzar en coche el parque el 7 de mayo, Brockdorff-Rantzau llevaba consigo dos textos, uno muy corto que no comprometía a nada y otro mucho más largo y más desafiante. No había decidido cuál de ellos utilizaría.²⁰⁷⁰

La sala estaba abarrotada: delegados de todas las naciones, secretarios, generales, almirantes, periodistas. «De todas las razas del mundo sólo faltan los indios y los aborígenes australianos», dijo un periodista alemán. «Todos los tonos de piel aparte de estos: el amarillo ebúrneo más pálido, el marrón color café, el negro intenso.»²⁰⁷¹ En medio de la estancia, de cara a las grandes potencias, había una mesa para los alemanes. Todos los ojos se volvieron hacia la puerta cuando entraron, «figuras rígidas, de aspecto torpe». Brockdorff-Rantzau, según un testigo, «parecía enfermo, demacrado y nervioso» y sudaba.²⁰⁷² Hubo un leve titubeo y los presentes, en un gesto de cortesía del desaparecido mundo de 1914, se pusieron en pie. Brockdorff-Rantzau y Clemenceau se saludaron con una reverencia.²⁰⁷³

Clemenceau dio comienzo al acto. Sin la menor señal de nerviosismo, habló fríamente y expuso en líneas generales los apartados principales del tratado. «Ha sonado la hora de la importante liquidación de nuestra cuenta», dijo a los alemanes, «Ustedes nos pidieron la paz.

Estamos dispuestos a concedérsela.»²⁰⁷⁴ Uno de los delegados alemanes dijo que Clemenceau

expulsaba las palabras «como con ira y desdén concentrados, y, desde el primer momento hizo que cualquier respuesta de los alemanes fuese inútil». ²⁰⁷⁵ Cuando los intérpretes hubieron terminado las versiones inglesa y francesa, Clemenceau preguntó si alguien más quería hablar. Brockdorff-Rantzau levantó la mano. ²⁰⁷⁶

Eligió el más largo de los dos discursos. Aunque el tono general de sus palabras fue conciliador, la ineptitud de sus intérpretes, su decisión de permanecer sentado y su voz áspera y desagradable causaron muy mala impresión. Clemenceau se puso rojo de ira. Lloyd George partió por la mitad un abrecartas de marfil. Más tarde dijo que comprendió por primera vez el odio que los franceses tenían a los alemanes. ²⁰⁷⁷ «Es el discurso menos diplomático que he oído en mi vida», dijo Wilson. «Los alemanes son realmente un pueblo estúpido. Siempre hacen lo que no deberían hacer». Lloyd George estuvo de acuerdo: «Fue deplorable que le permitiéramos hablar». ²⁰⁷⁸ Balfour, distante como siempre, fue el único que no compartió la indignación de los demás. No había prestado atención al comportamiento de Brockdorff-Rantzau, según dijo a Nicolson. «Tengo por norma no mirar nunca a las personas que es obvio que están en apuros.» ²⁰⁷⁹ Al salir del Palacio del Trianón, Brockdorff-Rantzau se detuvo un momento en la escalinata y con aire despreocupado encendió un cigarrillo. Sólo quienes estaban cerca de él observaron que le temblaban los labios. ²⁰⁸⁰

Al volver a su hotel, los alemanes se apresuraron a ponerse a trabajar en sus ejemplares del tratado. Arrancaron las diversas secciones y las entregaron a los traductores. A la mañana siguiente ya se había enviado una versión impresa en alemán. Un delegado telefoneó a Berlín para informar de los puntos principales: «La cuenca del Sarre... Polonia, Silesia. Debemos pagar ciento veintitrés millones y por todo ello esperan que digamos “Muchas gracias”». Gritaba tanto que los hombres del servicio secreto francés apenas entendían lo que decía. ²⁰⁸¹ Cuando los alemanes se reunieron para una cena rápida a medianoche, el comedor se convirtió en un hervidero de comentarios: «todas nuestras colonias», «Alemania no ingresará en la Sociedad de Naciones», «casi toda la flota mercante», «si es a eso a lo que Wilson llama diplomacia abierta». ²⁰⁸² Un delegado, ex sindicalista, entró dando traspiés en la habitación. «Señores, estoy borracho. Puede que eso sea proletario, pero en mi caso no había más remedio. Este vergonzoso tratado me ha hecho polvo, porque hasta hoy he creído en Wilson». ²⁰⁸³ (Los rumores que corrieron por París exageraron el incidente: «los delegados, los secretarios y los traductores borrachos en el suelo, más o menos desvestidos, en las habitaciones, e incluso en las escaleras del hotel». ²⁰⁸⁴) «El peor acto de piratería mundial jamás perpetrado bajo la bandera de la hipocresía», dijo el banquero Max Warburg. Brockdorff-Rantzau se limitó a decir en tono desdeñoso: «Este grueso volumen era totalmente innecesario. Hubieran podido expresarlo todo de forma más sencilla en una sola cláusula. “*L’Allemagne renonce a son existence* (Alemania renuncia a su existencia)”». ²⁰⁸⁵

La conmoción encontró eco en Alemania. ¿Por qué debía perder Alemania el 13 por ciento de su territorio y el 10 por ciento de su población? Después de todo, ¿había perdido la guerra? Desde el armisticio los militares y sus simpatizantes habían estado ocupados poniendo los cimientos de la teoría de la puñalada en la espalda: que Alemania no había sido derrotada en el campo de batalla, sino por la traición en casa. ¿Por qué sólo Alemania era obligada a desarmarse? ¿Por qué, y esta fue la pregunta que pasó a ser el foco del odio alemán al tratado, debía ser Alemania el único país que asumiera la responsabilidad de la Gran Guerra? La mayoría de los alemanes aún veía el estallido de las hostilidades en 1914 como una defensa necesaria contra la amenaza de los eslavos bárbaros del este. ²⁰⁸⁶ El tratado era absolutamente inaceptable, según Philipp Scheidemann, el canciller. «¿Qué

mano no se atrofiaría al ponerse esa cadena y ponémosla a nosotros?»²⁰⁸⁷ ¿Qué había sido de las promesas de Wilson? «Pues, ya les daré yo un poco de diplomacia abierta», dijo Gustav Noske, el duro y ordinario ministro de Defensa, a un periodista estadounidense. «Ustedes los estadounidenses váyanse a casa y entiérrense [sic] con su Wilson.»²⁰⁸⁸ Wilson, al que hasta entonces se había visto como el salvador de Alemania, se convirtió de la noche a la mañana en un hipócrita malvado. Al morir en 1924, la embajada alemana en Washington fue la única que se negó a arriar la bandera a media asta.²⁰⁸⁹

Lo que ahora, después de tantos años, nos sorprende es la indignación y la sorpresa. En sus preparativos para las negociaciones de paz, el Ministerio de Asuntos Exteriores había previsto muchas de las condiciones: sobre el desarme, la desmilitarización y ocupación de Renania, la pérdida de, como mínimo, las minas del Sarre, pérdidas considerables, incluida probablemente la de Danzig, en la frontera oriental de Alemania, y el pago de reparaciones de, por lo menos, 60.000 millones de marcos.²⁰⁹⁰ La mejor explicación de lo que fue una reacción inexplicable fue dada por un observador estadounidense que en abril de 1919 dijo:

«Poco les queda a los alemanes salvo la esperanza. Pero, como es lo único que tienen, se han aferrado a ella, la esperanza de que los estadounidenses hicieran algo, la esperanza de que las condiciones definitivas no fueran tan severas como indicaba el armisticio, etcétera. Pienso que de manera subconsciente los alemanes han sido más optimistas de lo que reconocían».

Y añadió proféticamente que «cuando vean las condiciones en letras de molde, la amargura, el odio y la desesperación serán intensos».²⁰⁹¹

Fue con este estado de ánimo que la delegación alemana preparó sus observaciones sobre las condiciones de paz. A finales de mayo ya había redactado muchas páginas de objeciones y contrapropuestas razonadas detalladamente. La idea principal era que el tratado distaba de ser el documento justo y equitativo que habían prometido los Aliados. En el territorio que iba a quitarse a Alemania se negaría a los alemanes el derecho a la autodeterminación. Las reparaciones condenaban al pueblo alemán a la «esclavitud perpetua».²⁰⁹² Sólo a Alemania se le pedía que se desarmara. Brockdorff-Rantzau había decidido seguir una estrategia que tendría consecuencias peligrosas. Insistió en que Alemania no estaría conforme con que se la considerase la única culpable de la guerra. «Una confesión en ese sentido en mi boca», había dicho a sus oyentes en el Palacio del Trianón, «sería una mentira.»²⁰⁹³ Pero ni a él ni a Alemania se le pedía que hiciera tal confesión. El notorio artículo 231 del tratado, que los alemanes llamaban incorrectamente «la cláusula sobre la culpa de la guerra», se había incluido para determinar que Alemania debía pagar reparaciones. Había cláusulas parecidas en los tratados con Austria y Hungría que nunca fueron un problema, en gran parte porque los gobiernos afectados no quisieron que lo fuera.²⁰⁹⁴

La reacción de los alemanes fue diferente, en parte porque llevaban meses previendo con inquietud la acusación. Los liberales, que habían criticado a su propio Gobierno durante el conflicto, argüían que Alemania no debía cargar con la culpa de la guerra. El gran sociólogo Max Weber y un grupo de destacados profesores hicieron público un manifiesto: «No negamos la responsabilidad de quienes estuvieron en el poder antes de la guerra y durante ella, pero creemos que todas las grandes potencias de Europa que estuvieron en guerra son culpables».²⁰⁹⁵ Al darse a conocer las condiciones para la paz, alemanes de todas las ideas políticas vieron cómo sus peores temores se hacían realidad.

Aunque su propio Gobierno dudaba que fuera lo más aconsejable, Brockdorff-Rantzau siguió impugnando con obstinación el artículo 231, en parte para debilitar los argumentos aliados a favor del pago de reparaciones, pero principalmente empujado por su sentido del honor.²⁰⁹⁶ El 13 de mayo

escribió a los Aliados: «El pueblo alemán no deseó la guerra y nunca hubiera emprendido una guerra de agresión». Volvió a hablar del asunto más de una vez en otros largos memorandos.²⁰⁹⁷ Los Aliados se limitaron a cerrarse en banda. «Yo no podía aceptar el punto de vista alemán», escribió Lloyd George en sus memorias, «sin traicionar todos nuestros argumentos a favor de entrar en guerra.»²⁰⁹⁸ Wilson dijo secamente: «basta con contestar que no creemos ni una palabra de lo que dice el Gobierno alemán».²⁰⁹⁹ Clemenceau dijo en nombre del Consejo de los Cuatro que Alemania había reconocido su agresión y su responsabilidad al pedir el armisticio. «Es demasiado tarde para tratar de negarlas hoy.»²¹⁰⁰ Y de esta manera el artículo 231, una cláusula que el joven John Foster Dulles ayudó a redactar, como solución intermedia relativa a las reparaciones, se convirtió en el gran símbolo de la falta de equidad y la injusticia del Tratado de Versalles en la Alemania de Weimar, en gran parte de la historia subsiguiente, y en el mundo de habla inglesa.

A las 4 de la madrugada del 7 de mayo, el día en que Alemania recibió las condiciones, Herbert Hoover, el administrador de la ayuda estadounidense, había visto su sueño interrumpido por la llegada de un mensajero con un ejemplar del tratado recién salido de la imprenta. Como los demás, nunca lo había visto completo. El alcance y el efecto acumulativo de las disposiciones le preocuparon. Como no pudo conciliar el sueño de nuevo, salió a pasear por las desiertas calles de París. Al romper el alba, se encontró con Smuts y Keynes, de la delegación británica. «Los tres coincidimos», recordó Hoover años más tarde, «en que las consecuencias de las numerosas partes de la propuesta de tratado acabarían trayendo la destrucción.»²¹⁰¹

Su publicación cristalizó la inquietud de muchos de los negociadores, pero no siempre es fácil distinguir si ésta fue fruto de las condiciones de paz mismas, de la naturaleza de la Conferencia de Paz, del futuro del mundo o del de los propios negociadores. Lansing, el secretario de Estado estadounidense, que había permanecido al margen durante cierto tiempo y estaba resentido, se encontró con que el tratado confirmaba lo que más temía de Wilson como negociador. Se apresuró a escribir un memorándum vehemente: «Las condiciones de la paz parecen inconmensurablemente severas y humillantes, a la vez que muchas de ellas no pueden hacerse cumplir».²¹⁰² Bullitt, a quien aún escocía el fracaso de sus gestiones diplomáticas en Rusia, organizó una reunión de los miembros jóvenes de la delegación estadounidense en el Crillon. «Esto no es un tratado de paz», dijo. Tenían que dimitir. Alrededor de una docena se mostró de acuerdo. Bullitt deshizo la decoración de la mesa, para conceder rosas rojas a los que le secundaron y junquillos amarillos a los demás. Las cartas de dimisión hablaban de desilusión, de cómo los grandes principios de Wilson y el idealismo de Estados Unidos se habían sacrificado en aras de los intereses de los codiciosos europeos. Bullitt, como era típico en él, se aseguró de que su carta llegara directamente a manos de la prensa.²¹⁰³

En la delegación británica la reacción fue parecida. Nicolson captó el estado anímico de sus miembros: «Llegamos a París convencidos de que el nuevo orden estaba a punto de instaurarse; nos fuimos convencidos de que el nuevo orden no había hecho más que obstruir el viejo. Llegamos a la escuela del presidente Wilson como aprendices fervorosos; nos fuimos como renegados».²¹⁰⁴ Los británicos se perdonaron a sí mismos por haber creado una «paz imperialista»; toda la culpa era de los italianos y los franceses. En Gran Bretaña las emociones de las «elecciones caquis»²¹⁰⁵ se habían disipado y empezaban a aparecer sentimientos más tolerantes para con Alemania. El arzobispo de Canterbury se declaró «muy incómodo» con el tratado. Dijo que hablaba por «un gran grupo central que normalmente guarda silencio y que no tiene representación apropiada en los cauces normales de la prensa».²¹⁰⁶

La reacción francesa, por supuesto, fue diferente. Los críticos se quejaron de que el tratado era

demasiado suave, aparte de algunos izquierdistas que lo encontraron excesivamente severo. Sus quejas surtieron poco efecto en el público. Muchos franceses pensaron que Clemenceau había logrado las mejores condiciones posibles: un periodista las calificó de «gloriosas y reconfortantes». En todo caso, había pocas ganas de reanudar la pesada ronda de negociaciones. Cuando los alemanes enviaron sus detalladas contrapropuestas el 29 de mayo, la prensa francesa respondió con comentarios cáusticos: «monumento de descaro», «odiosa payasada», «arrogancia». Un conocido liberal exclamó que las únicas palabras que se le ocurrían para hablar de la nota alemana eran «indecencia y falta de conciencia».²¹⁰⁷

Los británicos y los estadounidenses, en cambio, quedaron impresionados. Wilson, que no sentía ninguna simpatía por los alemanes, escribió en su diario: «Los *boches* han hecho exactamente lo que predije: han pasado por alto nuestras condiciones y luego han presentado una serie de condiciones propias, basadas en los Catorce Puntos, que son mucho más coherentes que las nuestras».²¹⁰⁸ Fue una desgracia que en aquel momento los separatistas de Renania, apoyados por algunos militares franceses, hicieran un intento infructuoso de obtener la independencia. El 1 de junio se instalaron carteles en varias ciudades a orillas del Rin. Allí donde no fueron derribados inmediatamente por multitudes enfurecidas, los recibió un profundo silencio. Los intentos de apoderarse de oficinas del Gobierno fracasaron de forma ignominiosa. Brockdorff-Rantzau mandó de inmediato una enérgica protesta a Clemenceau. El 2 de junio Wilson y Lloyd George mostraron a Clemenceau informes que habían recibido de sus propios generales en Renania, que se quejaban de las intrigas francesas. Lloyd George sugirió la posibilidad de que los Aliados tuvieran que reconsiderar la ocupación de Renania, que debía durar quince años.²¹⁰⁹

De hecho, Lloyd George estaba replanteando todo el tratado. Era muy consciente de que, a la larga a Gran Bretaña no le convenía tener una Alemania débil y posiblemente revolucionaria en el corazón de Europa. Tampoco parecía conveniente para sus propios intereses políticos. En unas elecciones parciales en Hull el candidato que abogaba por «una paz buena y no vengativa cuanto antes» aplastó al candidato de la coalición.²¹¹⁰ Sus colegas más allegados le advirtieron de que el público británico no apoyaría un tratado severo. Los comentarios detallados del tratado que hicieron los alemanes, y que los Aliados recibieron el 30 de mayo, reflejaban muchas de las preocupaciones de las que Lloyd George había hablado con sus colegas británicos, por ejemplo, en Fontainebleau a finales de marzo. El primer ministro en funciones, Bonar Law, dijo que «en muchos detalles es muy difícil responder» a las objeciones alemanas.²¹¹¹ Lloyd George estaba de acuerdo. En realidad lo que hacían los alemanes era decir a los Aliados: «Tienen ustedes una serie de principios que aplican cuando les conviene, pero que dejan a un lado cuando nos convienen a nosotros».²¹¹²

El más elocuente de todos los críticos fue Smuts. «Me duele lo indecible», escribió, «que este sea el resultado de nuestra labor de estadistas». Y añadió: «una paz imposible, mal concebida», «nuestra actual política impulsada por el pánico», «vergonzosa», «drástica». Sería «prácticamente imposible que Alemania cumpliera las disposiciones del Tratado». Las cláusulas sobre las reparaciones eran inviables y «matarían a la gallina de los huevos de oro». (Con todo, era el propio Smuts quien había hinchado las cifras correspondientes a las reparaciones, al añadirles pensiones para las viudas y los huérfanos de los soldados aliados). La ocupación de Renania y la entrega de territorio alemán a Polonia estaban «llenas de amenazas para el futuro de Europa».²¹¹³ Dudaba mucho que él pudiera firmar el tratado tal como estaba. Lloyd George le preguntó con cierta sequedad si África del Sur estaba dispuesta, con el mismo espíritu de conciliación, a devolver el África del Sudoeste alemana. «En este importante asunto», fue la respuesta, «África del Sudoeste es como polvo en la balanza, er

comparación con las cargas que se ciernen ahora sobre el mundo civilizado.»²¹¹⁴ Pero Smuts no se brindó a renunciar a ella.

Lleno de inquietud a causa de todo esto, Lloyd George convocó a la delegación del Imperio británico el 1 de junio. Varios ministros clave del Gobierno británico, entre ellos Austen Chamberlain, canciller del Exchequer, Montagu, secretario de Estado para la India, y Churchill secretario de Estado para la Guerra, que habían llegado de Londres la noche anterior, participaron en la reunión. Smuts pronunció un discurso apasionado. Las condiciones de paz «sembrarían el caos político y económico en Europa durante una generación y a la larga el Imperio británico tendría que pagar las consecuencias». Agregó que había «en el acuerdo una parte demasiado grande de las exigencias francesas». Se oyó un murmullo general de aprobación. «El odio de Francia a Alemania», dijo Churchill, «era algo más que humano.»²¹¹⁵ El general Botha, primer ministro de África del Sur, que raramente hablaba, recordó a los presentes que era el aniversario del día, diecisiete años antes, en que él y Lord Milner habían firmado la paz que puso fin a la guerra de los Bóer. «En aquella ocasión fue la moderación lo que había salvado la permanencia de Sudáfrica en el Imperio británico, y tenía la esperanza de que en esta ocasión sería la moderación lo que salvaría al mundo». Los reunidos autorizaron unánimemente a Lloyd George a volver al Consejo de los Cuatro y pedir que se modificaran las condiciones relativas a las fronteras de Alemania con Polonia, a las reparaciones, a la ocupación de Renania y a los numerosos «alfilerazos» menores, pero irritantes. Además, pediría que se prometiese a Alemania que pronto podría ingresar en la Sociedad de Naciones.²¹¹⁶

Al día siguiente Lloyd George dijo al Consejo de los Cuatro que sus colegas no le autorizarían a firmar el tratado en su forma presente; y tampoco permitirían que el ejército británico entrara en Alemania ni que la marina de guerra británica reanudase el bloqueo.²¹¹⁷ La perspectiva de rehacer el trabajo que se había hecho con tanto esfuerzo horrorizó a Wilson y Clemenceau. Ambos sacaron la conclusión de que Lloyd George había perdido el valor.²¹¹⁸ «Me cansa un poco», dijo Wilson a la delegación estadounidense, «que venga gente a decirme ahora que teme que los alemanes no firmarán, y su temor se basa en cosas en las que insistieron cuando se redactó el tratado.»²¹¹⁹ En privado, dijo que Lloyd George parecía «no tener ningún principio propio, que reaccionaba de acuerdo con los consejos de las personas que habían hablado con él: que el oportunismo era su único norte».²¹²⁰ Wilson, a pesar de sus reservas anteriores, estaba ahora dispuesto a cambiar de actitud. Clemenceau sólo cedería en cuestiones de poca importancia. Tal como señaló en el Consejo de los Cuatro, había luchado contra su propio pueblo para llegar a este punto; si hacía más concesiones, su Gobierno caería.²¹²¹ La opinión de Lloyd George, al menos en sus memorias, era que no estaba sugiriendo grandes cambios, sólo los que harían que el tratado estuviera más de acuerdo con los principios del propio Wilson.²¹²²

Siguieron dos semanas de debates a menudo agrios. (Se dice que en cierto momento Wilson dijo a Lloyd George: «¡Me da usted asco!»)²¹²³ Al final Lloyd George obtuvo una concesión importante, cuando se llegó al acuerdo de que los habitantes de la Alta Silesia decidieran mediante plebiscito si continuaban en Alemania o pasaban a formar parte de Polonia. Por lo demás, poco consiguió salvo irritar a sus aliados. En el caso de la ocupación de Renania, que propuso que se acortara, se encontró con la oposición implacable de Clemenceau, que, tal como dijo a House, ni siquiera aceptaría 14 años y 364 días.²¹²⁴ Finalmente, se hicieron algunos cambios pequeños para minimizar los roces entre las fuerzas de ocupación y la administración y los civiles alemanes.²¹²⁵ En cuanto a la Sociedad de Naciones, los Aliados se limitaron a asegurar a Alemania que permitirían su ingreso cuando les

pareciera que se estaba comportando como era debido.²¹²⁶

Lloyd George hizo pocos progresos en lo que se refería a las cláusulas sobre las reparaciones, en parte porque él mismo aún no tenía claro lo que quería. En otro tiempo se había opuesto enérgicamente a incluir una suma fija en el tratado. Ahora titubeaba. Posiblemente podría mencionarse alguna cantidad para cubrir las pensiones y cosas por el estilo, y los alemanes podrían comprometerse a reparar los daños causados a Bélgica y Francia. O quizá los alemanes podrían decir cuánto costarían las reparaciones y entonces los Aliados podrían decirles si no era suficiente. Pensaba que por lo menos debían estudiar el asunto otra vez.²¹²⁷ Wilson, que sólo había cedido en el caso de la suma fija ante la oposición de los franceses y los británicos, exclamó en presencia de Baker, su secretario de prensa, que Lloyd George era arrogante e intolerable.²¹²⁸

No obstante, se pidió a la comisión sobre reparaciones que volviese a estudiar toda la cuestión. Tampoco esta vez hubo acuerdo. A los franceses y los británicos les resultó imposible fijar una suma; los estadounidenses sugirieron 120.000 millones de marcos oro e incluso redactaron una nota dirigida a los alemanes. Wilson dijo con firmeza que la justicia exigía que los alemanes soportaran una carga pesada, pero que los Aliados no debían empujar la economía alemana a la ruina. «Me gustan bastante la corteza y la salsa de esta empanadilla», dijo Lloyd George, «pero no la carne». Wilson replicó: «sin embargo, debe preparar su estómago para una carne que podrá sustentarle». Lloyd George dijo que, desde luego, pero con una condición: «es que me dé suficiente de ella». «Especialmente», terció Clemenceau, «me gustaría estar seguro de que no irá a parar al estómago de otro». Lloyd George propuso diversos planes ingeniosos para dar la impresión de una suma fija sin realmente nombrar una cifra. «¡Esta es su réplica a la propuesta estadounidense sobre fijar una cifra!», dijo Wilson con incredulidad. «¡Ha leído el resto del informe estadounidense?»²¹²⁹ Las cláusulas se dejaron como estaban.

El 16 de junio se informó a los alemanes de que tenían tres días para aceptar el tratado (luego se prorrogaron hasta el 23 de junio), o los Aliados tomarían las medidas necesarias. Brockdorff-Rantzau y sus principales asesores partieron aquella noche con destino a Weimar. Una multitud enfurecida silbó y abucheó a los automóviles que se dirigían a la estación del ferrocarril. Una secretaria perdió el conocimiento al ser alcanzada por una piedra. Las autoridades francesas no mostraron arrepentimiento — recuérdese, según dijo un informe, lo que los alemanes hicieron a Bélgica—, aunque más tarde pagaron una cantidad considerable a la infortunada mujer, que nunca se recuperó.²¹³⁰

Los informes de los agentes aliados indicaron que era muy probable que el Gobierno alemán rechazase el tratado. Los ciudadanos alemanes eran muy contrarios a que se firmara, aunque no estaba claro que estuviesen dispuestos a luchar.²¹³¹ Brockdorff-Rantzau, como sabían los Aliados por los telegramas interceptados, instaba a rechazarlo y su delegación le respaldaba.²¹³² «Si Alemania se niega», dijo Clemenceau en el Consejo de los Cuatro, «soy partidario de un vigoroso e incesante golpe militar que la obligue a firmar». Wilson y Lloyd George asintieron sin titubear.²¹³³ El 20 de mayo Foch, en su calidad de comandante supremo de las fuerzas aliadas, ordenó que 42 divisiones se dirigieran al centro de Alemania.²¹³⁴ Los británicos se dispusieron a reanudar el bloqueo naval.

Dos días antes de la fecha límite tuvo lugar un acontecimiento que aumentó la determinación aliada. Lejos de París, en Scapa Flow, los oficiales de la flota alemana internada allí habían estado escuchando con creciente consternación las noticias que llegaban de la capital de Francia. El invierno había sido largo y sombrío. No se había permitido que las tripulaciones bajaran a tierra, lo

cual había decepcionado en especial a los marineros radicales que se habían ofrecido voluntariamente para poder propagar la revolución a Gran Bretaña.²¹³⁵ Los hombres, que se aburrían y parecían dispuestos a amotinarse, obedecían las órdenes sólo después de prolongadas discusiones y los buques que habían sido el orgullo de la marina alemana estaban ahora llenos de porquería. El almirante que mandaba la flota decidió salvar algo del honor naval alemán. A mediodía del 21 de junio los marineros británicos se fijaron en que todos los buques enemigos habían izado simultáneamente la enseña alemana. Cuando uno tras otro los acorazados y los destructores empezaron a escorar resultó obvio lo que estaba pasando. Los británicos sólo consiguieron salvar unos cuantos; a las cinco de la tarde habían desaparecido 400.000 toneladas de costosos buques.²¹³⁶ Los alemanes se alegraron muchísimo; igual que House, que escribió en su diario: «El Almirantazgo británico es el hazmerreír de todo el mundo». Los negociadores se enfadaron. «No cabía ninguna duda», dijo Lloyd George, «de que el hundimiento de estos barcos fue un abuso de confianza». Wilson pensaba lo mismo: «Compartía plenamente las suspicacias del señor Lloyd George y no se fiaba de los alemanes». Desde luego, no debía haber ninguna prórroga de la fecha límite, como había solicitado el Gobierno alemán. De hecho, hubo cierta sensación de alivio al ver que desaparecía una posible fuente de conflictos entre Gran Bretaña y Estados Unidos.²¹³⁷

En Alemania la situación política era caótica.

El Gobierno de coalición se hallaba hondamente dividido sobre si firmar o no el tratado. Los líderes políticos del oeste del país, junto a la ruta de invasión aliada, eran partidarios de la paz a toda costa, como lo eran también los primeros ministros de la mayoría de los estados alemanes, que ya se veían negociando tratados por separado. Los nacionalistas hablaron valerosamente de desafiar a los Aliados sin ofrecer ninguna sugerencia útil sobre cómo hacerlo. Entre los militares circulaban planes descabellados: instaurar un Estado nuevo en el este que fuera una fortaleza contra los Aliados, organizar una revuelta en masa de los oficiales contra el Gobierno, o asesinar al principal partidario de firmar el tratado, el político centrista Matthias Erzberger.²¹³⁸

Hijo de un cartero de pueblo del católico sur, Erzberger era osado, alegre y pragmático. Durante la guerra su voz había sido la más influyente entre las que abogaban por una paz moderada y negociada. Sus enemigos, que eran muchos, le aborrecían por su cara colorada y sus ojillos, su sonrisa exasperante y su costumbre de decir lo impensable. Brockdorff-Rantzau, su antítesis en casi todo, tenía que hacer grandes esfuerzos para tratarle con cortesía.²¹³⁹ En 1919 Erzberger fue el presidente de la Comisión de armisticio alemana. Estaba convencido de que Alemania no podía permitirse reanudar la lucha. La opinión pública, a pesar de las ruidosas manifestaciones de los nacionalistas, parecía estar de acuerdo con él.²¹⁴⁰ Dijo a sus colegas del gabinete que era cierto que el tratado obligaría al pueblo alemán a soportar cargas terribles, y también que tal vez la derecha intentaría un golpe militar. Pero Alemania tendría una oportunidad de sobrevivir. Al terminar el estado de guerra, las fábricas empezarían a producir otra vez, el paro descendería, las exportaciones subirían y Alemania podría permitirse importar. «El bolchevismo perderá su atractivo». Si Alemania no firmaba, el panorama sería muy diferente. Los Aliados ocuparían el Ruhr, el núcleo industrial de Alemania, su avance hacia el este cortaría el país por la mitad, probablemente los polacos atacarían desde el este, la economía y el sistema de transportes se derrumbarían. «El pillaje y el asesinato estarán a la orden del día». Alemania se desmembraría y quedaría convertida en «un centón» de estados, algunos bajo el dominio bolchevique, otros bajo dictaduras de derechas.²¹⁴¹ Alemania tenía que firmar.

No era así como lo veía Brockdorff-Rantzau. Afirmó, sin aportar pruebas concluyentes, que los

Aliados se estaban marcando un farol. No querían tener que ocupar Alemania y forzosamente harían concesiones, incluso negociarían en serio; bastaría con que Alemania se mantuviera firme. Probablemente, Gran Bretaña y Estados Unidos romperían con Francia.²¹⁴² La delegación alemana aprobó por unanimidad una recomendación: «Las condiciones de paz todavía son inadmisibles, porque Alemania no puede aceptarlas y seguir viviendo con honor como nación»²¹⁴³ Los militares eran de la misma opinión. El mariscal de campo Hindenburg dijo que no podía albergar ninguna esperanza de triunfar frente a los Aliados, «pero como soldado sólo puedo preferir una derrota honrosa a una paz vergonzosa».²¹⁴⁴ El gabinete, que se había inclinado a aceptar las condiciones, se encontró en un callejón sin salida y dimitió el 20 de junio. Brockdorff-Rantzau renunció a su cargo de jefe de la delegación alemana y abandonó por completo la política. (En 1922 fue nombrado embajador en Moscú, donde sus modales imperiosos causaron honda impresión a los bolcheviques y donde trabajó, con considerable éxito, para estrechar las relaciones entre su país y la Unión Soviética).

Alemania carecía ahora de Gobierno y de portavoz. Estuvo a punto de carecer de presidente también, pero se logró persuadir a Ebert de que estaba obligado a permanecer en su puesto. Poco a poco iba acercándose el plazo fijado por los Aliados, las 7 de la tarde del 23 de junio. El día 22 de junio Ebert consiguió finalmente formar Gobierno. Tras otro largo debate en la Asamblea Nacional, se votó a favor de firmar el tratado, con una reserva: Alemania no reconocía los artículos relativos a la entrega y el procesamiento de los responsables de la contienda ni la cláusula sobre «la culpa de la guerra». La respuesta de París fue rápida: «El Gobierno alemán debe acceder o negarse, sin evasivas alguna, a firmar el tratado dentro del plazo señalado».²¹⁴⁵ En Weimar reinaba gran confusión. Muchos diputados y ministros del gabinete se habían ido a casa, convencidos de haber hecho su trabajo. El Gobierno alemán pidió a París una prórroga del plazo y luego permaneció reunido durante toda la noche, pero no llegó a tomar ninguna decisión. El día 23 de junio por la mañana París respondió que no se prorrogaría el plazo. En el último momento, después de que el ejército alemán hiciera saber que estaba a favor de firmar, el Gobierno logró que la Asamblea Nacional aprobara una resolución. Muchos nacionalistas de derechas que se oponían clamorosamente a la firma del tratado recibieron la decisión con alivio en su fuero interno. En otra resolución afirmaron que no ponían en duda el patriotismo de quienes habían apoyado al Gobierno. La sesión se levantó cuando el presidente de la asamblea dijo: «Encomendamos nuestro infortunado país al cuidado de un Dios misericordioso».²¹⁴⁶

Los negociadores esperaron en tensión la respuesta definitiva de los alemanes. Alrededor de las 4:30 de la tarde una secretaria entró corriendo y anunció al Consejo de los Cuatro que la respuesta alemana estaba en camino. «Estoy contando los minutos», dijo Clemenceau. A las 5:40 llegó la nota. Los estadistas se apiñaron alrededor del oficial francés que se encargó de traducir del alemán. Lloyd George y Wilson sonrieron y Clemenceau ordenó a Foch que detuviera su avance y a los militares de París que disparasen sus cañones. La Conferencia de Paz no volvió a trabajar durante el resto de la jornada.²¹⁴⁷

La ceremonia de la firma se fijó para el 28 de junio, aniversario del asesinato del archiduque y su esposa en Sarajevo, en la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles, donde se había proclamado el Imperio alemán en 1871 Clemenceau se encargó personalmente de organizarla. De muy buen humor condujo a un grupo por los grandes salones del palacio y contó anécdotas graciosas sobre antiguos escándalos de los reyes de Francia. Miren a esos dos, susurró, señalando a Wilson y Balfour. «Apuesto a que están hablando de garradas; fíjense en la cara de viejo sátiro que pone

Balfour.»²¹⁴⁸ Ordenó que trajeran muebles y tapices suntuosos para aumentar el esplendor del lugar y que se llevaran un tintero que no le gustaba. (Eminentes funcionarios franceses registraron museos y tiendas de antigüedades de París en busca de un tintero que mereciese su aprobación.²¹⁴⁹)

Muchos plenipotenciarios también visitaron las tiendas de antigüedades en busca de sellos de metal, de piedra, de lo que fuese. (Era una tradición diplomática que las firmas llevasen un sello personal). A Hughes de Australia hubo que quitarle de la cabeza la idea de usar un sello en el que aparecía Hércules matando a un dragón; finalmente utilizó un botón de un uniforme del ejército australiano. (Se salió con la suya, sin embargo, cuando compró para su sufrido ayudante una réplica de mármol de la Venus de Milo que medía 1,20 metros de altura.²¹⁵⁰) Lloyd George pensó que podría utilizar una moneda de oro de una libra. «Luego déjemela a mí», dijo Clemenceau. Lloyd George contestó: «No tengo más. Todas han ido a Estados Unidos».²¹⁵¹ El 27 de junio, mientras una secretaria echaba cuidadosamente gotas de cera roja utilizando un embudo, los plenipotenciarios estamparon sus sellos en el tratado que se firmaría al día siguiente²¹⁵².

Había también una intensa búsqueda de pases. Cada uno de los Cinco Grandes disponía de sesenta plazas en la Galería de los Espejos. «Una cifra muy desacertada», dijo Wilson. «Si estuvieran limitadas a diez, sería fácil hacer una selección, pero si los elegidos son sesenta, no cabe duda de que habrá mucha envidia».²¹⁵³ Un emprendedor comerciante estadounidense logró entrar en los jardines del palacio fingiendo que su pitillera, que llevaba estampado el escudo de armas del fabricante, era un pase.²¹⁵⁴ La atractiva y pelirroja escritora Elinor Glyn conquistó a Lloyd George para que le permitiese asistir a la ceremonia en calidad de reportera.²¹⁵⁵ Se decía que algunas plazas se habían vendido por precios exorbitantes.²¹⁵⁶

También circulaban rumores más alarmantes. En Berlín, un grupo de soldados alemanes se había apoderado de banderas de la guerra franco— prusiana que debían devolverse a Francia y las había quemado ante el monumento de Federico el Grande, mientras la multitud cantaba himnos patrióticos.²¹⁵⁷ ¿Sería posible que los alemanes se negaran a firmar en el último momento? El 25 de junio los franceses informaron de que la delegación alemana reducida que se alojaba en el Hotel des Réservoirs estaba de muy buen humor, porque sólo se enviarían funcionarios subalternos a firmar el tratado. Cuando el Consejo de los Cuatro mandó a un emisario a averiguar lo que pasaba, el delegado que hacía las veces de jefe dijo la verdad, a saber: que su Gobierno tenía dificultades para encontrar a un ministro dispuesto a asumir la responsabilidad de firmar.²¹⁵⁸ Hasta el 27 de junio no llegó la noticia de que dos representantes estaban en camino: el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Hermann Müller, y Johannes Bell, ministro de Transportes. Los delegados alemanes llegaron a las 3 de la madrugada después del habitual lento viaje en tren por los campos de batalla. Nuevos rumores empezaron a correr por París; los dos representantes firmarían, desde luego, pero después se pegarían un tiro, posiblemente también dispararían contra Lloyd George y Clemenceau, quizá sencillamente arrojarían una bomba.²¹⁵⁹

El amanecer del 28 de junio fue el de un glorioso día de verano. Aquella mañana la garantía anglo-americana de acudir en defensa de Francia, si Alemania la atacaba, adquirió carácter oficial al firmar los franceses sendos tratados con los británicos y los estadounidenses. Qué valor tenía la garantía era otra cosa. House dudaba de que el Senado la aprobase: él siempre la había visto como una útil concesión a los franceses y no como un compromiso en serio.²¹⁶⁰ Wilson tendía a pensar lo mismo. «Cedimos», dijo en una rueda de prensa, «en cierta medida, para satisfacer este punto de vista de los franceses». Estaba convencido de que la garantía dejaría de ser necesaria cuando la

Sociedad de Naciones empezara a funcionar, mucho antes de que Alemania volviese a ser una amenaza.²¹⁶¹

Varios coches llevaron a los negociadores a Versalles. (Las secretarías de la delegación británica fueron menos afortunadas; las metieron, «como sardinas», en camiones.²¹⁶²) El recorrido desde la entrada hasta el palacio propiamente dicho era de 1609 metros y a ambos lados había soldados franceses de caballería, inmóviles, con sus uniformes azules y cascos de acero, los banderines rojiblancos de sus lanzas agitadas por la brisa. Desde el patio, también lleno de soldados, los invitados subieron la Gran Escalinata, flanqueada por efectivos de un regimiento de élite, la Garde Républicaine, que saludaban sable en alto y llevaban pantalones blancos, botas negras, guerreras azul oscuro y reluciente casco plateado con largos penachos de crin.

En la Galería de los Espejos, la multitud —estadistas, diplomáticos, reporteros, soldados rasos seleccionados cuidadosamente (los franceses llevaban las cicatrices de heridas terribles), unas cuantas mujeres— susurraba y charlaba mientras iba sentándose en los bancos tapizados de rojo. Los representantes de la prensa se empujaban en un extremo del salón. Iba a ser la primera vez que se filmaba la firma de un tratado importante.²¹⁶³ Francés Stevenson estaba indignada: «¿Cómo puedes concentrarte en la solemnidad de una escena, cuando hay hombres con cámaras en todas partes cuyo único propósito es acercarse tanto como puedan a las figuras centrales?»²¹⁶⁴ Varias personalidades brillaban por su ausencia, Foch se había ido a su cuartel general en Renania. Nunca perdonó a Clemenceau: «Guillermo II perdió la guerra. Clemenceau perdió la paz».²¹⁶⁵ Los asientos de los chinos estaban vacíos, porque China se negaba a firmar el tratado en señal de protesta por la decisión de conceder Shantung a Japón.

De una en una las figuras principales fueron entrando y buscando sus asientos ante una enorme mesa flanqueada por otras dos más cortas. Clemenceau sonreía alegremente. «Este es un gran día para Francia», dijo a Lansing. Un ejemplar del tratado en un estuche especial de cuero se hallaba sobre una mesita de estilo Luis XV. En las paredes había retratos de Luis XIV —caracterizado de emperador romano, gran gobernante y vencedor frente a potencias extranjeras— que contemplaban el capítulo más reciente de la larga lucha entre los franceses y los alemanes. A las 3 de la tarde los ujieres pidieron silencio. «Traigan a los alemanes», ordenó Clemenceau. Una guardia formada por soldados aliados entró por la puerta seguida por los dos delegados alemanes, que vestían de etiqueta. «Están pálidos como la muerte», informó Nicolson. «No parecen representantes de un militarismo brutal». Muchos de los presentes, incluido el propio Nicolson, sintieron una honda pena por ellos.²¹⁶⁶

Clemenceau dio comienzo al acto con una breve declaración. Los delegados alemanes dieron unos pasos adelante, conscientes de que mil pares de ojos estaban clavados en ellos. Sacaron las plumas estilográficas que habían tenido la previsión de traer para no tener que usar las plumas proporcionadas por sociedades patrióticas francesas, y con mano trémula estamparon sus firmas en el tratado. Por lo demás, mostraron poca emoción. Una señal salió de la estancia en dirección al mundo exterior. Los cañones tronaron alrededor de Versalles y el ruido se propagó por toda Francia al unirse a ellos otros cañones. De uno en uno los Aliados y las potencias asociadas añadieron sus firmas al tratado y luego hicieron cola para firmar otros dos acuerdos, un protocolo sobre la administración de Renania y un tratado con Polonia.²¹⁶⁷

Al embajador francés en Londres, Paul Cambon, toda la ceremonia le pareció vergonzosa. «Lo único que falta es música y bailarinas que se acerquen, dando pasos de baile, a los plenipotenciarios y les ofrezcan las plumas para que firmen. A Luis XIV le gustaban los bailes, pero sólo como

diversión; firmaba los tratados en su estudio. La democracia es más teatral que el gran rey.»²¹⁶⁸ A House le pareció más un triunfo romano, con los vencidos arrastrados detrás de los carros de los vencedores: «A mi modo de ver, desentona con la nueva era que profesamos el ferviente deseo de fomentar. Ojalá hubiera podido ser más sencillo y con una caballerosidad que no se ha visto por ninguna parte. Toda la ceremonia se ha organizado cuidadosamente para humillar al enemigo tanto como fuera posible».²¹⁶⁹ Un joven estadounidense más optimista pensó que tal vez se había roto finalmente el viejo círculo vicioso de venganza y más venganza en Europa.²¹⁷⁰

Al principio el público guardó un silencio respetuoso, pero a medida que fueron pasando los minutos aumentó el ruido de las conversaciones. Los delegados que habían terminado de firmar charlaban con los amigos. Otros iban de un lado a otro con sus programas en busca de autógrafos. Los alemanes permanecieron sentados y solos hasta que un boliviano atrevido y luego dos canadienses se acercaron a ellos para solicitarles sus firmas. Después de tres cuartos de hora se pidió silencio y Clemenceau declaró que el acto había terminado. Los alemanes salieron bajo escolta. Müller se había prometido a sí mismo que actuaría con naturalidad: «Quería que nuestros ex enemigos no vieran nada del profundo dolor del pueblo alemán, cuyo representante en este trágico momento era yo». Al volver al hotel, sufrió un colapso. «Un sudor frío como nunca había conocido en la vida brotó de todos mis poros. Fue una reacción física que por fuerza tenía que producirse después de la indescriptible tensión psíquica. Y entonces, por primera vez, supe que había dejado atrás la peor hora de mi vida». Müller y los demás alemanes insistieron en emprender el viaje de vuelta aquella misma noche.²¹⁷¹

Los negociadores bajaron a la terraza que daba a los grandes jardines en el momento en que los surtidores empezaban a manar. Una multitud entusiasmada los rodeó. Wilson estuvo a punto de caer en uno de ellos a causa de los empujones. Lloyd George fue rescatado, furioso y con el pelo revuelto, por un pelotón de soldados. «Una cosa así nunca habría pasado en Inglaterra», dijo a un diplomático italiano. «Y de haber sucedido, alguien hubiera tenido que pagar por ello.»²¹⁷² Después, Lloyd George se enfadó mucho cuando le hicieron sentarse y escribir una carta anunciando al rey que la paz se había firmado.²¹⁷³

Aquella noche Wilson tomó el tren de Le Havre, donde embarcaría con destino a Estados Unidos. Clemenceau acudió a despedirle y, según un reportero, dijo con emoción desacostumbrada: «Me siento como si perdiera a uno de los mejores amigos que he tenido».²¹⁷⁴ Un grupo de personas profirió sin mucho entusiasmo gritos de despedida. En el hotel Majestic se ofreció a los británicos una cena especial de celebración, con un plato más de los habituales y champán sin limitación. Luego hubo bailes, uno para el personal del hotel y otro para los huéspedes. Smuts, tal vez como una protesta más contra el tratado, asistió al baile del personal. París mismo se convirtió en una fiesta gigantesca y las calles se llenaron de gente que cantaba y bailaba. Los edificios de los grandes bulevares estaban muy iluminados y algunos coches remolcaban cañones tomados a los alemanes. (Las autoridades tardaron días en recuperarlos todos). A altas horas de la noche, mientras terminaba la crónica del día, Lansing aún podía oír el ruido de las celebraciones en el exterior.²¹⁷⁵

Mientras París daba rienda suelta a la alegría, Alemania lloraba. En sus ciudades grandes y pequeñas las banderas ondeaban a media asta. Incluso los buenos socialistas hablaban ahora de «una paz vergonzosa».²¹⁷⁶ En el Báltico, donde voluntarios alemanes luchaban contra el bolchevismo (y para reafirmar el poderío alemán), la noticia cayó como una bomba. «Empezamos a tiritar», dijo uno de ellos, «a causa del frío terrible del abandono. Habíamos creído que nuestro país nunca nos traicionaría.»²¹⁷⁷ Los nacionalistas echaron la culpa a los traidores en el país que habían asestado a

Alemania una puñalada por la espalda y a la coalición gobernante que había firmado el tratado. La república de Weimar nunca se recuperó de esa doble carga. Los nacionalistas pasaron por alto alegremente su promesa de no poner en duda el patriotismo de quienes habían votado a favor del tratado e hicieron todo lo posible por estigmatizarlos ante los ojos del pueblo alemán. En 1921, cuando se hallaba de vacaciones en la Selva Negra, Erzberger fue asesinado por dos ex oficiales del ejército. «El hombre», dijo un destacado periódico nacionalista, «cuyo espíritu por desgracia todavía predomina en muchos de nuestros cargos y leyes gubernamentales ha recibido por fin el castigo apropiado para un traidor». Los asesinos huyeron a Hungría, pero volvieron triunfalmente a Alemania como «jueces de Erzberger» cuando Hitler subió al poder. Ambos fueron juzgados finalmente después de la segunda guerra mundial.²¹⁷⁸

En Inglaterra, Keynes consideraba su futuro. Había renunciado a su cargo en el Tesoro y, asqueado, se había ido de París antes de que se firmara el tratado. «He conservado la esperanza, incluso durante estas últimas semanas espantosas», escribió a Lloyd George el 5 de junio, «de que encontraría usted alguna forma de hacer del tratado un documento justo y oportuno. Pero ahora es obviamente demasiado tarde. La batalla está perdida». Keynes se encontraba en un curioso estado de ánimo. Dijo a Virginia Woolf que Europa y, en particular, las clases gobernantes de las que él formaba parte estaban condenadas y, a pesar de ello, dijo en una carta a otra de sus amistades que estaba contentísimo de haber vuelto a Cambridge.²¹⁷⁹ En el plano personal tenía muchísimo éxito, tanto profesional como socialmente. Por otro lado, se sentía culpable por el papel que había desempeñado en la guerra cuando tantos de sus amigos de Bloomsbury eran pacifistas.

Y se reían de su éxito mundanal, sus nuevos amigos, sus experimentos con la heterosexualidad. Tal vez *The Economic Consequences of the Peace* fue una especie de acto de expiación.²¹⁸⁰ Quizá también, como dijo Lamont, el experto estadounidense en reparaciones, «Keynes se molestó porque no aceptaron sus consejos; se acobardó y dejó su cargo».²¹⁸¹

Keynes pasó gran parte del verano escribiendo. En octubre volvió a encontrarse con el banquero alemán Melchior en una conferencia celebrada en Ámsterdam. Le leyó un borrador y Melchior quedó muy impresionado. No tenía nada de extraño, porque Keynes se hacía eco de muchas de las cosas que decían los alemanes sobre el Tratado de Versalles.²¹⁸² *The Economic Consequences of the Peace* salió justo antes de la Navidad de 1919 y ha seguido publicándose desde entonces. Se vendieron más de cien mil ejemplares y se tradujo a once lenguas, entre ellas la alemana, antes de que transcurriera un año de su aparición. Un destacado oponente del tratado leyó en voz alta algunos extractos en el Senado estadounidense. El libro fue un gran éxito en Alemania y contribuyó a que en el mundo de habla inglesa la opinión se volviera contra los acuerdos de paz y contra los franceses. En 1924 un ministro del gabinete laborista de Gran Bretaña habló de «un tratado de sangre y hierro que traicionaba todos los principios por los cuales nuestros soldados creyeron estar luchando».²¹⁸³

Entre los alemanes, a medida que fueron desvaneciéndose los recuerdos de la situación desesperada de 1919, se propagó la creencia de que Alemania habría podido oponerse a las condiciones de paz, si sus débiles y veniales políticos hubiesen actuado con firmeza. El tratado, tal como decía una canción popular, era «sólo papel».²¹⁸⁴ En 1921 un diplomático francés informó a París de que «está en marcha en Alemania una campaña violenta que utiliza la prensa, carteles y mítines con el objeto de debilitar la base jurídica del Tratado de Versalles: la culpa alemana de la guerra».²¹⁸⁵ El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán creó una sección especial sobre dicha culpa que produjo gran número de estudios críticos. En las cervecerías de Baviera el joven Hitler atraía a las multitudes con sus rotundas denuncias de la «paz vergonzosa».²¹⁸⁶

La opinión pública en Gran Bretaña y Estados Unidos estaba cada vez más convencida de que los acuerdos de paz con Alemania eran profundamente injustos. Durante la década siguiente, libros de memorias y novelas como la alemana *Sin novedad en el frente* (de la que se vendieron 250.000 ejemplares en el primer año de su edición en inglés) demostraron que los soldados de ambos bandos habían sufrido igualmente los horrores de la guerra de trincheras. La publicación de documentos confidenciales de los archivos de antes de la contienda hizo tambalear la creencia de que Alemania era la única responsable del conflicto. Libros sobre los orígenes de la guerra repartían la culpa de manera más equitativa: entre los regímenes desaparecidos de Rusia o Austria— Hungría, los fabricantes de armas o el capitalismo en general.²¹⁸⁷

En Alemania los agravios se conservaron frescos en el recuerdo de todos, porque una miríada de grupos nacionalistas dio gran importancia a que millones de personas de habla alemana se encontraran ahora bajo dominio extranjero, en la región checoslovaca de los Sudetes, en Polonia y en la ciudad libre de Danzig.

Las cláusulas sobre el desarme se consideraban hipócritas y la prohibición de que Alemania y Austria se unieran se veía como una clara violación del principio de la autodeterminación. Las reparaciones eran «punitivas» y «salvajes», y su carácter injusto se veía agravado por el hecho de que Alemania tuvo que firmar el Tratado de Versalles sin saber cuál sería la cantidad definitiva. En Alemania se achacó al *Diktat* [«tratado dictado»] la culpa de todos los males de la economía: precios altos, salarios bajos, desempleo, impuestos, inflación. Sin la carga de las reparaciones, la vida volvería a la normalidad; brillaría el sol y habría tardes felices en las cervecerías con jardín, las bodegas y los parques. Los alemanes cerraron los ojos ante el hecho de que la Gran Guerra había resultado cara y que la derrota significaba que no podían hacer que otros cargaran con los costes.²¹⁸⁸ Asimismo, como le ha ocurrido a la mayoría de la gente desde entonces, tampoco comprendieron que los pagos en concepto de reparaciones nunca ascendieron a las enormes cantidades que se mencionaron en los debates públicos.

La cifra definitiva que se fijó en Londres en 1921 fue de 132.000 millones de marcos (6600 millones de libras, lo que equivale a unos 33.000 millones de dólares). En realidad, por medio de un ingenioso sistema de bonos y cláusulas complejas, Alemania se comprometió a pagar menos de la mitad de dicha cifra. El resto lo pagaría sólo cuando lo permitiesen circunstancias, como, por ejemplo, una mejora en sus exportaciones.²¹⁸⁹ Alemania también obtuvo créditos generosos por los pagos que ya había efectuado, tales como la reposición de los libros de la biblioteca de Lovaina, en Bélgica, que las tropas alemanas habían quemado al empezar la contienda, o por los ferrocarriles alemanes en el territorio traspasado a Polonia. (Trató inútilmente de obtener compensaciones por los buques hundidos en Scapa Flow.²¹⁹⁰) Aun con programas de pago que se revisaron a la baja varias veces, los alemanes continuaron arguyendo que las reparaciones eran intolerables. Con rara unanimidad en la política de Weimar, prácticamente todos los alemanes pensaban que estaban pagando demasiado. Alemania incumplió con regularidad los pagos, por última vez y para siempre en 1932. Orlando ya había hecho una advertencia al respecto cuando en 1919 dijo que la capacidad de pagar estaba relacionada con la voluntad del deudor. «Sería peligroso», agregó, «adoptar una fórmula que recompensara, por así decirlo, la mala fe y la negativa a trabajar.»²¹⁹¹

Según los cálculos definitivos, puede que Alemania pagara unos 22.000 millones de marcos oro (1100 millones de libras; 4500 millones de dólares) durante el periodo comprendido entre 1918 y 1932.²¹⁹² Probablemente es un poco menos de lo que Francia, con una economía mucho menor, pagó a Alemania después de la guerra franco— prusiana de 1870-1871.²¹⁹³ En un sentido, las cifras tienen

importancia; en otro, no tienen ninguna. Los alemanes estaban convencidos de que las reparaciones causarían su ruina. Si Alemania no estaba dispuesta a pagar reparaciones, los Aliados no estaban dispuestos a imponer su voluntad. Si bien tenían a su disposición las sanciones que preveía el Tratado de Versalles —concretamente, prolongar la ocupación de Renania—, hacía falta que quisieran utilizarlas. Al empezar la década de 1930, ni el Gobierno británico ni el francés pensaban recurrir a ellas a causa de las reparaciones ni por cualquier otro motivo.

En 1924 un miembro británico de la Comisión Interaliada de Control, creada al amparo del Tratado de Versalles para asegurarse de que Alemania cumplía las condiciones militares, publicó un artículo en el que se quejaba de que los militares alemanes habían obstaculizado sistemáticamente la labor de la comisión y de que se cometían muchas infracciones de las cláusulas del tratado relativas al desarme. Esta calumnia provocó una tempestad de protestas en Alemania. (Años después, cuando Hitler ya estaba en el poder, los generales alemanes reconocieron que el artículo había dicho la verdad.²¹⁹⁴) Los alemanes preguntaron dónde estaba el desarme general del que se hablaba tan a menudo. ¿Por qué tenía que ser Alemania la única nación del mundo en desarmarse? Los estadounidenses, que se habían retirado tan visiblemente de los asuntos del mundo al repudiar la Sociedad de Naciones, no podían discrepar. Tampoco podían los británicos. Los franceses se encontraban cada vez más aislados al quejarse de que Alemania incumplía las cláusulas militares.

La magnitud de la desobediencia no era conocida del todo en aquellos momentos; ni siquiera por los franceses. Los aeroclubes se hicieron de pronto muy populares y eran tan eficaces que, al ser nombrado canciller, Hitler pudo formar una fuerza aérea casi enseguida. El cuerpo de policía prusiano, el mayor de Alemania, se militarizó de forma creciente en su organización y su preparación. Sus agentes podían pasar con facilidad al ejército alemán, y a veces lo hacían. El autoproclamado *Freikorps*, que había hecho su aparición en 1918, se disolvió y sus miembros volvieron a juntarse con deslumbrante inventiva en cuadrillas de trabajadores, clubes de ciclismo, circos ambulantes y agencias de detectives. Algunos ingresaron en bloque en el ejército.²¹⁹⁵ El Tratado de Versalles limitaba el número de oficiales del ejército a 4000, pero no decía nada sobre los suboficiales. El resultado fue que el ejército alemán tenía 40.000 sargentos y cabos.²¹⁹⁶ Foch había acertado; un ejército de voluntarios podía ser la columna vertebral de una expansión rápida.

De fábricas que antes producían carros de combate salían ahora tractores desmesuradamente pesados; la investigación era útil para el futuro. En los cabarets de Berlín se contaban chistes como el del obrero de una fábrica de cochecitos para bebé que sacaba a escondidas piezas para hacer uno para su hijo recién nacido y, al juntarlas, siempre le salía una ametralladora. En toda Europa, en países neutrales y seguros como Holanda y Suecia, compañías que en esencia eran de propiedad alemana trabajaban en blindados o submarinos.²¹⁹⁷ El lugar más seguro de todos, el más alejado de las miradas indiscretas de la comisión de control, se encontraba en la Unión Soviética. En 1921 las dos naciones parias de Europa se dieron cuenta de que tenían algo que ofrecerse mutuamente. A cambio de espacio y secretismo para llevar a cabo experimentos con carros de combate, aviones y gases asfixiantes, Alemania proporcionaba asistencia técnica y entrenamiento.²¹⁹⁸

Cuando los historiadores consideran los otros detalles, como vienen haciendo con frecuencia cada vez mayor, es imposible preservar la imagen de una Alemania aplastada por una paz vengativa. Es verdad que Alemania perdió territorio; fue una consecuencia inevitable de la derrota. Conviene tener presente que, si hubiera ganado la guerra, sin duda se hubiese apoderado de Bélgica, Luxemburgo, partes del norte de Francia y gran parte de los Países Bajos. El Tratado de Brest— Litovsk mostró las intenciones del mando supremo alemán en las fronteras orientales. A pesar de las pérdidas

sufridas, Alemania continuó siendo el mayor país de Europa al oeste de la Unión Soviética durante el periodo de entreguerras. Su posición estratégica era mucho mejor que antes de 1914. Con la reaparición de Polonia había ahora una barrera enfrente de la vieja amenaza rusa. En lugar de Austria-Hungría, Alemania tenía sólo una serie de estados débiles y rencillosos en su frontera oriental. Como se vio en la década de 1930, Alemania estaba bien situada para extender entre ellos su influencia económica y política.

La separación de Prusia oriental del resto de Alemania causó irritación, pero las separaciones de esta clase no eran nada nuevo en la historia de Prusia, que durante la mayor parte de su existencia había sido una serie de territorios separados unos de otros. ¿Es inevitable que una segregación de este tipo cause problemas? Alaska se encuentra aislada del resto de Estados Unidos por una gran extensión de territorio canadiense. ¿Cuándo fue la última vez que Washington y Ottawa se quejaron mutuamente en relación con los derechos de paso?²¹⁹⁹ El verdadero problema del «Pasillo Polaco» era que en el periodo de entreguerras muchos alemanes, tal vez la mayoría, no lo aceptaban, por muchas razones que tenían que ver con las actitudes ante los polacos y el resentimiento que causó el Tratado de Versalles. Si las relaciones entre Polonia y Alemania hubieran sido mejores, esa barrera terrestre no habría causado complicaciones. Danzig se convirtió en una ciudad libre, pero continuó abierta a las inversiones y los barcos alemanes.

En el oeste Alemania también se encontraba ante una situación ventajosa. Francia había salido gravemente debilitada de la guerra, reacia y, en la década de 1930, cada vez más incapaz de oponerse a Alemania. La garantía que habían dado Estados Unidos y Gran Bretaña dejó de ser válida al no ratificarla el Senado estadounidense. Los intentos de Francia de formar alianzas con las naciones débiles y rivales de Europa central fueron un indicio de su desesperación. Recibió poco apoyo de los británicos, que dejaron bien claro que su Imperio era lo que más les preocupaba. La demostración más obvia de que los negociadores no habían incapacitado a Alemania llegó después de 1939.

Con otros líderes en las democracias occidentales, con una democracia más fuerte en la Alemania de Weimar, sin el daño que causó la Depresión, la historia habría podido resultar distinta. Y sin Hitler movilizand los resentimientos de los alemanes normales y corrientes y aprovechando los remordimientos de conciencia de tanta gente en las democracias, quizás Europa no habría sufrido otra guerra tan poco tiempo después. No hay que echar la culpa al Tratado de Versalles. Nunca se hizo cumplir de forma consecuente, o sólo se hizo cumplir lo suficiente como para irritar al nacionalismo alemán sin limitar la capacidad alemana de alterar la paz de Europa. Con el triunfo de Hitler y los nazis en 1933 Alemania tuvo un Gobierno empeñado en destruir el Tratado de Versalles. En 1939 Von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, dijo a los alemanes victoriosos de Danzig: «El Führer no ha hecho nada más que poner remedio a las consecuencias más graves que este dictado, el menos razonable de todos los tiempos, impuso a una nación y, de hecho, a la totalidad de Europa; dicho de otro modo, reparar los peores errores que cometieron nada menos que los estadistas de las democracias occidentales».²²⁰⁰

Conclusión

Con la firma del Tratado de Versalles el 28 de junio de 1919 el Gobierno mundial en París se disolvió. Wilson se fue aquella noche, y Lloyd George y lo que quedaba de la delegación del Imperio británico se marcharon a la mañana siguiente en un tren especial. (El Gobierno británico se enfadó cuando, al cabo de un tiempo, recibió de los franceses una elevada factura por la utilización del tren.²²⁰¹) Orlando, cuyo Gobierno había caído, ya se había ido. Clemenceau fue el único de los Cuatro Grandes que se quedó en París. Se pasó el verano defendiendo el tratado con Alemania en la Asamblea Nacional y supervisando los preparativos de un día de celebración nacional en julio. Su único descanso fue una breve visita a las regiones devastadas del norte. Los hoteles de París volvieron a abrir para la clientela **habitual** cuando los periodistas y los delegados regresaron a sus países. Las prostitutas se quejaron de una disminución de la suya.²²⁰² Al finalizar el verano, los británicos desalojaron el Majestic. Dos décadas después fue el cuartel general de otra delegación extranjera, esta vez el ejército alemán de ocupación en París.

La Conferencia de Paz continuó hasta enero de 1920, pero fue como una representación teatral sin las estrellas principales. Los ministros de Asuntos Exteriores y los diplomáticos volvieron a hacerse cargo de la conferencia, pero nunca recuperaron su antiguo dominio de las relaciones exteriores. Las decisiones importantes se dejaban siempre para sus superiores políticos en Roma, Londres o Washington y los asuntos difíciles se negociaban en conferencias especiales; Lloyd George asistió a treinta y tres de ellas entre 1919 y 1922.

Entre enero y junio de 1919 los negociadores llevaron a cabo muchísimas cosas: crearon una Sociedad de Naciones y una Organización Internacional del Trabajo, asignaron mandatos, ultimaron el tratado con Alemania, casi terminaron los tratados con Austria, Hungría, Bulgaria y la Turquía otomana, pero quedaban muchos cabos sueltos. Las fronteras de Rusia seguían fluctuando y no estaba claro que estados de su periferia conservarían la independencia que acababan de adquirir. ¿Finlandia? ¿Ucrania? ¿Georgia? ¿Armenia? En las ruinas de los imperios centroeuropeos las fronteras todavía eran objeto de disputas. Y la decisión, tomada tan a la ligera, de permitir que los griegos desembarcasen en Esmirna había provocado una cadena de explosiones que no terminaría hasta 1923.

Asimismo, los negociadores se habían limitado a aplazar algunos de los grandes problemas que existían al empezar la Conferencia de Paz. Quizá se había logrado contener al bolchevismo ruso, pero la guerra más larga entre el Oeste capitalista y el Este comunista no había hecho más que empezar. La cuestión alemana no se había resuelto y seguiría perturbando a Europa. La victoria aliada no había sido suficientemente decisiva y Alemania continuaba siendo demasiado fuerte.

El nacionalismo, lejos de apagarse, seguía cobrando ímpetu. Había mucha leña para alimentarlo en Europa central y en lugares más lejanos, en Oriente Próximo y en Asia. En muchos casos los negociadores se encontraron con hechos consumados. Yugoslavia, Polonia y Checoslovaquia ya existían antes de que empezara la Conferencia de Paz. Lo mejor que pudieron hacer los negociadores era tratar de impedir que Europa y Oriente Próximo se descompusieran en más y más subdivisiones basadas en la nacionalidad y trazar fronteras tan racionales como fuese posible. La misma exigencia

de naciones— Estado basadas en una sola nacionalidad no era racional en el mundo de 1919. No fue posible, pues, meter a todos los polacos de Europa en Polonia y a todos los alemanes en Alemania. Sólo en Europa, treinta millones de personas quedaron en estados donde eran una minoría étnica, objeto de suspicacias en su propio territorio y de desdén entre sus connacionales en el extranjero.²²⁰³

En aquel crudo invierno de 1919 un joven diplomático estadounidense recibió en Viena a una delegación de hombres de barba canosa procedentes de Eslovenia, en el noroeste de los Balcanes. Hablaban en alemán. Todos los habitantes de su ciudad, que eran sesenta mil, habían hablado alemán desde hacía más de setecientos años. Ahora Eslovenia tenía que convertirse en parte de Yugoslavia, lo cual les daba miedo. Eran reacios a que les gobernase una gente que consideraban inferior. ¿Tendría Estados Unidos la bondad de anexionárselos? Nicholas Roosevelt, joven primo del gran Teddy, pasó la petición a sus superiores, pero no recibió ninguna respuesta.²²⁰⁴ Aunque ni Roosevelt ni aquellos ancianos alemanes lo sabían, su comunidad estaba destinada a desaparecer, junto con muchas otras, cuando los alemanes fueron expulsados de gran parte de Europa central después de la segunda guerra mundial.

En 1919 el mundo todavía era reacio a expulsar a las minorías y no veía con buenos ojos la asimilación forzosa. Al parecer, la única opción que quedaba era que la mayoría tolerase a la minoría, y la tolerancia era una virtud que escaseaba en muchos países. Los negociadores hicieron todo lo posible por obligar a los gobiernos a tratar bien a sus minorías. Los nuevos estados y algunas de las potencias menores del centro de Europa tuvieron que firmar acuerdos que los obligaban a tratar equitativamente a sus minorías, a tolerar sus religiones y a respetar derechos como poder usar su propia lengua. Tanto los rumanos como los yugoslavos protestaron. La reina María de Rumania preguntó a Wilson si habría disposiciones parecidas para los negros de Estados Unidos o los irlandeses de Gran Bretaña. Bratianu, el primer ministro rumano, preguntó por qué se singularizaba así a su país. Italia tenía minorías, pero no se le pedía que firmase. La respuesta de Clemenceau sirvió de poco: dijo que los europeos del este eran diferentes. Aunque tanto Rumania como Yugoslavia acabaron firmando, no fue un comienzo prometedor.²²⁰⁵

Los tratados relativos a las minorías no pasaron de ser un gesto débil ante el aumento del chovinismo. En 1934 la Sociedad de Naciones ya había desistido de intentar supervisarlos y las grandes potencias tenían suficientes preocupaciones como para prestar atención a minorías poco conocidas. Hubo algunas señales esperanzadoras: la pequeña Estonia dio voluntariamente autonomía a sus minorías. Las islas Aland, donde se hablaba principalmente sueco, permanecieron bajo el dominio de Finlandia después de 1919, pero un tratado especial garantizó tanto su lengua como su cultura. La segunda guerra mundial mostró otra solución: el asesinato de las minorías no deseadas. En 1945 las expulsiones en masa completaron lo que había empezado Hitler y en Europa quedaron sólo minúsculas minorías nacionales que representaban menos del 3 por ciento de su población total.²²⁰⁶

En 1919 los negociadores pensaban que habían hecho todo lo posible, pero no se hacían ilusiones en el sentido de haber resuelto los problemas del mundo. Al marcharse de París el 28 de junio, Wilson dijo a su esposa: «Bien, muchachita, se acabó, y, como nadie se siente satisfecho, tengo la esperanza de haber hecho una paz justa, pero todo está en manos de los dioses»²²⁰⁷. También se hallaba en manos de los que iban a gobernar el mundo a partir de entonces, algunos de los cuales habían estado en París —por ejemplo el príncipe Konoé de Japón o Franklin Delano Roosevelt— mientras que otros habían observado las cosas desde lejos. En Italia, Mussolini subía rápidamente en la política nacionalista, al derrumbarse el antiguo orden liberal a causa de los ataques de hombres

como D'Annunzio. El joven Adolf Hitler se encontraba en Múnich en junio de aquel año, recibiendo agradables lecciones sobre las glorias de la historia de Alemania y los males del capital judío internacional. Ya había empezado a descubrir su propio talento de ideólogo y orador.

Lloyd George seguiría en el poder tres años más. Después de verse obligado a dimitir, ya no desempeñó ningún cargo oficial, aunque continuó siendo diputado hasta 1945, año de su muerte. Sus memorias sobre la Conferencia de Paz son entretenidas, a menudo inexactas y tienden a echar a los franceses o los estadounidenses la culpa de todo lo que fue mal. Clemenceau cometió la imprudencia de concurrir a las elecciones presidenciales a finales de 1919. Daba por sentado que se le aclamaría, por lo que montó en cólera cuando resultó claro que encontraría oposición. Abandonó Francia casi inmediatamente y pasó los tres años siguientes viajando. Continuó escribiendo: una enorme obra de filosofía en dos volúmenes, casi imposible de leer, y un breve estudio del antiguo orador ateniense Demóstenes, que advirtió a sus civilizados conciudadanos, tan amantes de la comodidad, del peligro que representaba el bárbaro Filipo de Macedonia. No quiso escribir sus memorias y destruyó la mayoría de sus papeles en 1928. Había hecho su aportación a la historia, según dijo a un periodista británico, pero se negó rotundamente a hablar del pasado. Herido por la publicación de un ataque póstumo de Foch, finalmente empuñó la pluma y empezó a redactar una defensa de su labor durante la guerra y en la Conferencia de Paz. Murió en noviembre de 1929, antes de poder terminarla. Si guardaba algún secreto sobre la conferencia, se lo llevó a la tumba. [2208](#)

El fin de Wilson fue el más triste. Al regresar a Estados Unidos, se enzarzó en una pelea con el Senado por la ratificación del Tratado de Versalles y, de forma más específica, por la Sociedad de Naciones. Aún tenía una mayoría, pero quizá carecía de los dos tercios que se necesitaban. Sus oponentes se habían organizado durante su ausencia: aislacionistas del oeste, progresistas que pensaban que había traicionado sus propios principios, estadounidenses de origen irlandés que opinaban que debería haberse enfrentado a los ingleses por la cuestión irlandesa, republicanos que no se fiaban de los demócratas, demócratas que no se fiaban de Wilson, hombres con los que se había enemistado en el transcurso de los años, y siempre, orquestando el coro de los republicanos, el implacable senador Lodge.

Wilson hubiera podido formar su propia coalición. Habría podido ganarse a los moderados que había entre sus oponentes, permitiendo que las reservas estadounidenses se incluyeran en la votación relativa al pacto de la Sociedad de Naciones. (Por supuesto, otra cosa es que sus aliados hubieran aceptado cambios o no). Se negó a hacer concesiones. Dijo que sus oponentes actuaban impulsados por los más bajos instintos. «Van a tener los nombres más claramente despreciables de la historia». Decidió consultar al electorado. El 2 de septiembre de 1919 salió de Washington para viajar por todo el país. [2209](#)

Sus asesores más allegados le suplicaron que desistiera de su propósito. Wilson no se había tomado un descanso desde su vuelta de París y el verano había sido largo y difícil, con prolongados debates sobre el tratado en el Senado y agitación laboral en todo el país. Insistió en seguir adelante. Había que salvar el tratado aunque le costara la vida. «En presencia de la gran tragedia ante la que se encuentra el mundo», les dijo, «ningún hombre decente puede permitir que consideraciones personales influyan en su proceder.» [2210](#) Al subir al tren especial, se quejó de los terribles dolores de cabeza que le aquejaban desde hacía algún tiempo.

Durante casi un mes Wilson pronunció un discurso tras otro mientras se dirigía al oeste. Las multitudes eran cada vez más numerosas y más entusiastas, pero los dolores de cabeza empeoraron. De Washington llegaron malas noticias. Bullitt, todavía dolido a causa del repudio de su viaje a Rusia, se vengó ahora y compareció ante el Senado para pintar un cuadro de la actuación de Wilson

en París en el que los errores se sucedían. Cuando afirmó que Lansing compartía sus críticas, el secretario de Estado hizo público un desmentido poco convincente. «¡Dios mío!», exclamó Wilson, «no creía posible que Lansing actuase de esta forma». A primera hora de la mañana del 26 de septiembre Wilson sufrió un colapso y hubo que cancelar el resto de la gira. Una semana después un fuerte ataque de apoplejía le dejó parcialmente paralizado. Nunca volvió a desempeñar como era debido sus funciones de presidente.²²¹¹ El viaje había sido en vano. La ratificación del tratado murió en el Senado. Estados Unidos firmó más adelante tratados con Alemania, Austria y Hungría, pero nunca ingresó en la Sociedad de Naciones.

Wilson murió en 1924. Sus esfuerzos y los de muchos de los negociadores que compartían sus ideales no fueron del todo inútiles. El Tratado de Versalles y los demás tratados con los vencidos, que lo tomaron por modelo, sin duda contenían disposiciones sobre territorios y reparaciones que hubieran podido escribirse en siglos anteriores, pero también estaban imbuidos de un espíritu nuevo. El pacto de la Sociedad de Naciones fue cosa del primer momento y no del último, y la propia Sociedad de Naciones se entretejió en las cláusulas posteriores, supervisando los plebiscitos, gobernando el Sarre y Danzig, y vigilando los mandatos. Las disposiciones sobre la creación de una Organización Internacional del Trabajo, los tratados para la protección de las minorías y la creación de un tribunal de justicia permanente, que juzgara a hombres como el Káiser por delitos contra la moral internacional, subrayaron la idea de que había ciertas cosas que toda la humanidad tenía en común y de que podía haber principios internacionales que iban más allá de los meros intereses nacionales. Y cuando dichos tratados fueron objeto de críticas en el periodo de entreguerras se debió generalmente a que no habían estado a la altura de los citados principios.

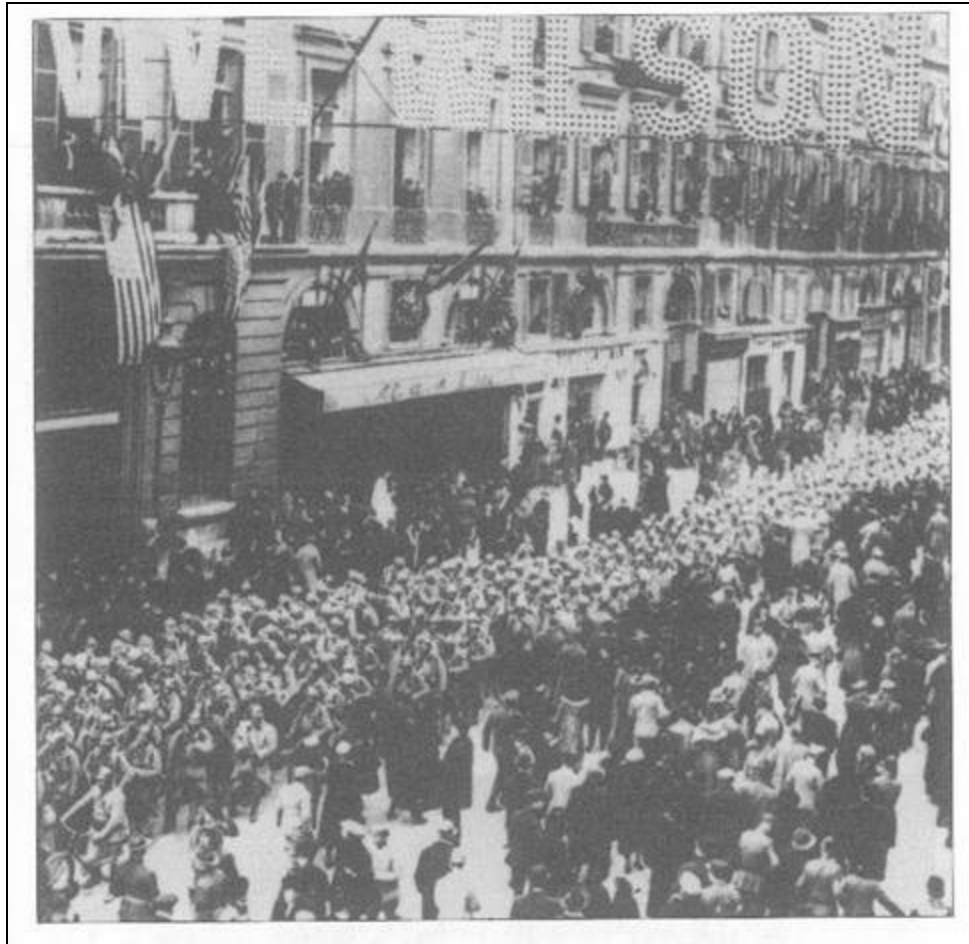
Más adelante sería frecuente echar a los negociadores y los acuerdos que firmaron en París en 1919 la culpa de todos los males de las décadas de 1920 y 1930, de la misma manera que sería fácil desesperar de la democracia. Señalar con un dedo y hacer un gesto de impotencia con los hombros son maneras eficaces de eludir la responsabilidad. Ochenta años después, las viejas acusaciones de que fue objeto la Conferencia de Paz de París todavía son muy comunes. «El crimen definitivo» declaró *The Economist* en el número especial que publicó con motivo del cambio de milenio, fue «el Tratado de Versalles, cuyas severas condiciones hicieron que una segunda guerra fuese segura.»²²¹² Eso equivale a pasar por alto las acciones de todos —líderes políticos, diplomáticos, militares, electores normales y corrientes— durante los veinte años comprendidos entre 1919 y 1939.

Hitler no hizo la guerra debido al Tratado de Versalles, si bien su existencia fue como algo llovido del cielo para su propaganda. Aunque Alemania hubiera conservado sus antiguas fronteras, aunque se le hubiera autorizado a tener las fuerzas armadas que quisiese, aunque se le hubiera permitido la unión con Austria, Hitler hubiera seguido queriendo más: la destrucción de Polonia, el control de Checoslovaquia y, sobre todo, la conquista de la Unión Soviética. Hubiera exigido espacio para la expansión del pueblo alemán así como la destrucción de sus enemigos, ya fueran judíos o bolcheviques. En el Tratado de Versalles no había nada sobre eso.

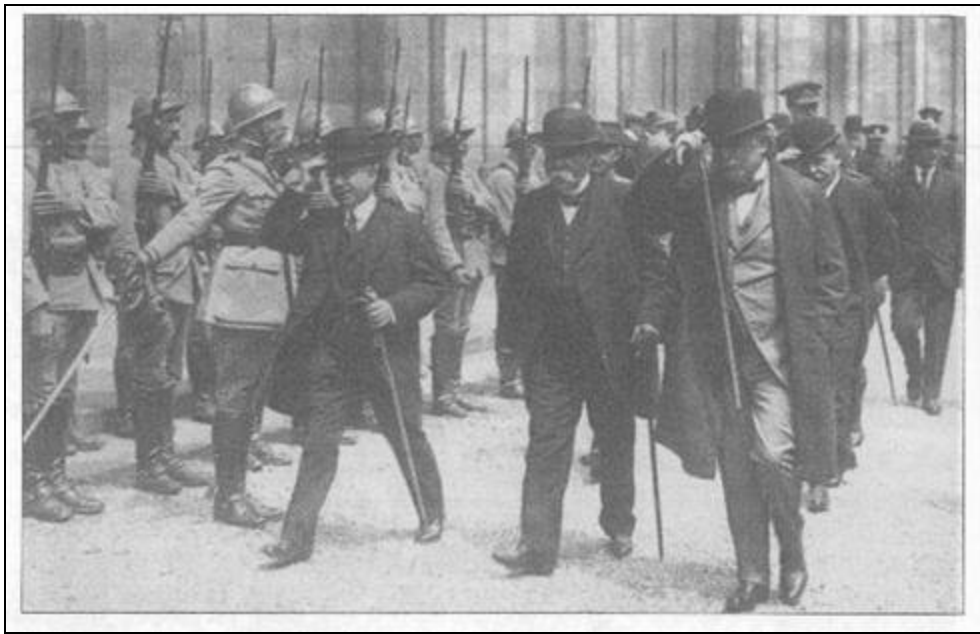
Los negociadores de 1919 cometieron errores, desde luego. La indiferencia que mostraron ante el mundo no europeo despertó resentimientos cuyas consecuencias Occidente sigue pagando hoy día. Pusieron mucho esmero al trazar las fronteras de Europa, aunque los resultados no fueran del gusto de todos, pero en África continuaron la vieja costumbre de repartir territorios de acuerdo con la conveniencia de las potencias imperialistas. En Oriente Próximo juntaron a pueblos, especialmente en Iraq, que todavía no han logrado formar una sociedad civil. Aunque hubieran podido hacer las cosas mejor, no cabe duda de que también hubiesen podido hacerlas mucho peor. Intentaron —incluso el viejo y cínico Clemenceau— construir un orden mejor. No podían prever el futuro y,

huelga decirlo, tampoco podían controlarlo. Eso quedó para sus sucesores. La guerra que estalló en 1939 fue el resultado de veinte años de decisiones que se tomaron o no se tomaron, pero no de los acuerdos de 1919.

Por supuesto, quizá las cosas habrían sido diferentes, si Alemania hubiera sufrido una derrota verdaderamente total. O si Estados Unidos hubiera sido tan poderoso después de la primera guerra mundial como lo fue después de la segunda, y se hubiera mostrado dispuesto a usar su poderío. Si Gran Bretaña y Francia no hubieran resultado debilitadas por la contienda, o si lo hubieran estado tanto que Estados Unidos se hubiese sentido obligado a intervenir. Si Austria-Hungría no hubiera desaparecido. Si sus estados sucesores no se hubieran peleado entre ellos. Si China no hubiese sido tan débil. Si Japón hubiera estado más seguro de sí mismo. Si los estados hubieran aceptado una Sociedad de Naciones con poderes reales. Si la devastación del mundo por la guerra hubiera sido tan grande que hubiese surgido la disposición a pensar en una manera nueva de dirigir las relaciones internacionales. Los negociadores, sin embargo, tuvieron que ocuparse de la realidad y no de lo que hubiera podido ser. Tuvieron que hacer frente a cuestiones enormes y difíciles. ¿Cómo pueden contenerse las pasiones irracionales del nacionalismo o la religión antes de que causen más daños? ¿Cómo podemos proscribir la guerra? Todavía nos hacemos esas preguntas.



1. Llegada triunfal de Woodrow Wilson a París antes del comienzo de la Conferencia de Paz. Su promesa de establecer una Sociedad de Naciones, para poner fin a la guerra y permitir la autodeterminación de las naciones, despertó enormes expectativas en Europa y otras partes, pero la desilusión no se hizo esperar mucho.

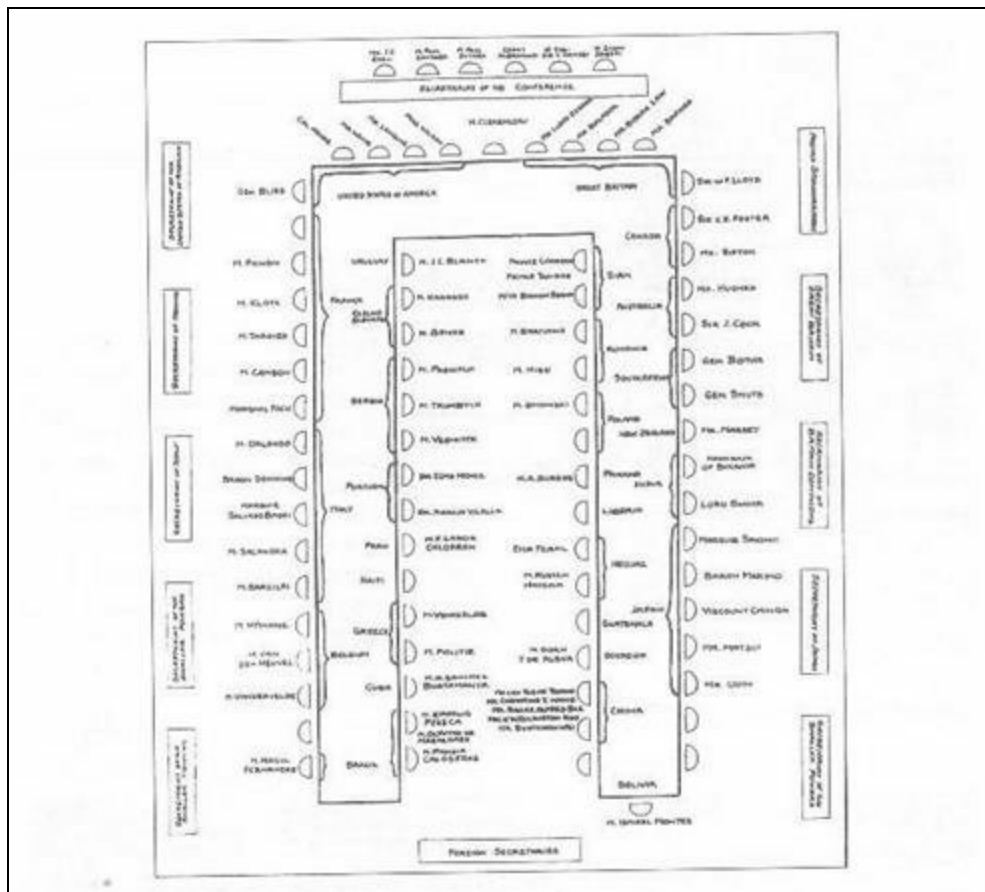


2. *Georges Clemenceau y David Lloyd George, primeros ministros de Francia y Gran Bretaña, respectivamente, pasan ante una guardia de honor. Ambos hombres mantuvieron sus países unidos durante la guerra. Acudieron a las negociaciones de paz con mucho apoyo público, pero también con una pesada carga de expectativas.*

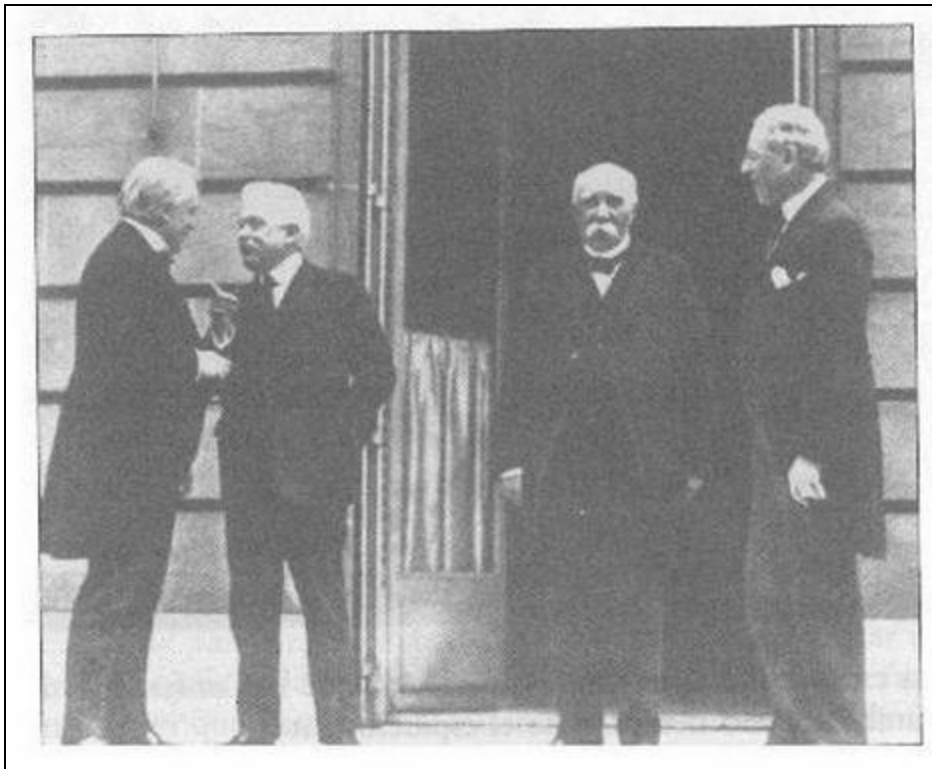


3. *David Lloyd George y la delegación del Imperio británico en la Conferencia de Paz. El general Jan Smuts, el influyente ministro de Asuntos Exteriores de África del Sur, es el segundo por la izquierda. Lloyd George aparece flanqueado por Arthur Balfour, su ministro de Asuntos Exteriores (izquierda) y por el dispéptico Billy Hughes, de Australia (derecha). Winston Churchill está a la derecha de la mesa, y Henry Wilson, el cínico asesor militar de Lloyd George, se*

encuentra detrás d; éste, a la izquierda.



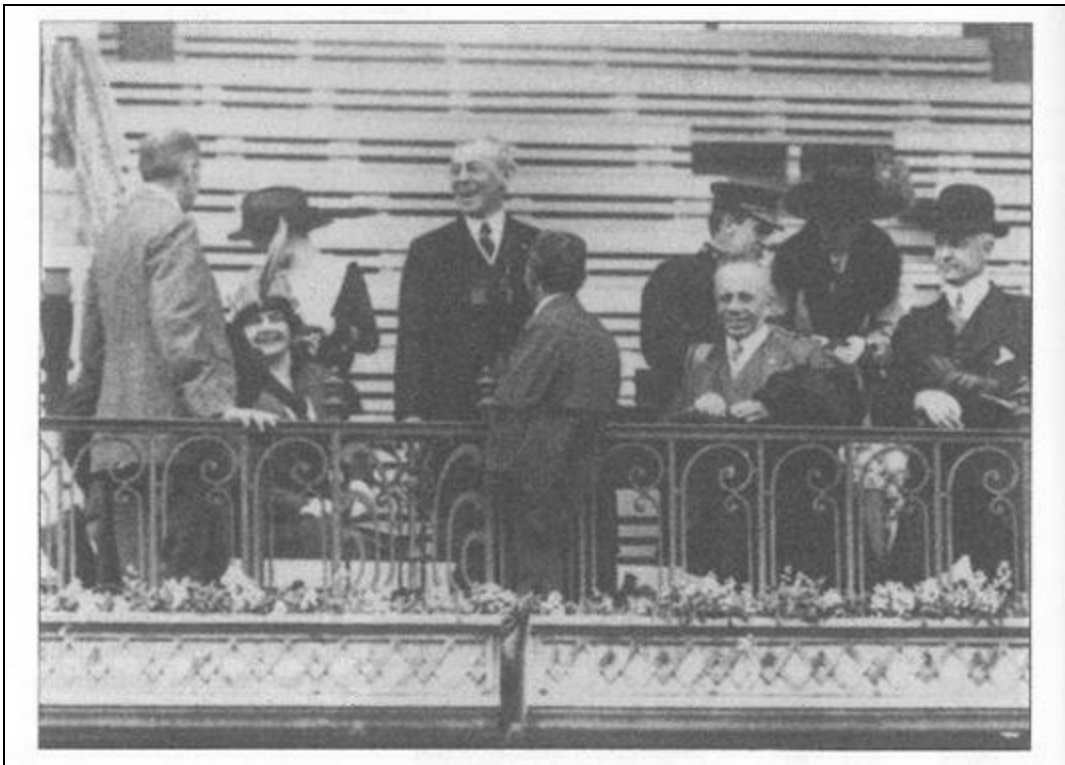
4. La disposición de los asientos de los participantes en la Conferencia de Paz. Treinta y dos países, de los beligerantes a los neutrales, fueron invitados a enviar delegados a París. La Conferencia de Paz celebró sólo ocho sesiones plenarias, lo cual provocó muchas quejas de las potencias menores.



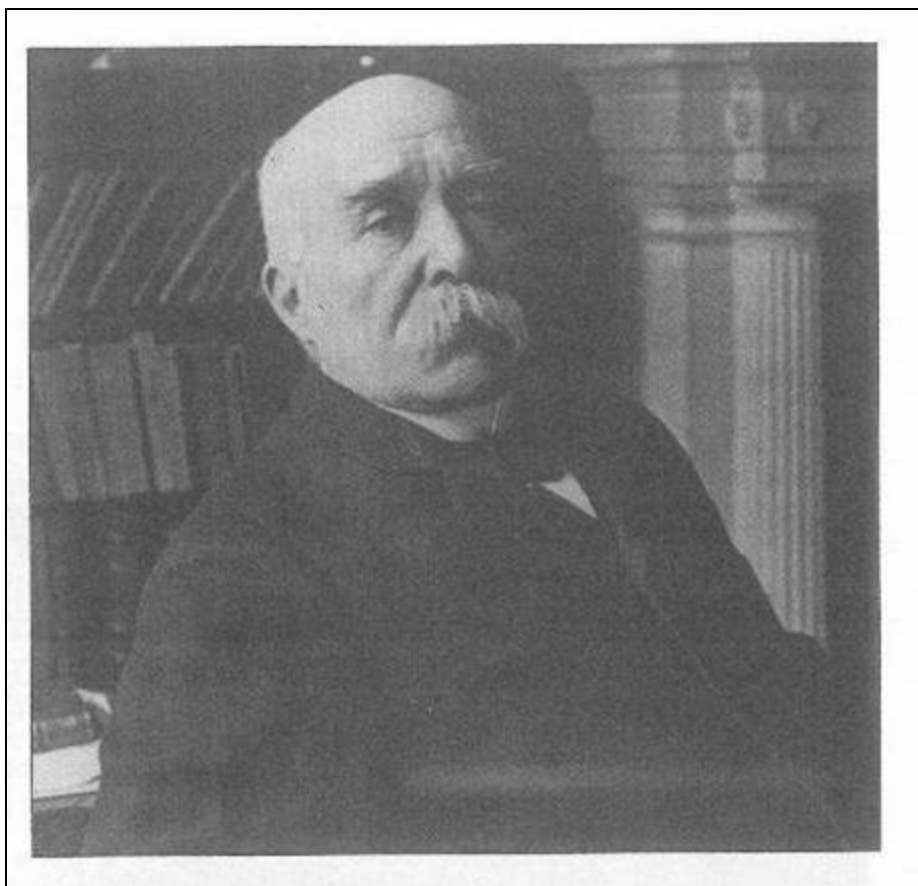
5. *Hicieron el verdadero trabajo de la conferencia las comisiones y los comités especiales o estos cuatro hombres y sus asesores. De izquierda a derecha: David Lloyd George (Gran Bretaña), Vittorio Orlando (Italia), Georges Clemenceau (Francia) y Woodrow Wilson (Estados Unidos). Hasta marzo se reunieron, junto con sus ministros de Exteriores y dos delegados japoneses (Japón fue incluido por gentileza entre las grandes potencias), el nombre de Consejo Supremo o Consejo de los Diez.*



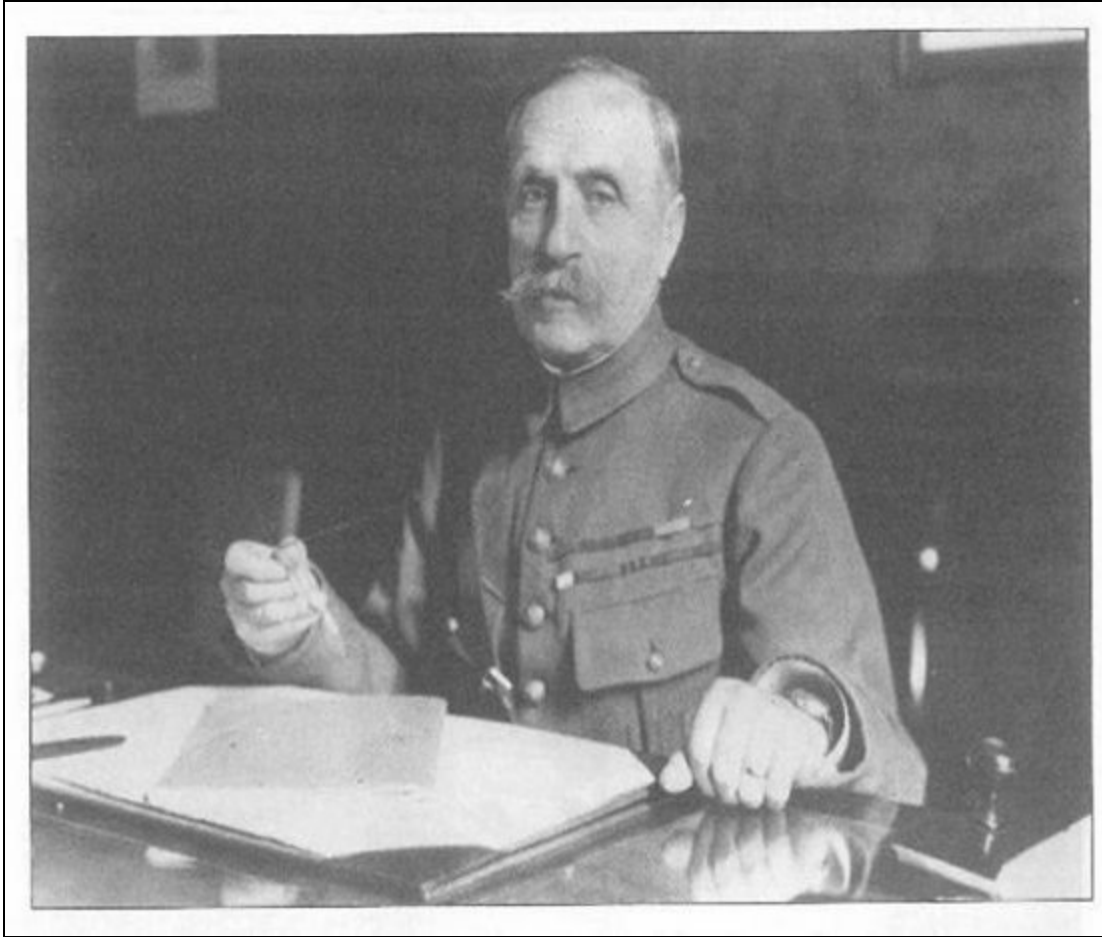
6. *La carrera entre la firma de la paz y la revolución. Algunos comentaristas, entonces y después, han argüido que los negociadores actuaron impulsados principalmente por el miedo al bolchevismo ruso, pero esta opinión es demasiado simplista. Los negociadores estaban preocupados por la propagación de la anarquía y por el derrumbamiento económico de Europa central, pero también tenían mucha fe en su propia capacidad para arreglar el mundo.*



7. Woodrow Wilson y su esposa en las carreras de Saint Cloud. Aunque la Conferencia de Paz obligó a trabajar mucho, también hubo tiempo para el esparcimiento.



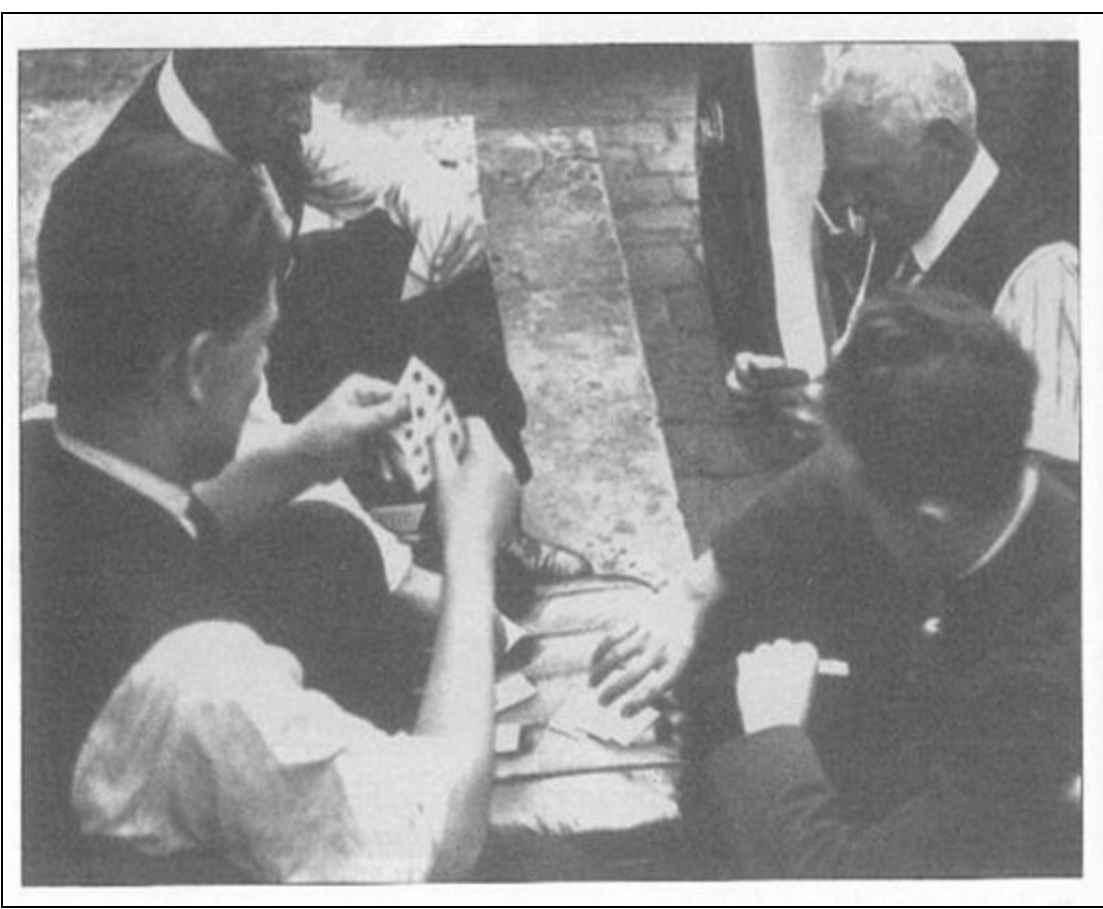
8. *Georges Clémenceau, el crítico radical convertido en el Padre de la Victoria. A sus 77 años, era el más viejo de los Cuatro Grandes. Aunque se recuperó de un intento de asesinato hacia la mitad de la Conferencia de Paz, algunos opinaron que nunca volvió a ser el mismo.*



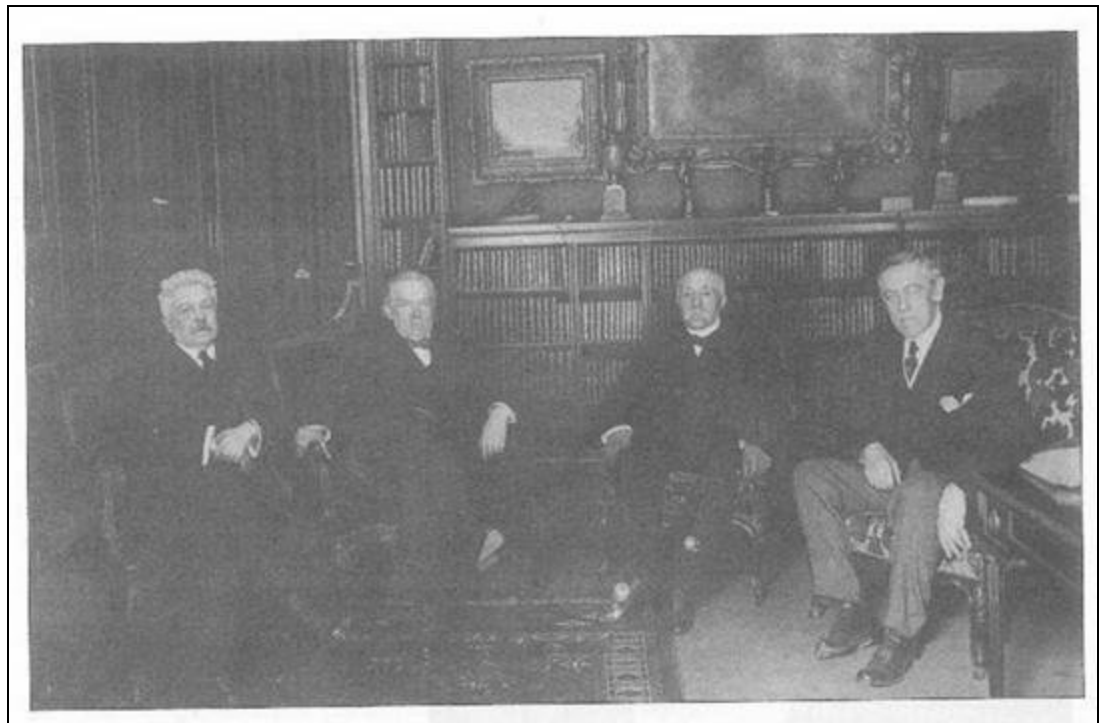
9. *El mariscal Ferdinand Foch, comandante en jefe de las fuerzas francesas y comandante supremo de las aliadas. Atacó a Clémenceau por ceder demasiado en el caso de las condiciones de paz para Alemania y, en particular, por aceptar una garantía anglo-norteamericana de acudir en defensa de Francia, si se producía un futuro ataque alemán, en vez de insistir en que Francia controlase los territorios alemanes situados al oeste del Rin.*



10. Dibujo que muestra la multitud que esperaba ante el Ministerio de Asuntos Exteriores francés en el Quai d'Orsay para ver a los negociadores.



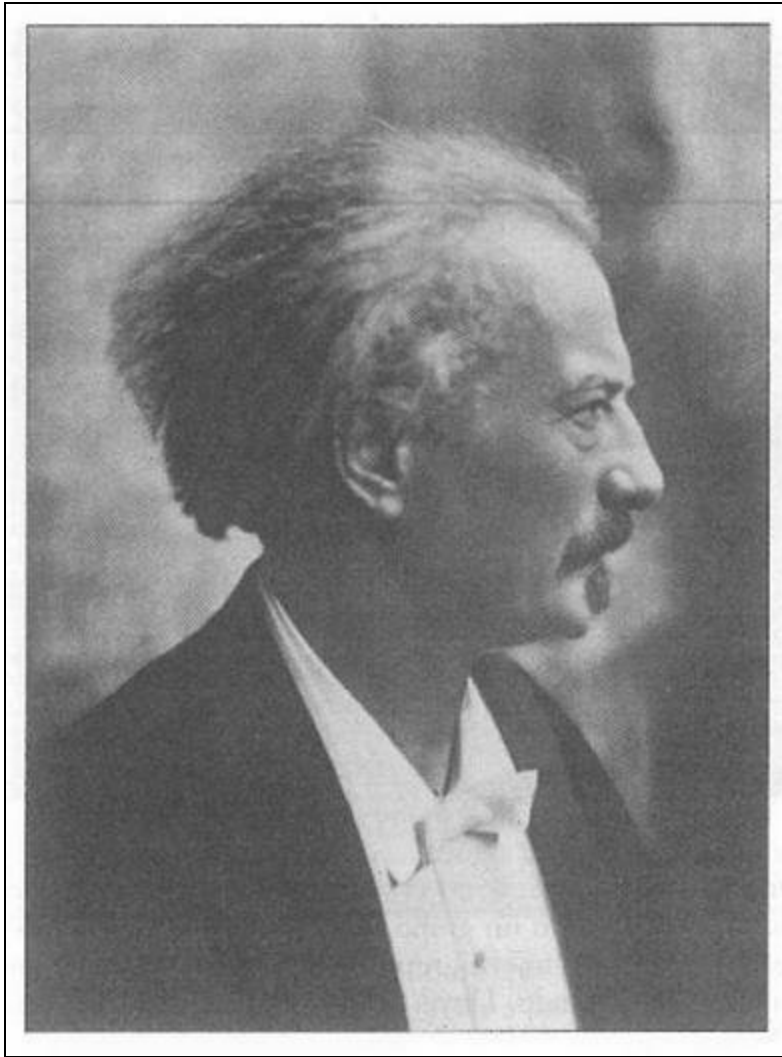
11. Los chóferes de los negociadores.



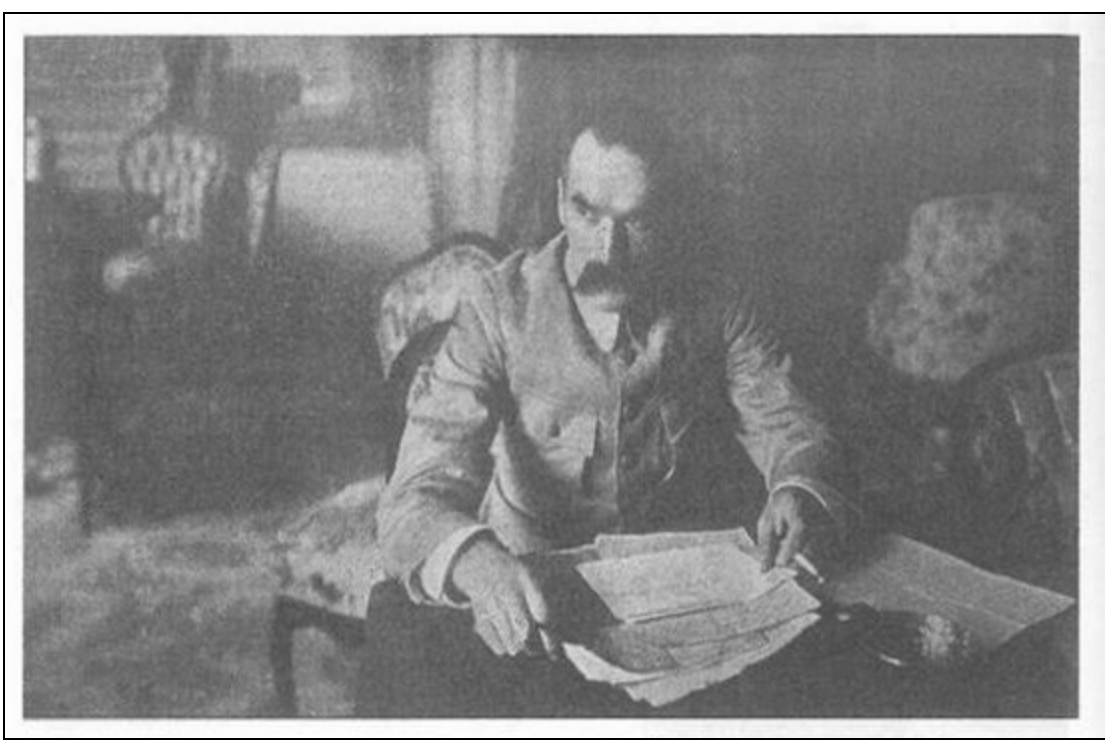
12. En marzo de 1919, al regresar Woodrow Wilson de su breve estancia en Estados Unidos y David Lloyd George de Londres, se decidió acelerar el trabajo de la Conferencia de Paz suprimiendo el Consejo de los Diez y creando un grupo más reducido y menos protocolario. El Consejo de los Cuatro, nombre del nuevo grupo, se reunía generalmente en el estudio de Wilson. De izquierda a derecha: Orlando, Lloyd George, Clemenceau, Wilson.¹³



13. Los negociadores se veían asediados por peticionarios. Uno de los más atractivos era la reina María de Rumania, que llegó a París con un séquito numeroso y un enorme vestuario, y que exigía cerca de la mitad de Hungría.¹⁴ Entre los numerosos pueblos que esperaban que la Conferencia de Paz reparase sus agravios estaban los polacos, cuyo país se habían repartido las potencias vecinas a finales del siglo XVIII. En 1918, tras la caída de Rusia, Alemania y Austria Hungría, Polonia tuvo la oportunidad que esperaba. Ignacy Paderewski, el gran pianista que se convirtió en el primer jefe de Gobierno del nuevo país, hizo mucho por obtener el apoyo de las potencias.



14. Entre los numerosos pueblos que esperaban que la Conferencia de Paz reparase sus agravios estaban los polacos, cuyo país se habían repartido las potencias vecinas a finales del siglo xviii. En 1918, tras la caída de Rusia, Alemania y Austria-Hungría, Polonia tuvo la oportunidad que esperaba. Ignacy Paderewski, el gran pianista que se convirtió en el primer jefe de Gobierno del nuevo país, hizo mucho por obtener el apoyo de las potencias.



15. Mientras Paderewski trabajaba en París, el general Józef Piłsudski se esforzaba en Varsovia por crear de nuevo el Estado polaco y formar un ejército polaco. Aunque sus ambiciones territoriales no llegaban tan lejos como las de algunos patriotas polacos, no por ello dejó de apoderarse de partes del sur de Lituania y, en el este, penetró en Bielorrusia y Ucrania, lo cual provocó un choque con los bolcheviques.



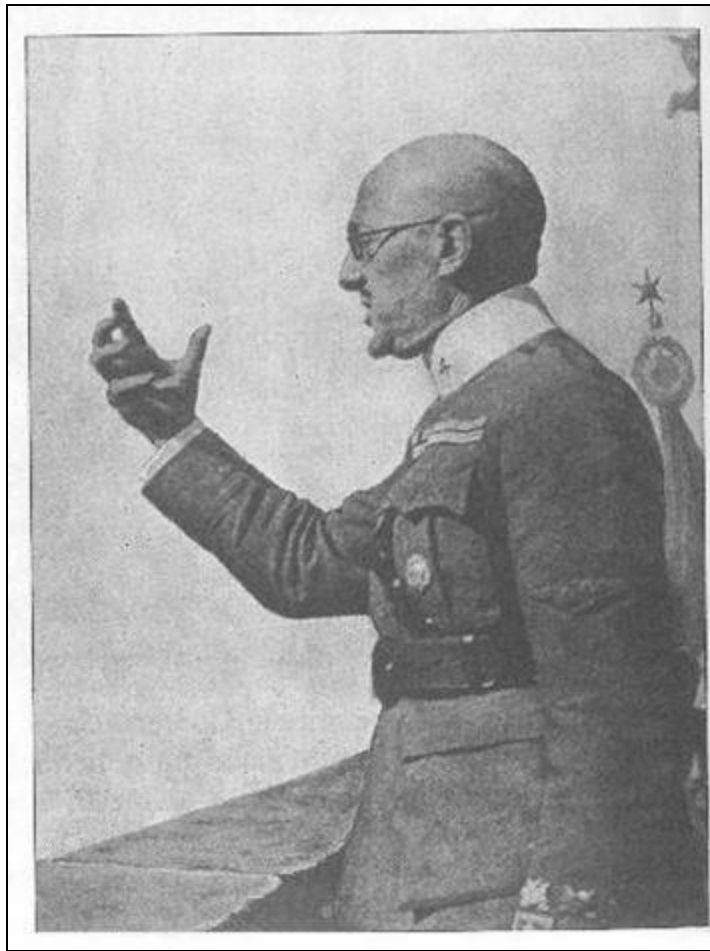
16. Béla Kun, el comunista húngaro cuya toma del poder en Budapest en marzo de 1919 causó alarma en París. El general Smuts, al que los negociadores enviaron a Hungría con el encargo de estudiar la situación, sacó la conclusión de que era improbable que Kun permaneciera mucho tiempo en el poder. En agosto de 1919 tuvo que huir, cuando sus enemigos conspiraron contra él y dos países vecinos, Checoslovaquia y Rumania, empezaron a apoderarse de territorio húngaro.



17. La delegación árabe ante la Conferencia de Paz: El príncipe Feisal (delante), que esperaba que se creara un Estado árabe que gobernaría su familia, y, a su izquierda, T.E. Lawrence con el tocado árabe que tanto enfureció a los franceses. A pesar de las promesas que hicieron durante la guerra, ni los británicos ni los franceses estaban dispuestos a renunciar al control del Próximo Oriente, y los árabes llegarían a ver la Conferencia de Paz como otra traición por parte de las potencias occidentales.



18. *El primer ministro italiano, Vittorio Orlando, que sostiene un bastón, abandona la Conferencia de Paz. En abril de 1919 los italianos llegaron a un punto muerto con sus aliados en relación con las reivindicaciones de Italia en el Adriático, en particular el puerto de Fiume (Rijeka). Wilson se negó a ceder. El abandono de los italianos amenazó toda la conferencia, porque los negociadores estaban a punto de convocar a los alemanes para presentarles las condiciones de paz.*



19. *Fiume, pequeño puerto situado en el extremo septentrional del Adriático, donde los eslavos eran ligeramente más numerosos que los italianos, se convirtió en una cuestión nacionalista importante en Italia. Tras apoderarse de la ciudad en septiembre de 1919, el poeta Gabriele D'Annunzio permaneció en ella quince meses, desafiando a su propio Gobierno y pronunciando interminables discursos nacionalistas. Mussolini, el futuro dictador italiano, aprendió mucho de su ejemplo.*



20. *Eleutherios Venizelos, el primer ministro griego, que soñaba con una Gran Grecia que abarcara buena parte del antiguo Imperio otomano. Su enorme encanto le granjeó mucho apoyo en París, especialmente por parte de Lloyd George. El resultado fue que Grecia obtuvo los restos europeos del Imperio otomano en Tracia y permiso para enviar un ejército de ocupación a Esmirna (Izmir), puerto principalmente griego en la costa de Asia Menor.*



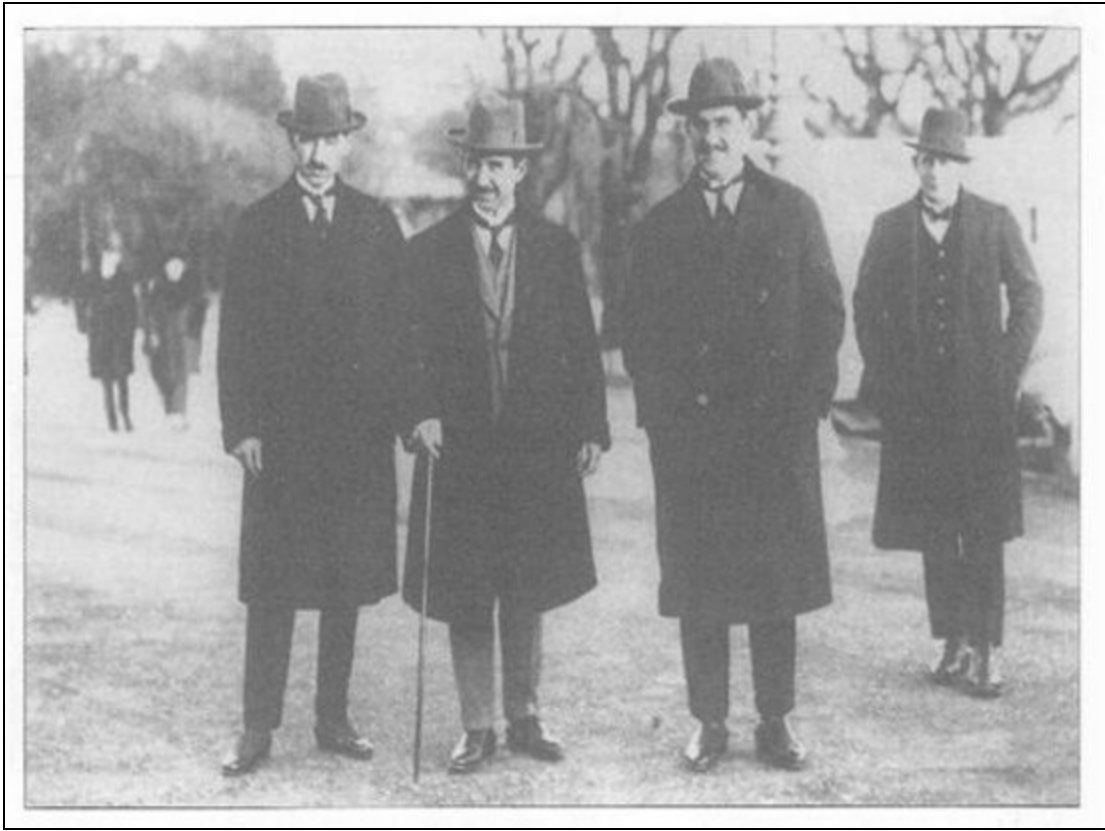
21. Los negociadores redactaron un tratado punitivo con el Imperio otomano, que se firmó en Sévres en 1921 pero que pasó por alto el nacionalismo turco, fuerza que empezaba a despertar y que ya había encontrado un líder en el distinguido general Kemal Atatiirk.



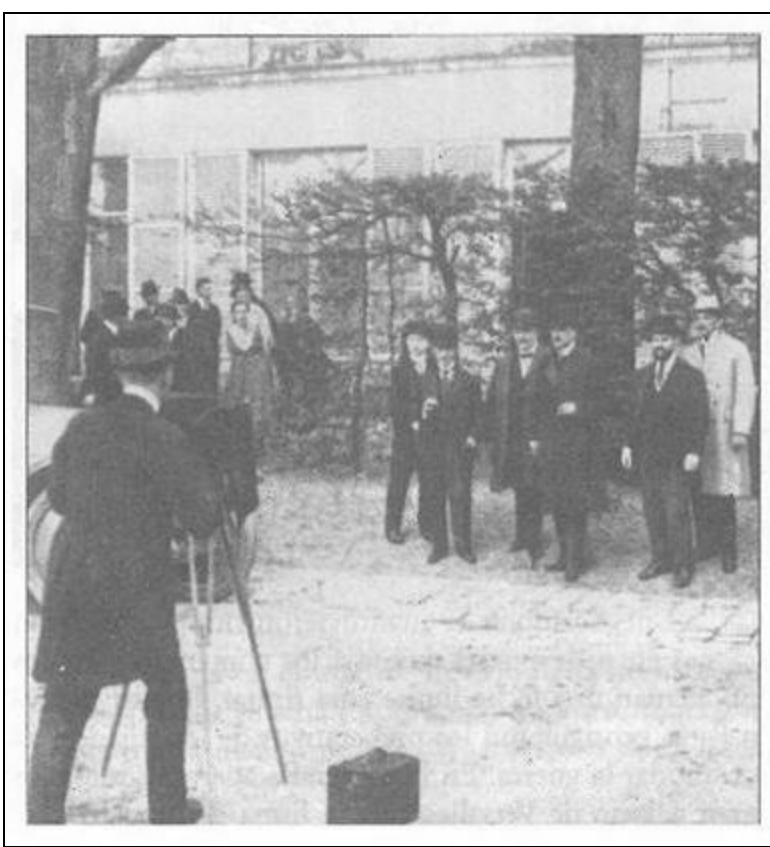
22. *Multitudes turcas vitorean la toma de Esmirna, hasta entonces en poder de los griegos, en 1922. Fue el fin de los sueños de Venizelos de la presencia griega en lo que sería la moderna Turquía.*



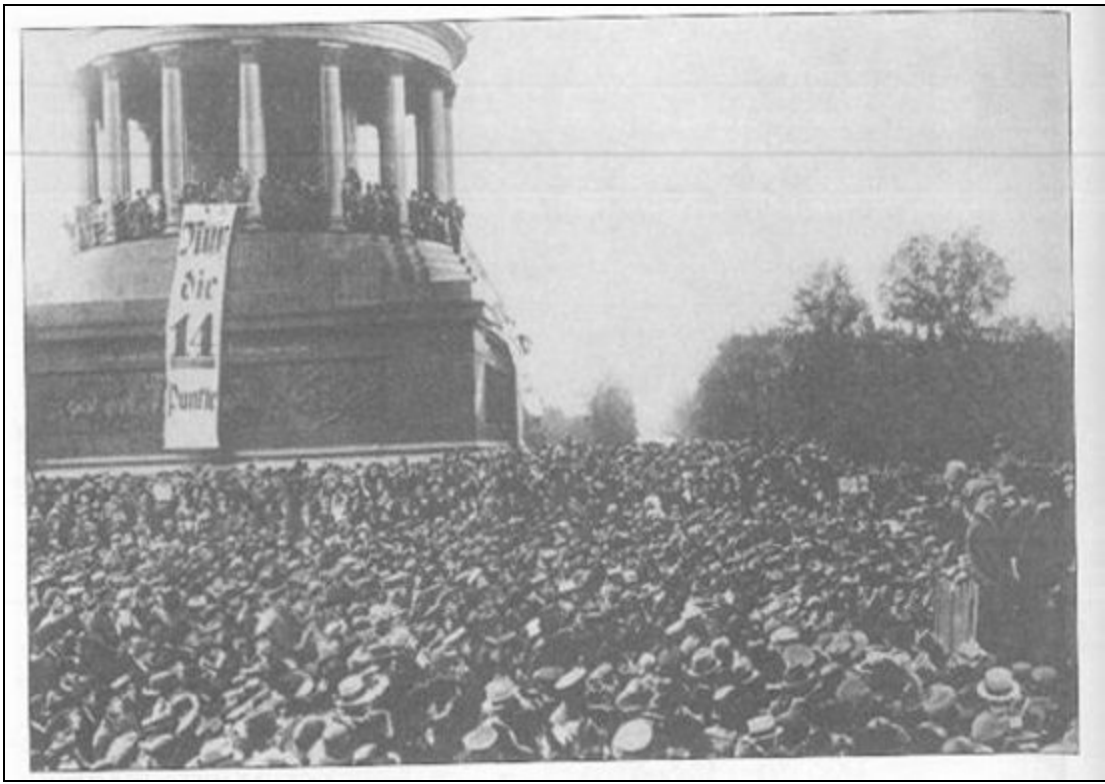
23. Lord Curzon, ministro de Asuntos Exteriores a partir de septiembre de 1919, vio con consternación el apoyo que Lloyd George prestaba a las ambiciones griegas y, más adelante, tuvo que negociar un nuevo tratado con los turcos que substituyera al de Sévres.



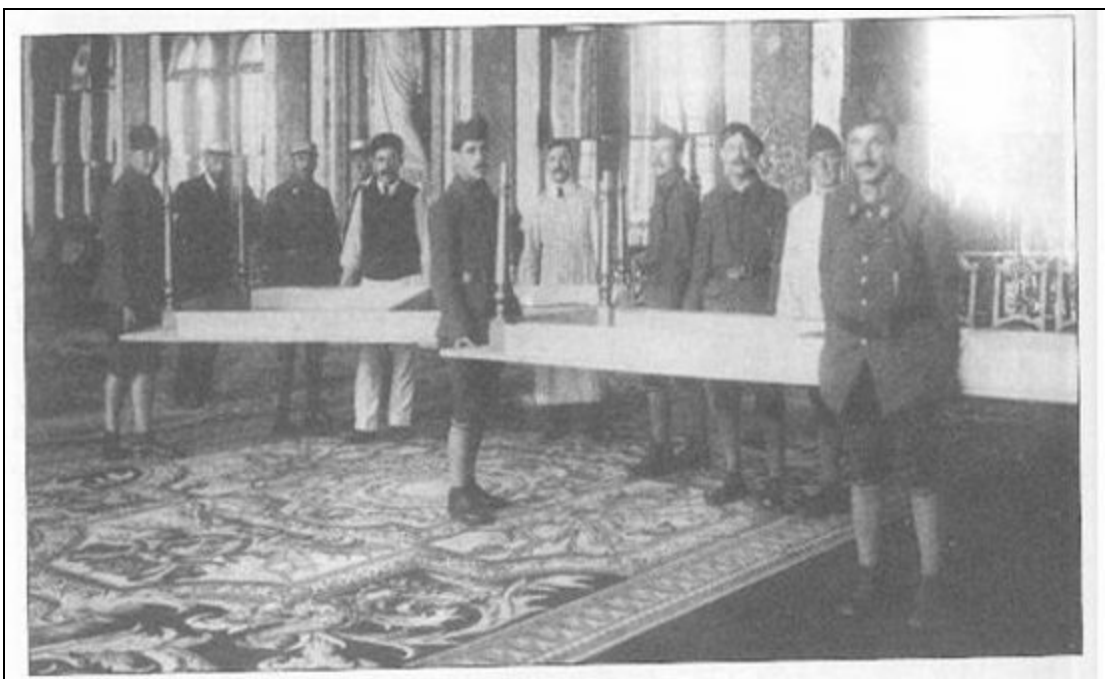
24. La delegación turca en Lausana en 1922-1923. El general Ismet, con un bastón en la mano, era el representante de confianza de Atatiirk y sacó de quicio a Curzon con su negativa a cambiar su postura en las negociaciones. Finalmente se firmó un tratado en 1923 que dejó a Turquía su forma actual.



25. *La Conferencia de Paz redactó tratados con las potencias derrotadas de Austria, Bulgaria, Hungría y la Turquía otomana, pero el tratado con Alemania resultó difícil. Debido a los desacuerdos entre los Aliados, lo que debía ser una reunión preliminar antes de negociar con el enemigo se convirtió poco a poco en la Conferencia de Paz propiamente dicha. Las condiciones para Alemania no estuvieron listas hasta mayo de 1919. El conde Ulrich Brockdorff-Rantzau (tercero por la derecha) era el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania y jefe de su delegación. Los alemanes nunca perdonaron a los Aliados que sencillamente presentasen las condiciones y se negaran a negó.*



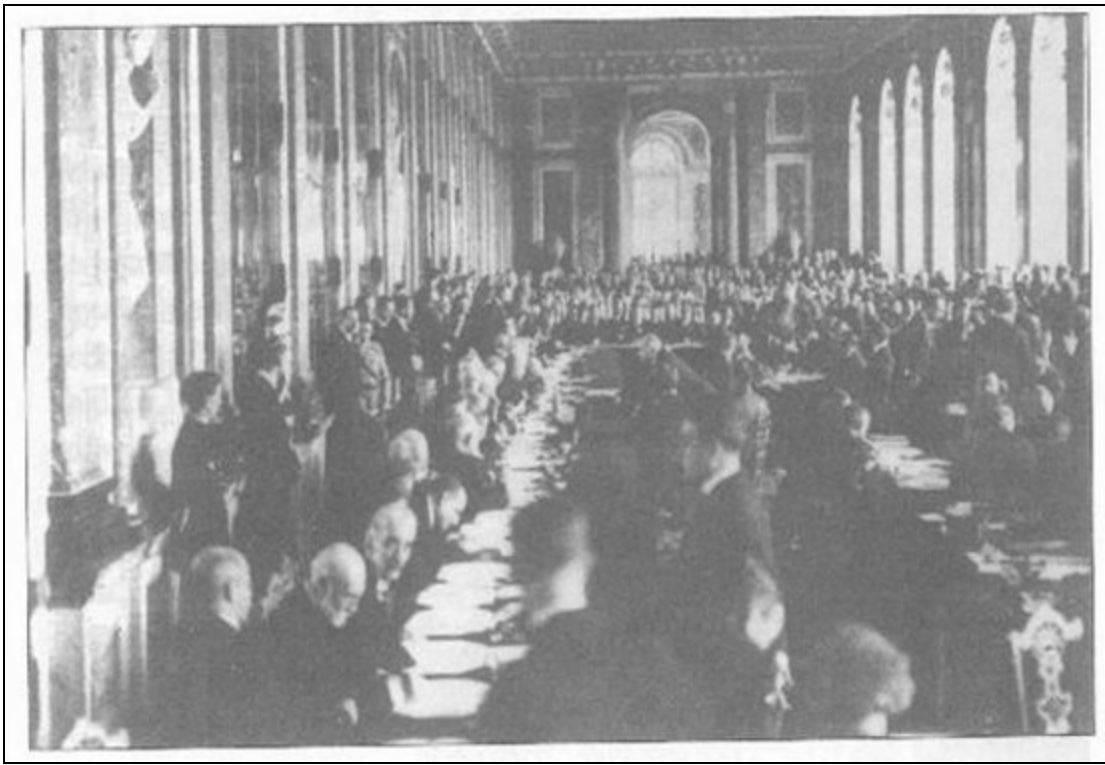
26. Enorme manifestación de protesta en Berlín. Las condiciones de paz horrorizaron a los alemanes, que las consideraron una traición de la promesa que creían que les habían hecho los Aliados al firmarse el armisticio: que se negociaría la paz basándose en la nueva diplomacia de Wilson, con su promesa de que no habría un castigo injusto. La pancarta que se ve en la fotografía exige «Sólo los Catorce Puntos», alusión a un famoso discurso de Wilson.



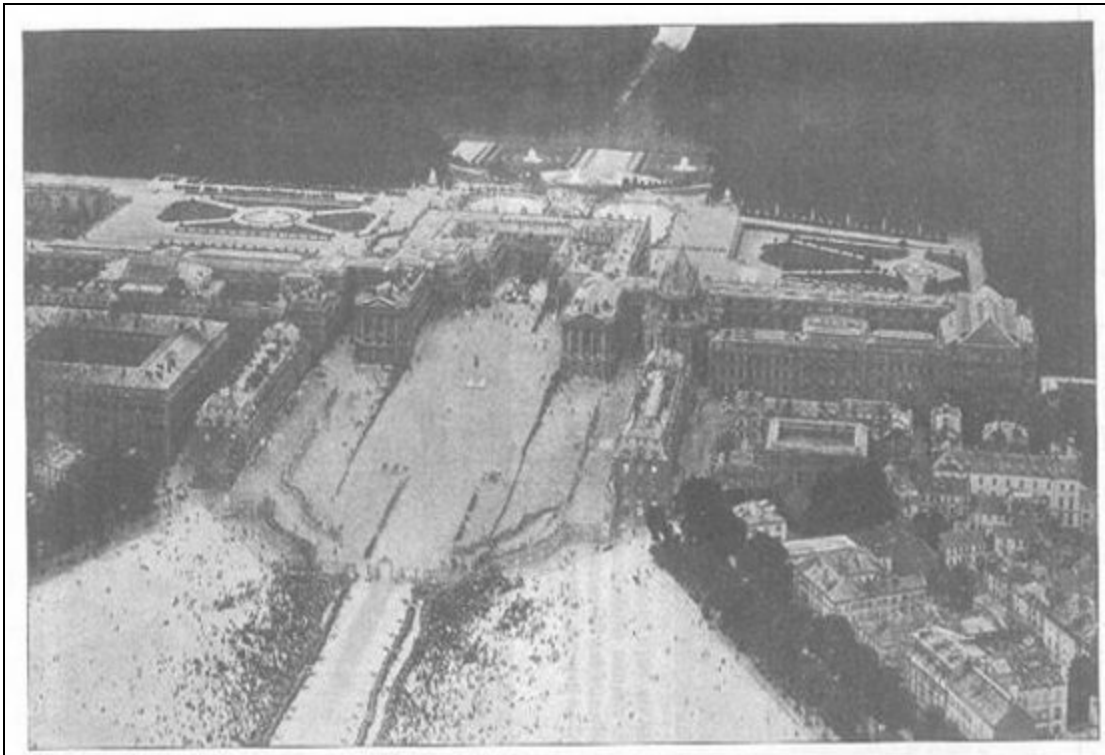
27. *A pesar de las objeciones alemanas, los negociadores se mantuvieron firmes e hicieron sólo pequeños cambios en las condiciones en su respuesta escrita a los comentarios de los alemanes. También dieron al Gobierno alemán una fecha límite para firmar, lo cual provocó una crisis política en Alemania. En París, prosiguieron los preparativos de los Aliados, ya fuera para la firma del tratado o para reanudar la guerra. En la fotografía aparecen soldados*



28. *El 23 de junio de 1919, poco antes de que expirase el plazo que habían fijado los Aliados, el Gobierno alemán finalmente accedió a firmar. La ceremonia se programó para el 28 de junio y las entradas fueron muy solicitadas. Algunos de los que no pudieron entrar en la Galería de los Espejos tuvieron que contemplar la escena por las ventanas.*



29. *La escena en el interior de la Galería de los Espejos al firmarse el Tratado de Versalles. El lugar tenía mucha importancia para los franceses, porque era donde se había proclamado la nueva nación de Alemania después de la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.*



30. *El palacio y los jardines de Versalles el 28 de junio de 1919. Corrió el agua de los surtidores y se dispararon salvas de artillería para anunciar la firma del tratado con Alemania a las multitudes que esperaban. Aunque la Conferencia de Paz continuó hasta enero de 1920, la ceremonia de 28 de junio señaló el fin de su fase más importante. Wilson emprendió el viaje de regreso a Estados Unidos aquella noche y Lloyd George volvió a Gran Bretaña poco después.*

Margaret MacMillan es historiadora. Estudió en las universidades de Toronto y Oxford, y en esta última se doctoró. Durante veinticinco años impartió clases en la Ryerson University. Entre 1995 y 2003 trabajó como redactora del *International Journal*. En la actualidad es rectora del Trinity College y profesora de Historia en la Universidad de Toronto. *París, 1919*, una de las obras más premiadas en la historia de su género, obtuvo el Duff Cooper Prize, el Samuel Johnson Prize 2002 para obras de no ficción, el PEN

Hessel-Titman Prize de Historia, el Arthur Ross Book Award y el Governor-General's Prize 2003 de no ficción.

Título original: Peacemakers. The Paris Conference of 1919 and It's Attemp to End War
Margaret MacMillan, Octubre de 2002.

Traducción: Jordi Beltran Ferrer

Ilustraciones: Lluís Clotet y Ramón Úbeda

Octubre 2005

Tiempo de Memoria TM 49

ISBN: 978-84-8310-438-5

Generado con: QualityEbook v0.72, Notepad++

Generado por: Paleógrafa, 12/03/2014



notes

Notas a pie de página

- 1 Cambon, vol. 3, pág. 292.
- 2 Temperley, History, vol. 1, págs. 243-246.
- 3 Webster, pág. 15.
- 4 Ribot, pág. 255.
- 5 Callwell, vol. 2, pág. 197.
- 6 Beers, pag. 148.
- 7 Seymour, pag. 8; Shotwell, pags. 67-69.
- 8 Willert, pag. 166.
- 9 FRUS, vol. 1, pags. 128-137; Walworth, Woodrow Wilson, vol. 2, pag. 215.
- 10 Link, Road to the White House, pags. 2-4; Nordholt, pags. 13 y 33.
- 11 Villard, pag. 226.
- 12 Biblioteca del Congreso, Documentos de Baker, Grupo 1, cuadernos, 8.3.1919.
- 13 C.T. Thompson, pag. 190.
- 14 F. Palmer, pag. 400.
- 15 Beers, pags. 52-53 y 100.
- 16 Armstrong, pag. 104; Walworth, Wilson and his Peacemakers, pag. 9; Palmer, pag. 363.
- 17 Walworth, Wilson and his Peacemakers, pag. 9.
- 18 Bailey, pag. 87.
- 19 House, Intimate Papers, vol. 4, pags. 220-226; Bailey, pags. 92-101.
- 20 Nordholt, pag. 195.
- 21 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 18.10.1918.
- 22 Fried, pag. 309.
- 23 PWW, vol. 55, pag. 120; vol. 56, pag. 128.
- 24 Scott, pag. 386.
- 25 Seymour, pags. 9-10.
- 26 Link, Confusions and Crises, pags. 11-14.
- 27 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, vol. 2, carta de 20.3.1919.
- 28 Biblioteca de la Universidad de Yale, Documentos de Auchincloss, Grupo 580, serie I, diario, 22.12.1918.
- 29 Hecksher, págs. 347-353 y 489-499.
- 30 Seymour, pág. 22.
- 31 íbid., págs. 23-26; Shotwell, págs. 75-78; Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, págs 41-44.
- 32 Scott, pág. 367; C.T. Thompson, pág. 369.
- 33 Seymour, pág. 24.
- 34 Link, The New Freedom, págs. 324-327; FRUS, vol. 2., pág. 461.
- 35 FRUS, vol. 2, págs. 461-462.
- 36 Link, The New Freedom, pág. 375.
- 37 íbid., pág. 386.
- 38 íbid., pág. 398.
- 39 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49734/186-192.
- 40 Link, The New Freedom, pág. 67.

- 41 Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, pág. 46.
- 42 Zivojinovic, pág. 44.
- 43 Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, pág. 46.
- 44 Seymour, pág. 26.
- 45 Roosevelt, pág. 97.
- 46 Fried, págs. 309, 318 y 332.
- 47 Sharp, «The Genie», *passim*.
- 48 Bonsai, *Suitors and Suppliants*, pág. 275.
- 49 PWW, vol. 55, pág. 463; Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, pág. 294.
- 50 Lansing, *Peace Negotiations*, págs. 97-98.
- 51 Temperley, *History*, vol. 1, pág. 439.
- 52 Sharp, «The Genie», pág. 10.
- 53 Wambaugh, vol. 1, págs. 3-5, 13-14 y 17; Davies, *White Eagle, Red Star*, pág. 35.
- 54 FRUS, vol. 12, pág. 515.
- 55 Temperley, *History*, vol. 4., pág. 429.
- 56 Spector, pág. 243.
- 57 Seymour, pág. 52.
- 58 Link, *Wilson the Diplomatist*, págs. 14-15.
- 59 *ibid.*, págs. 96-97.
- 60 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de Auchincloss*, 5.11.1918.
- 61 FRUS, vol. 1, págs. 296 y 407.
- 62 Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, pág. 43; Seymour, pág. 23.
- 63 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol.1, págs. 223-224.
- 64 Zeine, pág. 85, n. 11; H. Nicolson, *Peacemaking*, págs. 35-42.
- 65 Nordholt, págs. 285-286; Bailey, págs. 27-28; PWW, vol. 54, pág. 432; R.W. Curry, págs. 210—211.
- 66 Schwabe, *Wilson, Revolutionary Germany, and Peacemaking*, págs. 180-181.
- 67 PWW, vol. 53, págs. 378-379 y 397; Seymour, págs. 38-39; Shotwell, pág. 81-84.
- 68 Shotwell, págs. 85-88; PWW, vol. 53, págs. 382—384.
- 69 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 23.12.1918.
- 70 George y George, págs. 76-79.
- 71 Link, *New Freedom*, pág. 95.
- 72 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 16.12.1918.
- 73 Esposito, págs. 741-756; George y George, pág. 231.
- 74 Link, *New Freedom*, págs. 93-94.
- 75 *ibid.*, George y George, págs. 92-93.
- 76 House, *Intimate People*, vol. 4, pág. 88.
- 77 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Documentos de House*, serie II, c, diario.
- 78 Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 1, págs. 93-95.
- 79 Riddell, *Intimate Diary*, pág. 78.
- 80 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, págs. 245-246.
- 81 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 1.4.1919.
- 82 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 3.4.1919.
- 83 Véanse D. Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 6, capítulo 85; D. Stevenson, *First World War* págs. 225-235; Rudin, págs. 271-283.

84 Floto, pág. 78.

85 FRUS, vol. 1, pág. 333.

86 House, Intimate Papers, vol. 4, págs. 252-253.

87 Walworth, Woodrow Wilson, vol. 2, pág. 217.

88 Tillman, pág. 66.

89 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 181-182.

90 PWW, vol. 53, pág. 520.

91 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 185-201.

92 *ibid.*, págs. 193-194.

93 *ibid.*, págs. 149-150.

94 PWW, vol. 53, págs. 707-708; vol. 54, pág. 175.

95 FRUS, vol. 1, págs. 386-396; House, Intimate papers, vol. 4, pág. 243, n. 1.

96 PWW, vol. 54, pág. 235.

97 Ministère de la Défense, Documentos de Clemenceau, 6N72, Conférence de la Paix memorándum de 18.12.1918.

98 C.T. Thompson, págs. 56-58; Shotwell, pág. 100, n. 2.

99 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 152; Bonsai, Unfinished Business, pág. 68.

100 F. Stevenson, pág. 192; Riddell, Intimate Diary, pág. 41.

101 Watson, págs. 401-407.

102 D. Stevenson, «France at the Peace Conference», pág. 13.

103 Times, 21.12.1918.

104 Seymour, pág. 42.

105 Shotwell, pág. 88.

106 FRUS, vol. 11, pág. 498.

107 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 225.

108 Toynbee, págs. 200-202.

109 House, Intimate Papers, vol. 4, págs. 269-271; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 18.12.1918.

110 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, carta de 14.1.1919.

111 Shotwell, págs. 112 y 115.

112 House, Intimate Papers, vol. 4, págs. 218-219.

113 FRUS, vol. 1, págs. 119-125; Ministère de la Défense, Documentos de Clemenceau, 6N72 Conférence de la Paix, Pichón a Jusserand, 7.11.1918.

114 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 147-148.

115 Biblioteca de la Universidad de Yale, Documentos de Wiseman, serie I, 7/178, Diario de la Conferencia de Paz, 19.1.1919.

116 Williams, pág. 246.

117 Watson, pág. 220.

118 Kleine-Ahlbrandt, pág. 39.

119 Aldcroft, From Versailles to Wall Street, págs. 13-19.

120 Nevakivi, pág. 109.

121 Laroche, págs. 58-60; Keylor, «Versailles and International Diplomacy», pág. 48, n. 41.

122 Guiral, pág. 309.

123 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 118; Riddell, Intimate Diary, pág. 20.

124 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 28.4.1919.

- 125 Orlando, pág. 369.
- 126 F. Stevenson, pág. 286.
- 127 Williams, pág. 28.
- 128 íbid., págs. 16 y 280.
- 129 íbid., págs. 281-282.
- 130 íbid., pág. 278.
- 131 Watson, pág. 136.
- 132 F. Stevenson, pág. 212.
- 133 D. Lloyd George, War memoirs, vol. 5, pág. 2675.
- 134 Williams, pág. 249.
- 135 íbid., págs. 254-255.
- 136 D. Lloyd George, War Memoirs, vol. 5, pág. 2681.
- 137 Williams, pág. 165.
- 138 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 2, pág. 343.
- 139 Williams, pág. 72-74.
- 140 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 5.
- 141 Trachtenberg, Reparation in World Politics, pág. 30.
- 142 Mordacq, Le ministere Clemenceau, vol. 3, pág. 206.
- 143 P. Mantoux, vol. 2; Watson, págs. 338-339; Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix, 60 (Conditions de la Paix), notes préliminaires sur la réorganisation de l'Allemagne, 27.10.1917.
- 144 Churchill College, Documentos de Hankey, 4/11, Hankey a Esher, 10.2.1919.
- 145 Headlam-Morley, pág. 102.
- 146 Biblioteca del Congreso, Colección Beer, diario, 1.3.1919.
- 147 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 24.1.1919.
- 148 Riddell, Intimate Diary, pág.20.
- 149 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 106.
- 150 Watson, págs. 278-279 y 341; Williams, págs. 203-204; PWW. Vol. 57, pág. 513.
- 151 F. Lloyd George, pág. 155.
- 152 Hardinge, pág. 242.
- 153 F. Stevenson, pág. 192.
- 154 Nitti, pág. 95.
- 155 Repington, pág. 389.
- 156 Williams, pág. 286.
- 157 Keiger, págs. 92, 98 y 210.
- 158 Adamthwaite, pág. 8; Hughes, Policies and Potentates, págs. 223-227.
- 159 Keiger, pág. 223.
- 160 íbid., págs. 256-259.
- 161 íbid., págs. 234-236.
- 162 íbid., págs. 246-247 y 251-252.
- 163 íbid., pág. 255.
- 164 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 191.
- 165 Duroselle, pág. 723.
- 166 íbid., págs. 721-728 y 725.
- 167 Watson, pág. 226.
- 168 D. Lloyd George, War Memoirs, vol. 5, págs. 2678-2679 y 2686.

- 169 Mordacq, Clemenceau au soir de sa vie, vol. 1, págs. 256-257.
- 170 Rowland, pág. 419.
- 171 Cecil, Great Experiment, pág. 67.
- 172 Grigg, Young Lloyd George, págs. 100-102.
- 173 Grigg, From Peace to War, pág. 225.
- 174 Churchill, Aftermath, págs. 4-5.
- 175 Grigg, Young Lloyd George, págs. 210-212.
- 176 Harrod, pág. 257.
- 177 Personificación del pueblo inglés. (N. del T.)
- 178 Grigg, Young Lloyd George, pág. 67.
- 179 íbid., págs. 33-36.
- 180 Grigg, The People's Champion, pág. 338; Harrod, pág. 240.
- 181 Grigg, The People's Champion, pág. 77.
- 182 Ibid., pág. 358.
- 183 íbid., pág. 125, n. 3.
- 184 Ministère des Affaires Etrangères, Europe, 1918— 1929, EU18-40, Grande Bretagne, vol. 7
Les comptes-courants, 1.3.1923.
- 185 PWW, vol. 58, pág. 103.
- 186 Grigg, The people's Champion, págs. 327-330.
- 187 Grigg, From Peace to War, pág. 212.
- 188 íbid., pág. 478.
- 189 Dugdale, págs. 132-133.
- 190 Rowland, pág. 418.
- 191 Beaverbrook, pág. 303.
- 192 Dugdale, pág. 131; Grigg, From Peace to War, pág. 477.
- 193 Dockrill y Steiner, págs. 55-86.
- 194 Dugdale, pág. 199.
- 195 Fry, vol. 1, pág. 255.
- 196 Amery, vol. 1, pág. 240; Vansittart, pág. 248.
- 197 Fry, págs. 246-248; Grigg, From Peace to War, pág. 420.
- 198 Dockrill y Steiner, pág. 77.
- 199 Riddell, Intimate Diary, pág. 42.
- 200 Grigg, Young Lloyd George, págs. 212, 285 y 296— 297.
- 201 D. Lloyd George, War Memoirs, vol. 4, págs. 1731-1732.
- 202 Cook, pág. 385.
- 203 MacMillan, págs. 67-69 y 72-73.
- 204 Fitzhardinger, The Little Digger, vol. 2, págs. 91— 94 y 300; D. Lloyd George, War Memoirs
vol. 4, pág. 1744.
- 205 Roskill, vol. 2, pág. 29.
- 206 Fitzhardinger, Little Digger, vol. 2, pág. 354; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos
de Lloyd George, F/28/2/9.
- 207 Roskill, vol. 2, pág. 30.
- 208 RC. Brown, vol. 2, pág. 152.
- 209 Roskill, págs. 29-30
- 210 FRUS, vol. 1, págs. 482-486 y 531-533; Registro Público, CAB29/28, Actas de la delegació

- del Imperio británico, 1 (13.1.1919).
- 211 Zimmern, pág. 30.
- 212 Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, 490; Registro de la Cámara de los Lores Documentos de Lloyd George, F/5/5, Botha a Lloyd George, 15.5.1919.
- 213 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 240.
- 214 Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix, 1914-1920, vol. 287, travaux préparatoires de la conférence, Paul Cambon a Pichón, 6.11.1918.
- 215 Véase, por ejemplo, Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, anotaciones de 28.10.1918 y 6.2.1919.
- 216 Garran, pág. 257; Steed, vol. 2, pág. 265; H. Nicolson, Peacemaking, pág. 44-45.
- 217 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, carta de 9.2.1919.
- 218 Shotwell, pág. 170.
- 219 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Christie, vol. 4, carpeta 9; H. Nicolson Peacemaking, pág. 45; Toynbee, pág. 205.
- 220 E. Howard, pág. 288.
- 221 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Christie, vol. 7, carpeta 20.
- 222 Borden, vol. 2, pág. 844.
- 223 D. Lloyd George, War Memoirs, vol. 4, pág. 1754; Registro de la Cámara de los Lores Documentos de Lloyd George, F/5/2/28, Borden a Lloyd George, 23.11.1918.
- 224 Louis, Great Britain and Germany's Lost Colonies, págs. 82-83.
- 225 Fitzhardinge, Little Digger, vol. 2, págs. 82-83.
- 226 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 229.
- 227 íbid., pág. 113.
- 228 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, vol. 2, carta a la señora Biggar. 7.13.1919.
- 229 H. Nicolson, Peacemaking, págs. 253-254; Shotwell, págs. 175-177; Seymour, págs. 154-155 House y Seymour, pág. 181; N. Riddell y otros, The Treaty of Versailles, pág. 15; PWW, vol. 54 pág. 5.
- 230 House, Intimate Papers, vol. 4, pág. 469.
- 231 Churchill, Aftermath, págs. 13-14.
- 232 Gelfand, págs. 227-228 y 259.
- 233 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Borden, vol. 431, carpeta 53.
- 234 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 26.
- 235 FRUS, vol. 3, págs. 533-537; Tardieu, págs. 88— 91.
- 236 Hankey, págs. 29-31.
- 237 FRUS, vol. 3, págs. 553-556.
- 238 íbid., págs. 492 y 537.
- 239 íbid., págs. 600 y 618.
- 240 íbid., pág. 607.
- 241 Aldrovandi Marescotti, Nuovi ricordi, pág. 102.
- 242 FRUS, vol. 3, págs. 614 y 620-621.
- 243 White, Autobiography, pág. 555.
- 244 FRUS, vol. 3, págs. 612-613.
- 245 Mordacq, Le ministere Clemenceau, vol. 3, pág. 106.
- 246 FRUS, vol. 3, págs. 609-611.

- 247 Villard, págs 387-388.
- 248 FRUS, vol. 3, págs. 546-547.
- 249 íbid., pág. 551.
- 250 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág., 91.
- 251 Mazower, «Minorities», pág. 50.
- 252 Biblioteca del Congreso, Documentos de Bliss, caja 144, carta de 26.2.1919.
- 253 R.W. Curry, pág. 211.
- 254 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Borden, 444/157.
- 255 FRUS, vol. 3; págs. 1022-1023; Shotwell, pág. 179.
- 256 Shotwell, págs. 144-145; Seymour, pág. 128.
- 257 Hoover, pág. 88; Mitchell, págs. 92-96; FRUS, vol. 2, pág. 637; vol. 3, pág. 513.
- 258 FRUS, vol. 3, p. 516.
- 259 Hoover, págs. 91-99; FRUS, vol. 2, págs. 658— 661.
- 260 Ministère des Affaires Etrangères, Documentos de Tardieu, 166/195, «Conférence interallié de Londres, 2 et 3 décembre 1918»; Trachtenberg, Reparation in World Politics, págs. 23-24.
- 261 Hoover, págs. XV-XX.
- 262 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 305-306.
- 263 FRUS, vol. 2, págs. 713-714.
- 264 Temperley, History, vol. 1, págs. 304-308; Hoover, págs. 99-114.
- 265 Aldcroft, «Versailles Legacy», págs. 8-14; Silverman, capítulos 7 y 8.
- 266 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 88.
- 267 FRUS, vol. 3, págs. 159-164.
- 268 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 243.
- 269 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 326-327.
- 270 Ullman, vol. 2, pág. 111, n. 22; págs. 174-175.
- 271 Watson, págs. 315 y 372.
- 272 Headlam-Morley, págs. 7-8.
- 273 Baker, Woodrow Wilson and World Settlement, vol. 2, pág. 64.
- 274 Archivos Nacionales de Canadá, C1864, Diario de Borden, 13-2-19.
- 275 R Mantoux, vol. 1, pág. 46.
- 276 Klein, passim.
- 277 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, vol. 2, cartas de 20.1.1919, 4.4.1919 y 5.2.1919.
- 278 J.M. Thompson, págs. 173-176.
- 279 Ullman, vol. 2, págs. 141-142.
- 280 Gilbert, Churchill, vol. 4, págs. 227, 277-279, 355-356 y 375; D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol.1, pág. 325.
- 281 Ullman, vol. 1, págs. 68-70.
- 282 FRUS, vol. 3, pág. 583.
- 283 PWW, vol. 56, pág. 247.
- 284 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 330-331.
- 285 Davies, White Eagle, Red Star, pág. 90.
- 286 Duroselle, pág. 809.
- 287 FRUS, vol. 3, págs. 591-592.
- 288 Shotwell, pág. 77.

289 Ashmead-Bartlett, pág. 201.

290 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, pág. 321.

291 FRUS, vol. 3, pág. 491.

292 Watson, págs. 48-55.

293 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F3/4/5, Balfour a Lloyd George, 18.1.1919.

294 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, pág. 369; Bonsai, Suitsors and Suppliants, pág. 20.

295 FRUS, vol. 3, págs. 581-584.

296 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de Wiseman*, 19.1.1919.

297 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 2 (20.1.1919).

298 Churchill, *Aftermath*, págs. 243-244.

299 Gilbert, Churchill, vol. 4, pág. 231.

300 Mamatey, pág. 297.

301 J.M. Thompson, págs. 5-6 y 46-50.

302 Knock, págs. 156-157.

303 Noble, pág. 270.

304 Ullman, vol. 2, capítulo 1.

305 Gilbert, Churchill, vol. 4, págs. 226-227.

306 *ibid.*, págs. 230-233.

307 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 8 (17.2.1919).

308 Azan, pág. 239.

309 Kenez, págs. 180-191; Pipes, págs. 74-75.

310 FRUS, vol. 3, págs. 471-473; vol. 4, págs. 122— 123 y 379-382; F. Palmer, pág. 378.

311 Hovi, págs. 216-217 y *passim*.

312 FRUS, vol. 4, pág. 121; Gilbert, Churchill, vol. 4, pág. 254; Registro Público, Documentos de gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 8 (17.2.1919).

313 Ministère de la Défense, Documentos de Clemenceau, 6N72, notas de una conversación en el 10 de Downing Street, Londres, 11.12.1919.

314 Churchill College, Documentos de Churchill, Grupo Charwell, Char 16/20, Lloyd George Churchill, 16.2.1919.

315 Churchill, *Aftermath*, págs. 266-267.

316 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 771, Lloyd George a Kerr, 19.2.1919.

317 Figes, pág. 575; Ullman, vol. 2, págs. 212-214.

318 Gilbert, Churchill, vol. 4, págs. 264 y 286.

319 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/89/2/20, Lloyd George Kerr, 16.2.1919.

320 FRUS, vol. 3, págs. 647-653.

321 Riddell, *Intimate Diary*, pág. 13.

322 C.T. Thompson, pág., 133.

323 Debo, pág. 18.

324 Fischer, págs. 101-103.

325 J.M. Thompson, págs. 90-91.

326 FRUS, vol. 3, págs. 643-646.

327 Archivos Nacionales de Canadá, Diario de Borden, 25.1.1919.

328 J.M. Thompson, págs, 115-116.

329 *ibid.*, págs. 119-122; E. Howard, pág. 300.

330 J.M. Thompson, págs. 110-111 y 122; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Wiseman, 19.1.1919.

331 Poincaré, pág. 131.

332 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1216, Kerr a Lloyd George, 11.2.1919.

333 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 368.

334 Gilbert, Churchill, vol. 4, págs. 239-243; Churchill, Aftermath, pág. 173; FRUS, vol. 3, págs 1041-1044.

335 Registro Publico, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 8 (17.2.1919); FRUS, vol. 4, págs. 10— 21; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 17.2.1919; Callwell, voi. 2, pág. 170.

336 Riddell, Intimate Diary, pág. 21.

337 Churchill, Aftermath, págs. 176-177; Churchill College, Documentos de Churchill, Char 16/20 Lloyd George a Churchill, 16.2.1919.

338 Callwell, voi. 2, pág. 170; J.M. Thompson, págs. 141-143.

339 Tillman, pág. 141.

340 J.M. Thompson, págs. 149-152.

341 Brownell y Billings, págs. 18-21 y 29-33.

342 Farnsworth, págs. 50-53.

343 Steffens, pág. 791.

344 Farnsworth, págs. 35-39; J.M. Thompson, págs. 152-158.

345 Farnsworth, pág. 40; Steffens, págs. 797-798.

346 Steed, vol. 2, págs. 302-306.

347 Ullman, vol. 2, págs. 153-157.

348 Brownell y Billings, págs. 93-98; Farnsworth, págs. 62-63.

349 Hoover, págs. 118-119 y 247-249.

350 *ibid.*, págs. 120-122.

351 Huntford, págs. 488-489; J.M. Thompson, págs. 263-267.

352 Pipes, págs. 9-14.

353 Churchill, Aftermath, pág. 186.

354 P. Mantoux, vol. 2, págs. 193-195 y 333-334.

355 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 28 y 29.1.1919.

356 Henig, págs. 164-166.

357 Kissinger, pág. 161; M. Howard, capítulos 1-3.

358 H. Nicolson, Peacemaking, págs. 31-32.

359 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F /117/1/3, Gabinete Imperial de la Guerra, 1918, Actas de reuniones, 46, 24.12.1918; Egerton, «The Lloyd George Government», pág. 431.

360 Cecil, All the Way, págs. 153-156.

361 Noble, págs. 99-104.

362 PWW, vol. 54, p. 235.

363 Cecil, Great Experiment, pág. 59.

- 364 Temperley, vol. 1, pág. 447.
- 365 Willert, págs. 152-153.
- 366 Hunter Miller, Drafting o f the Covenant, vol. 1, pág. 122.
- 367 Egerton, Great Britain and the Creation o f the League o f Nations, págs. 65-69.
- 368 Willert, págs. 152-153.
- 369 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, carta de 30-3-19.
- 370 Jones, vol. 1, pág. 28.
- 371 Hancock, págs. 1-51.
- 372 Hancock y Van der Poel, vol. 4, págs. 10-16.
- 373 Clemenceau, pág. 141.
- 374 Registro Público, CAB 29/12, memorándum de 3.12.1918.
- 375 Hunter Miller, Drafting o f the Covenant, vol. 2, págs. 23-60.
- 376 Hancock y Van der Poel, vol. 4, pág. 34.
- 377 Hunter Miller, Drafting o f the Covenant, vol. 1, págs. 34-36.
- 378 Hancock y Van der Poel, vol. 4, págs. 41-42.
- 379 PWV, vol. 55, pág. 266; Tillman, pág. 73.
- 380 Clemenceau, pág. 138.
- 381 Cecil, Great Experiment, págs. 11-16; Cecil, A ll the Way, págs. 13-18.
- 382 Cecil, Great Experiment, pág. 63; Raffo, pág. 166.
- 383 PWV, vol. 54, pág. 152.
- 384 FRUS, vol. 3, págs. 176-201.
- 385 PWV, vol. 54, pág. 152.
- 386 Hunter Miller, Drafting o f the Covenant, vol. 1, págs. 120-121, 124-126; Temperley, vol. 6, págs. 434-435.
- 387 PWV, vol. 54., pág. 514
- 388 Cecil, Great Experiment, págs. 64-65.
- 389 Baker, Woodrow Wilson and World Settlement, vol. 1, págs. 242-243.
- 390 House y Seymour, pág. 403.
- 391 Cecil, Great Experiment, págs. 64-65.
- 392 Ministère de la Defêse, Documentos de Clemenceau, 6N72, Conférence de la Paix memorándum de 18.12.1918.
- 393 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 28.4.1919.
- 394 Bonsai, Unfinished Business, pág. 30.
- 395 PWV, vol. 54, pág. 489.
- 396 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 256-257; Poincaré, pág. 283.
- 397 Willert, pág. 152.
- 398 Egerton, Great Britain and the Creation of the League of Nations, págs. 134-135.
- 399 Hunter Miller, Drafting o f the Covenant, vol. 1, págs. 209-210 y 216-217.
- 400 Lansing, Peace Negotiations, pág. 49; Widenor, págs. 306-307; Steed, vol. 2, pág. 28; Cecil Great Experiment, pág.78; Egerton, Great Britain and the Creation o f the League o f Nations, pág 142; Egerton, «The Lloyd George Government», págs. 432-433; Callwell, vol. 1, págs. 184 y 213.
- 401 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 195-196.
- 402 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F5/5/28, Borden a Lloy George, 23.11.1918.
- 403 Brown, vol. 2, págs. 155-156; Departamento de Asuntos Exteriores, Ottawa, vol. 2, págs. 58-

- 404 C.T. Thompson, págs. 187-188; Steed, vol. 2, pág. 282.
- 405 Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, págs. 209-210.
- 406 Ibid., págs. 216-217.
- 407 íbid., vol. 2, págs. 344-346.
- 408 PWW, vol. 56, págs. 164-165.
- 409 Poincaré, pág. 150.
- 410 PWW, vol. 55, pág. 120.
- 411 Cecil, Great Experiment, pág. 72.
- 412 FRUS, vol. 3, pág. 1002.
- 413 Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, págs. 279-280.
- 414 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 17 (3.4.1919 p.m.); House, Intimate Papers, vol. 4, pág. 285; Mayer, págs. 387-380.
- 415 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 656.
- 416 FRUS, vol. 3, págs. 210-215.
- 417 PWW, vol. 55, pág. 160.
- 418 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 27 (21.4.1919); Tillman, págs. 280— 283.
- 419 Tillman, págs. 287-294; Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, págs. 337-338.
- 420 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 27 (21.4.1919).
- 421 Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, págs. 442-450; Walworth, Woodrow Wilson, vol. 2, págs. 302-303.
- 422 FRUS, vol. 3, págs. 285-319; Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, pág. 497.
- 423 Cecil, A ll the Way, pág. 152.
- 424 Tillman, pág. 133.
- 425 Registro Escocés, GD 40, Documentos de Lothian, 883/2, notas de Headlam-Morley, 2.4.1919.
- 426 Temperley, vol. 3, pág. 221.
- 427 Lo u i s, Great Britain and Germany's Lost Colonies, págs. 7-9.
- 428 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 622-625; Louis, Great Britain and Germany's Lost Colonies, pág. 119.
- 429 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 5 (28.1.1919).
- 430 C.T. Thompson, pág., 160.
- 431 Poincaré, pág. 104.
- 432 Mordacq, Le ministere Clemenceau, vol. 3, pág. 192.
- 433 FRUS, vol. 3, págs. 803-804; Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1, págs. 115-116 y 501-503; Hankey, págs. 143-144; Marston, págs. 185-186.
- 434 Farwell, págs. 73-75; Biblioteca Bodleyana, Documentos de Milner, dep. 380/2/8-10 y 380/3/11.
- 435 FRUS, vol. 3, págs. 722-723 y 740-745.
- 436 Walworth, Wilson and his Peacemakers, pág, 71.
- 437 FRUS, vol. 3, págs. 720-722.
- 438 W.J. Hudson, pág. 17; Rowley, págs. 276-279.
- 439 W.J. Hudson, pág. 78.

440 Hiery, págs. 157-159.

441 *ibid.*, págs. 177, 206.

442 C.T. Thompson, págs. 159-161.

443 Biblioteca Nacional de Australia, Documentos de Eggleston, 423/6/58-92, diario privado de la Conferencia de Paz, 29.1.1919.

444 FRUS, vol. 3, págs. 759-763.

445 *ibid.*, pág. 768.

446 *ibid.*, págs. 743 y 765-766.

447 PWW, vol. 54, pág. 308.

448 House, Intimate Papers, vol. 4, pág. 297.

449 FRUS, vol. 3 pág. 771.

450 Roskill, pág. 53; Registro Publico, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 4 (27.1.1919); D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties vol. 1, pág. 538; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 27.1.1919.

451 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 29.1.1919; Hunter Miller, Drafting of the Covenant, vol. 1 pág. 109.

452 Garran, pág. 265.

453 Borden, pág. 908.

454 Sharp, Versailles Settlement, pág. 162.

455 Borden, pág. 906.

456 R I d d e l l, Intimate Diary, págs. 16-18; Fitzhardinge, «Hughes and the Treaty of Versailles» págs. 136-137.

457 House, Intimate Papers, vol. 4, pág. 299.

458 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 542; Archivos Nacionales de Canadá, Diario de Borden, 30.1.1919; Bonsai, Unfinished Business, pág. 37.

459 Biblioteca Nacional de Australia, Documentos de Eggleston, 423/6/8-31 «The Paris Peace Conference».

460 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 542-546; FRUS, vol. 3, págs. 797— 802.

461 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 106-107.

462 Lewis, págs. 574-576, 577-578.

463 Archivos Nacionales de Australia, Documentos de Borden, vol. 431, carpeta 5; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F 28/3/34, Hughes a Milner, 3.5.1919; F 28/3/35 y F 28/3/37, Hughes a Lloyd George, 9.5.1919; F36/4/10, Allen a Massey, 15.5.1919; F36/4/15, Massey a Milner, 15.5.1919.

464 Guardian Weekly, 4.7.1993; 11.7.1993; 4.11.1999.

465 Biblioteca Bodleyana, Documentos de Milner, 390, Costa a Clemenceau, 4.5.1919.

466 Lo u i s, Great Britain and Germany's Lost Colonies, págs. 151-152.

467 FRUS, vol. 5, pág. 420.

468 Marks, Innocent Abroad, págs. 46-47.

469 Lo u i s, Great Britain and Germany's Lost Colonies, págs. 64-66.

470 Marks, Innocent abroad, pág. 320.

471 PWW, vol. 54, pág. 149.

472 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 247.

473 Mitrovic, págs. 207-208.

- 474 Dragnich, Serbia, Pasic and Yugoslavia, pág. 226.
- 475 Sforza, Fifty years, págs. 113 y 146-147.
- 476 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 802.
- 477 Banac, págs. 158-159.
- 478 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 925, notas de una entrevista de Lloyd George con Pasic, 15.10.1918.
- 479 Banac, pág. 59.
- 480 Armstrong, pág. 261.
- 481 Sforza, Fifty Years, págs. 8-9.
- 482 Durham, pág. 95.
- 483 Block, pág. 51.
- 484 Durham, págs. 209 y 232-233.
- 485 Lederer, pág. 92.
- 486 Armstrong, pág. 364; West, pág. 366.
- 487 Lederer, pág. 86.
- 488 C.A. Macartney, Hungary and her Successors, pág. 365.
- 489 Sforza, Fifty years, pág. 157.
- 490 Tanner, pág. 125.
- 491 Albrecht-Carrié, Italy at the Paris Peace Conference, págs. 30-31.
- 492 Tanner, pág. 115; Steed, vol. 2, págs. 165-166.
- 493 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 56/2/18. Rennell Rodd y Arthur Balfour, 11.11.1918.
- 494 Tanner, pág. 116.
- 495 Dragnich, «Serbian Government», págs. 43-44.
- 496 Steed, vol. 2, págs. 235-239.
- 497 Seton-Watson y Seton Watson, págs. 313 y 319.
- 498 Temperley, vol. 4, págs. 202-203.
- 499 Tanner, págs. 119-120.
- 500 FRUS, vol. 12, pág. 475.
- 501 íbid., págs. 487-488.
- 502 B. Jelavich, vol. 2, págs. 150-152.
- 503 Lederer, pág. 113.
- 504 Bonsai, Suits and Suppliants, pág. 88.
- 505 FRUS, vol. 3, págs. 488 y 503.
- 506 Shotwell, pág. 136.
- 507 Cruttwell, pág. 235.
- 508 West, pág. 1051.
- 509 Durham, pág. 118.
- 510 Banac, pág. 276.
- 511 Departamento de Estado, Documentos de Lansing, vol. 2, pág. 123.
- 512 Calder, pág. 232, n. 63.
- 513 Museo Británico, Documentos de Balfour, Add MS 49744, Diario de Lord Derby, 16.11.1918 pág. 161.
- 514 Lederer, capítulos 4 y 5 passim.
- 515 íbid., pág. 165.

516 FRUS, vol. 4, págs. 45-53.

517 Seton-Watson y Seton-Watson, pág. 150.

518 House y Seymour, pág. 142.

519 Dockrill y Goold, págs. 89-92.

520 House, Intimate Papers, vol. 3, pág. 333.

521 FRUS, vol. 1, págs. 265-266.

522 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 227.

523 FRUS, vol. 3, págs. 813-815.

524 Callimachi, pág. 266.

525 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 248.

526 Spector, págs. 18-19.

527 Walworth, Wilson and his Peacemakers, pág. 102, n. 90.

528 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 254.

529 FRUS, vol. 3, págs. 818-834.

530 íbid., pág. 854.

531 íbid., pág. 827.

532 íbid., págs. 850-851.

533 Wolff, pág. 36.

534 Dillon, págs. 215 y 237.

535 Callimachi, págs. 56-58.

536 Gregory, págs. 52-53 y 122.

537 Cruttwell, pág. 293; Callimachi, pág. 49.

538 Seymour, págs. 97-98.

539 Lederer, pág. 100.

540 Spector, pág. 230.

541 Anderson, pág. 332, n. 2.

542 Rattigan, pág. 192.

543 Cruttwell, pág. 295.

544 Spector, págs. 44, n. 96 y 97.

545 FRUS, vol. 2, pág. 844.

546 Lederer, pág. 142.

547 Spector, pág. 89.

548 FRUS, vol. 3, págs. 851-854.

549 Dockrill y Goold, pág. 93.

550 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 269.

551 Marston, pág. 117.

552 Macartney, Hungary and her Successors, págs. 380-390 y 393-394.

553 Seymour, pág., 241.

554 íbid., pág. 158.

555 Tihany, págs. 297-320.

556 Seymour, págs. 173 y 268; Spector, pág. 125.

557 Biblioteca de la Universidad de Yale, Documentos de House, 2/570 26.4.1919, Actas de una conversación con Bratianu; Bonal, Suitors and Suppliants, págs. 169-171; Spector, pág. 72.

558 Pakula, pág. 274.

559 Callimachi, pág. 98.

560 Wolff, pág. 127.

561 Pakula, pág. 276.

562 Museo Británico, Documentos de Balfour, Add. MS 49744, correspondencia, págs. 267-268.

563 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 8.3.1919.

564 Museo Británico, Documentos de Balfour, Add. MS 49744, correspondencia, págs. 267-268.

565 F. Stevenson, pág. 171.

566 Spector, pág. 112, n. 46.

567 Pakula, pág. 285.

568 Walworth, Wilson and his Peacemakers, pág. 455.

569 Pakula, pág. 287.

570 Macartney, Hungary and her Successors, págs. 404 y 410-425.

571 FRUS, voi. 4, págs. 717-718 y 749-751.

572 Dockrill y Goold, págs. 94-95.

573 Wolff, pág. 41.

574 Roosevelt, pág. 382.

575 Constant, pág. 187.

576 Petsalis-Diomidis, pág. 160, n. 29; Groueff, pág. 59.

577 Dockrill y Goold, pág. 95.

578 Fitzherbert, pág. 235.

579 Repington, pág. 356.

580 Groueff, pág. 68.

581 Ibid.

582 Ibid., págs. 61, 68 y 78.

583 Petsalis-Diomidis, pág. 87.

584 Véanse, por ejemplo, Ekmeric, pág. 20; Lederer, pág. 125.

585 Petsalis-Diomidis, pág. 167.

586 FRUS, vol. 2, pág. 254.

587 íbid., págs. 246-247.

588 íbid., pág. 249.

589 Genov, pág. 20.

590 Temperley, vol. 4, pág. 450.

591 Genov, pág. 33.

592 íbid., pág. 31.

593 Spector, pág. 72; FRUS, vol. 2, págs. 264-266.

594 FRUS, vol. 8, pág. 84.

595 Genov, págs. 25 y 49.

596 Temperley, vol. 4, págs. 412-415.

597 Bowman, págs. 163-164; Groueff, pág. 65.

598 Petsalis-Diomidis, pág. 264.

599 Groueff, pág. 100; Crampton, págs. 96-98.

600 B. Jelavich, vol. 2, pág. 255.

601 PWW, vol. 55, págs. 152-153.

602 íbid., pág. 480.

603 Shotwell, págs. 108, 153-155 y 167; Cecil, Great Experiment, pág. 69; Seymour, págs. 152-157; H. Nicolson, Peacemaking, págs 104-108 y 357.

- 604 Churchill College, Documentos de Hankey, 4/11, Hankey a Esher, 10.2.1919; Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1240, Kerr a Lloyd George, 3.3.1919.
- 605 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 24 y 25.2.1919, Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 52/3/11, Derby a Lloyd George, 14.3.1919.
- 606 Silverman, págs. 20-39.
- 607 PWW, vol. 54, pág. 235; Villard, pág. 389; Klotz, pág. 105; Hardinge, pág. 231; Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, carta de 20.3.1919; Shotwell, pág. 157.
- 608 PWW, vol. 55, págs. 1, 41 y 153.
- 609 íbid., vol. 56, págs. 86-87.
- 610 Shotwell, págs. 136 y 187; Seymour, pág. 161; E. Howard, pág. 30.
- 611 Temperley, vol. 1, págs. 243-244.
- 612 Hugessen, pág. 22.
- 613 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 142; A.I. Kennedy, pág. 364.
- 614 Glyn, págs. 256-257; Fromkin, Time of the Americans, págs. 225-227.
- 615 F. Lloyd George, pág. 155.
- 616 La gente que frecuenta los cafés, clubes nocturnos y otros lugares de moda. (N. del T)
- 617 Maxwell, págs. 133 y 136.
- 618 íbid., pág. 136.
- 619 Seymour, pág. 144; Churchill College, Documentos de Hankey, 3/24 3-29, 18.1.1919.
- 620 Villard, págs. 398-399; Glyn, pág. 245.
- 621 Mee, pág. 106; Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar, carta de 26.1.1919.
- 622 PWW, vol. 57, págs. 502-503.
- 623 Maxwell, pág. 142.
- 624 Huddleston, págs. 113-114.
- 625 F. Stevenson, pág. 172.
- 626 Maxwell, págs. 137-138 y 162; Villard, pág. 454; Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3 pág. 287.
- 627 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 25.1.1919.
- 628 Hugessen, pág. 2528. Armstrong, pág. 71.
- 629 Armstrong, pág. 71.
- 630 F. Lloyd George, pág. 149.
- 631 E. Howard, pág. 308; Dillon, pág. 31.
- 632 F. Stevenson, pág. 173.
- 633 Seymour, pág. 138.
- 634 Shotwell, págs. 189-190.
- 635 White, pág. 556.
- 636 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 21.4.1919; Shotwell, págs. 234-239, 270-293 y 280; Seymour, págs. 195-200.
- 637 Lansing, Peace Negotiations, pág. 107; Bonsai, Unfinished Business, pág. 42; Beers, pág. 149 White, pág. 566; PWW, vol. 57, pág. 141.
- 638 Hankey, capítulo 9; Seymour, pág. 169.
- 639 H. Nicolson, Peacemaking, págs. 175-176.
- 640 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 31, págs. 133-135; C.T. Thompson, pág. 218; F. Stevenson, pág. 172.
- 641 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 771, Lloyd George a Kerr, 19.2.1919.

- 642 Mee, pág. 101; Repington, pág. 189; Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, págs. 138-145; Poincaré, págs. 167 y 177; PWW, vol. 57, pág. 332; Steed, vol. 2, pág. 325.
- 643 Jones, vol. 1, pág. 76.
- 644 Rowland, págs. 507-509; Jones, vol. 1, pág. 79.
- 645 Nordholt, págs. 317-321.
- 646 Walworth, *Wilson and his Peacemakers*, págs. 182-183; Widenot, págs. 283-287.
- 647 Denominación despectiva que se aplica al abogado poco escrupuloso, que, por ejemplo, sigue a una ambulancia, porque cree que le llevará al lugar de un accidente, donde tal vez encuentre un cliente. (N. del T.)
- 648 Bonsai, *Unfinished Business*, pág. 59; *Bonsai, Suitors and Suppliants*, pág. 264; PWW, vol. 55 pág. 410; Nordholt, págs. 322-325; Biblioteca de la Universidad de Yale, Documentos de Auchincloss, 002-029, *Wilson a House*, 4.3.1919.
- 649 Ambrosius, págs. 93-96; *Bonsai, Suitors and Suppliants*, pág. 256.
- 650 Rudin, pág. 380.
- 651 Ministère des Affaires Etrangères, PA-AP 42, Documentos de Paul Cambon, vol. 68, informe de entrevista de Paul Cambon con Lloyd George, 12.11.1918.
- 652 Steed, vol. 2, pág. 252.
- 653 French, pág. 79 y passim.
- 654 Schwabe, *Woodrow Wilson, Revolutionary Germany*, pág. 156.
- 655 Véase, por ejemplo, FRUS, vol. 3, págs. 705-714 y 895-925.
- 656 FRUS, vol. 3, pág. 978.
- 657 *ibid.*, págs. 903 y 950.
- 658 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/147/3/4, nota de Foch Bliss, Wilson y Díaz, 9.4.1919.
- 659 St. Antony's College, Oxford, Documentos de Malcom, 1/12, anotaciones en el diario de 20.21 y 25.4.1919.
- 660 P. Mantoux, vol. 2, págs. 493-500.
- 661 F. Lloyd George, pág. 162.
- 662 FRUS, vol. 3, págs. 933-934.
- 663 Temperley, vol. 1, pág. 321.
- 664 FRUS, vol. 3, pág. 904.
- 665 *ibid.*, págs. 904-905; PWW, vol. 55, pág. 161; Keynes, *Two Memoirs*, págs. 61-62.
- 666 Epstein, págs. 293-294; Temperley, vol. 1, págs. 313-317, Marks, «Smoke and Mirrors», pág. 352, n. 62.
- 667 FRUS, vol. 4, págs. 274-293.
- 668 PWW, vol. 53, pag. 708.
- 669 Fried, pág. 324.
- 670 Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, pág. 51.
- 671 Röhl, capítulo 1.
- 672 Rose, pág. 229.
- 673 Rowland, págs. 463 y 466-469.
- 674 Callwell, vol. 2, pág. 149.
- 675 Rose, pág. 231; Lentin, *Lloyd George*, pág. 29; J. Campbell, págs. 449-459; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F /1 17/1/3, *Actas del Gabinete Imperial de la Guerra*, 37 (20.11.1918).

- 676 Goldstein, *Winning the Peace*, pág. 224.
- 677 P. Mantoux, vol. 1, págs. 189 y 193.
- 678 Walworth, *Wilson and his Peacemakers*, pág. 215, n. 51.
- 679 House y Seymour, págs. 231-258.
- 680 P. Mantoux, vol. 1, pág. 110.
- 681 House y Seymour, pág. 251.
- 682 Mordacq, *Le ministere Clemenceau*, vol. 3, pág. 27.
- 683 Aldrovandi Marescotti, *Nuovi ricordi*, pág. 92.
- 684 Röhl, págs. 210-211.
- 685 Eyck, vol. 1, págs. 187-188.
- 686 Tillman, págs. 164-165; Reynolds, pág. 121.
- 687 FRUS, vol. 3, pág. 930.
- 688 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F23/4/39, Hankey a Lloyd George, 19.3.1919.
- 689 Seymour, pág. 159.
- 690 Riddell, *Intimate Diary*, pág. 190.
- 691 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 24.1.1919.
- 692 PWW, vol. 53, pág. 410; Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 21.3.1919.
- 693 FRUS, vol. 3, pág. 905.
- 694 Guiral, pág. 291.
- 695 Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, pág. 265.
- 696 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 14.4.1919.
- 697 Liddell Hart, pág. 413.
- 698 Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, págs. 65 y 90-91.
- 699 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1214/1.
- 700 Ribot, pág. 256.
- 701 Véase, por ejemplo, FRUS, vol. 3, págs. 704— 714.
- 702 PWW, vol. 54, págs. 178, 275 y 301-302.
- 703 Lowry, págs. 20-22; Walworth, *Wilson and his Peacemakers*, págs. 49-49, 86-87; FRUS, vol. 3, págs. 896-908 y 970-979.
- 704 FRUS, vol. 3, págs. 901 y 972.
- 705 *ibid.*, págs. 900 y 905-906.
- 706 *ibid.*, pág. 903.
- 707 *ibid.*, págs. 970-979.
- 708 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F23/4/22, Hankey a Lloyd George, 23.2.1919.
- 709 FRUS, vol. 4, pág. 186.
- 710 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F3/4/15, Balfour a Lloyd George, 5.3.1919.
- 711 FRUS, vol. 4, págs. 213-230.
- 712 F. Palmer, pág. 375.
- 713 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/147/1, «Notes of an interview between M. Clemenceau, Colonel House and myself, 7.3.1919»; Callwell, vol. 2, pág. 173.
- 714 FRUS, vol. 4, págs. 69-71.
- 715 Keiger, pág. 258.

- 716 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49744/184-190, Derby a Balfour, 14.12.1918
Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 191.
- 717 Trachtenberg, Reparation in World Politics, págs. 86-87.
- 718 Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 387-389; Tardieu, pág. 146.
- 719 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F3/4/2, Foch a Lord Robert Cecil, 8.1.1919.
- 720 Callwell, vol. 2, pág. 153.
- 721 Liddell Hart, pág. 411.
- 722 McCrum, pág. 631.
- 723 íbid., págs. 629-630; J.C. King, pág. 80.
- 724 McCrum, pág. 631.
- 725 J.C. King, pág. 41.
- 726 McCrum, págs. 628-632.
- 727 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 23.2.1919; Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1229/2, Memorándum de Hankey 22.2.1919; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F89/2/29, Kerr a Lloyd George, 22.2.1919.
- 728 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 52/2/52, Derby a Balfour 14.12.1918.
- 729 Keiger, págs. 251 y 256-257.
- 730 J.C. King, capítulo 1.
- 731 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 9.2.1919.
- 732 Scott, pág. 372.
- 733 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 60/2/42, notas de una entrevista con el presidente, 23.1.1918; F/147/1, «Notes of an interview between M. Clemenceau Colonel House and myself, 7.3.1919».
- 734 Nelson, pág. 113.
- 735 McCrum, pág. 626, n. 10.
- 736 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol.1, pág. 386.
- 737 Tardieu, pág. 171; Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 118; D. Lloyd George Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 389— 399.
- 738 Duroselle, pág. 748.
- 739 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1217, Lloyd George a Kerr, 12.2.1919.
- 740 Churchill College, Documentos de Hankey, 1/5 diario, 27.8.1918; PWW, vol. 56, pág. 86.
- 741 PWW, vol. 55, pág. 462; Nelson, págs. 204— 205.
- 742 Seymour, pág. 216.
- 743 Tardieu, págs. 147-167.
- 744 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 396.
- 745 PWW, vol. 55, pág. 480.
- 746 Nelson, pág. 209.
- 747 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1174, notas de una conversación de 11.3.1919.
- 748 PWW, vol. 55, pág. 499.
- 749 íbid., pág. 488.
- 750 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs. 247-248; PWW, vol. 55, págs 152— 153.
- 751 PWW, vol. 55, pág. 530; Walworth, Wilson and his Peacemakers, pág. 204.

752 Callwell, vol. 2, pág. 174.

753 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 12, págs. 601-603.

754 FRUS, vol. 4, pág. 249.

755 PWW, vol. 55, pág. 522; Marder, vol. 5, pág. 251.

756 FRUS, vol. 4, pág. 224.

757 *ibid.*, págs. 224-225.

758 Marder, vol. 5, pág. 254.

759 Documentos de House, Biblioteca de la Universidad de Yale, serie 1/100293, Grey a House 3.6.1919.

760 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 65/49— 54, notas sobre Helgoland, 14.4.1919.

761 Marder, vol. 5, pág. 254.

762 FRUS, vol. 4, pág. 365.

763 P. Mantoux, vol. 1, págs. 252-256.

764 FRUS, vol. 3, pág. 475.

765 Marder, págs. 257-262.

766 Dingman, pág. 84.

767 P. Mantoux, vol. 1, pág. 377.

768 PWW, vol. 55, págs. 515-521; vol. 57, pág. 92.

769 *ibid.*, vol. 55, pág. 458; Marder, vol. 5, págs. 263— 264, Registro de la Cámara de los Lores.

Documentos de Lloyd George, F /147/1, «Notes of an interview between M. Clemenceau, Colone House and myself, 7.3.1919».

770 PWW, vol. 57, pág. 91.

771 Marder, vol. 5, págs. 228-230.

772 PWW, vol. 56, pág. 338.

773 Marder, vol. 5, págs. 231-234.

774 PWW, vol. 56, págs. 518-519.

775 Marder, vol. 5, pág. 269.

776 House y Seymour, pág. 259.

777 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 34 (1.6.1919, p.m.).

778 Véanse, por ejemplo, Schuker, American «Reparations», Marks, «Reparations Reconsidered» Marks, «The Myths of Reparations».

779 Keynes, Economic Consequences, págs. 41-45.

780 Skidelsky, vol. 1, pág. 389.

781 Keynes, Economic Consequences, pág. 36.

782 Keynes, Two Memoirs, pág. 20.

783 Keynes, Economic Consequences, pág. 7.

784 Skidelsky, vol. 1, págs. 384-391.

785 Burnett, vol. 1, págs. 1011-1014.

786 Silverman, pág. 145, y capítulo 5, *passim*, Schuker, The End of French Predominance, pág. 9.

787 Burnett, vol. 1, pág. 1018.

788 Trachtenberg, Reparation in World Politics, págs. 1-10; Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix, 59, «Conditions de la Paix: Notes et études sur les conditions de la paix à obtenir et les clauses à insérer dans les traités de paix à signer. Résumé des vœux et avis du Bureau d'Études Économiques».

789 Duchêne, pág. 40.

790 PWW, vol. 54, pág. 196.

791 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F6/6/49, Cecil a Lloyd George, 31.5.1919, y F89/2/35, Kerr a Lloyd George, 28.2.1919; D. Lloyd George, Truth about Reparations and War Debts, capítulo 9.

792 PWW, vol. 54, pág. 494.

793 íbid., 431; House y Seymour, pág. 484; Silverman, pág. 32-35.

794 Kent, págs. 40-43.

795 Rowland, pág. 494.

796 C.T. Thompson, pág. 236.

797 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 21.2.1919.

798 Burnett, vol. 1, págs. 31-32.

799 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 13 (13.3.1919).

800 Baruch, págs. 5-7.

801 Burnett, vol. 1, pág. 34.

802 Hardach, págs. 156-160.

803 Schuker, American «Reparations», pág. 20.

804 Burnett, vol. 1, pág. 33.

805 íbid., pág. 514.

806 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 33 (1.6.1919 a.m.).

807 Burnett, vol. 1, págs. 4-8 y 21.

808 B. Kent, pág. 69.

809 Bunselmeyer, pág. 174, n. 9.

810 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 33 (1.6.1919, a.m.).

811 Silverman, pág. 39.

812 Burnett, vol. 1, pág. 61.

813 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/45/9/25, Smuts a Lloyd George, 4.12.1918; F45/9/29, Smuts a Lloyd George, 26.3.1919; F45/9/33, Smuts a Lloyd George, 5.5.1919.

814 Hancock, págs. 539-541.

815 Burnett, vol. 1, pág. 777.

816 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F /1 17/1/3, Gabinet Imperial de la Guerra, 1918, acta 38 (26.11.1918).

817 W.S. Wallace, págs. 193-195.

818 Lentin, «Lord Cunliffe», págs. 50-86 y 52, n. 12.

819 Headlam-Morley, pág. 180; H. Nicolson, Peacemaking, pág. 350.

820 Seymour, pág. 276.

821 Lentin, «Lord Cunliffe», pág. 52, n. 12.

822 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 474.

823 Burnett, vol. 1, pág. 711; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 24.3.1919 y 4.4.1919.

824 Burnett, vol., 1, págs. 43-44.

825 Lentin, «Lord Cunliffe», págs. 50-86.

826 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/213/5/6, Lamont a Lloyd George, 18.12.1918; Wiseman, s. f.

827 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 34 (1.6.1919 p.m.); Riddell, Intimate Diary, pág. 31; Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, págs. 48-51.

828 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49744/258-263, notas de una conversación entre Briand y Lloyd George, 18.3.1919.

829 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 6.3.1919.

830 PWW, vol. 56, pág. 285.

831 Bunselmeyer, pág. 141.

832 *ibid.*, págs. 129-133; Pugh, pág. 128.

833 F. Stevenson, pág. 180; Rowland, pág. 490.

834 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F28/2/16, Hughes a Lloyd George, 10.12.1918.

835 A.J.P. Taylor, pág. 159.

836 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 28.4.1919; D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, pág. 473.

837 Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, págs. 41-42.

838 Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, pág. 218; Riddell, *Intimate Diary*, pág. 38.

839 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, pág. 498.

840 Klotz se pronuncia de modo similar al inglés clots [coágulos]. (N. del T.)

841 FRUS, vol. 13, pág. 205.

842 Keynes, *Two Memoirs*, pág. 61.

843 Noble, págs. 201-205; Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, págs. 42-43.

844 Poincaré, pág. 286; PWW, vol. 56, pág. 502; vol. 59, pág. 314.

845 Noble, págs. 186-193 y 195.

846 FRUS, vol. 3, pág. 976; Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, pág. 43; D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, págs. 441—444.

847 Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, pág. 42, n. 49.

848 Tardieu, *Truth*, pág. 290.

849 Trachtenberg, *Reparation in World Politics*, págs. 55 y 64-66, 71; capítulo 2, *passim*.

850 *ibid.*, págs. 35-36.

851 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/89/2/37, Kerr a Lloyd George, 2.3.1919; Registro Escocés, Documentos de Lothian, 1236, Kerr a Lloyd George, 1.3.1919.

852 Burnett, vol. 1, pág. 59.

853 PWW, vol. 56, pág. 501.

854 FRUS, vol. 6, pág. 796.

855 Véanse el artículo 234 y el apéndice 1, Tratado de Versalles.

856 Guhin, págs. 30-32.

857 P. Mantoux, vol. 1, pág. 147.

858 *ibid.*, pág. 106.

859 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 12.3.1919.

860 Walworth, *Wilson and his Peacemakers*, pág. 203.

861 PWW, vol. 56, pág. 62.

862 Tardieu, págs. 176-178.

863 íbid., págs. 178-182.

864 PWW, vol. 56, pág. 81.

865 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F3/4/19, Balfour a Lloyd George, 18.3.1919.

866 Tardieu, pág., 182; Nelson, págs. 232-240.

867 Riddell, Intimate Diary, pág. 41.

868 Temperley, vol. 2, pág. 178.

869 Headlam-Morley, pág. 33.

870 Callwell, vol. 2, pág. 176.

871 Hankey, págs. 98 y 101.

872 F. Stevenson, pág. 174.

873 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs 404-416.

874 P. Mantoux, vol. 1, pág. 31.

875 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 416.

876 Tardieu, pág. 445.

877 Nelson, pág. 227.

878 PWW, vol. 56, págs. 247 y 444.

879 P. Mantoux, vol., 1, págs. 33-34.

880 íbid., pág. 88.

881 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 202.

882 PWW, vol. 56, pág. 312.

883 .Juego de palabras intraducible. Una cosa es to be late (llegar tarde) y otra es to be the late (ser el finado). (N. del t.)

884 íbid., págs. 347-354; P. Mantoux, vol. 1, págs, 49— 68; Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 195 y 206; Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 2.4.1919.

885 Callwell, vol. 2, pág. 180.

886 Shotwell, pág. 255.

887 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Biggar carta de 7.4.1919.

888 C.T. Thompson, pág. 287; Noble, pág. 315.

889 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 3.4.1919; PWW, vol. 56 pág. 408.

890 PWW, vol. 56, pág. 408.

891 íbid., pág. 540.

892 Noble, págs. 315-316.

893 Callwell, vol. 2, pág. 180.

894 F. Stevenson, pág. 178.

895 PWW, vol. 57, págs. 50-51 y 63.

896 Noble, pág., 322.

897 C.T. Thompson, pág. 291.

898 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 217.

899 Noble, págs. 324-328.

900 PWW, vol. 57, pág. 99.

901 Liddell Hart, págs. 420-423; Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 226-231.

902 Keiger, págs. 258-262; Poincaré, págs. 315— 324.

903 Riddell, Intimate Diary, pág. 45.

- 904 C.T. Thompson, pág. 288.
- 905 íbid., pág. 292.
- 906 PWW, vol. 57, págs. 99-101.
- 907 íbid., págs. 99-101 y 146.
- 908 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 12.4.1919.
- 909 íbid., 14.4.1919; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 15.4.1919; Schuker, «The Rhineland Question», págs. 302-304.
- 910 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 220-221.
- 911 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 15.4.1919; Noble, págs. 331-332.
- 912 Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 427; Schuker, «The Rhineland Question», pág. 304.
- 913 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 245.
- 914 íbid., pág. 221.
- 915 Ribot, pág. 274.
- 916 Keiger, pág. 262.
- 917 Watson, pág. 361.
- 918 Davies, God's Playground, vol. 2, pág. 122, y capítulo 3, passim.
- 919 Zamoyski, pág. 178.
- 920 Jedrejewicz, págs. 4-10.
- 921 Davies, God's Playground, col. 2, pág. 385
- 922 Roszkowski, pág. 158.
- 923 E. Howard, pág. 342, n. 1.
- 924 Shotwell, pág. 305.
- 925 Wandycz, Lands of Partitioned Poland, págs. 291-293; Davies, God's Playground, págs. 52—53.
- 926 Gregory, pág. 170.
- 927 Davies, White Eagle, Red Star, pág. 62.
- 928 Wandycz, Lands of Partitioned Poland, págs. 340-341.
- 929 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 879/1, Esmé Howard, 17.2.1919.
- 930 Landau, págs. 146-147.
- 931 Kessler, pág. 23.
- 932 Wandycz, «Dmowski's Policy», págs. 119-120.
- 933 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, págs. 55—57.
- 934 Wandycz, «Dmowski's Policy», pág. 118; Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, pág. 54.
- 935 FRUS, vol. 12, pág. 370.
- 936 Cienciala y Komarnicki, págs. 91-92.
- 937 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, pág. 121, n. 163.
- 938 Latawski, págs. 4-7; Headlam-Morley, pág. xxviii.
- 939 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 131.
- 940 Duroselle, pág. 814.
- 941 Wandycz, The United States and Poland, pág. 109.
- 942 Gerson, págs. 62-63.
- 943 P. Mantoux, vol. 1, pág. 108.
- 944 Komarnicki, págs. 253-259; Gerson, págs. 102—103.
- 945 E. Howard, pág. 339.

946 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 332.

947 Komarnicki, pág. 145.

948 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, págs. 80— 81.

949 Gerson, págs. 105-106.

950 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, págs. 131— 134.

951 FRUS, vol. 3, págs. 670-675.

952 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, págs. 231— 233.

953 FRUS, vol. 3, págs. 772-782.

954 Churchill College, Documentos de Hankey, 3/24, Hankey a Adeline Hankey, 29.1.1919; Lundgreen— Nielsen, «Aspects of American Policy», pág. 100, n. 21; Ministère des Affaires Etrangères, Documentos de Tardieu, 356, «Conférence de la Paix 1919: Pologne: Problèmes politiques et économiques (notes, correspondances), Décembre 1918-Octobre 1919».

955 Biblioteca del Congreso, Documentos de Bliss, caja 244, diario, 1.1.1919.

956 House y Seymour, pág. 70.

957 Bonsai, Suitors and Suppliants, págs. 118-120.

958 P. Mantoux, vol. 2, pág. 150; FRUS. vol. 3, págs. 672-673.

959 FRUS, vol.3, págs. 673-674.

960 House y Seymour, pág. 72.

961 Temperley, vol. 6, pág. 220.

962 Nelson, págs. 147-154; Wandycz, France and her Eastern Allies, págs. 34-37; House y Seymour, pág. 71.

963 FRUS, vol. 4, págs. 414-419.

964 Komarnicki, Rebirth of the Polish Republic, págs. 319-349; Davies, «Lloyd George and Poland, 1919-1920», págs. 132-133; Wandycz, «Dmowski's Policy», págs. 123-124.

965 F. Stevenson, pág. 38; F. Lloyd George, pág. 153.

966 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 911/2, Kerr a Horace Rumbold, 15.12.1919.

967 P. Mantoux, vol. 1, págs. 33-34.

968 PWW, vol. 56, pág. 313.

969 Tillman, págs. 207-209; Headlam-Morley, págs. 169-171; P. Mantoux, vol. 2, págs. 105-109.

970 P. Mantoux, vol. 1, pág. 201; Nelson, págs. 187— 191.

971 P. Mantoux, vol. 1, pág. 233.

972 *ibid.*, pág. 118.

973 Cienciala y Komarnicki, pág. 106-110.

974 Weinberg, Foreign Policy, págs. 13-14.

975 House and Seymour, pág. 80; FRUS, vol 6, págs. 833-835; St. Antony's College, Documentos de Malcom, 1/12, diario, 8.5.1919.

976 Riddell, Intimate Diary, págs. 83-84.

977 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 33 (1.6.1919, a.m.).

978 PWW, vol. 60, pág. 20.

979 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 34 (1.6.1919, p.m.).

980 P. Mantoux, vol. 2, págs. 278-286.

981 Mordacq, Le ministere Clemenceau, vol. 3, págs. 304-305.

982 P. Mantoux, vol. 2, págs. 389-392.

- 983 *ibid.*, pág. 312.
- 984 F.G. Campbell, págs. 361-385.
- 985 E. Howard, pág., 333.
- 986 Temperley, vol. 6, pág. 297.
- 987 Bennett, pág. 77.
- 988 *ibid.*, págs. 70-71.
- 989 *ibid.*, pág. 83.
- 990 FRUS, vol. 4, pág. 592.
- 991 Waite, págs. 97-98.
- 992 *ibid.*, págs. 101-102.
- 993 *ibid.*, págs. 111-115.
- 994 P. Mantoux, vol. 1, pág. 258.
- 995 Waite, pág. 120.
- 996 P. Mantoux, vol. 2, pág. 550.
- 997 Waite, págs. 123-130.
- 998 Cienciala y Komarnicki, pág. 116.
- 999 Lieven, págs. 52-53; Cienciala y Komarnicki, pág. 114.
- 1000 Cienciala y Komarnicki, págs. 122 y 126.
- 1001 Lieven, pág. 60.
- 1002 P. Mantoux, vol. 2, pag. 309.
- 1003 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, págs. 206 y 291-298.
- 1004 FRUS, vol. 3, pág. 782; Wandycz, United States and Poland, págs. 138-139.
- 1005 FRUS, vol. 6, págs. 199-200.
- 1006 P. Mantoux, vol. 2, págs. 143-147.
- 1007 *ibid.*, vol. 1, pág. 44.
- 1008 Lundgreen-Nielsen, Polish Problem, págs. 222— 223 y 279-288.
- 1009 FRUS, vol. 6, pág. 109.
- 1010 *ibid.*, vol. 4, pág. 410.
- 1011 *ibid.*, vol. 6, pág. 198.
- 1012 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 911/2, Kerr a Rumbold, 15.12.1919.
- 1013 Cienciala y Komarnicki, págs. 161-173.
- 1014 Gilbert, Rumbold, pág. 186; Carton de Wiart, págs. 112-114.
- 1015 Dziewanowski, pág. 202.
- 1016 *ibid.*, págs. 190-191.
- 1017 Carton de Wiart, pág. 96.
- 1018 Davies, God's Playground, vol. 2, pág. 396.
- 1019 Gilbert, Rumbold, pág. 206.
- 1020 Wandycz, France and her Eastern Allies, págs. 154-156.
- 1021 Scott, pág. 386.
- 1022 Dziewanowski, pág. 305.
- 1023 Davies, God's Playground, vol. 2, pág. 397.
- 1024 Carton de Wiart, págs. 106-107; Gilbert, Rumbold, págs. 209-210 y 216.
- 1025 Zamoyski, págs. 204-210.
- 1026 FRUS, vol. 12, pág. 236.
- 1027 House y Seymour, pag. 94.

- 1028 F. Lloyd George, pág. 152; D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, págs. 941—942.
- 1029 Hovi, págs. 109-111.
- 1030 Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix 344 (Tchécoslovaquie), Les Frontières de la Tchécoslovaquie, 22.2.1919.
- 1031 Zinner, vol. 1, págs. 100-104; Laroche, págs. 39—40; Zeman, págs. 156-158.
- 1032 Zeman, págs. 84-85, Bonsai, Suitors and Suppliants, págs. 151-152.
- 1033 Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix 299, Benes a Pichón, 7.11.1918; Museo Británico, Documentos de Balfour, 184-190, Derby a Balfour, 14.12.1918.
- 1034 Perman, págs. 35-40; Zinner, págs. 102-103.
- 1035 Zeman, págs. 21-22.
- 1036 íbid., págs. 4344, 50-59.
- 1037 Steed, vol. 2, pág. 100.
- 1038 Zeman, pág. 117.
- 1039 Mamatey, págs. 316-317 y 332-343.
- 1040 íbid., págs. 282-284.
- 1041 Masaryk, pág. 208.
- 1042 Zeman, págs. 100-112; Mamatey, págs. 285—286.
- 1043 Mamatey, pág. 317.
- 1044 Perman, pág. 70.
- 1045 Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix 299, «Travaux préparatoires de la conférence, politiques des petites nations alliées», nota de Edvard Benes, recibida 3.11.1918; Perman, págs. 73-75.
- 1046 Perman, págs. 126-130.
- 1047 FRUS, vol. 3, págs. 877-887.
- 1048 íbid., págs. 886-887.
- 1049 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 240.
- 1050 Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix 299, «Travaux préparatoires de la conférence, politiques des petites nations alliées», Benes a Pichón, 7.11.1918.
- 1051 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 391.
- 1052 Seymour, págs. 115-116.
- 1053 FRUS, vol. 3, págs. 877-887.
- 1054 íbid., vol. 12, pág. 273.
- 1055 House y Seymour, pág. 97; Seymour, pág. 176; H. Nicolson, Peacemaking, págs. 272-273 Laroche, págs. 81-82.
- 1056 Seymour, pág. 176.
- 1057 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 280.
- 1058 FRUS, vol. 4, págs. 543-546.
- 1059 Mamatey, pág. 307; Perman, págs. 162-163.
- 1060 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 941.
- 1061 Perman, pág. 132.
- 1062 Mamatey, pág. 306.
- 1063 FRUS, vol. 3, pág. 402; D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, págs. 937-938; Headlam-Morley, pág. XXVI; Seton-Watson y Seton-Watson, págs. 367-368.
- 1064 Perman, págs. 178-179.

- 1065 Rothschild, págs. 76-84.
- 1066 Sayer, págs. 150-151 y 169-179.
- 1067 Perman, págs. 220-221.
- 1068 P. Mantoux, vol. 2, págs. 378-380.
- 1069 Perman, págs. 222-223.
- 1070 P. Mantoux, vol. 2, pág. 351.
- 1071 Komarnicki, pág. 356; Temperley, vol. 4, págs. 350-351.
- 1072 FRUS, vol. 3, págs. 777, 881-883; vol. 8, págs. 118-124.
- 1073 íbid., vol. 4, pág. 608.
- 1074 Temperley, vol. 4, pág. 355.
- 1075 FRUS, vol. 12, págs. 318-322.
- 1076 íbid., pág. 257.
- 1077 Temperley, vol. 4, pág. 357.
- 1078 H. Nicolson, *Peacemaking*, pág. 25.
- 1079 FRUS, vol. 3, págs. 782-784.
- 1080 E. Howard, pág. 305.
- 1081 P. Mantoux, vol. 1, pág. 234.
- 1082 Wandycz, *France and her Eastern Allies*, págs. 93-94.
- 1083 FRUS, vol. 4, págs. 327-330.
- 1084 íbid., págs. 608-612.
- 1085 House y Seymour, págs. 82-83.
- 1086 Véase Davies, *White Eagle, Red Star*, pág. 182.
- 1087 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 2, pág. 945.
- 1088 W.V. Wallace, pág. 55-57; Sayer, págs. 172— 175.
- 1089 FRUS, vol. 12, págs. 238, 345-346 y 349.
- 1090 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 68/1— 23, memorándum de E. Ashmead-Bartlet sobre la situación en Hungría, 7.6.1919.
- 1091 Bonsai, *Suitors and Suppliants*, págs. 156-164.
- 1092 W.V. Wallace, págs. 58-59.
- 1093 Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, pág. 300.
- 1094 P. Mantoux, vol. 2, pág. 231.
- 1095 Almond y Lutz, eds., págs. 62-63.
- 1096 Headlam-Morley, págs. 126-130; P. Mantoux, vol. 2, págs. 228-231; FRUS, vol. 6, págs. 26-30.
- 1097 Coolidge y Lord, pág. 200.
- 1098 House y Seymour, pág. 109.
- 1099 P. Mantoux, vol. 2, pág. 229.
- 1100 Almond y Lutz, pág. 226.
- 1101 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 2, pág. 291.
- 1102 Duroselle, págs. 809-12.
- 1103 Schüller, págs. 234-235.
- 1104 FRUS, vol. 12, pág. 309.
- 1105 Almond y Lutz, pág. 88.
- 1106 FRUS, vol. 4, págs. 775-777; vol. 2, págs. 254— 256.

- 1107 Ashmead-Bartlett, págs. 20-26 y 30-31; FRUS, vol. 12, págs. 228-232 y 285-289; H. Nicolson, Peacemaking, págs. 293-294; E. Taylor, págs. 366-367.
- 1108 FRUS, vol. 121, pág. 228.
- 1109 Almond y Lutz, pág. 92.
- 1110 FRUS, vol. 12, págs. 286 y 305-307.
- 1111 Almond y Lutz, pág. 109.
- 1112 FRUS, vol. 12, pág. 290.
- 1113 Mantoux, vol. 1, págs. 428-429; FRUS, vol. 5, págs. 368-369; Hankey, pág. 137.
- 1114 Allizé, pág. 48; Schüller, pág. 228.
- 1115 Allizé, pág. 135.
- 1116 Stadler, Birth o f the Austrian Republic, pág. 41— 42.
- 1117 Allizé, pág. 138; Beadon, pág. 200.
- 1118 Allizé, págs. 138 y 142-143; Schüller, págs. 232— 233; PWW, vol. 60, pág. 19.
- 1119 P. Mantoux, vol. 2, págs. 230, 236 y 239.
- 1120 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 943.
- 1121 Schüller, págs. 234-235.
- 1122 Stadler, Birth o f the Austrian Republic, págs. 62— 69; FRUS, vol. 12, págs. 231, 240-244 y 263.
- 1123 Stadler, Birth o f the Austrian Republic, págs. 70— 71.
- 1124 FRUS, vol. 12, págs. 278-279; Bauer, págs. 110— 111.
- 1125 House, Intimate papers, vol. 4, pág. 335.
- 1126 Ministère des Affaires Etrangères, Série à Paix 60, Conditions de la Paix, memorándum de 25.10.1918; Bonsai, Unfinished Business, pág. 95.
- 1127 Bonsai, Unfinished Business, pág. 87; Bauer, pág. 116.
- 1128 P. Mantoux, vol. 1, pág. 34.
- 1129 Stadler, pág. 73.
- 1130 Mantoux, vol. 1, págs. 459-460; Nelson, págs. 309-311; FRUS, vol. 12, págs. 278-279.
- 1131 Temperley, vol. 4, pág. 393.
- 1132 Headlam-Morley, pág. 147.
- 1133 Hankey, pág. 160; Marston, pág. 208-209; Beadon, pág. 201.
- 1134 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 356.
- 1135 P. Mantoux, vol. 2, pág. 6.
- 1136 íbid., págs. 470-471; FRUS, vol. 7, págs. 173-174, Dockrill y Goold, pág. 135.
- 1137 Almond, y Lutz, pág. 64.
- 1138 Schüller, pág. 236.
- 1139 Stadler, Birth o f the Austrian Republic, pág. 48; Howard, pág. 382.
- 1140 Schüller, págs. 237-242.
- 1141 FRUS, vol. 12, págs. 501-510.
- 1142 íbid., pág. 505.
- 1143 Steed, vol. 2, pág. 333.
- 1144 Lederer, pág. 223.
- 1145 Seymour, pág. 250; Laroche, pág. 77.
- 1146 Wolff, págs. 155-156.
- 1147 Lederer, pág. 297.
- 1148 FRUS, vol. 12, págs. 600-601.

1149 Temperley, vol. 4, págs. 382-385.

1150 Stadler, Birth of the Austrian Republic, págs. 136-141.

1151 Shotwell, pág. 225.

1152 May, vol. 2, capítulo 15.

1153 P. Mantoux, vol. 1, pág. 49.

1154 Károlyi, págs. 24-25.

1155 Paloczi-Horvath, capítulos 1-3; Jaszi, págs. 220— 239.

1156 Károlyi, págs. 20-25; Mitchell, pág. 59.

1157 Windischgrätz, pág. 48.

1158 Károlyi, págs. 31-32; Windischgrätz, pág. 102.

1159 FRUS, vol. 12, págs. 380-382.

1160 P. Mantoux, vol. 1, pág. 97; Ashmead Bartlett, pág. 201.

1161 Ministère des Affaires Etrangères, Documentos de Jules Cambon, carpeta 88; Registró Escocés, Documentos de Lothian, 3-18, Stephen Barczy a Lloyd George, 21.12.1918.

1162 Barcsay, págs. 293-294.

1163 FRUS, vol. 12, págs. 234, 372-377, 380-383 y 387-388.

1164 Pastor, págs. 50-51.

1165 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 127.

1166 Azan, págs. 231-232.

1167 Károlyi, págs. 146-147.

1168 FRUS, vol. 3, pág. 845.

1169 Macartney, Hungary and her Successors, págs. 276-277.

1170 FRUS, vol. 3, págs. 848-851.

1171 Barcsay, pág. 298.

1172 Deák, págs. 46-48.

1173 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 290.

1174 Pastor, págs. 131-132; FRUS, vol. 12, págs. 395, 405 y 408-410.

1175 Ministère des Affaires Etrangères, Documentos de Jules Cambon, carpeta 88 «Documents relatifs a l'Autriche allemande et à la Hongrie».

1176 Barcsay, pág. 304, n. 1.

1177 Károlyi, págs. 146-147.

1178 FRUS, vol. 4, pág. 158.

1179 íbid., vol. 12, págs. 414-416.

1180 Tokes, págs. 170-176; Borsanyi, capítulo 2.

1181 Bonsai, Unfinished Business, pág. 124.

1182 Vermes, págs. 53-54.

1183 FRUS, col. 12, págs. 416-417.

1184 R Mantoux, vol. 1, págs. 11-15.

1185 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol.1, pág. 406; Mantoux, págs 1, 11-15 y 75-76.

1186 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 293; Churchill College, Cambridge, Documentos de Leeper 3/88, Allen Leeper a Rex Leeper, 10.4.1919; F. Stevenson, Lloyd George, pág. 179; Bonsai Unfinished Business, pág. 75.

1187 Károlyi, pág 160.

1188 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 298.

1189 *ibid.*, pág. 304.

1190 Bonsai, *Unfinished Business*, págs. 78 y 141; FRUS, vol. 5, págs. 41-43; Hancock, págs. 518—519.

1191 Ashmead-Bartlett, págs. 101, 123 y 134.

1192 Károlyi, págs. 159, 163; FRUS, vol. 12, págs. 440—441

1193 Deutscher, pág. 434.

1194 Ormos, vol. 6, págs. 132-135.

1195 Ashmead-Bartlett, págs. 162-171.

1196 *ibid.*, págs. 125-127; Sakmyster, *Hungary's Admiral*, págs. 18-19.

1197 Eckelt, *passim*.

1198 Deák, pág. 78; Armstrong, pág. 73.

1199 R Mantoux, vol. 2, págs. 349-350 y 375-382; Armstrong, pág. 79, n. 115.

1200 R Mantoux, vol. 2, pág. 252.

1201 Ormos, págs. 142-143; Mayer, pág. 781.

1202 Deák, pág. 78.

1203 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 68/1—23 Memorándum de Ashmead-Bartlett sobre la situación en Hungría, 7.6.1919; Churchill College, Documentos de Leeper 3/8, Alien Leeper a Rex Leeper, 10.4.1919.

1204 P. Mantoux, vol. 1, pág. 386.

1205 Ashmead-Bartlett, págs. 200-202.

1206 P. Mantoux, vol. 2, pág. 376.

1207 Spector, págs. 136-137.

1208 P. Mantoux, vol. 2, pág. 362, n. 1.

1209 FRUS, vol. 6, pág. 133; P. Mantoux, vol. 2, pág. 338-339.

1210 P. Mantoux, vol. 2, pág. 354.

1211 FRUS, vol. 6, págs. 411-416.

1212 Palmer, Bliss, pág. 399.

1213 P. Mantoux, vol. 2, pág. 420.

1214 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/89/3/2, Memorándum de Balfour, 2.7.19.

1215 Tokes, págs. 202-203.

1216 Deák, págs. 112-128.

1217 Bandholtz, págs. 303-304.

1218 *ibid.*, págs. 26-28, 42-43, 70-71, 90 y 107.

1219 Spector, págs. 197-219.

1220 Apponyi, pág. 256.

1221 Apponyi, *passim*, Károlyi, pág. 44-45.

1222 Apponyi, pág. 253.

1223 Laroche, pág. 99.

1224 Deák, págs. 539-549; D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 2, págs. 962—970.

1225 Apponyi, pág. 270.

1226 Deák, pág. 210.

1227 Deák, págs. 253-277; Adam, págs. 148-155.

1228 Deák, págs. 214-215 y 238-242.

1229 *ibid.*, pág. 239.

1230 *ibid.*, págs. 251-252; Temperley, vol. 4, pág. 421.

1231 Sakmyster, «Great Britain», pág. 125.

1232 Hoensch, págs. 103-104.

1233 Sakmyster, *Hungary's Admiral*, págs. 74-76.

1234 PWW, vol. 58, pág. 275.

1235 B o n s a I, *Suitors and Suppliants*, pág. 179; Aldrovandi Marescotti, *Guerra diplomática*, pág. 407.

1236 Hunter Miller, *Drafting the Covenant*, vol. 1, pág. 131; Mordacq, *Le ministère Clemenceau* vol. 3, págs. 178-179; Tardieu, pág. 100; Steed, vol. 2, pág. 298.

1237 Marston, pág. 166; E. Howard, pág. 279; Tardieu, pág. 102.

1238 Archivos Nacionales de Canadá, *Documentos de Borden*, 428/9; Dillon, pág. 123; Cambon pág. 318.

1239 Marston, págs. 168-169, P. Mantoux, vol. 1, págs. XIII-XVII.

1240 PWW, vol. 59, págs. 419-420; Riddell, *Intimate Diary*, pág. 55; P. Mantoux, vol. 2, pág. 358; Aldrovandi Marescotti, *Nuovi ricordi*, pág. 53; D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, pág. 228.

1241 P. Mantoux, vol. 1, págs. 80-99; vol. 2, págs. 193— 203; Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de Auchincloss*, 31.3.1919; Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 31.3.1919; PWW, vol. 56, pág. 436; Archivos Nacionales de Canadá, *Documentos de Borden*, C1864, *diario* 31.3.1919; F. Stevenson, pág. 267; Poincaré, pág. 292; Riddell, *Intimate Diary*, págs. 40-41; Noble págs. 316-322.

1242 F. Lloyd George, pág. 165; Riddell, *Intimate Diary*, págs. 168-169.

1243 PWW, vol. 57, pág. 276; vol. 60, pág. 197; vol. 61, pag. 112, n. 1; Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 17.5.1919; Hecksher, págs. 555— 556.

1244 Walworth, *Wilson and his Peacemakers*, pág. 390.

1245 Marston, págs. 182-183 y 185-186, Hankey, págs. 134-138 y 143-144.

1246 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 17.5.1919; Marks, *Innocent Abroad*, págs. 197— 199.

1247 Marks, *Innocent Abroad*, págs. 170-177.

1248 PWW, vol. 59, pág. 247; Riddell, *Intimate Diary*, pág. 43; Registro de la Cámara de los Lores, *Documentos de Lloyd George*, F3/4/21, *Hardinge a Balfour*, 4.4.1919.

1249 Marks, *Innocent Abroad*, págs. 93-95; PWW, vol. 61, pág. 375.

1250 Marks, *Innocent Abroad*, págs. 9-11, 149-151.

1251 *ibid.*, págs. 144-146; Temperley, vol. 2, págs. 190— 191; Nelson, págs. 312-318.

1252 P. Mantoux, vol. 1, págs. 135-138; Marks, *Innocent Abroad*, págs. 183-205.

1253 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 30.4.1919.

1254 F. Stevenson, págs. 181-182.

1255 Roskill, vol. 2, pág. 8.

1256 Churchill College, *Documentos de Hankey*, 3/25, carta a la esposa, 23.4.1919.

1257 Scott, pág. 386.

1258 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de Auchincloss*, 13.5.1919.

1259 H. Nicolson, *Curzon*, pág. 106, n. 1.

1260 Albrecht-Carrié, pág. 82.

1261 Vivarelli, vol. 1, págs. 382-383.

1262 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 819.

1263 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de Auchincloss, 15.4.1919; 003-0031, House a Wilson, 27.2.1919.

1264 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 253.

1265 Sforza, «Sonnino», pág. 724.

1266 Saladino, pág. 623.

1267 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomática, pág. 369.

1268 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 277, n. 1; Vivarelli, pág. 84-85.

1269 FRUS, vol. 1, págs. 422-423.

1270 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49734/186-192.

1271 Duroselle, págs. 782-784.

1272 Repington, pág. 13.

1273 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49744/123-128, Derby a Balfour, 15.11.1918.

1274 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, págs. 768-769.

1275 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49744/161-163, Derby a Balfour, 21.11.1918.

1276 Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, págs. 794.

1277 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 117.

1278 Vivarelli, vol. 1, pág. 386.

1279 Lederer, págs. 72-73.

1280 íbid., págs. 71-75.

1281 Véase Zivojinovic, capítulos 8-10.

1282 FRUS, vol. 1, págs. 475-487.

1283 Baerlein, vol. 2, págs. 49, 75, 80 y 141.

1284 íbid., vol. 1, pág. 87; Zivojinovic, págs. 230— 231.

1285 FRUS, vol. 1, págs. 472-473; Mamatey, pág. 315.

1286 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomática, pág. 250.

1287 Ministère de la Défense, Documentos de Clemenceau, 6N72, Actas de una reunión de los Aliados, 2.12.1918.

1288 Zivojinovic, pág. 275, n. 26.

1289 Biblioteca del Congreso, Diario de Beer, 30.3.1919.

1290 Albrecht-Carrié, págs. 80 y 90-94.

1291 R Mantoux, vol. 1, pág. 293; Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 102.

1292 Mamatey, págs. 361-362.

1293 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 15.11.1918.

1294 Vivarelli, vol. 1, págs. 398-399.

1295 Orlando, pág. 388.

1296 Mametey, pág. 199.

1297 Baker, Life and Letters, vol. 7, pág. 513.

1298 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49744/217-219, Derby a Balfour, 22.12.1918.

1299 PWW, vol. 53, pág. 621.

1300 Vivarelli, vol. 1, pág. 386, n. 107.

1301 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 19.5.1919.

1302 PWW, vol. 54, pág. 50.

1303 Lovin, pág. 27.

1304 Hunter Miller, My Diary, vol. 1, pág. 55.

- 1305 Lovin, págs. 33-34.
- 1306 Seton-Watson, Italy, pág. 532, n. 1.
- 1307 Orlando, pág. 387.
- 1308 Headlam-Morley, pág. 16.
- 1309 Rodd, vol. 3, pág. 377; Mamatey, pág. 118.
- 1310 Steed, vol. 2, pág. 273.
- 1311 Orlando, pág. 356.
- 1312 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2., pág. 806.
- 1313 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 30.
- 1314 Clemenceau, pág. 140; Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 277, n. 1; Orlando pág. 360.
- 1315 Duroselle, pág. 787.
- 1316 Orlando, pág. 370.
- 1317 Duroselle, pág. 788.
- 1318 Albrecht-Carrié, págs. 370-387.
- 1319 Hess, págs. 105-126.
- 1320 Seton— Watson, Italy, pág. 534; Biblioteca Bodleyana, Documentos de Milner, 389, reunión del Comité Colonial, 15 y 19.5.1919; Milner a Lloyd George, 16.5.1919.
- 1321 Temperley, vol. 4, pág. 281.
- 1322 íbid., pág. 283.
- 1323 Albrecht-Carrié, pág. 375.
- 1324 íbid., págs. 81 y 85.
- 1325 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 10.3.1919.
- 1326 Baker, Woodrow Wilson and World Settlement, vol. 2, pág. 146; Biblioteca del Congreso, Documentos de Baker, cuaderno, 28.5.1919.
- 1327 Alcock, págs. 71-73 y 79-81.
- 1328 Albrecht-Carrié, pág. 379.
- 1329 FRUS, vol. 1, pág. 478.
- 1330 Zivojinovic, pág. 231, n. 49.
- 1331 Hoover, pág. 106.
- 1332 Zivojinovic, capítulo 9.
- 1333 Albrecht-Carrié, pág. 107-108; Steed, vol. 2, págs. 180-181, Biblioteca de la Universidad de Yale, Documentos de House, serie III, caja 201, 2/566.
- 1334 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 172.
- 1335 Orlando, págs. 482-483.
- 1336 Ministère de la Defense, Documentos de Clemenceau, 6N75, copia de un tratado, 13.6.1919.
- 1337 Orlando, págs. 386-387.
- 1338 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F/23/4/22, Hankey a Lloyd George, 23.2.1919.
- 1339 Documentos de Balfour, Museo Británico, 49752 (vol. 2), «The Problem of Italy and Turkey in Anatolia», 16.5.1919.
- 1340 Biblioteca de la Universidad de Yale, Documentos de House, serie III, caja 201, 2/567.
- 1341 Mayer, págs. 219-220.
- 1342 Baerlein, vol. 1, pág. 62.
- 1343 Ledeen, pág. 28.

- 1344 FRUS, vol. 1, pág. 449.
- 1345 *ibid.*, pág. 462.
- 1346 Baker, *Woodrow Wilson and World Settlement*, vol. 2, pág. 135.
- 1347 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 3.4.1919.
- 1348 House, *Intimate Papers*, vol. 4, pág. 441.
- 1349 Woodhouse, pág. 321; Mayer, pág. 222.
- 1350 Albrecht-Carrié, pág. 116; Vivarelli, vol. 1. pág. 391, n. 120.
- 1351 Aldrovandi Marescotti, *Guerra diplomática*, pág. 214.
- 1352 P. Mantoux, vol. 1, págs. 243-244.
- 1353 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 15.4.1919.
- 1354 Bonsai, *Suitors and Suppliants*, págs. 101, 117.
- 1355 Albrecht-Carrié, pág. 129.
- 1356 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 7.4.1919.
- 1357 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 15.4.1919.
- 1358 Albrecht-Carrié, págs. 126-128 y 445-447, Aldrovandi Marescotti, *Guerra diplomática*, pág. 215.
- 1359 Seton-Watson, *Italy*, pág. 532, n. 3.
- 1360 P. Mantoux, vol. 1, pág. 288.
- 1361 Aldrovandi Marescotti, *Guerra diplomática*, págs. 247-248.
- 1362 Albrecht-Carrié, págs. 464-465.
- 1363 P. Mantoux, vol. 1, pág. 295.
- 1364 *ibid.*, pág. 301.
- 1365 Albrecht-Carrié, pág. 479.
- 1366 Mayer, págs. 687-688.
- 1367 P. Mantoux, vol. 1, págs. 290-312; Albrecht— Carrié, págs. 160-162.
- 1368 P. Mantoux, vol. 1, pág. 306.
- 1369 Hankey, págs. 115-116.
- 1370 P. Mantoux, vol. 1, pág. 310.
- 1371 *ibid.*, pág. 305.
- 1372 *ibid.*, pág., 306.
- 1373 Aldrovando Marescotti, *Guerra diplomática*, págs. 239, 250, 255, 257 y 262.
- 1374 Biblioteca del Congreso, *Cuadernos de Baker*, 215.4.1919; Baker, *Woodrow Wilson and World Settlement*, vol. 2, pág. 129.
- 1375 P. Mantoux, vol. 1, págs. 315-317.
- 1376 Riddell, *Intimate Diary*, pág. 56.
- 1377 P. Mantoux, vol. 1, pág. 308.
- 1378 Aldrovandi Marescotti, *Guerra diplomática*, págs. 257-265; Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, pág. 231.
- 1379 Riddell, *Intimate Diary*, pág. 56.
- 1380 Steed, vol. 2, pág. 329.
- 1381 Mayer, págs. 701-702.
- 1382 Ministère des Affaires Etrangères, *Série à Paix*, vol. 317, informe del consul francés en Turin, 28.4.1919.
- 1383 Baerlein, vol. 1, pág. 138.
- 1384 Registro Escocés, *Documentos de Lothian*, 66, 6— 15; Mayer, págs. 710-711.

1385 Woodhouse, pág. 319.

1386 Mayer, págs. 707-708.

1387 C.T. Thompson, pág. 335.

1388 Seton-Watson, Italy, pág. 532, n. 2.

1389 C.T. Thompson, Peace Conference Day by Day, pág. 342.

1390 University Microfilms International, Documentos de Sonnino, rollo 40. 479, 486 y 488
Albrecht— Carrié, págs. 153-155.

1391 Seymour, pág. 266.

1392 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 30.5.1919

1393 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomatica, pág. 357.

1394 Albrecht-Carrié, pág. 168.

1395 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 19.5.1919.

1396 Aldrovandi Marescotti, Nuovi ricordi, pág. 33.

1397 Seton-Watson, Italy, pág. 539.

1398 Aldrovandi Marescotti, Nuovi ricordi, pág. 100.

1399 Orlando, pág. 484.

1400 Baerlein, vol. 1, pág. 139.

1401 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 56/2/27, Rodd a Lloyd George, 6.5.1919.

1402 Albrecht-Carrié, págs. 167-173.

1403 Seton-Watson, Italy, pág. 533.

1404 Aldrovandi-Marescotti, Nuovi ricordi, pág. 33.

1405 Orlando, págs. 482-483.

1406 Véase Biblioteca Bodleyana, Documentos de Milner, 46/2, Rodd Milner, 30.6.1919.

1407 Seton-Watson, Italy, pág. 535.

1408 Ledeen, págs. 102-103 y 148-149; Woodhouse, pág. 341.

1409 Ledeen, págs. 145-146.

1410 íbid., págs. 88 y 95.

1411 íbid., págs. 96-97; Seton Watson, Italy, págs. 546— 547.

1412 Ledeen, pág. 108.

1413 Tillman, págs. 382-383.

1414 F. Stevenson, pág. 192.

1415 Temperley, vol. 4, págs. 329-330.

1416 Seton-Watson, Italy, pág. 582.

1417 Woodhouse, pág. 371.

1418 íbid., pág. 379.

1419 Rodd, pág. 384.

1420 Bonsai, Suits and Suppliers, pág. 239.

1421 Nish, Japanese Foreign Policy, pág. 4-5.

1422 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomática, pág. 357.

1423 Temperley, vol. 1, pág. 259.

1424 Aye y nay equivalen a «sí» y «no», respectivamente, y se emplean sobre todo en las votaciones. (N. del T.)

1425 Seymour, págs. 177-178.

1426 Baker, What Wilson Did, pág. 73.

1427 House, *Intimate Papers*, vol. 4, pág. 304.

1428 Curry, pág. 251.

1429 Nish, *Japanese Foreign Policy*, pág. 117.

1430 Nish, *Alliance in Decline*, pág. 267.

1431 Connors, págs. 60-61.

1432 Bonsai, *Suitors and Suppliants*, págs. 231-232.

1433 *íbid.*, pág. 233.

1434 Kumao, págs. 24-25; Connors, pág. 3.

1435 Kumao, págs. 24-25; Connors, pág. 3.

1436 Clemenceau, pág. 140.

1437 Kumao, págs. 26 y 40.

1438 *íbid.*, pág. 38.

1439 *íbid.*, págs. 23-24, 26 y 63.

1440 *Cambridge History of Japan*, vol. 6, págs. 386 y 343.

1441 Connors, págs. 14-16.

1442 Hunter, pág. 119.

1443 Duus, pág., 134.

1444 Connors, págs. 15, 18-19, 22 y 109-110.

1445 Yamagata Aritomo, citado en Nish, *Alliance in Decline*, pág. 255.

1446 Nish, *Alliance in Decline*, págs. 127-131.

1447 *Cambridge History of Japan*, vol. 6, pág. 279.

1448 Curry, pág. 197.

1449 Nish, *Alliance in Decline*, págs. 258-259.

1450 Nish, *Japanese Foreign Policy*, pág. 282.

1451 Chi, *China Diplomacy*, pág. 86.

1452 Dingman, pág. 57.

1453 Nish, *Alliance in Decline*, pág. 217.

1454 La Fargue, pág. 46.

1455 Dingman, pág. 76

1456 *íbid.*, pág. 43.

1457 Neu, págs. 128-129 y 131-132.

1458 *íbid.*, pág. 127; Chi «Ts'ao Ju-lin», pág. 103; M.D. Kennedy, pág. 41 y 44.

1459 Dingman, pág. 58.

1460 Nish, *Alliance in Decline*, pág. 196.

1461 Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East*, pág. II 1; *FURS*, vol. 3, pág. 506.

1462 Nish, *Alliance in decline*, pág. 227, n. 48 y pág. 232.

1463 *íbid.*, pág. 267.

1464 Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East*, págs. 141 y 191; Nish, *Alliance in Decline*, pág. 267.

1465 Curry, págs. 137-138.

1466 Beers, pág. 70; Curry, págs. 131-132.

1467 Hunter Miller, *My Diary*, vol. 1, pág. 100.

1468 *FRUS*, vol. 3, págs. 739-740.

1469 Geddes, págs. 32-37; R Mantoux, vol. 1, pág. 312.

1470 Fifield, «Disposal of the Carolines», págs. 472— 479.

1471 Nish, *Alliance in Decline*, pág. 172.

1472 Lauren, págs. 260-261.

1473 FRUS, vol. 1, pág. 494.

1474 Kawamura, págs. 51-52.

1475 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 4.2.1919.

1476 Registro Escocés, *Documentos de Lothian*, 37-40, notas dictadas el lunes 10.2.1919; Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, págs. 183-184; Bonsail, *Unfinished Business*, pág. 33.

1477 Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 2, págs. 323-325; Bonsai, *Unfinished Business*, pág. 33; FRUS, vol. 3, págs. 224-225.

1478 Lauren, pág. 268.

1479 PWW, vol. 55, pág. 489; Registro Escocés, *Documentos de Lothian*, 37-40, notas dictadas el lunes 10.2.1919; D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 1, pág. 636.

1480 Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, pág. 336.

1481 Hunter Miller, *My Diary*, vol. 1, pág. 100.

1482 Link, *Wilson: The New Freedom*, págs. 243—254.

1483 Snelling, pág. 23; W.J. Hudson, págs. 55-57.

1484 Biblioteca Nacional de Australia, *Documentos de Hughes*, serie 24/2, carpeta 11: 1538/24/902.

1485 Registro de la Cámara de los Lores, *Documentos de Lloyd George*, F6/6/29, Cecil a Lloyd George, 15.4.1919.

1486 Ministère de la Défense, *Documentos de Clemenceau*, 6N74, *Société des Nations*, carta de 18.4.1919.

1487 Nish, *Alliance in Decline*, pág. 271; W.J. Hudson, pág. 57; Garran, pág. 26; Registro de la Cámara de los Lores, *Documentos de Lloyd George*, F6/6/29, Cecil a Lloyd George, 15.4.1919; Archivos Nacionales de Canadá, *Documentos de Christie*, vol. 5, carpeta 16; *Diario de Borden*, 31.3.1919; Registro Público, *Documentos del gabinete*, CAB 29/28, *Actas de la delegación de Imperio británico*, 29 (28.4.1919).

1488 Bonsai, *Unfinished Business*, pág. 154.

1489 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de House*, 13.2.1919.

1490 House, *Intimate Papers*, vol. 4, pág. 313.

1491 Biblioteca de la Universidad de Yale, *Diario de Auchincloss*, 10.4.1919.

1492 Hunter Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, págs. 461-466.

1493 Lauren, págs. 274-275.

1494 FRUS, vol. 3, pág. 291.

1495 P. Mantoux, vol. 1, pág. 314.

1496 Keegan, pág. 173.

1497 Schrecker, pág. 217.

1498 *íbid.*, págs. 215-216 y 231.

1499 *íbid.*, pág., 217.

1500 *íbid.*, págs. 168-203.

1501 *íbid.*, pág. 247.

1502 Chi, *China Diplomacy*, pág. 26; Schrecker, pág. 248.

1503 Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East*, pág. 25.

1504 Connors, pág. 110.

1505 Nish, *Alliance in Decline*, págs. 158-159.

- 1506 Curry, págs. 127-128.
- 1507 Nish., Japanese Foreign Policy, pág. 116.
- 1508 íbid., pág. 286.
- 1509 Chow, pág. 87.
- 1510 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 187.
- 1511 Chi, China Diplomacy, pág. 25.
- 1512 Nish, Alliance in Decline, págs. 156 y 193.
- 1513 Citado en Louis, British Strategy, pág. 19.
- 1514 Curry, págs. 127, 182 y 253-254; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 141.
- 1515 Curry, pág. 155.
- 1516 Beers, págs. 109 y 121.
- 1517 íbid., págs. 149 y 154.
- 1518 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 134.
- 1519 Curry, pág. 15.
- 1520 íbid., pág. 30.
- 1521 Pugach, pág. 241.
- 1522 íbid., pág. 261.
- 1523 Curry, pág. 194.
- 1524 Clemenceau, pág. 140.
- 1525 Shotwell, pág. 161.
- 1526 W. King, China at the Peace Conference, pág. 3.
- 1527 Shotwell, págs. 136-137.
- 1528 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 230-231.
- 1529 Beers, pág. 153.
- 1530 Shotwell, págs. 136-137; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 191-194.
- 1531 Chu, pág. 15.
- 1532 La Fargue, pág. 178; W. King, China at the Peace Conference, pág. 2.
- 1533 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 140 y 144; Chow, pág. 86.
- 1534 Véanse, Fifield, Woodrow Wilson and the Far East', Chow, pág. 86.
- 1535 Curry, pág. 251.
- 1536 Chow, pág. 86.
- 1537 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 257.
- 1538 Chu, pág. 30, n. 66.
- 1539 W. King, China and the Peace Conference, pág. 26.
- 1540 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 126, n. 55.
- 1541 íbid., págs. 124-125.
- 1542 W. King, China at the Peace Conference, pág.5.
- 1543 íbid., págs. 10-11; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 130-131.
- 1544 W. King, China at the Peace Conference, pág. 9— 10.
- 1545 íbid., pág. 7.
- 1546 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 197-198; Shotwell, pág. 151; Kawamura pág.50.
- 1547 Véase Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 143-155.
- 1548 Keegan, pág. 178.
- 1549 W. King, China at the Peace Conference, pág. 12.

- 1550 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 142.
- 1551 *íbid.*, pág. 141.
- 1552 Curry, pág. 267; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 243; PWW, vol. 57, págs. 582— 583.
- 1553 Hankey, pág. 131.
- 1554 Curry, pág. 265.
- 1555 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 247-249; Curry, pág. 268; P. Mantoux, vol. 1, págs. 319-328.
- 1556 P. Mantoux, vol. 1, pág. 330; La Fargue, pág. 217.
- 1557 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 253; W. King, China at the Peace Conference pág. 21; P. Mantoux, vol. 1, págs. 329-326.
- 1558 Hankey, pág. 132.
- 1559 P. Mantoux, vol. 1, págs. 334-336; La Fargue, pág. 218.
- 1560 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 25— 4-19; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 268.
- 1561 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 235.
- 1562 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 260.
- 1563 Curry, pág. 274; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 267-271.
- 1564 PWW, vol. 57, pág. 583.
- 1565 Shotwell, pág. 196, n. 1; Kawamura, págs. 523— 524.
- 1566 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 269-270; Curry, págs. 275-276, P. Mantoux, vol. 1, págs. 399-401.
- 1567 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 25.4.1919.
- 1568 Beers, pág. 160.
- 1569 La Fargue, pág. 231.
- 1570 Curry, pág. 277.
- 1571 Keegan, pág. 178.
- 1572 La Fargue, pág. 222; Floto, pág. 233; Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 298— 301; Curry, págs. 272, 279; Beers, pág. 158.
- 1573 PWW, vol. 58, pág. 244.
- 1574 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 30.4.1919; Heckscher, pág. 567.
- 1575 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 277-279; Heckscher, pág. 567.
- 1576 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 279-280; P. Mantoux, vol. 1, págs. 425-427.
- 1577 Chow, pág. 90.
- 1578 Bonsai, Suitors and Suppliants, págs. 242-243.
- 1579 Curry, pág. 280.
- 1580 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 287; Curry, pág. 280.
- 1581 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 244.
- 1582 Chow, pág. 90.
- 1583 *íbid.*, pág. 101.
- 1584 *íbid.*, pág. 93.
- 1585 Schwarcz, págs. 14, 18 y 22.
- 1586 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 203.
- 1587 Schwarcz, pág. 12.

1588 íbid., págs. 15-22; Chow, pág. 189.

1589 Spence, pág. 294.

1590 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 243.

1591 Chi, «Ts'ao Ju-lin», pág. 181, n. 138.

1592 Nish, Japanese Foreign Policy, pág. 123.

1593 Curry, pág. 282.

1594 Nish, Japanese Foreign Policy, págs. 287-288.

1595 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, págs. 346-347.

1596 Griswold, pág. 327.

1597 Nish, Japanese Foreign Policy, pág. 138.

1598 Chu, pág. 80.

1599 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 300; Beers, pág. 26.

1600 Fifield, Woodrow Wilson and the Far East, pág. 298.

1601 Curry, pág. 309.

1602 Petsalis-Diomidis, pág. 108 y apéndice B.

1603 F. Lloyd George, pág. 167.

1604 Petsalis-Diomidis, págs. 123 y 135.

1605 Churchill College, Diario de Hankey, 17.10.1918.

1606 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 176.

1607 Alastos, págs. 11-12.

1608 íbid., pág. 14-18.

1609 íbid., pág. 13.

1610 Clogg, pág. 33.

1611 Petsalis-Diomidis, pág. 17.

1612 íbid., pág. 187; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 55/1/10.

1613 Petsalis-Diomidis, pág. 177; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 55/1/32, Venizelos a Lloyd George, 23.7.1920; 92/12/1, entrevista de Lloyd George con Venizelos; FRUS, vol. 3 págs. 863-873.

1614 Magosci, pág. 97.

1615 Smith, págs. 25-27.

1616 Petsalis-Diomidis, pág. 679.

1617 Clogg, pág. 89.

1618 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, págs. 1203-1204; Dillon, pág. 75.

1619 PWW, vol. 55, pág. 266; H. Nicolson, Peacemaking, pág. 251.

1620 FRUS, vol. 3, págs. 859-866 y 868-875.

1621 Churchill College, Documentos de Leeper, 3/8, Allen Leeper a Rex Leeper, 3.2.1919.

1622 FRUS, vol. 3, pág. 874.

1623 Stickney, pág. 79.

1624 Duroselle, pág. 777; P. Mantoux, vol. 2, pág. 56.

1625 Smith, págs. 63-64; Goldstein, «Great Britain and Greater Greece», pág. 344.

1626 Goldstein, «Great Britain and Greater Greece», pág. 343; Churchill College, Diario de Hankey, 27.12.1918.

1627 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol.2, pág. 204; Petsalis— Diomidis, pág. 1289.

1628 Smith, pág. 253, n.

1629 Goldstein, «Great Britain and Greater Greece», págs. 346-347.

1630 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 1216.

1631 Smith, pág. 18.

1632 Riddell, Intimate Diary, pág. 27; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 55/1/10; Petsalis-Diomidis, págs. 72-73 y 132-134.

1633 Alastos, pág. 188, n. 1 y 2; Petsalis-Diomidis, pág. 135.

1634 Petsalis-Diomidis, págs. 49-52 y 76-78.

1635 íbid., págs. 62-63 y 116-118; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F3/4/6, Hardinge a Balfour, 21.1.19.

1636 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 8.1.1919; Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 177; H. Nicolson, Peacemaking, pág. 24; Seymour, pág. 56.

1637 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 268.

1638 Stickney, págs. 88 y 95.

1639 Petsalis-Diomidis, págs. 162-163 y 164, n. 41.

1640 Archivos Nacionales de Canadá, Diario de Borden, 8.2.1919; H. Nicolson, Peacemaking págs. 262 y 266.

1641 Durham, págs. 246 y 260-261; Shanafelt, págs. 283-300.

1642 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 74; Durham, pág. 181.

1643 Fitzherbert, págs. 125-126.

1644 Laffan, págs. 223-228.

1645 Dontas, pág. 105; Stickney, pág. 68.

1646 Stickney, págs. 91-92.

1647 Roosevelt, pág. 95; Cannadine, pág. 383; Fitzherbert, passim.

1648 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 268.

1649 FRUS, vol. 4, págs. 111-116.

1650 NT- Runnymede es un prado en la orilla sur del Támesis, en Londres, donde se supone que se firmó la Carta Magna en junio de 1215. En Valley Forge, Pennsylvania, se hallaban los cuarteles de invierno del ejército de George Washington en 1777-1778. Los soldados sufrieron mucho a causa del intenso frío, la escasez de alimentos, mantas, etcétera. (N. del T.)

1651 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 185.

1652 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 260.

1653 Goldstein, «Great Britain and Greater Greece», pág. 348, B Petsalis-Diomidis, págs. 150-151.

1654 P. Mantoux, vol. 1, pág. 495.

1655 Stickney, pág. 125.

1656 Temperley, vol. 6, págs. 39-40.

1657 Petsalis-Diomidis, pág. 88.

1658 Bonsai, Suitors and Suppliants, pág. 180; FRUS, vol. 7, pág. 397.

1659 FRUS, vol. 3, pág. 866.

1660 íbid., vol. 7, págs. 246 y 379-380; Genov, pág. 62.

1661 Helmreich, págs. 153-155; Goldstein, «Great Britain and Greater Greece», pág. 349; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 92/12/1, entrevista de Lloyd George con Venizelos, 5.9.1919.

1662 Genov, pág. 56.

1663 Ryan, pág. 130.

- 1664 Kinross, pág. 241.
- 1665 Helmreich, pág. 335, n. 38.
- 1666 Toynbee, págs. 111-112.
- 1667 Mordacq, *Le ministère Clemenceau*, vol. 3, págs. 25 y 28-29.
- 1668 Churchill College, *Diario de Hankey*, 4.12.1918, nota añadida, 11.12.1920.
- 1669 Temperley, vol. 6, pág. 182.
- 1670 Andrew y Kanya-Forstner, págs. 174-175.
- 1671 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 2, pág. 1038.
- 1672 Churchill College, *Diario de Hankey*, 6.10.1918; Nevakivi, pág. 118.
- 1673 Biblioteca del Departamento de la India, *Documentos de Curzon*, *Actas del Comité Oriental* 39 (27.11.1918).
- 1674 Fromkin, *A Peace to End A ll Peace*, pág. 190; Storrs, págs. 316 y 324.
- 1675 Sanders, pág. 268.
- 1676 Adelson, pág. 135; Nevakivi, pág. 32.
- 1677 D. Stevenson, *First World War and International Politics*, págs. 129-130.
- 1678 Amery, vol. 1, pág. 237.
- 1679 Andrew y Kanya-Forstner, págs. 46 y 69.
- 1680 Ministère de la Défense, *Documentos de Clemenceau*, 6N72, memorandos de 18.12.1918 apéndice III; «Plan de règlement des questions d'Orient 12.12.1918», 6N76, nota 1.2.1919.
- 1681 Biblioteca del Departamento de la India, *Documentos de Curzon*, FI 12/274, *Actas de Comité Oriental*, 41 (5.12.1918).
- 1682 *ibid.*, *Actas del Comité Oriental*, 42 (9.12.1918).
- 1683 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 152.
- 1684 *ibid.*, págs. 158-159; Nevalavi, págs. 65 y 78— 79.
- 1685 Temperley, vol. 1, pág. 439; Andrew y Kanya— Forstner, pág. 149.
- 1686 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 147.
- 1687 *Documentos de Curzon*, Biblioteca del Departamento de la India, FI 12/274, *Actas de Comité Oriental*, 39 (27.11.1918).
- 1688 Zeine, pág. 46.
- 1689 Nevakivi, págs. 59 y 83; Andrew y Kanya— Forstner, pág. 90.
- 1690 Lansing, *The Big Four*, págs. 164-165 y 169.
- 1691 James, *Imperial Warrior*, pág. 173.
- 1692 Monedas de oro cuyo valor era de una libra. (N. del T.)
- 1693 Lacey, pág. 83.
- 1694 Yapp, *Making o f the Modern Near East*, págs. 281-286.
- 1695 Fromkin, *Peace to End A ll Peace*, págs. 174 y 176-187.
- 1696 D. Lloyd George, *Truth about the Peace Treaties*, vol. 21, pág. 1028.
- 1697 Antonius, pág. 321.
- 1698 Garnett, pág. 20.
- 1699 James, *Golden Warrior*, pág. 311.
- 1700 Garnett, pág. 89.
- 1701 Fromkin, *Peace to End A ll Peace*, págs. 339-341; Garnett, págs. 117-118.
- 1702 Biblioteca del Congreso, *Colección Beer*, diario, 8.1.1919.
- 1703 Biblioteca del Departamento de la India, *Documentos de Curzon*, *Actas del Comité Oriental* 41 (5.12.1918).

1704 Nevakivi, pág. 85.

1705 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 102; Zeine, pág. 62.

1706 Zeine, pág. 51.

1707 Bell, pág. 128.

1708 Zeine, pág. 62.

1709 íbid., págs. 50-52.

1710 íbid., pág. 59.

1711 Antonius, págs. 280-286.

1712 James, Golden Warrior, págs. 304 y 599.

1713 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 131.

1714 Hughes, Policies and Potentates, págs. 221— 223.

1715 FRUS, vol. 3, págs. 889-894; Biblioteca del Congreso, Documentos de Bliss, caja 244 diario, 25.1.1919; Colección Beer, diario, 7.1.1919; Bonsal Suitors and Suppliants, pág. 40; Zeine pág. 144.

1716 Andrew y Kanya Forstner, pág. 186.

1717 Shotwell, pág. 178.

1718 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 113, 118-119.

1719 FRUS, vol. 4, pág. 3.

1720 Zamir, págs. 408-409.

1721 Watson, pág. 371.

1722 Zeine, pág. 59.

1723 Nevakivi, pág. 98.

1724 Registro Público, Londres, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, (7.2.1919).

1725 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49734/164-167, Balfour a Curzon, 8.9.1919.

1726 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 7-3-1919.

1727 Nevakivi, pág. 119.

1728 Andrew y Kanya Forstner, pág. 189.

1729 Nevakivi, págs. 128-129.

1730 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 12.3.1919.

1731 Andrew y Kanya-Forstner, págs. 189, 194-198 y 205.

1732 Baker, Woodrow Wilson and World Settlement, vol. 1, pág. 74.

1733 James, Imperial Warrior, pág. 185.

1734 FRUS, vol. 5, pág. 12.

1735 Poincaré, págs. 286-287.

1736 Antonius, pág. 288.

1737 Nevakivi, págs. 138 y 145.

1738 Fitzherbert, pág. 219.

1739 James, Golden Warrior, pág. 311.

1740 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 33.

1741 Nevakivi, pág. 1432.

1742 P. Mantoux, vol. 2, pág. 133.

1743 Yergin, págs. 183 y 189.

1744 Nevakivi, pág. 91.

1745 Amery, vol. 1, pág. 232.

1746 La misma palabra oil puede significar «aceite» o «petróleo». (N. del T.)

1747 Sluglett, pág. 32.

1748 Callwell, vol. 2, pág. 194.

1749 M. Kent, *Oil and Empire*, pág. 148.

1750 Marlowe, pág. 91.

1751 *íbid.*, pág. 13.

1752 *íbid.*, pág. 113

1753 *íbid.*, pág. 132.

1754 Sluglett, apéndice I.

1755 Marlowe, págs. 136-138.

1756 Biblioteca del Departamento de la India, *Documentos de Curzon Actas del Comité Oriental* 43 (16.12.1918).

1757 Sluglett, pág. 37.

1758 Wallach, págs. 213-214.

1759 *íbid.*, pág. 108.

1760 *íbid.*, pág. 290-291.

1761 *íbid.*, pág. 207.

1762 Marlowe, pág. 112.

1763 Sluglett, pág. 22.

1764 Winstone, págs. 195, 198 y 202; Zamir, págs. 408— 409.

1765 Winstone, págs. 209-210.

1766 Sluglett, pág. 324.

1767 Fitzherbert, pág. 219.

1768 Darwin, capítulo 3, *passim*

1769 Kedourie, *Chatham House Version*, pág. 90.

1770 Storrs, pág. 54.

1771 Kedourie, *Chatham House Version*, págs. 84 y 88.

1772 Zeine, pág. 189.

1773 Shaarawi, pág. 114.

1774 Darwin, págs. 83-84.

1775 Temperley, vol. 6, pág. 198.

1776 Registro Público, CAB 29/2, *Desiderata indias para el acuerdo de paz*.

1777 J.M. Brown, *Prisoner of Hope*, págs. 140-141

1778 J.M. Brown, *Gandhi's Rise to Power*, pág. 192.

1779 Registro de la Cámara de los Lores, *Documentos de Lloyd George*, F/23/4. «The Future of Constantinople», 5.2.1919; Registro Público, *Documentos del gabinete*, CAB 29/28, *Actas de la delegación del Imperio británico*, 16 (3.4.1919).

1780 Busch, *Britain, India and the Arabs*, pag. 390.

1781 P. Mantoux, vol. 2, págs. 95-100.

1782 *The Englishman (Calcuta)*, 8-4-19.

1783 Pandey, pág. 107.

1784 Darwin, pág. 247.

1785 Callwell, vol. 2, pág. 182.

1786 Darwin, págs. 30-32; James, *Imperial Warrior*, págs. 184 y 194.

1787 Gilbert, *Churchill*, vol. 4, pág. 638.

- 1788 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49734/154-160, Curzon a Balfour, 20.8.1919.
- 1789 Nevakivi, pág. 181.
- 1790 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 74/19— 21, 12.6.1919.
- 1791 J a m e s, Imperial Warrior, págs. 194-195; Temperley, vol. 6, págs. 155-156; Nevakivi, pág. 178.
- 1792 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 200.
- 1793 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 4, págs. 97-98.
- 1794 FRUS, vol. 12, págs. 751-863.
- 1795 Nevakivi, pág. 199.
- 1796 Wilson, pág. 621.
- 1797 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 4, pág. 134.
- 1798 íbid., págs. 141 y 203.
- 1799 Andrew y Kanya Forstner, pág. 213; Keiger, pág. 268.
- 1800 Nevakivi, pág. 208.
- 1801 Andrew y Kanya Forstner, págs. 201-202; Zeine, págs. 146-147.
- 1802 Zeine, pág. 120, n. 6
- 1803 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 215.
- 1804 Marlowe, págs. 212-213.
- 1805 Zeine, págs. 136-137.
- 1806 Marlowe, págs. 162, 204 y 215.
- 1807 Gilbert, Churchill, vol. 4, pág. 495.
- 1808 Callwell, vol. 2, pág. 273.
- 1809 Biblioteca del Departamento de la India, Documentos de Curzon, FI 11/274, Actas de Comité Oriental, 39 (27.11.1918).
- 1810 Wallach, págs. 311, 321.
- 1811 íbid., pág. 364.
- 1812 Brecher, pág. 656.
- 1813 Reinharz, pág. 298.
- 1814 FRUS, vol. 4, págs. 164-165.
- 1815 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 187.
- 1816 Shotwell, pág. 170.
- 1817 Elon, pág. 62.
- 1818 Sanders, pág. 81.
- 1819 Elon, págs. 63 y 67.
- 1820 Sanders, págs 120-121 y 418.
- 1821 Eban, pág. 12.
- 1822 Stein, págs. 121-122.
- 1823 Reinharz, pág. 36.
- 1824 Sanders, pág. 318.
- 1825 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, 60/2/26.
- 1826 Mansergh, vol. 2, pág. 27.
- 1827 Churchill, Great Contemporaries, pág. 250.
- 1828 Gilmour, págs. 503-504.
- 1829 Riddell, Intimate Diary, pág. 325.
- 1830 Jones, vol. 1, pág. 201.

- 1831 Malcolm, pág. 110.
- 1832 D. Lloyd George, War Memoirs, vol. 2, págs. 1014 y 1017.
- 1833 Mosley, pág. 207.
- 1834 Vansittart, pág. 232.
- 1835 Mackay, pág. 317.
- 1836 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 31.12.1918.
- 1837 Sanders, pág. 119.
- 1838 Dugdale, vol. 2, pág. 171.
- 1839 Stein, pág. 152.
- 1840 Dugdale, vol. 2, pág. 163; Sanders, págs. 119— 121.
- 1841 Sanders, pág. 73.
- 1842 Rowland, pág. 424.
- 1843 D. Lloyd George, War Memoirs, vol. 2, pág. 586.
- 1844 Ministère des Affaires Etrangères, Europe 1919— 1929, EU 18-30, Grande Bretagne, vol. 7
4.4.1919.
- 1845 Sanders, pág. 518.
- 1846 Stein, pág. 127.
- 1847 Gilmour, pág. 481.
- 1848 Adelson, pág. 243.
- 1849 Friedman, Question of Palestine, págs. 311— 324.
- 1850 Reinharz, págs. 223 y 242; Sykes, pág. 23.
- 1851 Reinharz, págs. 291-295.
- 1852 íbid., pág. 296.
- 1853 Gilbert, Churchill, vol. 4, pág. 639; FRUS, vol. 4, págs. 161-170.
- 1854 Reinharz, pág. 298.
- 1855 FRUS, vol. 4.
- 1856 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 187.
- 1857 Storrs, págs. 326 y 349, n. 1.
- 1858 Andrew y Kanya-Forstner, pág. 187.
- 1859 Reinharz, pág. 301.
- 1860 FRUS, vol. 4, pág. 168.
- 1861 Reinharz, págs. 194 y 299.
- 1862 íbid., pág. 220.
- 1863 Yapp, The Near East since the First World War, pág. 116.
- 1864 Adelson, pág. 243.
- 1865 Elon, pág. 195.
- 1866 íbid., págs. 209 y 225-226, capítulo 51, passim.
- 1867 Registro Escocés, Documentos de Lothian, 64-78, Weizmann a Balfour, 30.5.1918.
- 1868 Reinharz, pág. 278.
- 1869 Dugdale, pág. 161.
- 1870 Sanders, pág. 652; Storrs, pág. 414.
- 1871 Biblioteca del Departamento de la India, Documentos de Curzon, Actas del Comité Oriental
41 (5.12.1918).
- 1872 Wilson, pág. 512.
- 1873 Storrs, pág. 400.

- 1874 Reinharz, págs. 255-256.
- 1875 Wilson, pág. 593.
- 1876 Antonius, págs. 285-286, apéndice F.
- 1877 Lebow, págs. 501-523
- 1878 PWW, vol. 54, págs. 432-433.
- 1879 Tillman, pág. 226.
- 1880 Dockrill y Goold, pág. 163.
- 1881 FRUS, vol. 12, págs. 793-795.
- 1882 Klieman, pág. 70.
- 1883 Nevakivi, pág. 119.
- 1884 íbid., pág. 274.
- 1885 Reinharz, págs. 318 y 387.
- 1886 Gilbert, Churchill, vol. 4, pág. 541.
- 1887 Museo Británico, Documentos de Balfour, 49734/154-60, Curzon a Balfour, 20.8.1919.
- 1888 Sykes, págs. 49-50.
- 1889 Gilbert, Churchill, vol. 4, págs. 484-485.
- 1890 íbid., págs. 625-627.
- 1891 Reinharz, págs 357-358.
- 1892 Sanders, pág. 657; D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 1194.
- 1893 Reinharz, pág. 392.
- 1894 Gilbert, Churchill, vol. 4, pág. 621.
- 1895 Sykes, págs. 549-561.
- 1896 Reinharz, págs. 394-395.
- 1897 Sykes, págs. 72-73.
- 1898 P. Mantoux, vol. 1, pág. 454; vol. 2, págs. 37— 38.
- 1899 Temperley, vol. 6, pág. 21.
- 1900 Petsalis-Diomidis, pág. 47; D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, págs 774— 783.
- 1901 Bosworth, págs. 52-55.
- 1902 Smith, pág. 69-79.
- 1903 Bosworth, págs. 67-79, Lowe y Marzari, pág. 172.
- 1904 Bosworth, pág. 53.
- 1905 University Microfilm International, Documentos de Sonnino, rollo 40/47, telegrama de 26.1.1919.
- 1906 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomática, pág. 365.
- 1907 P. Mantoux, vol. 2, pág. 40; FRUS, vol. 5, pág. 582; Museo Británico, Documentos de Balfour, 49752, vol. 2, «The Problem of Italy and Turkey in Anatolia», 15.4.1919.
- 1908 P. Mantoux, vol.1, pág. 305.
- 1909 íbid., págs. 448-455.
- 1910 FRUS, vol. 3, págs. 868-875 y 872.
- 1911 B o n s a I, Suitors and Suppliants, pág. 185; Lewellyn Smith, pág. 70.
- 1912 Lewellyn Smith, pág. 51.
- 1913 House y Seymour, págs. 192-193; Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F23/4/22, Hankey a Lloyd George, 23.2.1919.
- 1914 P. Mantoux, vol. 2, pág. 31.

- 1915 H. Nicolson, Peacemaking, págs. 321-322.
- 1916 F. Stevenson, pág. 183; Smith, pág. 80.
- 1917 P. Mantoux, vol. 2, págs. 47-48.
- 1918 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 278.
- 1919 Smith, pág. 79.
- 1920 P. Mantoux, vol. 1, págs. 495-496; vol. 2, págs. 29-31 y 36.
- 1921 Callwell, vol. 2, pág. 192.
- 1922 Smith, págs. 86-91.
- 1923 Kinross, pág. 181.
- 1924 Ryan, pág. 128.
- 1925 Kinross, págs. 181-182.
- 1926 íbid., pág. 177.
- 1927 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 2, pág. 1285.
- 1928 Kinross, pág. 199.
- 1929 íbid. págs. 671-672.
- 1930 H. Nicolson, Peacemaking, págs. 333-335.
- 1931 P. Mantoux, vol. 2, págs. 55 y 70.
- 1932 N. Nicolson, pág. 84.
- 1933 Museo Británico, Documentos de Balfour, Add MS 49752, vol. 2, «The Problem of Italy and Turkey in Anatolia», 16.5.1919.
- 1934 Callwell, vol. 2, pág. 193.
- 1935 N. Nicolson, pág. 84.
- 1936 P. Mantoux, vol. 2, pág. 106
- 1937 íbid., pág. 72, 100 y 109-113.
- 1938 íbid., págs. 133-134; Roskill, vol. 2, pág. 91.
- 1939 Churchill College, Diario de Hankey, 21.5.1919; Andrew y Kanya-Forstner, pág 197; Steed vol. 2, pág. 330.
- 1940 P. Mantoux, vol. 2, pág. 137.
- 1941 Helmreich, pág. 75-79.
- 1942 Baker, Woodrow Wilson and World Settlement, vol. 2, pág. 203.
- 1943 H.N. Howard, Partition of Turkey, pág. 237.
- 1944 Helmreich, pág. 110; FRUS, vol. 6, pág. 711.
- 1945 R Mantoux, vol. 2, págs. 552-556.
- 1946 F. Stevenson, pág. 76.
- 1947 Gilmour, págs. 491 y 534-535.
- 1948 H. Nicolson, Curzon, pág. 47, n. 1.
- 1949 Riddell, Intimate Diary, pág. 184.
- 1950 Gilmour, págs. 7-8.
- 1951 H. Nicolson, Curzon, pág. 20.
- 1952 Biblioteca del Departamento de la India, Documentos de Montagu, 15.6.1918/31.
- 1953 Vansittart, pág. 275.
- 1954 Gregory, pág. 254.
- 1955 Gilmour, Curzon, pág. 193.
- 1956 Gilmour, pág. 510.
- 1957 H. Nicolson, Curzon, pág. 193.

- 1958 *íbid.*, pág. 80.
- 1959 *Gidney*, pág. 113.
- 1960 *Gilmour*, pág. 502; *H. Nicolson, Curzon*, pág. 74.
- 1961 *H. Nicolson, Curzon*, pág. 214.
- 1962 *Gidney*, págs. 196-199.
- 1963 *D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties*, vol. 2, págs. 1264-1267.
- 1964 *Lowe y Marzari*, págs. 172-173; *Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George*, notas de una entrevista de Lloyd George con *Tittoni*, 31.8.1919, F200/1/12.
- 1965 *Helmreich*, pág. 197, n. 6.
- 1966 *Duroselle*, págs. 778-779.
- 1967 *Montgomery*, pág. 776.
- 1968 *A.L. Macfie*, «*The British Decision*», pág. 393.
- 1969 *Rawlison*, págs. 190 y 250-252.
- 1970 *Registro Escocés, Documentos de Lothian*, 1-9, memorándum, «*America and the League of Nations*», 14.11.1919.
- 1971 *Gilmour*, pág. 521.
- 1972 *Biblioteca del Departamento de la India, Documentos de Curzon, Comité Oriental*.
- 1973 *Gilbert, Churchill*, vol. 4, pág. 305.
- 1974 *Biblioteca del Departamento de la India Documentos de Curzon Reunión del Comité Oriental* 42 (9.12.1918).
- 1975 *Gilmour*, pág. 516; *Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George* F47/8/13, *Wilson a Lloyd George*, 12.5.1919.
- 1976 *Gilbert, Churchill*, vol. 4, págs. 265 y 305.
- 1977 *Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George*, F47/8/14, *Wilson a Lloyd George*, 14.5.1919.
- 1978 *íbid.*, F/24/1/10, *Hankey a Lloyd George*, 4.9.1919.
- 1979 *Nassibian*, págs. 152-154.
- 1980 *Walker*, pág. 290, n.; *Nassibian*, pág. 229.
- 1981 *Walker*, págs. 275 y 279.
- 1982 *Gokay*, págs. 59-61.
- 1983 *íbid.*, págs. 62-66.
- 1984 *Walker*, pág. 281.
- 1985 *Suny*, pág. 129.
- 1986 *FRUS*, vol. 3, pág. 806.
- 1987 *Adelson*, pág. 65
- 1988 *Gelfand*, pág. 243.
- 1989 *McDowall*, págs. 108-109.
- 1990 *íbid.*, págs. 3-5.
- 1991 *Dominian*, pág. 296.
- 1992 *Nassibian*, págs. 19-20 y 25.
- 1993 *McDowall*, pág. 3.
- 1994 *Sonyel*, págs. 6-8.
- 1995 *McDowall*, pág. 130.
- 1996 *Busch, Mudros to Lausanne*, pág. 178.
- 1997 *McDowall*, págs. 120-121.

- 1998 Helmreich, pág. 204.
- 1999 McDowall, págs. 121-129 y 128.
- 2000 íbid., págs. 120-121, 134-137 y 143; Fromkin, *Peace to End A ll Peace*,pág. 404.
- 2001 McDowall, págs. 125-128 y 132.
- 2002 Helmreich, págs. 301-302.
- 2003 Temperley, vol. 6, págs. 90-91; McDowall, págs. 450-451.
- 2004 Rawlison, págs. 295-296.
- 2005 Busch, *Mudros to Lausanne*, pág. 207.
- 2006 Smith, pág. 122.
- 2007 M. Kent, *Moguls and Mandarins*, pág. 100.
- 2008 Dockrill y Goold, pág. 210.
- 2009 Smith, pág. 127; Callwell, vol. 2, págs. 248— 249.
- 2010 Callwell, vol. 2, pág. 213.
- 2011 Dockrill y Goold, pág. 210.
- 2012 Sonyel, pág. 82.
- 2013 Walker, págs. 315-316.
- 2014 Walker, pág. 315.
- 2015 Temperley, vol. 6, pág. 91.
- 2016 Sonyel, págs. 83-84.
- 2017 Adamthwaite, pág. 94.
- 2018 Dockrill y Goold, pág. 222.
- 2019 Smith, págs. 191-197, 266.
- 2020 Kinross, pág. 354.
- 2021 Smith, pág. 309; Kinross, pág. 372.
- 2022 H. Nicolson, *Curzon*, págs. 273-274; Gilmour, pág. 544.
- 2023 W.A. White, pág. 245.
- 2024 N. Nicolson, pág. 121.
- 2025 W.A. White, págs. 244-245 y 254.
- 2026 Grew, vol. 1, pág. 525, n. 45.
- 2027 Dockrill y Goold, pág. 241.
- 2028 White, pág. 254.
- 2029 Grew, vol. 1, pág. 525.
- 2030 Dockrill y Goold, pág. 246.
- 2031 Grew, vol. 1, págs. 542-543.
- 2032 Gilbert, *Rumbold*, pág. 290.
- 2033 Grew, vol. 1, pág. 584.
- 2034 Gilmour, pág. 556.
- 2035 Dockrill y Goold, pág. 239.
- 2036 C.A. Macartney, *National States*, pág. 444.
- 2037 Pope, págs. 116-118.
- 2038 Kinross, pág. 407.
- 2039 McDowall, págs. 171-178.
- 2040 Mansel, pág. 421.
- 2041 McDowall, pág. 158.
- 2042 Sonyel, pág. 225.

2043 Pope, págs. 22-23.

2044 Gilmour, pág. 567.

2045 Hankey, págs. 143-144 y 146; Marston, págs. 185— 186.

2046 Callwell, vol. 2, pág. 189.

2047 FRUS, vol. 3, pág. 386.

2048 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 327.

2049 P. Mantoux, vol. 2, pág. 473, n. 2.

2050 F. Stevenson, pág. 185.

2051 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomatica, pág. 318.

2052 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 264.

2053 Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomatica, pág. 299.

2054 FRUS, vol. 12, pág. 85.

2055 Schiff, págs. 51-52.

2056 Lovin, pág. 58; Registro Escocés, Documentos de Lothian, 70/5, notas de M. Massigli 8.5.1919.

2057 Schiff, págs. 34-39; Nowak, págs. 184-186; Wheeler-Bennett, Nemesis of Power, pág. 49, n. 2; St. Antony's College, Documentos de Malcom, 1/2, diario, 25.4.1919.

2058 FRUS, vol. 12, pág. 119.

2059 S c h w a b e, Woodrow Wilson, Revolutionary Germany, págs. 185-188.

2060 Klein, pág. 206.

2061 Bessel, Germany after the First World War, capítulo 8; FRUS, vol. 12, págs. 92 y 99.

2062 FRUS, vol. 12, pág. 86.

2063 Schwabe, «Germany's Peace Aims», pág. 42.

2064 Véanse Schwabe, Woodrow Wilson, Revolutionary Germany, págs. 157-159 y 319, n. 51; Epstein, págs. 305-306.

2065 Soutu, págs. 179-180; Nowak, págs. 240-244; Epstein, pág. 319.

2066 S c h w a b e, Woodrow Wilson, Revolutionary Germany, págs. 310-317; Walworth, Woodrow Wilson and his Peacemakers, pág. 385.

2067 Klein, págs. 211-212.

2068 Schiff, págs. 32-33; Nowak, págs. 178-182; Lovin, págs. 57-60.

2069 Luckau, pág. 116.

2070 Luckau, págs. 62-65.

2071 Schiff, pág. 67.

2072 Riddell, Intimate Diary, pág. 71.

2073 Hankey, págs. 151-153.

2074 íbid., pág. 153.

2075 Luckau, pág. 119.

2076 Hankey, pág. 153.

2077 F. Stevenson, pág. 183.

2078 Hankey, págs. 154-155; Riddell, Intimate Diary, págs. 73-74; Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomática, pág. 306.

2079 H. Nicolson, Peacemaking, págs. 329-330.

2080 Nowak, pág. 225.

2081 Sharp, Versailles Settlement, pág. 127.

2082 Schiff, págs. 75-77.

2083 Luckau, pág. 124.

2084 Steed, vol. 2, pág. 336.

2085 Nowak, pág. 228.

2086 Mommsen, pág. 535.

2087 Eyck, vol. 1, pág. 98.

2088 S c h w a b e, Woodrow Wilson, Revolutionary Germany, pág. 336.

2089 Krüger, págs. 323-335.

2090 Luckau, págs. 182-188.

2091 FRUS, vol. 12, pág. 96.

2092 íbid., vol. 6, págs. 795-901.

2093 Holborn, pág. 141.

2094 Marks, «Smoke and Mirrors», págs. 356-359; Holborn, págs. 140-144; Luckau, págs. 81-84

Mommsen, págs. 537-539.

2095 Luckau, págs. 47 y 81.

2096 íbid., págs. 130-131; Nowak, pág. 244.

2097 Luckau, págs. 242, 268-272, 287-299 y 306— 314.

2098 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, pág. 684.

2099 R Mantoux, vol. 2, pág. 403.

2100 Luckau, pág. 254.

2101 Hoover, pág. 234.

2102 Lansing, pág. 272.

2103 Fromkin, In the Time o f the Americans, págs. 260-263; Walworth, Wilson and his Peacemakers, págs. 394-395.

2104 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 187.

2105 Se da este nombre a las elecciones en las que influye el fervor patriótico generado por una guerra. (N. del T.)

2106 Lentin, Lloyd George, Woodrow Wilson, pág. 92.

2107 Noble, págs. 353-358 y 362-363; Miquel, págs. 548-555.

2108 Callwell, vol. 2, pág. 195.

2109 J.C. King, págs. 96-102; McDougall, France's Rhineland Diplomacy, págs. 70-72; Mordacq Le ministère Clemenceau, vol. 3, págs. 298-299.

2110 Lentin, Lloyd George, Woodrow Wilson, págs. 89— 93.

2111 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F6/6/47, Cecil a Lloyd George, 27.5.1919; Lentin, Lloyd George, Woodrow Wilson, pág. 93.

2112 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 32 (30.5.1919).

2113 Registro de la Cámara de los Lores, Documentos de Lloyd George, F45//9/29, Smuts a Lloyd George, 26-3-129; F45/9/33, Smuts a Lloyd George, 5.5.1919; F45/9/34, Smuts a Lloyd George 14.5.1919; F45/9/35, Smuts a Lloyd George, 22.5.1919; F45/9/39, Smuts a Lloyd George, 2.6.1919.

2114 íbid., F45/9/4, Lloyd George a Smuts, 3.6.1919; F45/9/41, Smuts a Lloyd George, 4.6.1919.

2115 Registro Público, Documentos del gabinete, CAB 29/28, Actas de la delegación del Imperio británico, 33 (4.6.1919).

2116 íbid., 34 (1.6.1919, p.m.).

2117 P. Mantoux, vol. 2, págs. 268-272.

2118 Mordacq, Le ministère Clemenceau, vol. 3, pág. 303; FRUS, vol. 11, pág. 222.

2119 FRUS, vol. 11, pág. 222.

2120 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 9.6.1919.

2121 P. Mantoux, vol. 2, pág. 274.

2122 D. Lloyd George, Truth about the Peace Treaties, vol. 1, págs 678-688.

2123 Lentin, Lloyd George, Woodrow Wilson, pág. 100.

2124 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 31.5.1919.

2125 P. Mantoux, vol. 2, pág. 276.

2126 FRUS, vol. 6, págs. 341-342.

2127 P. Mantoux, vol. 2, pág. 276.

2128 Biblioteca del Congreso, Cuadernos de Baker, 3.6.1919.

2129 P. Mantoux, vol. 2, págs. 358-361 y 363-375.

2130 Ministère de la Défense, Documentos de Clemenceau, 6N73, «Incidents de Versailles» Schiff, págs. 124-126.

2131 Museo Británico, Documentos de Balfour, Add MS 49750/231-236, memorándum de Sir Ian Malcolm; Registro Escocés, Documentos de Lothian 466/26, 3.6.1919; St. Antony's College Documentos de Malcolm, 8.5.1919.

2132 P. Mantoux, vol. 2, pág. 401; Schiff, págs. 114— 134.

2133 P. Mantoux, vol. 2, págs. 462 y 459-475.

2134 Klein, pág. 214, n. 35; Holborn, págs. 145-147.

2135 Rudin, pág. 316.

2136 Marder, vol. 5, págs. 270-282.

2137 FRUS, vol. 6, págs. 613-614; Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 23-6— 19.

2138 Epstein, págs. 311-324.

2139 *íbid.*, pág. 314, n. 51.

2140 Nowak, pág. 267; Schiff, pág. 143.

2141 Epstein, capítulo 1 2, *passim*, págs. 315-317.

2142 *íbid.*, págs. 325-326.

2143 Luckau, pág. 91.

2144 Nowak, pág. 266.

2145 P. Mantoux, vol. 2, pág. 513.

2146 Eyck, vol. 1, pág. 104; Luckau, págs. 108-112; Wheeler-Bennett, *Nemesis of Power*, págs 55-59; Epstein, págs. 320-323.

2147 Aldrovandi Marescotti, *Nuovi ricordi*, págs. 83— 84; Hankey, pág. 181.

2148 Aldrovandi Marescotti, *Nuovi ricordi*, pág. 89.

2149 Ministère des Affaires Etrangères, Documentos de Jules Cambon, carpeta 100 (correspondencia), Jules Cambon a Paul Cambon, 26.6.1919.

2150 Garran, pág. 271.

2151 Aldrovandi Marescotti, *Nuovi ricordi*, pág. 96.

2152 Archivos Nacionales de Canadá, Documentos de Christie, vol. 7, carpeta 21, «The Dominions and the Peace Conference: A New Page in Constitutional History», por Clement Jones pág. 184.

2153 Riddell, *Intimate Diary*, pág. 99.

2154 Shotwell, pág. 382.

2155 Amery, vol. 1, pág. 260.

- 2156 Lovin, pág. 70.
- 2157 Aldrovandi Marescotti, Nuovi ricordi, pág. 87.
- 2158 Hankey, págs. 182-185.
- 2159 Garran, pág. 270.
- 2160 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario de House, 20.3.1919.
- 2161 C.T. Thompson, pág. 411.
- 2162 Headlam-Morley, pág. 178.
- 2163 Marks, «Smoke and Mirrors», pág. 370, n. 138.
- 2164 F. Stevenson, pág. 187.
- 2165 Duroselle, pág. 886.
- 2166 H. Nicolson, Peacemaking, pág. 368; Shotwell, pág. 383.
- 2167 FRUS, vol. 11, págs. 597-604; H. Nicolson, Peacemaking, págs. 365-371; Schiff, págs. 167—171; Hankey, págs. 188-189; Callwell, vol. 2, pág. 201.
- 2168 Eubank, pág. 193.
- 2169 House, Intimate Papers, vol. 4, pág. 487.
- 2170 Shotwell, pág. 383.
- 2171 Schiff, págs. 170-172.
- 2172 Aldrovandi Marescotti, Nuovi ricordi, pág. 110.,
- 2173 Rowland, pág. 495.
- 2174 C.T. Thompson, pág. 421.
- 2175 Headlam-Morley, pág. 180; Garran, pág. 272; F. Lloyd George, pág. 145; FRUS, vol. 11 págs. 603—604, Ashmead-Bartlett, págs. 208-210.
- 2176 Ryder, pág. 224.
- 2177 Waite, pág. 129.
- 2178 Epstein, págs. 388-389.
- 2179 Skidelsky, vol. 1, págs. 374-375 y 378-379.
- 2180 *ibid.*, págs. 348-353.
- 2181 Keylor, «Versailles and International diplomacy», pág. 485, n. 52.
- 2182 Ferguson, «Keynes and German Inflation», pág. 375.
- 2183 Schuker, End of French Predominance, pág. 296.
- 2184 Schuker, American «Reparations» to Germany, pág. 12.
- 2185 Keiger, pág. 271.
- 2186 Kershaw, Hitler, págs. 148-153.
- 2187 Véase, por ejemplo, Cohen.
- 2188 Bessel, «Why Did the Weimar Republic Collapse?», págs. 126-128.
- 2189 Schuker, American «Reparations» to Germany, págs. 16-17; Marks, «Reparations Reconsidered», *passim*.
- 2190 Marks, «The Myths of Reparations», págs. 233—234; Eyck, vol. 1, págs. 174-175.
- 2191 R Mantoux, vol. 1, pág. 151.
- 2192 Schuker, American «Reparations» to Germany, págs. 106-108; Marks, «The Myths of Reparations», pág. 233.
- 2193 Marks, «Smoke and Mirrors», pág. 348; Temperley, vol. 2, pág. 54.
- 2194 Eyck, vol. 1, pág. 318.
- 2195 Waite, capítulo 8.
- 2196 Wheeler-Bennett, Nemesis of Power, pág. 98.

- 2197 *íbid.*, págs. 145-146.
- 2198 Eyck, vol. 1, págs. 223-224; Nekrich, capítulo 1, *passim*.
- 2199 Véase Weinberg, «The Defeat of Germany», págs. 252-253.
- 2200 Departamento de Estado, *The Treaty of Versailles and After*, pág. 27
- 2201 Ministère des Affaires Etrangères, *Documentos de Georges Mandel*, 234/2, 22.7.1919.
- 2202 Steffens, pág. 803.
- 2203 Sharp, «The Genie», pág. 25.
- 2204 Roosevelt, pág. 97.
- 2205 FRUS, vol. 3, págs. 394-410.
- 2206 *íbid.*, págs. 403-405 y 408-409; Burns, págs. 47— 50.
- 2207 Schachtman, pág. 189.
- 2208 Repington, pág. 187; Watson, págs. 388-394 y 438.
- 2209 Tumulty, pág. 378.
- 2210 *íbid.*, pág. 435.
- 2211 *íbid.*, pág. 447-448; Hecksher, págs. 609-622.
- 2212 *The Economist*, 31.12.1999